

Geneviève Cortes

Partir para quedarse

*Supervivencia y cambio en las sociedades
campesinas andinas de Bolivia*

IRD
Institut de recherche
pour le développement

plural
RECHERCHE


IFEA

Partir para quedarse

Supervivencia y cambio
en las sociedades campesinas andinas (Bolivia)

Partir para quedarse

Supervivencia y cambio en las sociedades
campesinas andinas (Bolivia)

Geneviève Cortes

Título original:
Partir pour rester. Survie et mutation de sociétés paysannes andines (Bolivie).
Éditions IRD: Paris 2000
Traducción del francés: Gudrun Birk

© IRD/IFEA/Plural editores, 2004
Primera edición: julio de 2004.

ISBN: 99905-63-08-X
D.L.: 4-1-1673-04

Producción:
Plural editores
Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Tel.: 2411018 / Casilla 5097 / La Paz, BOLIVIA
Email: plural@entelnet.bo

Impreso en Bolivia

Índice

Prefacio	13
Glosario	17
Prólogo	25
Introducción General	31

PARTE 1

ESPACIOS RURALES Y SOCIEDADES CAMPELINAS DE UNA REGIÓN ANDINA

Una región bisagra en el corazón del espacio nacional	41
Un mosaico ecológico	41
Tierras de conquista y de revolución	44
Del <i>ayllu</i> a los <i>mitimaes</i>	44
De la colonización española a la Reforma Agraria ...	46
Un mundo rural en pleno cambio	50
Una reforma agraria inacabada	50
Una economía agrícola diversificada	52
Una agricultura con fuertes obstáculos	55
Diversificarse para sobrevivir	57
Dinámicas de colonización	58
Valles densamente poblados	59
La conquista del Oriente	59
Crecimiento y «ruralización»	60
La ciudad, un polo de atracción equívoco	63

Pueblos de abajo, comunidad de arriba	65
Espacios y prácticas comunitarias	67
Formación de los territorios comunitarios	67
Los pueblos del fondo del valle	67
La comunidad de altura	69
Paisajes agrarios	72
Pampa Churigua	72
Santa Rosa y Arbieto	76
Estructura de la propiedad de la tierra:	
Pasado y presente	80
Origen de la propiedad de la tierra	80
La lucha por la tierra en Pampa Churigua	81
Tierras de antiguos piqueros en los valles	83
De la fragmentación de la propiedad a la atomización de las parcelas	84
Ser comunero	87
Poderes y funciones de los «comuneros»	87
Del compadrazgo al <i>ayni</i>	91
Ser campesino	93
Prácticas de crianza	93
El trabajo de la tierra	95
Sistemas de producción diversificados	95
La rotación de los cultivos	98
Técnicas de cultivo	100
Transformación y venta de los productos	112
Permanencia del mundo de arriba y del mundo de abajo	121

PARTE 2

CAMPESINOS MIGRANTES:

LUGARES, RIESGOS Y SISTEMAS DE MOVILIDAD

Contexto nacional e internacional de la migración campesina	125
La migración hacia el Chaparé	125
El contexto del narcotráfico	126

La coca, herencia ancestral	126
El «boom» de la coca	128
La cadena del narcotráfico	131
La coca: una burbuja de oxígeno en la economía nacional	134
El control del narcotráfico	135
El balance de las políticas antidroga	139
Vulnerabilidad del cocalero	144
Los flujos de migración hacia el Chapare	146
Los migrantes de Pampa Churigua	146
Evolución de los flujos migratorios a nivel nacional	147
¿Migraciones temporales?	149
La migración internacional desde los valles	149
La importancia de la migración hacia el extranjero	150
La emigración boliviana	150
Santa Rosa y Arbieta: ¿pueblos abandonados?	151
De la tradición a la innovación migratoria	152
Los destinos de los migrantes de los valles	152
Un antiguo polo de atracción: Argentina	153
Nuevos polos de atracción: Estados Unidos, Israel y Japón	157
Migración mundializada	161
Prácticas migratorias y sistemas de movilidad	163
Sistemas de movilidad en Pampa Churigua: espacios divididos	163
Estructura de la migración	164
¿Quién se va?	164
¿Por qué se van?	165
El acceso al Chapare	167
La compra de tierras	167
La inserción en el Chapare	170
Los sistemas de producción en el Chapare	171
Un doble espacio de producción	175

Sistema de movilidad en los valles:	
espacios divididos	181
Modalidades y ritmos de migración	181
Estrategias de trabajo y de inserción	
en el extranjero	181
Irse y volver	186
Una migración muy selectiva	190
De la intención a la decisión	190
El dinero para la migración	191
Prestarse para partir	192
Un sistema migratorio de alto riesgo	195
¿Migrar, un privilegio de «los menos pobres»?	198
La migración imposible	200
El otro lugar, un espacio cotidiano	203

PARTE 3

EL DEVENIR CAMPESINO: SUPERVIVENCIA, CAMBIOS Y DESARROLLO

Cambios económicos y socioculturales en los espacios de emigración

Hacia nuevas lógicas socioeconómicas	209
Los ingresos de la migración	209
Riqueza de los valles, pobreza del altiplano	210
¿Sustituye la migración a la agricultura?	211
¿Son menos «pobres» los migrantes?	213
¿Cuáles son las posibilidades de acumulación monetaria?	216
Escasas posibilidades de acumulación en	
Pampa Churigua	216
Los riesgos del endeudamiento en los valles	218
Hacia nuevos modos de consumo	
y de comportamientos socioculturales	220
Las prioridades monetarias	220
El surgimiento de una élite campesina	
en los valles	221

Gastos poco diversificados en Pampa Churigua	224
Modos de consumo y vida festiva	226
Los momentos importantes de la vida festiva	226
La vida festiva en las lógicas monetarias	230
¿Hacia la división de las prácticas socioculturales comunitarias?	233
Religión y prohibiciones en Pampa Churigua	233
La búsqueda del prestigio en los valles	237
Una aproximación diacrónica a la migración internacional	245
Itinerarios de migrantes	245
El concepto de “ciclo migratorio”	246
Sucesión de los ciclos migratorios	247
Itinerarios ejemplares: economías familiares consolidadas	249
Itinerarios inconclusos: economías familiares poco consolidadas o debilitadas	256
Una ruralidad conservada	261
Las inversiones en tierra	261
La tierra, centro de los desafíos	261
La compra de tierras: ¿proyecto económico o sociocultural?	261
Las jóvenes generaciones frente a la migración	262
La trayectoria de los hijos	264
La migración, ¿un trampolín para la ciudad?	266
Entre supervivencia y desarrollo	269

PARTE 4

¿HACIA UNA MEJOR SEGURIDAD ALIMENTARIA?

Sistemas de producción condicionados por la emigración	275
Pampa Churigua: sistemas de producción “reajustados”	275

Las nuevas funciones de la crianza	276
Una mano de obra familiar menos disponible	278
Opciones diferenciadas de rotación de cultivos	281
Disminución de los rendimientos agrícolas	283
Prioridad del autoconsumo	285
Una agricultura con diferentes ritmos en los valles ...	288
Reorganización social del trabajo	289
Migración y estructura demográfica	289
El destino de las mujeres de migrantes	291
Del <i>ayni</i> al salario	295
Del abandono de la agricultura al desarrollo	301
Descanso forzado de la tierra y disminución de los rendimientos	301
Nuevas dinámicas agrícolas: las condiciones de la transición	304
Los límites de la innovación	309
La innovación imposible	311
¿Agriculturas en suspenso?	314
Migración y seguridad alimentaria	317
Las estrategias de abastecimiento	317
Pampa Churigua: ¿el restablecimiento del "ideal vertical"?	318
"Pisos alimentarios"	318
El trueque	321
La <i>mink'a</i>	325
Los obsequios de alimentos	327
La compra de alimentos	329
¿Hacia una mejor autosuficiencia alimentaria? ...	331
Modos de abastecimiento poco diversificados en los valles	334
Dependencia del mercado alimentario urbano ...	334
Las limitantes del abastecimiento	335
Diferenciación de los modos de abastecimiento ..	336
El consumo alimentario	338

Los componentes socioculturales de la alimentación: prácticas y representaciones	338
Tabúes, prohibiciones y rituales alimentarios	339
Los ritmos alimentarios	339
Los componentes del régimen alimenticio	342
Una alimentación escasamente diversificada en Pampa Churigua	342
Una alimentación diversificada y urbanizada en los valles	344
La diferenciación de la alimentación familiar	348
Una alimentación homogénea en Pampa Churigua	348
Restricción monetaria y mimetismo alimentario en los valles	351
Migración y nutrición	355
Los déficits nutricionales	355
Las carencias de calorías	355
El ciclo «agronutricional» de Pampa Churigua	357
El ciclo «agronutricional» de los pueblos de valle ..	361
Los factores determinantes de la cobertura nutricional	366
Migración, niveles de ingreso y cobertura nutricional	366
El endeudamiento, un factor de restricción alimentaria	370
El papel de la composición familiar	371
Entre el repliegue y la obligación de vender	372
¿La migración como estrategia alimentaria?	374
Conclusión	377
Epílogo	395
Bibliografía	399
Anexos	429
Lista de siglas	463
Índice de ilustraciones	465
Índice de Anexos	474

Prefacio

No nos dejemos engañar por la aparente especificidad del tema: a través del ejemplo de las sociedades campesinas del Valle Alto de Cochabamba, Geneviève Cortes nos revela toda la Bolivia andina pues estas sociedades constituyen aún hoy en día la mayoría de la población rural del país. Con esto ya decimos hasta qué punto esta obra es bienvenida y merece ser leída con detenimiento.

El lector admirará la profundidad y la sutileza de este análisis realizado en el marco de una excelente tesis de doctorado en geografía. Apreciará, incluso en la edición en español, la sencillez y la vivacidad del estilo propias de la autora, que hace que el interés nunca disminuya. Probablemente, el procedimiento ejemplar que ha implicado esta investigación sea menos perceptible: la aproximación, el descubrimiento y también el respeto por una cultura diferente y, progresivamente, estos lazos de familiaridad que la autora supo establecer con las familias de las comunidades quechuas estudiadas.

En las ciencias sociales y humanas, la investigación sólo puede aspirar a resultados fiables si se inscribe en el largo plazo, en un observar y escuchar pacientemente a la gente de quien se quiere aprender y que primero hay que comprender. Para acercarse a estas sociedades tan diferentes de la suya, el investigador venido de otras culturas no puede contentarse con un

paso rápido por el terreno, con algunas fotos tomadas al azar de los encuentros ni con conversaciones grabadas.

También en este aspecto, el trabajo de Geneviève Cortes es ejemplar. La calidad de su obra es en primer lugar el fruto de un íntimo conocimiento de los lugares y sus habitantes, adquirido a lo largo de dieciocho meses de una presencia continua y casi cotidiana, sin la cual las relaciones de confianza necesarias para una empresa de este estilo no hubieran podido establecerse. Es porque ella ha ayudado a las mujeres en la preparación de la comida y a pelar la papa runa, y porque no dudó en participar activamente en la vacuna del ganado, que Geneviève Cortes pudo comprender y que nos explica tan inteligentemente lo que está detrás de los gráficos, cuadros y curvas producto de sus investigaciones.

Nos encontramos con un estudio comparativo de la migración en dos zonas del Valle Alto de la región de Cochabamba, cada una teniendo una gran originalidad: una comunidad de altura (Pampa Churigua) situada a 3.200 m y dos pueblos de fondo de valle (Santa Rosa y Arbieta) a 2.700 m.

Pero aunque se trata de migraciones, el análisis constituye para la autora sobre todo un acceso privilegiado al funcionamiento de las sociedades rurales andinas, y para la lectura esta vía demuestra ser extremadamente fecunda, ya que permite dar cuenta a la vez de la organización y de los cambios por los que atraviesan estas sociedades. Con motivo de estas migraciones internas o internacionales, que involucran a numerosas comunidades rurales de Bolivia, la autora estudia en profundidad temas tan importantes en el medio rural como las lógicas de movilidad, las transformaciones de los espacios comunitarios, las prácticas agropastoriles, la multiactividad, el impacto de la economía de la cocaína en el medio campesino y su costo social, el sistema y la seguridad alimentarios de las familias campesinas, etc.

A pesar de que las dos zonas elegidas están relativamente cercanas y arraigadas en la misma identidad sociocultural, presentan grandes diferencias con relación al medio físico, el grado

de accesibilidad y de apertura a la modernidad, las infraestructuras técnicas y sociales, los niveles de vida de las familias y los tipos y modos de producción. Se trata de dos situaciones contrastantes en las que se observan movibilidades geográficas muy divergentes.

Sin embargo, estas poblaciones viven en una misma inseguridad hacia el futuro que se explica por los riesgos climáticos, la escasez de tierras y de agua, la dependencia provocada por las condiciones de comercialización de la producción agropastoril, de manera que en los dos casos, la migración aparece como la mejor solución. Partir para quedarse, nos dice la autora. Es que en realidad, estas migraciones lejos de ser una fuga, un éxodo, constituyen una real estrategia no solamente de supervivencia, sino también de mantenimiento de las familias en su espacio de origen, no sin referencia al famoso modelo vertical andino, que se traduce particularmente en el autoconsumo y una creciente autosuficiencia alimentaria.

Por más diversas y a veces espectaculares que sean, las migraciones sólo deben ser consideradas como uno de los elementos de una lógica de la vida campesina, lógica que es indispensable aprehender en su conjunto. La autora nos presenta entonces dos marcos explicativos: por un lado, la referencia a las estrategias familiares -y no solamente individuales como frecuentemente se hace respecto a las migraciones- y, por el otro, la referencia a la vida y la organización del *ayllu*, la comunidad andina. El punto de vista fundamental que sostiene toda la obra es, en efecto, que las migraciones sólo pueden ser comprendidas en una visión global de las lógicas socioeconómicas y las estrategias de reproducción del grupo familiar campesino, pero que hasta hoy estas mismas lógicas y estrategias sólo pueden funcionar en el marco de las reglas y prácticas de la organización comunitaria quechua.

Esta constante preocupación de presentar una visión holística de lo que la autora llama «la red socioespacial de movilidad» de las familias, a través de la ampliación de los espacios de vida y la complejidad de las interrelaciones que actúan entre sistemas

migratorios, sistemas de producción y sistemas alimentarios, constituye uno de los principales méritos de la obra. Sin ello no hubiéramos comprendido gran cosa de las migraciones observadas, de su razón de ser, ni de los efectos en las sociedades andinas.

Debemos agradecer a Geneviève Cortes por este excelente libro y deseamos poder participar de otros descubrimientos tan apasionantes como éste sobre las migraciones internacionales en América Latina que actualmente estudia.

André Franqueville

*Director de investigación
Instituto de Investigación para el Desarrollo*

Glosario

Acullicu – Masticación de las hojas de coca practicada en los países de los Andes centrales (Perú, Bolivia, etc.). La coca, generalmente mezclada con ceniza calcárea (*llipta*), se mastica entre cinco y seis veces al día, especialmente durante los periodos de trabajo intensivo.

Aguayo – Tela de múltiples colores, de confección artesanal o industrial, utilizada frecuentemente en los Andes para transportar productos, alimentos o a los niños pequeños.

Al partido (o **Al partir**) – Práctica que consiste en cultivar tierras o en criar ganado en asociación entre dos familias.

Anticrético – Sistema de alquiler de una vivienda o de una parcela, cuyo principio consiste en pagar al propietario una determinada suma que se recupera al término del periodo de alquiler. Esta práctica es cada vez más frecuente en Bolivia.

Api – Bebida caliente de maíz típica de la región de Cochabamba.

Arrimante (español) – Campesino de la zona de estudio (Arbieto y Santa Rosa) que tiene acceso al sistema tradicional de riego, pero cuyas tierras están alejadas de los canales.

Arrobada (español) – Unidad de superficie equivalente a aproximadamente 3.620 m².

Ayllu – Célula fundamental de la sociedad pre-incaica, determinada por el sistema de linaje de grupos de parentesco.

Ayni – Intercambio recíproco de servicios entre dos familias con motivo de trabajos de diversa naturaleza (agrícolas, construcción de una casa, etc.). El servicio puede ser tanto recíproco y simétrico (por ejemplo, intercambio mutuo de mano de obra familiar durante los trabajos agrícolas), como asimétrico si el intercambio no se refiere al mismo tipo de servicio (trabajo contra productos, por ejemplo).

Bollero – Persona que recolecta y transporta la pasta base de cocaína producida en los laboratorios ilegales de las zonas amazónicas de Bolivia.

Cabecilla – En los pueblos del Valle Alto (Santa Rosa y Arbieto), la persona responsable de los trabajos comunales de irrigación. Se encarga de convocar a los campesinos para el mantenimiento de los canales.

Camba – Denominación de los habitantes de las tierras bajas de Bolivia (en oposición a colla, habitantes de las tierras altas).

Cántaro (español) – Jarra hecha de barro de tamaño medio que se utiliza para almacenar la chicha en los patios interiores de las casas o de las chicherías.

Carga (español) – Unidad de peso correspondiente a aproximadamente 100 kg. Sin embargo, esta unidad varía considerablemente de un territorio o de un producto a otro.

Cargo – Cargo de utilidad colectiva (administrativa, religiosa o festiva). En los Andes, el sistema tradicional de los cargos es rotativo. Cada miembro de una comunidad campesina debe asumir las responsabilidades colectivas por lo menos una vez en su vida.

Casco (español) – Recipiente de plástico utilizado para las preparaciones culinarias.

Cato – Unidad de superficie de los cultivos de coca (equivalente a aproximadamente la sexta parte de una hectárea).

Ch'akas – Intermediarios que controlan el comercio y el transporte de la coca producida en el Chapare para la producción de pasta base de cocaína.

Ch'alla – Homenaje rendido a la Pachamama (Tierra Madre) que consiste en verter unas gotas de alguna bebida en el suelo. La

ch'alla es una práctica cotidiana que juega un importante papel en las relaciones de sociabilidad y en los rituales festivos.

Chaco (español) – Denominación de los campos de cultivo en las zonas tropicales del país.

Chala – Materia vegetativa residual del maíz que se utiliza para la alimentación del ganado.

Chaqueo (español) – Desmonte del bosque, primera fase de la preparación de las tierras agrícolas en el Chapare.

Charque – Carne seca de cordero o de res que se consume sobre todo en las fiestas en las comunidades campesinas pobres de las alturas.

Chicha – Cerveza de maíz y de trigo preparada de forma artesanal. Bebida típica de la región de los valles de Cochabamba.

Chichería – Local de venta de chicha.

Choclo – Mazorca de maíz.

Ch'oncha – Fogón construido de barro.

Chuño – (o **chu'uño**) Papa deshidratada que se consume especialmente en el Altiplano.

Chupi – Tela en la cual se envuelve a los niños en sus primeros meses.

Churanaku – Sistema de asociación entre varias personas para comprar una provisión de productos.

Chuspa – Pequeña bolsa de lana rectangular que el campesino andino lleva en su cintura y que contiene hojas de coca.

Colla – Término que designa a las poblaciones de las regiones altas de Bolivia (Altiplano, montañas y valles); el término colla proviene del Collasuyu inca.

Collasuyu – Territorio político-administrativo del Imperio Inca.

Colono o pegujalero (español) – En la colonia española, indígena sin tierras que no pertenecía a una comunidad originaria y que proporcionaba gratuitamente su mano de obra a los propietarios de las haciendas, a cambio del usufructo de una parcela de tierra.

Compañía (español) – Contrato informal entre dos personas para la preparación de un campo de cultivo. El propietario pone

a disposición la tierra, las semillas y el abono, mientras que el compañero proporciona la mano de obra. La cosecha se divide en dos partes iguales o en un tercio/dos tercios, según los términos del contrato.

Comunero – Miembro de una comunidad campesina que se beneficia de derechos agrarios (uso de la tierra, del agua, etc.), pero que a cambio debe cumplir tareas comunitarias (participación en las reuniones, en las faenas, etc.).

Faenas – Trabajos comunales (construcción de caminos, mantenimiento de los canales, de la comunidad, etc.) en los que tienen que participar todas las familias de la comunidad campesina.

Fanega – Unidad de peso utilizada principalmente para los cereales (equivale a aproximadamente 170 kg para el trigo y a 140 kg para el maíz).

Garangu – Ritual andino que consiste en enterrar los alimentos en homenaje a la Pachamama. Se practica especialmente en las festividades de Todos Santos.

Huminta – Especialidad culinaria de la región de Cochabamba (maíz molido y queso envueltos en una hoja de maíz).

J'apega – Creencia andina: hechizo de un individuo ejercido por la Pachamama, la cual se «apodera» del cuerpo de la persona.

Jagua – Sopa, generalmente en base a papa o maíz; que constituye el plato cotidiano consumido por los campesinos andinos.

Janchi – Residuos de la chicha que se utilizan para el engorde de los porcinos.

Jorkero – Persona encargada de ventear el trigo.

Jurca – Horquilla de madera utilizada principalmente para cribar el trigo.

K'illpida – Acción de marcar los animales en el Carnaval o el solsticio de invierno.

Kachi – Área del terreno en el que se esparcen las hojas de coca para secarlas al sol antes de que sean comercializadas o consumidas.

Kachu – Forraje que proviene de arbustos silvestres para el rebaño ovino o bovino.

Kalcha – Fajo de mazorcas de maíz constituido durante la cosecha.

Kalcheo – Acción de cortar el maíz.

Lameo (español) – Inundación de las parcelas durante la preparación de los terrenos.

Llajwa – Salsa picante en base a ají (locoto), tomate y cebolla, que los campesinos consumen diariamente para acompañar el plato principal.

Llipta – Ceniza calcárea que se mezcla con las hojas de coca en el momento de masticarlas.

Manaqa – Acuerdo mutuo entre dos familias respecto al matrimonio entre sus hijos.

Marlo (español) – Mazorca de maíz desgranada que sirve de alimento del ganado.

Minifundio – Estructura agraria que se caracteriza por predios agrícolas con una superficie reducida (entre 0.5 y 5 ha) y la fragmentación excesiva de las parcelas. En Bolivia, el minifundio de las regiones de altura se opone generalmente a las grandes propiedades (latifundio) de las regiones bajas del Oriente.

Mink'a – Trabajo pagado en especies, en la mayoría de los casos con productos de la cosecha.

Misa chica (español) – Celebración religiosa y ritual que se hace a los nueve días del deceso de una persona.

Mit'iri – Trabajador agrícola empleado en las cosechas de la hoja de coca en el Chapare.

Mitimaes (mitmaquna) – Colonos nativos de las regiones altiplánicas que durante la colonización por los Incas fueron trasladados a los valles de Cochabamba.

Mizk'a – Significa «precoz» en quechua. La papa *mizk'a* se cosecha uno o dos meses antes de su completa maduración.

Mote (español) – Plato de verduras o de cereales cocidos que se consume principalmente durante la *sama* (tercera comida del día).

Mucko – Pasta obtenida en la segunda etapa de la elaboración de la chicha.

Murlu – Siembra de la papa.

Oca – Tubérculo andino que crece en las alturas entre 2.800 y 3.500 metros.

P'utuy – Técnica de cultivo que consiste en favorecer el brote de las plantas poco tiempo después de la siembra.

Pachamama – Deidad principal de la cosmología andina («Tierra Madre» en quechua).

Papa a la huancayna – Papas acompañadas de una salsa de maní y lechuga.

Papa huacqo – Papas hervidas.

Papalisa – Tubérculo andino.

Papa miska – Papas con una salsa de ají.

Papa runa – La variedad de papa más cultivada en el Valle Alto de Cochabamba.

Papa uchu – Papas con una salsa de ají.

Papa watija – Papas cocidas en la tierra.

Pasanaku – Sistema de asociación entre varias familias que juntan sus recursos económicos para desarrollar alguna actividad.

Pasante – Familia a la que se encomienda la organización y el financiamiento de una fiesta. En las sociedades andinas, ser pasante es una señal de prestigio.

Pegujalero (español) – Agricultor. Término que reemplazó el de colono después de la Guerra del Chaco.

Phina – Técnica que consiste en enterrar las papas en el suelo inmediatamente después de la cosecha, con el fin de protegerlas contra el sol antes de almacenarlas.

Phullu – Cobertura gruesa de lana muy colorida que tejen las mujeres campesinas.

Pifalero (o **Pongo**) – Campesino que tiene en usufructo parcelas de la hacienda a cambio de un pago en especies y en trabajo.

Pilchi – Pasta base de cocaína.

Piquero (español) – Nombre dado a los agricultores de los valles de Cochabamba convertidos en pequeños propietarios de tierras, independientes mucho antes de la Reforma Agraria.

Pirhua – Pequeño silo de tierra al interior de las casas que está destinado al almacenamiento de la cosecha.

Pisa de coca – Acción de pisar las hojas de coca que están mezcladas con diversos productos químicos (kerosene, cal, ácidos, etc.). Es la primera etapa en la elaboración de la pasta base de cocaína.

Pisador – Persona que pisa las hojas de coca destinadas a la elaboración de la pasta base de cocaína.

Pitillo – Cigarrillo en base a tabaco y pasta base de cocaína.

Pollera – Falda de varias capas que llevan las mujeres de los Andes.

Pongo – Véase **pifalero**.

Prestador (español) – Persona que presta dinero. Juega un papel clave en el sistema migratorio internacional de los pueblos de los valles.

Prestamista (español) – Agentes privados, generalmente comerciantes intermediarios en los centros urbanos, que dan créditos financieros a los productores, a cambio de «apropiarse» de la comercialización de los productos de estos últimos.

Puna – Piso ecológico andino situado a una altura mayor de los 3.000 m.

Quechua – Piso ecológico andino situado entre 1.500 y 3.000 m de altura. Corresponde igualmente al grupo étnico de habla quechua que habita las regiones de los valles interandinos de Bolivia (Cochabamba, Tarija, Chuquisaca, etc.).

Sama – Tercera comida del día que se consume en las zonas rurales, generalmente hacia las dos de la tarde.

Subsuyo – Subdivisión del *-suyo*.

Suni – Piso ecológico andino situado a más de 4.000 m de altura.

Susto (español) – Creencia andina: «Enfermedad del susto» que afecta a los niños.

Suwanakuy – Ritual matrimonial en el que los hombres «roban» a su futura esposa.

Suyo – Unidad espacial que agrupa a varias parcelas regadas mediante una toma de agua.

T'hurumanka – Recipiente metálico utilizado para la cocción de los alimentos.

T'ipida – Acción de desgranar el maíz.

T'ipina – Especie de clavo de fabricación artesanal para desgranar el maíz.

T'okpida – Rastrillaje de la tierra.

Tupo – Unidad de peso. Equivale a aproximadamente 90 kg.

Turki – Intercambio de parcelas entre dos familias.

Tutuma – Especie de calabaza que, cortada en dos, se utiliza como recipiente.

Umaruthucu – Ritual familiar que consiste en rapar el cabello de los niños a la edad de un año.

Urpu – Pan ritual en forma de animales o de personajes, que las mujeres elaboran para las fiestas de Todos Santos.

Villa Miseria – Barrio marginado en Argentina.

Virque (español) – Jarra grande hecha de barro que se utiliza para el almacenamiento de alimentos o de bebidas.

Wampeada – Técnica de cultivo que consiste en cavar alrededor de cada planta con el fin de retener el agua.

Wich'uña – Hueso de llama tallado en punta que se utiliza para tejer la lana.

Wiñapu – Harina de maíz muy fina que se utiliza en la elaboración de la chicha.

Wirqui – Tinaja hecha de barro para almacenar alimentos.

Yapa – Significa «suplemento» en quechua. Pequeña cantidad de productos ofrecidos como señal de favor en un intercambio (compra o trueque).

Yatiri – Chamán local. Significa «el que sabe» en aymara.

Zepes – Personas que transportan las bolsas de hoja de coca hacia los laboratorios de fabricación de la pasta base de cocaína situados en las zonas tropicales.

Prólogo

Bolivia, región extraña y lejana... En 1991 todavía no sabía que mi visión del mundo iba a ser trastocada a causa del tiempo que habría de pasar con las familias campesinas de tres comunidades quechuas de la región de Cochabamba. En mí todo aquello sigue vivo e intacto. Puedo decir que la emoción de mi estadía en los Andes aún persiste como testimonio tangible y memorable. Es esta emoción la que me ha permitido darme cuenta que el trabajo de la investigación científica nos concede muy poca libertad para mostrar la aventura, las vivencias que nos sorprenden, que nos hacen dudar, el latido frágil del estado de ánimo que se desencadena frente a un mundo que no es el nuestro, delante de esas personas que, de pronto, son algo así como «los otros». Si no encontramos la manera de mostrar aunque sea sólo una pequeña parte de nuestro compromiso personal, entonces la reflexión, el cálculo y la coherencia de los argumentos que uno vuelca al «mundo científico» después de una investigación pueden llegar a estar impregnados de una frialdad frustrante. Quiero, por lo tanto, rescatar y honrar la ingenuidad de mi inexperiencia al momento de llegar a ese país, porque siento que ella ha transmitido a mis impresiones una conmovedora e inmensa fuerza.

Los momentos pasados con los campesinos de las tierras altas –solamente dieciocho meses– son tan sólo una ínfima parte

del tiempo que hubiera sido necesario para empezar a comprender realmente. La humildad, el respeto –y a veces la vergüenza– me han hecho escribir estas pocas líneas de recuerdos. ¡Qué las palabras no traicionen aquello que ha quedado grabado en mi memoria, a esos hombres y mujeres que viven en las tierras altas de esa región lejana!

Una intrusa en tierras míticas

Después de dos horas de viaje por un camino polvoriento, llego a la meseta de color ocre, aplastada por un sol frío. Primer contacto con una comunidad quechua en Bolivia. Estoy inquieta.

Allí, a 3.200 metros de altura, la gente vive de la papa, el trigo y de un poco de artesanía. A veces, una familia de más de ocho personas debe contentarse con un pedazo de tierra de apenas una hectárea. Entonces, entre una y otra cosecha salen a sembrar coca en las tierras bajas situadas a una distancia de más de seis horas de viaje por un camino de tierra.

El sol quema. Las casas hechas de barro apenas se distinguen, están como enterradas en el suelo y se pierden dispersas, cercadas de cumbres de 5.000 metros de altura. Silencio desértico. ¿Vive algún alma aquí? ¿Dónde está la gente?

Una pequeña escuela al final de un camino agrietado. Allí se reúnen las 70 familias de la comunidad una vez al mes. Normalmente, es allí donde se arreglan los problemas de todos y cada uno: el del riego, el del acceso a la tierra, el del maestro de escuela que no ha venido durante toda la semana, el de un niño enfermo para el que hay que pedir cuotas, el del cólera que amenaza y aquellos que ocasiona la preparación de las festividades del Carnaval. Ese día es diferente: alguien debe llegar desde abajo, y en la pequeña escuela me están esperando.

Hay que entrar. A un lado, una semi-penumbra deja apenas entrever a un grupo de mujeres sentadas en el suelo, la mayoría de ellas con un huso para hilar y cargando al hijo en la espalda. Con un gesto seguro y preciso hacen girar ese obje-

to familiar, estirando el hilo. En el momento de mi llegada, las cabezas inclinadas sobre la labor apenas se levantan. Un susurro atraviesa el grupo. Algunas risas sofocadas.

Los hombres están enfrente, al otro lado, bajo sus sombreros polvorientos. Esperan, metiendo de vez en cuando su mano en la bolsa de coca atada a su cinturón. Mastican, las caras apretadas, silenciosos y desconfiados.

¡Hay que osar, sentarse y tratar de iniciar el diálogo!

El intérprete dice en quechua: vendremos cada mes para un estudio, para hacer encuestas, para comprender cómo las familias campesinas se organizan para vivir y, en ocasiones, para sobrevivir. Queremos saber qué producen, qué venden, qué comen.

Las caras permanecen inmóviles. No hay ni una sola señal. Ni una palabra. Ni rechazo, ni aprobación. Escuchan, simplemente. Y el intérprete explica de nuevo.

De pronto, mis pensamientos se vuelan hacia el recuerdo de todos aquellos libros leídos antes de «ir para ver». Las palabras "Andes", "Indígenas", "Pachamama", "Coca", "Incas" se entremezclan. Y, como en un alumbramiento, cierro los libros, entierro la teoría y con ingenuidad, inexperiencia y asombro miro esa realidad que hoy intento transmitir, en estas páginas, con pudor y profundo respeto.

Un dirigente se levanta solemne y pide que se precisen «algunos puntos». Y pregunta, dirigiéndose hacia mí: ¿Para qué este estudio? ¿Qué vamos a ganar contestando sus preguntas? Y además, y sobre todo, plantea el problema que les preocupa: ¿Ha venido usted a quitarnos nuestras tierras? Porque en estas tierras hubo dos patrones que hicieron trabajar mucho a nuestros padres, y también se dice que en el otro continente celebran el descubrimiento de América. ¿Entonces...?

Fue recién en la tercera visita cuando votaron; un día agotador para mí, una jornada que iba a concluir con dos meses de negociación, durante los cuales, varias veces, llena de dudas y de desaliento, estuve a punto de volver a mi casa, más humilde que nunca.

Las manos se levantan anunciando el veredicto: la extranjera está aceptada en la comunidad. Y me ofrecieron un puñado de hojas de coca. Tuve allí, en la palma de mi mano, el símbolo de la aceptación. La hoja mística y ancestral venía sellando nuestro «contrato social».

Un mundo poblado de almas

Son las 11:30. El sol no hace sombra cuando llego. La mujer me ofrece un plato de papas y de quinua (cereal de los Andes). No puede dedicarme mucho tiempo; me dice que hay que trabajar, que mientras ella prepara el trigo, yo debo pelar las papas para la siguiente comida, dos horas más tarde. Me pongo a trabajar.

Desde un rincón de sombra, la mujer contesta las preguntas. Traducen para mí y yo anoto antes de pelar otra papa. Y entonces, de forma inesperada, una borrasca. Un torbellino de polvo recorre la planicie. La mujer deja de hablar, lleva una de sus manos a la boca, protege a su hijo debajo del *aguayo* y, petrificada, observa el movimiento del torbellino. Durante varios minutos, un silencio inmóvil. Pasada la borrasca, continuamos con la encuesta.

El intérprete susurra: el torbellino es el diablo que pasa. Ella ha tenido miedo de que venga a llevarse al niño, a hechizarlo. En estos casos, el silencio es obligatorio para no atraer la atención del «espíritu malo».

Un hombre afortunado

Día de trabajo en el campo. Son las 6:30 en la planicie que duermo. Sé que el campesino espera mi llegada. En un rincón de la sombra, el pequeño banco ya está preparado, así como la tradicional sopa de maíz.

Comparto en silencio la comida familiar. Luego salgo con el hombre y su burro. Me quiere mostrar su parcela de alfalfa, allá detrás de la colina, a dos horas de caminata, cerca de una fuente. Caminata silenciosa y absorta. El hombre va a paso lento pero seguro, sin ninguna pausa, mientras que a mí me falta la

respiración. Hay que ir hasta el horizonte de la planicie y luego descender la vertiente hasta las quebradas que en algunos lugares forman pequeños oasis verdes.

El valioso pedazo de tierra es apenas de cinco metros por diez. Pero sin él, el buey no tiraría el arado y no se sembraría el trigo. Me parece lejos y fatigoso hacer este camino todos los días. El hombre, en cambio, considera que tiene suerte.

La humilde ofrenda

Siento mi piel quemarse. Sentada en un rincón en el que la sombra sólo se ha quedado algunos momentos, no sé cómo luchar contra esta luz cegadora. La encuesta sigue, la mujer no está cansada. Estoica y paciente, contesta sin descanso a las preguntas de mi intérprete. Se interrumpe un momento para ir a buscar dos platos: papas y la tradicional *llajwa*. No tengo hambre, pero por tercera vez en este día como el mismo menú.

Al salir de la casa, lejos, escucho un grito. No veo a nadie. Otro grito, y entonces, allá, al final del camino, veo a alguien que corre haciendo señas. Espero. Es una mujer anciana que se acerca, temblando, agotada por el esfuerzo. Se pone a hablar cuando está todavía demasiado lejos para ser oída. Escucho la traducción. La anciana vive sola con el niño de su hija. Su hija se ha marchado a la Argentina hace mucho tiempo para vivir con un hombre. El niño tiene diez años o quizás más, o menos. Todo el día se queda postrado, sin moverse y se rehusa a comer. No crece. «Tú que sabes mucho», pregunta la mujer, «¿qué tiene? ¿Qué hay que darle de comer para que vuelva a crecer? ¿Para que me ayude a sembrar mis tierras?»

No lo sé. No soy ni médico ni enfermera. Pero la mirada insiste, intensa, y parece decirme: «Yo sé que tú sabes, pero no te interesa». Me arriesgo: «¿Quinua? ¿Leche? ¿Naranjas?» (¡qué se yo!). La mujer se va, ni más contenta, ni más triste, apenas convencida.

Dos horas más tarde, a punto de salir del pueblo, veo de nuevo una mancha minúscula al final del camino, casi en el ho-

rizonte. Reconozco a la mujer que había corrido hacia mí. Nuevamente está corriendo. Entiendo que tengo que esperarla. Agotada por su carrera que no había interrumpido, la anciana me ofrece tres huevos, inclinando la cabeza. En un respiro susurra algunas palabras inaudibles y se va sin esperar, con prisa. Y yo me quedo clavada allí, en medio de esa tierra de color ocre, aplastada por un sol frío. Interpreto que mediante este regalo, fugaz y tímido, me agradece simplemente por haberla escuchado, a pesar de no haber podido hacer nada por ella.

Hoy le dedico este recuerdo.

Montpellier, mayo de 1993

Durante una estada de dos años en Bolivia (1991-1993), Geneviève Cortes ha recibido una beca de investigación de la ORSTOM (actualmente IRD), con el fin de participar en uno de los programas del Departamento SUD (Sociedad, Urbanización y Desarrollo) referente a la seguridad alimentaria en América Latina.

El campesinado frente a la crisis

Introducción general

El destino de Bolivia, país andino dotado de una gran originalidad cultural, preocupa. En 1994, según el Banco Mundial, fue el país más pobre de Latinoamérica, con un PIB de 770 dólares americanos por habitante, contra 3.340 dólares para el conjunto de América Latina y el Caribe. Bolivia se enfrenta, además, con grandes problemas de inseguridad alimentaria, con la tasa de desnutrición infantil más alta del continente: afecta al 16% de los niños menores de cinco años (Franqueville, 1997).

Los estudios de la década de 1980-1990 subrayan la persistencia de la desnutrición, el deterioro de las condiciones de vida de un gran número de bolivianos, la disminución de los índices de producción agrícola, la creciente dependencia de las importaciones y de las donaciones alimentarias internacionales (Dandler y Muñoz, 1987; Prudencio y Velasco, 1988; Franqueville y Laure, 1988; Franqueville y Prudencio, 1988). En este contexto, el campesinado, al igual que la población urbana de bajos ingresos, se constituye en uno de los sectores más vulnerables (Abegglen *et al.*, 1987; Junac, 1987; Urioste, 1992). Véase también Anexo 3, Dossier 1.

Esta situación se inscribe en el contexto de la evolución económica y política del país después de los años cincuenta. La Reforma Agraria de 1953, acontecimiento trascendental y altamente simbólico de la historia boliviana, ha originado un ver-

dadero trastorno de las estructuras agrarias del país. Antes de la Reforma, el 82% de las tierras cultivables del país estaban en manos del 4% de los agricultores, y 615 haciendas ocupaban el 50% de las tierras. Mediante la ley del 3 de agosto de 1953, por primera vez en la historia boliviana se reconoció legalmente la existencia de las «comunidades indígenas»; sin embargo, este reconocimiento fue sobre todo formal, ya que los sindicatos seguían siendo la única instancia rural realmente representativa (Vellard, 1963). Asimismo, la Reforma Agraria puso fin al sistema de haciendas y procedió a la redistribución de las tierras a los campesinos otorgándoles un título legal de propiedad. Sin embargo, al mismo tiempo la Reforma iba a favorecer el desarrollo de un nuevo dualismo agrario.

El otro objetivo de la Reforma Agraria era corregir los desequilibrios demográficos del país impulsando la conquista de las tierras del Oriente. Recordemos que en Bolivia las presiones del medio (grandes altitudes, fuertes pendientes, riesgos de helada, sequía e inundación, etc.) hacen que solamente el 33% de la superficie sea apta para la actividad agropastoril y apenas el 3% (es decir 3.6 millones de hectáreas) para la agricultura, según Franqueville (1997). En este contexto, la inmensa llanura amazónica del Oriente del país quedó por mucho tiempo sin cultivar y sin ser ocupada. Actualmente, la mayor parte de la actividad agrícola se concentra todavía en las altas tierras andinas, donde desde hace milenios las poblaciones han sabido emplear técnicas sabiamente adaptadas que se basan en los pisos ecológicos y la dispersión de los riesgos (Sautier, 1989; Morlon, 1992b).

Las políticas de colonización agrícola han impulsado el capitalismo agrario en las llanuras del Oriente, permitiendo la creación de grandes predios modernizados en tierras todavía vírgenes (Drevon y Treche, 1976; Rivière, 1981). En total, un tercio de la superficie cultivable del país (es decir, 12 millones de hectáreas de un total de 36 millones) fue distribuido a grandes terratenientes del Oriente, con un promedio de 700 ha.

En estas regiones, el límite superior de los predios determinado por la ley agraria de 1953, fue de 2.000 ha hasta 50.000

ha, cuando se trataba de ganadería extensiva. Por su parte, los 550.000 campesinos que se beneficiaron de la redistribución de la tierra, cultivaron solamente 4 millones de hectáreas, es decir 7 ha en promedio (2.5 ha en el Altiplano, 3.6 ha en los valles y 30 ha en las llanuras). Hoy en día, estos campesinos se dividen solamente el 11% de la superficie apta para la agricultura, pero trabajan el 94% de la superficie realmente cultivada (Urioste, 1992).

De esta manera, cuarenta años después de la Reforma Agraria, en Bolivia se mantiene una distribución de las tierras muy desigual, con un fuerte dualismo latifundio / minifundio. El fracaso de la Reforma Agraria se debe no solamente a la aplicación lenta y parcial de la legislación, sino también a una concepción que va en detrimento del sector campesino tradicional. En estos últimos treinta años, las regiones orientales del país (particularmente la llanura de Santa Cruz) han atraído la mayor parte de las inversiones públicas y privadas, con la voluntad de integrar la agricultura en el mercado internacional (Dandler, 1984). La distribución de los créditos que el Estado ha concedido al sector agrícola a través del Banco Agrícola, ilustra perfectamente las políticas agrarias en vigencia desde los años sesenta, los cuales conceden prioridad al Oriente.

Entre 1964 y 1971, el 90% de los créditos fueron otorgados a los agricultores de la región de Santa Cruz. Por su parte, los campesinos, que recibieron todavía en los años ochenta el 31% del presupuesto destinado al sector agrícola, obtuvieron únicamente el 26% en 1986 y el 16% en 1987 (Urioste, 1992).

Además de la redistribución espacial de la población, las políticas de colonización de las llanuras de pie de monte estaban orientadas hacia la seguridad alimentaria del país, apostando a los cultivos comerciales (caña de azúcar, algodón, arroz y plantaciones frutales) y en la ganadería a gran escala. A partir de 1960, se logró la autosuficiencia alimentaria para algunos productos (azúcar y arroz). Sin embargo, lo que se ha denominado el «milagro boliviano», se convirtió rápidamente en un espejismo. Se pudo observar, por un lado, el estancamiento o

el descenso de la producción alimentaria (entre 1980 y 1992, la superficie cultivada de papa disminuyó en un 47%) y, por el otro, la crisis internacional de la industria del algodón y del azúcar, así como la escasa competitividad de la economía agrícola boliviana en el mercado mundial. Desde el año 1975, el país ha caído en el círculo vicioso de la dependencia externa: mientras que las exportaciones disminuyen, las importaciones y la ayuda alimentaria aumentan de manera vertiginosa (Franqueville y Prudencio, 1988; Prudencio, 1988). El endeudamiento del país se convierte entonces en uno de los factores principales de la crisis de los años ochenta (Prudencio, 1985; Morales, 1985; Bohrt 1985).

En los años 1980-1985, como respuesta a la crisis, el Fondo Monetario Internacional (FMI) impuso a la mayoría de los países del Sur las políticas denominadas «de ajuste estructural» (Prudencio, 1985; Maletta, 1988). En Bolivia, la inflación galopante fue detenida mediante un programa monetario de «choque»: la inflación anual pasó del 66% en 1986 al 11% en 1987. El gobierno implementó medidas de liberalización económica y de reestructuración del empleo en el sector público (congelación de los salarios y reducción de personal). La reducción del presupuesto público y de las inversiones dirigidas hacia el sector campesino (Urioste, 1992), el incremento de los programas de asistencia alimentaria, la promoción de las políticas agrarias de exportación, así como la apertura de las fronteras a los productos y capitales extranjeros fueron las principales orientaciones económicas y políticas. Al mismo tiempo, la caída vertical de los precios del estaño en el mercado mundial provocó el cierre de las minas en 1986, marcando definitivamente el fin de la prosperidad minera en el país: más de 20.000 mineros fueron despedidos.

Desde hace unos quince años, Bolivia está ligada al narcotráfico internacional de la cocaína. Con el aumento de la demanda en los países occidentales (Estados Unidos y Europa), las regiones orientales del país, especialmente el Chapare, se han convertido en el dominio de los cultivadores de coca. Bolivia es el segundo

país exportador de hojas de coca, después de Perú. La crisis nacional de los años ochenta, los años de sequía de 1982-1983 y el cierre de las minas en 1986 son también factores que incitaron a la población a lanzarse en la producción ilícita de la coca y en la elaboración de la pasta base de cocaína. Desde los años noventa, las instancias internacionales y los Estados Unidos condicionan su ayuda a la erradicación de estas plantaciones.

Aunque se dispone de pocos estudios sobre el tema, parece que las orientaciones políticas de estos últimos años han acentuado el deterioro y la marginación de las economías campesinas (Maletta, 1988; Urioste, 1992; Franqueville *et al.*, 1992). Sin embargo, la población rural boliviana mantiene un peso de primera importancia en el país, a pesar del indiscutible proceso de urbanización. Aunque en el transcurso de los últimos veinte años, el porcentaje de la población rural está bajando considerablemente, su disminución es relativamente lenta en comparación con otros países de América del Sur.

En 1992, el 58% de la población boliviana vivía en ciudades de más de 2.000 habitantes, mientras que esta proporción era del 42% en 1976 y del 26% en 1950 (véase Anexo 3, Dossier 2).

La importancia de la población rural no es solamente numérica, sino también económica. Según los datos oficiales, desde los años setenta el 90% de la demanda alimentaria estaría cubierta por la producción nacional, lo que demuestra que el campesinado tradicional juega un papel fundamental en términos económicos.

En términos de empleo, en 1992 los agricultores representaron el 49% de la población activa, y de este porcentaje el 86% son campesinos denominados «tradicionales», que aseguran el 70% de la producción agroalimentaria del país (Prudencio, 1986; Dandler *et al.*, 1987; Urioste, 1992; Franqueville, 1997).

Finalmente, el medio rural boliviano se caracteriza por el peso de la población llamada «autóctona» o también «indígena». Siendo las fronteras de las pertenencias a una identidad y una cultura difícilmente identificables (Le Bot, 1994), se puede tomar en consideración tan sólo el criterio lingüístico. Según el

censo de 1992, la población «criolla» (es decir, nacida en el país pero descendiente de antiguos o recientes inmigrantes) que habla solamente el español, representaría el 41% de la población del país. El resto estaría constituido por la población indígena (nativos) que habla quechua (34%), aymara (23%) o guaraní (1%) (INE, 1993b). Destaquemos, además, que los pueblos autóctonos son esencialmente rurales.

Es en este contexto que se inscriben las migraciones rurales: las presiones de un medio poco favorable al aprovechamiento agropastoril son suficientes para explicar que el campesinado andino siempre ha practicado cierta forma de migración temporal. En el transcurso de los periodos prehispánicos, ésta estaba ligada a la utilización simultánea de los diferentes pisos ecológicos y después, en tiempos de la colonización española y el principio de la República, a la explotación de las minas y la reciente urbanización.

La creciente urbanización del país, la conquista de las tierras del Oriente y la Reforma Agraria de 1953, han conducido a la liberación de un campesinado hasta entonces controlado por la oligarquía terrateniente española. Desde entonces, la movilidad espacial de la población rural no ha hecho más que acentuarse. Si bien las migraciones hacia las llanuras orientales fueron inicialmente el resultado de las políticas gubernamentales de colonización dirigida, han cedido al desplazamiento espontáneo hacia el Oriente y, a partir de los años ochenta, hacia las zonas de producción de coca del Chapare. A estos flujos se añadieron migraciones hacia las ciudades y al extranjero.

La aceleración de la emigración rural como respuesta a la situación de crisis que vive el campesinado boliviano, suscita preguntas. ¿La migración de uno o varios miembros de la familia, sea de larga o corta duración, a lugares lejanos o cercanos, y bajo la forma que sea, traduce una descomposición o una desestructuración de las economías familiares? ¿O bien puede la migración ser considerada como una alternativa que permite la supervivencia –incluso el desarrollo– de la sociedad campesina? Si es así, ¿en qué medida y hasta qué punto?

Estas preguntas se inscriben en un debate teórico sobre el devenir del campesinado, que a partir de los años sesenta ha tomado una amplitud considerable. Esquemáticamente, las reflexiones al respecto se dividen entre dos corrientes de pensamiento. Por un lado, los autores de filiación marxista (o «neomarxista») manifiestan una «angustia obsesiva frente a la constatación de la desintegración o de la destrucción de las microsociedades campesinas» (Rivière d'Arc, 1991: 77). La emigración –incluso el éxodo– de la población rural no sería otra cosa que la expresión de este proceso de desintegración. A su vez, los teóricos «neo-clásicos» de los años cincuenta a sesenta, dan la primacía a las determinantes macroeconómicas. La emigración rural correspondería más bien a un proceso de transición inevitable hacia un modelo de desarrollo o a un fenómeno de reequilibrio de las disparidades espaciales (véase Anexo 3, Dossier 3).

Estos modelos teóricos presentan la migración siempre como un mecanismo ligado a relaciones de dependencia económica y a fenómenos de atracción o expulsión. En este contexto, el campesinado es atraído, absorbido, explotado, dominado o marginalizado y en todos los casos da la impresión de ser una sociedad pasiva. Se concede poco espacio al papel del «actor migrante» en busca de su devenir. El razonamiento debe ser invertido. En vez de preguntarse sobre las modalidades de integración del campesinado en el sistema económico dominante, se trata de comprender cómo estas sociedades asumen las presiones del sistema a través de su lógica de supervivencia.

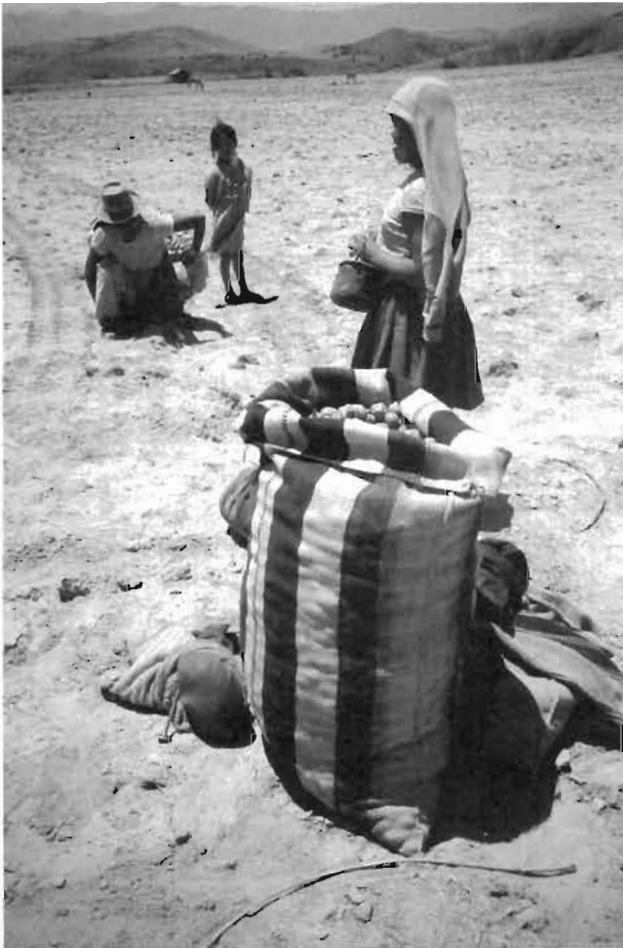
El fenómeno migratorio se convierte entonces en un elemento determinante para comprender el devenir del espacio rural y de las sociedades campesinas andinas. Más concretamente, se trata de analizar las consecuencias económicas, sociales y culturales de la emigración rural en los espacios de origen. Tomando en cuenta el marco institucional, político y económico de la sociedad global, el fenómeno migratorio se encuentra entonces reubicado en el seno de la lógica campesina, la cual da prioridad a la reproducción económica, social y cultural del grupo fami-

liar y comunitario (Martínez, 1985; Pachano, 1985; Vimard, 1991; Araujo 1991; Locoh, 1991; Dupont y Guilmoto, 1993). Antes de partir, el migrante habita, vive, produce y se identifica con un espacio y con su sociedad de pertenencia. Este «arraigo territorial» remite a proyectos de vida, a estrategias individuales y familiares, que pueden ir desde la sencilla necesidad de subsistencia alimentaria hasta la voluntad de un mejor bienestar material o también de ascenso social... (Arguello, 1981; Saenz *et al.*, 1981; Sánchez-Parga, 1984; Dupont y Guilmoto, 1993).

Este marco teórico sirve de referencia al estudio comparativo de dos ejemplos de migración rural observados en los valles interandinos de Cochabamba (Mapa 2). En la comunidad de altura, Pampa Churigua, los campesinos migran temporalmente a las zonas de producción de coca del Chapare, situadas a 150 km de distancia. El segundo caso concierne a dos pueblos situados más abajo, en el Valle Alto de Cochabamba (Santa Rosa y Arbieto), en los que los campesinos optan por la migración de larga duración al extranjero. Se aplicaron los mismos esquemas de encuesta a dos tipos de migración: durante un año hemos realizado un seguimiento mensual de varios hogares a partir de una tipología de familias (migrantes y no migrantes). Además de la identificación de los comportamientos migratorios y de los sistemas de producción agrícola, se realizó en cada familia un registro de los ingresos, de los gastos y del consumo alimentario (véase Anexo 1). Este trabajo de investigación, llevado a cabo simultáneamente en las dos zonas, ha permitido captar los cambios económicos y socioculturales que conciernen actualmente a estos espacios rurales andinos fuertemente afectados por la emigración.

Parte 1

Espacios rurales y sociedades campesinas de una región andina



Lejos de ser homogéneo, el espacio rural boliviano comprende una gran diversidad de paisajes agrarios y de economías agrícolas. En este conjunto, las sociedades campesinas quechuas de la región de Cochabamba ocupan un lugar específico, tanto por su origen sociohistórico como por su economía rural. Las transformaciones económicas, políticas y sociales que han afectado al espacio rural boliviano a partir de los años cincuenta, fueron especialmente intensas en los valles de Cochabamba. Son ejemplares de los cambios que vive el país.

Una región bisagra en el corazón del espacio nacional

Un mosaico ecológico

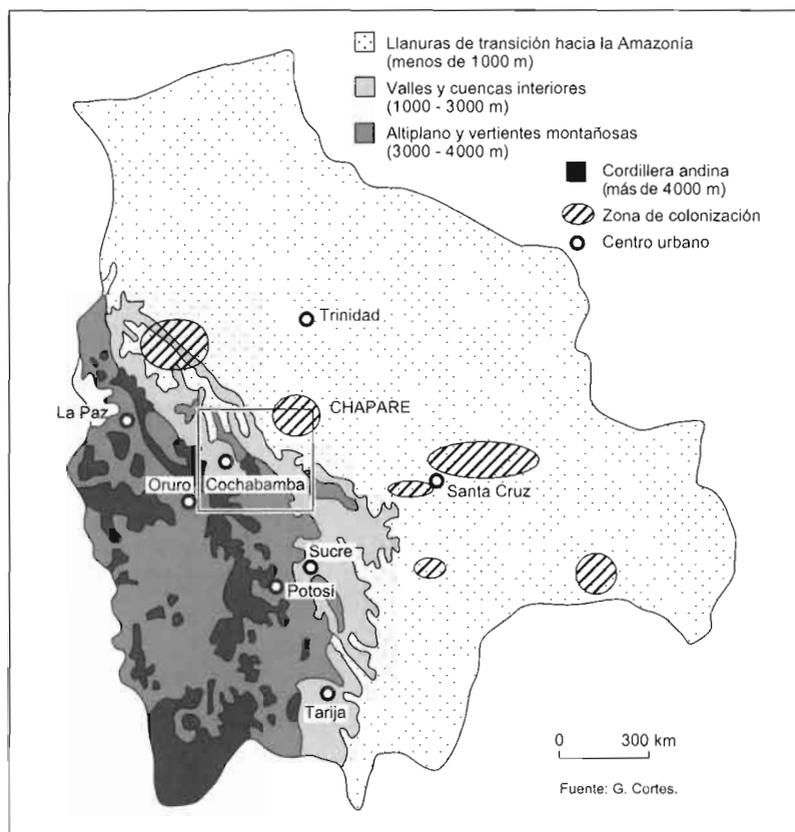
Una de las particularidades geográficas de las regiones andinas es su gran diversidad ecológica. Los pisos ecológicos del país están escalonados según un eje Sudeste Noroeste (Mapa 1). Las regiones altiplánicas occidentales forman los pisos de puna y suni (entre 3.000 y 6.000 m de altura), y el piso quechua está principalmente constituido por los valles interandinos de Cochabamba, Sucre y Tarija (entre 2.000 y 5.000 m de altura), mientras que dos tercios del territorio nacional están ocupados por las llanuras amazónicas (Beni, Pando y Santa Cruz).



Vista general de Cochabamba, tercera ciudad del país, situada en la región central de los valles interandinos de Bolivia.

Superponiendo las dos áreas etnoculturales bolivianas (el espacio colla y el espacio camba), la región de Cochabamba, que se encuentra en el centro del país, está atravesada por la cordillera andina oriental. Esta región es representativa de todo el país, ya que los tres grandes pisos ecológicos confluyen aquí (Mapa 1).

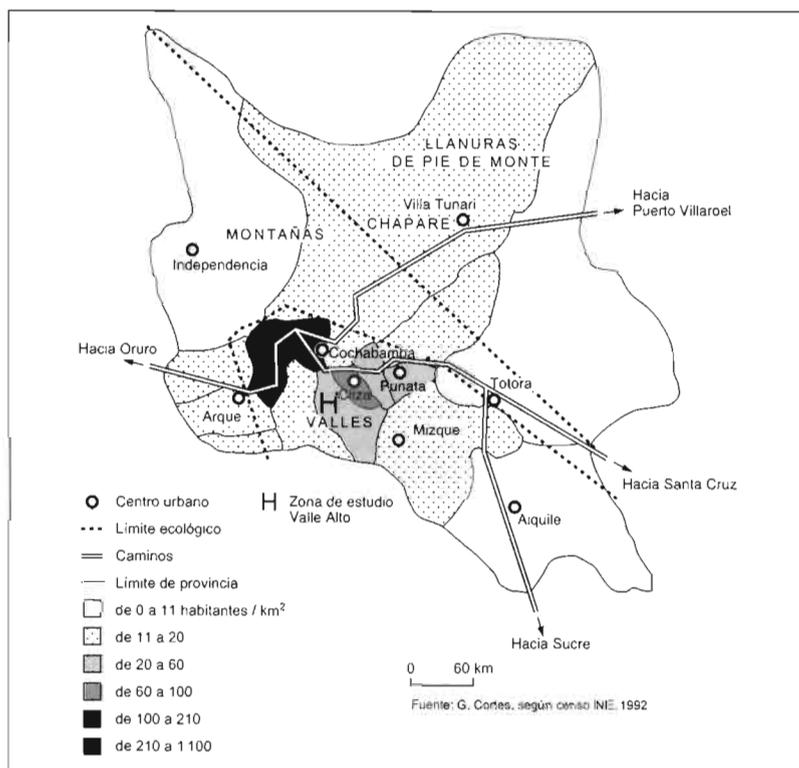
Mapa 1 – Zonas ecológicas de Bolivia y localización de la región de Cochabamba



Las montañas y altiplanicies de la cordillera de Cochabamba (piso de puna) rodean a tres valles situados a aproximadamente 2.500 m de altura (El Valle Bajo, el Valle Central y el Valle Alto), mientras que hacia la zona de transición hacia la Amazonia, donde se encuentra la región del Chapare, la vertiente de los Andes

se vuelve abrupta. Las montañas producen climas divergentes a un lado y otro de la cadena principal. El aire amazónico, descargado de su humedad en el contacto con la cordillera, se precipita hacia los valles donde deseca la atmósfera y produce una fuerte aridez, reforzada por la fuerte evaporación debida a la insolación y la altura. En los valles, la temperatura promedio es de 18°C, mientras que las precipitaciones, de alrededor de 450 mm promedio anual, son muy variables y se distribuyen irregularmente a lo largo del año. Sin embargo, los estrechos valles de Mizque, Aiquile o Totora, con suelos pobres pero con un clima más húmedo (500 mm por año), se distinguen de los extensos valles del centro, los cuales disponen de suelos alcalinos más profundos y de un clima más árido (350 mm por año).

Mapa 2 - La región de Cochabamba



Estos valles (Cliza, Sacaba, Cochabamba y Capinota), de los cuales algunos están acondicionados para el riego, constituyen la zona más favorable para la agricultura a nivel regional y nacional (terrenos planos, suelos profundos, comunicaciones fáciles, etc.). Esto es especialmente válido para el Valle Alto de Cliza, situado a unos treinta kilómetros al Sudeste de la capital regional Cochabamba (Mapa 2).

Al Nordeste de estos valles, las llanuras tropicales del Chapare, a una altura promedio de 270 m, contrastan por su fuerte humedad (entre 2.500 y 7.000 mm por año) y una temperatura promedio de 25°C. La topografía del Chapare se caracteriza por colinas bajas y planicies aluviales. Los grandes ríos (Sécure, Ichilo, Chapare e Isiboro) nacen en la cordillera y confluyen en el Mamoré, que es afluente del Beni.

Según numerosos estudios, el Chapare se caracteriza por un medio muy frágil y sensible a la erosión, cuyo potencial de uso agrícola es muy limitado debido a que la mayoría de las tierras no son fértiles. Los estudios de suelos muestran que solamente el 10% de este espacio es cultivable (Pizarro, 1991). Además, la fuerte degradación del medio se debería en parte al monocultivo de la coca que desde hace una quincena de años se ha generalizado en las llanuras. El resultado es la deforestación, la sobreexplotación de los suelos, la erosión y la contaminación de los ríos con sustancias químicas (Pizarro, *op. cit.*; Brackelaire, 1992).

Tierras de conquista y de revolución

En el transcurso de la historia, la región de Cochabamba, tierra de codicia y de conquistas sucesivas, siempre ha tenido un papel y una dinámica específica con relación al resto del país, y eso desde la civilización inca.

Del *ayllu* a los *mitimaes*

Las comunidades campesinas quechuas en la región de Cochabamba, al igual que en el resto del país, han heredado las

tradiciones del *ayllu*, el núcleo fundamental de la sociedad andina. En la sociedad preincaica, el *ayllu* correspondía a una unidad territorial comunitaria basada en un sistema de linajes y de grupos de parentesco, el cual formaba una red de núcleos socioeconómicos que estaban repartidos sobre el conjunto del territorio (Urquidi, 1982; Albó *et al.*, 1982; 1990; Larson, 1992). Estos «linajes confederados» -para retomar el término de B. Larson- apuntaban a un ideal de autosuficiencia alimentaria mediante la utilización óptima del espacio. «[...] originalmente, cada *ayllu* estaba organizado de modo que todos sus miembros compartieran -a través de múltiples comunidades- los distintos recursos que ofrecía la geografía andina» (Urioste, 1992: 23), teniendo acceso a varias comunidades especializadas en uno o varios tipos de producción. Los invasores incas provenientes de Cuzco dominaron a los pueblos aymaras basando sus instituciones político-administrativas en el modelo preexistente del *ayllu*, que de esta manera pudo perpetuarse como estructura económica de producción (Larson, 1992: 46). La comunidad andina actual, que agrupa a un conjunto de familias que trabajan en el mismo territorio con el que se identifican, remite a varios niveles de organización social: «La gran comunidad, que puede comprender a varias miles de familias dispersas sobre un vasto territorio, las «parcialidades» de arriba y de abajo, que subdividen tradicionalmente esta comunidad, y finalmente las pequeñas comunidades que componen estas parcialidades» (Franqueville, 1997: 66).

En este contexto, la colonización de la región de Cochabamba presenta algunas particularidades. Antes de la conquista española, los valles estaban habitados por aproximadamente 40 grupos étnicos. Esta extraordinaria diversidad étnica se explica por la ubicación de la región a lo largo de la frontera oriental del Collasuyu, una de las cuatro partes del Imperio Inca (Larson, 1992; Albó y Barnadas, 1990; Bouysse-Cassagne, 1978 y 1987). Su ocupación fue diferente y sobre todo más tardía que la del resto del territorio incaico, pues fue colonizada solamente en 1470. La estrategia de control de este espacio por los incas consistió en trasladar a nativos de regiones que fueron conquista-

das anteriormente (grupos étnicos de Charcas, Carangas, Urus, etc.), instalando en estas zonas a numerosas comunidades de *mitimaes* multiétnicos («colonos» provenientes de regiones altiplánicas). El objetivo de esta medida fue abastecer a la población de las tierras altas de Cuzco con productos de los valles, principalmente maíz.

A pesar de su alejamiento espacial, los *mitimaes* mantenían estrechas relaciones con sus grupos de parentesco que vivían en la altura y cuyos miembros migraban temporalmente a los valles para responder a las necesidades de mano de obra que tenían estas zonas (Urquidi, 1982; Larson, 1984 y 1992). «[...] constituyeron relaciones de trabajo de 'ayllus rotativos y de temporada' conformados por aldeas comunes habitadas por temporadas, así como enclaves multiétnicos, particularmente por los emigrantes definitivos o 'mitmaquna'. En todo caso, la trashumancia fue una norma fundamental de la organización social y económica de los pueblos originarios del incario» (Urioste, 1992: 24). Así, los valles de Cochabamba ya se distinguían del Altiplano, zona más densamente poblada en la que dominaban las comunidades que practicaban una agricultura de subsistencia.

Cuando los europeos tomaron Cuzco, en los valles andinos las repercusiones fueron inmediatas. Los indígenas huyeron hacia las comunidades de altura, y numerosas colonias de *mitimaes* se desintegraron. Así, en 1550, a la llegada de los españoles, importantes extensiones de tierras fértiles estaban prácticamente desocupadas o por lo menos escasamente pobladas. El Estado colonial español tomó el control sobre aproximadamente 15.000 indígenas *mitimaes* que quedaron en el territorio de Cochabamba, y los repartió en cinco encomiendas (Tapacarí, Sipe Sipe, El Paso, Tiquipaya y Capinota). De esta manera, el sistema de haciendas pudo desarrollarse más que en el resto del país.

De la colonización española a la Reforma Agraria

A finales del siglo XVI, la región de Cochabamba se convirtió en el «granero de Alto Perú» asegurando el abastecimiento

básico de cereales para las regiones mineras de Potosí (Larson, 1984; 1992). Durante la época colonial, la lógica económica y la organización regional se basaron en un sistema que se diferenciaba entre las montañas y los valles, no solamente desde el punto de vista de la especialización en los cultivos, sino también de la estructura de las haciendas. En las montañas, el sistema de la hacienda especializada en la producción de papa y en la ganadería, prevaleció hasta la Reforma Agraria. A diferencia de los hacendados de los valles, los de la altura (y particularmente los de las provincias occidentales de la región) nunca habían perdido el control sobre la mano de obra indígena y sobre la producción agrícola que se comercializaba en los valles o se exportaba hacia las zonas mineras. En periodos de crisis, los hacendados o criollos se replegaban y obtenían sus ingresos directamente en dinero o en especies a partir del trabajo indígena.

En cambio, desde el siglo XVIII, como resultado de la crisis de la plata en los años 1680, la dominación de las haciendas en los valles se ve cuestionada (Larson, 1984 y 1992). En esta época aparecen tierras cultivadas por campesinos indígenas bajo forma de aparcería o arriendo. A causa del descenso de la demanda de cereales en las regiones mineras y de una creciente presión demográfica, los grandes hacendados están obligados a disminuir su producción y se ven confrontados a una fuerte reducción de sus ingresos. Consecuentemente, prefieren recibir una renta de los campesinos por el uso que éstos hacen de la tierra, más aún considerando que en este caso el aparcerero tiene que soportar los riesgos de la comercialización. Paralelamente, éste continúa trabajando una parte de las tierras del hacendado. Los campesinos, habiendo recibido tierras en arriendo o aparcería, venden ellos mismos la producción y controlan progresivamente los circuitos locales de comercialización. El incremento de los ingresos y la mejora en los niveles de vida de la población rural conducen al desarrollo de una demanda de bienes de consumo y de una red de mercados locales (Larson, 1984). El sistema funciona de esta forma durante todo el siglo XIX, pero como la renta del suelo sube cons-

tantemente, la aparcería no desemboca todavía en la aparición de la pequeña propiedad familiar.

A finales del siglo XIX, un fenómeno importante trastorna las estructuras agrarias de los valles. En los valles de Cochabamba, nuevas relaciones de producción favorecen el surgimiento de pequeños propietarios de tierras independientes, que son llamados piqueros. Con sus ahorros, estos campesinos indígenas, mestizos de las aldeas o antiguos mineros, compran lotes de tierra y se instalan como agricultores.

El Valle Alto de Cochabamba es representativo del proceso de constitución de pequeños predios agrícolas campesinos. Con la crisis económica, los propietarios de las dos haciendas mayores (Santa Clara y Chullpas) vendieron varias partes de su propiedad a fin de resolver problemas financieros (Gordillo, 1988; Larson, 1984; Pizarro, 1992). En la antigua provincia de Tarata del Valle Alto de Cochabamba, donde están localizados los pueblos de Santa Rosa y Arbieto, las ventas de tierra fueron numerosas. Según R. A. Pizarro (*op. cit.*), a finales del siglo XIX esta provincia registraba 3.884 propiedades, es decir el 27% del total de los predios agrícolas familiares de la región, la proporción más elevada de todas las provincias. En los siguientes veinte años, la fragmentación subió al 56%, terminando en 1902 en 6.066 propiedades. Según el mismo autor, el 69% de las propiedades situadas en esta zona caracterizada por una fuerte concentración de piqueros, tenían una superficie de una hectárea.

La Reforma Agraria de 1953 precipitó la desaparición de las haciendas. Incluso antes de la promulgación de la ley agraria, los colonos organizados en milicias y sindicatos tomaron al asalto la mayoría de las haciendas y expulsaron a sus ocupantes.

Recordemos que los valles de Cochabamba fueron la vanguardia de la Revolución Nacional de 1953: en Ucureña, pueblo del Valle Alto situado en la actual provincia de Jordán, se creó en 1936 el primer sindicato agrario del país. El decreto de la Reforma Agraria de agosto de 1953 será promulgado en esta localidad (véase Anexo 3, Dossier 4).

Si bien la Reforma Agraria puso definitivamente fin al sistema de haciendas, la distribución de las tierras no se realizó de forma igualitaria. Por una parte, la dotación de tierras a los campesinos dependía del tamaño de la hacienda y del número de peñajeros que trabajaban en ella. Por otra parte, la Reforma Agraria no afectó las diferencias que existían antes de 1953 propias del sistema de aparcería y de arriendo (los beneficiarios conservaron su dotación inicial). Finalmente, el estatus muy vago de los piqueros fue fuente de tensiones dentro del campesinado. En otros términos, desde su surgimiento, el minifundio llevaba los gérmenes de la heterogeneidad y de la fuerte diferenciación económica y sociocultural que caracterizan actualmente a la región.

La región de Cochabamba se distingue por la inserción temprana del campesinado en un sistema comercial cuya importancia en el abastecimiento alimentario del país se ha incrementado después de la Reforma Agraria. En esta zona de considerable atracción por estar bien conectada con los mercados locales y propicia al aprovechamiento agrícola, la presión demográfica ha acentuado la fragmentación de las tierras. Hoy en día, los valles de Cochabamba constituyen una región agrícola dinámica pero muy sensible a las fluctuaciones económicas y a las políticas del país. Hablando de una fuerte tradición regionalista, R. Laserna* (1983: 116) señala: «La base productiva de Cochabamba ha tenido y tiene todavía como fundamento la capacidad de consumo que representa el mercado interno boliviano, y de esta manera la sociedad que se apoya en ella es particularmente sensible a las cuestiones nacionales». Así, en 1974, cuando el general Banzer, entonces en el poder, dictó una serie de medidas económicas favorables al desarrollo de la agroindustria del Oriente, pero que ponía la producción campesina tradicional en una situación desventajosa (descenso de los precios para la producción e inflación de los precios del consumo), estalló en la región de Cochabamba, y particularmente en el Valle Alto de Cliza y Tarata, una sublevación masiva. Esta rebelión campesina, llamada la «Masacre del Valle», cobró cientos de víctimas

* Las citas de publicaciones en español han sido retraducidas en esta edición debido a que no se tuvo acceso a los originales [N. de T.].

durante la intervención del ejército. Hasta hoy en día, esta matanza queda fuertemente arraigada en la memoria colectiva (Laneuville, 1980; Laserna, *op. cit.*; Flores, 1986).

Un mundo rural en pleno cambio

Desde los años sesenta, el espacio rural y la sociedad campesina de la región de Cochabamba atraviesan un proceso de recomposición de orden coyuntural y estructural. En esta región de antigua tradición agrícola, los efectos de la crisis económica de los años ochenta y los cambios económicos de los años noventa han aumentado los múltiples obstáculos que frenan la producción agrícola y pastoril del sector campesino tradicional. Paralelamente al proceso de urbanización, las economías familiares campesinas se diversifican mediante el desarrollo de actividades no agrícolas y el incremento de la movilidad espacial de la población.

Una reforma agraria inacabada

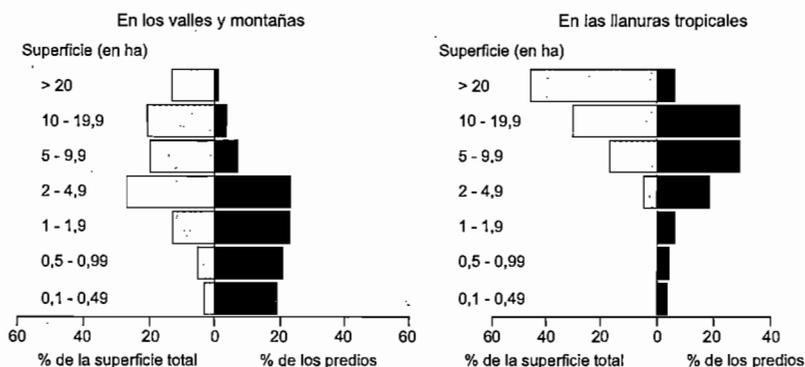
La Reforma Agraria de 1953 constituye un evento altamente simbólico, que ha contribuido en gran medida a la afirmación sociopolítica de la clase campesina boliviana; sin embargo, está lejos de haber resuelto el problema crucial de la parcelación y de la desigual distribución de la tierra.

Según los datos proporcionados por el Consejo Nacional de Reforma Agraria (CNRA), aproximadamente 56.000 familias se han beneficiado de 1.700.000 ha redistribuidas en 1953 en el departamento de Cochabamba. El 96% de estas familias son pequeños productores que ocupan el 62% de la tierra, mientras que las grandes propiedades, es decir el 3% de los propietarios, poseen el 38% de las superficies (Urioste, 1992: 103). Actualmente, el 80% de los predios agrícolas del departamento tienen una superficie comprendida entre 0.1 y 5 ha, de los cuales el 58% ocupan menos de 2 ha (Caro *et al.*, 1992).

Al interior mismo de la región de Cochabamba existe una importante heterogeneidad entre la estructura agraria de las zonas de altura y

la de las regiones tropicales recientemente ocupadas (Chapare y Carrasco). Mientras que el 63% de los predios agrícolas de los valles y la altura disponen de menos de 2 ha (y el 40% de menos de una hectárea), el 61% de las familias rurales del trópico poseen entre 5 y 20 ha (Gráfico 1). Sin embargo, la agricultura familiar basada en el uso de una parte reducida de las tierras disponible, sigue siendo la regla en las zonas tropicales, por lo menos en el Chapare.

Gráfico 1 – Distribución de las tierras en la región de Cochabamba



Fuente: CARO et al., 1992

La estructura agraria existente sigue siendo uno de los obstáculos más determinantes del sistema productivo agrícola de la región de Cochabamba. Frente a las reivindicaciones de una segunda reforma agraria que se han manifestado a partir de los años ochenta (Estellano, 1988; Urioste, 1992), la ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) de 1996 (véase Anexo 3, Dossier 4) ha abierto nuevas perspectivas de reestructuración agraria en Bolivia: la redefinición del régimen de la tenencia de la tierra, la facilidad de acceso a la tierra y a los títulos de propiedad, la liberalización del mercado de la tierra, etc. Sin embargo, según A. Zoomers (1998), este bosquejo de una segunda reforma agraria, poco adaptada a las realidades, apenas podrá resolver los problemas de tierra del sector campesino tradicional, especialmente en las regiones marcadas por una fuerte parcelación.

Una economía agrícola diversificada

Ofreciendo una gama muy diversificada de productos, el departamento de Cochabamba, junto con el de Santa Cruz, ocupa un lugar de primer orden en la economía del país. A nivel nacional, la producción de maíz es una especialidad de la región. Se cuentan seis variedades principales de maíz que son cultivadas en los valles (*willcaparu*, *uchuquilla*, maíz blanco, *chuspillo*, *periquillo*, *culli*) y que están destinadas al consumo bajo formas extremadamente variadas (choclo, sopa, mote, huminta, api, etc.), sea a la alimentación del rebaño, sea a la elaboración de chicha. En 1990, la participación del maíz en la producción agrícola nacional es del 11%, el tercer lugar después del azúcar y la papa. En la región de Cochabamba, el maíz ocupa 44.690 ha, es decir el 49% de la superficie total y el 73% de las superficies cultivadas (Rojas, 1991).

En 1980, en términos de producción, el departamento de Cochabamba participa en un 22% en la actividad agrícola del país, mientras que las superficies cultivadas sólo representan el 6% de las tierras aprovechadas (Laserna, 1984). No obstante, desde hace unos veinte años, la contribución del departamento a la economía agrícola del país no deja de disminuir. La extensión de las superficies cultivadas de coca contrasta con la disminución de otros productos agrícolas. En 1986 fueron cultivadas 100.000 ha menos que en 1985, es decir, hubo una baja del 8%. Esta tendencia es todavía más evidente en el departamento de Cochabamba (Quiroga, 1990).

En medio de un ambiente geográfico muy diverso, la zonificación de los sistemas de producción responde a dos obstáculos mayores: los fuertes desniveles y los riesgos climáticos. En el sector de los valles y las montañas sometidos a una fuerte aridez, los recursos hídricos condicionan por completo el aprovechamiento agrícola. Sin embargo, sólo los valles centrales (Quillacollo y Sacaba), el Valle Alto o el valle de Mizque y de Aiquile disponen de infraestructura de riego, por lo menos en una parte de las superficies cultivadas. En los valles centrales, por ejemplo, sólo el 16% de las superficies se benefician de un

sistema de riego permanente y el 68% de riego ocasional, en función del régimen de lluvias. En el Valle Alto, las proporciones son similares: 18% y 82% (Laserna, 1984).

A nivel regional (Mapa 3), las producciones agrícolas permiten distinguir cinco zonas, que comprenden una gama más o menos amplia de especializaciones (Rey-Giraud, 1987): las llanuras tropicales orientales, las montañas, los valles sin riego, los valles con riego y la zona del Sudeste.

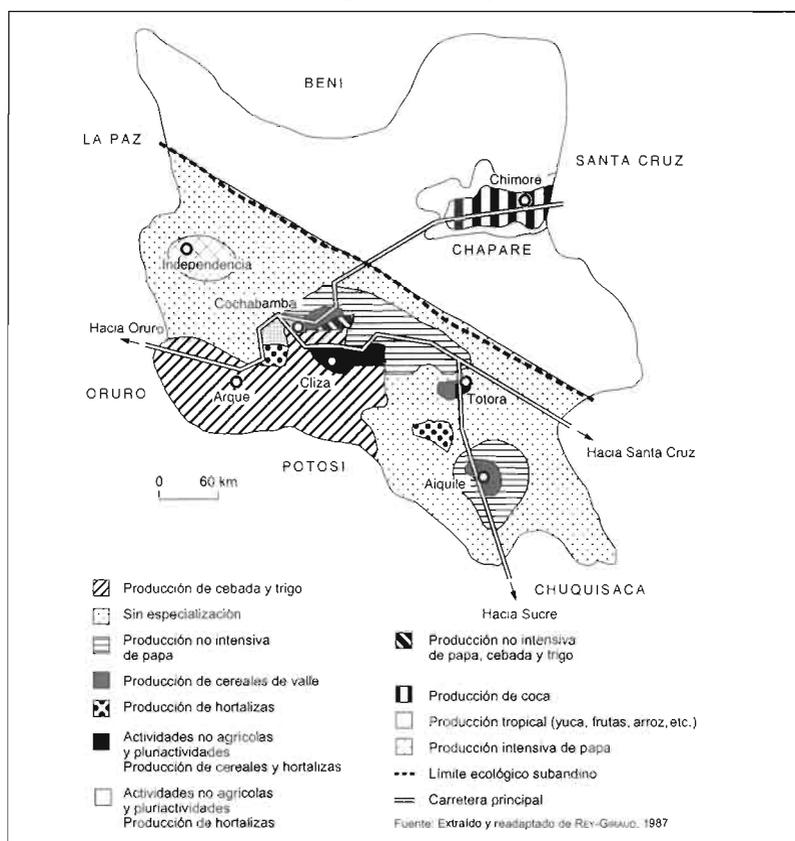
En las llanuras tropicales orientales, zona de colonización dirigida y espontánea desde los años 1955-1960, se ha desarrollado una agricultura de tipo familiar en torno a predios de tamaño mediano (alrededor de 20 ha). Los agricultores se dedican a cultivos tropicales de subsistencia, como la yuca y el arroz, o destinados a la comercialización, como el café y las frutas. A partir de los años ochenta, la región del Chapare se ha especializado en el cultivo de la hoja de coca; el 80% está destinado a la elaboración de pasta base de cocaína. Para frenar el desarrollo de estos cultivos ilícitos, el gobierno, con la ayuda de las instancias internacionales, ha lanzado «programas de desarrollo alternativo» que apuntan a reemplazar la coca por nuevos productos de exportación: piña, soya y otros (véase Anexo 3, Dossier 5). Actualmente, el Chapare es una de las regiones agrícolas del país que experimenta los cambios más fuertes, siendo muy solicitado por los actores del desarrollo, sean gubernamentales o no.

En las montañas de la parte occidental de la región (Independencia) y en las mesetas que dominan los valles de Cochabamba, Cliza, Totora y Aiquile, los agricultores producen papa de forma más o menos intensiva. También la mayoría de los demás cultivos tradicionales andinos (quinua, papalisa y oca), así como ciertos cereales (trigo y cebada) y hortalizas (habas) caracterizan a este piso ecológico. Los campesinos de las alturas practican la crianza de ovinos y caprinos, y en menor grado la de la llama (en las zonas de gran altura).

Los valles interiores son el corazón agrícola tradicional de la región. Generalmente, la agricultura diversificada está asociada a la crianza de ovinos y bovinos. La heterogeneidad de los sistemas de cultivo entre los valles resulta básicamente de las posibi-

lidades de riego y de la proximidad del mercado urbano. En los sectores de cultivos con irrigación pluvial domina la producción de trigo y sobre todo de maíz. Es el caso del Valle Alto de Cliza, así como de los valles de Totora y Aiquile situados más al Sur. También es importante la producción de papa y más recientemente de duraznos. El cultivo de la alfalfa en las tierras más húmedas está relacionado con la crianza de bovinos y la elaboración de productos lácteos que se venden en el mercado de Cochabamba. Los predios agrícolas familiares están muy diversificados pues están asociados con la agricultura, las actividades de transporte, el pequeño comercio y el trabajo asalariado.

Mapa 3 – Producción agrícola en la región de Cochabamba



En los valles que disponen de sistemas de riego permanente, se ha generalizado la producción de frutas, verduras y leche. Los valles bajos de Capinota y de Mizque se han especializado en la producción de hortalizas, sobre todo de zanahorias, cebollas y betarragas. En los valles centrales de Cochabamba y Sacaba, que están más urbanizados, la producción es muy diversificada: hortalizas, crianza de animales lecheros, cereales, crianza bajo sombra de aves de corral y de porcinos. La proximidad de los principales centros urbanos ha favorecido también el desarrollo de actividades no agrícolas que se combinan con la agricultura.

Finalmente, la Zona sudeste (Arque) es el pariente pobre del departamento. En esta pequeña región aislada por estar mal conectada con los centros urbanos, predomina la tradicional agricultura de subsistencia, dedicándose los agricultores principalmente a la producción de alfalfa y de trigo, así como a la crianza de ovinos y caprinos.

Una agricultura con fuertes obstáculos

Dos elementos influyen en el sector campesino en el departamento de Cochabamba: la conexión de los agricultores con el mercado urbano y el grado de apoyo técnico y económico que reciben. La región de Cochabamba, situada en el eje carretero La Paz-Santa Cruz, es una verdadera plataforma giratoria comercial abierta hacia los cuatro puntos cardinales del país. La configuración espacial de las ferias comerciales y la dirección de los flujos de mercancías reflejan esta situación geográfica.

La comercialización de la producción campesina depende del grado de conexión de las microregiones con el centro de Cochabamba. Las llanuras tropicales del Chapare y los tres valles principales (Capinota, Cochabamba/Sacaba y Cliza) constituyen, en términos de R. Laserna (1984), un núcleo regional integrado y una zona de expansión comercial. Dirigido al mismo tiempo hacia el Oeste y hacia el Este, es un nudo de articulación entre las regiones altiplánicas de Oruro y de La Paz, y las llanuras orientales. En cambio, los sectores de altura del Oeste y las zonas situa-

das en la parte Sur de la región están aislados y funcionan de forma «semi-autónoma» frente al núcleo central de Cochabamba.

Al igual que en el conjunto del país, las políticas nacionales de estas últimas décadas han sido particularmente desventajosas para la agricultura campesina de la región (Urioste, 1992; Franqueville, 1998). La proporción de los créditos financieros concedidos por los bancos públicos a los pequeños agricultores de la región, se ha ido reduciendo progresivamente en beneficio de las llanuras tropicales y en particular de la región de Santa Cruz.

Entre 1955 y 1975, la proporción de los créditos nacionales que recibió el departamento de Cochabamba, bajó del 13.5% al 2.7% (Rey-Giraud, 1987). En 1992, sólo el 10% de los predios agrícolas que se beneficiaron de un crédito estaban financiados por los bancos agrícolas, el 11% por organizaciones no gubernamentales, el 13% por cooperativas, el 11% por bancos privados u otras instancias, el 2% por prestamistas, menos del 1% por bancos del Estado y el 52% por amigos o parientes (Caro *et al.*, 1992). La misma encuesta muestra que el 74% de los créditos no son utilizados para fines agrícolas o pastoriles. En cambio, las familias que han recibido créditos tienen un ingreso superior al conjunto de las demás familias (la diferencia es del 54%). Según las mismas fuentes, sólo el 13% de los hogares agrícolas reciben actualmente asistencia técnica, la mayoría de los cuales se encuentran en las regiones bajas del departamento. Sin embargo, el ingreso de estas familias es más del doble que el de las otras unidades domésticas.

Evidentemente, la intervención cada vez menor del Estado ha afectado menos a la región de Cochabamba que a las tierras altas de La Paz, Potosí u Oruro. Dado que después de los años ochenta el gobierno boliviano implementó programas de desarrollo para luchar contra la producción ilícita de la coca, los pequeños agricultores de la región de Cochabamba, especialmente los migrantes hacia el Chapare, fueron directamente afectados. Sin embargo, la mayoría de los proyectos de desarrollo han sido financiados por capitales extranjeros, sobre todo norteamericanos, acentuando de esta manera la dependencia económica y

financiera de Bolivia de los países occidentales. Por lo demás, los créditos concedidos y las acciones realizadas han favorecido sobre todo a las llanuras tropicales a costa de las zonas de altura, en las que se concentra, sin embargo, la mayoría de la población. Finalmente, estos programas de desarrollo agrícola y de sustitución de la coca por otros productos no han tenido los resultados esperados (véase «El balance de las políticas antidroga» en la segunda parte).

Diversificarse para sobrevivir

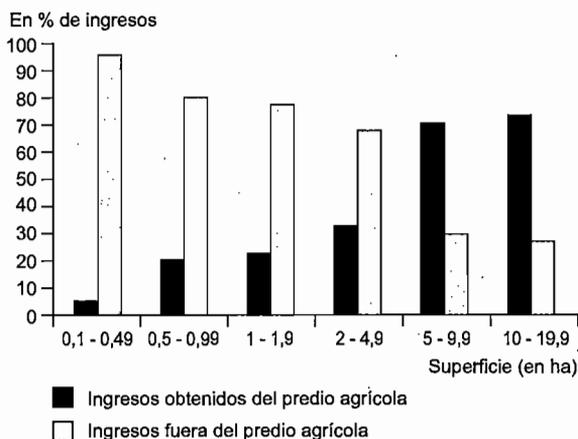
Frente a la presión sobre la tierra, a la escasez de agua y a la ausencia del Estado, los agricultores de Cochabamba desarrollan sus propias estrategias, siendo una de ellas la diversificación de las actividades. Este fenómeno ha sido objeto de numerosos estudios, realizados especialmente en los valles centrales del departamento (Alfaro, 1981; Dandler *et al.*, 1982; Anderson y Dandler, 1983; Laserna, 1984; Rey-Giraud, 1987).

G. Rey-Giraud constata que en el Valle Alto de Cochabamba, más del 70% de las familias rurales tienen ingresos extra agrícolas (localidad de Chullpas). Existen diversas actividades: el trabajo asalariado en la construcción, la artesanía textil, el comercio al por menor y el trabajo agrícola estacional. En muchos casos, estas actividades están relacionadas con la migración temporal. Investigaciones más recientes indican las mismas tendencias. Según un estudio conjunto de CERES y la Orstom (hoy IRD), realizado en el conjunto del país, más del 70% de los ingresos anuales en el ámbito rural provienen de una actividad no agrícola (principalmente del comercio, del trabajo asalariado y de la artesanía). En las regiones rurales de Cochabamba y Santa Cruz, esta proporción es mucho más elevada (Franqueville *et al.*, 1992: 64).

Asimismo, las encuestas realizadas en 1991 por USAID (Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional) muestran que el 51% de los jefes de familia rurales de la región de Cochabamba desempeñan su actividad principal fuera de la agricultura. Esta proporción es más elevada en los valles y en la altura que en la zona tropical (62% y 46%, respectivamente).

Paralelamente, el 73% de las mujeres de las zonas rurales tienen una actividad secundaria, contra el 59% de los hombres (Caro *et al.*, 1992). Según este mismo estudio, la estructura de la tenencia de la tierra condiciona el grado de diversificación de las actividades: mientras más reducida es la superficie de la tierra, más alta es la proporción de los ingresos no agrícolas (Gráfico 2). Por encima de 5 ha, los ingresos agrícolas ocupan el lugar más importante. Hasta este límite, las actividades no agrícolas proporcionan entre el 67% y el 95% de los ingresos anuales.

Gráfico 2 – Ingresos no agrícolas de los hogares rurales de Cochabamba



Fuente: Según CARO *et al.*, 1992 (USAID)

Dinámicas de colonización

Desde los años setenta, la población de Bolivia se redistribuye a favor de las zonas bajas de pie de monte. En esta evolución, la región de Cochabamba tiene una doble particularidad. A nivel nacional constituye un polo de atracción debido a su ubicación en el eje La Paz–Santa Cruz; al mismo tiempo existe una redistribución espacial de la población al interior de los límites departamentales, sin que por ello desaparezcan las fuertes diferencias demográficas entre las zonas de altura y las llanuras tropicales.

Valles densamente poblados

Según el censo de población de junio de 1992, realizado por el INE (Instituto Nacional de Estadística), el departamento de Cochabamba es el más poblado, con una densidad de 20 habitantes/km², contra 6 para el conjunto del país. Sin embargo, la distribución de la población presenta fuertes disparidades.

Pese a las políticas orientadas hacia el reequilibrio demográfico, un poco más del 80% de la población está concentrada en los valles y las montañas. Los tres valles interiores constituyen los principales lugares de colonización: el 51% de la población del departamento vive en las provincias de Cercado y de Quillacollo (valle central de Cochabamba); el 11% en el Valle Alto de Cliza y Punata, y el 7% en los valles bajos de Capinota, de Mizque y Aiquile. Según el INE, la mayoría de la población rural se concentra en los valles (50%), mientras que el resto se reparte entre las zonas bajas (28%) y en las montañas áridas (22%). El 49% de la población del departamento de Cochabamba, que pertenece a la cultura quechua, es rural. Esta proporción es un poco superior a la del conjunto del país, pero muy inferior a la de los departamentos más rurales como los de Chuquisaca, Potosí y Pando, en los que esta proporción varía entre el 65 y el 75%.

La conquista del Oriente

Desde la Reforma Agraria, uno de los principales retos planteados por los gobiernos bolivianos, es la conquista de las llanuras tropicales, el Oriente. Las políticas de colonización y la creación de una agroindustria tropical han provocado movimientos poblacionales provenientes de los valles interandinos y del Altiplano. A partir de los años setenta, las plantaciones de caña de azúcar y de algodón han creado un mercado de trabajo temporal que atraía a las poblaciones rurales empobrecidas de las zonas de altura. Por otro lado, el gobierno boliviano implementó un programa de colonización ofreciendo a los campesinos la posibilidad de instalarse en un lote de más de 10 ha y de dedicarse a una producción de tipo comercial (arroz, caña de azúcar, café, frutas tropicales, etc.). Sin embargo, muchos de estos «colonos» se enfrentaron a malas condiciones de pro-

ducción y de comercialización, la falta de apoyo técnico y, especialmente, la baja competitividad de los productos. En muchos casos tuvieron que regresar a sus comunidades de origen en las tierras altas (Casanovas y Pabón, 1980; Maletta, 1980).

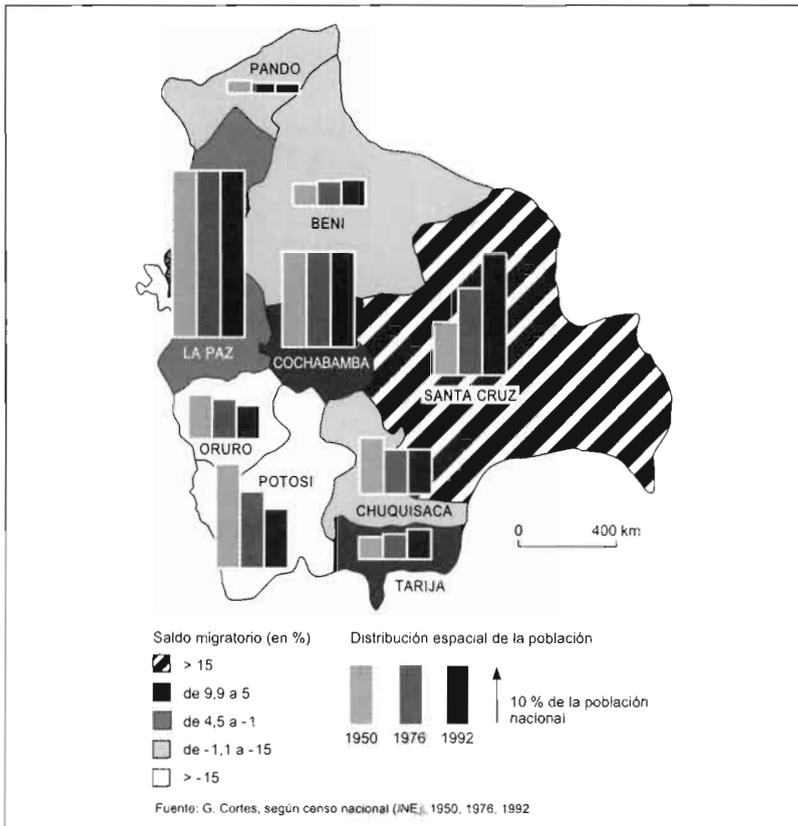
A pesar de estos movimientos de retorno a sus lugares de origen, en el censo nacional de 1976 se puede constatar la creciente movilidad de la población boliviana: más de un millón de personas vivían fuera de su provincia de origen, lo que corresponde al 28% de la población mayor a los 5 años. Estos movimientos han conducido a la redistribución demográfica a favor de los valles y sobre todo de las llanuras de transición hacia la Amazonia (en 1992 concentran el 45% de la población, contra el 53% en 1976), sin que por lo tanto se vacíe el Altiplano.

Entre 1976 y 1992, las regiones de Cochabamba, Tarija y sobre todo de Santa Cruz, han recibido la parte más importante de los flujos migratorios (Mapa 4). Mientras que la región de Santa Cruz registra un saldo migratorio neto superior al de las otras regiones (más del 15%, contra el 8% para Cochabamba y Tarija), las diferencias se reducen desde 1987. La mecanización de los cultivos agroindustriales, la crisis de la producción algodonera y de la caña de azúcar en los años ochenta y, sobre todo, las dificultades con las que se tropezaron los agricultores colonos, han conducido a un flujo más lento de migración hacia las regiones subtropicales.

Crecimiento y «ruralización»

Entre 1976 y 1992, la población del departamento de Cochabamba tuvo un crecimiento neto. Por su posición de bisagra entre el Altiplano y las llanuras del Oriente, ha interceptado no solamente a los trabajadores temporales y a los colonos de las tierras bajas que volvieron al interior del país, sino también a aquella población de las zonas altiplánicas que fue afectada por el cierre de las minas de estaño en 1986. En la mayoría de los casos, estos nuevos inmigrantes se dirigieron hacia las actividades ligadas al tráfico ilícito de la cocaína o hacia el sector informal urbano (Blanes, 1985; Ledo, 1991).

Mapa 4 – Saldo migratorio (1976-1992) y redistribución espacial de la población boliviana, por departamento (1950-1992)

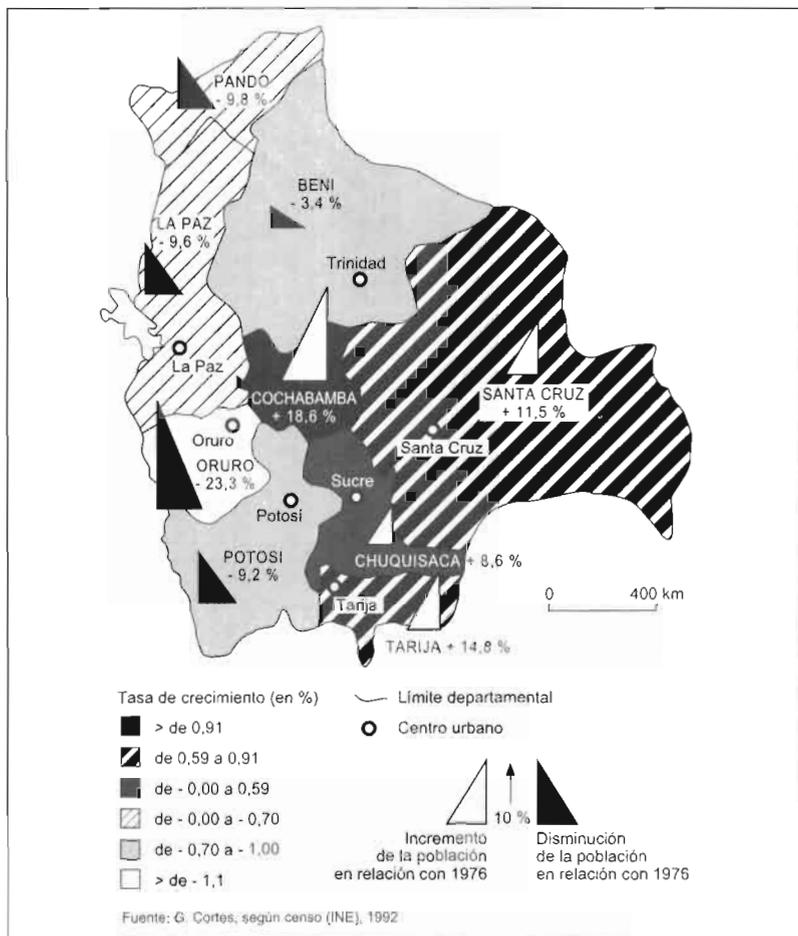


Por otro lado, una particularidad de la región de Cochabamba en comparación con el resto del país es el crecimiento de su población rural. Mientras que entre 1976 y 1992 el país contó con una tasa de crecimiento anual de casi cero (-0.01%, es decir, una pérdida absoluta de 3.000 personas), el departamento tuvo el crecimiento más alto de la población rural (1.09%), es decir una progresión de casi 19% en comparación con 1992 (Mapa 5). En este periodo, el campo atrajo el 30% de los migrantes que vinieron a instalarse en la región (35.000 personas). No obstante, esta «ruralización» no ha sido uniforme pues ha involucrado sobre

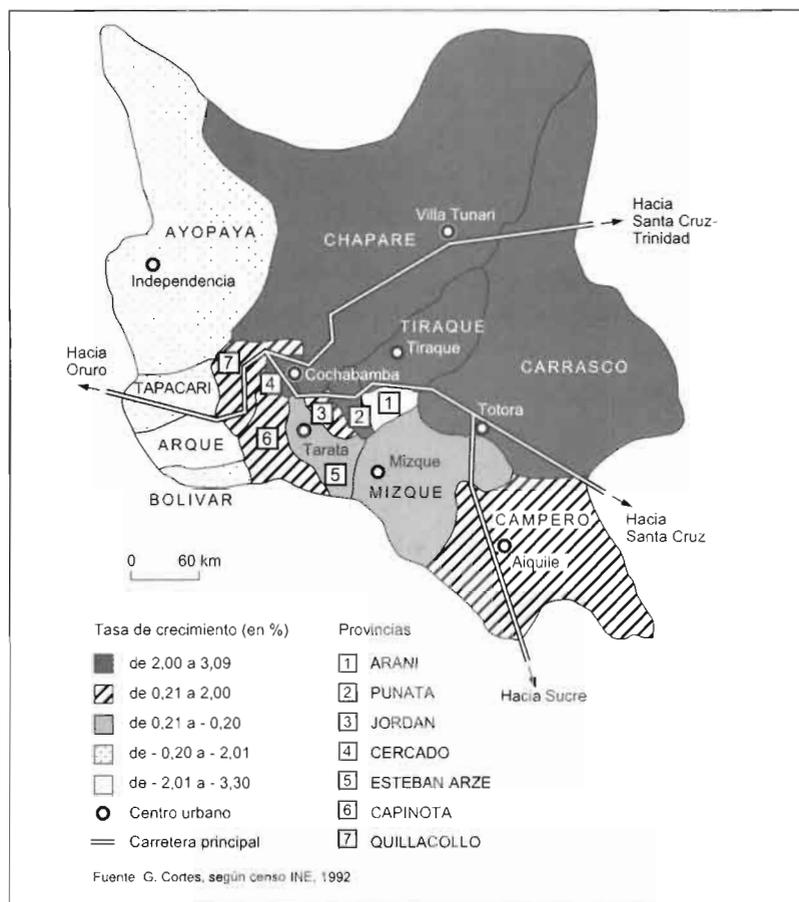
todo a las provincias tropicales (Mapa 6). El aumento de la población rural se debe en gran parte a la llegada de nuevos residentes a las provincias de Chapare y de Carrasco.

Un hecho aún más singular es el siguiente: una proporción no despreciable de antiguos habitantes urbanos ha participado en la ruralización de la región, ya que el 40% de los migrantes que se han instalado en las zonas rurales del departamento son originarios de las ciudades.

Mapa 5 – Evolución de la población rural en Bolivia (1976-1992)



Mapa 6 – Tasa de crecimiento de la población rural del departamento de Cochabamba entre 1976 y 1992



La ciudad, un polo de atracción equívoco

Contrariamente a numerosos países latinoamericanos, Bolivia no ha sufrido todavía un éxodo rural masivo. Aunque los centros urbanos de La Paz, Cochabamba y sobre todo Santa Cruz son lugares de inmigración que cobran cada vez mayor importancia, en el caso de Cochabamba la migración campo-ciudad no es el fenómeno que contribuye a su crecimiento

demográfico. Si bien la llegada de «población rural» es un hecho indiscutible, los desplazamientos ocurren sobre todo de una ciudad a otra. Estas tendencias relativizan la idea de un importante fenómeno de éxodo rural en Bolivia, al mismo tiempo que las condiciones de vida de los campesinos se han deteriorado fuertemente desde 1980.

Se puede proponer una doble explicación para este fenómeno. Por una parte, la ausencia de un tejido económico receptor limita la integración y la instalación de la población rural en la ciudad: tan sólo las actividades informales o ilegales pueden garantizar la supervivencia de los migrantes empobrecidos. Por otra parte, la atracción que ejercen las zonas tropicales del Chapare, ha provocado una ruralización en contracorriente que incluye a las poblaciones urbanas. El crecimiento de la población rural no debe despertar ilusiones. Lejos de ser un indicador de buena salud de la economía agrícola de la región, es el reflejo de la importancia de la economía de la coca-cocaína. Aún hoy en día, éste es un factor fundamental de regulación de los flujos migratorios provenientes de las zonas rurales.

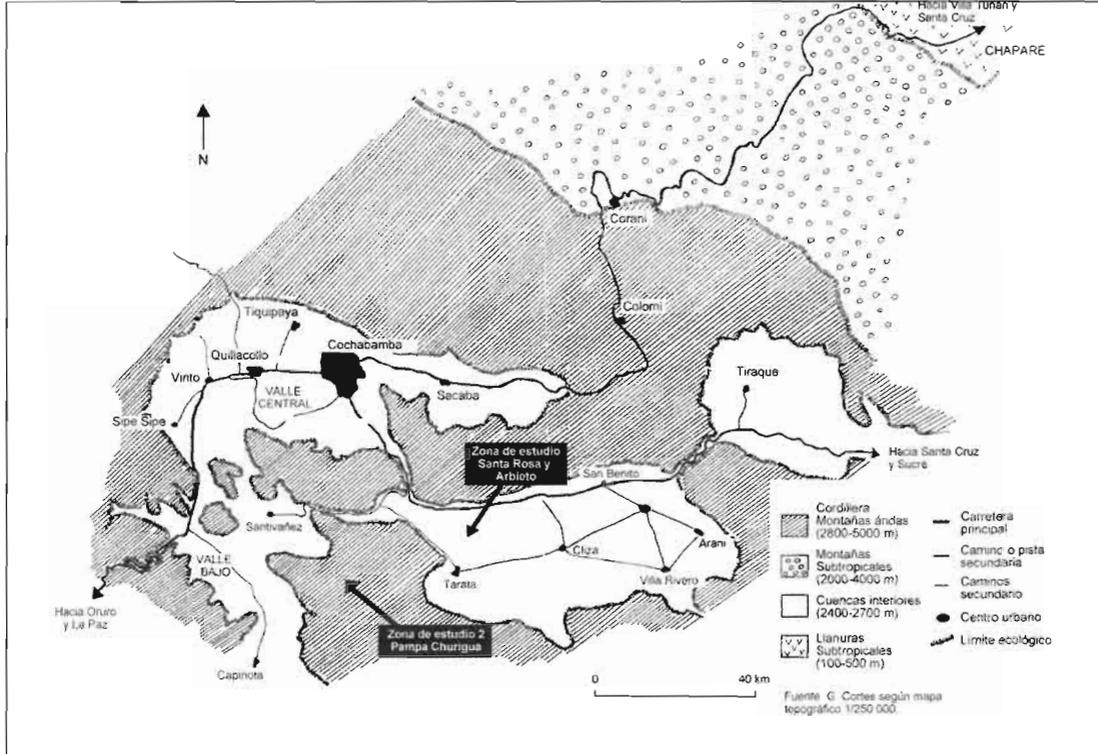
Pueblos de abajo, comunidad de arriba

La gran diversidad geográfica, económica y sociocultural de las zonas rurales periféricas de Cochabamba resulta en una fuerte heterogeneidad entre sociedades rurales quechuas, a veces notoria a pesar de la escasa distancia entre los pueblos. Los tres lugares de estudio son representativos no solamente de esta diversidad, sino también de la distribución vertical de los pisos ecológicos en la región (Mapa 7).

Los dos primeros pueblos, Santa Rosa y Arbieta, están localizados en los fondos del Valle Alto de Cochabamba, a una altura de 2.700 m (el valle bajo de Santivañez, en cambio, está a aproximadamente 2.400 m). Encontrándose relativamente cerca de Cochabamba (a aproximadamente treinta kilómetros, es decir a una hora de viaje), estos pueblos están situados en la esfera de influencia de los centros urbanos de Tarata y Cliza. Una red de transporte público que opera casi diariamente, los une con la capital del departamento. Los campesinos de Santa Rosa y de Arbieta, así como los de los otros valles de la región, se distinguen por un alto grado de mestizaje y una buena integración al medio urbano.

La comunidad rural de Pampa Churigua se sitúa a una distancia de 15 km de Santa Rosa y Arbieta, sobre una de las mesetas que dominan el Valle Alto (a 3.200 m). Está conectada con los fondos de valle por dos caminos de tierra transitables de calidad mediocre y que se inundan temporalmente en la estación de lluvias.

Mapa 7 – Localización de los poblados rurales estudiadas



Esta comunidad más tradicional y más aislada está situada a aproximadamente dos horas de viaje de la capital regional. Ninguna red de transporte público permite el acceso a los poblados de los fondos del valle.

La heterogeneidad de las «prácticas campesinas» corresponde a la ubicación de estos tres lugares rurales en diferentes pisos ecológicos. Estas prácticas, que son de orden técnico, económico y sociocultural, se definen como el conjunto de actividades desarrolladas por las familias en el marco de su sociedad y su territorio local. El análisis de la ocupación del espacio, de las estructuras agrarias, de la organización social y cultural comunitaria y del sistema de producción agropastoril es condición previa para una mejor comprensión del medio de origen en el cual se inscribe el proceso migratorio.

Espacios y prácticas comunitarias

Aparte de encontrarse en diferentes pisos ecológicos, los pueblos del fondo del valle y la comunidad de altura tienen un origen sociohistórico distinto, el cual está relacionado con las diferentes etapas de colonización de la región. Esto explica, en muchos aspectos, la gran diferencia fisionómica del espacio comunitario y del paisaje agrario. Asimismo, la organización social, aunque enraizada en la misma identidad cultural andina, no presenta el mismo grado de cohesión en las dos zonas.

Formación de los territorios comunitarios

Los pueblos del fondo del valle

Santa Rosa es un pueblo de origen reciente cuya formación es contemporánea a la Reforma Agraria de 1953. Su creación está relacionada con el desplazamiento de la población originaria de una zona cercana, que estaba obligada a dejar sus tierras debido a una inundación provocada por la construcción de una presa aguas abajo. Los

habitantes se beneficiaron de las tierras del actual pueblo expropiadas al hacendado que las ocupaba hasta 1953. La geometría de Santa Rosa confirma este origen reciente, con las calles perfectamente cuadrículadas alrededor de una plaza central.

Al momento del censo nacional de junio de 1992, el pueblo contaba con aproximadamente 800 personas. Está electrificado, pero no tiene agua potable y no dispone de ninguna infraestructura administrativa. La escuela está instalada en el antiguo edificio central de la hacienda, que está situado al extremo del pueblo y sólo ofrece el ciclo primario. El pueblo está conectado con la ruta principal a Cochabamba mediante un camino de tierra transitable de 5 km de largo, comunicado muy irregularmente mediante un servicio de transporte público (en función al número de pasajeros).

El pueblo de Arbieta, situado a 4 km del anterior, es un centro urbano de mayor tamaño que agrupa a cerca de 1.800 habitantes. Su origen es más antiguo. Después de su fundación en la época colonial española, este pueblo no dejó de desarrollarse y se convirtió al principio de la República en capital de cantón. Desde 1983, es la capital de la tercera sección de la provincia Esteban Arce y cuenta con una alcaldía.



Plaza del pueblo de Arbieta con la alcaldía (en primer plano) y la iglesia (en segundo plano). La arquitectura colonial es la huella que dejó la presencia española en estos centros urbanos del fondo del valle.

Aunque la estructura global del pueblo sea similar a la de Santa Rosa (calles cuadrículadas alrededor de una plaza central), existe un antiguo núcleo que data de la época colonial española y en el que la configuración de las calles es más irregular. La población de Arbieto no tiene acceso al agua potable; dispone de dos escuelas (primaria y secundaria), una posta sanitaria, una biblioteca municipal, una oficina de correos y comunicación, varias tiendas y de talleres artesanales. Situado a 30 km de la capital regional, el pueblo cuenta con un servicio diario de transporte público.

Desde principios de los años ochenta, los habitantes de Santa Rosa y, en menor medida, los de Arbieto, reciben asistencia técnica por parte de instituciones gubernamentales como el IBTA (Instituto Boliviano de Técnicas Agrarias) de San Benito y el PDAR (Programa de Desarrollo Alternativo Regional). Estos programas, que fueron implementados para frenar la migración hacia las zonas de producción de la coca, han contribuido fuertemente al desarrollo de los poblados (créditos financieros, apoyo técnico, construcción de una carretera, proyectos de agua potable, etc.).

La comunidad de altura

Situado a 3.200 m sobre una meseta fría y seca, Pampa Churigua domina las laderas del Valle Alto. Los vientos azotan este sector, que está despojado de cualquier vegetación. Unas cincuenta casas de construcción tradicional en adobe se encuentran dispersas sobre una superficie de más de 100 ha.

En la época incaica, Pampa Churigua probablemente formaba un único *ayllu* con las comunidades situadas debajo de la meseta: Huerta Mayu, Sacabamba y Pata Churigua (Mapa 8). Como ciertas familias tenían relaciones de parentesco lejano con estas comunidades vecinas, disponían de parcelas en tierras de estos lugares, que hoy en día pertenecen a los campesinos que las trabajan y viven en ellas. El *ayllu* al que pertenecía Pampa Churigua, se extendía probablemente sobre varias centenas de kilómetros en dirección de las zonas altiplánicas. Aún hoy en día, algunos campesinos de «parentesco lejano» de la región de Uyuni vienen

para intercambiar sal por los productos de Pampa Churigua (trigo y maíz). Según algunos testimonios, estos intercambios se remontan a varias generaciones. Los habitantes de Pampa Churigua vivían en este lugar bastante antes de la colonización española, durante la cual las tierras de la comunidad estaban ocupadas por un hacendado (Hacienda Antezana Terán). Por lo tanto, Pampa Churigua es una «comunidad originaria», tal y como la definen los documentos de la Reforma Agraria (Urioste, 1992: 98).



Vista general de Pampa Churigua, una comunidad tradicional localizada en el altiplano (3.200 m), donde domina una fuerte aridez y un paisaje de viviendas dispersas. En la época de la colonización española, las tierras de Pampa Churigua estaban ocupadas por un hacendado.

Desde la comunidad salen dos caminos de tierra transitables, que llegan a inundarse durante la época de lluvias: una en dirección al centro urbano de Tarata situado a unos quince kilómetros, la otra hacia Santivañez, pueblo localizado más abajo del valle adyacente. Desde 1990, la comunidad está provista de agua potable gracias a la intervención de CODERTA (Coordinación para el Desarrollo Regional de Tarata), que ha financiado la captación de una fuente. Los miembros de la co-

munidad, que pagan una cuota básica, van diariamente al depósito de agua, cuyo mantenimiento es manejado por el sindicato comunal. Los habitantes tienen además una escuela comunal en la que se enseña hasta el final del ciclo primario. Sin embargo, dada la lejanía de la comunidad, los profesores que vienen de los valles tienen dificultades para llegar. Consecuentemente, los cursos se llevan a cabo muy irregularmente.

La gente de Pampa Churigua no tiene acceso a la electricidad ni a una posta sanitaria. Pese a la escasa insalubridad de la zona de altura, existen fuertes problemas sanitarios. El aislamiento y el bajo nivel educativo de los habitantes han favorecido la difusión de la epidemia del cólera, que fue declarada en el país en 1992. Ésta ha causado varios decesos entre los niños de poca edad y entre los ancianos de la comunidad. Además, gran parte de la población tiene sarna, frecuentes ataques de fiebre y afecciones cutáneas. Según R. A. Pizarro (1991), la migración hacia las zonas tropicales del Chapare contribuye a agravar el estado sanitario de la población, en la medida en que constituye un canal de transmisión de enfermedades infecciosas. La mortandad infantil es particularmente elevada. Según nuestras observaciones y los datos del CIDRE (Centro de Investigación y Desarrollo Regional), un niño de dos muere a una edad temprana, en la mayoría de los casos de gastroenteritis. Las mujeres dan a luz en casa, solas o con la ayuda de una partera de la comunidad, que tiene un excelente conocimiento de las plantas utilizadas y de los rituales. En los valles, esta práctica es mucho menos difundida. Las jóvenes generaciones prefieren ir al hospital público de Tarata.

Mientras que la mayoría de la población de Santa Rosa y de Arbieto es bilingüe (las mujeres en menor proporción), la casi totalidad de los campesinos de Pampa Churigua sólo hablan quechua. Por otro lado, las dos zonas se distinguen por niveles de instrucción muy heterogéneos. Aproximadamente el 20% de la población de Santa Rosa y de Arbieto es analfabeta (pero más del 40% de las mujeres). Entre la población de Pampa Churigua, esta proporción supera el 50% (Deheza, 1991).



Mujer mestiza quechua de Santa Rosa llevando la vestimenta tradicional andina (pollera y *aguayo*) y el sombrero blanco, rígido y de forma alta, que es típico de los valles de Cochabamba.



Mujer indígena quechua de Pampa Churigua amamantando a su hijo. El sombrero redondo hecho de tela es característico de los campesinos indígenas más pobres de las alturas.

Paisajes agrarios

En ambas zonas, la aridez es el mayor obstáculo para la agricultura, aunque es mayor en la comunidad de altura. La escasez de agua determina totalmente los sistemas de producción agrícola y las posibilidades de desarrollo.

Las precipitaciones promedio son de 400 a 450 mm por año, de las cuales el 80% se concentra entre los meses de noviembre y abril. Las condiciones climáticas fueron especialmente desfavorables durante el periodo agrícola de 1991-1992, durante el cual la sequía ha reducido considerablemente la producción.

Pampa Churigua

La organización del espacio de Pampa Churigua corresponde a la situación topográfica. Existen tres zonas con distintas características ecológicas y diferentes modos de ocupación.

La zona denominada «pampa», que es la más extensa, constituye la meseta propiamente dicha, en la que están ubicadas las viviendas y el «corazón administrativo» de la comunidad (escuela, cancha de fútbol y tienda comunal). En este sector se encuentran la mayoría de las parcelas agrícolas.



Casa tradicional en Pampa Churigua, hecha de adobe. La primera habitación (a la izquierda), lugar en el que vive la familia, está prolongada por una segunda habitación que sirve de almacén de los productos y de las herramientas agrícolas. En el patio interior, abierto hacia las parcelas agrícolas, se encuentra la cocina, que está cubierta (a la izquierda), así como los utensilios de cocina (vasijas hechas de barro, fogón, caldera, etc.).

La vivienda, generalmente muy modesta y de construcción regular, está compuesta por una a tres habitaciones construidas en adobe y con un techo cubierto de tejas. Habitualmente, los cuartos están dispuestos alrededor de un patio delimitado por un muro bajo hecho de adobe, en el cual se encuentra el cercado para el rebaño ovino y el lugar donde se cocina. El fogón, denominado *ch'oncha*, es a veces cubierto por un techo que lo protege contra la intemperie y la fuerte insolación. La familia vive habitualmente en una sola pieza, mientras que la otra está destinada a guardar los utensilios agrícolas y las reservas alimentarias.

La segunda zona está formada por las colinas y laderas de las montañas que rodean la meseta. Se trata de tierras comunales que están reservadas al pasto de los ovinos durante la época

seca (en este sector, algunas familias poseen parcelas, las cuales, sin embargo, son raramente aprovechadas).

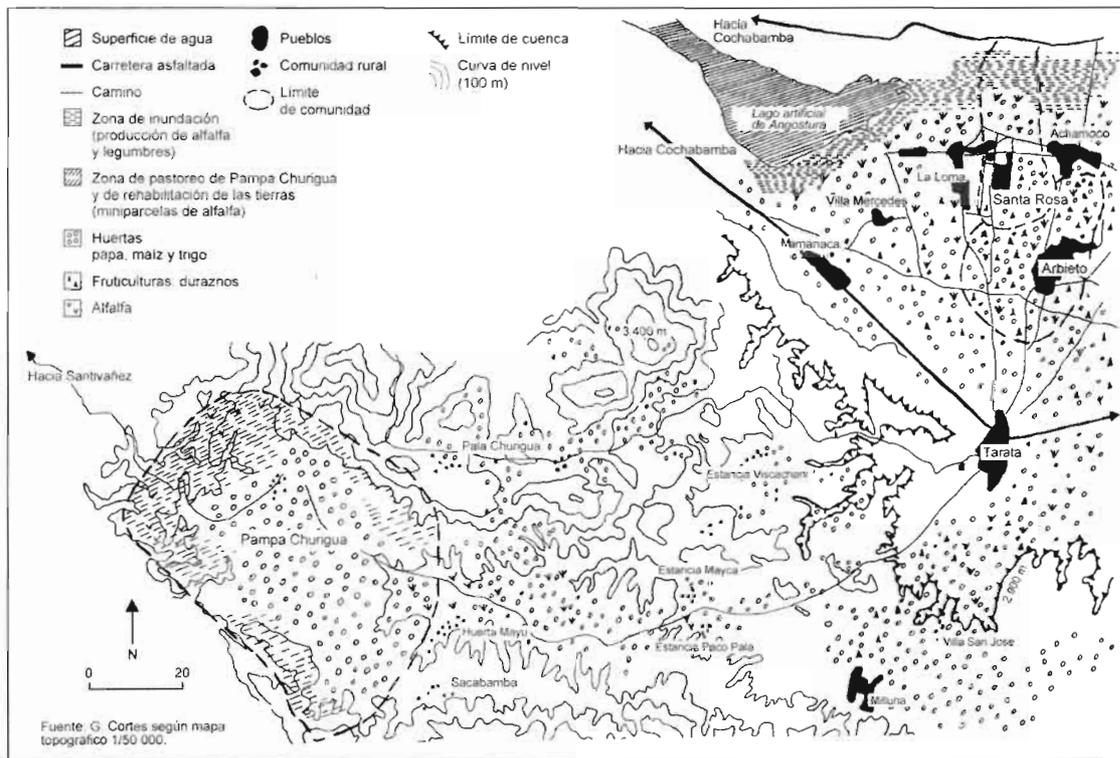
La última zona, denominada «falda» por los campesinos de Pampa Churigua, corresponde a las laderas situadas más abajo de la meseta central. El relieve muy accidentado hace que el acceso sea difícil. Sin embargo, numerosas familias disponen de un pedazo de tierra en este lugar. La captación de las fuentes permite el riego de pequeñas parcelas en terrazas, que están reservadas al cultivo de la alfalfa, indispensable para la alimentación de los animales de tiro. Desde la madrugada, el jefe de hogar y los hijos se desplazan a estas tierras situadas a más de dos horas de camino de la vivienda.

En Pampa Churigua, donde la aridez es extrema, el acceso al agua es un factor fundamental y causa de permanentes conflictos al interior de la comunidad. Contrariamente a los fondos de valle, no existe ninguna posibilidad de riego. Por lo tanto, el sistema de cultivo depende del calendario pluvial y de algunos acondicionamientos puntuales.

Algunas familias cavan estanques justo antes de la estación de lluvias, con el fin de poder drenar el agua hasta los terrenos más cercanos. Además, estas familias frenan la escorrentía del agua mediante la construcción de cercos alrededor de la parcela. Asimismo, los campesinos mejor dotados financieramente captan el agua de las fuentes del sector de la «falda». Unos tubos llevan el agua hasta las parcelas que los campesinos se apropian y rehabilitan (frecuentemente en tierras colectivas). Esta técnica permite cultivar no solamente especies forrajeras (alfalfa), sino también leguminosas (habas y arvejas) u hortalizas (tomates y cebollas). Sin embargo, la gran distancia, las fuertes pendientes y los riesgos de erosión restringen la extensión de estas parcelas.

En los predios agrícolas familiares de nuestra muestra, el trigo ocupa el primer lugar al cubrir el 54% de las superficies cultivadas. Después viene la papa (30%) y el maíz (11.5%). Los cultivos de cebada, oca, quinua y lacayote están mucho menos representados y su importancia varía según las familias.

Mapa 8 – Ocupación del espacio y zonificación de los cultivos en los poblados estudiados



Santa Rosa y Arbieta

Siendo el reflejo de una fuerte diferenciación socioeconómica, la arquitectura y el tamaño de las viviendas de Santa Rosa y de Arbieta son muy heterogéneas: grandes casas de varios pisos construidas de ladrillo y de calamina coexisten con viviendas hechas de adobe y de una sola habitación.



Casa de Santa Rosa, pueblo de hábitat agrupado. La casa está compuesta por varias construcciones dispuestas alrededor de un patio cerrado que a menudo sirve de cerco para las aves de corral y los conejos (jaulas en el segundo plano).

En un patio cerrado se encuentra el pozo, uno o dos fogones para la preparación de la comida y los utensilios necesarios para la elaboración de la tradicional chicha: un cántaro hecho de barro con una capacidad de 200 litros (*virque*), una paila de metal colocada sobre un fogón de combustión y unos cuantos cántaros de tamaño mediano para guardar la chicha. Detrás de la casa se encuentra el corral de los animales, un cerco sencillo sin techo y que está cerrado por pequeños muros de adobe.

En los valles existen dos posibilidades de riego: pozos individuales o colectivos y canales tradicionales de riego. Además de Arbieta y de Santa Rosa, los canales de riego proveen

agua a varios pueblos (Villa Verde, La Loma, etc.). Por lo tanto, la localización de las parcelas en relación con los canales y las corrientes de agua determina el acceso al riego. Sin embargo, la mayoría de las tierras que pertenecen a las familias de Santa Rosa y de Arbieta, están alejadas de las fuentes de agua (Mapa 9).

La red de riego, cuyo origen es anterior a la Reforma Agraria de 1953, determina la organización espacial de los sistemas agrarios. La zona de Santa Rosa y Arbieta está dividida en *suyos*, que corresponden a las tomas de agua de los principales canales y al área de riego (suyo Cardozo y suyo Gringo). Desde su origen, el *suyo* es el conjunto de las tierras regadas por una misma corriente de agua y correspondía globalmente a la configuración espacial de las antiguas haciendas (Deheza, 1992). Los *suyos* están divididos en *subsuyos*, cuyos límites datan de la parcelación de las tierras después de la Reforma Agraria.

A nivel de los pueblos existen dos modos de gestión del agua. Cuando las lluvias han sido abundantes y el caudal del agua de los canales es fuerte, no existe ninguna regla. Cada agricultor riega sus tierras desde el momento en que el agua llega hasta el nivel de sus parcelas inundándolas. Por el contrario, si el caudal es débil, la distribución del agua obedece a un sistema de rotación partiendo de los terrenos más cercanos a la toma de agua (el riego se realiza surco por surco, preferentemente de noche). Sin embargo, frecuentemente el caudal es demasiado débil



Uno de los principales canales de riego que alimenta las parcelas agrícolas de Arbieta en la época de lluvias (canal Zapata).

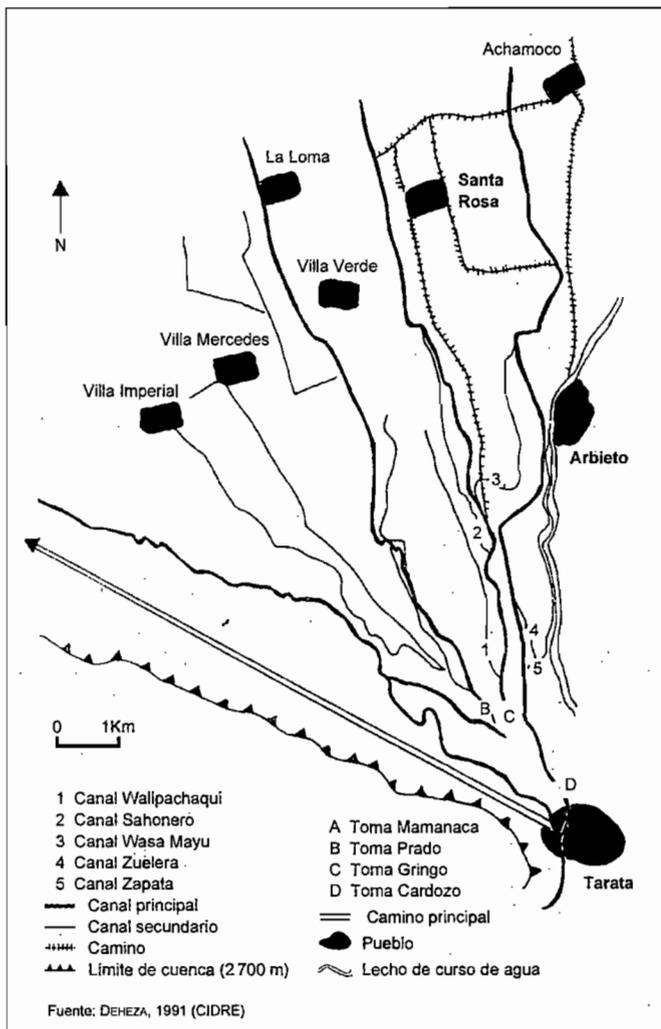
como para que el agua llegue hasta las parcelas de los campesinos de Santa Rosa y de Arbieto, que están situadas en las zonas más abajo de las tomas de agua. Consecuentemente, los derechos de riego no son los mismos para todos. Los arrimantes, nombre dado a los pequeños propietarios alejados de los canales, solamente tienen derecho al riego cuando el agua es abundante. A cambio tienen menos obligaciones en los trabajos comunitarios.

Paralelamente al sistema de riego mediante canales, los pozos colectivos e individuales se están multiplicando. También el bombeo de agua tiende a generalizarse. Las familias se equipan de bombas individualmente o por grupos de varias personas si tienen parcelas contiguas. Esta dinámica está relacionada con la búsqueda de alternativas agrícolas (plantaciones frutales, hortalizas o flores) y con la prosperidad de algunas familias gracias a la migración.

Según los estudios del CIDRE (Deheza, 1991), el pueblo de Arbieto cuenta con aproximadamente 400 pozos (de uso doméstico o agrícola), es decir 1.5 pozos por familia. En Santa Rosa, donde la proporción es más alta, existen en promedio dos pozos por hogar. Sin embargo, la multiplicación de pozos muy cercanos unos de otros provoca fenómenos de desecación de la capa freática, que se capta de una profundidad cada vez mayor. La sequía de los años 1990-1992 ha acentuado este fenómeno, y algunos jefes de familia se vieron obligados a ahondar sus pozos.

El maíz y la papa son los principales cultivos en términos de superficies cultivadas (el 45% y el 20%, respectivamente). El trigo cubre una superficie más pequeña, es decir el 9% (Rojas, 1991). Los cultivos se distribuyen en dos sectores de diferentes extensiones. Generalmente, el maíz, la papa y en menor medida las leguminosas ocupan el sector que está atravesado por los canales de riego. Esta zona se distingue, además, por la expansión reciente de cultivos a vocación comercial: flores (gladiolos), hortalizas (tomates) o frutales (duraznos).

Mapa 9 – Red de riego en Santa Rosa y Arbieto



La difusión de las plantaciones de durazno en Santa Rosa y en Arbieto, que ocasionan la construcción de pozos, ha comenzado a principios de los años ochenta. Un programa frutícola del Instituto Boliviano de Técnicas Agrarias de San Benito ha impulsado estos nuevos cultivos. El departamento de Cochabamba se ha converti-

do en el primer productor de duraznos del país, cubriendo el 50% de la producción nacional (Aramayo, 1991). En cambio, el cultivo de flores y de tomates se encuentra todavía en la fase experimental. Según nuestras observaciones, el número de agricultores que son nuevos en este tipo de cultivos, es todavía muy reducido.

En Santa Rosa y Arbieto, las primeras plantaciones de durazno fueron introducidas por medio de créditos concedidos a determinados agricultores que tenían suficientes recursos para asegurar la garantía de reembolso (las tasas de interés fueron del orden de 17% anual). Desde entonces, las plantaciones siguieron extendiéndose. Según los datos del CIDRE, entre 1990 y 1991, en la zona de Tarata se plantaron más de 10.000 árboles frutales sobre aproximadamente 25 ha, lo que corresponde a un incremento del 70% (Quiroga, 1991; Aramayo, 1991).

En el sector situado cerca de la laguna Angostura, las tierras, que son más húmedas y sujetas a inundación, están reservadas casi exclusivamente a los cultivos forrajeros o de leguminosas (habas y arvejas). Las familias que tienen parcelas en estas zonas se dedican específicamente a la producción lechera.

Estructura de la propiedad de la tierra: Pasado y presente

En los Andes y aún más en la región de Cochabamba, en la que se manifestaron las primeras señales de la revolución agraria boliviana, la tierra es al mismo tiempo una fuente de subsistencia, objeto de luchas y lugar de culto. Hasta hoy en día, la estructura de la propiedad de la tierra sigue siendo un elemento que determina las prácticas campesinas.

Origen de la propiedad de la tierra

En los valles, el origen de la propiedad de la tierra difiere fundamentalmente del altiplano. Mientras que en Pampa Churigua, los

campesinos han heredado tierras ocupadas por los hacendados, los de los valles usufructuaban parcelas antes de la Reforma Agraria.

La lucha por la tierra en Pampa Churigua

Durante la época colonial, dos haciendas compartían las tierras de Pampa Churigua. La comunidad agrupaba a un total de cuarenta familias indígenas.

Según algunos testimonios, antes de la Reforma Agraria las tierras estaban bajo el control de dos hermanos que eran copropietarios: Germán y Luiso Antezana Terán. «Durante diez años he trabajado las tierras de la hacienda. Yo vivía solo con mi madre, que cultivaba seis hectáreas de tierras alquiladas del patrón. Eso significaba que yo tenía que trabajar al mismo tiempo nuestras parcelas y las suyas. De ocho surcos de papa que nosotros cosechábamos en nuestras tierras, teníamos que dar uno al patrón. Paralelamente yo tenía que trabajar una semana por mes en sus tierras, cuidar sus vacas, construir la casa, etc.» (Antonio C., 70 años, Pampa Churigua).

La economía agrícola de las haciendas estaba ligada a la presencia de un convento situado en el valle contiguo de Santivañez (véase Mapa 8), cuya comunidad monástica recibía una parte de la producción en calidad de «diezmo». El resto se vendía en el mercado regional. La Reforma Agraria de 1953, que fue ampliamente aplicada en esta región de Bolivia, trastornó las estructuras de la propiedad de la tierra de la comunidad. El proceso de recuperación de las tierras fue largo y doloroso.



Campesino de Pampa Churigua (Antonio C., 70 años) y su nieta. En 1954, justo después de la revolución agraria, Antonio fue uno de los iniciadores de la rebelión campesina de Pampa Churigua contra el patrón de la hacienda.

«En la Reforma Agraria, el patrón hacía como si no entendiera. No hacía lo que se le decía. Continuaba haciéndonos trabajar mientras que todos los campesinos en otros lugares ya eran libres. Entonces nos hemos rebelado, ya no queríamos ser pifalero. El patrón hizo venir a treinta soldados de los valles. Hemos luchado con piedras, hoces, horquillas y todo lo que encontrábamos. Hubo un muerto y tres heridos. En la lucha, una bala pasó debajo de mi brazo, he escapado a la muerte por los pelos. Ahora prefiero morir antes de trabajar nuevamente para un patrón» (Antonio C.).

En Pampa Churigua, las circunstancias de la Reforma Agraria han dejado un recuerdo vivo y todavía «a flor de piel». El pasado de los ancianos de la comunidad continúa alimentando las amarguras de unos y la tenacidad de otros por querer conservar sus tierras. Durante las reuniones comunales casi siempre se aborda este tema. Surge después de amargas y largas discusiones, sobre todo cuando se trata de pagar los impuestos comunales, cuyo monto es proporcional a la superficie de las tierras de cada familia.

Además, la modalidad de distribución de las tierras durante la Reforma Agraria no fue igualitaria. Los dirigentes sindicales concedieron prioridad a las familias recién formadas (¡lo que, según los testimonios, habría provocado algunos matrimonios precipitados!) con el fin de darles suficiente tierra para insertarse en la comunidad.

«Con la Reforma Agraria se han repartido las tierras del patrón entre los comuneros. Yo me he sacrificado durante años por el patrón y sólo me han dado una hectárea porque mi madre tenía tierras propias y yo no estaba todavía casado. A las familias que no eran pifaleros y que acababan de casarse, les dieron dos hectáreas» (Juan M., Pampa Churigua).

Así, la distribución de las tierras efectuada por las autoridades comunales durante la Reforma Agraria, sigue siendo fuente de grandes conflictos. Sin embargo, al mismo tiempo la referencia al pasado antes de la Reforma Agraria es un elemento que forja la identidad y la cohesión social de la comunidad. Alimenta el profundo apego a la tierra y el arraigo al territorio de los

campesinos quechuas. Por lo demás, la resonancia de la celebración de los 500 años del «descubrimiento» de América Latina ha avivado los recuerdos colectivos e individuales.

La mayoría de los miembros de la comunidad han participado en las jornadas de manifestación de octubre de 1992, organizadas por los sindicatos campesinos de Cochabamba, en el transcurso de las cuales las reivindicaciones de los campesinos indígenas que bajaron de las comunidades de altura, fueron muchas: el derecho de acceso a la tierra, el derecho a condiciones de vida aceptables, el reconocimiento de los territorios comunitarios, el rechazo del imperialismo occidental, el respeto a los derechos humanos en relación con el problema de la coca-cocaína, etc. y, sobre todo, el reconocimiento de los 500 años «de esclavitud y de saqueo» de América Latina.

Tierras de antiguos piqueros en los valles

Durante el periodo colonial y la República, los sistemas de producción agrícola y los modos de funcionamiento de los predios de Santa Rosa y de Arbieto estaban bajo la influencia del pueblo de Tarata, un importante centro administrativo a nivel local y regional. Desde el siglo XVIII, su desarrollo estaba relacionado con la construcción del templo de San Pedro (actual iglesia del pueblo), que hizo de Tarata un importante centro religioso y un polo económico que irradió en todo el Valle Alto de Cochabamba. Paralelamente a la expansión de las haciendas, cuya producción (maíz y trigo) se exportaba directamente a las zonas mineras de Potosí, se desarrollaron la agricultura y la ganadería, así como actividades industriales y artesanales.

Consiguientemente, el origen de la propiedad de la tierra de los fondos de valle se remonta al sistema colonial español. Sin embargo, mucho antes de la Reforma Agraria, que puso fin al sistema de haciendas, ya se había constituido un grupo importante de pequeños propietarios independientes, denominados piqueros, que producían directamente para el mercado regional.

Las familias de Arbieto pertenecían a este campesinado de piqueros. Por lo tanto, el origen de la propiedad de la tierra es

anterior a la Reforma Agraria. Sólo los procesos de transmisión por herencia o por venta han modificado la distribución de la tierra. En cambio, en Santa Rosa una parte de las tierras estaba ocupada por una terrateniente, Elena de Elepsen, que tenía el control sobre una hacienda con una superficie de aproximadamente 150 ha, que llevaba el nombre de «La Barja», según indicaciones proporcionadas por los planes catastrales de los organismos de la Reforma Agraria. Paralelamente, algunos piqueros producían de forma independiente, al mismo tiempo que mantenían relaciones estrechas con la hacienda (trabajo agrícola asalariado, arriendo, etc.). Parece que los métodos con los que la hacienda controlaba a la población local fueron menos severos que en la comunidad de altura de Pampa Churigua.

Con la Reforma Agraria, las tierras de la hacienda de Elepsen fueron divididas en 157 parcelas cuya superficie variaba entre 0.3 ha y 2 ha. En la actualidad es difícil conocer la modalidad según la cual las tierras fueron redistribuidas. Sólo una cosa se sabe con seguridad: en los años setenta, algunas tierras fueron dotadas a las familias recientemente instaladas en el pueblo, a manera de indemnizarlas por las tierras que poseían en el lugar de la actual laguna artificial Angostura.

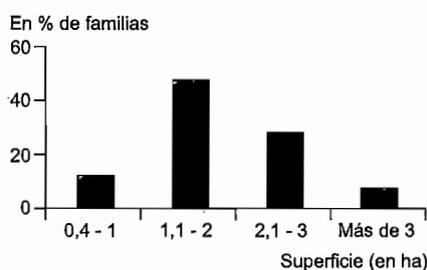
De esta manera, en Santa Rosa el origen de la propiedad de la tierra es múltiple. A los antiguos piqueros que han conservado su propiedad, se añaden los campesinos que trabajaron en la hacienda y que han recibido tierras mediante la Reforma Agraria y, finalmente, las familias no originarias de la zona que fueron indemnizadas. Este triple origen explica la heterogeneidad actual de la estructura de la propiedad de la tierra.

De la fragmentación de la propiedad a la atomización de las parcelas

En Pampa Churigua, los datos disponibles no han permitido establecer un plano de la propiedad de la tierra de la comunidad, ni siquiera parcial. Según un censo propio, la superficie promedio de la propiedad agrícola es de 2.3 ha. El 60% de

las familias poseen menos de 2.5 ha (lo que corresponde al 42% de la totalidad de las tierras de la comunidad), mientras que el 40% de las familias poseen una superficie superior a los 2.5 ha (el 58% de la superficie total). Por lo tanto, la distribución de la propiedad de la tierra es relativamente homogénea, aunque el 9% de las familias poseen más de 3 ha, lo que corresponde al 30% del total de las tierra (Gráfico 3).

Gráfico 3 – Distribución de las tierras en Pampa Churigua



Fuente: Censo propio, abril 1992

Comparado con los pueblos de los valles, el ritmo de fraccionamiento y parcelación de las tierras es relativamente lento, a pesar de una tasa de natalidad más elevada. La modalidad de herencia de la tierra es uno de los factores que explican esta situación. En la comunidad de altura, la filiación masculina es la regla en la transferencia de las tierras. Cuando se casan, las mujeres jóvenes no reciben tierras, excepto en caso de ser hija única (en cambio, heredan algunos carneros, a veces incluso alguna vaca). Por otro lado, una parte de las tierras se transfiere en el momento del matrimonio, la otra cuando mueren los padres (la razón por la que hay familias que poseen una cantidad de tierras superior al promedio es porque el jefe de familia es de edad relativamente avanzada). Si bien las modalidades de herencia contribuyen a frenar el ritmo de parcelación, las reglas de transferencia tienden a cambiar, pues las hijas empiezan a reivindicar su derecho de acceso a la tierra. Es probable que los contactos permanentes que mantienen con los pueblos de los valles (donde la modalidad de transferencia es diferente) influyan en esta evolución.

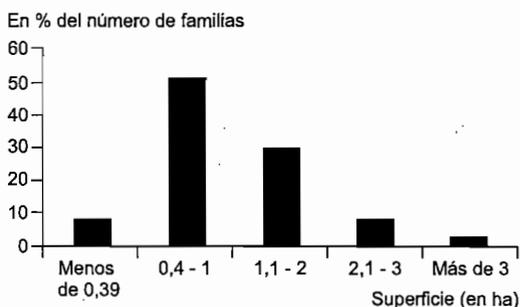
En la comunidad de Pampa Churigua existen pocas alternativas para resolver el problema de escasez de tierra en el espacio comunal. Las familias que no migran hacia el Chapare rehabilitan a veces parcelas alejadas de la zona de «falda», apropiándose de tierras comunales. Además, el intercambio de terrenos entre familias, que es bastante frecuente en la comunidad, mitiga el problema de la dispersión de las parcelas (práctica llamada *turki*).

Las zonas de Arbieto y de Santa Rosa se caracterizan por el considerable fraccionamiento de las tierras o también por la atomización de las parcelas. Algunas familias poseen menos de un tercio de una hectárea.

Según las encuestas del CIDRE realizadas en los pueblos, la propiedad familiar promedio es de 7.200 m²; el 81% de las familias poseen una superficie entre 0,5 y 2 ha (Gráfico 4). Las parcelas tienen una superficie promedio entre 1.500 m² y 3.500 m² (Muñoz y Condori, 1991).

Contrariamente a la comunidad de altura, las mujeres heredan tierras. En cambio, éstas no siempre se transfieren en el momento del matrimonio de los hijos: «En estas zonas, raras veces las tierras se transfieren en herencia en el momento del matrimonio, sino en la mayoría de los casos a la muerte de los padres». (Deheza, 1991: 61). Esta modalidad de transferencia de la tierra determina directamente los ritmos de migración al extranjero.

Gráfico 4 – Distribución de las tierras en Santa Rosa y Arbieto



Fuente: DEHEZA, 1991 (encuesta del CIDRE, 110 familias)

El sistema de compañía, igualmente muy difundido en la comunidad de altura, consiste en el aprovechamiento de una parcela mediante la asociación de dos familias (una proporciona la tierra, la otra el trabajo). Este sistema contribuye al reequilibrio de las desigualdades que se dan en la propiedad de la tierra en los pueblos.

El sistema de compañía permite, además, mitigar la escasez de la mano de obra, que surge cuando el jefe de familia y los hijos emigran. Cuando no hay suficientes tierras, la familia puede recurrir además al anticrético. Éste consiste en alquilar una parcela por una duración mínima establecida por las dos familias y pagando una suma inicial. Si el propietario desea recuperar su parcela al final de este periodo, devuelve la totalidad del dinero. La suma establecida es generalmente de 100 dólares americanos por una superficie de una arrobada (3.600 m²). Según nuestras observaciones, esta práctica sólo existe en los pueblos de los valles.

Ser comunero

Las estrategias económicas y la movilidad espacial campesina se basan en un tejido sociocultural específico, el del mundo andino quechua. Las estructuras de organización comunal, las reglas de solidaridad y de intercambio que sostienen las relaciones interfamiliares, los modos de representación y las prácticas rituales forjan la identidad cultural del campesinado y contribuyen a mantener su cohesión social. Estas prácticas, sin embargo, no tienen la misma naturaleza, ni la misma intensidad en el Altiplano y en los valles.

Poderey y funciones de los «comuneros»

El núcleo comunal, la estructura básica del campesinado andino, es tanto un lugar de gestión como de control de los recursos colectivos, lo que implica un sistema de poder interno, cuyo funcionamiento varía fuertemente de una comunidad a la otra.

El pueblo de Santa Rosa está controlado por los dirigentes sindicales. La organización administrativa de Arbiето es más compleja. En tanto que capital de provincia, el pueblo es la sede de tres diferentes instancias: el comité cívico, la alcaldía y el sindicato.

La primera instancia está conformada por un presidente y un vicepresidente, que son elegidos por dos años por la población de las siete comunidades de las inmediaciones a las que representan. La principal función del comité cívico es establecer un lazo entre las bases de estas comunidades y las instancias administrativas de la provincia (subprefectura). Además, es el encargado de la gestión del presupuesto municipal, de las decisiones y el control respecto a las obras de utilidad pública y, si llegara el caso, de arreglar los conflictos entre familias o comunidades. Las autoridades municipales (alcalde, secretario general y tesorero), que están principalmente encargados de cobrar los fondos colectivos (impuesto sobre la chicha, participación en las festividades del pueblo, etc.), son elegidos por los miembros del comité cívico por una duración de dos años. Finalmente, el sindicato agrario del pueblo está compuesto por tres dirigentes elegidos por los habitantes de la comunidad (secretario general, secretario de relaciones públicas y secretario de actas).

En Arbiето y Santa Rosa, los dirigentes tienen en primer lugar una función ejecutiva: controlar la realización de los trabajos colectivos y arbitrar en los conflictos entre agricultores (riego, delimitación de las parcelas, etc.). Su papel más importante es el de reunir a los miembros del pueblo (generalmente una vez al mes), con el fin de organizar y programar los trabajos comunitarios (faenas). Estos consisten en el mantenimiento de la infraestructura del pueblo (camino, escuela y mantenimiento de la plaza). En cambio, la organización de las faenas de riego está en manos de algunos miembros del pueblo, que son elegidos independientemente del sindicato.

Consecuentemente existe otro nivel de organización comunal que está ligado al sistema de riego. Para cada *suyo* y *subsuyo* se elige anualmente a un responsable (cabecilla mayor y me-

nor). Este nivel de organización sobrepasa los límites del pueblo, ya que los agricultores de un mismo pueblo poseen parcelas que están repartidas en varios *suyos*.

Los criterios de selección de los cabecillas dependen de la cantidad de tierras que poseen, de su sentido de la responsabilidad y de la influencia que tengan en el pueblo. Los cabecillas mayores tienen varias funciones: resolver los conflictos de riego, supervisar el buen funcionamiento de los canales y de las tomas de agua después de las lluvias, controlar el trabajo de faenas relacionado con el riego y cobrar los impuestos comunales. El cabecilla menor debe organizar las reuniones y llamar la atención a los comuneros poco asiduos.

Los trabajos comunales en los canales de riego se efectúan una vez al año, generalmente en el mes de enero o febrero, justo antes o después de las primeras lluvias, y duran un día entero o dos días consecutivos. Es una oportunidad para los miembros de los pueblos de reafirmar los vínculos comunitarios (días de fiesta). Los trabajos consisten principalmente en limpiar los canales, consolidar los diques y a veces trazar de nuevo las vías de escorrentía cuando las lluvias las obstruyen. También las mujeres participan en las faenas de riego, y se considera que el trabajo de dos mujeres equivale al de un hombre.

En los pueblos de Santa Rosa y de Arbieta existen varios tipos de conflictos en relación con el sistema de riego, que en algunos casos oponen a los miembros de un mismo *suyo*, en otros a los miembros de *suyos* diferentes. Algunos conflictos son arbitrados por las autoridades responsables del sistema de riego.

Por ejemplo, si el miembro de un *suyo* o de un *subsuyo* no participa en la reunión anual, tiene que pagar una multa cuyo monto varía según la superficie de sus tierras regadas por los canales. El trabajo de los miembros ausentes se redistribuye entre participantes que pueden ser de otros *suyos*. Las multas permiten pagar una remuneración de compensación a los «reemplazantes», así como abastecer de chicha a los comuneros durante los trabajos.

Al interior de un mismo *suyo* son frecuentes los robos de agua, las inundaciones de terrenos adyacentes y la ruptura de los canales provocada por algún comunero. El responsable de la inundación de una parcela vecina o que esté situada más abajo, paga los daños ocasionados (es decir, el valor de la cosecha) o siembra de nuevo la misma superficie. En casos de robo de agua, se arresta al responsable por 24 horas o éste tiene que pagar una multa relativamente alta. Entre los diferentes *suyos*, los conflictos más frecuentes surgen por la obstrucción de una toma principal o de un canal secundario, impidiendo el paso del agua de una comunidad a la otra. Si el cabecilla mayor no puede resolver el conflicto, los interesados se dirigen al sindicato o incluso al comité cívico.

Según los testimonios de los dirigentes y de los miembros de organismos de desarrollo, el sistema de faena está perdiendo su dinamismo. Paulatinamente, cada comunero tiende a limpiar la parte del canal que pasa por sus parcelas, dejando que las partes más abajo o más arriba se obstruyan. Además, los campesinos intentan ampliar sus terrenos reduciendo el tamaño de los canales. El resultado es una escorrentía más débil y conflictos entre jefes de familia.

En Pampa Churigua, la instancia comunal está representada por los dirigentes sindicales elegidos cada año por todos los miembros de la comunidad. Contrariamente a los pueblos de Santa Rosa y Arbiето, donde los dirigentes están en sus funciones desde hace más de diez años, el sistema tradicional de rotación de los cargos sigue siendo la regla en la comunidad de altura: para acceder realmente al estatus de comunero, cada miembro tiene que asumir una vez en su vida los diversos cargos administrativos (secretario general, secretario de actas y responsable de la escuela). De esta manera, la atribución de cargos administrativos obedece a un sistema de reciprocidad.

Los dirigentes tienen varias funciones: programar los trabajos comunales para el mantenimiento de la escuela, de los caminos y de la canalización de agua potable, arbitrar los conflictos interfamiliares, recaudar los impuestos y administrar el presupuesto comunal, organizar las fiestas anuales, etc. Además están encarga-

dos de establecer las relaciones entre la comunidad y el exterior. Cuando se trata de hacer cumplir las reivindicaciones de la comunidad (solicitudes de ayuda, de créditos, de documentos administrativos, etc.), se dirigen a las instancias cantonales o provinciales.

Todas las familias están obligadas a participar en la asamblea comunal, que se realiza una vez al mes y que dura generalmente un día entero. En caso de que una familia no participe, paga una multa de cinco Bolivianos, sanción que existe igualmente en los pueblos de los valles.

Finalmente, una instancia comunal que existe tanto en la altura como en los valles, es el «club de madres». Algunas mujeres se asocian con el fin de administrar colectivamente sus recursos y sus actividades, de centralizar y distribuir eventuales donaciones alimentarias o de resolver los problemas sanitarios o escolares. Las reuniones suelen ser semanales. Los «clubes de madres» no son de ninguna manera una instancia tradicional pues fueron introducidos según el modelo que existe en el ámbito urbano. Sin embargo, en la actualidad esta organización exclusivamente femenina juega un papel fundamental, no solamente en el plano económico sino también en el plano social, al mantener los lazos de solidaridad y de convivencia al interior de las comunidades.



Campeño de Pampa Churigua tocando el toque de cuerno para la reunión mensual de la comunidad, a la cual todas las familias deben asistir. En ella se debaten temas de interés colectivo.

Del compadrazgo al *ayni*

La fuerte cohesión social del mundo campesino andino determina la existencia de un complejo y muy variado tejido de

interrelaciones familiares dentro de la comunidad. Dos condiciones fundamentales guían los comportamientos socioculturales: los lazos de parentesco y el sistema del *ayni*.

El compadrazgo, a pesar de ser una práctica introducida por los españoles, es una costumbre totalmente integrada en el mundo andino. En las sociedades campesinas bolivianas, el compadrazgo es el centro de las relaciones sociales, que se establecen no solamente al interior de la comunidad sino también en otros niveles espaciales. Su principio es bien conocido: una familia establece un lazo de casi parentesco con otra familia con motivo de un ritual específico. La familia elige a una pareja como padrino y madrina de su hijo, persona central en el compadrazgo. Los padres, a su vez, vienen a ser el compadre y la comadre de los padrinos. Durante toda su vida se desarrollan entre las dos familias relaciones formales cuyas reglas están claramente definidas y cuyo principio central es la ayuda mutua.

Generalmente, cada familia mantiene lazos con una multitud de otras familias. Para cada uno de los hijos existen padrinos y madrinas de matrimonio, de bautizo, etc. En los pueblos de valle, el sistema adquiere formas exacerbadas: con motivo de una fiesta o un ritual, los padrinos se esmeran de acuerdo a una función específica (padrino de la chicha, de la torta de boda, de la joya, etc.).

En realidad es conveniente distinguir entre lo que J. Albó llama el compadrazgo horizontal y el compadrazgo vertical (Albó y Barnardas, 1990). El primero une a familias de una misma condición social. El segundo une a familias de condiciones socioeconómicas desiguales. Sin duda, el compadrazgo vertical apunta a sacar provecho de los mayores recursos económicos de la familia del compadre. Para ésta, la ventaja está en la adquisición de prestigio social y de una mayor influencia. La fuerte diferenciación socioeconómica en los pueblos de Santa Rosa y de Arbieto favorece el desarrollo del compadrazgo vertical en estos pueblos. En cambio, en la comunidad de altura, las familias establecen este tipo de relaciones con familias fuera de la comunidad, buscando apoyo entre la población mestiza de los centros urbanos de los valles o incluso de Cochabamba.

Una de las obligaciones fundamentales en el sistema de compadrazgo es la ayuda mutua, que en estas sociedades andinas lleva el nombre de *ayni* (esto es válido al menos para el compadrazgo horizontal). Para los miembros de una familia X, el *ayni* consiste en proponer a una familia Y su ayuda en la realización de alguna tarea (trabajos agrícolas, preparación de una fiesta familiar, construcción de la casa, etc.). En este caso, se sobreentiende que la familia Y tenga que devolver el mismo servicio cuando se presente la oportunidad. El *ayni* se practica con la misma intensidad en los tres lugares de estudio.

Ser campesino

Las actividades agropastoriles son otra dimensión de la vida cotidiana de las familias campesinas. Tres elementos condicionan estas actividades: el tipo de crianza, el sistema de cultivo y los modos de transformación y comercialización.

Prácticas de crianza

Tanto en los valles como en la altura, la crianza es una actividad esencial para la subsistencia familiar y que está exclusivamente reservada a las mujeres. En los pueblos de valle se crían principalmente bovinos y porcinos.

La mayoría de las familias de nuestra muestra dispone del siguiente rebaño: 1 a 4 vacas lecheras, 1 toro, 1-2 burros o mulas, 1 a 10 cerdos, 1 a 7 ovinos y 5 a 30 cuyes. Algunas familias poseen un caballo. La crianza de aves de corral sigue siendo limitada y está exclusivamente destinada al consumo familiar. Según una encuesta del CIDRE, el 60% de las familias se dedican a la ganadería bovina y a la producción lechera (Deheza, 1991). Esta proporción es superior en el pueblo de Santa Rosa, cuyas tierras son más favorables al cultivo de la alfalfa por la proximidad de la laguna Angostura. En promedio, cada familia posee tres cabezas de ganado (Muñoz y Condori, 1991).

Las razas mejoradas son escasas. Predomina la raza criolla, cuya capacidad productiva es baja, siendo en promedio de 6 a 7 litros de leche por día, aunque en el pueblo de Santa Rosa a veces puede ser mayor (hasta 10 litros). Las familias sólo ordeñan una vez al día. El ordeño se realiza manualmente, por lo general entre las 12.00 y las 14.00 horas.

El alimento del ganado es la alfalfa, que las mujeres siegan al amanecer en sus propias parcelas. Si la familia no dispone de tierras suficientes, toma en anticrético una parcela o compra diariamente de otras familias del pueblo la cantidad de alfalfa necesaria (para alimentar tres o cuatro vacas se necesitan 7.000 m² de alfalfa).

Los periodos de mayor disponibilidad de alfalfa corresponden a la estación de lluvias, que es cuando se desarrollan especies silvestres (*kachu*) y la alfalfa llega a su tamaño máximo. En la época seca, las familias complementan la alimentación del ganado mediante los tallos y las hojas del maíz (*karmas* de *chala*) que han guardado de la cosecha anterior o que compran de un vecino si su propia producción ha sido insuficiente. Las hojas de la tuna, una planta abundante en algunas zonas, también constituyen una fuente de forraje complementaria.

La alimentación de los porcinos consiste sobre todo en los residuos que quedan de la elaboración de la chicha (*janchi*) y que son particularmente eficaces para el engorde de los cerdos seis meses antes de su venta, y además en afrecho que se compra en el mercado de Cochabamba. Los bovinos están expuestos a numerosas enfermedades, especialmente en los periodos de gran calor (fiebre aftosa y problemas respiratorios). Sin embargo, en los pueblos no existe ninguna supervisión sanitaria del ganado. El veterinario más cercano vive en Cliza, a unos quince kilómetros.

En la comunidad de Pampa Churigua, la crianza de ovinos es una práctica difundida, mientras que las aves de corral y los porcinos son escasos y están exclusivamente destinados al consumo familiar. Según el estudio de K. S. Zimmerer y G. Muñoz (1991), el tamaño promedio del rebaño ovino es de 17 cabezas por familia. Los lugares de pastoreo varían según el periodo del año. En la época seca, las mujeres o las hijas mayores llevan el

rebaño a las parcelas familiares situadas en la planicie central, en la que los animales se alimentan de residuos del trigo o del maíz de la cosecha anterior. Durante este periodo, las familias se enfrentan con una fuerte escasez de forraje, que incita a algunas mujeres a dejar pastar sus animales en una parcela vecina. Esta práctica es fuente de frecuentes conflictos.

En la época de lluvias, cuando el altiplano está completamente sembrado, las mujeres llevan los rebaños a los lugares altos, sea a sus propias tierras, sea a las tierras comunitarias. La fuerte erosión y la presión demográfica ocasionan un creciente sobrepastoreo, que obliga a las familias a reducir cada vez más su rebaño. La disminución de la vegetación en el altiplano obliga a las mujeres a caminar cada vez más lejos para pastorear sus animales (Zimmerer y Muñoz, 1991).

En el altiplano y en los valles, una práctica frecuente consiste en la asociación entre dos familias para la crianza de bovinos y ovinos, según el mismo principio del trabajo de las tierras. Esta asociación puede tomar varias formas. En un caso, el rebaño pertenece a las dos familias, que se turnan en el cuidado según la disponibilidad de los miembros de la familia («al partido»). Los beneficios se comparten a medias. En otro caso, que es el más frecuente, la familia confía sus animales a una mujer de la comunidad («compañía»). La familia que es propietaria de los animales recibe la cuarta parte de los beneficios, la otra familia recibe el resto. Esta práctica presenta ventajas para las dos partes: para la familia que posee los animales significa una ganancia de tiempo, sobre todo cuando el jefe de familia migra, al mismo tiempo que representa una alternativa para las familias que no disponen de capital ni de tierras para ampliar su rebaño.

El trabajo de la tierra

Sistemas de producción diversificados

Los sistemas de cultivo oscilan entre la tradición y la modernidad. En comparación con las del altiplano, las prácticas agríco-

las en los valles presentan un grado tecnológico más avanzado, acompañado por la «monetarización» de los medios de producción. La agricultura de Santa Rosa y de Arbieta se caracteriza no solamente por un mejor acceso al agua, sino también por el uso generalizado del tractor. Actualmente existen seis tractores en Arbieta y dos en Santa Rosa (el alquiler es de 30 Bolivianos por hora). En cambio, son raras las familias que usan todavía la tradicional yunta (dos bueyes de tiro y un arado). También la utilización más sistemática de sustancias químicas y de mano de obra asalariada caracteriza los sistemas de producción de los valles.

Otra particularidad de los valles es la heterogeneidad de las prácticas agrícolas, en oposición a la comunidad de Pampa Churigua, en la que los sistemas agrarios son relativamente homogéneos. En el altiplano, la mecanización apenas está empezando (principalmente para el trigo) por iniciativa de agricultores de las comunidades situadas más abajo, que proponen alquilar su tractor. La yunta, introducida durante la colonia española, sigue siendo la tecnología más utilizada en los trabajos agrícolas (el 80% de las familias disponen de una yunta).



Utilización del tractor en Santa Rosa para la preparación de la tierra.

Si bien en los valles y en el altiplano se da prioridad a la mano de obra familiar, las relaciones de reciprocidad y de solidaridad no tienen el mismo grado de intensidad. El sistema de intercambio recíproco de mano de obra según el principio tradicional del *ayni* está mucho más difundido en la comunidad de altura. La totalidad de las familias recurre sistemáticamente al *ayni* para la siembra y la cosecha. En cambio, las familias de los pueblos de valle muestran comportamientos mucho más diferenciados. Sin embargo, en ambas zonas se mantiene la *mink'a* (empleo de mano de obra externa a la que se paga en especies).



Utilización de la yunta en Pampa Churigua para la preparación de la tierra.

En el altiplano y los valles, el trabajo de la tierra se inscribe en un modo de representación que está estrechamente relacionado con la cosmología y la mitología andinas. Las fuerzas naturales están asociadas a una serie de deidades, entre las cuales la Pachamama es la más presente pero no la única (están también el viento, el rayo, la helada, etc.). Todas las prácticas agrícolas están marcadas de símbolos y creencias de carácter místico.

Resultaría demasiado largo hacer referencia a los detalles de estas prácticas. Entre las que fuimos testigo, citemos el entierro de alimentos para «fecundar la tierra», el esparcimiento de las cenizas de la placenta para favorecer la fertilidad después de cada parto, los cabellos de personas o los huesos de ovejas quemados y lanzados al viento para alejar la helada, etc.

Los campesinos creen en una multitud de «señales» que anuncian la calidad de la próxima cosecha o el tiempo que hará (comportamiento de los animales; observación del cielo, de las piedras o del florecimiento de las plantas; lectura de la coca, etc.). En cambio, el volumen de la cosecha puede anunciar acontecimientos

futuros (por ejemplo, si la producción de papa es más abundante que lo normal significa un deceso en la familia). Según nuestras observaciones, estas prácticas y las creencias asociadas a ellas son más generalizadas en la comunidad de altura, pero siguen estando vivas en los pueblos de valle. En este contexto, el consumo de chicha y la masticación (*acullicu*) de la coca durante las siembras y las cosechas son actos sacralizados. Sin embargo, existen ciertas divergencias entre los dos sectores: en Pampa Churigua, la masticación de la coca es mucho más frecuente que en los valles, mientras que el consumo de chicha es menos generalizado.

La rotación de los cultivos

En Pampa Churigua, la papa, el trigo y el maíz son los cultivos principales. La cebada, la quinua, la oca y las arvejas se cultivan menos y solamente por una minoría de familias. En los predios agrícolas estudiados no se practica la asociación de cultivos.

Dos prácticas fundamentales distinguen la rotación de cultivos: una se realiza con descanso de la tierra y la otra sin descanso. En un conjunto de 63 parcelas cultivadas por las familias estudiadas, en el transcurso del ciclo natural el 81% se deja en descanso, el 19% no se deja en descanso (Anexo 2, Tabla 1).

Naturalmente, las familias que poseen una reducida cantidad de tierras (menos de una hectárea) no las dejan en descanso entre dos cultivos. En cambio, las familias que tienen una superficie de más de 2 ha, practican sistemáticamente el descanso; éste dura normalmente un año, pero también pueden ser dos o más. Sin embargo, paradójicamente algunos jefes de familia que tienen poca tierra, alternan el cultivo con el descanso. Se trata generalmente de los campesinos que tienen tierras en el Chapare y que pueden diversificar sus productos. Por otra parte, es frecuente que la migración temporal a las tierras bajas reduzca la mano de obra disponible en el lugar de origen y por ello también el cultivo.

La mayoría de las parcelas familiares son cultivadas según un tipo de rotación de tres años con un año de descanso (59%).

La rotación más practicada es la siguiente: papa, trigo, descanso (33% de las parcelas). Esta práctica refleja la importancia que se da a esos dos productos: el primero está destinado principalmente al consumo familiar, el segundo sobre todo a la venta.

En los pueblos de valle, los sistemas de cultivo son muy heterogéneos y presentan una gran variedad de combinaciones. Por otro lado, es frecuente la asociación de cultivos. La heterogeneidad es tan grande que el seguimiento de parcelas familiares en una muestra de nueve predios no proporciona información sobre las prácticas dominantes.

La combinación de productos varía en función a dos factores principales: la localización de las parcelas y las posibilidades de riego. Las parcelas alejadas de los canales están generalmente destinadas al cultivo del trigo, aunque éste cobra cada vez menos importancia. Cuando los agricultores introducen el cultivo de frutales o de hortalizas, y si para ello han cavado pozos, aprovechan el agua para asociar en una misma parcela duraznos con cultivos de subsistencia (principalmente papa) o algunas verduras destinadas al consumo familiar (lacayote, cebolla, tomate, etc.). Los terrenos regados por canales están principalmente reservados al maíz o la papa. Los ciclos de los cultivos más frecuentes son cada tres o dos años (papa, maíz, descanso; maíz, descanso). Si la parcela tiene buenas posibilidades de riego, las leguminosas (arvejas y habas) pueden ser asociadas al maíz.

También en este caso, el descanso de la tierra se practica con mayor frecuencia cuanto mayor es la superficie total de la tierra. Sin embargo, dado que gran número de campesinos disponen de una superficie inferior a media hectárea, es frecuente el ciclo de dos años sin descanso (papa, maíz). La relación entre la superficie disponible y el uso que se le da, presenta igualmente características paradójicas. Entre los predios agrícolas estudiados son numerosos aquellos en los que una parte de las parcelas queda inutilizada durante dos a seis años, siendo que la superficie disponible de la familia es reducida. Aquí interviene de nuevo la migración como factor explicativo.

En el altiplano y en los valles, las condiciones biofísicas del medio constituyen un importante obstáculo para el apro-

vechamiento de las tierras. En Pampa Churigua, la profundidad de la capa arable es muy variable, según la exposición de la parcela a la erosión y las características del terreno (Zimmerer y Muñoz, 1991). En los fondos del valle, la fuerte salinidad de ciertas parcelas situadas alrededor de la laguna Angostura es el principal factor limitante para la agricultura. A ello se añaden fuertes presiones climáticas (sequías, helada, granizada, etc.). Por esta razón, al igual que en otras regiones andinas, los campesinos desarrollan estrategias de defensa frente a los riesgos, sembrando en una misma parcela diferentes variedades de una misma planta, con el fin de limitar las malas cosechas (Albó *et al.*, 1982; Cotlear, 1989; Morlon, 1992b).

En los valles, por ejemplo, el maíz *uchuquilla* que es más resistente a la sequía, pero que alcanza sólo precios bajos en el mercado, se asocia con el maíz *willcaparu*, más vulnerable pero también más cotizado. La misma práctica se encuentra en la comunidad de altura con las especies de papa *imilla* y *runa*. Además, las fechas de las siembras se distribuyen en el tiempo para minimizar los efectos de la sequía. Las familias cultivan un mismo producto en varias parcelas dispersas, si la superficie de tierra así lo permite.

Técnicas de cultivo

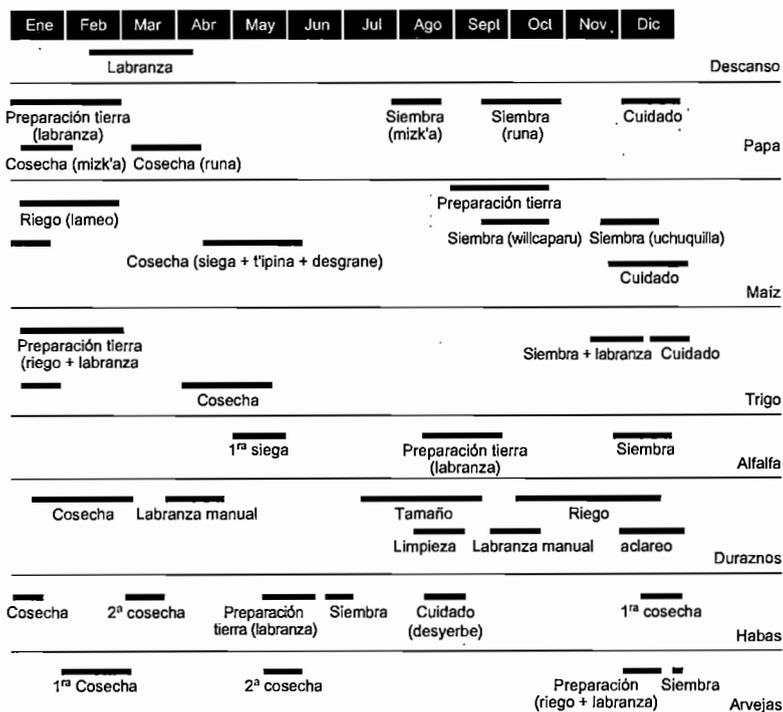
Los calendarios agrícolas no son los mismos en el valle y en el altiplano (Gráfico 5 y 6), a pesar de que en ambos lugares están condicionados por la variación anual de las precipitaciones. En los cultivos tradicionales de subsistencia, los trabajos más importantes se concentran en dos periodos del año: entre septiembre y diciembre (siembra), y entre marzo y junio (cosecha). Sin embargo, puesto que las lluvias son más tardías en el altiplano, en algunos cultivos, como por ejemplo la papa, los periodos de trabajo están desfasados por uno o dos meses. Por otra parte, dada la mayor diversidad de productos en los valles (papa, maíz, trigo, duraznos, haba, alfalfa, etc.), los trabajos agrícolas se realizan casi todo el año.

Los cultivos tradicionales de subsistencia

El maíz, producto tradicionalmente cultivado en el conjunto de la región de Cochabamba, comprende dos variedades. El maíz *willcaparu*, que tiene un ciclo largo, crece en alturas entre 2.000 y 2.800 m. El maíz *uchuquilla*, que tiene un ciclo corto y es menos sensible a la sequía, se siembra entre 1.100 y 3.000 m de altura. Dicho de otra manera, en Pampa Churigua sólo se cultivaba esta última variedad.

Cualquiera que sea la variedad de maíz, la preparación de los terrenos empieza mucho tiempo antes de la siembra (en febrero-marzo) para aprovechar la estación de lluvias, que empieza a principios del mes de diciembre.

Gráfico 5 – Calendario agrícola en Arbieta y en Santa Rosa

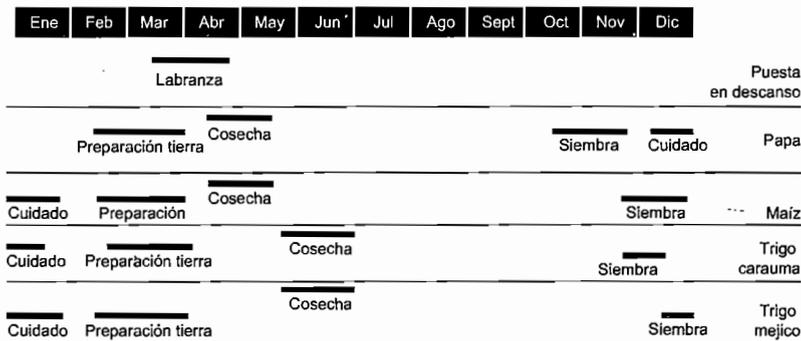


Fuente: Seguimiento de predios agrícolas, 1992-1993

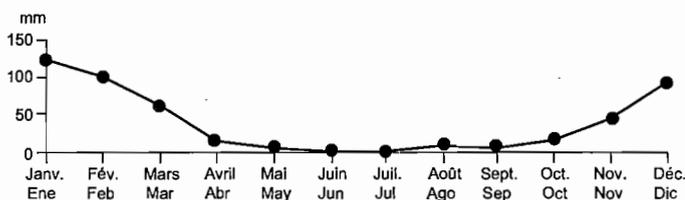
Sin embargo, los campesinos de los valles que en esta época están ocupados con otras tareas, están obligados a retrasar los trabajos de preparación de la tierra hasta septiembre.

En Pampa Churigua, esta etapa se limita a pasar una vez con el arado, con el fin de favorecer el drenaje de la tierra, mientras que en los valles la inundación de la parcela («lameo») es anterior al paso del tractor. Justo antes de la siembra se trabaja nuevamente la tierra. La siembra del maíz *uchuquilla* se extiende en dos meses (noviembre-diciembre), mientras que en los valles se siembra el maíz *willcaparu* desde el mes de septiembre. La cantidad de semillas utilizadas es casi idéntica en las dos zonas (aproximadamente una arroba de 40 libras sobre 3.600 m²). El maíz sigue siempre a la papa, con el fin de aprovechar los residuos nutritivos. Frecuentemente se aplican fertilizantes orgánicos. Sin embargo, en Santa Rosa y en Arbieto el rebaño no siempre provee suficiente estiércol. Por esta razón, los agricultores recurren a menudo al abono químico.

Calendario agrícola en Pampa Churigua



Precipitaciones mensuales en los valles de Cochabamba



Source : CID, 1994. Précipitations moyennes 1972-1992

Fuente: CID, 1994. Precipitaciones promedio 1972-1992

El maíz es una de las plantas que más cuidados exige por parte de toda la familia. En los fondos de valle, cuando el agua inunda la parcela y la capa de la tierra que cubre la semilla es muy gruesa, algunas familias practican la *t'okpida* (rastrillaje de la parcela). En el momento de la germinación, los campesinos del altiplano y de los valles favorecen la salida de las plantas quitándoles los terrones (*p'utuy*). Además se desyerba casi continuamente la parcela.

La mayoría de las familias practica de vez en cuando la *wampeada*, una técnica que consiste en cavar una pequeña zanja alrededor de cada planta, con el fin de aprovechar las precipitaciones. Cuando la planta llega a aproximadamente 50 cm de altura y el suelo es lo suficientemente húmedo por las lluvias, la tierra se remueve manualmente para airear el suelo y para facilitar el drenaje (aporque).

Si se toman en cuenta todas las etapas de la cosecha del maíz, ésta se extiende por tres meses (de abril a junio). Incluye cuatro fases: la siega propiamente dicha (*kalcheo*), el deshoje de las mazorcas (*t'ipida*), el desgranado y el almacenamiento.

Después de la siega, las plantas se apilan para formar las *kalchas*. Estas se quedan por aproximadamente tres semanas en la parcela para que sequen y endurezcan, y que sea más fácil deshojarlas. Las hojas, llamadas *chala*, se juntan en haces (*karmas*) destinados a la alimentación del ganado.

Los productos se llevan hasta el hogar en bolsas de tela tejidas toscamente para ser expuestos al sol y así prolongar la deshidratación. El desgranado de las mazorcas (*t'ipida*), realizado con la ayuda de un clavo de dos puntas denominado *t'ipina*, se efectúa generalmente en el mes de junio. En esta ocasión, el *ayni* es obligatorio. Durante varios días consecutivos, las familias se reúnen alternativamente en casa de cada una de ellas.

Para conservar el maíz, las familias almacenan los granos en cántaros enterrados en la tierra, denominados *wirqui*, cuya capacidad es

de una fanega (aproximadamente 150 kg). Los campesinos que no poseen fanegas (lo que sucede sobre todo en Pampa Churigua), utilizan bidones de plástico y bolsas de tela, o bien almacenan la cosecha directamente en el suelo después de haber aplicado insecticidas, con el fin de prolongar el tiempo de conservación. Estas técnicas permiten guardar el maíz durante 4 a 5 meses.

El trigo se cultiva sobre todo en la comunidad de altura donde representa una fuente importante de ingresos para la mayoría de las familias. Se cultivan dos variedades de trigo (*mejico* y *carauma*), aunque predomina la primera ya que es mucho más apreciada en el mercado. En cambio, la segunda variedad es destinada más al consumo familiar. En los pueblos de valle, el trigo sigue siendo un cultivo secundario que se destina principalmente al consumo familiar y a la elaboración de la chicha. Se cultiva solamente la variedad *mejico*.

La labranza se realiza cuando empiezan las primeras lluvias (octubre y noviembre), y la siembra entre diciembre y enero. Los modos de preparación de las tierras presentan características similares en las dos zonas, aunque los campesinos de los valles frecuentemente acortan las prácticas de cultivo.

Este procedimiento consiste en trabajar la parcela justo antes de la siembra hecha al voleo. Después pasan una segunda vez con el tractor para cubrir las semillas. Por otra parte, no todos los agricultores practican el lameo, sobre todo porque los terrenos reservados al cultivo de trigo son generalmente los más alejados de los canales de riego. La preparación de las tierras en la comunidad de altura recibe mayor atención debido a la importancia del trigo en el sistema de producción. Se realizan tres series de labranza, la última justo antes de la siembra. La fuerte aridez hace que la siembra sea más tardía que en los valles (fin de noviembre para la variedad *carauma* y fin de diciembre para la variedad *mejico*). Por otro lado, las cantidades de semilla utilizadas son algo mayores en la comunidad de altura (2 arobas contra 1.5 en los valles), con el fin de optimizar las posibilidades de germinación. Las familias de Pampa Churigua raras veces aplican estiércol, contrariamente a las de los valles que utilizan, ade-

más, abonos químicos. Dado que las superficies cultivadas suelen ser pequeñas, estos abonos significan un costo bajo. No obstante, los estudios realizados por el CIDRE muestran que la mayoría de los agricultores no conocen las cantidades adecuadas (Muñoz y Condori, 1991).

El cuidado del trigo exige mucho menos trabajo que el maíz. En la comunidad de altura son usualmente las mujeres y los niños los que se encargan del desyerbe y del aporque. En cambio, en los valles la familia emplea mano de obra asalariada, ya que el jefe de familia y los niños en edad de migrar no están disponibles.

La cosecha empieza a principios de mayo y se prolonga hasta el mes de junio. Las espigas se siegan manualmente. Al día siguiente se las apila en una parte de la parcela, en la zona denominada «era», con el fin de proceder a la trilla. Según el método tradicional, las espigas se trillan con la ayuda de un mayal o a veces haciéndolas pisar por los bueyes de tiro. El venteo del trigo se efectúa un día de mucho viento; incluye dos etapas, de las cuales la primera consiste en separar el grano de la paja, la segunda en quitar las impurezas y la cáscara de los granos.

Dos hombres (*jorkeros*) lanzan el trigo en dirección del viento con la ayuda de una horquilla de madera (*jurca*), mientras que una mujer, denominada barrendera, aparta los granos del trigo a la zona de «era». Generalmente, una sola persona realiza la segunda etapa utilizando una pala para lanzar los granos al viento. Otra técnica consiste en mezclar el trigo con ceniza y frotarlo durante varias horas para separar la cáscara del grano. La paja se utiliza después como forraje para el ganado y para la fabricación de adobes. En la comunidad de altura, la paja se almacena debajo de una capa de barro seco, a fin de formar boquetes que serán destruidos cuando se utilice la paja.

La producción de papa, el componente principal del régimen alimenticio de las familias campesinas, es mucho mayor en la comunidad de Pampa Churigua, en la que se cultivan dos variedades (*runa* e *imilla*). En los pueblos de valle se siembra sólo la primera variedad.



Mujer de Arbieta sembrando papa en sus parcelas. Con la generalización de la migración de los hombres al extranjero, frecuentemente las mujeres tienen que asumir solas las tareas agrícolas.

La preparación de los terrenos empieza aproximadamente seis meses antes de la siembra (en marzo y abril, al final de la estación de lluvias). En Santa Rosa y Arbieta es la única actividad en la que algunas familias utilizan la yunta. Los agricultores prefieren esta técnica, pues la labranza es más profunda y más eficaz. La preparación de las tierras para la siembra de papa exige un trabajo más fuerte que en los demás cultivos, particularmente en la comunidad de altura donde este producto es primordial para la subsistencia de la familia.

La costumbre requiere que después de pasar dos veces con el arado, se proceda a una tercera pasada para destruir los terrones y nivelar la parcela. Las dos primeras pasadas, realizadas para levantar la tierra, se efectúan en tres o cuatro días de intervalo. Luego se deja el terreno por unos quince días antes de ararlo una tercera vez (si bien esta tercera labranza, llamada en quechua *kutiyhuna*, es difundida en la comunidad de altura, es menos generalizada en los pueblos de valle). Finalmente se nivela el terreno y después se lo deja tal cual hasta el momento de la siembra (octubre y noviembre). Si llueve en este tiempo, las familias de Pampa Churigua realizan una última labranza justo antes de la siembra (labranza llamada *wisk'ay*).

La siembra de la papa empieza tradicionalmente después de la celebración de Todos Santos, el primero de noviembre. Normalmente, las mujeres se encargan de la siembra propiamente dicha, mientras que los niños echan abono en cada surco. Los agricultores suelen utilizar estiércol bovino, ovino o de

mula. Las cantidades usadas son superiores en la comunidad de Pampa Churigua (por una arrobada de terreno 20 cargas de 200 kg contra 15 en los valles). En Santa Rosa y Arbieto es común el uso de abonos químicos.

En la comunidad de Pampa Churigua, el cuidado de los cultivos se hace manualmente si la superficie es reducida, o con la ayuda del arado si la superficie es mayor. Sin embargo, esta práctica exige ser más minucioso para no deteriorar las plantas. En los valles, los agricultores optan por la primera técnica, ya que que las superficies son pequeñas. Además, en los pueblos quedan muy pocos arados.

Algunas familias proceden a dos tipos de aporque: el primero (descostre) consiste en disminuir la capa superficial de la tierra para favorecer la salida de los brotes (aproximadamente un mes después de la siembra). El segundo (carpada), realizado al inicio del florecimiento, consiste en revolver la tierra más profunda, con el fin de arrancar la mala hierba y de airear el suelo. Mientras tanto las mujeres desyerban regularmente y fumigan las plantas contra insectos.

Las posibilidades de riego y la menor aridez de los valles permiten una cosecha más temprana. La papa *mizk'a* (significa «temprano») destinada al consumo familiar se cosecha a partir de finales de enero. En la comunidad de altura, las familias prefieren dejarlas crecer al máximo para poder vender una parte de la cosecha. La cosecha propiamente dicha, que tiene lugar desde el mes de marzo, exige una mano de obra considerable, es decir una quincena de personas en total para una arrobada de terreno. En la co-



Familia de Pampa Churigua sembrando papa. Después de cavar los surcos con la yunta (al fondo), la mujer deposita las semillas de papa (segundo plano) que el hijo cubre con estiércol (primer plano).

munidad de altura, la participación de toda la familia, así como el *ayni* y la *mink'a*, son generalizados. En los valles es frecuente la utilización de mano de obra externa. La cosecha de la papa, al igual que el desgranado del maíz, es uno de los trabajos agrícolas que generan mayor convivencia, en cuya oportunidad se preparan platos tradicionales. Asimismo, en la mayoría de los hogares se preparan grandes cantidades de chicha.

La selección de la papa se realiza según su tamaño. Existen tres categorías: las pequeñas se destinan al consumo inmediato, las medianas se utilizan como semilla (*murlu*) y las grandes son reservadas a la venta si la producción es suficiente. Las papas cosechadas se almacenan en piezas oscuras según las diversas categorías, normalmente repartidas en el suelo. En la comunidad de altura, algunas familias construyen al interior de la habitación pequeños silos de tierra seca con pequeños agujeros para permitir la ventilación (silos denominados *pirhuas* en quechua). Generalmente, la familia duerme en una plataforma encima de estos silos, que está construida con el mismo material (estas «camas» se denominan estrados). Además, en la medida en que las superficies cultivadas en Pampa Churigua son más grandes, los productos no se transportan hasta el hogar familiar el día mismo de la cosecha; los campesinos entierran las papas en el suelo, con el fin de protegerlas del sol (técnica denominada *phina*). Se quedan allí hasta que la familia encuentre el tiempo de almacenarlas.

En resumen, las prácticas agrícolas familiares que están relacionadas con los cultivos tradicionales, son relativamente similares en el altiplano y en los valles. Sin embargo, en los valles existe una tendencia hacia la monetarización de los medios de producción que está relacionada con la mecanización. Ésta permite ganar tiempo, especialmente durante la preparación de las parcelas y la siembra. Según el seguimiento de los predios agrícolas, el tiempo que se invierte en estos trabajos se divide por 3.4 en comparación con Pampa Churigua (Anexo 2, Cuadro 2).

Además, las familias de los fondos de valle simplifican las técnicas agrícolas, especialmente en el caso de la papa y del trigo, productos a los que prestan menor atención ya que no están des-

tinados a la venta. Situación que se da también en los trabajos de cuidado, cuya duración depende exclusivamente de la atención concedida a los cultivos, ya que no interviene el factor técnico.

Los cultivos comerciales en los valles

En los pueblos de valle, la alfalfa se cultiva en terrenos situados cerca de la laguna Angostura, una zona más húmeda. Este cultivo enteramente destinado a la alimentación del ganado tiene la ventaja de no exigir mucho tiempo de trabajo ni mucha mano de obra.



Mujer de Santa Rosa preparándose a transportar un saco de alfalfa a su domicilio. Cuando se trata de grandes cantidades, el transporte se hace también a lomo de mula.

Cada parcela de alfalfa permite 5 a 6 cosechas anuales y puede producir durante cinco años. La siembra se realiza al voleo entre noviembre y diciembre, después de la labranza y de un riego en septiembre. Seis meses después se puede efectuar la primera cosecha. La realizan diariamente las mujeres y los niños, de acuerdo a las necesidades de forraje del rebaño. La alfalfa se transporta a lomo de mula hasta el hogar, lo que requiere a veces de más de una hora de viaje si la parcela está alejada. No existe ninguna forma de almacenamiento de la alfalfa por falta de técnicas de conservación. Algunas familias cuya superficie de tierra es relativamente grande, venden cada día una parte de su producción para aumentar sus ingresos.

Otro cultivo estrictamente comercial es el durazno. Sin conocer del todo las técnicas de producción, los campesinos se han iniciado progresivamente en este cultivo cuando en los años 1980-1985 los ingenieros del IBTA de San Benito lanzaron un programa de desarrollo de fruticultura en el Valle Alto.



Cosecha de la alfalfa destinada a los bovinos (Santa Rosa). Cada día al amanecer, las mujeres se desplazan a sus parcelas de alfalfa, que a veces están situadas a más de una hora de camino, en los sectores húmedos de la laguna Angostura.

Los agricultores de Santa Rosa y de Arbieto producen dos variedades de duraznos (*churca* y *gumucio reyes*). La segunda es la más difundida pues da un mejor rendimiento. Las plantaciones de duraznos implican altos costos de producción (contratación de mano de obra calificada, utilización de fertilizantes químicos y de insecticidas, riego mediante un sistema de bombeo, etc.). Según las estimaciones del CIDRE, el costo de una arrobada de duraznos (es decir, aproximadamente 150 árboles) es de 2.600 dólares americanos contra algo menos de 700 para los tomates y 330 para la papa (Deheza, 1991). Inicialmente, el agricultor tiene que disponer de un capital de 500 dólares para plantar los árboles (sin tener en cuenta que en algunos casos tiene que cavar un pozo en la parcela y comprar una bomba de agua).

La producción de duraznos requiere un considerable tiempo de trabajo. Según nuestro seguimiento de los predios, el tiempo de trabajo anual para 150 árboles es de 840 horas (105 días). Además, los árboles comienzan a ser productivos sólo a partir del tercer año y dan los mejores rendimientos a partir del quinto año. De esta manera, el agricultor tiene que disponer de un importante capital inicial, que proviene en la casi totalidad de los casos de la migración al extranjero.

Una vez que estén plantados los árboles, los agricultores proceden a dos labranzas por año, que se realizan manualmente y en las que suele participar toda la familia.

La primera tiene lugar en marzo, la segunda en septiembre. El desyerbe se realiza a intervalos regulares en la época de lluvias (entre diciembre y febrero), mientras que la carpida (destrucción de los terrones alrededor de cada árbol y aeración del suelo) se realiza después de las fuertes lluvias.

Los meses de julio y agosto son los periodos de mayor actividad en las plantaciones de durazno (por lo tanto, la producción es compatible con la agricultura tradicional, cuyos trabajos agrícolas se concentran de septiembre a junio). La poda de los árboles, cuya función y formas varían según la edad, es una etapa primordial hacia una buena producción. La poda se encarga a asalariados calificados de la región de San Benito, donde las plantaciones son más antiguas. El salario se paga en función del número de árboles podados. El aclareo de los árboles, otra tarea que se encomienda a mano de obra especializada, es la última etapa antes de la cosecha. Ésta se inicia en el mes de febrero y termina en abril.

El riego se realiza exclusivamente durante la época del crecimiento del árbol, es decir a partir del mes de septiembre. La técnica consiste en inundar la parcela, sea mediante un pozo y el sistema de bombeo si existen en el terreno (es el caso más frecuente), sea mediante canales de riego si la parcela tiene una buena ubicación (en este caso, el agricultor depende fuertemente de las tomas de agua más arriba), o también comprando la cantidad de agua necesaria que es distribuida por un camión cisterna (solución a la que se recurre sólo en último caso).

Los principales obstáculos para la producción de duraznos son los alias climáticos, sobre todo la helada y la granizada. Debido a estos factores, la producción de la campaña 1992-1993 bajó considerablemente.

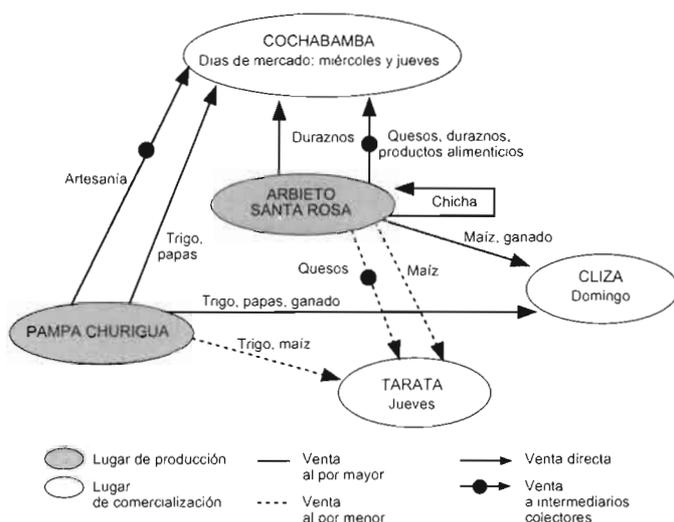
Transformación y venta de los productos

El destino de la producción varía considerablemente de un cultivo a otro. Algunos productos son casi exclusivamente destinados a la venta (el queso, los duraznos y, en el caso de Pampa Churigua, el trigo), mientras que otros se reservan prioritariamente al consumo familiar (maíz y papa). Asimismo, las modalidades de comercialización (cantidades, frecuencia y lugares) no son las mismas para todos los productos.

Los productos agrícolas y sus derivados

En los pueblos de Santa Rosa y Arbieto, los productos alimenticios tradicionales (papa y trigo) se destinan principalmente al consumo familiar y sólo ocasionalmente a la venta. Únicamente el maíz se comercializa o es destinado a la elaboración de la chicha si la producción es suficiente. La venta se realiza usualmente en Cliza o bien en Tarata si se trata de cantidades pequeñas (Gráfico 7).

Gráfico 7 – Lugares y formas de comercialización de los productos agrícolas y pecuarios (Santa Rosa, Arbieto y Pampa Churigua)



En la comunidad de altura es habitual la comercialización de los productos agrícolas tradicionales. El trigo y la papa son los dos principales productos, los cuales se venden generalmente en el mercado de Cliza y en menor medida en Tarata. Sólo los migrantes hacia el Chapare aprovechan sus salidas hacia las regiones bajas para comercializar sus productos en Cochabamba.

El agricultor trata siempre de minimizar los costos de transporte. Consecuentemente, cualquiera que sea la zona de referencia, cuanto menor sea la cantidad a ser vendida, menos alejado será el lugar de comercialización. Los campesinos llevan sus productos directamente a los mercados locales y los venden a intermediarios que suelen ser siempre los mismos. En la comunidad de Pampa Churigua son habitualmente los hombres los que llevan los productos a Tarata, sea a lomo de mula, sea en camión, y después hasta Cliza. Por otra parte, cualquiera que sea el lugar de comercialización, el productor tiene que pagar un impuesto comunal de aproximadamente dos Bolivianos por fanega de maíz y de trigo (150 kg) y por *tupo* de papa (90 kg).

La comercialización de los productos agrícolas es difícil debido a la ausencia de pesos y medidas estándares de una zona a la otra y de un intermediario a otro. Los intermediarios imponen sus medidas de peso a los campesinos para aumentar su margen de beneficio. Esta tendencia es particularmente evidente en el mercado de Tarata (Quiroga, 1991).

En esta feria semanal, muy frecuentada por la población de Pampa Churigua y de los valles, existen dos lugares de comercialización: el mercado de los granos y el mercado central (en el que se venden las papas). En el mercado de los granos existe un solo intermediario que evalúa el peso de los productos con su propia balanza y por lo tanto según sus propios intereses. En cambio, en el caso de la papa, las autoridades están presentes en el mercado central y vigilan que el peso exacto sea indicado al productor (lo que no excluye un acuerdo entre el comerciante y el intermediario para tergiversar las reglas, especialmente cuando se trata de campesinos del altiplano).

En el mercado de Cliza, un centro de comercialización mucho más importante que el de Tarata, la competencia entre los comerciantes intermediarios es más fuerte, lo que le permite maniobrar al productor. Consecuentemente, los agricultores prefieren vender sus productos en el mercado, aunque los costos y el tiempo de transporte sean considerables.

Cualquiera que sea el lugar de comercialización, los precios de venta varían en función a tres factores: la calidad, la variedad y el periodo de venta del producto. La variabilidad estacional de la oferta y la demanda es mucho más importante en el caso del maíz.

El precio de una fanega de maíz *willcaparu*, variedad más solicitada en el mercado, baja de 300 Bolivianos en abril a 170 en junio. Una fanega de trigo se vende entre 100 y 150 Bolivianos, según los meses y las variedades, con un pico en abril justo antes de la primera cosecha. Frente a estas oscilaciones estacionales, las estrategias de comercialización varían considerablemente de un agricultor a otro, según la urgencia de sus requerimientos monetarios y el monto de los ingresos generados por la migración.

La producción de chicha

En los pueblos de valle, las mujeres preparan chicha una a cinco veces por año. Las variedades de maíz más solicitadas para la chicha son, en orden de importancia, el maíz *chuspillo* (poco cultivado y caro en el mercado), el *willcaparu* y el *uchuquilla*. La preparación artesanal de la chicha requiere de 14 a 20 días. No obstante, el conocimiento tradicional tiende a perderse. Cada vez un mayor número de familias descubren técnicas para reducir el tiempo de preparación.

La chicha elaborada de manera artesanal es para el consumo familiar y para allegados, especialmente en las fiestas. También la sirven a trabajadores agrícolas durante la cosecha y la siembra. Además, la chicha permite recuperar los residuos del maíz para los porcinos. Cuando la familia no consume la totalidad de la producción, la puede vender en la puerta de su casa. Sin embar-

go, generalmente la chicha no tiene un fin comercial, puesto que el costo de elaboración es casi equivalente al precio de venta.



Patio interior de una casa de Santa Rosa donde se preparará chicha justo antes de la cosecha de maíz. En el primer plano se encuentra el recipiente de metal para la ebullición de la chicha, en segundo plano la provisión de leña y los residuos del maíz que se acaba de cosechar.

Por 300 litros de chicha (25 latas), el precio de producción es de aproximadamente 120 Bolivianos contra 150 Bolivianos a la venta. La elaboración de 300 litros requiere de una carga de maíz (es decir, aproximadamente 67 kg) y de trigo (tres cuartos/un cuarto), 6 kg de azúcar, 10 haces de leña como combustible (cabaletos de leña) y dos bloques de azúcar moreno (chancaca). Además, cada vez que producen chicha, los campesinos tienen que pagar un impuesto comunal (entre 5 y 10 Bolivianos).

En algunos hogares, la reventa de chicha es una verdadera especialización económica. Las mujeres compran grandes cantidades de chicha de los productores de las zonas vecinas, las cuales revenden en su pueblo.

En los pueblos del Valle Alto se producen grandes cantidades de chicha, que provocan serios problemas de aprovisiona-

miento en materia prima. La deforestación de la zona, relacionada en parte a esta actividad, produce escasez de combustible. El aprovisionamiento de agua durante los periodos de sequía es otro obstáculo. Finalmente, el ritmo de elaboración de la chicha depende de la producción de maíz. Por ejemplo, la fuerte sequía de 1992-1993 redujo las cosechas y aumentó fuertemente el precio de venta.

Venta de duraznos y de hortalizas

En Santa Rosa y Arbieto, los duraznos y las hortalizas se comercializan en Cochabamba los días de Cancha (mercado bisemanal). El agricultor puede llevar personalmente sus productos, o los intermediarios van a buscarlos al predio agrícola. La segunda solución, que es la más práctica, se basa en una red de relaciones de parentesco y de compadrazgo. Algunas familias del pueblo que disponen de un medio de transporte, recogen los productos cada martes y viernes (víspera del día de mercado).

Numerosos productores prefieren esta forma de comercialización que les evita costos suplementarios (transporte y alimentación en Cochabamba) y les permite ganar tiempo. Además, los intermediarios les conceden un adelanto sobre la venta, a veces varios meses antes de la cosecha. Esto le permite al productor financiar los costos de producción (fertilizantes, mano de obra, etc.). No obstante, cuando el intermediario se convierte en agente financiero, la dependencia es muy fuerte, ya que el productor está obligado a venderle sus productos. Una de las tácticas del intermediario es exigir una reducción del precio de venta en el momento de la recolección de la mercancía, dando como pretexto que no logra vender la producción en el mercado.

Cuando el productor lleva personalmente sus productos, está obligado a quedarse un día entero en Cochabamba. Tres personas son necesarias para el transporte de las cajas. La llegada al mercado de Cochabamba es al amanecer. La primera eta-

pa consiste en encontrar un lugar para descargar y guardar las cajas esperando su venta. Después se hace un rápido estudio de mercado para fijar la gama de precios, ya que uno de los problemas de esta forma de comercialización es la fluctuación casi constante de los interlocutores que compran los productos de una semana a la otra. El productor puede vender a un intermediario mayorista, a los minoristas o directamente al consumidor. El tiempo necesario para vender la producción varía entre una y cuatro horas, según la modalidad elegida.

Los precios de venta fluctúan en función a las categorías de durazno y al periodo de venta. A principios de la cosecha, los precios son los más elevados, caen en febrero y marzo, y finalmente suben nuevamente en el mes de abril cuando la oferta en el mercado disminuye. Según nuestras observaciones, el precio de una caja de duraznos de primera categoría pasó de 110 Bolivianos a comienzos de febrero a 70 Bolivianos en febrero y marzo, y después a 80 Bolivianos en abril. Los precios de venta de la última categoría varían entre 15 y 35 Bolivianos.

En los años 1980-1985, la oferta de duraznos era baja con respecto a la demanda urbana, lo que permitió a los productores mantener precios favorables para ellos. Desde 1990, la falta de mercado empezó a hacerse sentir, lo que se debió a un aumento del número de productores mayor a la demanda. Esto condujo a una baja de los precios de venta, mientras que paralelamente los costos de producción aumentaron (sobre todo a causa de los fertilizantes químicos).

Venta de animales y de sus derivados

En los pueblos de Santa Rosa y Arbieto, la casi totalidad de la producción lechera es destinada a la elaboración artesanal de queso fresco, del cual se vende el 90%. El resto es para el consumo familiar. La elaboración artesanal de quesos es casi diaria y requiere una a dos horas de trabajo. Es una actividad exclusivamente femenina (la madre de familia o la hija mayor).

La cantidad de leche necesaria para la elaboración de un queso es de un litro y medio. Cuando las vacas lecheras han llegado al mínimo de su capacidad productiva, permiten cada una elaborar 4 a 6 quesos por día. El precio de venta de un queso varía según los periodos de producción. En la época seca, cuando ésta disminuye (de junio a diciembre), los precios de venta aumentan: pasan de 1 a 1.5 Bolivianos por unidad.

Los intermediarios, generalmente mujeres de un mismo pueblo, se encargan de la comercialización. Ellas recogen los quesos que después venden en el mercado de Cochabamba o en Tarata. Las intermediarias necesitan de un capital de arranque de aproximadamente 400 Bolivianos para cada una de las clientas que les proveen cotidianamente (en el momento del estudio, 100 dólares americanos). A cambio de esta suma abonada bastante antes de recoger la mercancía, la productora se compromete a entregar una cantidad fija de quesos cada día.

Para que la operación sea rentable, la comerciante tiene que asegurarse de mínimamente cuatro productoras, lo que significa un capital de inversión de 2.000 Bolivianos. Para las productoras, este sistema de comercialización significa una garantía y una venta rápida. Además, el sistema de adelantos sobre la venta permite a las familias responder a las necesidades monetarias más urgentes. No obstante, el intermediario se apropia de una parte importante de los beneficios, y el sistema genera cierta dependencia de la productora frente a la comerciante.

Los márgenes de comercialización varían según el lugar y el periodo (Quiroga, 1991). En la época seca, cuando la producción es baja, las mujeres disminuyen la cantidad de queso manteniendo el mismo precio de venta en vez de subirlo. Por su lado, el intermediario amplía su margen con relación a la minorista. Dicho de otra forma, tanto para el intermediario como para la productora, este periodo es el más propicio en términos de beneficios. La mayor parte de la producción se vende en Cochabamba, donde los márgenes de ganancia son mucho más

ventajosos (siempre y cuando las cantidades sean suficientes para amortizar los costos del transporte diario).

Sea en los valles o en el altiplano, la venta de animales constituye una importante fuente de ingresos. En Santa Rosa y en Arbieto, sólo los porcinos, los bovinos y los cuyes son destinados a la venta. Estos últimos, que en parte son consumidos por la familia durante las fiestas, se comercializan en los pueblos mismos. La venta de los ovinos es menos frecuente. Son destinados principalmente al consumo familiar y a la artesanía. En Pampa Churigua, sólo los ovinos constituyen una importante fuente de ingresos.

La comercialización del ganado se realiza sobre todo en Cliza, el principal mercado microregional de animales en el Valle Alto (Gráfico 7). Los mismos propietarios llevan los animales al lugar de venta. En Arbieto y en Santa Rosa, los bovinos y porcinos se transportan en un camión que pertenece a familias de los pueblos. También en este caso son las mujeres las que se encargan de la venta. En Pampa Churigua, los hombres o las mujeres (según su disponibilidad) llevan los ovinos a pie hasta Tarata donde cargan los animales sobre el techo de los buses que salen a Cliza. La venta se realiza al por menor (una a dos cabezas) y según las necesidades monetarias del momento.

La artesanía textil es otro mercado posible de la crianza. En la comunidad de Pampa Churigua, ésta sigue siendo una actividad fundamental que todavía presenta características tradicionales. La totalidad de las mujeres se dedican a hilar la lana de oveja, sobre todo durante el pastoreo del rebaño. La esquila de los ovinos se realiza una vez al año, normalmente a principios del verano. La confección de ponchos o de *phullus* (mantas coloridas) es una actividad íntegramente realizada por la propietaria de la materia prima, quien hila, tiñe y después teje la lana.

Todas las familias poseen un telar de madera, confeccionado por el jefe de familia, que se coloca en el suelo y cuya estructura es muy sencilla. Con la ayuda de la *wich'uña* (hueso de llama talla-



Mujer de Pampa Churigua hilando.
La artesanía textil es una importante actividad comercial de las mujeres (confección de *aguayos*, gorros, mantas etc.)

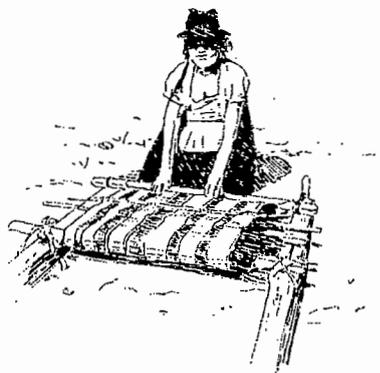
do en punta), las mujeres entrelazan hilos de diferentes colores tendidos en el telar. La complejidad de la técnica varía según los motivos elegidos. El tiempo de confección de un poncho varía entre dos y cuatro días, a razón de cinco horas diarios de trabajo. En cambio, la confección del *phullu* exige más tiempo, entre una semana y diez días, con el mismo ritmo de trabajo. Tejer la lana es una actividad que se realiza en los periodos bajos del calendario agrícola, o sea en los meses de julio y agosto.

Una pequeña parte de los productos artesanales cubren las necesidades de la familia (sobre todo los *phullus*). La otra parte se vende según los requerimientos monetarios de la familia, principalmente durante las fiestas (Carnaval y Todos Santos). Las mujeres mismas llevan sus productos a las ferias locales o directamente a Cochabamba.

Los precios de venta dependen principalmente de la calidad y de la dificultad técnica del tejido. A modo indicativo, el precio de un *phullu* varía entre 80 y 120 Bolivianos, mientras que un poncho se evalúa en 60 Bolivianos. Las mujeres venden generalmente 3 a 6 tejidos por año.

En Santa Rosa y Arbieta, la artesanía textil juega un papel secundario debido al tamaño reducido del rebaño ovino. Esta actividad se limita a hilar la lana, que en parte se vende en el mercado de Cochabamba (el resto es para uso doméstico). En los pueblos, el tejido tradicional ha desaparecido completamente. Sólo el

tejido de punto sigue siendo una actividad puntual de las mujeres. A veces compran la lana ya lista para su uso, con el fin de confeccionar ponchos o suéteres que venden a intermediarias del pueblo que tienen un puesto de venta en el mercado de la Cancha en Cochabamba. El comercio con productos artesanales es para ellas una actividad complementaria pero relativamente lucrativa. Sin embargo, la realizan solamente las mujeres más ricas del pueblo debido a que el alquiler de un puesto en el mercado de Cochabamba es bastante caro. Generalmente, es la migración de los hombres la que permite reunir un capital de inversión para esta actividad.



Mujer de Pampa Churigua tejiendo una manta de lana de oveja (*phullu*) para ser vendida en el mercado de Cochabamba.

Permanencia del mundo de arriba y del mundo de abajo

La comparación de las prácticas campesinas en los tres lugares de estudio demuestra la heterogeneidad socio-espacial del campesinado quechua de Cochabamba que es característica de la sucesión de diferentes pisos ecológicos del mundo andino. En los fondos de valle, los centros rurales de reciente creación (que se originan en la colonia española o en la Reforma Agraria) reagrupan a una población campesina mestiza e influyen sobre un archipiélago de indígenas monolingües, localizado en las zonas de altura, donde las prácticas campesinas tienen un carácter más tradicional.

Aunque estas sociedades rurales quechuas tienen un origen etnohistórico y una identidad sociocultural comunes (prácticas festivas, modo de representación del mundo, relación con la tierra, etc.), se diferencian en muchos aspectos. La comuni-

dad de Pampa Churigua se caracteriza por un medio físico mucho más difícil (zona más árida y más expuesta a la erosión), por la falta de infraestructura técnica y sanitaria, por una menor parcelación de la tierra y por la distribución más igualitaria de las tierras. A ello se añade una organización comunal más sindicalizada y de tipo colectivo (rotación de cargos), así como una mayor homogeneidad de los modos de producción, sistemas de cultivo menos intensivos y una fuerte dependencia de los comerciantes intermediarios debido a su aislamiento.

En cambio, en los pueblos de valle las estrategias económicas y las prácticas campesinas presentan una gran diversidad y una evidente heterogeneidad entre las familias. La mejor integración de la población en el espacio regional permite la diversificación de las actividades (transporte y comercio intermediario). Actualmente, importantes cambios afectan a los sistemas de producción (introducción de nuevos cultivos con fines comerciales, mecanización y monetarización de los medios de producción). Aunque la cohesión social de estos pueblos sigue siendo fuerte, las prácticas comunitarias han perdido su carácter tradicional.

La población vive esta diferenciación socio-espacial del campesinado de Cochabamba como tal. La denominación «indio» tiene una connotación negativa, siendo el reflejo de la discriminación sociocultural que existe frente a las poblaciones indígenas en todo el país. Recordemos, además, que la cosmología y la mitología andinas están marcadas por la relación entre un mundo «de arriba» (*urcosuyu* en aymara) y otro «de abajo» (*umasuyu*), dos mitades representadas al mismo tiempo como opuestos y complementarios (Bouysson-Beyssac, 1987; Melengreau, 1995a).

Parte 2

Campesinos migrantes: Lugares, riesgos y sistemas de movilidad



Las zonas rurales de las tierras altas de Bolivia, al igual que el conjunto de la región andina, siempre han sido marcadas por la gran movilidad espacial de la población, que está relacionada con el modo incaico y preincaico de organizar el espacio. Pese al trauma de la conquista española, que trastornó la estructura territorial del Imperio Inca, la población andina supo mantener esta práctica ancestral de la movilidad, respondiendo a estrategias de subsistencia que se basan en la complementariedad de los pisos ecológicos del territorio. La herencia de la vieja tradición del desplazamiento sin duda ha favorecido el rápido surgimiento de verdaderos procesos de migración a partir de los años cincuenta. La movilidad espacial de la población y particularmente la migración interna empezaron a ganar importancia a partir de la Revolución Nacional y la Reforma Agraria de 1953, que tuvo como un efecto principal la liberación de la masa campesina e indígena hasta entonces bajo el yugo del poder colonial español. El desmantelamiento de las haciendas, el desarrollo de un sector campesino independiente recientemente integrado en el mercado nacional, así como la creciente urbanización del país han contribuido a la ampliación de los horizontes migratorios campesinos, que está relacionada particularmente con la diversificación de las actividades familiares. Hoy en día, estos procesos se inscriben en el contexto de la recomposición política, económica y social de la Bolivia de los años ochenta a noventa. Las prácticas migratorias campesinas se han diversificado, al mismo tiempo que se han vuelto más complejas.

En la región de Cochabamba, estas dinámicas presentan características originales, por lo menos en los lugares de estudio. La distribución de las sociedades campesinas entre los fondos de valle y el altiplano corresponde a la heterogeneidad de los destinos de la migración. En el altiplano, las familias campesinas migran exclusivamente hacia el Chapare que desde los años ochenta es una zona de producción ilícita de la coca. En los valles, los migrantes se dirigen hacia el extranjero (Argentina, Estados Unidos, Israel y Japón).

El estudio comparativo de estas migraciones con destinos diferentes remite a dos niveles de análisis. El primero está relacionado con el contexto nacional e internacional en el cual se inscriben estas migraciones. El otro nivel de análisis remite al entorno local. Las dinámicas de migración surgen en los lugares de origen, en los cuales el migrante desarrolla sus propias estrategias de subsistencia y sus propias lógicas de vida. El fenómeno migratorio sólo puede entenderse a través del modo en que se integra en las lógicas familiares y comunitarias.

Contextos nacional e internacional de la migración campesina

Cualquiera que sea el destino, los procesos migratorios observados en las tres comunidades campesinas de la región de Cochabamba deben ser ubicados en el contexto histórico, económico y geopolítico nacional y mundial.

La migración internacional que caracteriza a los pueblos de valle no es de ninguna manera un fenómeno reciente en Bolivia. Lo que es nuevo es su expansión en el campo, así como los cambios de intensidad y de modalidades que experimenta.

A su vez, la migración de los campesinos de las tierras altas hacia el Chapare remite al contexto más amplio del narcotráfico en Bolivia, con coyunturas muy variables, en el cual el «migrante-cocalero» se ha convertido en protagonista.

La migración hacia el Chapare

Desde los años ochenta, Bolivia está involucrada en el narcotráfico de cocaína al haberse convertido en el segundo productor mundial de hojas de coca, después de Perú. El incremento del consumo de drogas en los países occidentales, combinado con la crisis económica de Bolivia, ha incitado a los campesinos empobrecidos de las tierras altas a lanzarse en la producción ilícita de la coca destinada a la elaboración de la pasta base de cocaína.

Gracias a la colonización agrícola del Chapare iniciada en los años setenta, miles de campesinos han accedido a tierras tropicales, sea como propietarios, sea como trabajadores agrícolas temporales. El Chapare ha atraído a miles de bolivianos, y el cultivo de la coca se ha extendido rápidamente.

El contexto del narcotráfico

Actualmente, la coca, cultivo ancestral de las sociedades andinas, es un producto ilegal. Siendo el blanco de la lucha antidroga, los «productores cocaleros» están en el centro de los retos económicos y geopolíticos del país y, a más amplia escala, de los países andinos.

La coca, herencia ancestral

La planta de la coca es un arbusto silvestre o cultivado de 0.5 a 2.5 m de alto que crece entre 500 y 2.000 m de altura en un clima caliente y húmedo. En las regiones andinas, su uso se remonta a miles de años. Algunos restos arqueológicos (momias y cerámica) atestiguan su existencia en las regiones andinas en el siglo IV a. J. C. Durante la civilización inca, la coca era un elemento esencial de las relaciones sociales, de los rituales y de las ofrendas a la Pachamama.

La creencia en el origen divino de la coca, su asociación con los rituales religiosos, su poder medicinal y energético y el papel que juega en las relaciones sociales interfamiliares son elementos que persisten en la cultura andina actual. Adicionalmente, sigue siendo un producto de trueque entre los campesinos mediante el cual se crean redes regionales de intercambio. La coca es un elemento clave en la reciprocidad entre las familias, pues permite la disminución de las tensiones y la confraternidad (Carter y Mamani, 1986). Finalmente, «la coca debe ser considerada como un poderoso símbolo de identidad y de solidaridad al interior del grupo, que separa de forma marcada a los que pertenecen al grupo y a los otros» (Brackelaire, 1988: 19).

La coca, que el campesino lleva continuamente con él en su tradicional *chuspa*, se mastica en promedio cinco a seis veces por día. El campesino coloca una bola de hojas mezclada con cenizas calcáreas (*llipta*) entre las encías y la mejilla para extraer el jugo (*acullicu*). Casi siempre se mastica coca antes y después de cada tarea agrícola (siembra o cosecha) para pedir la benevolencia de la Pachamama. Contratar a trabajadores agrícolas implica necesariamente proveerles de coca, que está incluida en el jornal (como es el caso de la alimentación y la chicha). Según W. E. Carter y Mamani (1986), un campesino mastica entre 30 y 60 gr de coca por día. Sin embargo, la cantidad diaria varía en función del calendario agrícola y de la dificultad de los trabajos a ser realizados.

El debate respecto a los efectos de la coca sobre el organismo (quita el hambre y el frío, estimula, etc.) se remonta a la segunda mitad del siglo XIX cuando determinados médicos y químicos revelaron las «virtudes» medicinales de la coca. En la segunda mitad del siglo XX, el debate concierne mucho más a los efectos nutricionales de la coca. Según numerosos autores, la coca, que es extremadamente rica en proteínas vegetales, vitaminas y sales minerales, constituye un notable sustituto alimenticio para las poblaciones subalimentadas (Saignes y Bourlieu, 1992; Carter y Mamani, 1986).

Bajo el dominio español y particularmente en los periodos de la explotación minera, el consumo de la coca tuvo un considerable incremento (segunda mitad del siglo XVI). No se puede excluir que las oligarquías económicas hayan incitado a su consumo con el fin de aumentar la capacidad de trabajo de los mineros, a pesar de la oposición de la Iglesia. Para algunos autores, esta explosión del consumo de la coca sería no solamente el resultado de un proceso de «democratización» (contrariamente a la época incaica, en la que el consumo de coca estaba reservado a cierta élite), sino también de reacciones de carácter social y psíquico como producto de «la inmensa ruptura con los fundamentos simbólicos del orden prehispánico» (Saignes y Bourlieu, 1992: 34).

A partir de los años cincuenta surge la pregunta de si la coca debe ser considerada como droga. Sucesivas comisiones internacionales se presentaron en los países andinos para medir los

«daños fisiológicos» que crea la coca. Se la consideró entonces como una de las causas esenciales del subdesarrollo de las poblaciones indígenas andinas, causa de enfermedades, de desnutrición y de envejecimiento (Saignes y Bourlieu, 1992). En 1961, la legislación internacional condenó la hoja de coca de la misma manera que las otras drogas (Convención Única de la ONU de 1961, 1972). Existió una evidente confusión entre la hoja de coca y la cocaína, y de esta manera se cuestionó el uso tradicional de la hoja en las sociedades andinas. Esta confusión persiste, ya que durante la inauguración de la Exposición Universal de Sevilla en 1992, los 8 kg de hojas de coca que los bolivianos habían decidido exponer como símbolo de su identidad, fueron confiscados por la policía española.

El «boom» de la coca



Campeño de Pampa Churigua masticando hojas de coca antes de empezar con sus trabajos agrícolas.

Desde hace unos veinte años, las regiones amazónicas de los países andinos constituyen el ámbito de los plantadores de coca. El crecimiento vertiginoso de la demanda de cocaína en los Estados Unidos a partir de la segunda mitad de los años setenta y las deficientes políticas de desarrollo en las regiones de colonización del Oriente boliviano, han conducido a la especialización de este país -al lado de Perú-, como principal proveedor de la hoja de coca y de pasta base de cocaína (primera fase de elaboración del clorhidrato de cocaína).

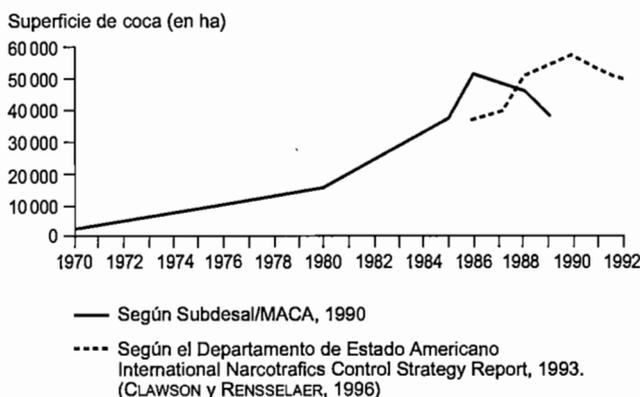
Según el Departamento de Estado norteamericano, Bolivia produce actualmente un cuarto de la producción mundial de hojas de coca, lo que corresponde al 30% de la oferta mundial de cocaína (Los Tiempos, 2/3/97). La expansión geográfica del tráfico de cocaína ya no se restringe a Colombia, se ha ampliado a México, Chile, Brasil, pero también a Israel, Europa del Este

y a Sudáfrica (*Dépêche Internationale des Drogues*, No. 58, agosto de 1996).

El tráfico de cocaína empezó a desarrollarse bajo el gobierno militar del general Banzer (1971-1978). Según algunos estudios, los fondos que los Estados Unidos donaron generosamente en este periodo «bajo el pretexto de reactivar la agricultura de Santa Cruz [...] han permitido al narcotráfico boliviano progresar más en cuatro años que durante los veinticinco años anteriores» (Orellana y Zannier, 1983: 192).

Aunque las superficies del Chapare son muy difíciles de evaluar, la utilización de una doble fuente (Secretaría de Desarrollo Alternativo Boliviano y Departamento de Estado norteamericano) permite seguir la evolución de estos cultivos entre 1970 y 1992 (Gráfico 8). Hasta 1980, el crecimiento de la producción es constante, aunque bajo (pasa de 6.000 toneladas en 1971 a 16.817 toneladas en 1980).

Gráfico 8 – Evolución de los cultivos de coca, 1970-1992



La expansión de los cultivos empieza realmente en 1980 y no deja de progresar hasta finales de la década. La fecha a partir de la cual las superficies cultivadas sufren una sensible baja, difiere según la fuente. Según los datos del Departamento de Estado norteamericano que toman en cuenta tanto las superficies

erradicadas en el marco de los programas antidroga, como las superficies replantadas, esta reducción empezaría sólo en 1990.

En el Chapare, la expansión del cultivo de la coca se ha incorporado a los programas de colonización agrícola que han impulsado a los campesinos de las tierras altas a instalarse en la zona para desarrollar una agricultura de tipo familiar. En el Oriente, la distribución de las tierras es muy heterogénea. En las regiones de San Julián y Yapacaní del departamento de Santa Cruz, el Instituto Nacional de Colonización dotó en promedio 50 ha por familia. En Carrasco, los colonos disponen de superficies que varían entre 20 y 100 ha, mientras que la superficie promedio de las tierras del Chapare es de solamente 20 ha por familia (Pizarro, 1991). Un reciente estudio de USAID (Caro *et al.*, 1992) confirma la predominancia de los predios agrícolas medianos en el Chapare: 61% de las familias poseen una superficie entre 5 y 20 ha.

Por lo demás, los programas de colonización del Chapare, que estaban orientados a desarrollar la agricultura tropical diversificada, han fracasado. Actualmente, esta región es una zona de pequeños agricultores familiares que se dedican casi exclusivamente al monocultivo de la coca (Cuadro 1).

Según los datos de la DIRECO (Dirección Nacional de Reconversión Agrícola), en 1987 solamente el 18% de las familias instaladas en el Chapare declararon no cultivar coca. Entre los plantadores de coca, el 68% poseía una superficie entre 0.1 y 10 ha, el 27% entre 10 y 20 ha y solamente el 5% tenía una superficie entre 20 y 75 ha. Entre los cultivos alimenticios sólo existían el arroz y la yuca, aunque en superficies muy reducidas. Contrariamente a los del Beni o de Santa Cruz, muy pocos productores del Chapare tropical se dedicaron a la ganadería (el 94% no tenía bovinos y el 92% no tenía porcinos). Los grandes ganaderos (entre 30 y 100 cabezas) representaron únicamente el 0.3% de los productores (DIRECO, *op. cit.*). El estudio de USAID (Caro *et al.*, *op. cit.*) confirma este aspecto: solamente el 15.8% de las mujeres de campesinos tienen como actividad secundaria la crianza de animales.

Cuadro 1 – Producción agrícola en el Chapare (ejemplo de algunos productos)

Productos	Familias que no cultivan (%)	Familias que cultivan menos de 1 ha (%)	Familias que cultivan entre 1 y 5 ha (%)
Plátano	59	33	8
Yuca	35	62	3
Maíz	85	13	2
Arroz	47	34	19
Palta	96	1	3

Fuente: DIRECO, 1987 (muestra: 10.279 familias)

La cadena del narcotráfico

Las diferentes etapas de la elaboración de la cocaína se basan en una compleja red jerárquica. Entre la población que está involucrada en el narcotráfico, los *mit'iris*, encargados de cosechar la coca, suelen ser migrantes venidos de las zonas altas, en su mayoría hombres, pero también mujeres.

La remuneración depende de la cantidad de trabajo realizado: los trabajadores reciben 1% del precio de una bolsa de hojas de coca por cada surco cosechado. Dicho de otra forma, el salario depende de las fluctuaciones del precio de venta de la coca.

La comercialización de los productos agrícolas constituye el mayor obstáculo para los colonos recientemente instalados en estas regiones. A la dependencia de los intermediarios se añade el aislamiento geográfico de los productores y la lejanía de los mercados. Estas condiciones hacen que el transporte de productos que se descomponen rápidamente, como por ejemplo las frutas (limón, papaya, palta, plátano, etc.), sea aleatorio, lo que no es válido para la coca pues se la seca antes de venderla. Sin embargo, su comercialización es difícil pues los colonos raras veces tienen acceso al mercado y menos aún para este producto que para otros. Las parcelas de producción, que tienen que quedar ocultas a la vista, generalmente se encuentran retiradas de las vías de comunicación. Por lo tanto, la coca se vende en el lugar mismo de la producción o en alguna feria local cercana.

Raras veces los productores llevan la mercancía hasta los centros urbanos. Según los datos de R. A. Pizarro (1991), el 80% de la producción se vende a intermediarios (rescatadores), que pasan en promedio dos veces por semana por los predios agrícolas del Chapare. Cada intermediario tiene un trayecto preciso y atiende a un número determinado de productores. Para éstos, la venta en el lugar de producción es preferible, sobre todo si sólo cultivan una superficie reducida. De esta manera, el productor evade el monopolio de los transportistas. Generalmente, vende su producción a medida de sus requerimientos monetarios. El transporte de la producción hacia los mercados locales en pequeñas cantidades, una tarea principalmente femenina, también permite controlar la comercialización.

La dependencia de los productores de coca frente a los intermediarios se atenúa con los servicios que reciben: difusión de información entre diferentes colonias, abastecimiento con diversos productos provenientes de los centros urbanos, etc. «Los intermediarios no están organizados en una gran empresa, sino que conforman una red de miles de brazos de tipo familiar, que está estructurada en una red comercial relativamente estable y permanente» (Pizarro, 1991: 42). Los intermediarios, llamados *ch'akas*, controlan el comercio y el transporte de la hoja de coca a nivel regional. Son un eslabón decisivo en la cadena del tráfico y ejercen gran influencia sobre la configuración geográfica de la red de comercialización. Deciden los trayectos de recolección de la coca en acuerdo con los compradores. También pueden controlar el trabajo de la «pisa» de la coca (pisar las hojas de la coca) en las regiones retiradas donde están localizadas las fábricas de pasta base de cocaína.

Una vez que la producción es recolectada, los «sepes» (nombre que hace alusión a las hormigas que son llamadas de esta manera en las tierras bajas), transportan en su espalda dos bolsas de coca hasta los laboratorios de pasta base. Luego, los «pisacoca» (o «bailadores», «matones») están encargados de la primera etapa de la elaboración de la pasta base de cocaína (o *pilchi*) que consiste en pisar las hojas de coca secadas y mezcla-

das con diversos productos químicos (kerosene y ácido sulfúrico). Esta operación es la más larga y la más pesada en el proceso de fabricación de la cocaína.

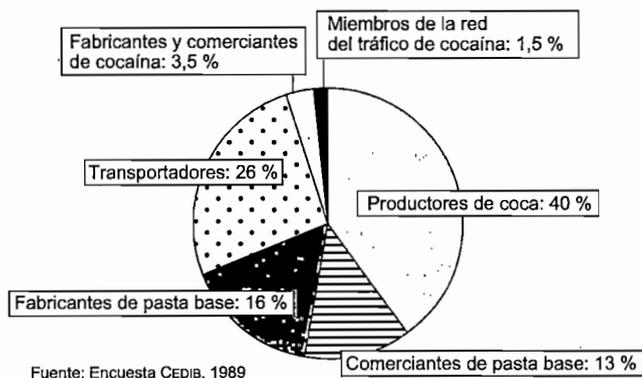
El trabajo se lleva a cabo en la noche y la realizan hombres jóvenes. En las fosas, cada trabajador pisa aproximadamente 500 a 650 libras de coca por noche. El salario es 4 a 5 veces más elevado que el de un trabajador agrícola, a pesar de haber disminuido considerablemente desde 1987 a causa del control del narcotráfico. Los jóvenes se turnan cada dos o tres horas durante la noche y ganan alrededor de 30 Bolivianos. La segunda etapa consiste en mezclar el líquido obtenido (extracto de alcaloides) con cal (las hojas exprimidas se botan). El alcaloide baja hasta el fondo del recipiente. Después de haber añadido nuevamente kerosene y ácido sulfúrico, el líquido se mezcla para que el alcaloide suba a la superficie. Al final de la operación, el kerosene puede ser recuperado para utilizarlo de nuevo y se añade carbonato de sodio para obtener una pasta gelatinosa. La filtración, que es la última etapa, permite obtener la pasta base de cocaína. De una tonelada de hojas de coca se producen 6 a 9 kg de cocaína, es decir 1 kg por 100 a 150 kg de coca (Pizarro, 1991).

El producto se vende por bolsas de un kilogramo. Los «bolleros» recolectan y transportan la pasta base. Tienen su propia organización y representan la parte más inestable de la población del Chapare, ya que están obligados a cambiar frecuentemente de lugar para escapar al control del narcotráfico. Son excelentes conocedores del terreno y de las redes de fabricación. Una pequeña parte de la producción de pasta base, que se fuma mezclándola con tabaco, se consume en el lugar mismo: se trata del pitillo que los niños de la calle de Cochabamba vendían en los años ochenta (en el Perú, el pitillo se llama kete, en Colombia basuco). Una parte de la pasta base se transforma en la región misma en sulfato de cocaína, mientras que la mayor parte de la producción se exporta hacia Colombia y Brasil.

Según los conocimientos actuales, es difícil contabilizar con exactitud el número de bolivianos involucrados en el tráfico de cocaína y menos aún su grado de implicación.

Según el CEDIB (Centro de Documentación e Información sobre Bolivia), en 1987 casi la mitad de la población flotante o «temporal» relacionada con el narcotráfico estaba conformada por los productores de coca (CEDIB, 1989; véase Gráfico 9). Por su lado, F. Aguilo (1988) estimaba en 300.000 el número de personas directamente vinculadas con la producción de coca (es decir, el 5% de la población boliviana), sabiendo que una hectárea requiere el trabajo de cinco personas y que en 1986 la superficie cultivada fue de aproximadamente 70.000 ha. Contando a los comerciantes, los transportistas, los productores de la pasta base y los vendedores, el autor calcula en 703.000 las personas que en 1986 vivían del tráfico de la coca-cocaína, lo que corresponde al 11.7% de la población boliviana.

Gráfico 9 – Actividades de la población implicada en el tráfico de cocaína



La coca: una burbuja de oxígeno en la economía nacional

Los capitales ilegales del tráfico de cocaína y los beneficios monetarios que generó la coca, amortiguaron la crisis social y económica de los años ochenta, más aún cuando graves desastres climáticos afectaron la producción agrícola en 1982-1983 (sequía en las tierras altas e inundaciones en las llanuras).

En 1989, el gobierno boliviano estimó que entre 1980 y 1987 el crecimiento acumulado del sector agrícola era del 24.6% (incluyendo la ganadería), mientras que el de la hoja de coca alcanza-

ba 253%. En el mismo periodo, la participación de la coca en el producto bruto del sector agrícola pasó del 10 al 28.5%. El valor agregado de su producción y sus derivados equivalía al 24% del PIB nacional, contra el 15% para las otras actividades agrícolas (INE, 1992). Algunos autores evalúan la proporción de la economía de la cocaína en más del 40% del PIB (Haringhaus, 1989; Quiroga, 1990; Labrousse, 1987). En 1987, el lavado de dinero ligado al tráfico de la coca-cocaína (500 millones de dólares americanos) fue ligeramente inferior al monto de las exportaciones legales (Labrousse, 1991b: 365).

Los efectos del tráfico de la cocaína contribuyen al desarrollo local, especialmente bajo el impulso de las organizaciones locales.

La economía de la coca ha favorecido la modernización de las zonas rurales, por lo menos las del Chapare. En la «zona roja» de esta región, donde domina la Confederación de Campesinos del Chapare (que agrupa a 20.000 familias), los resultados son más tangibles. Los sindicatos, que a partir de 1987 fijaron un impuesto sobre la venta de la coca, destinan una parte de este monto al financiamiento de infraestructura y de equipamiento de los pueblos: pozos, apertura de caminos, escuelas y hospitales (Labrousse, 1991b: 388).

El control del narcotráfico

El «boom» de la coca propiamente dicho siguió hasta 1983. En los siguientes años, los precios de venta de la hoja de coca y de la pasta base bajaron constantemente como consecuencia de la sobreproducción que saturó el mercado norteamericano: en los Estados Unidos, el kilogramo de clorhidrato de cocaína pasó de 60.000 dólares en 1980 a 30.000 en 1986.

La intervención norteamericana en 1986 marca el comienzo de la progresiva militarización de las regiones del Chapare por soldados norteamericanos y las tropas especializadas bolivianas de las Unidades Móviles de Patrullaje Rural (UMOPAR) comandadas por la DEA (Drug Enforcement Agency).

Desde entonces, la lucha antidroga en Bolivia ha sido dirigida por las Fuerzas Especiales de Lucha Contra el Narcotráfico (FELCN) cuya estrategia es la búsqueda del delito flagrante, seguida de la incautación y de operaciones de tipo militar. Desde marzo de 1997, las fuerzas armadas bolivianas, quienes hasta entonces sólo colaboraron logísticamente a la FELCN, participan activamente en la lucha contra el narcotráfico, tal y como lo recomendaron desde hace mucho tiempo los Estados Unidos (*Los Tiempos*, 23/3/97).

Las primeras negociaciones entre Bolivia y los Estados Unidos se iniciaron bajo el gobierno de V. P. Estenssoro (1985-1989). Algunos años después, el presidente boliviano J. P. Zamora (1989-1993) lanzó en la Cumbre de Cartagena la siguiente fórmula: «Coca por desarrollo». Estas negociaciones marcan el comienzo de los programas de cooperación internacional en Bolivia. El acuerdo bilateral firmado entre Bolivia y los Estados Unidos en mayo de 1990 supedita definitivamente la cooperación financiera a las políticas antidroga y autoriza la intervención militar de los Estados Unidos en el país. Este «Anexo» al convenio provoca una ola de resistencia entre la población y los sindicatos campesinos.

A partir de 1986, los Estados Unidos condicionan su ayuda financiera para Bolivia a la erradicación de los cultivos de coca. Estas formas de «cooperación» se traducen en la implementación de programas alternativos de desarrollo y de sustitución de la coca (Plan integral de desarrollo y sustitución del cultivo de la coca). Es la ley de julio de 1988 referida al régimen de la coca y de las sustancias sometidas a control, que establecerá el marco institucional de la lucha antidroga.

Al mismo tiempo que reconoce la legitimidad del uso tradicional de la hoja de coca, esta ley define los límites de la producción excedentaria ilícita está destinada al narcotráfico. Asimismo, establece el perímetro geográfico de esta producción ilegal: el Chapare se define como zona de producción ilícita, mientras que los Yungas (valles húmedos del Nordeste de La Paz) son reconoci-

dos como zona de producción tradicional. En estos valles crece otra variedad de coca con un rendimiento más bajo pero de mayor duración (40 años en vez de 15) y cuya producción se basa en un conocimiento muy fino de las técnicas de cultivo en terrazas y en la transmisión del conocimiento ancestral. En cambio, en el Chapare, la simplificación de las técnicas de cultivo acentúa la degradación del medio ambiente. «El cultivo de la coca pasa a manos de agricultores que degradan la técnica de cultivo al estar fuertemente ligados al narcotráfico, y de esta manera debilitan a los auténticos productores tradicionales» (Aguilo, 1987b: 37).

Con apoyo financiero de los Estados Unidos (USAID) y del Fondo de las Naciones Unidas para la Lucha contra el Abuso de Drogas (FNULAD), el gobierno boliviano, dotado de una secretaría para el desarrollo alternativo, lanza varios proyectos de sustitución de la coca, en tanto que la DIRECO maneja la erradicación de la coca excendataria. Las autoridades calculan que de 70.000 ha de coca que existen en el país en 1987, el 88% es destinado a la elaboración de cocaína (Pizarro, 1991). Los campesinos que erradican sus plantaciones de coca, reciben 2.000 dólares americanos por hectárea (de los cuales 350 provienen de USAID).

Paralelamente, el Ministerio de Agricultura (IBTA-MACA) instala fincas en el Chapare para experimentar con productos de sustitución. Asimismo, los programas de desarrollo alternativo implementados en 1988 y concluidos en 1993 se basan en la dotación de créditos financieros a los campesinos cuyas superficies erradicadas representan por lo menos el 30% de sus superficies de coca. El número de equipos sanitarios y para carreteras es proporcional a las cantidades de plantaciones de coca destruidas. Desde 1988, las Naciones Unidas participan directamente en el desarrollo del Chapare. Se implementan proyectos en el ámbito de la salud, del equipamiento carretero, del desarrollo agrícola y agroindustrial, de la ganadería lechera y de la electrificación de la región. Actualmente, la cooperación proviene de países de Europa y de Asia (Alemania, Italia, Corea, etc.).

Pese a los esfuerzos de cooperación, los organismos locales de desarrollo, los sindicatos y los campesinos consideran insuficientes los fondos concedidos a Bolivia por las instancias internacionales. Las operaciones de represión efectuadas contra los productores del Chapare, que en 1988 resultan en las masacres en Villa Tunari, los ensayos con herbicidas sobre los cultivos de coca, las pruebas de corrupción de la policía antidroga y de las tropas de intervención son además elementos que provocan la resistencia y desconfianza de los campesinos (Pizarro, 1991; Labrousse, 1991b). En 1985, la liberalización del comercio exterior y los cambios efectuados en el marco de las políticas de ajuste estructural favorecieron la circulación de la droga. Estas medidas de liberalización, impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, estaban en contradicción con las políticas de estas mismas instancias en materia de lucha antidroga (Fonseca, 1992).

Las políticas antidroga en Bolivia no han dejado de ser fuente de tensiones sociales y de fuertes protestas, y su endurecimiento a partir de 1994 ha agravado la magnitud de los conflictos. En los años ochenta, las reivindicaciones de los sindicatos campesinos fueron sobre todo ideológicas (defender la coca como herencia ancestral). A partir de 1990 han adquirido un carácter más pragmático.

Denuncian, por ejemplo, las políticas de «erradicación forzosa» sin compensación financiera. Entre 1989 y 1994, 1.700 ha de nuevas plantaciones en los Yungas y 8.260 ha en el Chapare fueron erradicadas de acuerdo a este principio (DIRECO). Otros temas de denuncia son: el desvío de los fondos internacionales, que se destinan principalmente a los salarios de funcionarios del Estado, y más recientemente la inminente expulsión de los colonos del Chapare, cuyas tierras serían “liquidadas” a empresas privadas. Entre 1994 y 1997 se sucedieron varias marchas pacíficas y huelgas de hambre para responder a los violentos enfrentamientos entre las unidades de intervención de UMOPAR y los productores de coca, que tuvieron lugar a causa de las operaciones de erradicación.

De esta manera, la resistencia campesina frente a las políticas gubernamentales y la política de los Estados Unidos que está detrás de ellas, se ha cristalizado en el tema de la violación de los derechos humanos (informe de Human Rights Watch/ Américas, mayo de 1996).

El balance de las políticas antidroga

Por lo visto, el carácter coyuntural de la economía de la cocaína impide hacer un balance cabal de la política antidroga. Además, las diferentes fuentes utilizadas presentan a menudo información contradictoria, razón por la cual el análisis es aún más delicado. Sin embargo, algunas informaciones son lo suficientemente convergentes como para intentar una evaluación de la situación del periodo comprendido entre 1985 y 1995.

Los programas de sustitución de la coca como instrumento de lucha contra la expansión del narcotráfico se han orientado principalmente hacia alternativas agroindustriales y cultivos de exportación. Según la mayoría de los expertos, el balance de los programas de sustitución es globalmente negativo. En realidad, la reconversión agrícola del Chapare tropieza con numerosos obstáculos. La búsqueda de sustitutos para el cultivo de la coca se realiza de manera aislada sin una real posibilidad de difusión en las zonas rurales del Chapare. La falta de coordinación y de homogeneidad entre los programas de desarrollo, la ausencia de un seguimiento técnico y de redes eficaces para bajar la información hasta las bases, han reducido las posibilidades reales de encontrar alternativas. Por lo demás, son numerosos los campesinos que se han lanzado en la reconversión agrícola y que no pueden enfrentar el endeudamiento. A menudo están obligados a deshacerse de su capital y de replantar coca, aún si la coyuntura no favorece su comercialización (Pizarro, 1991; Brackelaire, 1992).

Sin embargo, la principal razón del fracaso de la reconversión radica en que las ganancias generadas por los nuevos cultivos son mucho más bajas que las generadas por la coca. Según numerosos expertos, ninguna producción sería capaz de competir con los be-

neficios monetarios de la coca (Miranda, 1988; Labrousse, 1987 y 1988; Healy, 1988; Quiroga, 1985 y 1990; Brackelaire, 1988 y 1992).

En 1990, el precio de venta de 50 kg de hojas de coca fue de 75 Bolivianos, contra 20 Bs. por la misma cantidad de arroz, 14 Bs. por 100 naranjas, 34 Bs. por 720 plátanos. El cacao, el café y el té permiten ingresos superiores pero exigen cuidados particulares, considerables capacidades de inversión y un conocimiento y una lógica comercial que los campesinos quechuas o aymaras provenientes de las regiones de altura no poseen necesariamente (Labrousse, 1991b: 387). Además, estos productos son poco competitivos en el mercado mundial. Efectivamente, los créditos otorgados a los campesinos permitieron un aumento del orden de 59% de las superficies cultivadas en el Chapare, así como una diversificación de la producción y un incremento de los rendimientos (sobre todo de la piña). Sin embargo, los programas de desarrollo no han compensado las pérdidas monetarias de los campesinos que aceptaron la erradicación de sus plantaciones de coca (CIDRE/USAID, 1992).



Letrero señalando la implementación de un programa de desarrollo alternativo y de sustitución de la coca en el marco de la lucha antidroga (Villa Tunari, Chapare).

Se deben añadir algunos matices a este panorama tan negativo. Por iniciativa de organizaciones no gubernamentales se han logrado algunas experiencias de reconversión: la ganadería intensiva, los cultivos frutales, etc. La mayoría de estas ONGs han sustituido al Estado y actualmente juegan un importante papel en el desarrollo de la región (Brackelaire, 1992). Desde 1990, también las políticas públicas de reconversión parecen dar frutos.

En el Chapare, las superficies de los cultivos lícitos pasaron de 27.388 ha en 1986 a 59.078 ha en 1994, y el valor de la producción subió de 9 millones de dólares americanos en 1992-1993 a 22 millones en 1993-1994 (Clawson y Rensselaer, 1996). Según los datos del FONADAL (Fondo Nacional de Desarrollo Alternativo), las familias que en 1996 se beneficiaron de la agricultura de sustitución de la coca y de la agroindustria del Chapare serían más numerosas que aquellas que dependen de la producción de la coca y de su transformación (60.000 y 50.000, respectivamente).

La caída de los precios de la coca en 1989 y la posterior erradicación masiva pueden ser una explicación de estas tendencias. Asimismo, las acciones realizadas por el gobierno y por USAID (mejoramiento de las condiciones de transporte y de las variedades de productos, apertura de los mercados en La Paz y Buenos Aires) han podido contribuir a la subida de los precios de venta de los cultivos legales. Sin embargo, el desarrollo alternativo no ha impedido que las superficies ilegales aumenten. Todo indica que la sustitución tuvo lugar a otro nivel: nuevos productores de coca han reemplazado a aquellos que decidieron dedicarse a los cultivos legales.

El relativo fracaso de los programas de desarrollo alternativo ha alimentado la resistencia campesina frente a la erradicación de la coca, que la presión de los narcotraficantes y de los sindicatos cocaleros ya había estimulado fuertemente. Los campesinos del Chapare no solamente consideran poco viables e infundados los programas de sustitución, sino que ponen en duda la buena voluntad de las autoridades públicas

(sobre todo las norteamericanas) de hacer efectivas sus promesas de equipamiento y de desarrollo de la infraestructura. El desaliento frente a la ineficacia de los programas de intervención (el dinero desembolsado por los Estados Unidos en 1990 ha sido utilizado en gran parte en los pagos atrasados de la deuda externa) y el deterioro de las condiciones de vida de los campesinos son factores que favorecen la resistencia de estos últimos. Abundan los testimonios de los campesinos de Pampa Churigua en este sentido:

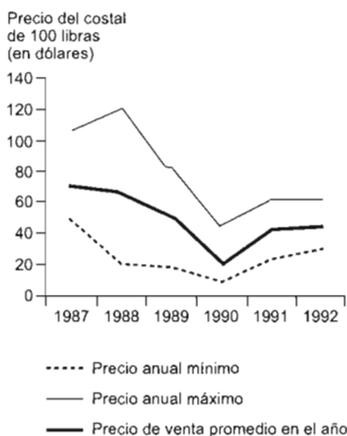
«El año pasado he erradicado una hectárea y media de coca. Los americanos que controlan el Chapare nos prometieron escuelas y carreteras. Ahora ya no queremos esperar, no nos llega nada. Nos dijeron que podíamos tener otros cultivos como la piña o el limón. Pero no podemos transportar nuestros productos, se pudren en el lugar mismo. No se pueden vender a buen precio. ¿Qué voy a hacer ahora que he erradicado mi coca? Ya no hay que erradicar nada» (Paulino G., Pampa Churigua).

Los planes de intervención preveían inicialmente la erradicación de una superficie de 50.000 ha de coca a un ritmo de 5.000 ha por año. Desde 1987, los colonos, que estaban confrontados con la baja de los precios de la coca y con la saturación del mercado, fueron obligados a aceptar las proposiciones de erradicación del gobierno (Gráfico 10).

El descenso de los precios fue constante hasta 1990. En los siguientes años, los precios de venta indicaron un leve incremento (1991-1992), aunque quedaron inferiores a los de 1987. Sin embargo, esta recuperación fue efímera, ya que a finales de 1993 la bolsa se vendió en 57 dólares americanos. En septiembre de 1994, el precio era de 15 dólares (*La Dépêche Internationale des Drogues*, No. 35).

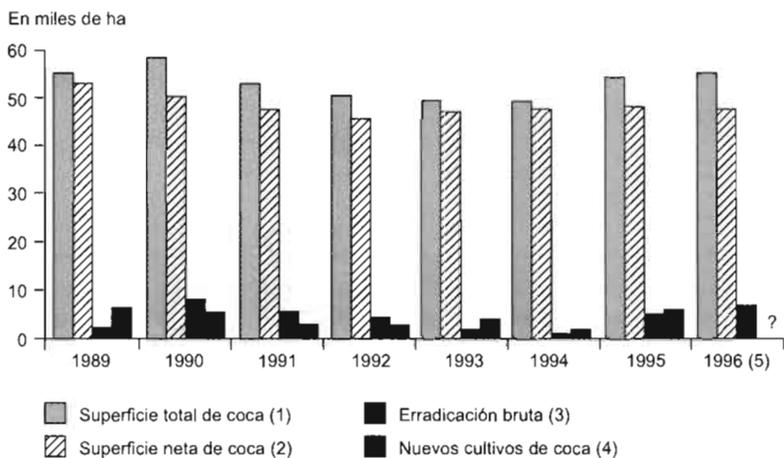
Los programas de erradicación dieron resultados efectivos únicamente a partir de 1990 (Gráfico 11).

Gráfico 10 – Precio de venta de la coca entre 1987 y 1992



Fuente: DIRECO, Secretaría de Desarrollo Alternativo
 No pudiendo disponer de fuentes estadísticas para los años 1992-1993, los datos se obtuvieron de nuestro estudio

Gráfico 11 – Evolución de los cultivos de coca en Bolivia, 1989-1996



Fuente: USAID-Bolivia, 1995; DIRECO, 1996; Informe de "certificación" americano, 1996
 (1) Datos de USAID-Bolivia de 1989 a 1995; datos del Informe de "certificación" americano para el año 1996.
 (2) Información aerofotogramétrica americana.
 (3) Según los datos de la DIRECO que incluyen la coca "nueva" erradicada.
 (4) Diferencia entre la superficie total de coca y la superficie neta de coca cultivada el año anterior.
 (5) Datos de la DIRECO respecto a las superficies erradicadas y del Informe de "certificación" del Departamento americano referente a las superficies de coca

La ofensiva lanzada contra el cartel de Medellín en 1989 en Colombia, que condujo a la disolución de la red de Pablo Escobar, provocó una fuerte caída de los precios de la coca y por lo tanto una momentánea venta inferior de la producción. Dado que los productores campesinos se retiraron masivamente del mercado, el gobierno logró erradicar 7.000 ha (Labrousse, 1991b). En los años siguientes, se continuó con la erradicación aunque con una baja constante, para subir de nuevo fuertemente en 1995. En esta fecha, el gobierno boliviano endureció su política implementando un sistema de «certificación» (especie de certificado de buena conducta que se entrega a los países comprometidos con la lucha antidroga y que condiciona la ayuda financiera). Los programas de erradicación se volvieron entonces más ambiciosos ya que las autoridades se propusieron la «opción cero», es decir la erradicación total de la coca ilegal en un plazo de diez años.

En la lucha por las cifras que se libra el gobierno boliviano con el gobierno norteamericano, parece ser difícil hacer un balance claro de los programas de erradicación para el periodo 1989-1995. Sin embargo, parece que en 1995, la superficie de coca ilegal en el Chapare ha sido equivalente a la de 1988 (alrededor de 30.000 ha) y que la erradicación ha sido neutralizada por las nuevas plantaciones.

Vulnerabilidad del cocalero

Entre la población boliviana que participa en la economía de la coca-cocaína, el productor de coca es el más vulnerable. Desde los años ochenta, los niveles de ingreso de los campesinos no han dejado de bajar.

En 1978, el ingreso anual promedio de un cocalero en el Chapare era de 1.000 a 1.500 dólares americanos (Delaine, 1979: 106). A partir de 1982, los beneficios generados por una hectárea de coca fueron considerables. ¡Pudieron alcanzar hasta 20.000 dólares americanos! (Blanes y Flores, 1983 y 1984). Diez años más tarde, la mayoría de los estudios indican un ingreso anual comprendido entre los 1.000 y 2.000 dólares por una hec-

tárea de coca en producción (INE, 1992; CEDIB, 1989; Pizarro, 1991; Caro *et al.*, 1992).

Las encuestas realizadas en Pampa Churigua durante la campaña agrícola de 1992-1993 muestran que el ingreso anual por familia varía entre 1.220 y 1.380 dólares por media hectárea de coca cultivada. Traducido a una hectárea, estos ingresos serían superiores a los de 1989, fecha en la cual los precios de venta alcanzaron su nivel más bajo. Sin embargo, como consecuencia del proceso de erradicación, los campesinos cultivaron una superficie menor. De esta manera, los niveles de ingreso disminuyeron.

La vulnerabilidad del productor de coca está relacionada, además, con la extrema fluctuación de los precios de venta dentro de periodos cortos. Los precios de la coca varían de una semana a la otra, a veces de una hora a la otra. En el año 1989, por ejemplo, las fluctuaciones del precio de la carga de coca fueron del orden de 50% a 80% (Quiroga, 1990; Pizarro, 1990).

«El problema con la coca es que no podemos prever el precio de la carga de una cosecha a la otra. Es cuestión de suerte. Un día que los precios están a 250 Bolivianos, la cosecha puede bajar, como ocurre actualmente. Pero el mismo día pueden bajar a menos de 80 Bolivianos o subir hasta 500 Bolivianos. Todo depende de los compradores» (Nicolasa G., octubre de 1993, Pampa Churigua).

Pese a un mercado poco favorable, la dependencia de los campesinos frente a los ingresos generados por la venta de coca ha incrementado. Dicho de otra forma, la disminución de los precios de la coca, el control del narcotráfico y las políticas de erradicación no han motivado a los campesinos a dirigirse hacia otras actividades, aunque sus niveles de ingreso y sus condiciones de vida se han deteriorado.

En 1975, los ingresos generados por la coca representan el 50% de los recursos monetarios familiares, en 1980 el 60% (Pizarro, 1990) y en 1989 más del 80% (Pizarro, 1991). En Pampa Churigua, 72% a 80% de los recursos monetarios familiares provienen de la venta de coca.

Los migrantes recientemente instalados en el Chapare que practican el monocultivo de la coca, han sido especialmente perjudicados. La baja de los precios de la coca les ha obligado a seguir las consignas de la erradicación para dedicar una parte de sus tierras a la subsistencia familiar. En cambio, los antiguos productores que tienen una superficie mayor de tierras, no han respondido a los estímulos para la erradicación, ya que la diversificación de su producción les aseguraba otras fuentes de ingreso (Pizarro, 1991; Pérez, 1992). Estas desigualdades socioeconómicas en el Chapare provocan fuertes tensiones sociales en las comunidades de migrantes. Los responsables de los sindicatos de productores rechazan y marginan a las familias que aceptan la erradicación (Pizarro, *op. cit.*: 62).

Los flujos de migración hacia el Chapare

En Bolivia, la lucha contra el narcotráfico ha modificado profundamente el papel que juega el Chapare en las lógicas campesinas. En los años ochenta, los migrantes rurales (pero también urbanos) veían en él una oportunidad real de mejorar sus ingresos, y los flujos migratorios tuvieron una considerable magnitud. En los años noventa, la situación es diferente. Si bien el Chapare sigue siendo un polo de atracción para los bolivianos, la migración también adquiere un carácter más temporal y más ambiguo. Los procesos observados en Pampa Churigua son reveladores de estos cambios.

Los migrantes de Pampa Churigua

En los años setenta, las familias de Pampa Churigua se beneficiaron de los programas de colonización agrícola en las tierras bajas y a partir de 1980, muchos apostaron a la producción casi exclusiva de la coca. Desde 1990, numerosos migrantes retornan para vivir en su comunidad, pero sin abandonar el Chapare. No solamente se ha mantenido la migración temporal, sino que la mayoría de las familias tratan de comprar tierras en esta región.

Según nuestras encuestas, el 73% de los hogares tienen por lo menos un miembro que migra regularmente hacia estas zonas (Cuadro 2). Entre las familias de migrantes, el 56% son colonos, es decir campesinos que poseen tierras en el Chapare (entre 5 y 10 ha). Los otros salen a trabajar temporalmente como trabajadores agrícolas.

Cuadro 2 – Los migrantes de Pampa Churigua en el Chapare

Tipo de migración	Número de familias	% del total de familias
Colonos	35	41
Trabajadores agrícolas	27	32
No migrantes	23	27
Total	85	100

Fuente: Censo propio, abril de 1992 (muestra de 85 familias)

Sin embargo, estos datos no toman en cuenta la migración pasada de las familias. Un jefe de familia que no migraba en el momento de la encuesta, quizás haya trabajado en las tierras del Chapare en ciertos periodos de su vida, especialmente durante el «boom» de la coca. En cualquier momento puede decidir volver a trabajar en las tierras bajas.

Evolución de los flujos migratorios a nivel nacional

El cálculo de los flujos migratorios hacia el Chapare tropieza con ciertas dificultades metodológicas. Aunque es posible calcular con mayor o menor precisión el número de productores de coca basándose en las superficies cultivadas, la operación se vuelve más difícil cuando se trata de evaluar la población flotante de los intermediarios (comerciantes, pisadores, etc.). Además, los datos estadísticos oficiales a nuestra disposición han salido de los censos de 1976 y 1992. Éstos omiten a la población migrante de la época del «boom» de la coca que luego retornó a sus tierras de origen.

En 1992, la población del Chapare es de 121.000 personas (INE, 1993a), lo que corresponde al 10% de la población departamental, contra el 7.5% en 1900. Por lo tanto, a largo plazo no hubo una

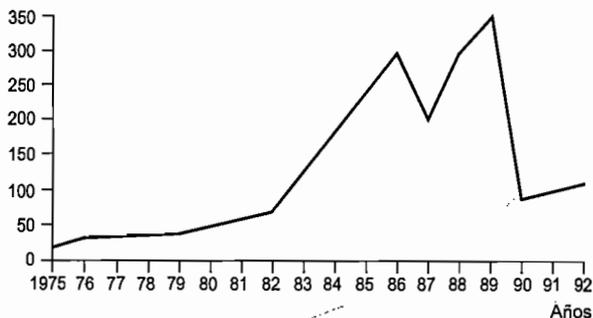
«explosión» demográfica. Sin embargo, entre 1976 y 1992, entre las provincias del departamento de Cochabamba el Chapare ha tenido la tasa de crecimiento más alta (4.7%), incluyendo las provincias en las que se encuentran los principales centros urbanos (INE, 1993a).

Es evidente que las fases de colonización del Chapare corresponden a periodos en los que el contexto internacional del tráfico de la cocaína era favorable a la producción de la coca. El «boom» demográfico tuvo lugar a partir de 1982 y se prolongó hasta 1989 (Gráfico 12). A partir de esta fecha, no solamente disminuyeron los flujos de migración sino que numerosos antiguos migrantes retornaron a sus regiones en las tierras altas.

C. Pérez (1992) constata, por ejemplo, que el número de comerciantes intermediarios de coca de Ivirgazama, una de las principales localidades urbanas del Chapare, pasó de 300 en 1985 a 100 en 1990. A. R. Pizarro, por su parte, se ha servido de otro indicador, el de la venta de camiones. En 1986-1987, el Chapare captó más del 80% de las ventas efectuadas en el departamento, contra tan sólo 45% en 1989. Asimismo, el consumo alimentario en el Chapare ha bajado considerablemente en el transcurso de este periodo (Pizarro, 1991: 48-51).

Gráfico 12 – Evolución de la población del Chapare (1975-1992)

Número de residentes definitivos o temporales (en miles)



Fuente: Estimación promedio por año a partir de:
 INC, 1975; INE, 1976; Prodes, 1979; WEIL, 1983; BLANES y FLORES, 1983;
 AGUILO, 1987 b; CIDRE, 1988; BRACKELAIRE, 1988; QUIROGA, 1990;
 PEREZ, 1992; PIZARRO, 1991; INE, 1992

¿Migraciones temporales?

Si se la considera a largo plazo, la expansión del narcotráfico no ha provocado un boom demográfico en el Chapare, sino más bien una transferencia de actividad de la población que ya es residente de la zona.

En realidad, la mayor parte de los flujos hacia el Chapare ha involucrado a una población flotante no residente, cuyo número evidentemente es difícil de evaluar.

Las informaciones de la DIRECO indican que en el periodo 1975-1979, la población «permanente» (o residente) representó solamente el 20% del total de migrantes. En el momento del boom de la coca, entre 1980 y 1985, esta proporción pasó al 42%, luego, entre 1985 y 1989, el periodo de control del narcotráfico, al 7%.

De esta manera, los flujos migratorios hacia el Chapare se caracterizan por una extrema reversibilidad que está íntimamente relacionada con la coyuntura nacional e internacional de la economía de la coca. Más que de migraciones temporales o permanentes, sería pertinente hablar de «movilidad flotante», dado que los fenómenos se pueden invertir según los periodos que se consideren. Esta movilidad concierne principalmente a movimientos interprovinciales de población que viene justamente de las zonas altas del mismo departamento (Blanes y Flores, 1984).

La migración internacional desde los valles

En los pueblos de los fondos de valle, en Santa Rosa y Arbieta, los campesinos desarrollan estrategias económicas que son de una naturaleza totalmente distinta pues migran exclusivamente hacia el extranjero. Estos flujos migratorios mucho más antiguos que los que se dirigen hacia el Chapare, son el resultado de las disparidades socioeconómicas que entran en juego a nivel internacional. Bolivia, uno de los países más pobres, soporta la atracción de los polos dominantes del Cono Sur, pero también de los países del Norte.

La importancia de la migración hacia el extranjero

A pesar de que la región de Cochabamba es conocida por ser un centro de migración hacia el extranjero particularmente importante, no se trata de un fenómeno aislado. Desde hace muchos años, la migración internacional involucra al conjunto de Bolivia, tanto a la población urbana como rural.

La emigración boliviana

En Bolivia, la historia de las migraciones se remonta a principios del siglo XX, bastante antes de la Revolución y la Reforma Agraria de 1953.

En un estudio sobre las transformaciones agrarias en la región de Cochabamba entre el siglo XVI y el siglo XX, B. Larson (1992) muestra cómo la crisis de las minas de plata a finales del siglo XIX se tradujo en una fragmentación del sistema económico y de las estructuras de producción agrícola. Esta fragmentación, a la cual se añade una fuerte presión demográfica, «hizo surgir a un grupo de trabajadores excedentes que no encontraban ningún refugio de subsistencia segura en la región» (Larson, *op. cit.*: 379-80). Se vieron obligados a migrar hacia otras regiones: sea hacia las minas del Altiplano, sea hacia las zonas de extracción de nitrato en las regiones litorales del Norte chileno (desierto de Atacama). Poco antes de la primera guerra mundial, esta población campesina regresó a su país. Gran parte de ella se dirigió hacia las minas de estaño del Altiplano, cuya expansión coincidió con el declive de las minas de nitrato chilenas.

Por primera vez, las fuerzas de atracción interregionales de estas regiones andinas se invierten. Los valles de Cochabamba, que primero fueron el refugio tradicional de los campesinos del Altiplano frente al colonialismo español y que a finales del siglo XIX se constituyeron en grandes exportadores de cereales, a principios del siglo siguiente se convirtieron en una región «exportadora de gente».

La migración contemporánea de los bolivianos hacia el extranjero sigue siendo un tema poco abordado, con mayor razón en el ámbito rural. Numerosos estudios revelan la importancia actual de estos flujos migratorios, pero de manera puntual y anexa. Según nuestros conocimientos, son raros los autores que han tratado específicamente este tema (Rapado, 1982).

Los estudios sobre la migración de bolivianos hacia los países limítrofes son más frecuentes. Los que tratan de la inserción de los bolivianos en Argentina son relativamente numerosos (De Marco, 1986; Foucher, 1987; Balan, 1990; Celton, 1995), más raros son los que analizan los espacios de origen de los migrantes (Anderson, 1981; Dandler y Medeiros, 1985). En cambio, no existe ningún documento específico que se dedique a la migración boliviana hacia otros países (especialmente los Estados Unidos).

Aunque proporciona datos subevaluados, el censo nacional de población de 1976 contabiliza 250.000 personas en el extranjero, es decir cerca del 4% de la población total. Unos quince años más tarde, la proporción ha subido: el 6% de la población total del país reside en el extranjero, es decir 383.400 personas (INE, 1992). Los valles de Cochabamba serían la región más afectada por el crecimiento de la migración internacional, confirmando así la reputación de los cochabambinos como grandes viajeros. Sin embargo, esta migración hacia el extranjero no involucra solamente a la población urbana, pues el 35% de los migrantes provienen del campo.

Santa Rosa y Arbieta: ¿pueblos abandonados?

En Santa Rosa y Arbieta, la primera impresión que se tiene es que nadie vive allí. Silenciosos y desiertos, los pueblos parecen abandonados. Y con razón, porque cerca de un tercio de la población vive en el extranjero.

Nuestra encuesta, que fue realizada en febrero de 1993 ante los dirigentes de las comunidades, permitió estimar el flujo de emigración. La fiabilidad de los resultados se basa en el hecho

que la población del pueblo se reúne cada mes para proceder a la deducción de diversos impuestos comunitarios. El "control" de cada familia permite a los dirigentes conocer con precisión la movilidad de los miembros del pueblo.

De un total de 1.900 personas inscritas en el registro comunal de Arbieta, 1.042 residían fuera de la ciudad, es decir el 54% de la población total. Entre los ausentes, el 74% emigraron hacia el extranjero, o sea el 40% de la población total. Los otros, migrantes "internos", partieron en su mayoría a Cochabamba. En Santa Rosa, la migración internacional es ligeramente menos marcada (33% de los ausentes, es decir 274 personas de 820).

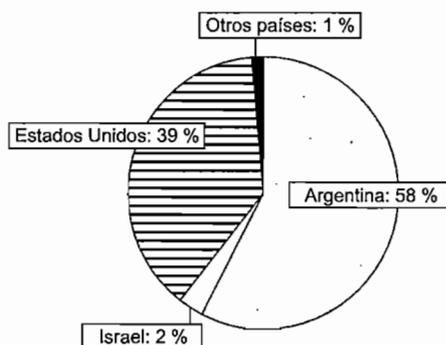
De la tradición a la innovación migratoria

La migración internacional desde los valles de Cochabamba se inscribe en una tradición nacional de más de cincuenta años. Sin embargo, al igual que en el continente latinoamericano, el contexto global de los años ochenta a noventa ha dado lugar a nuevas trayectorias migratorias (Lattes y Recchini de Lattes, 1991; Pellegrino, 1992; Marmora, 1992). Los pueblos de Santa Rosa y Arbieta son representativos de esta evolución.

Los destinos de los migrantes de los valles

Para la población de Santa Rosa y Arbieta, Argentina sigue siendo el lugar de migración privilegiado. Según nuestras encuestas, una mayoría de emigrantes se traslada a este país (Gráfico 13). La mayor parte trabaja en Buenos Aires, mientras que una pequeña minoría migra hacia otras regiones de Argentina, incluso hacia Tierra de Fuego. Algunos pocos migrantes se dirigen al Brasil; esta migración está vinculada a relaciones familiares ventajosas. Los Estados Unidos representan el segundo destino por orden de importancia. Los migrantes se instalan en Miami y en menor medida en Washington. Israel y Japón son el tercer lugar de destino, aunque con una frecuencia mucho menor.

**Gráfico 13 – Destino de los migrantes de Santa Rosa y Arbieta
(del total de migrantes hacia el extranjero)**



Fuente: Censo propio (febrero, 1993)

Las encuestas del CIDRE, realizadas en 1989, muestran proporciones superiores respecto a la migración hacia Argentina (Deheza, 1991). En una quincena de pueblos del Valle Alto, este país es el lugar de migración «habitual» del 70% de los migrantes, mientras que solamente el 5% se dirigen a los Estados Unidos y 1% hacia otros países (entre los cuales Israel). Sin embargo, si se compara estos datos con otro aspecto de este mismo estudio, se puede constatar que Argentina pierde su importancia relativa. El día de la encuesta, el 43% de los jefes de familia migrantes residían en este país, contra el 30% en los Estados Unidos y el 3% en Israel. Estos resultados, que están muy cercanos a los nuestros, confirman la emergencia reciente de migraciones hacia los Estados Unidos e Israel.

Un antiguo polo de atracción: Argentina

Desde principios del siglo XX, Argentina constituye un importante polo de atracción para la población boliviana. J. R. Rapado (1982) distingue tres fases de migración. La primera, de 1914 a 1947, se caracteriza por flujos de tipo campo-campo hacia los departamentos limítrofes de Salta y Jujuy, y las regiones más alejadas de Tucumán o Mendoza. Estos movimientos se mantienen durante el segundo periodo, de 1947 a 1969, mien-

tras comienza a dibujarse una corriente hacia la ciudad de Buenos Aires. A partir de 1960, los flujos se generalizan hacia la capital argentina.

Durante la primera fase, el desarrollo de la agricultura tropical de exportación en las regiones del Norte de Argentina atrae a los bolivianos; a partir de los años cincuenta, la mano de obra argentina, que es escasa, se sindicaliza y se vuelve demasiado exigente, según el punto de vista de los propietarios de las plantaciones. Entonces, los contratistas (también llamados «negreros») reclutan masivamente a mano de obra boliviana, que es más dócil y menos costosa, asegurando ellos mismos el transporte de los trabajadores por vía férrea (Foucher, 1987; Reboratti, 1988). Simultáneamente, en Bolivia la crisis de los sistemas agrarios y los trastornos provocados por la Reforma Agraria de 1953 provocan la expulsión de los campesinos hacia las regiones fronterizas.

La población migrante proviene principalmente del departamento de Potosí (Nor y Sud Chichas), de Tarija y Chuquisaca, y, en menor medida, de los valles de Cochabamba (Foucher, 1987). Durante este periodo, la migración temporal de los bolivianos hacia Salta, Jujuy y Tucumán sigue un ritmo estacional en función a las oportunidades de trabajo en las grandes plantaciones de estas regiones. El desplazamiento de los trabajadores temporales obedece a un itinerario anual circular que empieza en las plantaciones de caña de azúcar y de tabaco de Jujuy y Salta (entre mayo y octubre), para seguir hacia la región de las viñas de Mendoza y de plantaciones frutales de Cuyo, para finalmente volver al Norte.

A partir de los años sesenta, los flujos hacia Argentina cambian de naturaleza y de dirección. La mecanización de los sistemas de cultivo en las regiones agrícolas del Norte de Argentina y la creciente demanda de mano de obra en el sector de la construcción en Buenos Aires incitan a los bolivianos a dirigirse hacia la capital, optando por una migración de carácter más definitivo.

En 1960, el 14% de los migrantes bolivianos se encuentra en Buenos Aires. En 1970, esta proporción pasa al 36.6% (Rapado, 1982). Además se produce un cambio en el sector de actividades. Según una encuesta del Ministerio del Trabajo argentino, el 66% de los bolivianos que en 1974 residen en Buenos Aires, trabajan en el sector artesanal e industrial (41% como obreros en la construcción). Finalmente, aunque la migración temporal hacia el Norte argentino involucraba principalmente a la población rural de la región de Potosí o del Sur del país, la que se dirige hacia Buenos Aires proviene principalmente de la región de Cochabamba. Es lo que indican la mayoría de los estudios realizados en 1975 en las «villas de emergencia» de la capital (Mugarza, 1985; Ardaya, 1978).

La evolución de la migración boliviana hacia Argentina en la segunda mitad del siglo XX está vinculada a dos factores combinados: la actitud de los gobiernos argentinos en materia de inmigración y la coyuntura económica y política de Bolivia.

En las políticas y legislaciones argentinas en materia de inmigración se han sucedido dos etapas (Sassone, 1987). Desde finales del siglo XIX, el gobierno, en búsqueda de mano de obra agrícola e industrial, abre la puerta a la población extranjera. De esta manera, Argentina adopta una política de «laissez faire».

Entre 1940 y 1966 se adopta una serie de leyes y decretos, con el fin de controlar la inmigración ilegal que se acelera a partir de 1930. Se establecen normas para la inmigración, pero no se prevé ninguna medida para frenar realmente la inmigración clandestina o mejorar las condicio-



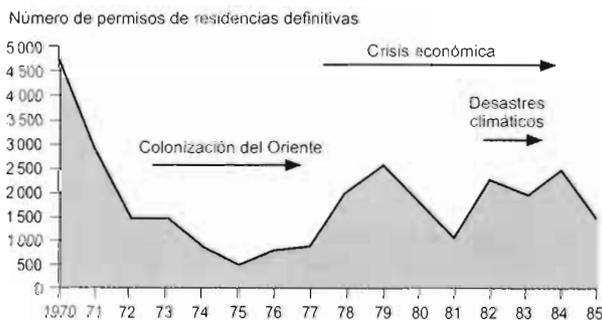
Sede de la FIDEBOL (Federación Integrada de Entidades Bolivianas), una de las dos federaciones de migrantes bolivianos en Buenos Aires, localizada en el barrio de Nueva Pompeya en el Sur de la ciudad.

nes de trabajo de los migrantes. La actitud ambivalente del Estado argentino que refleja posiciones divergentes frente a la inmigración boliviana, beneficia a las empresas que abusan de la situación ilegal de los trabajadores (Rapado, 1989).

Hacia finales de los años sesenta, los gobiernos argentinos comienzan a alarmarse por la presencia extranjera en las zonas fronterizas del país, donde casi el 60% de los inmigrantes están en situación ilegal. Consiguientemente se implementan medidas de regularización y de control de los flujos clandestinos (operación «inmigración clandestina» de 1967, leyes de 1974 y de 1981). Las políticas de reglamentación de la inmigración, con acciones específicas y diferentes cada vez, realizadas por los gobiernos democráticos, se han traducido en cinco decretos de amnistía, de los cuales uno data de 1992.

Las coyunturas económicas y políticas bolivianas determinan igualmente la evolución de los flujos de emigración. A partir de los años setenta, la colonización agrícola del Oriente contribuye probablemente a la reducción de la migración hacia Argentina (Gráfico 14). Entre 1977 y 1985, periodo que corresponde a la crisis económica boliviana y a desastres climáticos, la migración retoma vigorosamente. Es difícil decir si el boom de la coca, que data de la misma época, ha restringido la migración. En cambio, el año 1984 se caracteriza por un importante incremento de inmigrantes en el territorio argentino debido a la democratización del país.

Gráfico 14 – Migración de los bolivianos hacia Argentina entre 1970 y 1985



Fuente: Dirección nacional de migración de Argentina (G.M. DE MARCO, 1986).

Según la Dirección Nacional de Migración, el número de bolivianos que entraron a Argentina en 1984 fue de aproximadamente 18.700 personas, contra algo menos de 3.100 en 1991 (Russo, 1993). Sin duda, el contexto de finales de los años ochenta en Bolivia (Nueva Política Económica e intervención norteamericana contra el tráfico de la cocaína) ha provocado nuevas salidas. El decreto de amnistía de noviembre de 1992 permitió a 96.000 bolivianos obtener el derecho a la residencia, lo que corresponde al 60% del total de extranjeros legalizados (Russo, *op. cit.*). Esta proporción refleja la continuación de la migración boliviana hacia Argentina.

Nuevos polos de atracción: Estados Unidos, Israel y Japón

La migración desde Santa Rosa y Arbieta hacia Argentina se explica por la proximidad y la similitud cultural de este país económicamente más avanzado. En cambio, las corrientes migratorias hacia los Estados Unidos y sobre todo hacia Israel o también el Japón son más sorprendentes.

A principios de los años ochenta, la reducción del mercado de trabajo, que se debe a la grave crisis por la que atraviesa Argentina, y la apertura de nuevos países en el contexto de la mundialización de los intercambios contribuyeron a esta ampliación de los horizontes de la migración. A partir de finales de los años sesenta, la migración hacia los Estados Unidos ha experimentado un cambio radical en estas procedencias, con un predominio aplastante de los originarios del Tercer Mundo y en particular del continente latinoamericano (Larivière, 1988; Body-Gendrot, 1991; Miller, 1990 y 1991). En el espacio sudamericano, el fenómeno migratorio hacia los Estados Unidos se desarrolla progresivamente (Bolivia, Colombia, Perú, Ecuador, etc.).

Entre 1976 y 1989, el número de permisos de residencia acordados a los bolivianos pasa de 520 a cerca de 13.000 por año. Tan sólo en el año 1989, aproximadamente 90.000 bolivianos fueron admitidos en el territorio norteamericano como obreros temporales (*Statistical Abstract of Latin America*, 1992).

Hasta los años ochenta, la migración boliviana hacia el continente norteamericano involucró principalmente a población urbana calificada (médicos, técnicos superiores e ingenieros) o también a estudiantes (Rapado, 1982). Actualmente, la migración hacia este país ya no involucra solamente a una élite localizada en los centros urbanos. Si bien la población calificada continúa saliendo del país (Ledo, 1991), a partir de este momento la migración se extiende hacia los estratos urbanos y rurales menos instruidos (desempleados de las ciudades, pequeños comerciantes y campesinos). Esta gente, que se beneficia del contacto con algún pariente que ya es residente (a menudo un estudiante), sale clandestinamente del país y después de cierto tiempo logra legalizar su situación en los Estados Unidos.

En 1980, el 10% de los migrantes bolivianos se encuentran en los Estados Unidos contra el 73% en Argentina (Ledo, 1991). En 1988, de un total de migrantes que han regresado a Cochabamba después de una primera experiencia migratoria en el extranjero, el 31% proviene de los Estados Unidos, contra el 66% que retorna de Argentina (Ledo, *op. cit.*).

En los pueblos de Santa Rosa y de Arbieto, la emergencia de la migración a los Estados Unidos data igualmente de los años 1975-1980.

«Yo soy el primero en la comunidad que se fue a Estados Unidos. Tenía 24 años y no estaba todavía casado. En 1954, después de haber pasado dos años en Argentina, he salido por 7 meses a Los Angeles. Poco a poco, también la gente de la comunidad ha salido, sobre todo a partir de 1975» (Ulisses A., Santa Rosa).

La política norteamericana de inmigración ha contribuido fuertemente al incremento de las salidas hacia los Estados Unidos. La enmienda de 1966 respecto al acercamiento familiar autoriza la entrega de visas a los parientes de los extranjeros que residen oficialmente en territorio norteamericano. La regularización de los trabajadores clandestinos que fue decidida por el gobierno

norteamericano en 1986 (tres millones de personas legalizadas) permitió a los antiguos migrantes de Santa Rosa y de Arbieta obtener el derecho a la residencia. De esta forma, sus parientes directos (hermanos e hijos) obtuvieron una visa de entrada según el principio del acercamiento familiar, cuya duración ha sido prolongada por las enmiendas de 1990 (Miller, 1990 y 1991).

La búsqueda de nuevos destinos no se limita a los Estados Unidos. La migración hacia Israel es mucho más reciente, ya que la primera salida declarada data de 1987. En algunos pueblos vecinos, las primeras salidas fueron, no obstante, anteriores.

«En 1986, he salido a trabajar con un amigo a Australia. Nos habían dicho que una empresa contrataba en la construcción. En realidad, los contactos eran malos. Tuvimos que volver después de tres días. Al año siguiente, un amigo de Cliza me ha aconsejado que vaya a Israel afirmando que alguien había encontrado trabajo allá y que podía encontrar un lugar para mí. Entonces me fui por dos años. Mi hija me ha alcanzado un año después. Le había encontrado un puesto de empleada doméstica. Cuando he vuelto, otros se han ido porque veían el dinero que gané» (Tomás E., Santa Rosa).

Desde principios de los años noventa, las salidas hacia Israel son cada vez más numerosas (en 1992, por lo menos veinte personas de los dos pueblos residen en este país).

«Al principio se tomaba a los que se fueron a Israel por embrujados. A sus mujeres que se quedaron en el pueblo se les pedía novedades; según ellas, tenían un buen puesto. Pero no les creían. Después de cierto tiempo, algunos han vuelto con plata. Entonces ahora la gente se va cada vez más e incluso mandan a sus hijos. Es mejor ir a Estados Unidos, es más fácil. Pero es cada vez más difícil encontrar trabajo allá, las empresas no contratan como antes» (Mujer de un migrante, Arbieta).

¿Cómo se explican estas salidas hacia Israel? Ni la proximidad geográfica, ni las facilidades administrativas favorecen *a priori* la migración hacia Tel Aviv. Según nuestro conocimiento,

no existe ningún lazo histórico entre Israel y Bolivia. ¿La reciente expansión de la migración hacia este país está ligada a la presencia de una comunidad israelita en Bolivia o en Argentina? Y si es el caso, ¿cómo se han podido establecer contactos entre los pueblos del Valle Alto y esta comunidad? ¿Esta migración es coyuntural, en cuyo caso se podría atenuarse a largo plazo?

Los migrantes mismos no saben dar una explicación precisa del fenómeno ya que se sitúan al «final de la cadena» del proceso de transmisión de información; la transmisión oral, el rumor, las relaciones vagas y difícilmente identificables constituyen la base de la innovación migratoria. Habría que poder volver al origen mismo de la cadena de relaciones en el momento en que se perfila una nueva trayectoria migratoria.

Para los migrantes de Arbieto y de Santa Rosa, también el Japón es un nuevo país de destino: «En el transcurso de los últimos años, el número de trabajadores clandestinos en el Japón no ha dejado de aumentar respondiendo a la demanda de mano de obra en el sector de la construcción y de los trabajos públicos» (Chourak, 1990: 39).

«Yo creo poder partir a Tokio en los próximos meses. Somos varios que nos vamos. Un amigo de Santa Cruz me asegura que es posible encontrar un trabajo en la construcción allá. Algunos ya están y dicen ganar 3.500 dólares americanos por mes. Por supuesto, la vida es muy cara, mucho más que en Estados Unidos. Pero calculando todos los gastos, se pueden ahorrar 1.500 dólares por mes. Todo está prácticamente listo. En Santa Cruz hice hacer un pasaporte con un nombre japonés y ya he comprado mi boleto. Mi amigo de Santa Cruz me ha dicho que los empleadores japoneses vienen personalmente a esperarnos en el aeropuerto. El único problema que se plantea es pasar por la aduana. Me han dicho que no hay que hablar sino simplemente mostrar los papeles. Los otros lo han hecho así y han podido entrar al país» (Tomás E., Santa Rosa).

¿La migración hacia el Japón, que es más frecuente en otros pueblos del Valle Alto, se ampliará o seguirá siendo un fenómeno marginal? La presencia de colonias japonesas que están

instaladas en las regiones bajas del Oriente, genera sin duda redes de relación capaces de inducir nuevos flujos migratorios. Por lo demás, las políticas de inmigración de Japón pueden favorecer la expansión del proceso.

En 1990, el gobierno alivia las condiciones de inmigración legalizando la situación de los extranjeros de origen japonés, los únicos trabajadores no cualificados que están autorizados en el archipiélago (Chourak, 1992; Tajima, 1995). Intermediarios bien informados aprovechan estas nuevas políticas para falsificar los pasaportes de posibles inmigrantes, dándoles un nombre japonés. De un total de 1.6 millones de personas de origen japonés que viven en el extranjero, 1.3 millones residen en América Latina.

Así, el cambio de dirección de los flujos migratorios es el resultado de múltiples factores combinados. En los lugares de salida, la población tiene un conocimiento empírico de las condiciones de inmigración y de los modos de inserción en los países receptores (mercado de trabajo, cambio de la moneda, condiciones administrativas, políticas de inmigración, salarios, etc.). Sin embargo, este conocimiento es incompleto: la salida siempre supone que el migrante tome considerables riesgos. La iniciativa de una o varias personas que están bien integradas en la red de relaciones a nivel regional, es el origen de las nuevas perspectivas migratorias. De tal manera que los más "aventurados" frecuentemente originan la innovación migratoria. No obstante, el llamamiento viene también del extranjero, ya que los agentes de reclutamiento son enviados por las empresas que requieren mano de obra. Estos agentes de reclutamiento utilizan a menudo a agencias de viaje de Cochabamba o de Santa Cruz como lugar de transmisión de la información.

Migración mundializada

En las regiones rurales de Bolivia, la evolución del flujo migratorio sigue la coyuntura nacional e internacional. La mun-

dialización de las lógicas migratorias campesinas es, sin duda, el efecto más notable de los cambios contemporáneos. En adelante, el campesino de los valles está sometido tanto a la coyuntura del mercado de trabajo de los países ricos, como a los riesgos climáticos y económicos de su país. Asimismo, los flujos migratorios hacia el Chapare no significan solamente riesgos locales y nacionales. La colonización agrícola de las regiones subtropicales ha sufrido un cortocircuito debido a la expansión del mercado mundial de la coca-cocaína. Proyectado a la escena internacional de las negociaciones y de las acciones antidroga, el campesino empobrecido de las tierras altas reconvertido en migrante-cocalero, está sometido a los intereses de los grandes narcotraficantes y al mismo tiempo a las presiones del gobierno, de los organismos internacionales y de los Estados Unidos.

Prácticas migratorias y sistemas de movilidad

En la región de Cochabamba, los campesinos se organizan para migrar, tal y como lo hacen para producir, alimentarse, vivir, etc. Las familias se prestan entre ellas, cooperan, se van, vuelven, es decir, crean un sistema socioeconómico que constituye la base del proceso migratorio. Este sistema de movilidad familiar creado en los espacios de origen, se define por la selectividad de la migración (¿quién se va? ¿por qué?), por el ritmo de desplazamientos (¿cuántas veces?, ¿por cuánto tiempo?) y por sus modalidades (¿cómo?). Además, hace referencia al modo de ordenamiento o de articulación de los diferentes espacios que realiza la población.

Sistemas de movilidad en Pampa Churigua: espacios divididos

En Pampa Churigua, la continuación de los flujos migratorios hacia las zonas de producción de coca demuestra la voluntad de mantener un doble espacio de producción: el Chapare y el altiplano. Para las familias se trata de extender su espacio económico, no de cambiarlo. La migración es una forma de ampliar y diversificar los lugares de vida que están orientados hacia la reproducción del grupo familiar o comunitario. Esta

extensión se realiza en un radio de más de 150 km. El desplazamiento temporal de la población se basa en una organización familiar y comunitaria que permite realizar múltiples actividades paralelamente y en diferentes espacios.

Estructura de la migración

¿Quién se va?

En la comunidad de Pampa Churigua, la población que migra hacia el Chapare suele ser joven y masculina. Sin embargo, la migración de los colonos se diferencia de la de los trabajadores agrícolas. Cada una corresponde a dos etapas en el ciclo de vida de los individuos y de la familia. A partir del momento en que están en edad de trabajar, se familiariza a los niños con el medio subtropical del Chapare; acompañan a sus padres colonos en los periodos de trabajo agrícola para ser iniciados en las técnicas de cultivo o migran temporalmente desde la edad de 15 años para complementar los ingresos de su familia.

Los hijos se vuelven autónomos de manera progresiva, a veces en el transcurso de varios años. Inclusive después del matrimonio, la pareja continúa viviendo en el hogar de los padres en la comunidad de origen, donde cultivan colectivamente las tierras que han recibido por herencia. La pareja va y viene del Chapare hasta que sus ahorros (o los de los padres) le permitan construir una casa en la comunidad y comprar tierras en el Chapare. De esta manera, los colonos propietarios de un lote constituyen unidades familiares que ya han avanzado bastante en su ciclo de vida y que están compuestas por cuatro o cinco miembros. En cambio, la migración de los trabajadores agrícolas o de los «pisadores» remite a una lógica individual de acceso a la independencia o de consolidación de las bases económicas de la familia.

Los datos del censo nacional de población de 1992 confirman el peso demográfico de los hombres en el Chapare: actualmente, el 52% de la población de esta provincia tropical es masculina. En las

zonas rurales, esta proporción es del 54% (INE, 1993a). Un estudio de los hogares rurales del departamento confirma la preponderancia masculina: únicamente el 4% de los jefes de familia del Chapare son mujeres, contra el 16% en la región de los valles y las montañas (Caro, *et al.*, 1992). Según las mismas encuestas, la edad promedio de los jefes de familia es de 40 años, frente a 47 en el resto de las zonas rurales. Paralelamente, la proporción de los colonos mayores a los 65 años es muy baja: menos de 1% en las colonias del Chapare, como por ejemplo en Ivrigazama, Chimoré y Shinahota, contra el 6% en algunas localidades de los valles (INE, 1993a).

Los migrantes acceden al estatus de colono a partir del momento en que compran tierras en el Chapare o que han adquirido cierta experiencia en el trabajo agrícola en las regiones bajas. Sin embargo, el aprendizaje y la inversión exigen varios años de migración temporal como trabajadores agrícolas o «pisadores». Es una de las razones por las cuales existen pocos agricultores jóvenes en el Chapare.

Según la mayoría de los estudios realizados en los años ochenta, la composición familiar varía entre 3 y 5 miembros. Estos estudios destacan además la considerable dispersión de la familia en el espacio; sólo algunos miembros viven en el Chapare (el padre de familia y los hijos mayores), mientras que los demás se quedan en la comunidad de origen o residen en Cochabamba (Delaine, 1979; Weil, 1983; Blanes y Flores, 1984).

Los estudios más recientes señalan una tendencia a la estabilidad demográfica de las familias rurales. En 1991, a nivel del departamento, su tamaño es homogéneo: están compuestas por 4.5 miembros (Caro, *op. cit.*). Según la encuesta del CIDRE, el 48% de las familias de colonos están compuestas por 4 a 6 personas y el 35% por 7 a 9 personas (CIDRE/USAID, 1992).

¿Por qué se van?

En Bolivia, la falta de tierras es uno de los principales factores de migración.

Según las encuestas de J. Blanes y G. Flores (1983), el 64% de los migrantes que se dirigen hacia el Chapare posee menos de una hectárea de tierras en su comunidad de origen. Entre los demás, el 78% posee menos de 3 ha. En un estudio más reciente, realizado en la provincia de Mizque y Campero del departamento de Cochabamba, B. Mercado *et al.* (1990) resaltan el papel de la estructura de la propiedad de la tierra en la selección de los migrantes: el 69% declara que salen a trabajar en el Chapare por falta de tierras. Entre los 360 jefes de familia entrevistados, el 92% posee menos de 5 ha y el 68% menos de 2 ha.

En Pampa Churigua no existe ninguna relación entre los comportamientos migratorios y el tamaño promedio del predio agrícola familiar. En cambio, existe una correlación con la superficie de tierras disponibles por persona (Cuadro 3), que está ligada al hecho que la lógica productiva de los campesinos da prioridad a la subsistencia familiar. Cuando la producción agrícola no es suficiente para cubrir las necesidades de la familia, la migración hacia el Chapare se hace obligatoria. Por lo tanto, la migración está estrechamente relacionada con el ciclo de vida de la familia; el ritmo de crecimiento de la familia y la edad del jefe de hogar determinan el momento a partir del cual se inicia la migración en el caso en que no varía la superficie de la tierra disponible. Como lo indica el cuadro, los colonos son los que poseen la menor superficie por persona. Consecuentemente, se fueron a buscar tierras en el Chapare.

Cuadro 3 – Presión sobre la tierra y migración hacia el Chapare

Tipo de migración	Superficie promedio (en ha)	Superficie por persona (en m ²)
Colonos	2.4	2.000 a 5.000
Trabajadores agrícolas	2.4	4.000 a 8.000
No migrantes	2	>8.000

Fuente: Censo propio, abril de 1992 (Muestra de 85 familias)

El acceso al Chapare

La compra de tierras

¿Cuáles son las modalidades de acceso a las tierras del Chapare? Las investigaciones realizadas en los años ochenta (Blanes, 1983b; Weil, 1983) no señalan ninguna tendencia hacia la concentración o el fraccionamiento de las tierras por la venta privada en esta región. Sin embargo, este fenómeno aparece en 1987: el 35% de los colonos del Chapare se convirtieron en propietarios al comprar tierras de otras familias (que las habían obtenido durante la Reforma Agraria o gracias a las políticas de colonización). R. A. Pizarro (1991) subraya igualmente la emergencia a finales de los años ochenta de una red de transacciones informales de venta de tierras.

Esta reestructuración se puede explicar en parte por los modos de producción agrícola. Cuando las familias disponen de una superficie de 10 ó 20 ha, generalmente sólo usan 2 ó 3 ha. El resto queda baldío, pues las lógicas de producción en el Chapare reproducen las de las economías campesinas del espacio de origen. Dicho de otra forma, el grado de utilización de la tierra depende directamente de la mano de obra familiar disponible. Por lo tanto, las tierras baldías pueden ser vendidas a otros colonos que están en proceso de instalarse.

Otro factor en la expansión del mercado de la tierra es la disminución de su valor mercantil como consecuencia directa del control de la coca. Los movimientos de compra-venta de la tierra alcanzaron su punto máximo en 1990, fecha en la que los precios de la coca llegaron a su punto más bajo. Los antiguos colonos monoproductores de coca revenden una parte o a veces la totalidad de sus tierras, como fue el caso de una familia de Pampa Churigua.

«Hace dos años (en 1990), después de haber erradicado una hectárea y media de coca, he vendido por 5.000 dólares las diez hectáreas que había recibido del Instituto Nacional de Colonización. Nosotros vivíamos desde hace ocho años en el Chapare. Pero como la coca ya no se vendía a buen precio, hemos regresado a Pampa

Churigua con la plata ganada con la venta y la erradicación. Ahora el precio de la tierra en el Chapare ha bajado, estoy comprando de nuevo cinco hectáreas con una parte de mis economías y voy a replantar coca» (Santos M., Pampa Churigua, febrero de 1993).

La proximidad de los ejes de comunicación, el tipo y el estado de los cultivos son los principales criterios del valor de la tierra.

Según R. A. Pizarro (1991), en 1989 el precio de una hectárea era de aproximadamente 3.000 dólares americanos, monto variable según el lugar. Según los testimonios de las familias de Pampa Churigua, en 1993 el precio de 5 ha varía entre 300 y 1.000 dólares, ¡lo que representa una reducción del valor de la tierra del orden de 80% en tres años!

En 1992, casi la mitad de los hogares de Pampa Churigua poseían tierras en el Chapare, la mayoría comprada en el transcurso de los últimos diez años. ¿Gracias a qué proceso de acumulación de dinero las familias pueden invertir en las tierras bajas? Adoptan varias estrategias (Cuadro 4).

Cuadro 4 – Ejemplos de la inversión en tierras en el Chapare

No. de familias estudiadas*	Superficie comprada (en ha)	Precio de compra (en US\$)	Procedencia del dinero (en US\$)	Aporte (en %)
1	5	500	Préstamo: 250 Anticrético: 200 Ahorro «migración»: 50	50 40 10
3	5	900	Venta de animales: 500 Préstamo: 170 Ahorro «migración»: 230	55 19 26
9	5	500	Venta de animales: 200 Ahorro «migración»: 100 Ahorro venta de tierra y erradicación: 200	40 20 40
10	7	1.000**	Venta de animales: 200 Ahorro «migración»: 250 Préstamo: 50	40 50 10

Fuente: Encuesta personal, 1992-1993

* Estas familias han comprado tierras en el transcurso del periodo de la encuesta.

** Comprado a mitad con un pariente.

Mediante una indemnización otorgada por el Estado, algunos antiguos migrantes han erradicado sus plantaciones de coca y vendido su chaco. Sin embargo, raras veces el dinero ha sido reinvertido en el predio agrícola de origen. Algunos han utilizado una parte para comprar nuevas tierras en el Chapare. En el caso de la familia 9, este sistema ha contribuido en un 40% al financiamiento. Otras han puesto sus ahorros en común para comprar un lote de tierra en la ciudad, principalmente en los barrios al sur de Cochabamba, con el fin de construir un alojamiento adicional. La mayoría de las demás familias han destinado el dinero de la erradicación a los gastos de consumo corriente.

Para comprar tierras en el Chapare, la estrategia más habitual consiste en vender uno o dos bueyes considerados viejos. Según el caso, la venta permite un aporte del 40% al 55% del monto necesario. Una parte de los beneficios es utilizada para la compra de un buey más joven y menos potente que, por lo tanto, no es siempre apto para los trabajos agrícolas de la siguiente campaña. Este modo de financiamiento perjudica a veces el funcionamiento de los predios agrícolas de Pampa Churigua y sobre todo el sistema de *ayni* que permite el intercambio de medios de producción entre familias. Aquellas familias que venden sus animales de tiro para invertir en el Chapare, están obligadas a reducir sus superficies cultivadas en la comunidad o a recurrir a la solidaridad comunal para utilizar su yunta (por ejemplo, la de los compadres). Para algunas familias, el préstamo de un pariente ya instalado en el Chapare es una forma de financiamiento complementario, aunque como último recurso. Finalmente, el trabajo asalariado en las plantaciones del Chapare constituye una modalidad de acceso a la tierra relativamente eficaz. De esta manera, los beneficios de la agricultura que se practica en la comunidad de origen, no generan la inversión en las tierras del Chapare; por el contrario, cuando el dinero producido por la migración temporal no es suficiente, los campesinos proceden a la descapitalización del aparato productivo.

La inserción en el Chapare

La inserción de los migrantes en el Chapare remite a un real aprendizaje que se basa en la red de parentesco intercomunitaria y en las estructuras sindicales: familiarización y adaptación al medio, dominio de las técnicas de cultivo, inserción en una nueva comunidad rural, etc. Los antiguos colonos constituyen un importante enlace en esta fase de adaptación y de transición de las generaciones jóvenes (asesoramiento, alojamiento y acogida). Los inmigrantes participan en los trabajos agrícolas (desmonte, quema, siembra y cosecha), que son remunerados sea en productos (*mink'a*), sea en dinero. Algunos participan en la elaboración de la pasta base de cocaína (*pilchi*), que proporciona mejores ingresos. Sin embargo, la mayoría de las familias evitan ir a pisar la coca, ya que desde finales de los años ochenta esta actividad conlleva grandes riesgos.

«Antes, toda la gente de la comunidad iba a la pisa de la coca. Algunos de nosotros incluso hacíamos la pasta base. Otros continuaban, pero ahora se ha vuelto demasiado peligroso; hay que internarse cada vez más en el monte para ir a las zonas donde se pisa la coca. Además, volvemos con los pies muy dañados por los productos químicos. Yo no quiero que mis hijos vayan allá. Mucha gente de la comunidad fue a la cárcel por haber vendido coca a los fabricantes o por haber participado en la pisa» (Alejandro F, Pampa Churigua).

Junto a la solidaridad interfamiliar, los sindicatos campesinos juegan un papel fundamental en el proceso de integración de los recién llegados al Chapare (Weil, 1983; Blanes, 1983b y 1985; Pizarro, 1991).

A nivel local, los sindicatos pertenecen a centrales que están agrupadas en federaciones y confederaciones regionales. A nivel nacional, la Comisión Nacional de la coca es la entidad institucional que agrupa al conjunto de las confederaciones y federaciones sindicales de los Yungas de La Paz y del Chapare. Este organismo

depende de la Central Obrera Boliviana (COB) y trata los problemas relacionados a la coca; sus decisiones deben ser aceptadas por la totalidad de las federaciones afiliadas.

La Federación de los Productores de Coca del Chapare, que en 1988 agrupaba a 600 sindicatos, es el organismo poseedor del poder local. El sindicato cumple múltiples funciones: control sobre las tierras (facultad de confiscación de las tierras y atribución de los derechos de propiedad), canalización y difusión de la información respecto a la asistencia técnica y financiera propuesta por el gobierno, reivindicaciones políticas, etc. Interviene, además, como enlace de socialización del migrante en el momento de su integración en la colonia. Por otro lado, los sindicatos ejercen una gran presión sobre los modos de funcionamiento de los predios agrícolas y sobre la organización familiar. Por ejemplo, los colonos tienen que asistir sistemáticamente a la reunión mensual del sindicato, caso contrario se los castiga mediante el pago de impuestos y a veces incluso mediante la confiscación o apropiación de sus tierras por otros colonos. Los sindicatos ejercen igualmente una fuerte presión a nivel de las decisiones sobre la erradicación de las plantaciones de coca.

Los sistemas de producción en el Chapare

Uno de los aspectos fundamentales de la colonización del Chapare es la conservación de los lazos de los migrantes con su lugar de origen. Éste sigue siendo el espacio de referencia no solamente a nivel social y cultural, sino también a nivel económico. Al tener una doble residencia, los campesinos transfieren los sistemas de producción y los modos de funcionamiento de su sociedad de origen al Chapare. Por lo tanto, la colonización agrícola no ha conducido a un cambio hacia la agricultura capitalista de empresa (Blanes y Flores, 1983; Blanes, 1983a; Weil, 1983; Pizarro, 1991).

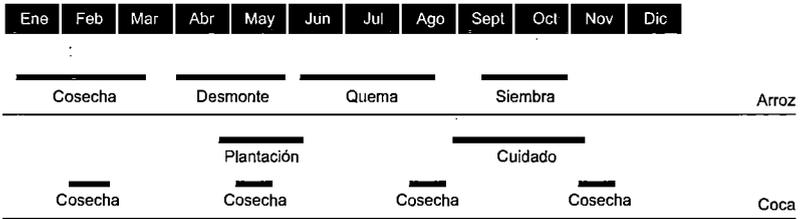
El sistema de cultivo se basa principalmente en el trabajo manual; el hacha y el machete son las herramientas elementales

de los colonos. No existe ninguna máquina, ni animales de tiro para el aprovechamiento de la tierra. La primera etapa en la instalación del colono es el desmonte y la quema. La tumba del monte alto puede requerir un mes de trabajo para una superficie de una hectárea de bosque. Durante este periodo, el colono y su familia viven en un alojamiento improvisado en el lugar mismo o en casa de parientes. Después del desmonte, a finales de la estación de lluvias, se realiza la quema que dura aproximadamente una semana. Esta etapa es la más difícil en el proceso de instalación ya que requiere una gran resistencia física frente a las múltiples adversidades del medio tropical (clima, insectos, etc.). Por esa razón, estos trabajos están reservados al hombre. Una vez realizada la quema, se utiliza la ceniza como abono durante la siembra de arroz, que se efectúa a partir del mes de septiembre (Gráfico 15).

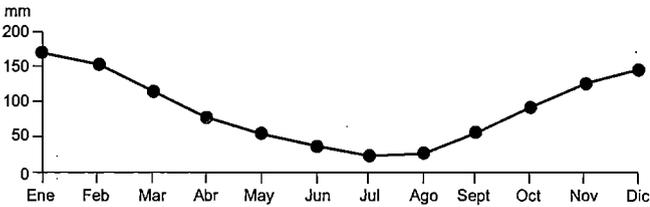
En el proceso de instalación, el cultivo de arroz es una etapa imprescindible. Se siembran dos variedades, una con un ciclo corto de tres meses, la otra con un ciclo largo de cinco meses. La primera variedad está destinada enteramente al consumo familiar, la segunda parcialmente a la venta. Los siguientes años, los colonos continúan reservando una pequeña proporción de tierras a este cultivo. Una vez que está cosechado el arroz, a menudo el colono siembra maíz o yuca. Por lo tanto, esta etapa coincide habitualmente con la instalación física y social del colono (construcción de la casa y matrimonio).

La construcción de la vivienda, que requiere generalmente de tres a cuatro semanas de trabajo intenso con la ayuda de la familia extensa, obedece a un modelo arquitectural basado en el principio de la funcionalidad. Se utilizan materiales locales (madera y hojas secas de plátano trenzadas). La casa, que consiste en un solo piso, está apoyada sobre seis a ocho columnas de madera, sin muros completos para conseguir una mejor ventilación. El piso superior constituye la vivienda de la familia (sobre todo para protegerse de las serpientes), mientras que en la planta baja se almacena el material agrícola.

Gráfico 15 – Calendario agrícola en el Chapare



Precipitaciones mensuales medias en el Chapare



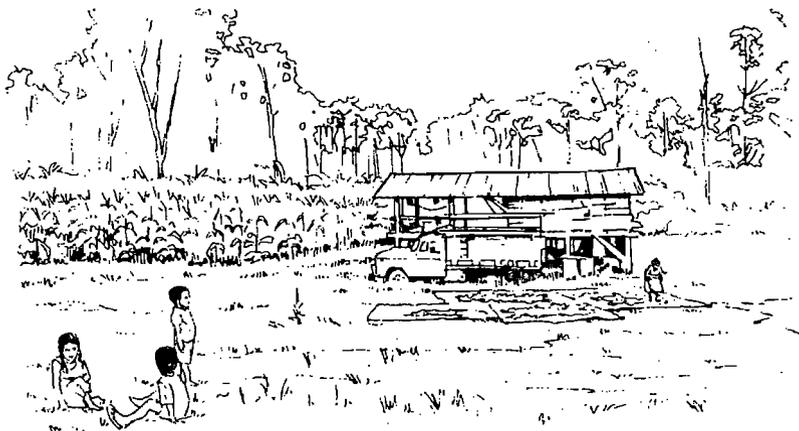
Fuente: CID, 1994. Medias de las precipitaciones, 1982-1992

La segunda etapa es la de la coca. La disponibilidad de mano de obra generalmente sólo permite sembrar una o dos hectáreas. La técnica más apropiada consiste en plantar los arbustos de coca a la sombra de la yuca, cuyas hojas son lo suficientemente grandes como para proteger la planta contra el sol; al principio de su crecimiento, las plantas tiernas son especialmente sensibles al sol. El cuidado de las plantaciones de coca significa un considerable trabajo y la cosecha requiere un buen conocimiento técnico. Una vez plantado el arbusto, los colonos tienen que escarchar, fumigar contra los insectos y cada cuatro a cinco años podar el arbusto.

Simultáneamente, el colono puede plantar cítricos, plátano o árboles de palta, según sus objetivos de diversificación. Sin embargo, a menudo estos cultivos frutales se consideran poco rentables. La comercialización de la producción es limitada por el aislamiento de los predios y las dificultades de transporte. J. Blanes y G. Flores (1984) calculan, por ejemplo, que el 25% de los limones producidos en el Chapare se pierden por falta de medios de transporte. Los campesinos de Pampa Churigua que

poseen plantaciones frutales en el Chapare (especialmente naranjos y plátanos), en la mayoría de los casos las descuidan. De todas maneras, raras veces estos productos son comercializados; una pequeña parte está destinada al consumo familiar o se distribuye en forma de obsequio a los parientes en la comunidad que no migran. El resto se descompone en el lugar.

La planta de la coca, que entra en producción a los dos años, tiene un ciclo productivo de aproximadamente 13 años. Una hectárea de coca consiste en seis catos. Con el fin de distribuir las cosechas a lo largo del año, cada cato es sembrado en diferentes épocas. La cosecha requiere la participación de tres personas durante tres o cuatro días. Los colonos originarios de Pampa Churigua suelen tener media hectárea en producción. De esta manera, cada cosecha requiere la movilización de tres miembros de la familia durante un periodo de 9 a 12 días. Cuando la mano de obra familiar es insuficiente, los colonos recurren al trabajo asalariado o a la *mink'a*.



Predio agrícola de un migrante en el Chapare. En el fondo, la casa de madera sobre pilares y el camión y, en segundo plano, el secado de las hojas de coca después de la cosecha. A la izquierda, una parcela en la que está asociado el cultivo de maíz con el de la yuca (Villa Tunari, Chapare).

El secado de las hojas de coca se realiza en un área del predio denominada *kachi*. Un día de exposición al aire es suficiente para que las hojas pierdan la mitad de su peso. No obstante, las preci-

pitaciones irregulares pero frecuentes obstaculizan este trabajo. Una vez terminado el secado, las hojas se colocan en bolsas de 25 kg para su posterior comercialización (se guarda una pequeña cantidad para el consumo familiar). Generalmente, los colonos de Pampa Churigua venden su producción a los intermediarios en el predio mismo. Sin embargo, en algunas familias las mujeres transportan las bolsas de coca a las ferias locales.

Uno de los elementos que determinan el nivel de ingresos de los colonos es el rendimiento de la coca. Según la mayoría de los estudios, se trata de 48 bolsas en promedio por hectárea, es decir de 1.200 kg. No obstante, puede haber variaciones del orden del 50%, según la edad de la planta, las características del terreno y el cuidado de los cultivos (Pizarro, 1990). Según los resultados del seguimiento mensual de los ingresos, los colonos de Pampa Churigua generalmente obtienen rendimientos bajos (de 36 a 40 bolsas por hectárea), pues sus plantaciones son relativamente antiguas.

Un doble espacio de producción

Los campesinos que migran hacia el Chapare tienden a reproducir las prácticas sociales y culturales de su comunidad de origen, especialmente con relación a los trabajos agrícolas. Cuando un colono no dispone de suficiente mano de obra, o un joven migrante todavía no ha comprado tierras, recurren a la «compañía» tal y como se practica en su comunidad: uno pone a disposición su tierra, el otro la cultiva y se comparten las cosechas. El sistema «al partir» es otra modalidad: los dos migrantes cultivan la misma parcela, pero el propietario recibe dos tercios de la cosecha. Sin embargo, parece que sólo los colonos que poseen pocas tierras conservan estas prácticas.

Un estudio del CIDRE basado en una muestra de familias que por lo general poseen más de 20 ha., indica que solamente el 20% de los agricultores del Chapare recurren a estas prácticas; los demás prefieren contratar mano de obra externa antes de compartir parte de sus tierras (CIDRE/USAID, 1992).

Las tradicionales formas de reciprocidad de los ámbitos andinos (*ayni*) siguen siendo una constante en las relaciones de trabajo entre colonos. No se limitan solamente a la familia cercana, sino que se basan en una amplia red de familias e individuos cuya procedencia es muy variada. Algunos autores inclusive han señalado la revalorización del *ayni* en el Chapare frente a su debilitamiento en las zonas de valle, al punto de hablar de una «reemergencia o recreación» de la comunidad campesina andina en las tierras bajas (Weil, 1983: 404).

Si bien es cierto que el sistema de ayuda mutua y de intercambio es reintroducido en el Chapare, éste juega un papel sobre todo en la instalación de nuevos colonos y después tiende a desaparecer. Cuanto más joven es el colono, mayor importancia tiene la reciprocidad en el aprovechamiento de la tierra. Esta fase corresponde a la etapa de producción de arroz, maíz y yuca. En los predios antiguos y consolidados, la producción de coca, y a veces de frutas, requiere recurrir a asalariados agrícolas. En 1986, el 55% de los colonos utilizaban mano de obra extrafamiliar (Blanes y Flores, 1984).

La migración hacia el Chapare implica la reorganización del empleo del tiempo y de la distribución de las tareas al interior de la familia, ligada a los ritmos de movilidad. El seguimiento mensual de los migrantes de la comunidad de Pampa Churigua ha permitido registrar los desplazamientos de cada miembro. Los ritmos de movilidad resultan de una lógica familiar en la que tres factores entran en consideración: la posesión de tierras en el Chapare, los calendarios agrícolas de las dos zonas de producción y la composición familiar.

Los migrantes efectúan idas y venidas al Chapare y su comunidad de altura, con el fin de combinar los calendarios agrícolas. Las épocas de migración corresponden a los periodos de menor actividad en el calendario agrícola de Pampa Churigua. También la composición de la familia sigue siendo un factor determinante de los comportamientos migratorios. Cuanto mayor es la familia, mayores y más flexibles son las posibilidades de desplazamiento. Los ritmos de

movilidad de los campesinos de Pampa Churigua varían además según se trate de obreros agrícolas (Gráfico 16) o de colonos (Gráfico 17).

Los padres de familia y los hijos que migran al Chapare como obreros agrícolas, contribuyen a asegurar la subsistencia de la familia. Por lo tanto, su ritmo de desplazamiento depende de sus necesidades monetarias. Su ausencia dura entre una semana y quince días. La frecuencia migratoria es de cuatro a seis idas y venidas por año. En cambio, la madre de familia se queda en la comunidad de origen. Los meses de marzo y abril, periodos de cosecha del arroz en el Chapare, el mes de septiembre (désmonte y quema) y el mes de octubre (siembra de arroz) son épocas obligatorias para la migración temporal de estas familias. Además, la cosecha o la «pisa» de la coca son ocasiones puntuales para complementar los ingresos familiares. En total, los migrantes temporales pasan entre dos y cinco meses del año en el Chapare.

Gráfico 16 – Movilidad de una familia de migrantes trabajadores agrícolas

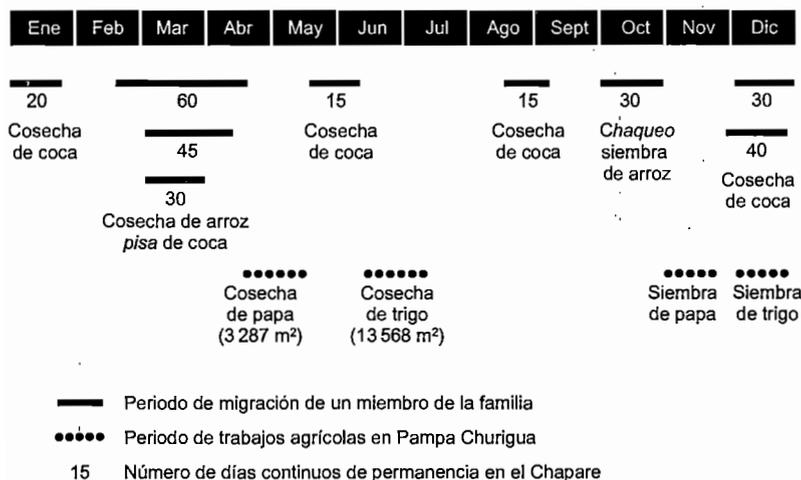
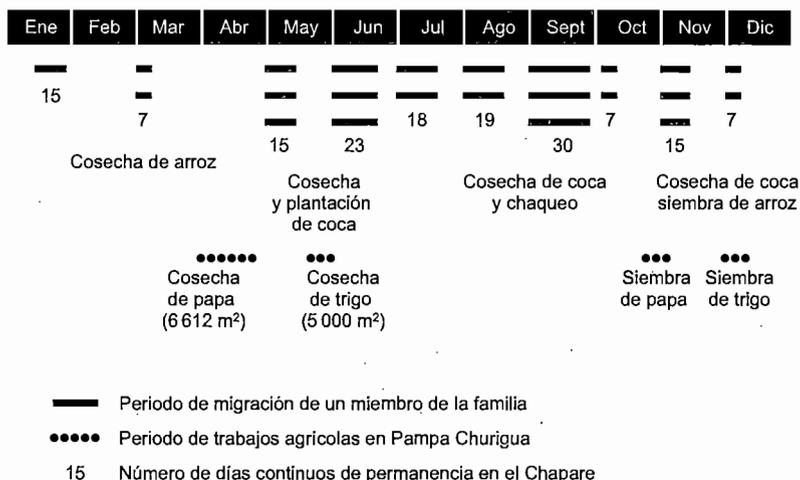


Gráfico 17— Movilidad de una familia de colonos (Pampa Churigua)



El ritmo de movilidad de los colonos, del cual se presenta un ejemplo en el Gráfico 17, es mucho más intenso y depende principalmente de los periodos de cosecha de la coca.

El tiempo de presencia en el predio agrícola de origen raramente abarca más de un mes. El cuidado de las tierras del Chapare exige la presencia de uno o varios miembros de manera casi permanente.

«Estamos obligados a ir muy a menudo a nuestro chaco, incluso fuera de los periodos de cosecha, porque si no los otros colonos se pueden apropiar de nuestras tierras o robar nuestra coca. Además, el monte invade rápidamente nuestros chacos, hay que desyerbar constantemente» (Paulino M., Pampa Churigua).

De junio a septiembre, el ritmo migratorio de los colonos se acentúa, ya que aprovechan los tiempos muertos del calendario agrícola de Pampa Churigua para realizar trabajos de mantenimiento de sus tierras en el Chapare o desyerbar nuevas parcelas. Generalmente, el padre se va solo, pero en la época de cosecha de la coca, la madre y los hijos mayores lo acompañan. Los más jóvenes se quedan solos en Pampa Churigua bajo el cuidado

de una de las hijas mayores o de una mujer de la comunidad (comadre, madrina, etc.). Después de algunos años, las hijas acompañan cada vez más al padre, sobre todo si no existe un hijo mayor. Ellas se encargan de las tareas domésticas, al mismo tiempo que participan en los trabajos agrícolas menos pesados.

Durante la ausencia de los padres, los hijos se encargan del cuidado del rebaño en Pampa Churigua. Los migrantes también recurren a la práctica del «al partido», confiando su rebaño a una mujer de la comunidad. En la medida en que no sea posible la reciprocidad, el «pago» del servicio prestado varía según los casos y la duración del cuidado del rebaño. Generalmente, los migrantes pagan con una o dos ovejas, o con una parte de la lana esquilada.

La ausencia de los padres dura entre 15 días y un mes. En total, la duración anual de la migración del padre de familia varía entre 5 y 7 meses, lo que implica 10 a 12 idas y venidas por año. Dicho de otra manera, el padre de familia pasa tanto tiempo en el Chapare como en la comunidad de origen. En cambio, la madre de familia se ausenta de 2 a 6 meses en total por año. En comparación con los años ochenta, las modalidades de la movilidad espacial hacia el Chapare se han modificado: las estadías son más frecuentes, pero son menos largas.

R. A. Pizarro (1990) calcula, por ejemplo, que el colono realiza sólo tres o seis viajes por año. En cambio, los trabajos de C. Weil (1983) muestran que el colono del Chapare pasa únicamente entre el 10 y el 15% de su tiempo anual en su comunidad de origen. Asimismo, según una encuesta de la DIRECO (1987), el 84% de las familias de colonos tienen su residencia «habitual» en sus tierras del Chapare.

Este cambio en los ritmos migratorios está relacionado con el hecho que los colonos, afectados por la baja de los precios de la venta de coca, han tenido que reconsiderar la función económica de su espacio de origen. Éste juega de nuevo un papel importante en términos de subsistencia, por lo que es necesario cultivar otra vez la tierra. Por esta razón, las familias

retornan progresivamente a sus lugares de origen, aunque sin perder el contacto con el Chapare.

«Cuando la coca se vendía bien, toda la familia vivía en nuestras tierras del Chapare. Sólo volvíamos tres o cuatro veces al año a Pampa Churigua para las fiestas de la comunidad u otras ocasiones. Yo prácticamente ya no cultivaba mis tierras. Había dejado una parte en descanso y había dado algunas parcelas a mi tío que no iba al Chapare. Nosotros recuperábamos una parte de las cosechas. Hace cuatro años, cuando erradiqué la coca, toda la familia volvió a la comunidad. Desde entonces sembramos de nuevo papa y trigo» (Santos M., Pampa Churigua). «Incluso cuando la coca se vendía bien, nunca he abandonado por completo mis tierras en Pampa Churigua. Pero sembrábamos sólo una parte de nuestras parcelas para cultivar papa. Ahora paso menos tiempo en el Chapare, porque tengo menos trabajo allá» (Sinforoso M., Pampa Churigua).

Según su grado de inserción en el Chapare, existen tres grupos de familias que desarrollan lógicas diferentes de administración del tiempo y de los espacios. Los colonos dividen sus espacios de producción y por lo tanto sus periodos de vida. Esta división se traduce en la separación del grupo familiar durante varias semanas, teniendo cada miembro un lugar específico en la combinación de los lugares de producción.

Las familias en que uno o varios miembros salen al Chapare como trabajadores agrícolas, por lo general se encuentran en una situación de transición entre una migración temporal estacional y una migración marcada por la división del espacio de vida. Estas familias tienen como objetivo el acceso a las tierras del Chapare. La dificultad es lograr un ahorro gracias al salario agrícola y al mismo tiempo conservar las actividades agrícolas en la comunidad de origen para la subsistencia de la familia.

Las familias no migrantes (que en realidad migran, pero sólo excepcionalmente) mantienen el contacto con el Chapare, por lo menos de forma indirecta. Aunque su lógica de producción se concentra completamente en el espacio comunitario de

Pampa Churigua, ésta no se fija en el espacio ni en el tiempo. El punto a partir del cual los jefes de familia mandan a sus hijos a trabajar en las tierras bajas, es rápidamente alcanzado y las razones pueden ser muy diferentes: la sequía que disminuyó la producción, un contexto favorable a la producción de la coca o simplemente la voluntad de un hijo de migrar, etc. En este caso, la unidad familiar tiene que readaptar su organización en función a sus nuevas estrategias económicas (ritmo de trabajo y de movilidad, decisión de aprovechar las tierras, etc.).

Sistema de movilidad en los valles: espacios divididos

En los pueblos de valle, el proceso migratorio tiene lógicas diferentes. La migración al extranjero por periodos más o menos largos requiere ritmos de movilidad más complejos. Esta migración moviliza, además, un capital económico, social y cultural mucho mayor.

Modalidades y ritmos de migración

Las modalidades y los ritmos de desplazamiento confieren al sistema de movilidad espacial de los campesinos de los valles una gran originalidad. Los modos de inserción en los países receptores varían no solamente en función del perfil sociodemográfico de los migrantes, sino también del país de destino.

Estrategias de trabajo y de inserción en el extranjero

En Santa Rosa y Arbieto, la migración al extranjero concierne generalmente a una población joven y masculina. Aunque la mayoría de los migrantes son jefes de familia entre 25 y 40 años de edad, también los jóvenes de menos de 25 años migran.

Según el estudio de G. Deheza (1991) realizado en varios pueblos del Valle Alto, en julio de 1990 el 67% de los hijos de

migrantes vivían en el extranjero (es decir un hijo por familia). Una considerable parte de los que se quedan en el país se van a Cochabamba para realizar estudios de secundaria o estudios superiores, es decir el 6% de los hijos ausentes el día de la encuesta. La migración femenina es un fenómeno que se está extendiendo progresivamente, sobre todo entre las jóvenes que tienen entre 16 y 30 años. En los pueblos de Arbieto y Santa Rosa, las muchachas representan el 24% de los hijos de migrantes.

Las mujeres salen principalmente a la Argentina, generalmente a Buenos Aires, donde trabajan como empleadas domésticas o en la producción y el comercio de hortalizas que son cultivadas en los barrios periféricos de la capital. Las hijas que han seguido una formación de costurera en Cochabamba van a Buenos Aires para trabajar en talleres clandestinos de confección textil. Durante su estadía combinan varias actividades (pequeño comercio, trabajos domésticos, estudios, etc.). El comercio de hortalizas procura un salario de aproximadamente 500 dólares americanos por mes, mientras que el salario en actividades más especializadas (costura) varía entre 300 y 700 dólares. Generalmente, las jóvenes migrantes son confiadas a parientes cercanos que las alojan y las alimentan a cambio de algunos servicios, lo que permite un ahorro mayor. La migración femenina a los Estados Unidos y a Israel es menos frecuente. La salida de las mujeres a estos países siempre está precedida por la migración del padre o de un hermano mayor.

«El año pasado, mi hijo de 20 años se fue a Israel para trabajar en la construcción. En Tel Aviv, él vivía con otros migrantes del pueblo y de los alrededores. Este año, mi hija mayor de 18 años le ha seguido. Mi hijo le ha encontrado un puesto de empleada doméstica en la Embajada de Bolivia en Tel Aviv» (Ulissés A., Santa Rosa).

En los pueblos de Santa Rosa y de Arbieto, numerosas mujeres de migrantes temen la salida al extranjero y cuando se van, se quedan poco tiempo (por lo general algunos meses). El monolingüismo quechua y el nivel de instrucción, así como su

dificultad de adaptación, son factores limitantes. Las mujeres mencionan frecuentemente su dificultad de integrarse en el espacio urbano («demasiada gente», «demasiado ruido», «demasiada intranquilidad») y también el rechazo de romper con su cultura («tuve que dejar de llevar pollera», «no hay chicha»).

La construcción es el principal sector de actividad de los padres de familia y de los hijos migrantes. Esta tendencia no es nueva, puesto que en 1970 el 60% de los bolivianos que residían en Argentina trabajaba en el sector de la construcción y de la industria. El resto se repartía entre el comercio, los servicios y la agricultura (Orsati, 1983).

Los salarios varían según el tiempo de trabajo diario (entre 8 a 10 horas) y el grado de especialización. Los antiguos migrantes que adquieren experiencia profesional en el sector de la construcción, tienden a especializarse y pueden obtener salarios más elevados. El salario mensual en los Estados Unidos varía generalmente entre 1.000 y 1.500 dólares. El ahorro mensual es de 400 a 800 dólares, lo que corresponde aproximadamente al 40% del salario: «Desde hace tres años, yo trabajo en Washington en una empresa de construcción. Gano cerca de 50 dólares por día. Contando los gastos de alimentación y alojamiento, puedo ahorrar entre 500 y 700 dólares por mes. Algunos ganan más, por ejemplo los que saben hacer encofrados. Yo soy un simple obrero» (Migrante de Santa Rosa). En Israel, los salarios mensuales parecen ser ligeramente inferiores a los de los Estados Unidos. Dado que los migrantes hacia este país son escasos, no se ha podido determinar con precisión la gama de salarios mensuales. Se sitúan en aproximadamente 900 dólares para trabajos que no requieren de experiencia. Según los testimonios, el trabajo en el sector de la construcción en Argentina genera salarios bastante inferiores. En 1992, un migrante en Argentina ganaba en promedio entre 600 y 900 dólares mensuales. Los migrantes estiman sus gastos corrientes en 500 dólares, lo que permite un ahorro de 100 a 400 dólares por mes.

Sea cual fuere el país receptor, los migrantes recrean una microsociedad a la imagen de las prácticas sociales y culturales de su país de origen. En Buenos Aires, la especificidad cul-

tural de la población boliviana se manifiesta hasta en la forma arquitectónica de las viviendas que ocupa: casas a lo largo de calles estrechas con escasa apertura hacia el exterior. Esta forma de vivienda es comparable a la de las regiones altas de Bolivia y se distingue, por ejemplo, de las casas «abiertas» de los migrantes paraguayos y uruguayos.



Mercado semanal en uno de los barrios bolivianos más antiguos de Buenos Aires, La Carrúa, un enclave residencial de una antigua «villa de emergencia» consolidada en los años sesenta, donde viven actualmente más de 300 familias bolivianas.

La solidaridad interfamiliar característica de las sociedades andinas juega un papel fundamental en la integración de los bolivianos. Las familias instaladas desde hace mucho tiempo en los barrios de Buenos Aires, La Charrúa, La Salada o La Ferrere, sirven de enlace a la llegada de nuevos migrantes y dan lugar al agrupamiento de los bolivianos (Mugarza, 1985; Anderson, 1981; Anderson y Dandler, 1983). A cambio de pequeños servicios, los migrantes que residen desde hace mucho tiempo en esta ciudad, alojan a los recién llegados. Cuando tienen suficientes ahorros, éstos se instalan en su propia casa y reciben a su vez a otras familias. Así perpetúan la «cadena migratoria».

En una muestra de 107 familias entrevistadas en sus pueblos de origen, J. Dandler y C. Medeiros (1985) calculan que el 65% de

los migrantes en Argentina no pagan su alojamiento, sino que son acogidos por un pariente o un amigo; el 21% vive en campamentos en el lugar de trabajo y el 14% alquila una habitación o son propietarios de una casa.

En las villas miseria de Buenos Aires (barrios precarios de la capital en los que se concentra una gran proporción de inmigrantes), en 1975 el 20% de la población eran bolivianos. Los bolivianos se sirven de una red sociocultural de parentesco extremadamente eficaz y conservan algunas prácticas específicas del mundo andino que permiten la inserción de los migrantes en el mundo laboral.

El «pasanaku», por ejemplo, es una asociación de varias personas que reúnen sus recursos monetarios para desarrollar una actividad comercial. El «churanaku» consiste en comprar una gran cantidad de frutas y verduras que luego se reparte entre varias mujeres para ser vendida en el mercado urbano de Buenos Aires. El decreto de erradicación de 1976 ha dispersado a la población boliviana de las villas miseria, pero las relaciones de solidaridad y de ayuda mutua han permitido mantener la red socioeconómica al interior de la villa (Mugarza, *op. cit.*).

Para las personas que se van a Estados Unidos o a Israel, el contraste sociocultural es mucho más fuerte. Una vez que están en el país, ¿cómo imaginarse a un campesino boliviano que no domina el español, enfrentado con el inglés, hebreo o japonés? En realidad, las condiciones de vida en el país receptor permiten escapar o pasar por el obstáculo lingüístico. En los Estados Unidos, la presencia de numerosas comunidades hispánicas limita los problemas del idioma. Las comunidades de migrantes son muy compartimentadas, tanto en sus formas de ocupación del espacio urbano como en sus prácticas cotidianas. «[Las comunidades] trabajan en enclaves. Esta constatación importante ha permitido a grupos minoritarios evitar las dificultades de la inserción en el mercado laboral y de la discriminación, creando economías en un medio cerrado» (Body-Gendrot, 1991: 135). El aislamiento por nacionali-

otra parte, el costo de la migración obliga a los migrantes a restringir los gastos que ocasionaría un retorno eventual. Las ausencias cortas conciernen principalmente a la migración hacia Argentina o a veces hacia Estados Unidos, si los migrantes tienen el permiso de residencia en el país. En este caso, regresan una o también dos veces al año a su lugar de origen. Generalmente, el retorno anual se efectúa de febrero a marzo durante las cosechas y las festividades de carnaval. Estos retornos, que se pueden calificar como «visitas largas», cumplen una función económica y sociocultural. El retorno del padre de familia y de un hijo mayor permite recurrir lo menos posible a mano de obra externa para los trabajos agrícolas. El jefe de familia aprovecha su estadía para verificar, reorientar y controlar el estado del predio agrícola. En esta ocasión, la familia realiza una especie de balance, evalúa los problemas surgidos durante la ausencia de los migrantes y toma importantes decisiones (venta de ganado, reorientación de la producción, inicio de una nueva actividad, etc.).

El retorno anual tiene, además, una función social y cultural. La llegada del migrante ocasiona festividades de carácter excepcional en la comunidad del pueblo (elaboración de chicha y alquiler de una banda). Las familias se reúnen para hablar de las experiencias de los migrantes y de las posibilidades de trabajo en el país. Los migrantes experimentados instruyen a los futuros emigrantes, al mismo tiempo que refuerzan los lazos de amistad y de solidaridad intercomunitaria. El regreso de los migrantes coincide a menudo con el Carnaval, una fiesta popular muy arraigada en las tradiciones nacionales. Para este importante evento en el ciclo festivo del pueblo, las familias gastan bastante dinero. Los campesinos migrantes vuelven al pueblo para «bailar el carnaval», «tomar chicha», «contar de la vida allá» y para la «*ch'alla*». Estos retornos anuales preservan y alimentan la identidad colectiva e individual de los migrantes. La persistencia de los valores culturales, estrechamente relacionada con el arraigo a la tierra, es la garantía para mantener los lazos con el medio de origen y consecuentemente con el predio familiar.

Sin embargo, la duración de estas «visitas» raras veces pasa los seis meses. Aparte de tener una razón netamente económica, las condiciones de estadía en el país receptor determinan frecuentemente el ritmo migratorio. La otorgación de la visa de residencia para los Estados Unidos establece como condición previa la presencia obligatoria del migrante por lo menos una vez al año. Dicho de otra forma, el migrante está obligado a «marcar tarjeta» anualmente si quiere conservar su visa. Teniendo en cuenta el considerable costo que representa un viaje a los Estados Unidos, el migrante prefiere partir nuevamente en el plazo definido para no arriesgar la anulación de sus documentos, aún cuando lo considera innecesario (por ejemplo, cuando el ahorro es considerado suficiente para un retorno prolongado al predio).

«Hace casi 6 meses que volví de Estados Unidos y todavía no sé si me iré nuevamente. Pensé dedicarme por algún tiempo a mi chaco y sobre todo a la ganadería. Mis ahorros me permitirían comprar vacas lecheras, pero mi mujer no podría asumir sola este trabajo. Ahora los niños van a la escuela, el menor va a Cochabamba a estudiar. Pero si no me voy ahora pierdo mis papeles, y si el chaco no funciona, habrá que pagar el mismo monto que al comienzo» (Orlando S., migrante de Arbieto).

Las migraciones de larga duración (más de cinco años sin regresar al pueblo) están lejos de ser minoritarias: conciernen al 30% de los migrantes entrevistados por G. Deheza (*op. cit.*). ¿Cómo explicar estas duraciones de ausencia y, sobre todo, cómo interpretarlas?

La migración de los jefes de familia frecuentemente plantea problemas conyugales. Al final de un cierto tiempo de ausencia, los migrantes empiezan una relación extraconyugal en el país de inmigración. De esta manera, numerosas mujeres son literalmente «abandonadas» por su marido sin tener noticias por mucho tiempo.

«En el pueblo hay mujeres cuyo marido no ha vuelto desde hace mucho tiempo. Algunos incluso se han casado de nuevo en Ar-

entina. Aquí todo se sabe, porque los que regresan cuentan lo que pasa allá. Estas mujeres están obligadas a devolver solas la deuda que su marido ha dejado, si no les manda dinero. En muchos casos, la gente del pueblo las ayuda a salir del apuro. Pero en la mayoría de los casos se van para instalarse en Cochabamba, donde se dedican al comercio» (Mujer de Santa Rosa).

En el pueblo se ejerce una fuerte presión sobre el marido infiel. Después de varios años, algunos regresan y quieren seguir con la familia. Los miembros de la comunidad manifiestan un tal rencor colectivo que incluso si la familia logra reconstituirse, es socialmente marginada.

La migración de larga duración concierne también a familias enteras. El censo de migrantes de Santa Rosa y de Arbioto no permite evaluar con precisión la importancia de esta migración temporal. Según los testimonios de los dirigentes del pueblo, el número de familias instaladas desde hace mucho tiempo en Argentina (de 5 a 10 años sin retorno al pueblo), y en menor medida en los Estados Unidos, en los dos pueblos no excede la decena (lo que corresponde aproximadamente al 2% del total de familias). ¿Se trata de migraciones «definitivas»? No necesariamente, ya que en estas regiones la migración siempre es reversible. La doble residencia (a veces la triple residencia, si las familias tienen una casa en Cochabamba) sostiene el proceso migratorio. Algunas familias reúnen sus ahorros para comprar un lote en Buenos Aires y construir una casa. No es raro que una familia se instale durante varios años en el extranjero, confiando sus tierras a parientes durante su ausencia. A su retorno, las familias recuperan sus tierras y las cultivan de nuevo. La reversibilidad de la migración de larga duración es más corriente por la cercanía de Argentina. Sin embargo, también es válida para los Estados Unidos.

«Mi sobrino fue a instalarse en Miami con su mujer y sus hijos. Él trabaja en la construcción, ella es empleada doméstica. Desde hace siete años tenemos pocas noticias. Sólo han vuelto dos veces. Él manda regularmente dinero a su madre que está encar-

gada de construir una casa en el pueblo, en la que van a vivir a su retorno. Mientras tanto, entre el resto de la familia nos hemos repartido sus parcelas para aprovecharlas» (Mujer de Arbieta).

Una migración muy selectiva

La migración internacional, como todo tipo de corriente migratoria, es un fenómeno selectivo, sea porque la población no tiene la misma motivación de salir por un tiempo, sea porque los obstáculos que encontrará tienen mayor peso que el «deseo» de migrar.

De la intención a la decisión

La migración al extranjero genera ingresos tan elevados en comparación con la producción agrícola que uno se podría limitar a la explicación clásica del proceso migratorio, la de la ventaja comparativa; los migrantes mismos dicen salir «para ganar más dinero». Durante las entrevistas, mucha gente hizo referencia a la «falta de dinero», la «falta de tierras», la «falta de agua», «los precios de venta demasiado bajos», etc. Siendo la insuficiencia de los ingresos agrícolas y las limitantes de los sistemas de producción los principales determinantes de la migración, ésta es ante todo una necesidad.

Sin embargo, la migración también puede ser una libre elección. No es raro que la salida apunte a un proyecto preciso y claramente expresado por el migrante: comprar tierras, financiar los estudios de un hijo, construir una casa, etc. Por lo tanto, es posible identificar los objetivos de los migrantes a partir de su percepción y de lo que están viviendo. Sin embargo, este método se basa en el postulado de una toma de distancia suficiente de parte del migrante para hacer del deseo un dato «objetivamente» utilizable. No obstante, las motivaciones expresadas por los migrantes son a menudo vagas y variables. Se mezclan extrañamente factores de repulsión y de atracción, e incluso cuando los objetivos se expresan claramente, su diversidad hace que sea difícil identificarlos claramente y generalizarlos.

En vez de razonar en términos de deseo o de necesidad, es más pertinente preguntarse sobre la viabilidad de la migración. *A priori*, las familias que tienen pocas tierras tenderán a irse. ¿Pero el campesino siempre tiene los medios para hacerlo? La intención o la necesidad de migrar no es lo mismo que la decisión efectiva y la realización, pues la migración al extranjero supone ciertas condiciones previas.

El dinero para la migración

La salida al extranjero requiere un capital monetario cuyo monto hay que conocer para entender el proceso migratorio. La suma necesaria para una primera salida varía según el destino (Cuadro 5).

En el caso de Argentina, el costo depende del modo de transporte. Las familias que cuentan con un capital inicial bajo viajan en tren, pero generalmente los migrantes eligen el avión, dispuestos a alargar el plazo de devolución de un préstamo. En estas condiciones, el costo de la primera salida a Argentina es de aproximadamente 400 dólares (precio del viaje y de la visa).

Cuadro 5 – Costo de la migración internacional para la primera salida (en US\$)

Tipo de gastos*	Argentina	Estados Unidos	Israel	Japón
Trámites**	50	1.500	2.000	2.500
Viaje	350	1.300 a 1.800	1.500	2.000
Total	400	2.800 a 3.300	3.300	4.500

Fuente: Encuestas propias, 1992-1993.

*No se toman en cuenta los gastos adicionales (desplazamiento para obtener la visa, compra de ropa para una larga ausencia, etc.).

**Trámites administrativos necesarios para obtener la visa o el pasaporte.

Los costos de la primera salida a los Estados Unidos varían según la modalidad administrativa de entrada al territorio. Los migrantes salen con una simple visa turística y trabajan en la clandestinidad, pero frente a los riesgos y las limitantes de esta solución, algunos prefieren obtener la visa de trabajo de larga duración si un pariente cercano (hermano, hermana o marido)

ya reside en el país. Al llegar a Estados Unidos, deben tratar de conseguir los documentos de residencia, lo que significa gastos posteriores. También sucede que la entrada al país se efectúe mediante el fraude administrativo (por ejemplo, pasaporte falso indicando la nacionalidad norteamericana). Esta táctica permite un margen de maniobra evidentemente mucho más flexible una vez que se haya entrado al país, pero sólo el costo de los trámites puede alcanzar los 2.500 dólares. Por lo tanto, la primera solución es menos costosa pero más arriesgada. De ella se sirven los migrantes que no tienen parientes en territorio norteamericano o los que no quieren endeudarse demasiado. La segunda solución es actualmente la más corriente y que supone un capital inicial de cerca de 3.000 dólares.

La salida a Israel significa la mayor inversión en términos monetarios. El migrante sale con una visa de turismo y trabaja en la clandestinidad cuando llega al país. El costo del pasaporte y de la visa puede alcanzar los 2.000 dólares americanos, monto al cual hay que añadir el precio del viaje (1.500 dólares), es decir, un total de 3.500 dólares. Además, los migrantes tienen que disponer de un mínimo de 1.500 dólares en efectivo que tienen que mostrar al pasar por la aduana. ¡La migración hacia Israel requiere entonces de un capital inicial de 5.000 dólares!

Prestarse para partir...

La migración requiere un capital inicial considerable, que las familias raras veces tienen a su disposición. No siempre la primera salida al extranjero es el resultado de un ahorro inicial que permita asegurar el gasto. Las familias tienen que prestarse dinero. Existe una red de prestadores en el pueblo o en las comunidades vecinas. Por lo general, son migrantes de larga experiencia quienes después de haber acumulado cierto capital gracias a los ingresos obtenidos por la migración, dan un préstamo a los nuevos migrantes. Cuando esta práctica está acompañada de tasas de interés, constituye para algunas familias una verdadera fuente de ingresos paralelos.

Las relaciones interfamiliares y particularmente los lazos de parentesco directo o de compadrazgo juegan un papel primordial cuando se recurre al préstamo. Cuando una familia solicita a sus compadres o comadres un préstamo de dinero, éstos tienen el deber moral de aceptarlo, por lo menos si su situación económica lo permite. Esta obligación moral se basa en los principios fundamentales de la ayuda mutua (*ayni*) y significa de manera implícita que la familia que se presta dinero debe los servicios que ha recibido. En este caso existe únicamente un contrato moral entre las dos familias. Sin embargo, éste crea una jerarquía social: la familia se beneficia de cierto prestigio por haber prestado dinero y dispone de servicios de la otra familia hasta que ésta lo haya devuelto. Estas formas de préstamo de carácter social se manifiestan cotidianamente (diversos obsequios, ayuda en el trabajo agrícola, etc.). No obstante, este tipo de préstamo sólo es posible cuando se trata de montos reducidos, entre los 100 y 500 dólares, y por lo tanto sólo se puede considerar para las salidas hacia Argentina.

Cuando el que va a partir no puede prestarse dinero de sus parientes cercanos o de amigos, se dirige a prestadores fuera del círculo de parentesco. En este caso, el préstamo implica elevadas tasas de interés (entre el 3 y el 5% por mes). El migrante tiene que encontrar lo más pronto posible algún trabajo en el país receptor, ya que los intereses se acumulan en el transcurso de los meses y pueden resultar en un endeudamiento irreversible para la familia. Por esta razón, la salida es preparada con mucha anticipación. No es solamente una decisión individual, sino que requiere del consenso de la familia. Si la migración es un fracaso (sea porque el migrante no logra entrar al país, sea porque no encuentra trabajo lo suficientemente rápido o con la remuneración suficiente), otro miembro de la familia sale a su vez y le ayuda a devolver la deuda. Es frecuente que un jefe de familia endeudado incite a sus hijos a migrar.

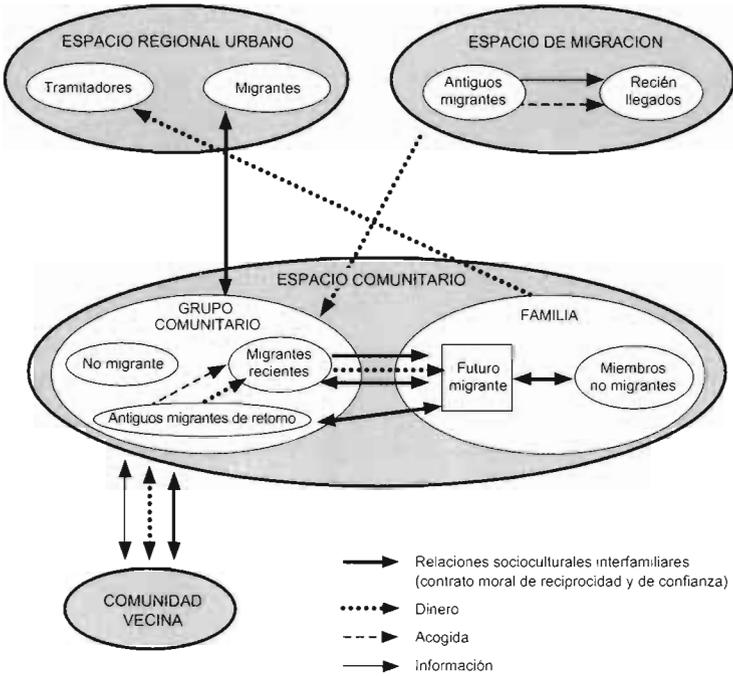
El comportamiento migratorio de los individuos se inscribe, además, en una dinámica comunitaria. Cuando una familia se presta dinero, independientemente de quién sea el

prestador al que se dirige, debe disponer de cierto capital moral en la comunidad del pueblo para obtener la confianza de su acreedor. En este sentido, la base social y económica de la familia (en otros términos, su buena reputación) es un elemento fundamental del sistema migratorio. Éste se basa en los recursos de los que dispone la familia (la superficie de tierras y el tamaño del rebaño son considerados garantías de un ingreso mínimo) y en su comportamiento social (honestidad, fidelidad a las normas comunitarias, etc.). Por otra parte, la solicitud de un préstamo moviliza ritos de sociabilidad fuertemente establecidos: se invita al prestador a varias jarras de chicha y a participar en la comida de despedida. La negociación puede durar toda una tarde o un día entero, en el transcurso del cual las dos familias establecen las cláusulas del contrato moral y financiero.

La participación de las familias en la vida festiva y ritual del pueblo –mediante prácticas demostrativas y ostentosas– es garantía de una buena reputación. Es obligatorio acudir a todas las invitaciones hechas por acontecimientos familiares en el pueblo (bautizo, matrimonio, misa chica y *umaruthucu*). A cambio es indispensable recibir regularmente a los miembros de la comunidad. Son las mujeres las que están encargadas de preservar la buena reputación de la familia. El seguimiento anual de las familias muestra que ellas participan en promedio una o dos veces por semana en un acontecimiento festivo en el pueblo o en las comunidades vecinas. El estudio de los modos de consumo confirma estas tendencias, ya que la parte del presupuesto dedicada a las festividades es considerable. Las familias que no logran asumir los gastos de esta inversión sociocultural, no pueden recurrir al préstamo para irse a lugares rentables como los Estados Unidos o Israel.

La migración implica, además, el acceso a una red social, a un espacio relacional que se da en otro nivel. En Santa Rosa y Arbieto, este espacio relacional –o la «red socioespacial de la migración»– tiene varios niveles: familiares, comunitarios, regionales e internacionales (Gráfico 18).

Gráfico 18 – Red socioespacial de la migración internacional (Santa Rosa y Arbieta)



Los actores que intervienen en el proceso migratorio son múltiples; los migrantes-prestadores del pueblo o de pueblos vecinos son indispensables para el préstamo, mientras que las familias ya residentes en el país receptor permiten la acogida del recién llegado. Los contactos informales a nivel regional dan el acceso a la información.

Finalmente, los «tramitadores» permiten la obtención de los documentos administrativos mediante el pago de una comisión (pasaporte falso y visa). De esta manera, la cadena migratoria supone la existencia de una multitud de eslabones o lazos sociales, fundada en un «capital social» previo del que muchas familias no disponen.

Un sistema migratorio de alto riesgo

El recurrir al préstamo expone a las familias a grandes riesgos cuando intervienen factores externos que los individuos

no dominan. Si el migrante no tiene parientes cercanos que residen en los Estados Unidos, utiliza un nombre prestado para obtener un pasaporte y una visa. Esta manipulación administrativa representa un fuerte riesgo al pasar por la aduana y muchos no logran entrar al país.

«Mis dos hijos mayores han pasado dos años en los Estados Unidos. Volvieron después de más de un año. Mi tercer hijo también quería salir. Hemos hecho fabricar un pasaporte falso con un nombre prestado, el de un amigo residente en el país. En mayo nos hemos prestado 3.000 dólares de varios amigos en el pueblo. Al llegar al aeropuerto, los de la aduana se dieron cuenta de una anomalía en el pasaporte y no quisieron dejarlo pasar. Hicimos otro intento en julio, prestándonos de nuevo 1.000 dólares para el viaje. Por segunda vez fue rechazado en la frontera. Ahora tengo una deuda de 4.000 dólares. Entonces lo mandé a Argentina» (Domingo V., antiguo migrante de Arbieta).

Este ejemplo, que no es único, muestra a qué punto la migración a los Estados Unidos representa un riesgo para el hogar. Su carácter incierto pesa sobre la toma de decisión del padre de familia en la medida en que el éxito depende también de condiciones externas (por ejemplo de la validez de los documentos).

Con un potencial de ahorro mensual de 600 a 700 dólares, las familias estiman el plazo mínimo de devolución de la deuda en aproximadamente seis meses. Según la rapidez con la que el migrante encuentra trabajo, en función del monto del salario o de la resistencia física y psicológica, el plazo puede variar considerablemente.

«Mi marido se fue a Estados Unidos hace más de tres años. Nos habíamos prestado 3.000 dólares con una tasa de interés mensual del 3%. Pero él no ha podido encontrar un trabajo estable. Actualmente, todavía debo 1.500 dólares por los intereses que se van acumulando. Cada vez que me manda dinero lo utilizo para devolver la deuda» (Ernestina L., mujer de migrante en Santa Rosa).

El migrante se expone a otro tipo de riesgo. La preparación administrativa de la salida se confía a menudo a un «tramitador» que vive fuera del pueblo, generalmente en Cochabamba. Los futuros migrantes tienen que viajar, a veces varias veces al mes, para acelerar los trámites. Tal como para los prestadores, existe una red de «tramitadores» de confianza conocidos por la mayoría de las familias. Sin embargo, esta red fluctúa mucho según los periodos y el carácter de la migración. Sucede que las familias tienen que negociar con «tramitadores» poco seguros. La primera forma de abuso consiste en un chantaje de último momento. El «tramitador» exige un monto suplementario no previsto en el costo convenido al inicio, para obtener con seguridad los documentos administrativos. Una vez efectuados los primeros pagos, las familias están obligadas a ceder al chantaje. Esta táctica es tan difundida que la mayoría de las familias no dudan en prever un margen en su presupuesto inicial.

La segunda forma de abuso, que es mucho más dramática por las consecuencias que conlleva, está relacionada con la existencia de «tramitadores» falsos. Al tener un buen conocimiento de los sistemas administrativos, cobran el dinero del futuro migrante y desaparecen.

«Hace cinco años, nuestra hija tenía que irse a Estados Unidos. Hicimos hacer los trámites prestándonos en total 3.800 dólares, pero 'ellos' nunca nos dieron los papeles. Hemos gastado todo este dinero en vano. El tramitador nos ha engañado a nosotros y a otras doce personas. Hemos avisado a la policía. Lo han encontrado en Santa Cruz y lo han metido a la cárcel. De hecho, se quedó sólo una semana adentro. Seguramente ha pagado para salir» (Anacleta M., Arbieta).

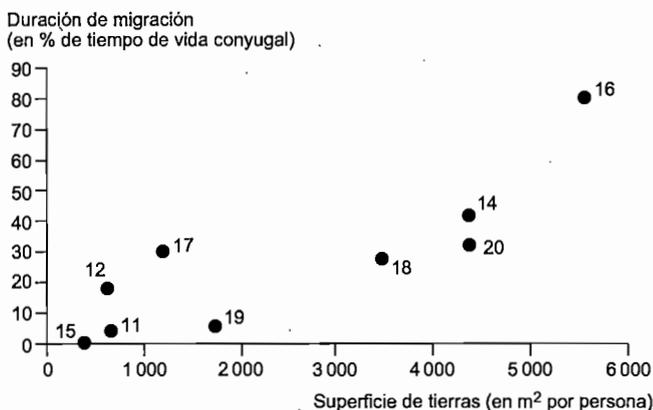
Consecuentemente, aparte del alejamiento y del aislamiento que implica una salida de larga duración, los migrantes caen bajo el yugo de los concededores de las artimañas administrativas y de los agentes financieros. Este grupo dominante, extremadamente bien integrado en el medio urbano y por naturaleza

fluctuante, incluye tanto a los migrantes experimentados que han adquirido una buena base socioeconómica y que a su vez se han convertido en prestadores de dinero y de consejos, como a los tramitadores de la ciudad. El costo psicológico, social y económico de la migración, con los riesgos de endeudamiento que implica, constituye un factor decisivo en los comportamientos migratorios. De la viabilidad inicial del proyecto dependerá no solamente la decisión de partir, sino también el éxito de la migración.

¿Migrar, un privilegio de «los menos pobres»?

En los espacios rurales donde la presión demográfica es fuerte, la falta de tierras es a menudo considerada como el principal factor para la migración. En los pueblos de Santa Rosa y de Arbieta, la relación entre el recurso tierra y la migración es paradójica. El Gráfico 19 muestra una sorprendente correlación entre el tamaño del predio agrícola y el tiempo global de la migración de los jefes de familia. Los migrantes que desde la fecha de su matrimonio han pasado la mayor parte del tiempo en el extranjero, son los que poseen las mayores superficies de tierra.

Gráfico 19 – Tiempo de migración y recurso tierra



La variable considerada aquí es el tiempo de migración del jefe de familia, en relación con el tiempo de vida conyugal. El matrimonio significa la autonomía económica del núcleo familiar. Por lo tanto, es posible relacionar las dos variables: tiempo de migración y superficie de la tierra. No obstante, la edad del jefe de familia es una variable de igual importancia, ya que a mayor edad, mayor es el tiempo absoluto de migración (número de años pasados fuera del país). Inversamente, cuanto más joven es el padre de familia, menor es su tiempo absoluto de migración, pero mayor es su tiempo relativo de migración (en relación al tiempo de vida conyugal).

Esta relación se debe a que únicamente las familias con recursos generados por el predio agrícola o por actividades de diversificación, pueden asumir la inversión monetaria y soportar el tiempo de devolución de la deuda. Durante los primeros meses de ausencia del jefe de familia, el éxito depende de la capacidad de la mujer de conservar las fuentes de ingresos agrícolas para no tener que utilizar el dinero generado por la migración. De esta manera, el migrante podrá aprovechar de su estadía en el extranjero y realizar más salidas. De hecho, cuando la migración es exitosa, puede resultar en la extensión de las tierras que posee. La mayoría de los migrantes que logran ahorrar, compran tierras en su pueblo de origen. De esta forma interviene una triple relación entre la propiedad de la tierra y la migración:

- la escasez de tierra obliga a buscar una alternativa a la agricultura orientada hacia la supervivencia económica de la familia, pero al mismo tiempo esta escasez limita el tipo de alternativas;
- cuanto mayor es la superficie de tierras, mejores son las posibilidades de recurrir a la migración hacia el extranjero. Esta relación no significa que las familias que poseen una superficie de tierras reducida nunca se involucren en el proceso migratorio, sobre todo si disponen de otra fuente de ingresos (comercio o transporte). Sin embargo, asumen un considerable riesgo;

- cuanto mayor es la superficie de tierras, más largo puede ser el tiempo de migración y mayor la posibilidad de una migración exitosa, aunque sea costosa (a los Estados Unidos o a Israel).

El nivel de instrucción de las familias es otro factor de migración. G. Deheza (*op. cit.*) demuestra que los comportamientos migratorios están en estrecha relación con los niveles de instrucción de la población.

Los pueblos estudiados se caracterizan por niveles de instrucción superiores al promedio regional en el medio rural. El 20% de la población mayor a los 6 años de edad es analfabeta, mientras que el promedio regional en el medio rural alcanza el 31% (INE, 1992). En su estudio de los migrantes del pueblo vecino de Ucureña, J. Balan (1990) insiste igualmente en este aspecto: las personas que han terminado la escuela primaria son las que más migran.

La migración imposible

Los riesgos de una salida al extranjero determinan la divergencia entre los comportamientos migratorios en los valles de Santa Rosa y de Arbieto. En 1992, aproximadamente un hogar de tres no contaba con ningún migrante en el extranjero. Dos testimonios ilustran la exclusión sociocultural o socioeconómica de los no migrantes en su comunidad.

La historia de Hilarión A.

64 años, 9 miembros de la familia presentes en el predio agrícola
Superficie de tierras: 3.6 ha

Idioma hablado por el jefe de familia: quechua

Actividad: agricultor, minero relocalizado, obrero albañil

«Nunca he salido a trabajar fuera del país como lo hace la mayoría de la gente aquí. Hasta mis doce años he vivido en Arbieto con mis padres, que tenían cuatro hectáreas de terreno. Eramos

tres hijos, una hija y dos varones. Yo era el mayor. Entonces fui a trabajar en las minas de Catavi en la región de Oruro. Raras veces volvía para ver a mi familia, sólo cuando tenía suficiente plata para el viaje. He vivido allá la mayor parte de mi vida. En total he trabajado más de veinte años en las minas.

Justo ante de la muerte de mi padre en 1948, la gente de la comunidad se ha aprovechado del hecho que él no sabía leer ni escribir para hacerle firmar un documento falso y despojarlo de sus tierras. De las cuatro hectáreas que tenía, mi hermano ha podido obtener dos, el resto se lo quedó la gente de la comunidad.

Cuando se cerraron las minas, he vuelto a vivir en Arbieto. Mi hermano me ha dado una arrobada de terreno y mi hermana recibió otra parte. En Catavi tenía una parcela donde cultivábamos papa y habas. O sea que he aprendido a cultivar la tierra. Actualmente, estas tierras no son suficientes para hacer vivir a una familia. Cada mes recibo una pensión del Estado [indemnización mensual de 200 Bolivianos que reciben los mineros relocalizados] y paralelamente trabajo como albañil en el pueblo, junto con mi hijo. Nunca he pensado salir al extranjero para trabajar; en todo caso no hablo español. En cambio, mi hijo quería irse. Pero no tenemos amigos o parientes que nos pudieran recibir allá. Aquí en el pueblo no somos bien vistos. Somos considerados extranjeros, ya que he vuelto hace solamente cinco años. Y, además, no nos gusta prestarnos plata. Yo no tengo ninguna deuda en el pueblo. De todas maneras, no nos querrían prestar plata para pagar el viaje» (Hilarión A., diciembre de 1992).

La historia de Ernán C.

40 años, 7 miembros de la familia presentes en el predio agrícola
Superficie de tierras: 1.3 ha.

Idioma hablado por el jefe de familia: quechua, español

Actividad: agricultor, ganadero, trabajador agrícola temporal

«Mi padre siempre ha vivido en Arbieto. Tenía siete arrobadas [2.5 ha] en la comunidad. Eramos tres hijos, dos chicas y yo. Cuando mi padre murió en 1968, mi madre se casó de nuevo. Ha tenido un hijo, mi medio hermano que vive ahora en Santa

Cruz. Cuando murió el segundo marido de mi madre, mi medio hermano la ha mantenido. Por lo tanto ha recibido la mayor parte de las tierras. Yo sólo he recibido media arrobada. Actualmente, tengo un pleito con él par recuperar el resto de las tierras.

Después de mi matrimonio he trabajado mucho en el Chapare para alimentar a mi familia. Yo transportaba las bolsas de coca hasta los lugares donde se fabricaba la pasta [pasta base de cocaína]. Frecuentemente caminaba varios días por el monte abriéndome camino con el machete. En esta época ganaba suficiente. Ahora los precios de la coca han bajado y es peligroso trabajar en el Chapare. A veces vuelvo allá cuando no tengo suficiente plata para alimentar a mi familia. Pero en el pueblo no está bien visto trabajar con los coccaleros. Quise irme a Argentina porque uno de los hermanos de mi mujer vive allá. Al comienzo he podido quedarme varios meses. Iba y venía. Y después tuve un accidente. Ahora ya no puedo trabajar como antes, ya no puedo cargar mucho peso. Varias veces he tratado de volver a trabajar en Argentina pero como no encontraba trabajo, cada vez me endeudaba. Ahora la gente de la comunidad ya no quiere prestarme plata. Dicen que soy demasiado pobre y que no podría devolver mis deudas. No me tienen confianza. Me peleó mucho con la gente de acá» (Ernán C., junio de 1992).

En los pueblos de Santa Rosa y de Arbieto, la migración internacional concierne sobre todo a las capas favorecidas de los campesinos, más por razones de viabilidad que de necesidad. El acceso a la migración depende al mismo tiempo de la base social de la familia, de su propiedad inicial de tierras y de sus capacidades de desarrollar actividades paralelas a la agricultura. Si bien la cohesión social comunitaria sigue siendo el elemento clave del proceso migratorio, la selectividad se basa en la diferenciación sociocultural y económica de las familias. El grado de instrucción, la presencia o no de una tradición migratoria en la familia, la experiencia vivida, el acceso a la información, la inserción y el lugar socioeconómico de los individuos dentro de la comunidad y sus capacidades de adaptación son factores que se añaden al incentivo del salario.

El otro lugar, un espacio cotidiano

Las estrategias migratorias en las comunidades campesinas de Pampa Churigua, Santa Rosa y Arbieto plantean en primer lugar la cuestión de la configuración espacial de la migración rural. Migraciones internas a partir del altiplano, migraciones internacionales de los campesinos de los valles: ¿cómo explicar esta diferencia entre los destinos migratorios entre dos pisos ecológicos tan cercanos? E inversamente: ¿por qué las familias menos necesitadas y más instruidas de la comunidad de altura no migran al extranjero?

Se pueden proponer varias hipótesis. Puesto que para la migración internacional se necesita recurrir al préstamo y se requiere un «sentido» de acumulación a largo plazo, ésta puede parecer alejada de las lógicas más tradicionales de los campesinos de Pampa Churigua. Sin embargo, existe cierta capacidad de acumulación y de ahorro en la comunidad de altura. El hecho de que la mayoría de la población de Pampa Churigua compra tierras en el Chapare es una prueba de ello.

La necesidad de acceder a redes sociales específicas también puede restringir la difusión de la migración internacional en la comunidad de altura. La dinámica de esta migración proviene de un sistema de organización colectiva que funciona al interior de la estructura comunitaria. Se basa en la solidaridad interfamiliar y no puede ser objeto de una gestión estrictamente individual. «Es corriente encontrar ciertas regiones, pueblos o comunidades caracterizados por una fuerte migración, mientras que ésta está ausente en otras regiones. Esta tendencia se explica por el rol de las redes sociales en el proceso migratorio» (Balan, 1990: 277).

Sin lugar a dudas, el origen sociohistórico de la población campesina y sus particularidades locales constituyen el factor de explicación más pertinente. En la primera mitad del siglo XX, la emergencia de una categoría de campesinos independientes que diversificaron sus actividades frente a una creciente demanda de tierras, ha trastocado las relaciones de los campesinos con sus territorios. Los «piqueros» involucrados mucho antes de la Re-

forma Agraria en una lógica individual de apropiación y de aprovechamiento de las tierras (las de las haciendas), fueron motivados a integrarse rápidamente en las redes regionales de comercialización. El desplazamiento y la diversificación de las actividades familiares fueron las condiciones de esta apertura hacia el espacio regional. Al haberse integrado muy temprano en el sistema comercial regional, los campesinos de los valles tienen una larga práctica de movilidad espacial. El progresivo crecimiento del sector terciario y la urbanización del campo a partir de los años cincuenta han reforzado esta tendencia. Al mismo tiempo, la integración económica prematura de este campesinado en el espacio regional ha llevado consigo la recomposición de las identidades socioculturales campesinas. Hoy en día, el mestizaje, el acceso a la educación y al bilingüismo, la urbanización y la individualización de los comportamientos, así como la disminución de la cohesión comunitaria favorecen las salidas al extranjero y facilitan la integración de estos campesinos quechuas en los centros urbanos argentinos o norteamericanos.

Si bien hoy en día los pueblos del Valle Alto son más propicios a la migración que las comunidades de altura, en las que dominan los indígenas quechuas monolingües, esta diferencia entre los destinos de la migración no es definitiva. Un cambio en la coyuntura económica y política nacional o incluso internacional puede modificar en cualquier momento las trayectorias migratorias. En la época del «boom» de la coca, por ejemplo, los campesinos de Santa Rosa y de Arbieta cambiaron el extranjero por el Chapare. La mayoría de las familias se lanzaron en la elaboración de la pasta base de cocaína, que proporcionaba mayores ingresos que un salario de albañil en Argentina (en el transcurso del periodo 1980-1985, el Valle Alto era un espacio motor de la economía de la coca-cocaína). Pero desde el momento en que cayeron los precios y que las políticas antidroga se endurecieron, los campesinos se retiraron del mercado de la coca y se fueron nuevamente al extranjero.

En la región de Cochabamba, la «mundialización» de las economías campesinas y de las migraciones está indiscutible-

mente en curso. Sea en la comunidad de altura o en los valles, los comportamientos migratorios están sometidos a las coyunturas económicas y políticas a nivel nacional o internacional. La migración hacia el Chapare conduce a una fuerte dependencia y vulnerabilidad de los campesinos cuyas lógicas de subsistencia están actualmente ligadas a la economía de la coca. Atrapados en las mallas de la vasta y compleja red del espacio-mundo, el campesino de Pampa Churigua sólo dispone de bajos márgenes de maniobra para adaptarse a las presiones de los actores nacionales e internacionales. La reversibilidad de los comportamientos migratorios se basa en la coyuntura sociopolítica y económica del momento (control del tráfico, precio de venta de la coca, etc.). Asimismo, en los valles, las migraciones superan ampliamente el marco local o regional; el campesino está sometido a las fluctuaciones de las políticas de inmigración de los países ricos, a los cambios de moneda, al mercado internacional del trabajo, etc.

A causa del arraigo de la migración en las sociedades de origen, las dinámicas de movilidad son testimonios de un modo original de extensión del espacio de vida campesino que los actores locales viven de manera «semi autónoma». En la comunidad de altura, el Chapare, situado a 150 km de distancia, forma parte del horizonte cotidiano y permanente de los campesinos. La migración es una alternativa totalmente integrada y adaptada al ciclo de vida de los individuos y al desarrollo social de la familia. El acceso a las tierras bajas no significa la transferencia de la población a otro sistema socioeconómico. Por el contrario, las formas de inserción en el Chapare, los tipos de actividad y los ritmos de migración demuestran la voluntad de combinar dos espacios de producción. La expresión más significativa de esta dimensión es la tenacidad de la población campesina de querer invertir en las tierras del Chapare, mientras que la coyuntura apenas favorece la comercialización de la coca.

En los valles, la migración hacia el extranjero es igualmente una alternativa generalizada, que se ha convertido en elemento estructural de la economía campesina. Las lógicas de movilidad

se basan al mismo tiempo en un sistema de organización comunitaria muy estructurado y en la iniciativa individual. La migración, convertida en «tradición reticular» (Delauney, 1991), se perpetúa de padre a hijo, basándose en una práctica del espacio que se ha vuelto familiar y que es sustentada por redes sociales y por necesidades económicas. El sistema de movilidad se basa en la fragmentación espacial de la familia y en la diversificación de las actividades.

De esa manera, en estas regiones andinas de Bolivia, la migración no significa el éxodo. Ni el productor de coca del Chapare, ni el asalariado en Buenos Aires abandonan sus tierras de origen. Por el contrario, fundamentan su lógica de movilidad en la necesidad de mantener su presencia y sus actividades en la comunidad a la que pertenecen. La migración es permanente y estructural, pero nunca es definitiva. Gracias a la estructura comunitaria y familiar, el campesino combina, dispone y superpone varios espacios de subsistencia. Practica una estrategia permanente de extensión espacial que supera ampliamente la coyuntura.

Parte 3

El devenir campesino: Supervivencia, cambios y desarrollo



Las migraciones hacia el extranjero o hacia el Chapare conducen a la atomización de los espacios de vida de los individuos, tanto a nivel nacional como a nivel internacional, pero sin que se produzca una ruptura con el espacio de origen. Las transferencias de bienes, de dinero, de valores y de información que conllevan estos desplazamientos, contribuyen a una recomposición económica y sociocultural de los espacios de emigración cuyas formas pueden ser muy diversas. ¿Los efectos de la migración conducen a una desestructuración del campesinado andino o a un nuevo modo de desarrollo económico y social? ¿La migración puede ser considerada como una estrategia de reproducción de la familia y de las sociedades campesinas?

Se abordarán las repercusiones socioeconómicas de la migración en los pueblos estudiados siguiendo varios criterios estrechamente entrelazados: los niveles de ingreso, los modos y las opciones de consumo, las inversiones realizadas por las familias (también a largo plazo) y las relaciones de los migrantes con su sociedad de origen.

Cambios económicos y socioculturales en los espacios de emigración

Inquirir sobre los cambios económicos y socioculturales de los espacios rurales bajo el efecto de la emigración, remite a una serie de preguntas: ¿Cuáles son los lazos de los migrantes con su familia que se queda en el lugar? ¿Permite la migración aumentar los niveles de vida y en qué proporción? ¿Se presentan nuevos modos de consumo y nuevos sistemas de valores? ¿La cohesión comunitaria se ve afectada?

Hacia nuevas lógicas socioeconómicas

Las encuestas realizadas durante un año continuo en unas veinte familias (véase Anexo 1) han permitido poner de manifiesto un cierto número de indicadores de las lógicas socioeconómicas campesinas.

El método de análisis combina cifras exactas respecto a los ingresos y los gastos familiares con datos más empíricos que resultan de la observación de los comportamientos socioculturales. Estos datos son puestos en relación con la migración con el fin de captar sus repercusiones.

Los ingresos de la migración

Los procesos migratorios repercuten de forma más directa en el nivel de vida de las familias en términos de ingresos moneta-

rios. ¿La migración crea una nueva diferenciación económica al interior de las sociedades campesinas o, por el contrario, disminuye las desigualdades?

Riqueza de los valles, pobreza del altiplano

Los niveles de ingreso de las familias de Pampa Churigua son claramente menores que los de los pueblos de los fondos de valle donde predomina la migración internacional. Las diferencias son considerables, puesto que en promedio una familia de Santa Rosa o de Arbieta tiene un ingreso anual seis veces mayor que una familia de la comunidad de altura.

En Pampa Churigua, el ingreso promedio de las nueve familias estudiadas es de 5.000 Bolivianos anuales, es decir de 1.320 dólares (con una tasa de cambio promedio de 3.78 Bolivianos por un dólar). El ingreso por persona presente en el predio agrícola al momento de la encuesta, es de 900 Bolivianos, es decir de 238 dólares. En Santa Rosa y Arbieta, el ingreso anual promedio es de 35.200 Bolivianos, es decir de 9.300 dólares, lo que corresponde a 1.300 dólares anuales por persona.

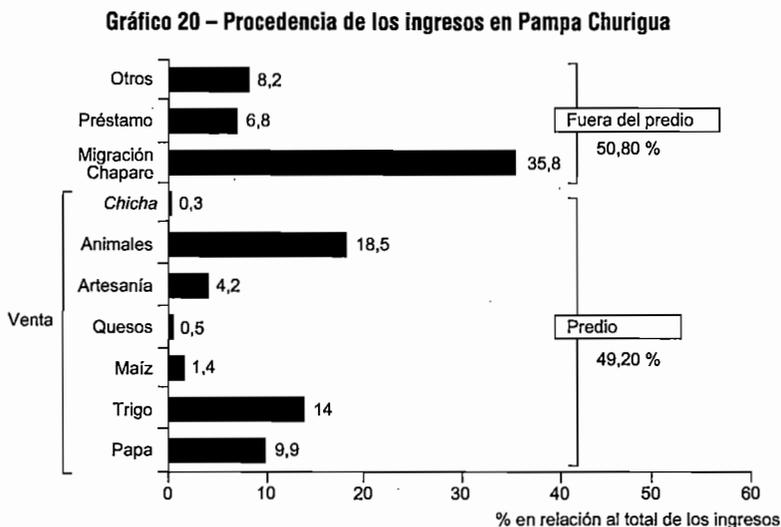
En Bolivia se dispone de pocos datos sobre los niveles de ingreso en el medio rural, de manera que es difícil situar estos resultados en una escala de referencia.

Sin embargo, un estudio de los hogares agrícolas del departamento de Cochabamba proporciona elementos de comparación (Caro *et al.*, 1992). Según estas encuestas, el ingreso promedio anual de las familias rurales de las zonas de altura (los campesinos instalados permanentemente en el Chapare no están incluidos) sería de 1.410 Bolivianos, es decir 410 dólares. Por lo tanto, es muy inferior al ingreso calculado para Pampa Churigua y *a fortiori* para los pueblos de valle. En cambio, los hogares agrícolas del Chapare presentan ingresos superiores a los de los colonos de Pampa Churigua, a pesar de que poseen una superficie de tierras equivalente: 2.700 dólares anuales contra 2.010 de la familia de colonos más rica de Pampa Churigua.

Es difícil decir si estas diferencias se deben a la baja del precio de venta de la hoja de coca entre 1991 y 1993 o a los diferentes métodos de encuesta. En todo caso, la migración hacia el Chapare permite a las familias de Pampa Churigua lograr ingresos superiores al promedio regional, aunque muy inferiores a los de los colonos que residen permanentemente en el Chapare.

¿Sustituye la migración a la agricultura?

La importancia de la migración en las economías familiares se mide por los ingresos que ésta genera en relación con las otras actividades, y particularmente en relación con la agricultura. En el caso de las nueve familias estudiadas en Pampa Churigua, los recursos monetarios obtenidos «fuera del predio agrícola», es decir fuera de la comunidad, representan en promedio la mitad de los ingresos anuales de las familias. Tan sólo la migración aporta el 36% de los ingresos anuales, una proporción que en algunas familias puede alcanzar más del 60% (Gráfico 20).

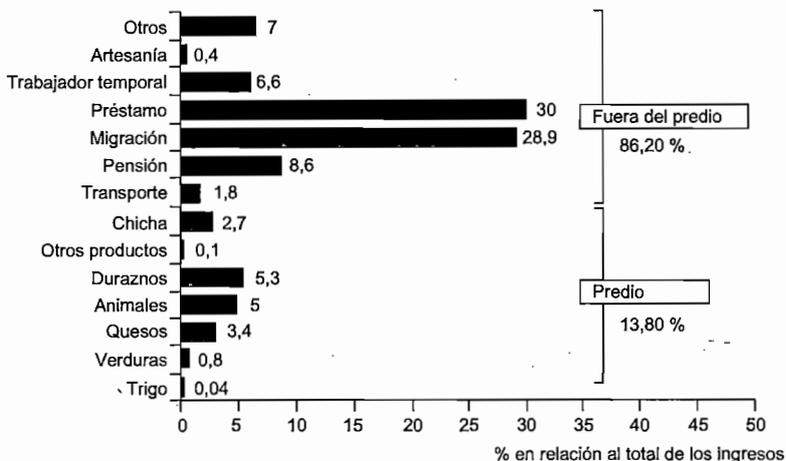


Fuente: Seguimiento anual de los ingresos

El Gráfico 20 permite visualizar, además, la importancia de la agricultura y de la ganadería. Estas actividades generan aproximadamente el 50% de los ingresos anuales. La venta de trigo, de papa y de animales constituye la fuente principal de los ingresos agropecuarios. Dicho de otra manera, paralelamente a la migración hacia el Chapare, la actividad agropastoril en Pampa Churigua sigue jugando un papel sustancial en la subsistencia de la familia.

La importancia de la migración en las economías familiares es todavía más visible en los pueblos de los valles (Gráfico 21). Más del 80% de los ingresos familiares provienen de fuera del predio agrícola. Tan sólo la migración representa casi el 30% de los ingresos.

Gráfico 21 – Procedencia de los ingresos en Arbieto y Santa Rosa



Fuente: Seguimiento anual de los ingresos, 1992-1993

Tomando en cuenta únicamente a las familias de migrantes, la migración genera en promedio el 45% del total de los ingresos o en algunos hogares incluso el 70%. En ello, los hijos juegan a menudo un papel primordial. En el caso de un hogar, el dinero enviado por los dos hijos residentes en Israel alcanza el 67% de los ingresos anuales (es decir 7.500 dólares). Contrariamente a la comunidad de altura, la agricultura y la ganadería participan escasamente en los ingresos familiares (menos del 15%). El predio

agrícola se ha convertido en una fuente de ingresos secundaria. Para la casi totalidad de las familias, las cosechas son insuficientes para producir excedentes, especialmente las de los productos tradicionales como el maíz, el trigo o la papa. En cambio, la ganadería representa aproximadamente el 8% del total de los ingresos (venta de productos lácteos y de animales).

En los pueblos de valle, la monetarización de las economías familiares introduce otra relación con el dinero, que se puede observar en las prácticas monetarias de las familias. En promedio, más del 30% de los ingresos anuales de las familias provienen de préstamos de vecinos y parientes. Si bien estos préstamos son destinados a financiar una salida al extranjero, una parte considerable es destinada al consumo corriente (un 40% en promedio). Se desarrolla un nuevo comportamiento con respecto al consumo: los gastos preceden a menudo al ingreso de dinero. Sin embargo, éste es muy aleatorio. No solamente los ingresos de la migración no son seguros, sino que además son irregulares. Los ingresos agrícolas, cuando existen, son anuales. Tan sólo la ganadería bovina puede asegurar una inyección monetaria diaria, a condición que el rebaño sea suficientemente grande. Las formas de comercialización del queso reflejan esta nueva lógica ya que los intermediarios pagan por adelantado a los productores por la producción y la venta. Dicho de otra forma, se gasta el dinero antes de ganarlo.

La frecuente falta de dinero incita a las familias a practicar «el préstamo por turnos». En caso de necesidades monetarias, se prestan de una familia para devolver dinero a otra que reclama el pago. En este sistema circular, todo el mundo se presta o devuelve en cualquier momento, lo que crea relaciones de dependencia, conflictos y sobre todo situaciones irreversibles de endeudamiento en algunas familias.

¿Son menos «pobres» los migrantes?

En Pampa Churigua, los niveles de ingreso varían entre 130 y 530 dólares anuales por persona, es decir tienen una relación de 1 a 3.3. Por lo tanto, la diferenciación interfamiliar es

relativamente débil. La migración hacia el Chapare no produce fuertes disparidades económicas al interior de la comunidad; por el contrario, tiende a reajustar los desequilibrios preexistentes principalmente debidos a la distribución desigual del recurso tierra.

La jerarquía de los niveles de ingreso es la siguiente:

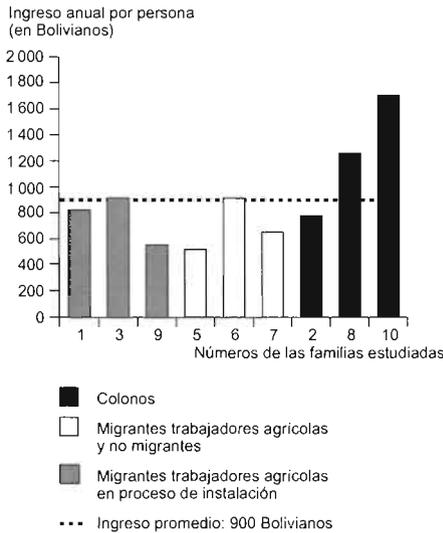
- Familias con ingresos bajos: de 500 a 800 Bolivianos por persona (de 130 a 210 dólares);
- Familias con ingresos medianos: de 800 a 1.000 Bolivianos por persona (de 210 a 260 dólares);
- Familias con ingresos altos: de 1.000 a 2.000 Bolivianos por persona (de 260 a 530 dólares).

¿Interviene la migración en esta jerarquía económica? Si nos referimos al ingreso anual por persona, esta relación no es evidente (Gráfico 22).

Las dos familias que disponen de los mejores ingresos, son colonos productores de coca (familias 8 y 10). Sin embargo, la familia 2, que también aprovecha tierras en el Chapare, tiene un ingreso inferior al promedio de 900 Bolivianos (familia 2). Por su parte, las familias sedentarias no tienen necesariamente los ingresos más bajos. La familia 6, por ejemplo, que cuenta con un solo miembro que migra hacia el Chapare, alcanza un nivel de ingresos mediano dedicándose sólo a su producción agrícola.

Consecuentemente, la migración hacia el Chapare no genera necesariamente mejores ingresos, por lo menos cuando éstos se relacionan con el número de personas que viven en el hogar. Los rendimientos de la coca, que son muy desiguales según la edad de las plantaciones y variables de una cosecha a la otra, hacen que los ingresos de los colonos sean inseguros. Además, algunos campesinos tienen que emplear mano de obra externa para la cosecha de la coca, lo que disminuye los beneficios monetarios. En el caso de la familia 8, es la prioridad concedida a la educación de los hijos la que hace que el uso de la mano de obra familiar sea reducido.

Gráfico 22 – Niveles de ingreso en Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento anual de los ingresos, 1992-1993
 Los "migrantes trabajadores agrícolas en proceso de instalación" son los que compraron tierras en el Chapare durante nuestro estudio

En los pueblos de los fondos de valle, la distribución de las riquezas se basa en mayor medida en los comportamientos migratorios, con una diferenciación socioeconómica mucho más marcada que en Pampa Churigua.

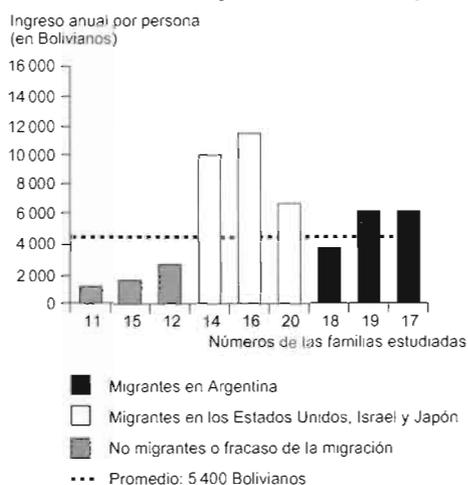
La familia más pobre dispone de un ingreso anual que equivale al 7% del de la familia más «rica»; la relación es de 1 a 14 (1.500 dólares contra 21.000 dólares). Tomando como indicador el ingreso anual por persona, la jerarquía económica es la siguiente:

- Familias con ingresos bajos: de 1.000 a 3.000 Bolivianos (de 260 a 790 dólares); familias 11, 12 y 15;
- Familias con ingresos medianos: de 3.000 a 6.000 Bolivianos (de 790 a 1.580 dólares); familias 18, 19 y 17;
- Familias con ingresos altos: de 6.000 a 12.000 Bolivianos (de 1.580 a 3.170 dólares); familias 14, 16 y 20.

Las diferencias entre los ingresos reflejan los comportamientos migratorios (Gráfico 23). Los bajos ingresos corresponden a los ho-

gares cuyos miembros no migran (familias 11 y 15) y al hogar en el que la migración es un fracaso (familia 12). Los hogares con ingresos medianos, a su vez, tienen uno o varios miembros migrantes en Argentina (familias 17, 18 y 19). El último grupo es el de los migrantes a los Estados Unidos o a Israel (familias 14 y 16) o de los que recientemente migraron hacia este país (familia 20).

Gráfico 23 – Niveles de ingreso en Santa Rosa y Arbieta



Fuente: Seguimiento anual de los ingresos, 1992-1993

¿Cuáles son las posibilidades de acumulación monetaria?

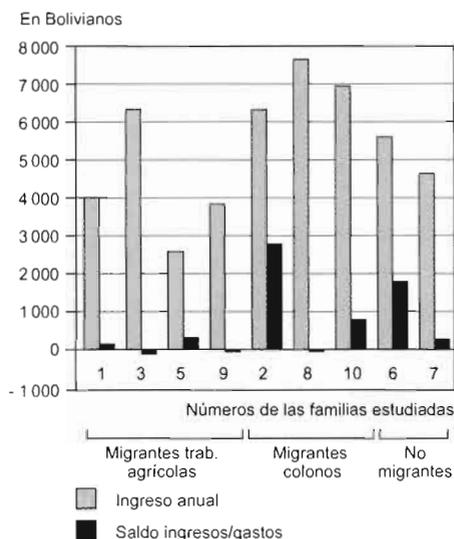
Sea en los valles o en el altiplano, la migración constituye una importante fuente de ingresos para la economía familiar. Sin embargo, hay que relativizar este aporte, teniendo en cuenta las posibilidades de acumulación monetaria y los obstáculos presupuestarios de las familias. Un balance monetario anual proporciona una indicación de la capacidad de ahorro de las familias.

Escasas posibilidades de acumulación en Pampa Churigua

En Pampa Churigua, el seguimiento anual de los gastos/ingresos muestra una baja capacidad de acumulación al final

de la investigación (Gráfico 24). Si bien el balance monetario familiar es raras veces negativo (en oposición a la zona de Arbieta y de Santa Rosa se suele temer el endeudamiento), la migración ligada a la economía de la coca no permite un progreso económico real de los campesinos.

Gráfico 24 – Balance monetario de las familias de Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento anual de los gastos y de los ingresos, 1992-1993

Únicamente en tres familias, una de de las cuales no migra (familia 6), existe un ahorro significativo. Si bien es cierto que gracias a la venta de la coca, las familias de antiguos colonos son las que tienen mayores posibilidades de ahorro (familias 2 y 10), son también las que tienen mayores gastos (más de 100 Bolivianos por mes, contra 40 a 80 para el resto de las familias). El dinero ahorrado se destina a menudo a la ampliación del predio agrícola en el Chapare.

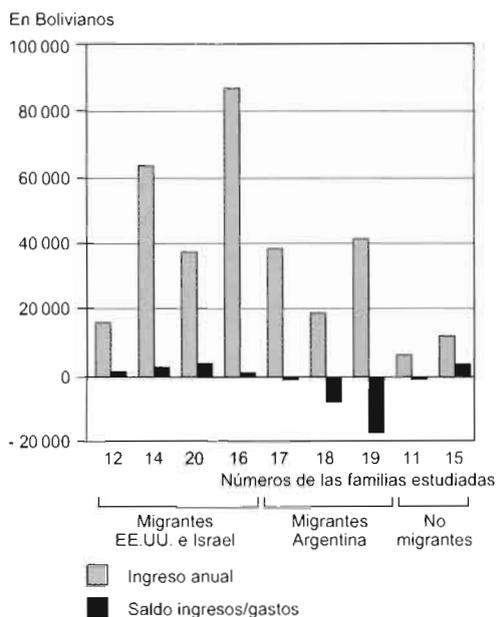
La migración temporal como trabajador agrícola es en primer lugar un medio de «supervivencia» diaria antes que una fuente de ahorro. Cuando las familias logran ahorrar, sólo es al cabo de varios años de migración y, en este caso, dan prioridad a la compra de tierras en el Chapare (familias 1, 3 y 9).

Sin embargo, estas familias tienen un margen de maniobra muy reducido y manejan un presupuesto apretado, a menudo de día a día. La compra de tierras absorbe frecuentemente la totalidad del ahorro de la familia a costa de las necesidades de consumo corriente. Las familias 3 y 9, que tienen un saldo ligeramente negativo a causa de esta inversión, no disponen del monto necesario para financiar el aprovechamiento de la tierra. El nuevo colono tiene que tener un mínimo de reservas monetarias para comprar herramientas, plantas y semilla (por ejemplo, la plantación de una hectárea de coca cuesta aproximadamente 500 dólares). La familia 9, después de haber destinado la totalidad de sus ahorros a la compra de tierras, por falta de recursos económicos no pudo sembrar el arroz a tiempo, después de haber realizado el desmonte de sus parcelas.

Los riesgos del endeudamiento en los valles

En los valles, la migración hacia lugares muy distantes genera ingresos elevados, pero produce gastos más altos, especialmente para la salida del migrante. La capacidad de ahorro de las familias está condicionada sobre todo por la devolución de los préstamos, pero también por la capacidad de la mujer de manejar el predio agrícola y el presupuesto familiar. En estas condiciones, al término de la investigación sólo cinco familias de nueve disponían de un ahorro (Gráfico 25). En algunos hogares, el endeudamiento es alto, entre 100 y 4.000 dólares. Las familias cuyos miembros migran hacia Argentina, son las que muestran los balances monetarios más negativos. En algunas de ellas (familias 18 y 19), el endeudamiento se explica por el fracaso de la migración hacia los Estados Unidos (rechazo en la frontera), para la que se habían prestado un monto importante con el fin de financiar los costos de viaje.

Ciertos saldos monetarios, positivos o negativos, se explican por alguna circunstancia particular. La familia 15, por ejemplo, tiene una baja capacidad de acumulación, mientras que su saldo es muy positivo. En cambio, otras tienen una real capacidad de ahorro gracias a los ingresos combinados de la migración hacia lugares alejados y de la agricultura (familias 14 y 12).

Gráfico 25 – Balance monetario en Arbieto y Santa Rosa

Fuente: Seguimiento de los gastos y de los ingresos, 1992-1993

Cuando las familias alcanzan un nivel de endeudamiento muy alto y el sistema «de préstamo por turnos» no es viable, hay tres soluciones posibles: la salida hacia Argentina de otro miembro de la familia (lo que aumenta la deuda a corto plazo), la venta de una parte del rebaño (lo que implica la disminución de los ingresos generados por la ganadería) o la salida de toda la familia hacia el extranjero dejando las tierras a un pariente. Los raros casos de descapitalización se manifiestan en la venta de una parte o de la totalidad de las tierras.

«Desde hace tres años estoy trabajando en Argentina. Me fui porque tengo que devolver un préstamo de 3.000 dólares que me hice para salir a los Estados Unidos. Pero me han rechazado en la frontera. Toda la plata que envié a mi mujer ha servido para devolver este préstamo. Durante este tiempo, mi familia vivía de la venta de chicha y de la ganadería. Últimamente he

vuelto con ahorros, pero tuvimos que hacer operar a mi hija. Ahora voy a vender las dos vacas que nos quedan y voy a llevar a toda mi familia a Argentina» (Rómulo C., Santa Rosa).

De esta manera, la migración internacional permite, por un lado, aumentar considerablemente los ingresos de la población. En esta región de Bolivia se puede hablar de un «campesinado rico» (en comparación con los ingresos promedio a nivel nacional). Por otro lado, la dependencia monetaria de la migración y los riesgos de endeudamiento debilitan la economía familiar, por lo menos cuando se trata de la primera salida hacia un destino alejado. La migración introduce así una importante diferenciación económica al interior del pueblo, donde coexisten los no migrantes pobres, los migrantes endeudados y los migrantes ricos.

Hacia nuevos modos de consumo y de comportamientos socioculturales

La migración y los ingresos que genera constituyen un poderoso factor de cambio en la identidad. Los modos de utilización de los recursos monetarios reflejan ciertas prioridades o necesidades de consumo que echan luces no solamente sobre el nivel de vida de las familias, sino también sobre sus mentalidades. La migración trae consigo nuevos valores y nuevos comportamientos socioculturales, que se vislumbran en las prácticas rituales, la vida comunitaria, las relaciones interfamiliares, etc. Sin embargo, estos cambios no son de la misma naturaleza, ni tienen la misma intensidad en los tres lugares de estudio.

Las prioridades monetarias

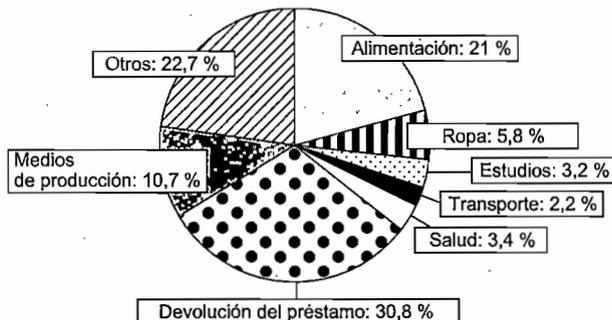
Para ilustrar mejor los modos de consumo, se distinguen los gastos corrientes de los gastos excepcionales. Éstos consisten principalmente en inversiones puntuales en los medios de producción (compra de tierras, de animales, de herramientas, etc.) o en la com-

pra de diversos productos manufacturados (bicicleta, radio, etc.). Los demás gastos (alimentación, ropa, medios de producción, etc.) son considerados «corrientes». La parte representada por los gastos excepcionales es un indicador del «bienestar» material de la familia.

El surgimiento de una élite campesina en los valles

En Santa Rosa y Arbieta, los modos de consumo se caracterizan porque gran parte del presupuesto se destina a los gastos «excepcionales» (más del 50%). En el Gráfico 26, estos gastos están compuestos por la devolución de préstamos y los «otros» gastos, que se refieren a los bienes de consumo no elementales (combustible, electricidad, mejoramiento de la vivienda, compra de utensilios, de radios, de bicicletas, etc.).

**Gráfico 26 – Utilización de los ingresos en Santa Rosa y Arbieta
(en porcentaje de los gastos anuales)**



Fuente: Seguimiento anual de los gastos, 1992-1993

En los pueblos de valle, los índices de prosperidad son numerosos: todos los hogares poseen una radio y la gran mayoría un aparato de televisión. Las familias más ricas instalan inodoros que sustituyen progresivamente a las tradicionales letrinas.

Consecuentemente, la mejora de los niveles de ingreso permite a las familias ampliar sus gastos hacia otras categorías de productos alimenticios. Sin embargo, la parte del presupuesto destinada a la alimentación es superior que en las familias de

Pampa Churigua, cuyos ingresos son muy inferiores (21% contra 17%). En realidad, la escasez de los cultivos alimenticios restringe el autoconsumo y conduce a la monetarización del abastecimiento alimentario.

Este fenómeno fue igualmente constatado por A. Franqueville en otras regiones rurales, donde el 53% de los gastos anuales están destinados a la alimentación: «La importancia del gasto para alimentación en el ámbito rural es sorprendente, pues representa más de la mitad de los gastos globales. Esto refleja al mismo tiempo la integración de las familias estudiadas en el mercado y la insuficiencia de la producción agrícola para asegurar el abastecimiento» (Franqueville *et al.*, 1992: 73).

La desigualdad de los ingresos viene acompañada de una estratificación de los modos de consumo.

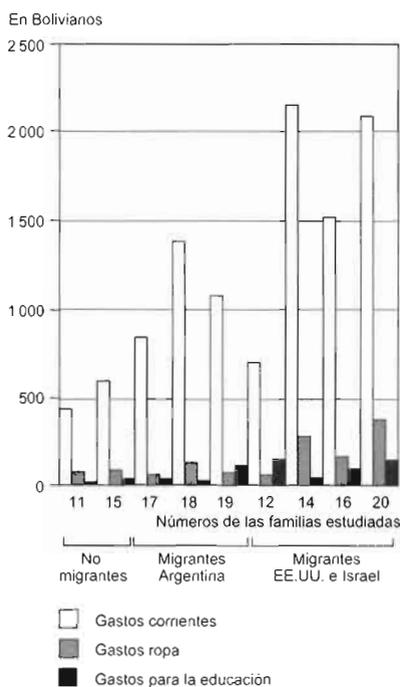
Las familias de migrantes hacia los Estados Unidos e Israel gastan en promedio seis veces más que las familias sedentarias con ingresos bajos y dedican más del 30% de su presupuesto a «otros» gastos. Esta proporción no supera el 15% en las familias que tienen ingresos bajos.

Los estudios de los hijos ocupan distintos lugares en las prioridades monetarias de las familias (Gráfico 27). Los ingresos de los no migrantes generalmente son demasiado bajos como para escolarizar a los hijos. En el caso de la familia 11, el hijo mayor ha dejado sus estudios desde sus 13 años para trabajar en las plantaciones frutales de los migrantes «ricos». En cambio, mejores ingresos permiten al jefe de familia «invertir» más en la educación de sus hijos. A menudo, la migración hacia el extranjero se inscribe en una verdadera estrategia educativa.

La familia 20 corresponde a este esquema (aunque por sus ingresos más altos, el dinero consignado a los estudios de los hijos sólo representa el 5% del presupuesto anual). También la familia 12 favorece la educación de sus hijos: a pesar de sus bajos ingresos, más del 10% del presupuesto familiar es destinado a este concepto. El dinero que el marido envía desde los Estados Unidos se invierte casi íntegramente en los estudios de los hijos,

que van a una escuela privada del «más alto nivel» en Cochabamba. Incluso cuando la familia no recurre a la estrategia migratoria y además tiene ingresos bajos, sucede que considera prioritaria la instrucción de los hijos (caso de la familia 15).

Gráfico 27 – Gastos familiares en Santa Rosa y Arbieta



Fuente: Seguimiento anual de los gastos, 1992-1993

Sin embargo, la migración produce a veces efectos diametralmente opuestos. La familia 14, por ejemplo, dedica una parte mínima de su presupuesto a la educación de los hijos (menos de 1%), a pesar de disponer de ingresos altos. Los padres, que viven en el predio agrícola, prefirieron mandar a sus dos hijos mayores a trabajar en Israel, con el objeto de financiar los costos de producción de sus plantaciones frutales.

En realidad, la prioridad concedida a la instrucción de los hijos forma parte de la «herencia» familiar. En los casos mencio-

nados, el padre o la madre de familia tienen un nivel de instrucción relativamente elevado, por lo menos en comparación con las demás familias. Por lo tanto, es difícil determinar qué influencia tiene la migración en los niveles de instrucción. Una sola cosa es segura: cuando existe la voluntad y la predisposición del jefe de familia, la migración hacia el extranjero es uno de los medios más eficaces para financiar la educación de los hijos.

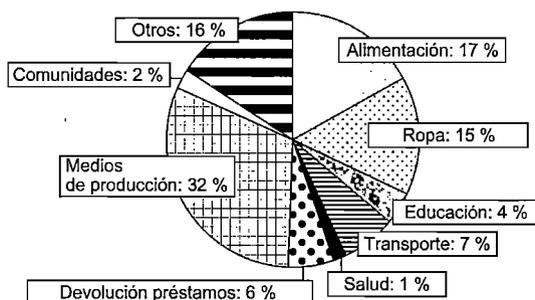
Gastos poco diversificados en Pampa Churigua

¿Cuáles son las prioridades monetarias en Pampa Churigua? Los gastos excepcionales representan el 18% del presupuesto anual, una proporción muy inferior a la de los pueblos de valle. Las familias de migrantes dedican una parte más importante que las demás a este tipo de gastos (entre el 17 y el 30%), que son destinados sobre todo a la compra de tierras. En las familias de no migrantes, la proporción de este tipo de gastos es baja, fluctuando entre el 5 y el 12%. Teniendo en cuenta los gastos globales, únicamente el 17% del presupuesto familiar es invertido en la alimentación (Gráfico 28). Traducido a los gastos corrientes, la proporción es del 25%.

La mayor parte del presupuesto familiar se invierte en los medios de producción, que aquí incluyen la compra de tierras en el Chapare. Si no se toma en cuenta estas inversiones, los costos de producción en Pampa Churigua son relativamente bajos. Se limitan a la compra eventual de semillas cuando la producción ha sido insuficiente o, con menor frecuencia, a la compra de abonos químicos para el cultivo de la papa.

Las familias de colonos que logran una acumulación monetaria gracias a la venta de la coca invierten su dinero en la compra de alimentos, bebidas y bienes manufacturados, y algunos en la compra de nuevas tierras en el Chapare. Para estas familias, el predio agrícola del Chapare implica gastos en mano de obra y en transporte. Lógicamente, el predio absorbe una parte más importante del presupuesto de los migrantes (entre el 13 y el 20% de los gastos totales, contra el 7% en promedio).

**Gráfico 28 – Utilización de los ingresos en Pampa Churigua
(en porcentaje de los ingresos anuales)**



Fuente: Seguimiento anual de los gastos, 1992-1993

Los «otros» gastos están relacionados sobre todo con el equipamiento doméstico (combustible, velas, productos de mantenimiento, utensilios, etc.) y la mejora de la vivienda. Sorprendentemente, estos gastos constituyen gran parte de los recursos monetarios. Si sólo se tienen en cuenta los gastos corrientes, ¡la proporción pasa al 31%! A manera de comparación, A. Franqueville *et al.* indican una proporción muy inferior, es decir únicamente el 7% del presupuesto (1992: 71).

Por el contrario, la salud y la educación están muy alejadas de las preocupaciones familiares. En Pampa Churigua, la educación no constituye una estrategia de ascensión social y económica. Algunos antiguos colonos compran un terreno en los barrios del sur de Cochabamba para construir una vivienda de paso. Estas familias desean establecer un punto de enlace urbano para la comercialización de la producción agrícola en el mercado de la Cancha, pero raras veces para asegurar un alojamiento en la ciudad para los estudios de sus hijos.

A partir del segundo ciclo escolar, los niños de la comunidad tienen que bajar a los valles. Por lo general, sólo los varones continúan sus estudios en Tarata, sea alojándose en casa de un pariente cercano a cambio de pequeños servicios, sea volviendo a subir cada noche a la comunidad. Sin embargo, la mayoría de las familias prefiere mandar a sus hijos a trabajar en el Chapare apenas tienen la edad de migrar. Los escasos gastos en educa-

ción se limitan entonces a pagar cuotas puntuales para el mantenimiento de la escuela de Pampa Churigua o a la compra de materiales para la entrada escolar en febrero. Estas cuotas son percibidas por la población como una carga que pesa sobre el presupuesto familiar.

La protección sanitaria aún es poco atendida en la comunidad, especialmente frente a la amenaza del cólera. El aislamiento puede ser una explicación de los escasos gastos en salud: la posta sanitaria más cercana se sitúa a más de tres horas de caminata. Además, y éste es seguramente el elemento más determinante, las familias campesinas recurren sistemáticamente a la medicina tradicional. Ésta se basa no solamente en el uso de plantas (especialmente de la hoja de coca), sino también en rituales religiosos sincréticos (invocación de espíritus, sacrificios, cantos mágicos, etc.).

Generalmente son las mujeres las que se encargan de estos rituales. Cuando no logran alejar a los «malos espíritus», recurren al chamán (curandero o *yatiri*, «el que sabe» en aymara) a quien las familias visitan regularmente. Las consultas tienen un costo bastante alto, aunque no se pague con dinero. Es usual llevarle al *yatiri* bebidas y alimentos en abundancia para que uno sane más rápidamente. En Pampa Churigua, el *yatiri* tiene una gran influencia.

Modos de consumo y vida festiva

La vida festiva, muy intensa en estas regiones andinas, es otro indicador de los cambios socioculturales inducidos por la migración. En los pueblos estudiados, la fiesta adquiere dos modos de expresión: uno está ligado al ciclo de vida de la familia propiamente dicha, el otro apunta a reforzar la cohesión sociocultural del grupo comunitario.

Los momentos importantes de la vida festiva

Al igual que en cualquier sociedad, el ciclo de vida del individuo y de la familia está marcado por tres momentos importantes: el nacimiento, el matrimonio y la muerte. En estas oca-

siones, la familia reúne a sus parientes cercanos y lejanos (según el principio del compadrazgo) involucrados en rituales específicos, cuya naturaleza varía poco de una zona a la otra.

Aparte del bautizo propiamente dicho, el ritual llamado *umaruthucu* constituye un momento decisivo en la vida del niño a la edad de un año. El principio consiste en raparle la cabeza: cada invitado corta un mechón y hace una contribución en dinero o en especie. Los padrinos obsequian generalmente un animal (ovino o bovino, según la zona). Este ritual marca la etapa a partir de la cual el individuo es considerado como un ser social pleno, dicho de otra forma, como comunero (a partir de ese día se le inscribe en los registros comunales).

Existe todo un mundo de símbolos y creencias en torno al nacimiento. Por ejemplo, hasta los seis meses de edad, el cuerpo del niño se envuelve en una tela muy apretada y rígida (llamada *chupi*) para que «se vuelva más fuerte y se acostumbre a luchar desde muy pequeño», según algunos testimonios. En realidad, hasta el bautizo el niño «no existe» para la familia, ya que en cualquier momento puede morir por una enfermedad que, en la visión de los campesinos, es obra de malos espíritus. Al respecto, una mujer que es una extraña para la familia, no debe mirar al recién nacido. Celosa por el nacimiento del infante, podría hechizarlo y provocarle una enfermedad.

La constitución de una nueva célula familiar se organiza en varias etapas. En realidad, el matrimonio comienza en el momento en que el hombre «roba» a su futura mujer (*survanakuy* en quechua). La lleva a su familia, donde la pareja convivirá antes de la celebración del matrimonio y su instalación propiamente dicha. Esta etapa constituye de alguna forma un periodo de prueba cuya duración es muy variable. Además, si el encuentro de los respectivos padres (ritual del *manaqa*) es positivo, significa su acuerdo recíproco para el futuro matrimonio. Este es un evento elemental en la vida de las personas. Durante varios días consecutivos, los padres, niños, compadres, comadres, padrinos, madrinas y amigos se reúnen, cada día con motivo de un ritual específico.

Las prácticas rituales relacionadas con la muerte de un miembro de la familia adquieren igualmente una dimensión colectiva, involucrando a veces a toda la comunidad. Además de velar al difunto y de enterrarlo, la costumbre es quemar su ropa para marcar claramente el límite entre su vida pasada y su vida futura.

En la comunidad de altura, el ritual de enterramiento adquiere un carácter específico que, según los testimonios recogidos en las familias, se inscribe en el mismo simbolismo que en las otras comunidades: el cortejo fúnebre toma un camino determinado para llegar al cementerio, pero tendrá que seguir otro camino de retorno para que el alma del difunto «se aparezca en la casa». Durante las reuniones familiares en los días siguientes, las mujeres cantan oraciones contando la vida pasada del difunto. Posteriormente se realizan otros rituales, especialmente la celebración de la misa de los nueve días después de la muerte (denominada "misa chica"). En esta ocasión, la familia organiza una gran reunión familiar e invita a los miembros de la comunidad al cementerio. Durante tres años, la misa chica se celebra en el aniversario de la muerte.

Además de las fiestas familiares, son tres las festividades de carácter comunitario que revisten gran importancia: el Carnaval, Todos Santos y la fiesta de la comunidad, que tiene lugar en julio (las otras fiestas, como la de San Juan y Semana Santa, son menos importantes en el calendario festivo). Cada fiesta se prepara con mucha anticipación, tanto dentro de las familias, como en el conjunto de la comunidad.

Conforme al modo de organización social comunitaria, en el transcurso de su ciclo de vida, cada jefe de familia ocupa varias funciones de interés colectivo (cargos). El cargo en las fiestas, elemento clave del sistema, se confía tradicionalmente a uno o varios miembros de la comunidad por turno (familias «pasantes»). En las celebraciones o rituales comunitarios, estas familias están encargadas de la organización y del financiamiento de las festividades. Una recibe a los miembros de la comunidad, la otra

paga el confeti, una tercera la banda, etc. Esta práctica se realiza principalmente en Carnaval y para la fiesta de la comunidad. Aunque la familia no asuma ningún cargo en la fiesta, participa en las preparaciones. En algunas ocasiones, las mujeres preparan chicha y cocinan platos específicos. En Carnaval, después de haber marcado a los animales (ritual del *k'illpida*), las familias rinden homenaje a la Pachamama sacrificando uno o varios animales. En esta fiesta, la costumbre requiere que los miembros de las comunidades visiten a sus parientes cercanos, vecinos y compadres. Van de casa en casa para «buscar el Carnaval», según sus propios términos.

En las sociedades andinas, la fiesta de Todos Santos adquiere una dimensión particularmente sacralizada y altamente simbólica, ya que se refiere al mundo de los muertos y de los ancestros. Tanto en los pueblos de Santa Rosa y Arbieta, como en la comunidad de Pampa Churigua, constituye uno de los momentos más importantes en el calendario festivo: los muertos retornan al mundo de los vivos y hay que honrarlos.



Mesa ritual de homenaje a los difuntos en la fiesta de Todos Santos en una familia de Arbieta. En esta ocasión, las mujeres preparan pan en forma de personas o de animales (*urpu*), que se coloca en la mesa y luego se lleva y se come en la tumba de los muertos.

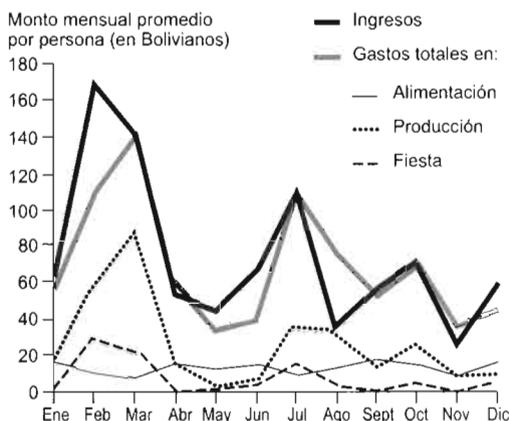
Desde finales de octubre, cada familia prepara mesas abundantemente adornadas con alimentos y bebidas, especialmente con pan ritual en forma de personas o animales (*urpus*), preparado por las mujeres. Además, en esta ocasión se preparan los platos que preferían los difuntos. El día de Todos Santos (1° de noviembre), las mesas de banquete tienen que estar listas para cuando «lleguen los espíritus». La familia, los vecinos y los parientes lejanos se reúnen para rezar, beber y festejar a los muertos. Al día siguiente se prepara una segunda mesa, que se lleva a la tumba de los muertos para «despedir al espíritu». Las tumbas se adornan de coronas, de *urpus* y de diversos alimentos, y la conmemoración dura hasta el anochecer.

La vida festiva en las lógicas monetarias

Para las familias, las fiestas representan una gran inversión monetaria. En las dos zonas de estudio, las estrategias económicas de las familias campesinas apuntan permanentemente a estas fiestas.

En Pampa Churigua, la dimensión sociocultural guía especialmente al conjunto de los comportamientos económicos de la población. La variación anual de los diversos tipos de gastos e ingresos ilustra las lógicas monetarias de las familias (Gráfico 29).

En tres periodos del año, los niveles de ingreso aumentan considerablemente: en febrero-marzo, en julio y, en menor medida, en octubre. Estos tres periodos coinciden con el calendario festivo de la comunidad. De hecho, la curva de los gastos en fiestas sigue globalmente a la de los ingresos. En cambio, los gastos totales (alimentación, producción, fiestas) no corresponden exactamente a las variaciones de los ingresos. En determinados periodos, especialmente en febrero y junio, las familias tratan de ahorrar, con el fin de guardar una reserva monetaria para la compra de tierras y los gastos festivos de los meses siguientes.

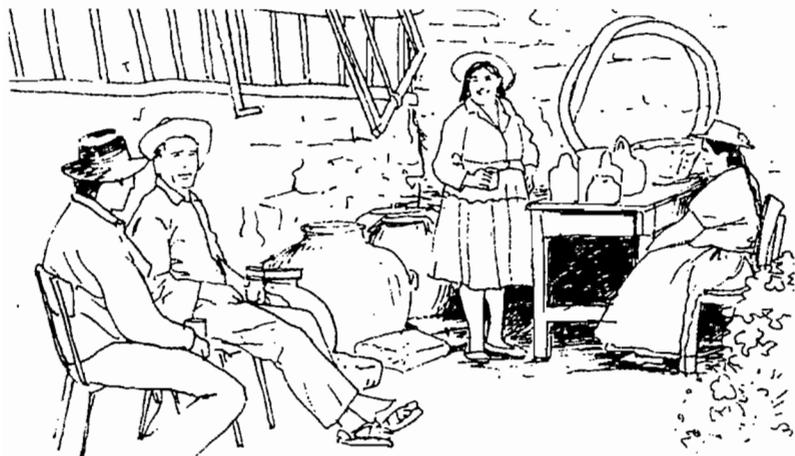
Gráfico 29 – Variación anual de los ingresos y gastos en Pampa Churigua

Fuente: Seguimiento anual de los gastos y de los ingresos, 1992-1993

Los gastos en medios de producción, especialmente la compra de tierras en el Chapare, se efectúan en los periodos festivos. Las familias que compran tierras esperan los tiempos de menor actividad en el calendario agrícola de Pampa Churigua para irse al Chapare (en marzo o en julio). La compra requiere de un plazo de varios días para averiguar las ocasiones de venta y negociar el precio. En cambio, los gastos en alimentación sufren algunas fluctuaciones de un mes a otro y parecen depender poco de los recursos monetarios disponibles. Su variación está principalmente ligada al calendario agrícola.

Las prioridades de consumo confirman la importancia de la fiesta en las lógicas monetarias. En Pampa Churigua, los gastos festivos ocupan en promedio el 15% del presupuesto familiar. Es una proporción alta si se la compara con los pueblos de Arbieta y Santa Rosa (menos del 6% de los gastos totales). La compra de ropa (que ocupa una parte importante del presupuesto familiar) está estrechamente relacionada con el calendario festivo de la comunidad, ya que representa el 85% de los gastos festivos. Las celebraciones y los rituales religiosos conllevan considerables inversiones monetarias en chicha, en otros productos y sobre todo en ropa. El precio de las vestimentas tradicionales femeninas

(sobre todo de la pollera) es particularmente elevado. En cada fiesta, y especialmente en Carnaval, cada mujer gasta entre 100 y 300 Bolivianos en la compra de un nuevo vestido. La pollera marca la identidad de las mujeres y constituye un indicador de su posición socioeconómica al interior de la comunidad.



Consumo de chicha entre vecinos en casa de una familia de Arbieta. Después de su elaboración, la chicha es almacenada en grandes cántaros que se guardan en los patios de las casas (segundo plano, en el suelo).

El consumo de chicha es otra realidad ineludible de la vida sociocultural y festiva de las familias campesinas quechuas y en mayor medida en los valles de Cochabamba, que son muy propicias al cultivo del maíz, producto base de la chicha. El papel que juega en las prácticas culturales y las relaciones interfamiliares es fundamental, ya que en el universo cultural andino la chicha no es solamente un medio de sociabilidad entre individuos, sino que beber alcohol es además un acto altamente simbólico. Su consumo está asociado a la cosmología andina y a los modos de representación de las fuerzas naturales.

Las manifestaciones de estas relaciones adquieren formas muy diversas, siendo la más frecuente la *ch'alla*, un gesto simbólico que consiste en verter algunas gotas de alcohol en la tierra después de cada vaso, en homenaje a la Pachamama (Madre Tierra). El proceso de fermentación de la chicha "simboliza la omnipotencia de lo

vivo" (Saignes, 1978). Así, el consumo de chicha es frecuente en determinados periodos del año, conforme al ciclo reproductivo natural y por lo tanto al calendario agrícola. El consumo de la chicha en Todos Santos, momento en el que los muertos retornan a la tierra al inicio de la época de lluvias, es una celebración de la germinación. En Carnaval (enero, febrero), cuando retornan los muertos, "la tierra está abierta a la inseminación" (Saignes, *op. cit.*: 55). En la época seca, en el mes de abril, hay que tomar chicha durante la cosecha y las siembras (septiembre, octubre).

En los pueblos de valle se consume chicha a diario. Se bebe en círculos cerrados con motivo de una fiesta familiar o durante los trabajos agrícolas, o de forma más informal en las chicherías de los pueblos. Éstas son en realidad lugares sencillos acomodados por las mujeres que venden su propia producción, en la mayoría de los casos en la puerta de la casa. En los valles, más allá de la función social y del valor altamente simbólico de la chicha, el abuso en el consumo es muy frecuente, dando lugar a ciertas formas de violencia, sobre todo hacia las mujeres.

En cambio, en la comunidad de altura, el consumo de chicha es mucho menos frecuente, a pesar de que ocupa el segundo lugar en el presupuesto familiar dedicado a las fiestas. La escasa producción de maíz en esta zona más árida y los bajos niveles de los ingresos impiden a la población preparar su propia chicha o comprarla en grandes cantidades. Por lo tanto, las ocasiones para beber son reducidas y se limitan esencialmente a las fiestas. Además, la introducción reciente del evangelismo en la comunidad de altura tiende a frenar el consumo de alcohol.

¿Hacia la división de las prácticas socioculturales comunitarias?

Religión y prohibiciones en Pampa Churigua

En Pampa Churigua, la cohesión sociocultural y comunitaria es todavía muy fuerte. Al igual que en el conjunto de las

sociedades andinas, las prácticas y los modos de representación están fuertemente marcados por un sincretismo religioso que mezcla el catolicismo y el misticismo pagano. Sin embargo, la reciente penetración del protestantismo evangelizador en las zonas rurales bolivianas, que se ha desarrollado en el conjunto de los países latinoamericanos a partir de los años cincuenta (Aubr e, 1991), parece modificar considerablemente las prácticas socioculturales de la comunidad.

El gran avance de los grupos religiosos evangelistas, particularmente en Chile, ha favorecido la expansión de estas corrientes en Bolivia a causa de los frecuentes contactos entre las poblaciones fronterizas (Spoerer, 1986). En 1986, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia cens  200 denominaciones de iglesias y de "sectas", un número subestimado si se toman en cuenta las múltiples organizaciones religiosas no reconocidas oficialmente (Rivière, 1986).

En Pampa Churigua, la Unión Baptista, corriente de la cristiandad protestante tradicional, gana cada vez más adeptos. Parece que la migración hacia el Chapare haya contribuido por lo menos indirectamente a la expansión de esta corriente religiosa. Según los testimonios de las familias, las primeras conversiones se remontan a principios de los años ochenta, periodo en el que aumenta la migración. En 1985, un templo protestante fue construido en una comunidad situada más abajo de la meseta de Pampa Churigua a aproximadamente unos diez kilómetros. Las familias evangelistas lo visitan regularmente para participar en las reuniones.

En las zonas de colonización del Chapare, la población residente recientemente instalada es más permeable a estas corrientes religiosas a causa de su desarraigo espacial. El evangelismo se difunde después desde las zonas bajas hacia las de la altura. Además, la migración hacia el Chapare coincide con un deseo de ascensión social y de progreso económico personal, con los valores transmitidos por el mensaje evangelista (Spoerer, 1986).

Según nuestro censo de 1993, el 15% de las familias de Pampa Churigua son evangelistas, proporción mayor a la que indica el censo nacional de 1992 para el conjunto de las zonas rurales del departamento (9.9%). Entre estos evangelistas, el 85% migra hacia el Chapare.

Los mecanismos de conversión al evangelismo en la comunidad siguen siendo difíciles de discernir. Existen diversos tipos de motivación. Para la mayoría de los conversos, esta religión permite reencontrar cierta dignidad humana, una nueva ética y una manera de expiar los errores cometidos en el pasado (mentiras, flojera y sobre todo alcoholismo). "Es mejor ser evangelista. No se toma chicha y se respetan las fechas de la siembra y la cosecha" (Paulino G., colono evangelista de Pampa Churigua).

A estas motivaciones se añade la esperanza de sanar de un mal físico o psicológico. Uno de los aspectos sorprendentes es el papel que juega el *yatiri* en el proceso de evangelización de los miembros de la comunidad:

"Antes éramos católicos. Pero mi hijo enfermó. Fuimos a ver al curandero, que nos dijo que el demonio había entrado en él. También nos dijo que debíamos convertirnos en 'hermanos' [nombre dado a los evangelistas]. No lo hemos escuchado y la enfermedad de mi hijo ha empeorado. El *yatiri* nos ha dicho que el demonio hechizó a mi familia a causa de mi hermano que tomaba mucho. Entonces nos hemos convertido en hermanos. Desde entonces mis hijos no se enferman" (Dora M., mujer evangelista de Pampa Churigua).

"Mi hermana y mi hermano han muerto, uno tras el otro. Fuimos a ver al *yatiri* que nos dijo que mi tío nos hechizó porque me había negado a darle maíz. Nos dijo que nos convirtiéramos en evangelistas. Mi mujer, que estaba enferma, lo ha escuchado y ha sanado. Yo no quería ser hermano. Seguí tomando chicha y un día me he enfermado. El *yatiri* me ha dicho que el demonio estaba todavía dentro de mí. Entonces yo también me he convertido" (Alejandro F., Pampa Churigua).

El papel que juega el *yatiri* en estos procesos de conversión es tanto más sorprendente que es el representante de la

tradición pagana en las sociedades andinas y por lo tanto su garante más firme (Wachtel, 1990). En Pampa Churigua, el *yatiri* tradicional es sustituido por misioneros perfectamente integrados en las comunidades campesinas. «Dado que la concepción que tienen los pentecostistas de la terapia tiene ciertas similitudes con la concepción tradicional [...], el pastor y sus asistentes sacralizados han adquirido la función de curandero o *yatiri* tradicional, ya que pueden curar mediante ritos parecidos (imposición de las manos, soplos en diferentes partes del cuerpo)» (Rivière, 1986: 28).

Los efectos de la evangelización en las prácticas comunitarias son considerables, ya que el convertirse en evangelista está acompañado por un rechazo de la tradición ancestral (práctica de los cargos, de rituales colectivos, etc.) y de una serie de prohibiciones (Rivière, *op. cit.*). En Pampa Churigua, la renuncia a beber alcohol, acto social altamente simbólico en la cultura andina, lleva a numerosos hermanos a automarginarse del resto de la comunidad. La expansión del evangelismo conlleva una segregación social visible en las prácticas del *ayni*. Durante las siembras o las cosechas, cada tarea agrícola está precedida por el consumo de chicha (y de la tradicional *ch'alla* en homenaje a la Pachamama) y por la masticación de la coca. Los evangelistas, que no quieren participar en estas prácticas «perversas», tienden a ayudarse entre ellos.

Su marginalización se expresa también en las fiestas. La migración hacia el Chapare desemboca en una relativa ruptura cultural con el medio de origen. Las familias de colonos se comprometen mucho menos en las fiestas comunitarias. Se niegan a asumir los cargos festivos que según la tradición son distribuidos por turno a las familias de la comunidad. A causa de su estadía prolongada en el Chapare, las familias abandonan progresivamente las prácticas colectivas, sobre todo si son evangelistas. Este rompimiento con las obligaciones sociales que efectúan los migrantes, pone en tela de juicio los fundamentos mismos de la organización comunitaria, especialmente los modos de redistribución de las riquezas asegurados por el sistema de los cargos festivos, tal

y como lo han descrito algunos antropólogos y sociólogos (De la Cadena, 1986; Eresue *et al.*, 1990).

El seguimiento de los gastos confirma este rompimiento con las obligaciones sociales de los migrantes. Aunque sus ingresos son relativamente elevados, no invierten más en las fiestas que las otras familias. Los colonos o los migrantes que están en proceso de instalarse en el Chapare y que son evangelistas, gastan incluso los montos más bajos. Estas familias dedican menos del 10% de sus ingresos a las fiestas, mientras que esta proporción puede alcanzar el 25% en las familias que no migran. En términos de valores monetarios, las familias sedentarias o las familias cuyos miembros migran como trabajadores agrícolas, gastan anualmente 100 a 300 Bolivianos por persona en las fiestas. Para las familias de colonos, el monto varía entre 40 y 90 Bolivianos.

En Santa Rosa y Arbieta, la penetración del evangelismo es más antigua. Sin embargo, los adeptos son menos numerosos y las consecuencias socioculturales menos perceptibles. Su relativa impermeabilidad al mensaje evangelista puede explicarse por las mejores condiciones de vida de la población de Santa Rosa y Arbieta. A pesar de todo, en 1993, el proyecto de construcción de un templo en Santa Rosa fue cuestionado por los dirigentes de la comunidad. Unos misioneros norteamericanos daban clases de canto en inglés a las mujeres y a los niños, los cuales a menudo apenas dominan el español.

La búsqueda del prestigio en los valles

En los pueblos de valle, ciertas formas de desestructuración sociocultural aparecen también en las prácticas festivas. Ésta no se debe a las creencias religiosas, como en Pampa Churigua, sino más bien a la búsqueda de prestigio económico y social.

La migración internacional afecta considerablemente las modalidades de los cargos festivos. Según la tradición andina, las familias pasantes deberían asumir por turno los gastos de las fiestas para la comunidad: elaboración de la chicha, alquiler de

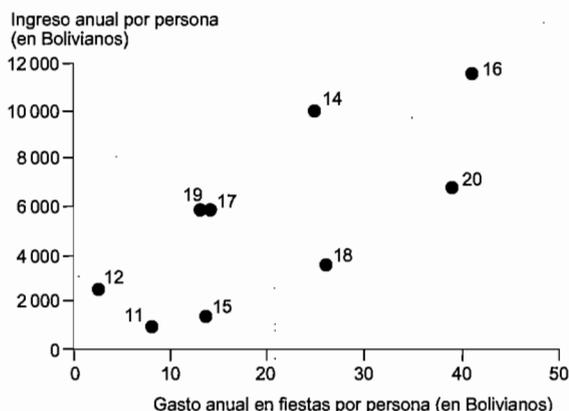
una banda, preparación de comidas, etc. Sin embargo, los migrantes, reconocidos por tener una mayor capacidad adquisitiva, son ahora los únicos solicitados para financiar los cargos festivos. Está surgiendo progresivamente un proceso de subida de los gastos ocasionados por los cargos (adquisición de nuevas formas de consumo como, por ejemplo, los tipos de alcohol exóticos que sustituyen a la chicha). Únicamente las familias más "ricas" participan en este hácerse ver sociocultural, ocasión en la que pueden afirmar (o confirmar) su éxito. Paralelamente se produce la marginalización de una parte de la comunidad, especialmente de las familias sedentarias.

El "encarecimiento" y la monopolización de la vida festiva son acentuados por las exigencias de la migración internacional, ya que las reuniones festivas son la oportunidad de establecer nuevos vínculos, de reforzar otros y de hacer promesas de colaboración recíproca en el marco de un proyecto de salida al extranjero. Las fiestas ofrecen a los migrantes la oportunidad de mostrar su nivel de prosperidad.

Aunque las inversiones monetarias en las fiestas constituyen una proporción menor que en la comunidad de Pampa Churigua, su valor monetario es alto. Los gastos de los migrantes ricos son a veces excesivos. Por ejemplo, a su retorno de los Estados Unidos, un jefe de familia ha gastado cerca de 3.000 Bolivianos en un día (790 dólares) para recibir a la gente de la comunidad. Este monto corresponde al ahorro realizado en un mes de trabajo en los Estados Unidos.

Consecuentemente, y contrariamente a la comunidad de Pampa Churigua, las inversiones en fiestas son proporcionales a los ingresos (Gráfico 30).

En valores monetarios, las diferencias entre las familias son significativas. Las familias cuyos miembros migran hacia los Estados Unidos o a Israel, gastan entre 25 y 40 Bolivianos mensuales por persona en las fiestas. Este monto varía entre 8 y 15 Bolivianos en las familias cuyos miembros no migran.

Gráfico 30 – Niveles de ingresos y gastos en fiestas (Santa Rosa y Arbieta)

En resumen, la migración internacional no desliga de la función tradicional de los cargos festivos, es decir la redistribución de las riquezas, ya que los migrantes dedican una parte de sus ahorros a la vida comunitaria. Sin embargo, no existe (o ya no existe) una real reciprocidad, fundamento mismo de las prácticas campesinas andinas. Hoy en día, son algunas familias de élite las que monopolizan la responsabilidad de las ceremonias culturales comunitarias. En este sentido, la migración y los ingresos que genera, conllevan una modificación de las prácticas tradicionales fundadas en las reglas de redistribución y de intercambio.

Los cambios socioculturales ligados a la búsqueda de prestigio social se expresan en la imitación de los modelos urbanos occidentales. Por ejemplo, se observa la americanización de los nombres. Los modos de vestirse son otro indicador de la influencia del modelo norteamericano. Cuando los niños migrantes vuelven al pueblo, reprochan a su madre, todavía aferrada a las tradiciones, por llevar la pollera de los "indios". Ellos se visten de jean norteamericano y de sombrero tejano. De esta manera, la compra de ropa está poco ligada al ritmo de las fiestas de la comunidad. Si las mujeres compran la tradicional pollera para el Carnaval, su costo relativo sigue siendo bajo en relación con los montos invertidos en la ropa de los hijos. La generación entre 16 y 25 años, atraída por los modos

urbanos, se vuelve cada vez más exigente respecto al estilo de su ropa, particularmente en las familias de migrantes ricos.

Otra manera de expresar el éxito socioeconómico es la inversión en la vivienda. Cualesquiera que sean las regiones del mundo, la construcción de la casa es generalmente una de las primeras inversiones cuando el migrante logra realizar ahorros (Thumerelle, 1986). Los pueblos de Santa Rosa y Arbieta no escapan a esta regla: la casa "moderna" de ladrillos y de tejas, con uno o varios pisos y a veces de tamaño desmesurado, reemplaza paulatinamente a la casa tradicional, una simple yuxtaposición de habitaciones rectangulares y sin pisos, construida de barro y de calamina.

Esta casa siempre se construye colectivamente, según la modalidad del *ayni*, con la ayuda de la familia extensa (compadres y padrinos). La casa moderna, en cambio, es la obra pagada a distancia por los migrantes. Estas construcciones son de carácter ostentoso. Las familias de migrantes ricos poseen, por ejemplo, una o varias salas de estar con muebles que no utilizan. Por lo general sólo ocupan una parte del espacio habitable y, únicamente en ocasiones o visitas especiales, abren las salas de estar.



Casa en construcción de un migrante rico hacia los Estados Unidos e Israel (Arbieta). La antigua casa de adobe (en primer plano) es paulatinamente suplantada por la nueva que en 1992 estaba en construcción desde hacia cinco años.

Sin embargo, algunas casas quedan en estado de obra durante largos periodos. Esto es señal de una migración que se ha vuelto problemática y que no permite financiar los trabajos. El tipo de vivienda, los materiales, la arquitectura y las etapas de construcción son igualmente expresiones de identificación de la prosperidad económica de una familia. Su simple cartografía podría ser un método eficaz para medir la migración y el proceso de urbanización de los pueblos que conlleva (Gráfico 31).



Casa de un antiguo migrante en Argentina (Arbieta).

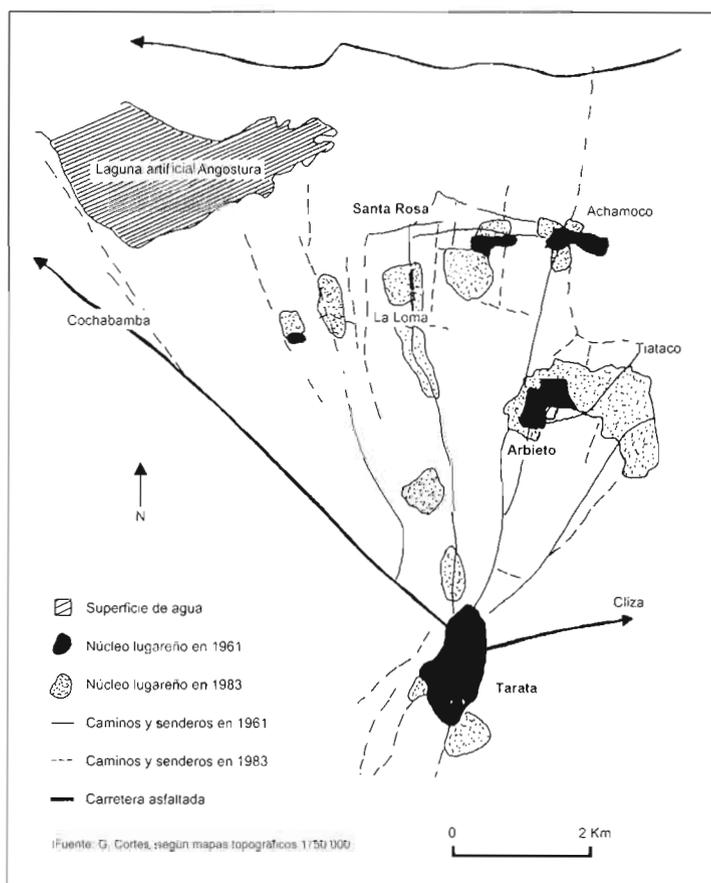
Arbieta ha conocido un auge particularmente rápido en estos últimos años: construcción de casas, proliferación de pequeños comercios y de actividades artesanales, desarrollo de un mercado semanal cada vez más frecuentado por los pueblos vecinos, etc. Fuera del predio agrícola y de la vivienda, el dinero de la migración es frecuentemente utilizado para realizar actividades complementarias (comercio y transporte). Actualmente, este pueblo constituye un pequeño polo comercial y artesanal a nivel de las localidades vecinas, compitiendo con el centro urbano de Tarata (Deheza, 1991).

También las relaciones que mantienen los migrantes con el sistema comunitario revelan su posición social. Si bien la migración es primero considerada en el marco de una lógica familiar e incluso individual, sigue estando, al mismo tiempo, estrechamente relacionada con las estructuras y el futuro de la comunidad del pueblo. Aunque el sistema no se basa en reglas explícitas, los migrantes que se fueron a Estados Unidos o a Israel tienen la obligación moral de contribuir a la mejora de las infraestructuras comunitarias.

En el caso del pueblo de Arbieta, el dinero que los migrantes han enviado, ha permitido realizar varias inversiones de interés colectivo: refacción de la iglesia (compra de bancos y cons-

trucción de un entresuelo), compra de equipos electrónicos para las fiestas del pueblo y de un altoparlante para las llamadas a reuniones comunitarias, nivelación de un terreno de fútbol, etc. En Santa Rosa, los migrantes hacia los Estados Unidos e Israel han financiado la mejora paisajística de la plaza del pueblo (plantación de árboles, construcción de bordes, etc.). Su contribución ha permitido además la instalación de una cabina telefónica para llamadas al extranjero y la construcción de una cisterna para abastecer al pueblo con agua potable (también el PDAR participa en el financiamiento de este proyecto).

Mapa 10 – Extensión espacial de los pueblos de Santa Rosa y Arbieta (1961-1983)



Generalmente son los dirigentes encargados de la realización del proyecto los que recolectan el dinero. Las familias sedentarias, al igual que las mujeres y los niños de migrantes, participan en la realización de los trabajos. La contribución del migrante al desarrollo de la infraestructura del pueblo tiende a reforzar su posición social al interior de la comunidad y a aumentar su prestigio. Por ejemplo, el hecho de que los nombres de todos los que han participado en la refacción de la iglesia de Arbieto, así como el monto depositado, estén inscritos en la entrada de la iglesia, no deja ninguna duda sobre el carácter ostentoso del sistema. Sin embargo, la cohesión social permite recolectar una parte de los flujos monetarios de la migración a favor de los intereses colectivos de la comunidad.

Una aproximación diacrónica a la migración internacional

Los efectos económicos y socioculturales de la migración en los espacios de salida no pueden ser analizados en los mismos términos en la comunidad de altura como en los pueblos de valle.

En Santa Rosa y Arbieta, la jerarquía socioeconómica producida por la migración internacional resulta de un proceso de largo plazo. En oposición a la comunidad de altura, la migración en los pueblos de valle es antigua, de larga duración y a lugares lejanos. Además, genera flujos de dinero mucho más importantes que la migración hacia el Chapare. El enriquecimiento de los migrantes, así como su endeudamiento no se producen de un día al otro, sino que son el resultado de una larga trayectoria de migración que se inscribe en el ciclo de vida de los individuos y de la familia. Este hecho justifica una aproximación diacrónica a las migraciones internacionales.

Itinerarios de migrantes

Las consecuencias de la migración para la economía campesina de los valles son analizadas a través de los itinerarios de vida de los migrantes, recurriendo a la noción de "ciclo migratorio".

El concepto de “ciclo migratorio”

La reconstrucción de la biografía de los migrantes ha puesto de manifiesto la existencia de “ciclos migratorios”. Esta noción hace referencia al itinerario de migración y su relación con el ciclo vital del individuo y los proyectos de vida de éste. La edad del migrante, su posición social, sus objetivos (matrimonio, construcción de una casa, etc.) y sus opciones de inversión en la comunidad de origen intervienen en el itinerario migratorio al igual que los elementos coyunturales externos. El enfoque cualitativo a través del relato de vida favorece la estrategia de los migrantes respecto a su familia, su comunidad de origen y su grupo social de pertenencia. En otros términos, se trata de “reencontrar el espíritu del proyecto inicial, la manera en la que las estrategias de acumulación de los migrantes se articulan con las normas de éxito definidas por el medio social de origen” (Poinard, 1991: 483). En este contexto, “lo más pertinente es insistir en la situación económica de los migrantes después de su retorno” (*op. cit.*: 493).

¿A qué corresponde concretamente el ciclo migratorio? Los ritmos de movilidad fueron definidos por la frecuencia de las salidas y el tiempo de ausencia del migrante. Cada salida marca una nueva “etapa migratoria” de un lapso de seis meses a dos años. En cambio, el ciclo de migración se sitúa en un periodo de tiempo más largo: constituido por varias etapas de migración, corresponde a un periodo de la vida del individuo, en el curso del cual la migración está orientada por uno o varios proyectos económicos específicos.

Diversos elementos determinan el itinerario migratorio:

- las necesidades monetarias del migrante ligadas, sea a gastos corrientes, sea a acontecimientos de carácter excepcional (matrimonio, nacimiento, muerte, enfermedad, etc.) o a situaciones o proyectos puntuales (devolución de una deuda, construcción de una casa, etc.);
- los movimientos respecto a la propiedad de la tierra al interior de la familia (herencia, compra, venta);

- el fracaso o el éxito económico de la migración (pérdida del empleo, capacidad de ahorro, etc.).

Sucesión de los ciclos migratorios

En los pueblos de valle, la migración interviene muy temprano en la vida de las personas. La primera salida se decide a menudo a los 17 años y constituye un verdadero aprendizaje para el joven migrante. Éste se va generalmente a Argentina, el destino más accesible en términos monetarios y socioculturales. Este periodo de migración, que puede durar varios años con algunos retornos puntuales al pueblo, constituye el “ciclo de iniciación”.

En el transcurso de este ciclo, el joven migrante tiene un doble objetivo: ayudar económicamente a su familia (frecuentemente está obligado a entregarle una parte de su salario) y ahorrar lo suficiente como para poder constituir un hogar. El matrimonio es una etapa esencial en el ciclo migratorio. Los ahorros realizados en el transcurso del primer ciclo migratorio proporcionan la base monetaria indispensable para la instalación del nuevo núcleo familiar. La costumbre requiere que entre el matrimonio civil y el matrimonio religioso transcurran varios años. Este periodo depende de la capacidad de acumulación monetaria del migrante, que tiene que financiar las festividades del matrimonio, las cuales tienen un alto costo. En contrapartida, los jóvenes casados reúnen en esta ocasión un patrimonio económico: reciben tierras de sus padres, animales, bienes de equipamiento y dinero. De esta manera, la duración del primer ciclo migratorio varía en función de los objetivos del migrante, de las condiciones familiares iniciales y del éxito económico de la migración.

El segundo ciclo migratorio se inicia a partir del matrimonio del joven migrante. Generalmente, después de la boda, el marido sale de nuevo (a menudo los días siguientes a la boda), sea a Argentina, sea a los Estados Unidos si tiene suficiente dinero. Así empieza el “ciclo de construcción” de las bases económicas y sociales del núcleo familiar. Si la pareja ha heredado tierras, el jefe de familia se va solo, dejando a su mujer encarga-

da del predio agrícola. En el caso contrario, los esposos migran juntos para instalarse durante cierto tiempo en el extranjero. En el momento en que heredan tierras, la mujer vuelve al pueblo y se dedica a la agricultura y a la crianza. Normalmente el retorno coincide con el nacimiento del primer hijo. A veces el jefe de familia se queda en el extranjero durante uno o dos años sin regresar al pueblo, para después alternar una serie de salidas con retornos. Puede cambiar de país de destino según las oportunidades. El ahorro es destinado prioritariamente a la construcción de la casa y después a la compra de tierra o de un vehículo, si la estrategia resulta eficaz. Este segundo ciclo migratorio durante el cual se reúne el patrimonio familiar, dura unos quince años.

Alrededor de los 40 años, el jefe de familia puede iniciar una tercera fase de migración. Ésta depende de la estructura y de la disponibilidad familiares, así como de los objetivos individuales y colectivos. Este tercer ciclo de migración es al mismo tiempo el de consolidación de la economía familiar y el de la transmisión del principio migratorio a las generaciones jóvenes. Puesto que el ciclo anterior ha permitido establecer las bases económicas del núcleo familiar (construcción de la casa, constitución del rebaño y, en algunos casos, compra de tierras), la tercera fase de migración puede apuntar a la modernización del sistema de producción (compra de un tractor, construcción de pozos, etc.) y a la introducción de nuevos cultivos (frutales o florales). Esta fase permite además la formación universitaria de los hijos. Si no estudian, acompañan a su padre al extranjero o a veces lo reemplazan. En este caso, los jóvenes juegan un papel de apoyo económico para la familia que ha permanecido en el predio, hasta que establecen un hogar independiente. En este sentido, la migración de las jóvenes generaciones asegura a los jefes de familia una etapa de transición que les permitirá terminar definitivamente su itinerario migratorio y vivir de los ingresos generados por el predio agrícola consolidado y diversificado.

Este modelo de sucesión de ciclos migratorios corresponde a situaciones óptimas. Los ciclos son interdependientes unos de

otros: del éxito del primero dependerá la viabilidad del segundo, y así sucesivamente. Se trata de un modelo teórico y de un ideal al que aspira la mayoría de las familias. Pero no todos lo logran.

Itinerarios ejemplares: economías familiares consolidadas

- La familia 16, residente de Arbieta (Orlando y Alicia S.), presenta las características más cercanas al modelo anterior. Con motivo de un retorno temporal del jefe de familia de los Estados Unidos, pudimos reconstruir el itinerario global de la migración familiar. Desde la primera salida del padre de familia se siguen de manera prácticamente ininterrumpida dos ciclos de migración. Falta el ciclo 1 (ciclo de iniciación).

“Fui a la escuela hasta mis 16 años, después trabajé las tierras de mis padres, que tenían un poco más de cinco hectáreas. Después de mi matrimonio nos fuimos con mi mujer a Argentina para poder construir nuestra casa. Cuando nació nuestro primer hijo, mi esposa volvió al pueblo” (Orlando S.). Durante 16 años (de 1970 a 1986), el jefe de familia alterna sus estancias entre Buenos Aires y el pueblo (en total 9 idas y venidas, quedándose en el predio por un máximo de 4 meses). De esta forma reúne un patrimonio económico y en tierras. Da prioridad a la construcción de la casa y después a la compra sucesiva de varias parcelas (aproximadamente 1.6 ha en total). La herencia casi definitiva de las tierras familiares en 1985 (que eleva la superficie total a más de 4 ha) representa un cambio en el itinerario económico de la familia, simbolizado por el retorno del jefe de familia de Argentina en 1986.

Los años 1980-1988 corresponden a un periodo de gran disponibilidad de mano de obra familiar (los hijos, en edad de trabajar, pueden ayudar a la madre de familia a manejar el predio agrícola). “En 1980 y 1981, gané mucho dinero en Argentina. Volví con un ahorro de más de 4.000 dólares [monto calculado en función de la tasa de cambio de 1992]. Yo trabajaba en la frontera del Paraguay en la construcción de un puente. Pudimos terminar de pagar las tierras compradas en 1979 y comprar una parcela en 1984. En 1985 teníamos 14 vacas. Durante mi ausencia, mis

hijos y algunos trabajadores ayudaron a mi mujer en el predio agrícola. En esta época ganábamos con la venta de queso 100 a 200 Bolivianos por semana. Además, de febrero a diciembre vendíamos dos fanegas de maíz por semana a 250 Bolivianos cada una. Teníamos un ingreso mensual de cerca de 2.000 Bolivianos gracias al predio. De esta manera pudimos ahorrar el dinero ganado en Argentina para construir la casa y pagar los estudios de los hijos" (Orlando S.).

Cuando los primeros hijos alcanzan la edad de migrar, el jefe de familia comienza un tercer ciclo migratorio (de consolidación). La transmisión de la tradición migratoria concierne primero al hijo mayor, que en 1988 lo acompaña a los Estados Unidos. "Desde hacía algunos años, la producción ya no era tan buena a causa de la sequía. Teníamos cada vez mayor necesidad de dinero para pagar los estudios de nuestros hijos. De acuerdo a los consejos de un ingeniero agrónomo que trabajaba en la zona, decidimos plantar árboles de durazno. Alguna gente lo había hecho desde hace tiempo y ganaba bastante dinero. Entonces decidí salir de nuevo con mi hijo, esta vez a los Estados Unidos, para financiar la plantación" (Orlando S.). En el momento de la encuesta, este ciclo de migración seguía todavía. El padre de familia ha ido tres veces a los Estados Unidos. El ahorro ha permitido grandes inversiones en el predio agrícola: la compra a crédito de un tractor, la construcción de dos pozos individuales y la plantación de más de 150 árboles de durazno. Actualmente, este ahorro es utilizado para la devolución de la deuda del tractor y para el financiamiento de los costos de producción de los árboles de durazno (mano de obra, abonos y transporte).

Al término de 21 años de migración del jefe de familia (es decir una ausencia acumulada que representa más del 80% de su vida conyugal), el retorno monetario directo al predio agrícola –sin contar los gastos corrientes de producción (abonos y mano de obra)– es de aproximadamente 26.000 dólares (Cuadro 6). En 1992, la migración del padre de familia a los Estados Unidos proporcionó el 75% de los ingresos de la familia. Más de 1.000 dólares fueron invertidos para financiar los costos de producción agrícola.

Cuadro 6 – Inversiones realizadas en el predio agrícola gracias a la migración internacional (Orlando S., Arbieto)

Fecha	Tipo de inversión	Monto (US\$)
1971	Compra de una parcela de 600 m ²	Monto desconocido
1979-1981	Compra de una parcela de 10.800 m ²	6.000
1984	Compra de una parcela familiar de 5.300 m ²	3.000
1988	Compra de un tractor a crédito	Costo: 21.000 Préstamo: 16.000 Capital de la familia: 5.000
1988	Plantación de árboles de durazno, compra de una bomba de agua y construcción de un pozo individual	3.000
1991	Plantación de árboles de durazno	2.000
1992	Devolución de una parte de la deuda del tractor	7.000
Total		26.000

- La familia 14, residente de Santa Rosa (Ulises A.), es un caso extremo de sucesión de ciclos migratorios, con un total de siete salidas de larga duración, entre ellas cuatro a los Estados Unidos. El jefe de familia es mayor que los otros (62 años). Su itinerario migratorio difiere del modelo teórico.

Ulises A. comienza su primer ciclo migratorio en 1950 a la edad de 20 años. Es soltero y sale a Argentina donde se queda dos años: "Ya mi padre había salido a trabajar en Argentina, en la región de Salta, para comprar tierras en el pueblo. Él era piquero antes de la Reforma Agraria. Mis padres tenían más de cinco hectáreas en total. En 1953, durante la Reforma Agraria, han recuperado una hectárea y media de la hacienda Elepsen. Incluso después de la muerte de mi padre en 1961, mi madre siguió cultivando nuestras tierras con la ayuda de mi hermana y de mis hermanastros que ella tuvo antes de su primer matrimonio. Cuando murió mi padre, volví de Argentina, después salí de nuevo a Los Angeles por ocho años. Ya no quería trabajar con mi madre, quería tener mis propias tierras. Finalmente, con los ahorros de los Estados Unidos, se presentó una oportunidad y compré un camión. En ese tiempo me he casado" (Ulises A.).

El ciclo de iniciación de Ulises A. es tan original que fue una innovación migratoria para el resto de la comunidad (fue el pri-

mero entre la gente del pueblo que se fue a Estados Unidos). Este ciclo duró 18 años hasta el matrimonio en 1968. Teniendo en cuenta los retornos al pueblo con una duración variable de tres meses hasta un año, el tiempo real de migración de este primer ciclo es de 12 años, de los cuales Ulises A. pasó 10 en Los Angeles y Washington. El proyecto inicial —el de reunir un patrimonio en tierras saliendo a trabajar en el extranjero— fue abandonado a favor de otra opción económica: el transporte. La compra de un camión se percibe como garantía de una seguridad económica, que incita al joven migrante a casarse. Algunos años más tarde, después de un accidente de tráfico, el jefe de familia sale de nuevo al extranjero. La reducida superficie de tierras que la pareja ha recibido en el momento de su matrimonio (4.500 m²), motiva aún más a Ulises A. a iniciar un nuevo ciclo migratorio.

Este segundo ciclo consiste en dos fases. En la primera fase, las prioridades son la devolución de la deuda del camión y la construcción de la casa. Esta fase dura 10 años, de los cuales el jefe de familia pasa 5 en Canadá y Argentina. Durante su ausencia, la esposa y los dos primeros hijos, que se quedaron en el pueblo, viven con la familia del marido y ayudan a cultivar la tierra para asegurar su subsistencia cotidiana. A la edad de 49 años (en 1979), Ulises A. hereda la totalidad de las tierras que le corresponden. Esta herencia marca un giro en el itinerario de vida de la familia. La toma de control del predio agrícola empieza en esa época. Sin embargo, Ulises A. decide prolongar su migración a pesar de poseer aproximadamente 4 ha y la posibilidad de un buen ingreso agrícola.

“Mis hijos estaban todavía demasiado jóvenes para trabajar las tierras. El mayor tenía cinco años. Hubiera sido necesario emplear a trabajadores para cultivar mis parcelas. Además, las tierras que he heredado se encuentran a más de una hora de camino de nuestra casa. No son fáciles de cultivar y no son buenas. Preferí salir de nuevo por algunos años. Se gana más al salir a trabajar en los Estados Unidos. Durante ese tiempo, mi mujer se dedicó a la crianza de ganado cultivando alfalfa en algunas parcelas. La venta de queso aseguraba un ingreso suficiente para alimentar a la familia. Con los tres años que he pasado en Washington entre 1979 y 1982, pude ahorrar 30.000 dólares [es decir 800 dólares de ahorro mensual]. En 1983, he comprado una parte de las tierras de mi hermana que estaban más cerca de la casa. La última vez que salí fue de

1983 a 1986. Esta vez también volví con 30.000 dólares ahorrados. He vendido una parte de mis tierras no utilizadas y he comprado otras parcelas mejor situadas" (Ulises A.).

A la edad de 57 años, Ulises A. termina de reunir su patrimonio en tierras (en total más de 3 ha). A partir de 1986, cuando los hijos mayores están en edad de migrar, él se queda en el predio agrícola. Después de una breve estadía en Argentina, en 1991 el hijo mayor se va a Israel, seguido por su hermana. Son los hijos los que asegurarán la consolidación del predio agrícola. El dinero que envían es destinado esencialmente al financiamiento de los costos de producción de los cultivos frutales introducidos en el predio en 1988. Paralelamente, los hijos reúnen un capital monetario propio.

El tiempo total de migración del jefe de familia equivale a 23 años de ausencia, es decir el 50% de su vida de adulto y el 45% de su vida conyugal. El dinero invertido en el predio agrícola es de aproximadamente 10.000 dólares americanos. Las tierras compradas representan el 50% del actual capital en tierras.

- La familia 20 (Tomás E., Santa Rosa) es el ejemplo de consolidación del predio agrícola familiar más cabal. Sin embargo, la migración hacia el extranjero no fue la única actividad que permitió la acumulación de dinero. La migración hacia las zonas bajas de Santa Cruz en 1975, y luego la producción y el transporte ilegales de coca en los años ochenta, también han contribuido a la prosperidad de la familia.

A la edad de 19 años, Tomás E. sale por tres años a Argentina. A su retorno se casa (1968). Las tierras recibidas por el matrimonio (1.4 ha) permiten a la pareja iniciar enseguida la actividad agropastoril. Después del nacimiento del primer hijo, el jefe de familia sale de nuevo a Argentina (de 1969 a 1974), con el objetivo de incrementar sus ingresos y comprar tierras. Mientras va y viene entre Buenos Aires y Santa Rosa (quedándose un máximo de tres meses en el predio), la mujer en el pueblo se dedica a la crianza: "En esta época, yo tenía cinco vacas y vendía aproximada-

mente 120 quesos por semana. En ese momento teníamos sólo un hijo y por lo tanto pocos gastos. Los ingresos de la crianza y de la migración nos han permitido ahorrar" (Tomás E.).

El año 1975 marca un giro en el itinerario de vida de la familia. En 1972, Tomás E. hereda una parte de las tierras de su padre (3.600). Además, el ahorro generado por la migración hacia Argentina permite la compra de 2.8 ha bien situadas, cuyo costo es de 20.000 dólares (es decir 9.000 dólares por hectárea). Algunos años más tarde, la familia decide revender la mayor parte de estas tierras (2 ha) e ir a vivir en las tierras bajas del Oriente. En 1979, mediante una cuota mensual, la familia compra una superficie de aproximadamente 70 ha en la zona de Santa Cruz y se lanza en la producción comercial (plátanos, yuca, café, etc.). La pareja abandona el predio agrícola de su pueblo de origen por varios años (dejándolo en descanso). Paralelamente, el dinero de la venta de las tierras de Santa Rosa permite la compra de un terreno en Cochabamba e iniciar la construcción de una casa; actualmente, una parte de la casa está en anticrético.

"Cuando murió mi padre, he heredado el resto de las tierras que me correspondían en Santa Rosa. Pero era el momento en el que la coca empezaba a venderse bien. Entonces, a partir de 1980 comercializamos la coca de nuestras tierras de Santa Cruz. En 1981 pude comprar un camión y trabajar en el transporte. Con la coca ganamos mucha plata, pudimos continuar con la construcción de la casa en Cochabamba. En 1985 ha empezado la prohibición del tráfico de cocaína. Entonces hemos vendido nuestras tierras de Santa Cruz y hemos vuelto a vivir en Santa Rosa. He seguido con el transporte de mercadería a Cochabamba. Mi mujer ha vuelto a la crianza lechera en el predio con la ayuda de mis hijos mayores. Al mismo tiempo, hemos hecho plantar una centena de árboles de durazno y junto con mi hermano hemos hecho cavar un pozo" (Tomás E.).

El segundo ciclo de migración (el de construcción) dura de 1968 hasta 1986, pero se diferencia de los casos anteriores. La familia de Tomás E. tiene capacidades de adaptación y de flexibilidad particularmente eficaces. Aprovecha las oportunidades que se presentan para responder a varios objetivos simultáneos: mantener y desarrollar una actividad agrícola en el predio de origen y abrirse perspectivas en el espacio urbano. En este contexto, sin

duda los beneficios generados actuaron mucho más a favor de la prosperidad de la familia que la migración hacia el extranjero. Sin embargo, esta última dio el impulso inicial al proceso de acumulación ya que los cinco años de migración pasados en Argentina permitieron la compra de tierras en Santa Cruz.

La extrema variabilidad de las estrategias campesinas se manifiesta también en el tercer ciclo migratorio de esta familia. A la edad de 40 años, Tomás E. decide salir nuevamente al extranjero. "En 1987 tuve que partir de nuevo. En esa época dejamos el transporte de la coca. Se había vuelto demasiado peligroso. Sin embargo, yo tenía que asumir muchos gastos. Mis hijos se fueron a estudiar en Cochabamba, había que pagar sus deudas, así como a los obreros que trabajaban nuestras tierras, sobre todo en el cuidado de los árboles de durazno. Entonces he decidido ir a trabajar en la construcción en Israel por dos años (de 1987 a 1989). Mi hija mayor me ha seguido un año después. Mi mujer iba y venía entre Cochabamba y Santa Rosa para ocuparse al mismo tiempo de los estudios de nuestros hijos y del aprovechamiento de las tierras que habíamos confiado a alguien durante mi ausencia".

En 1989, la familia retorna al pueblo y se instala de manera más duradera en el pueblo para dedicarse a la agricultura. El ahorro generado por la migración a Israel permite una nueva inversión en la crianza (bovina y también porcina). La salida de la hija mayor a Israel apunta a completar los ingresos familiares y se inscribe en una lógica común de consolidación de la economía familiar. Su segunda salida, esta vez a Argentina, revela una estrategia individual de acumulación monetaria.

Al término de 11 años de migración, es decir el 45% de la vida conyugal del jefe de familia, las tierras compradas representan el 22% de la superficie total. Por lo complejos que fueron los movimientos monetarios, es difícil de evaluar con precisión el capital invertido en el predio agrícola. Éste representa un mínimo de 9.000 dólares (tierras y plantación de árboles de durazno). La construcción de una casa en Cochabamba agotó una parte importante del ahorro generado por la migración. La elección de una doble estrategia económica (rural y urbana) requirió una extrema movilidad espacial (Cochabamba, región de Santa Cruz,

Argentina e Israel) y la inserción en diversos sectores de actividad (agricultura, comercio, transporte y construcción).

En los valles de Santa Rosa y Arbieto, es difícil conocer el número de economías familiares consolidadas en términos de un itinerario migratorio. Se puede suponer que entre el 42% de los migrantes que salen a los Estados Unidos, Israel o Japón, una buena parte logre una relativa prosperidad. Sin embargo, el éxito sigue siendo muy aleatorio y sus condiciones son múltiples: importantes superficies iniciales de tierra, un sentido de innovación, resistencia física y psicológica, y una fuerte cohesión familiar.

Itinerarios inconclusos: economías familiares poco consolidadas o debilitadas

Las economías familiares poco consolidadas o debilitadas tienen tendencia al estancamiento (en términos de inversión en el predio agrícola) o directamente a una descapitalización. La extrema adaptabilidad de las lógicas campesinas hace que las situaciones económicas familiares sean siempre cíclicas y reversibles. Por lo tanto, estos "balances migratorios" constituyen una percepción momentánea de su presente.

La familia 18 (Téofilo M., Arbieto) ha pasado por tres ciclos sucesivos de migración. El primero se desarrolla según el esquema clásico, mientras que el segundo no es muy eficaz en términos de inversión.

A la edad de 17 años, el jefe de familia sale por cinco años a Argentina y retorna para casarse en 1962. Durante este periodo (de 1957 a 1962) recibe 6.800 m² de tierras y también su esposa recibe una parte de su herencia (2.600 m²). La superficie total de tierras que posee la pareja en el momento de su matrimonio es un poco menor a una hectárea.

Una estadía de un año y medio en Argentina marca el inicio del segundo ciclo de migración. La mujer se queda en el predio agrícola. Ella cuenta: "Durante todo este periodo, mi marido no me envió plata. No sé qué es lo que hacía con su plata allá en Buenos

Aires. Yo tenía plata de la venta de queso. Felizmente estaba sola y casi no gastaba. Los primeros cinco años después de nuestro matrimonio no tuvimos hijos. Cuando él volvió por primera vez se quedó dos años, después se fue de nuevo por tres meses, después volvió, etc. Así se iba y venía para nada, sin traer plata. Yo no quería que se vaya. Pero él decía que nuestras tierras no nos hacían ganar lo suficiente para vivir. Están mal situadas. Quería mejores tierras". En 1968, con los escasos ahorros de la Argentina y la venta del queso, el jefe de familia compra una parcela de 1.300 m², la de su hermano. Durante varios años, Teófilo M. duda de salir nuevamente a Argentina. Después del nacimiento del tercer hijo empieza nuevamente un ciclo "inestable" de migración: emprende una serie de idas y venidas en lapsos de tiempo muy cortos y pasa periodos de inactividad en Buenos Aires. Durante todos estos años, el dinero de la migración permite terminar la construcción de la casa y sobre todo cubrir los gastos corrientes de la familia. Sin embargo, el margen de ahorro no es suficiente para que el jefe de familia pueda emprender una migración más rentable (a los Estados Unidos, por ejemplo).

La migración de los hijos hacia el extranjero a partir de 1983 fue decisiva para la evolución del predio agrícola. La estadia de las dos hijas mayores en Argentina (durante cinco años) no apuntó a la consolidación de la economía familiar según el modelo teórico, sino a un verdadero apoyo económico para la familia y el mantenimiento de las actividades agrícolas en el predio. Este ciclo de migración del que se encargan los hijos, ha contribuido a ampliar la propiedad agrícola de la familia, aunque no sin dificultades. La esposa de Teófilo M. explica: "En 1988, la hermana de mi marido quería vender sus tierras que están situadas al lado de las nuestras. Tuvimos que comprar estos terrenos, ya que para llegar a nuestras parcelas tuvimos que cruzar las suyas. Si otra persona las hubiera comprado, nos hubiéramos peleado. Tuve que vender cuatro vacas de las ocho que tenía, y con una parte del dinero que me habían enviado mis hijos pudimos comprar estas tierras [1.800 dólares por 3.600 m²]. Sin embargo, así tuvimos menos ingresos por la venta de queso. Entonces mandamos a mi hijo de 18 años a Argentina para que nos ayude. Pero ahora que mis hijos se han ido, ¿quién nos va a ayudar a cultivar la tierra? Mi marido ha utilizado el dinero que mis hijos han enviado de Argentina para la compra de estas tierras en vez

de devolver las deudas del préstamo que nos habíamos hecho para sus viajes. Ahora tendrá que vender una o dos vacas para devolver el dinero que debemos”.

En 1992, las tierras compradas representan el 36% de la superficie actual, que en un 78% fue financiada por los hijos. La migración “en línea punteada” del jefe de familia hacia Argentina significa una ausencia acumulada de ocho años a partir del matrimonio de la pareja. El último ciclo de migración echa luces sobre la complejidad y las contradicciones en los objetivos de la familia. La voluntad de reunir un capital en tierras pone en peligro su situación económica. Tales contradicciones terminan en un callejón sin salida económico que únicamente la descapitalización parcial ha permitido resolver en un plazo más o menos largo. Por ello, la dependencia económica de la migración se acentúa aún más.

- La familia 17 (Rómulo C., Santa Rosa) se parece al caso anterior. Actualmente está en curso la transición entre el segundo ciclo de migración (el de construcción) y el tercero (transmisión de la estrategia migratoria a los hijos).

El ciclo de iniciación (o de formación) del jefe de familia se extiende a lo largo de siete años. En 1975, el ahorro que genera la migración hacia Argentina permite la compra de una parcela de aproximadamente 3.900 m² por un monto de 3.000 dólares y después el matrimonio del joven migrante en 1976. Pese a una superficie de tierras reducida (la mujer no heredó), después de su matrimonio Rómulo C. ya no sale a trabajar en el extranjero. En estos primeros años, la subsistencia de la familia depende del empleo temporal en las plantaciones frutales del Oriente y a partir de 1980 en las plantaciones ilegales de coca. Durante este periodo, la mujer trabaja sus escasas parcelas, así como las de sus padres. El salario de Rómulo C. cubre los gastos corrientes de la familia y permite la compra de algunas vacas. En 1984, cuando nace el segundo hijo, el jefe de familia decide irse de nuevo a Argentina: “Comienzan a controlar seriamente la coca. Prefiero irme a Argentina, donde tendré ingresos más seguros para alimentar a mi familia” (Rómulo C.).

El segundo ciclo de migración comprende dos estadios en Argentina. En 1989, un intento de ir a Estados Unidos termina fracasando y significa una considerable pérdida de dinero. "Para este viaje a los Estados Unidos nos habíamos prestado 4.000 dólares con una tasa de interés del 3%. Hemos perdido todo. Yo tenía un pasaporte falso con un nombre prestado, pero no funcionó. Cuando llegué a la frontera me devolvieron. Entonces en 1990 fui de nuevo a trabajar en Argentina. Pero todo el dinero que envié sirvió para devolver la deuda de este préstamo. Mi mujer y mis hijos vivían con dificultad de la venta de chicha y de las tierras de mi suegra". Desde su salida en 1990, el padre de familia no ha regresado. Estos tres años de ausencia crean fuertes tensiones familiares. Los envíos de dinero son cada vez más raros. En 1992, la hija mayor está en edad de migrar. Se va a Buenos Aires a trabajar en el comercio de hortalizas y se aloja en casa de un pariente cercano. Es el comienzo del ciclo de transmisión de la migración a los hijos, que apunta principalmente al apoyo económico de la familia.

Teniendo actualmente 38 años, el jefe de familia ha vivido 13 años en el extranjero (6 años desde el matrimonio, es decir el 37% de la vida conyugal). Este exilio no ha tenido prácticamente ningún efecto en el predio, exceptuando la compra de un tercio de hectárea en el transcurso de la migración. La falta de tierras en el momento de la instalación de la pareja es la principal causa del fracaso de la migración. Algunos ingresos agrícolas hubieran podido permitir el arranque económico de la familia.

- La familia 12 (Ernestina L., Santa Rosa) tiene un itinerario migratorio bastante atípico, invertido con relación al esquema teórico. El padre de familia, que es relativamente joven (43 años), se encuentra en un ciclo de migración desfasado en el tiempo. Un préstamo orientado hacia la inversión en los medios de producción y que había que devolver, motivó al jefe de familia a salir a una edad tardía a los Estados Unidos.

Hijo de un comerciante sin tierras, el jefe de familia se casa a los 27 años con Ernestina, hija de un propietario de tierras indepen-

diente que trabajaba como mayordomo en la hacienda de Santa Rosa. Ernestina cuenta: "Durante la Reforma Agraria, a mi padre le expropiaron una parte de sus tierras de Santa Rosa. Por problemas políticos, toda mi familia huyó a Santa Cruz, donde hemos vivido hasta 1960. Alquilábamos tierras. Algunos años más tarde, mi padre ha decidido volver a vivir en las tierras que le quedaban en Santa Rosa. Las había dejado en aparcería a alguien del pueblo. Tenía tres hectáreas y media. Yo siempre he trabajado estas tierras, también después de mi matrimonio. Vivíamos en la casa de mis padres. Yo cultivaba sus tierras, y mi marido trabajaba en Cochabamba en la construcción y después como empleado en una tienda. En nuestras tierras nos dedicábamos sobre todo a la crianza. En 1982, mi padre ha recibido un préstamo del Banco Agrícola y ha podido comprar diez vacas. Él empleaba a gente del pueblo para que se ocupe del ganado. Fue el primero en el pueblo en plantar árboles de durazno.

Cuando murió, la mitad de las tierras fue repartida entre los diez hijos. He recibido 2.900 m² de terreno y una vaca. Con nuestros ahorros hemos hecho cavar un pozo y plantar duraznos. Queríamos instalarnos por nuestra cuenta y necesitábamos más tierras. Mi padre siempre trabajaba con deudas. Eso no le ha impedido reunir ahorros. Entonces nos hemos prestado 1.500 dólares para comprar una de las parcelas de mi hermano que se fue a vivir en Cochabamba (2.900 m²). Pero entre tanto mi marido ha perdido su trabajo en Cochabamba. Ya teníamos nuestros cinco hijos y por lo tanto muchos gastos. Mi marido ha decidido irse a Estados Unidos como lo hace la mayoría de la gente aquí. Nos hemos prestado 3.000 dólares para el viaje y los papeles. Desde hace tres años está allá sin poder volver porque no hemos terminado de pagar nuestras deudas".

En 1992, el empleo inestable del jefe de familia en los Estados Unidos hacía que la situación económica de la familia sea extremadamente difícil. La compra de tierras y la introducción de una producción agrícola costosa en medios de producción (frutales y hortalizas), incluso antes de haber acumulado el capital necesario para la viabilidad del predio, son el resultado de una lógica del agricultor "innovador" heredada de un aprendizaje familiar (el del padre). El estancamiento actual no es tanto de origen es-

tructural (incapacidad de integrar una nueva lógica de producción, por ejemplo), sino sobre todo de orden coyuntural.

Una ruralidad conservada

Más allá de sus particularidades, los trayectos de vida y los itinerarios de migración demuestran la resistencia de los campesinos a un éxodo definitivo. En estas regiones, las estrategias migratorias están orientadas hacia la conservación de la ruralidad, que pasa en primer lugar por las transacciones en la propiedad de la tierra.

Las inversiones en tierra

La tierra, centro de los desafíos

Cuando se forma la célula familiar, la posesión de tierras juega un papel mayor en la decisión de migrar. La falta de tierras, resultado clásico de la presión demográfica, tiende a estimular la migración. Cuanto menos tierras posee una familia para "arrancar", mayor es su motivación para salir al extranjero después del matrimonio, si no definitivamente, por lo menos temporalmente. Este esquema corresponde a un cierto número de familias (16 y 14), pero está lejos de ser sistemático. La migración interna hacia las zonas de colonización o la ciudad puede ser otra posibilidad, aunque no ofrece las mismas perspectivas monetarias. De esta manera, la migración hacia el extranjero tiene lugar más tarde, si las dificultades económicas persisten. Por el contrario, algunos jefes de familia que tienen una cantidad inicial de tierras bastante grande (alrededor de una hectárea), optan de todas maneras por salir (familias 20 y 18).

Los modos de transferencia de la tierra determinan en gran medida la evolución de la economía familiar. El momento en el que interviene la herencia es siempre determinante para el futuro de la familia, sea que permite considerar un retorno definiti-

vo al lugar de origen, sea que facilita pasar a una migración más rentable hacia los Estados Unidos o Israel. El ritmo de formación del capital en tierras (sea por herencia, sea por compra) es un elemento clave en los itinerarios de vida y en la sucesión de los ciclos migratorios.

La estrategia migratoria no apunta solamente a asegurar la subsistencia, sino que está orientada hacia varios objetivos: mejorar las condiciones materiales, constituir un rebaño, incrementar o crear un patrimonio en tierras. La voluntad de comprar parcelas, aún cuando existen perspectivas de herencia, es un punto en común de todas las familias. De esta manera, la migración conlleva un proceso de concentración de tierras. Al interior de las familias extensas se realiza su redistribución espontánea: los terrenos comprados son frecuentemente los de un pariente cercano o lejano. Esta redistribución se realiza según un modo de reagrupamiento de las parcelas. "Existe una modalidad de venta muy difundida. Cuando un propietario quiere vender una parcela, tiene que ofrecerla primero a su vecino, que a veces forma parte de la familia, con el fin de evitar que se acentúe el minifundio. Si el vecino no posee el monto necesario, podrá dirigirse a otras personas, pero que generalmente pertenecen a la comunidad" (Deheza, 1991: 259).

La compra de tierras: ¿proyecto económico o sociocultural?

En oposición a la comunidad de altura, donde la tierra es inalienable, la tierra del Valle Alto constituye un valor mercantil incontestable, conocido y reconocido por todos. En esta región, la proximidad de la ciudad, la aptitud de las tierras para la agricultura y la topografía favorable para el aprovechamiento (con la utilización posible del tractor) hacen de la tierra un bienpreciado. Los precios de venta son un indicio de su valorización.

En una región en la que la escasez de agua limita la producción agrícola, la ubicación de las parcelas determina el precio de la hectárea. Las parcelas situadas a lo largo de los canales de riego o también las que están cerca de la Laguna de

Angostura permiten producciones con rendimientos elevados como la alfalfa o las legumbres (habas y arvejas).

En los pueblos, el precio actual de una arrobada (3.600 m²) es de aproximadamente 2.000 dólares y puede alcanzar 3.000 dólares en el caso de las tierras ricas (es decir 9.000 dólares la hectárea). A manera de comparación: en el mismo año, el precio de una hectárea de tierras en el Chapare variaba entre 160 y 300 dólares.

En este contexto, sólo la migración hacia el extranjero permite generar ingresos que están a la altura del mercado de tierras. Las familias más ricas, generalmente aquellas cuyo jefe de familia migró a los Estados Unidos, participan incluso en la subida de los precios. En cambio, los campesinos que venden una parte o la totalidad de sus tierras, son los que migran definitivamente a Cochabamba o los que no pueden devolver alguna deuda. A veces se invierte una parte del dinero de la venta a financiar una nueva salida al extranjero.

La inversión en tierras gracias a los ingresos generados por la migración internacional no es una tendencia reciente. En un estudio realizado en 1982 en varios pueblos del Valle Alto (Villa Rosa y Ucuireña), J. Dandler *et al.* (1982) constatan que el 14% de los migrantes que retornan de Argentina invierten en tierras.

Estas inversiones son doblemente paradójicas. Por una parte, representan un real sacrificio financiero para las familias que logran ahorrar con dificultades. Por otra parte, es frecuente que las parcelas compradas no sean utilizadas y que queden en descanso durante varios años por falta de medios o de tiempo. ¿Es la expresión de la permanencia de una identidad campesina que se reconoce primero en la propiedad de la tierra?

«Incluso aunque la familia sepa que no dispondrá de una gran superficie, si la tierra no es utilizada para fines agrícolas, adquirirla responde a tres objetivos: garantizar un crédito, poseer un bien que no perderá su valor y reafirmar los lazos de la unidad doméstica con la comunidad" (Dandler *et al.*, *op. cit.*: 35).

En un país como Bolivia, la relación con la tierra (con la Pachamama) está presente en cada momento de la vida cotidiana. El mestizaje de estas poblaciones y su fuerte integración en el espacio urbano, fenómenos que hubieran podido llevar a la desaparición de las identidades culturales, no fueron suficientes como para apartar al campesino de determinados valores ancestrales. La migración prolongada hacia los países extranjeros, en los cuales es difícil imaginarse que un campesino quechua pueda reconocerse, no conduce al desarraigo del migrante. Por el contrario, dado que la migración permite comprar tierras, asegura la permanencia de la pertenencia a un grupo social, la comunidad campesina. La simple posesión de tierras en esta región hace que un campesino sea más rico que otro. Esta riqueza no hace solamente referencia a un valor mercantil, sino también social y cultural.

Las jóvenes generaciones frente a la migración

La trayectoria de los hijos

Sea cual fuere el grado de consolidación de la economía familiar, el último ciclo de migración, resultado decisivo de las experiencias migratorias anteriores, pone de manifiesto el papel fundamental de los hijos. Cuando existen tensiones o conflictos de generación dentro de la familia, la migración puede ser la expresión de una voluntad de ruptura con los valores familiares y sociales. No es el caso en los pueblos de Santa Rosa y Arbieto. Cuanto más se adhiere el individuo y se identifica con el sistema de representación social del grupo familiar, más impulsado está a la migración. Por lo tanto, la transmisión de la cultura migratoria a las jóvenes generaciones requiere de una fuerte cohesión familiar. Los hijos en edad de migrar tienen que reconocerse en los objetivos del jefe de familia. La decisión de partir se inscribe sobre todo en una lógica colectiva familiar: el acceso de los jóvenes a la autonomía exige asegurar con anticipación la continuidad del bienestar familiar o por lo menos haber contribuido a ella.

Sin embargo, la fuerte cohesión familiar, que implica la transmisión de la migración, actúa a veces en contra de la voluntad de los hijos. Por ejemplo, la migración hacia Israel, todavía poco difundida en el pueblo, suscita sentimientos de aislamiento y de alejamiento, por el hecho de que la comunidad migrante está todavía escasamente integrada y socialmente poco estructurada en el país de destino.

De esta manera, la trayectoria de los hijos puede estar orientada hacia la migración, el trabajo en el predio agrícola o los estudios.

La decisión de migrar es frecuente cuando la situación económica de la familia es crítica. Intereses individuales divergentes contribuyen a menudo a crear un clima de conflicto entre padres e hijos, sobre todo si el joven migrante proyecta formar rápidamente un hogar. En este caso, él desea ahorrar para sí mismo, mientras que el jefe de familia exige un apoyo para mantener las actividades en el predio agrícola.

En el segundo caso, los hijos dejan de estudiar a la edad de 13 años y se quedan en el predio agrícola para responder a los requerimientos de mano de obra. Esta solución concierne sobre todo a las hijas, en la medida en que ellas constituyen la mano de obra adecuada para la crianza y la elaboración de quesos, actividad fundamental en términos de ingresos.

Los hijos también pueden continuar sus estudios en Cochabamba si los ingresos de la familia lo permiten. En los casos de una migración exitosa, ésta es una opción frecuente. La estrategia educativa está presente en la gran mayoría de las familias. No todos los hijos podrán retomar el predio agrícola de la familia y vivir de la agricultura. Algunos tienen que insertarse en el medio urbano y por lo tanto necesitan una formación. La construcción de una casa en Cochabamba, gracias a los ingresos de la migración, responde a esta lógica (familias 20 y 16). Las familias que no tienen una casa en la ciudad se aseguran un alojamiento de paso gracias a las relaciones de parentesco.

Para algunos, los estudios superiores se inscriben en la perspectiva de desarrollo del predio agrícola. Numerosos jóvenes realizan estudios de agronomía en Cochabamba con el

objetivo de volver al predio y contribuir a mejorar el sistema de producción familiar: “Yo quería estudiar veterinaria para mejorar la producción lechera en el predio de mi padre, pero el nivel es demasiado alto. Me he inscrito en la facultad de agronomía” (Waldo S., Arbieto).



Hijos de 10 y 13 años trabajando en los huertos de durazno de un migrante que se encuentra en Estados Unidos, después de un día en la escuela.

Sin embargo, la correlación migración-educación-predio agrícola, expresión de una dimensión estructural de la migración, existe en una minoría de las familias. Las familias con ingresos bajos raras veces tienen opciones: los hijos salen al extranjero y las hijas se quedan en el predio. Por el contrario, las familias con ingresos más altos (o una economía consolidada) dudan a menudo entre la educación y la migración. Frecuentemente, los hijos mayores salen al extranjero, mientras que los más jóvenes estudian en Cochabamba. La migración de los mayores permite financiar los estudios de los demás.

La migración, ¿un trampolín para la ciudad?

El espacio urbano no se percibe como la solución ideal para el futuro de los hijos. Lejos de estar atraídos por las “luces de la

ciudad", las familias la perciben más bien como un espacio transitorio que brinda acceso a la educación. La ciudad permite además dedicarse a actividades no agrícolas, frecuentemente de carácter informal (comercio, transporte, etc.) mientras que se espera el retorno del hijo al lugar de origen. Finalmente, es un punto de paso para la comercialización de la producción: "La compra de una casa en Cochabamba no tiene por objetivo la instalación definitiva en la ciudad, sino que permite disponer de un lugar de estadía cuando las mujeres venden sus productos o cuando los hijos van a estudiar en Cochabamba" (Deheza, 1991: 124). Algunas mujeres de migrantes que disponen de una casa o de la de un pariente, se instalan provisionalmente en Cochabamba. En la mayoría de los casos se dedican a la venta de productos agrícolas o artesanales. Pero no por ello abandonan las tierras de su pueblo de origen. Generalmente, un trabajador agrícola está encargado del cuidado del predio. "Una proporción significativa de las poblaciones bolivianas entrevistadas en Buenos Aires, en su mayoría del Valle Alto, tienen una doble residencia. [...] Numerosos jefes de familia migraron primero desde su comunidad de origen hacia Argentina, luego volvieron a sus tierras y, finalmente, fueron a instalarse en Cochabamba, donde residen de manera paralela y esporádica" (Dandler y Medeiros, 1985: 14).

Muchos jóvenes tienen este punto de vista del espacio urbano: "El año que he pasado en Argentina me ha permitido ahorrar un poco de dinero. Voy a abrir un comercio de semillas en Cochabamba instalándome en la casa de mis padres. Podría cuidar a mis hermanos y hermanas que todavía van a la escuela. Y después, cuando tenga suficiente plata, volveré al pueblo para criar gallinas y chanchos en las tierras de mis padres" (Gladis E., 23 años).

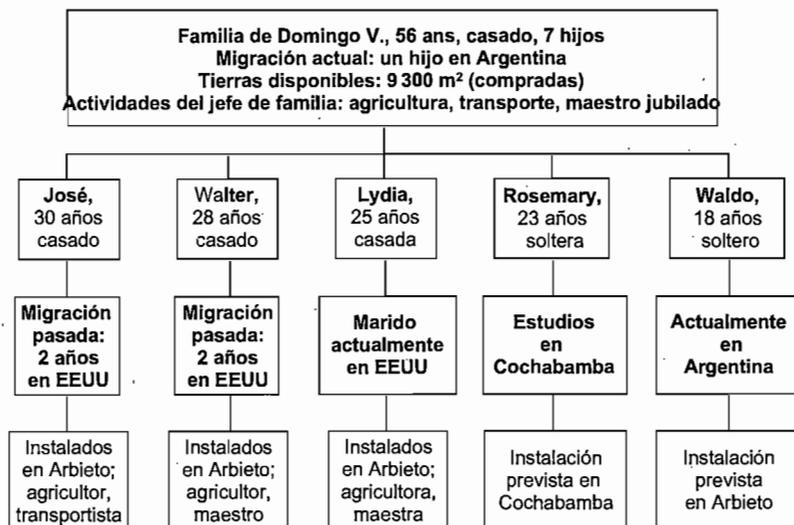
El Gráfico 31 muestra las trayectorias de las jóvenes generaciones después del primer ciclo de migración (sólo son tomados en cuenta los hijos de por lo menos 18 años de edad).

En las dos trayectorias, los hijos han regresado al pueblo o tienen previsto hacerlo después del primer ciclo de migración. En el ejemplo 1, sólo Rosemary prevé instalarse en Cochabamba

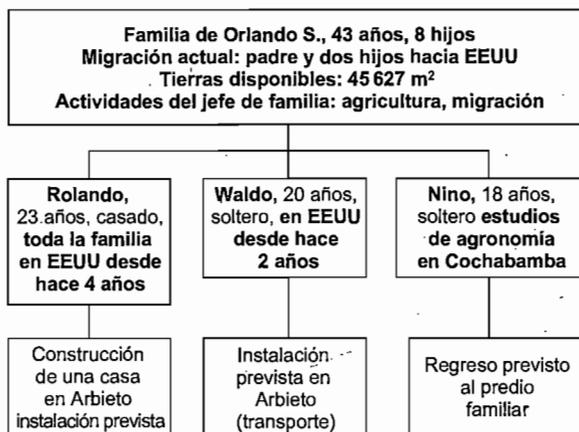
al terminar sus estudios. A pesar de no poseer tierras cuando forman parejas, los jóvenes están decididos de instalarse en el pueblo.

Gráfico 31 – Itinerario de las jóvenes generaciones (Arbieto y Santa Rosa)

Ejemplo 1



Ejemplo 2



Por lo tanto, los medios de subsistencia se basan en la combinación de varios tipos de actividades. La agricultura ocupa frecuentemente un lugar secundario, pero está siempre presente. El ejemplo 2 corresponde al modelo según el cual los hijos mayores migran, mientras que los más jóvenes estudian. Después de cuatro años en Estados Unidos con toda su familia, el hijo mayor hace construir una casa en el pueblo de Arbieto con la perspectiva de retomar las tierras de su padre.

De esta manera, la movilidad espacial de la población no resulta necesariamente en un cambio de actividades, ni en el traslado definitivo a la zona urbana. El retorno a la agricultura, aunque siempre está acompañado de actividades paralelas, es una consecuencia mayor de la migración internacional en las zonas rurales de Bolivia.

Entre supervivencia y desarrollo

En la región de Cochabamba, la migración remodela las economías familiares campesinas y los modos de identificación sociocultural en los espacios de salida. Sin embargo, estos cambios no tienen la misma naturaleza ni la misma amplitud en las dos zonas de estudio.

Las consecuencias de la migración internacional para el futuro de la población rural de Santa Rosa y Arbieto tienen múltiples facetas. La migración modifica considerablemente las economías familiares campesinas a causa de los ingresos bastante altos que genera. Transmitida de padre a hijo, se inscribe en proyectos de vida que superan la simple subsistencia. La migración financia la mejora del bienestar material (construcción de la casa), la educación de los hijos, el desarrollo de las infraestructuras comunitarias o también la mejora del sistema de aprovechamiento (compra de tierras e innovación agrícola). Estas opciones de inversión son al mismo tiempo la expresión de la persistencia de una identidad campesina y de la voluntad de adaptarse a las necesidades del mundo contemporáneo. En este

sentido, la migración internacional es mucho más que una simple estrategia de supervivencia. Se manifiesta como un verdadero instrumento de adaptación y de desarrollo. Queda por saber si estas observaciones pueden ser extendidas al conjunto de los habitantes rurales de Bolivia que apuestan a la migración hacia el extranjero.

A propósito de la migración de los bolivianos hacia Argentina en los años setenta, M. Foucher señala además: "Los que retornan a Bolivia —¿cuántos?— introducen en los pueblos elementos de modernización: casa nueva de material de construcción, compra de tierras, estudios de los hijos y aprendizaje del español, a veces de una profesión en las escuelas técnicas. Sin embargo, estos hechos sólo pudieron observarse en algunos pueblos como Ñuqui, situado al sur de la ciudad de Potosí" (1987: 124).

Al mismo tiempo, la migración promueve un proceso de diferenciación interna en las comunidades, una verdadera división económica y sociocultural. Produce una jerarquía en la que las disparidades sociales se expresan cotidianamente y acelera la desestructuración de un sistema comunitario ya fuertemente alterado en estas regiones de Bolivia. La migración, fuente de un desarrollo heterogéneo, crea una élite de migrantes ricos semi-urbanizados al lado de un campesinado pobre y marginado. En búsqueda de prestigio social, este campesinado trata de imitar la lógica de los más ricos, con el riesgo de debilitar su equilibrio económico. En este sentido, la migración internacional es un factor de profunda desestabilización de las sociedades campesinas andinas.

La migración desde la comunidad de altura hacia el Chapare no tiene las mismas consecuencias en el espacio de origen. Las migraciones ligadas a la economía de la coca constituyen actualmente una alternativa primordial para la supervivencia de las familias de Pampa Churigua. Si bien resultan en una notable mejora de las condiciones de vida de la población (mayor nivel de ingresos y de consumo), no permiten ir más allá de la reproducción social de la familia. Dado que las perspectivas de desarrollo son limitadas, la migración no produce ningún fenómeno

de diferenciación económica al interior de la comunidad. Por el contrario, contribuye a una relativa igualdad de los niveles de vida. Por lo demás, la conservación de valores culturales y de identidad, que son mucho más fuertes en Pampa Churigua que en los pueblos de valle, guían las estrategias migratorias. Las lógicas monetarias obedecen, por ejemplo, a las prácticas festivas familiares y comunitarias. En este sentido, la migración contribuye a conservar la pertenencia y la identidad sociocultural andinas. Sin embargo, el retiro de los colonos de la vida comunitaria festiva, hecho que está parcialmente relacionado con su conversión religiosa, debilita la cohesión comunitaria. Esta división sociocultural entre los migrantes y los no migrantes no está todavía lo suficientemente afirmada como para poder predecir una desestructuración de la comunidad.

Parte 4

¿Hacia una mejor seguridad alimentaria?



En Bolivia, las poblaciones rurales son las más vulnerables a los riesgos de inseguridad alimentaria y la insatisfacción de las necesidades nutricionales (Franqueville, 1998). Las lógicas económicas familiares de los campesinos se basan en una primera necesidad, la de asegurar su alimentación. En este contexto, ¿cuáles son los efectos de la migración sobre el sistema alimentario campesino? ¿La importancia de la migración en las economías familiares produce cambios en los modos de consumo y la situación nutricional de la población?

En el medio rural, una multitud de factores interviene en los sistemas alimentarios y la situación nutricional: las capacidades productivas agrícolas, las lógicas de autoconsumo, las formas de abastecimiento, los niveles de ingreso, el grado de equipamiento de las zonas rurales, las condiciones sanitarias, etc. Por lo tanto, no se trata de intentar tomar la migración como único factor determinante de la situación alimentaria. El objetivo es poner de manifiesto, mediante las encuestas y las observaciones realizadas en las comunidades rurales de Cochabamba, las interacciones que existen entre las lógicas migratorias y las que revelan sistemas de producción o de consumo.

Sistemas de producción condicionados por la emigración

En las economías campesinas, el sistema alimentario está condicionado en primer lugar por la producción agrícola en el predio y por las lógicas de autoconsumo. ¿La migración modifica las relaciones del agricultor con su tierra? ¿Se mantiene la agricultura y bajo qué condiciones?

Los modos de uso de los recursos disponibles (tierras y mano de obra), las opciones de rotación de los cultivos y las formas de utilización de la producción agrícola son los tres indicadores aplicados para comprender los procesos de recomposición de las economías agrícolas en los pueblos de emigración.

Pampa Churigua: sistemas de producción “reajustados”

La migración hacia el Chapare se inscribe en una lógica de división de los espacios de producción, es decir se mantiene la actividad agrícola en Pampa Churigua. Sin embargo, las nuevas formas de movilidad inducen una reorganización de los sistemas de producción familiares en el espacio de origen.

Para poder combinar un doble espacio de vida, los migrantes tienen que adaptar y reajustar sus lógicas de producción. El predio agrícola de la comunidad de origen adquiere una nueva función.

Las nuevas funciones de la crianza

La crianza de ovinos constituye una importante fuente de ingresos para el conjunto de las familias de Pampa Churigua. Según las encuestas, la venta directa de animales y de productos de la artesanía textil representa el 23% de los ingresos anuales. No obstante, la migración hacia el Chapare parece haber ocasionado una reducción en la crianza. En Pampa Churigua, el tamaño del rebaño es difícil de evaluar con precisión, en la medida en que el sistema del "al partido" es una práctica corriente. Frecuentemente, las mujeres recurren a este sistema cuando se ausentan de la comunidad.

Según K. Zimmerer *et al.*, "estos últimos veinte años, el tamaño del rebaño ovino ha disminuido considerablemente. En la época de la Reforma Agraria había una cantidad de animales mucho mayor. Actualmente, a causa de la repartición de las tierras y de los animales por medio de la herencia, pero también porque frente a la perspectiva de la migración los jóvenes ya no están interesados en la crianza, el rebaño no deja de disminuir" (1991: 23). En la muestra, el tamaño del rebaño es muy desigual según las familias, variando entre 10 y 30 cabezas. Sin embargo, teniendo en cuenta el tamaño reducido de la muestra, es difícil decir si esta diferenciación está relacionada con los comportamientos migratorios.

La migración modifica la función económica tradicional de la crianza. Al igual que en numerosas sociedades rurales, el ganado constituye una reserva monetaria permanente, una especie de "caja de ahorro", de la cual la familia se sirve en caso de necesidad. Con ocasión de las fiestas familiares o comunitarias, por ejemplo, las mujeres venden sistemáticamente una o dos ovejas. Sin embargo, al mismo tiempo las mujeres que se quedan solas en el predio, están obligadas a vender sus animales para asegurar las necesidades de consumo corriente mientras esperan el retorno de su marido. En algunos casos, la migración produce una verdadera descapitalización del rebaño. Los migrantes que quieren comprar tierras en el Chapare, por ejemplo, venden

varios animales al mismo tiempo y algunas veces incluso sus animales de tiro.

La crianza pierde además valor social y simbólico. En los Andes, el tamaño del rebaño suele ser un criterio de prosperidad (Bey, 1994; Delgado, 1991; Albó *et al.*, 1990). En la comunidad, es el acceso al Chapare que en adelante establece las normas del éxito socioeconómico. Hecho significativo: cuando existe, el ahorro generado por la migración raras veces es destinado a la compra de animales. Obviamente las escasas posibilidades de pastoreo (erosión y escasez de tierras) restringe este tipo de inversión (Zimmerer y Muñoz, 1991).

Finalmente, la migración hacia el Chapare tiende a redefinir las modalidades de trabajo de las mujeres, así como los modos de comercialización de los productos derivados de la crianza. En cuanto a la artesanía textil, la mayoría de las mujeres elaboran íntegramente sus productos (producción de la lana, hilado, teñido y tejido) y los venden en los mercados locales. En cambio, las mujeres de colonos que migran hacia el Chapare para ayudar en las cosechas de coca, no siempre tienen tiempo para dedicarse a la artesanía textil. Por esta razón encargan el tejido de su reserva de lana a las mujeres sedentarias. A cambio, éstas reciben un salario de aproximadamente 20 a 30 Bolivianos por la confección de una prenda.

Algunas mujeres más integradas en el espacio regional se dedican exclusivamente al comercio de productos artesanales. Recogen los ponchos y los *phullus* confeccionados por las demás mujeres de la comunidad para venderlos a una clientela fija en Cochabamba o Colomi. Un *phullu* se compra en 100 Bolivianos y se revende luego en 120 Bolivianos. En cada desplazamiento a los valles venden entre cinco y siete unidades. El aporte monetario de esta actividad puede alcanzar el 20% de los ingresos anuales.

Consecuentemente, la migración hacia el Chapare tiene tres efectos sobre la crianza: reducción del tamaño de los rebaños, modificación de su función económica y social, y reorganización de los modos de elaboración y comercialización de los productos derivados de la crianza.

Una mano de obra familiar menos disponible

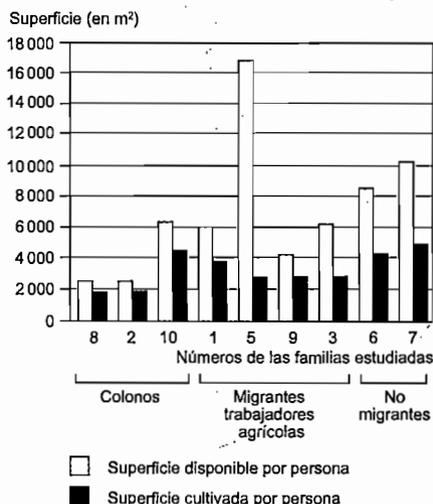
Las consecuencias de la migración hacia el Chapare para la actividad agrícola y la utilización de la tierra son de igual importancia. El grado de utilización de las tierras disponibles varía considerablemente de una familia a la otra.

En la muestra, las superficies cultivadas varían entre 1 y 3.5 ha por familia, es decir entre 1.600 m² y 5.000 m² por persona. Las tierras en descanso constituyen un mínimo de 30% de la superficie total.

Los modos de uso de la tierra dependen directamente del factor migratorio. Evidentemente, cuando la cantidad de tierras disponibles es baja, su grado de uso aumenta (Gráfico 32).

Este esquema confirma el papel que juega la presión demográfica en el proceso migratorio. Sin embargo, en ciertas familias cuyos miembros migran como trabajadores agrícolas, aparecen contradicciones: las familias 3 y 5, por ejemplo, utilizan sólo una parte reducida de sus superficies a pesar de poseer más de cinco hectáreas.

Gráfico 32 – Migración y uso de la tierra en Pampa Churigua



El carácter temporal de la migración hacia el Chapare no debería modificar la organización social del trabajo y la distribución de las tareas en el hogar. No obstante, en estas familias la migración reduce la mano de obra familiar y pone en peligro el funcionamiento del predio agrícola.

"Hace más de una semana, dos de mis hijos se fueron a trabajar en el Chapare. Ahora sólo somos dos para sembrar el maíz y el trigo. Cada año es la misma cosa. No vuelven a tiempo para los trabajos. Prefieren quedarse allá para ganar más plata, y yo estoy obligado a esperarlos para empezar con la siembra" (Antonio C., 68 años, familia 5). Durante la campaña agrícola de 1992-1993, esta familia sembró sus parcelas con un retraso de más de 15 días.

Los hogares cuyos miembros migran como trabajadores agrícolas son los más vulnerables, pues se supone que la migración temporal permite una acumulación monetaria para que el joven migrante pueda instalarse por cuenta propia en las tierras bajas. Por esta razón, los jóvenes de la comunidad están más interesados en los beneficios monetarios generados en el Chapare que en el predio familiar en la altura. Su comportamiento cada vez más individual debilita la cohesión familiar y las actividades agrícolas en la comunidad.

La migración hacia el Chapare afecta además a los mecanismos de reciprocidad y de solidaridad (*ayni*), que son fundamentales en la gestión de los predios familiares. La salida de los migrantes una vez terminadas las cosechas y las siembras, restringe a menudo su participación en los trabajos agrícolas en las parcelas de los padres o de amigos.

"Ya no es como antes. Ahora la gente trabaja cada vez menos en *ayni*. Los que tienen tierras en el Chapare salen justo después de las cosechas o las siembras para ocuparse de su chaco. No tienen tiempo para ayudar a los demás en sus parcelas de la comunidad. [Antes] toda la gente tenía una o dos yuntas. Durante las siembras, las familias ayudaban a las otras con su propia yunta para sembrar una cantidad suficiente de tierra. Pero muchos han vendido su yunta para comprar tierras en el Chapare. Ahora cada

uno siembra sus parcelas en *ayni* con los que están presentes. Antes yo podía cultivar mucho más tierras y vender una buena parte de la cosecha. Ahora la producción apenas alcanza para alimentar a mi familia" (Antonio C., 68 años, familia 5).

Entre los migrantes, la menor disponibilidad de mano de obra familiar y el debilitamiento de la solidaridad reducen el aprovechamiento de la tierra.

Teniendo en cuenta la mano de obra familiar potencial (incluyendo los hijos mayores de 10 años), la familia 5, por ejemplo, "subutiliza" sus tierras. Con más de 8 ha y cinco miembros potencialmente activos, el jefe de familia aprovecha solamente 1.9 ha (es decir 3.800 m² por persona). Otros agricultores, especialmente los no migrantes, poseen menos tierras, pero cuentan con mano de obra más disponible. Ellos cultivan más de 4.000 m² por persona (familias 10, 1, 7 y 6).

La pérdida de mano de obra potencial en el *ayni*, en un sistema en el cual las prácticas tradicionales son un elemento clave del funcionamiento del predio agrícola, apenas es compensada. En Pampa Churigua raras veces se recurre a mano de obra asalariada. Por una parte, el salario supone un aumento de los costos de producción que no todas las familias pueden o quieren asumir. Por otra parte, la monetarización de los medios de producción sigue siendo ajena a la lógica campesina.

En la muestra, un solo jefe de familia ha contratado a asalariados agrícolas durante la campaña 1992-1993 (familia 7). Se trata de un no migrante que posee numerosas tierras y que contrariamente al jefe de familia 5 es relativamente joven, dinámico e innovador. Después de una larga experiencia como asalariado agrícola en los valles, ha decidido apostar exclusivamente al predio agrícola de Pampa Churigua:

"Yo no voy al Chapare. Ni a mi mujer, ni a mis hijos les gusta ir allá. Desde que la gente sale, yo pago a trabajadores, sobre todo para la cosecha de la papa. Los hermanos de mi mujer, así como una parte de mi familia tienen tierras en el Chapare. Ya no pue-

den venir tan seguido como antes para ayudarnos. Es gente de las comunidades vecinas la que viene a trabajar. A veces les doy la mitad del jornal en dinero y la otra en papas" (Alejandro F., familia 7). Tal y como lo indica este testimonio, el salario consiste raras veces únicamente en dinero (donación de productos, promesa de trabajo o de colaboración recíproca). Es de alguna manera un "salario impuro", para retomar el término de J. M. Gastellu *et al.* (1994), entre el salario propiamente dicho y la tradicional *mink'a*. En 1992, esta familia, que tiene suficientes tierras disponibles (más de 7 ha), vive básicamente de la venta de los excedentes agrícolas. Gracias a la contratación de trabajadores agrícolas y a la total disponibilidad de cinco miembros activos, Alejandro F. cultiva más de 3.5 ha (es decir, más de 5.000 m² por persona). Sin embargo, esta superficie representa sólo el 50% de sus tierras. "¿De qué me serviría cultivar más? Tengo lo suficiente para vivir. Y además es necesario que las tierras descansen" (Alejandro F., Pampa Churigua).

Opciones diferenciadas de rotación de cultivos

El Gráfico 33 pone de manifiesto que existe una relación entre la migración y las opciones de rotación de cultivos. No se toman en cuenta los productos poco cultivados, como la quinua o la oca. Estos cultivos de tradición andina por excelencia han perdido su importancia, y su progresivo abandono parece estar directamente relacionado con la migración.

"Antes, todos cultivaban un poco de quinua y de oca en sus tierras, sobre todo en las parcelas situadas en la altura. Desde que la gente se va, estas tierras ya no son utilizadas, están demasiado lejos. Los que tienen otros productos en el Chapare, prefieren sembrar solamente papa y trigo en las parcelas cercanas" (Alejandro F., no migrante).

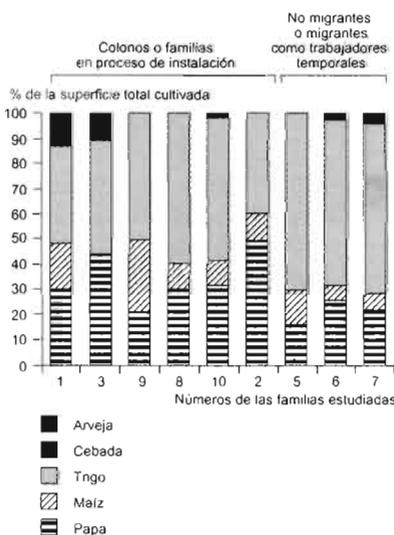
Por orden de importancia, el trigo, la papa y el maíz ocupan la casi totalidad de las superficies cultivadas. De manera general, los no migrantes dan mayor importancia al cultivo de trigo (60% de la superficie cultivada), mientras que el de la papa es secundario (15% y 30% de la superficie, respectivamente). En las familias de colonos o también en las que están en proceso de

instalación en el Chapare, la tendencia es inversa: menos del 60% para el trigo y 30 a 50% para la papa.

Las superficies cultivadas en correspondencia con el número de personas por familia confirman esta relación. En promedio, las familias siembran 1.800 m² de trigo por persona. Esta superficie es de 2.000 m² a 3.300 m² para las familias de no migrantes. Entre las demás varía entre 600 m² y 2.500 m².

El acceso al Chapare modifica por tanto las opciones de producción en el espacio de origen. Los migrantes pueden apostar a la complementariedad de los espacios de producción, ya que las tierras del Chapare permiten aumentar y diversificar los cultivos (arroz, maíz, plátano macho, etc.). Por otra parte, la venta de coca y el salario agrícola proporcionan ingresos complementarios. De esta manera, no están obligados a producir excedentes agrícolas en su predio en la altura y pueden reducir sus superficies de trigo (producto comercial por excelencia). En cambio, favorecen los cultivos de subsistencia (papa y maíz).

Gráfico 33 – Migración y opciones de productos agrícolas en Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento de los predios agrícolas, 1992-1993

Disminución de los rendimientos agrícolas

En Pampa Churigua, los rendimientos de papa y de trigo corresponden al promedio mínimo a nivel nacional. En el caso del maíz son bastante inferiores (Cuadro 7).

Cuadro 7 – Rendimientos agrícolas en Pampa Churigua (en kg/ha)

Productos	Rendimientos en Pampa Churigua	Rendimiento nacional promedio
Papa	4.534	4.500-5.900
Trigo	945	870-1.800
Maíz	944	1.270-1.700

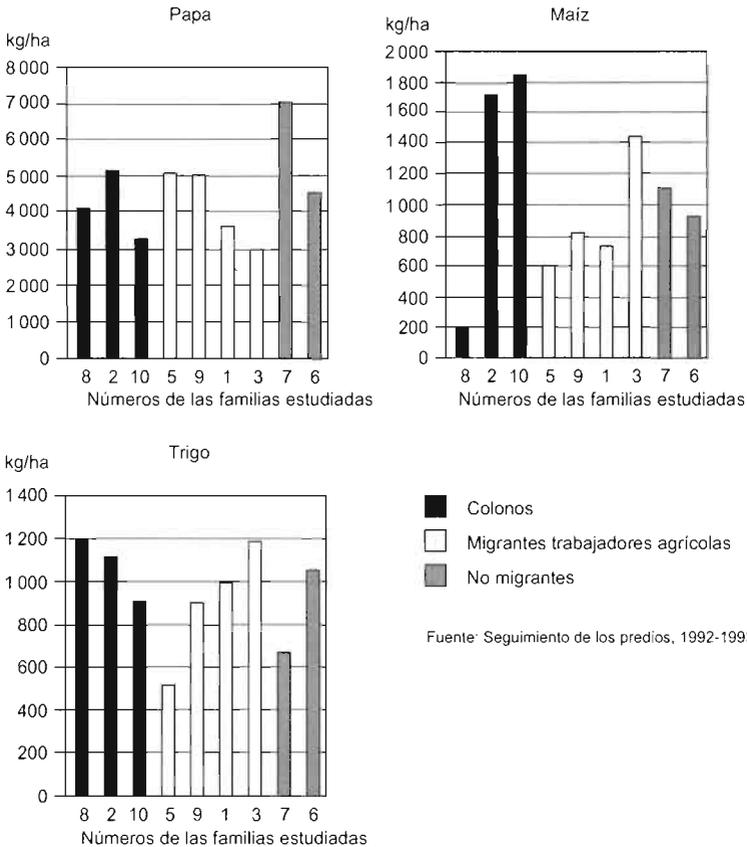
Fuente: Seguimiento de los predios agrícolas. 1992-1993; Maca 1987

Los rendimientos son inferiores a los de los pueblos de valle, excepto en el caso del trigo. Las características de los sistemas de cultivo (particularmente la utilización menos generalizada de abonos químicos que en los valles), la mayor exposición del altiplano a la sequía y la ausencia de sistemas de riego explican en parte estas diferencias.

Contrariamente a los pueblos de Santa Rosa y de Arbieta, la ausencia de un sistema de riego confiere una relativa homogeneidad a las condiciones de producción: la ubicación de las parcelas apenas influye en los rendimientos agrícolas. Dado que los sistemas de cultivo (cantidad de semillas utilizadas y técnicas de cultivo) son igualmente homogéneos, los rendimientos sólo pueden variar según el tipo de terreno. Por lo tanto, se puede establecer una relación entre la migración y los rendimientos (Gráfico 34).

Estos últimos son heterogéneos, según cada familia. Existe cierta correlación, aunque no sea sistemática, entre los comportamientos migratorios y los rendimientos de papa y maíz. Las familias cuyo jefe migra al Chapare como trabajador agrícola temporal, obtienen los rendimientos más bajos. En cambio, esta relación no se observa entre las familias de colonos, excepto en el caso de la papa. No es fácil lograr combinar los trabajos agrícolas en la altura con los del Chapare.

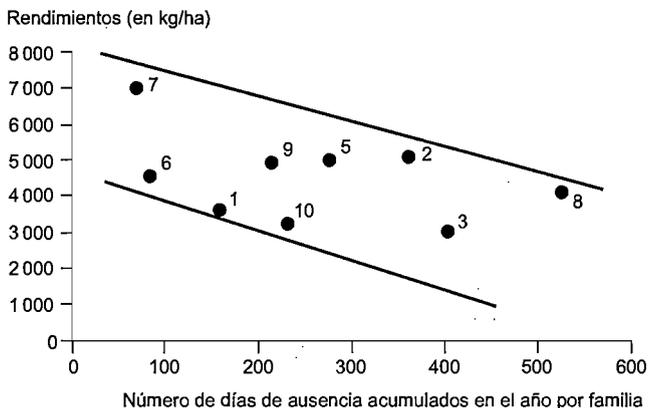
Gráfico 34 – Diferenciación de los rendimientos agrícolas en Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento de los predios, 1992-1993

El análisis se afina si se relaciona la migración familiar (número de días de ausencia acumulados durante el año) con los rendimientos de papa, producto fundamental en la alimentación campesina (Gráfico 35).

Una familia que no migra, es la que obtiene el mayor rendimiento (familia 7). Entre algunos migrantes trabajadores agrícolas, el retraso de los trabajos en el calendario pluvial puede explicar los bajos rendimientos (familias 3 y 1). Para las familias de colonos, es la ausencia prolongada del padre de familia que perjudica la producción (familia 10).

Gráfico 35 – Tiempo de migración de la familia y rendimientos de la papa en Pampa Churigua

Fuente: Seguimiento de los predios, 1992-1993

Prioridad del autoconsumo

La economía agrícola de las familias de Pampa Churigua se caracteriza por un fuerte autoconsumo y escasos intercambios (comercialización y trueque; véase Gráfico 36).

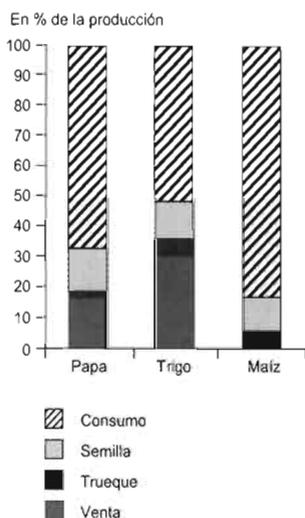
El trigo es el único producto cuya función comercial es realmente significativa. Contribuye en promedio con el 14% a los ingresos anuales. Es difícil decir si esta tendencia es coyuntural, es decir si se debe al descenso de la producción por la sequía, o si es estructural por estar relacionada con la difusión de la migración. Por lo demás, los dos factores pueden estar combinados.

Los periodos de venta de los productos agrícolas (Gráfico 37) reflejan los requerimientos monetarios de las familias, que generalmente son mayores durante las fiestas comunitarias (febrero, julio y octubre-noviembre).

En oposición a la papa, el trigo es una fuente de ingresos continua durante todo el año. Se distingue entre tres periodos de venta: la primera es en el mes de junio y julio, justo después del final de las cosechas, y coincide con las festividades de invierno. El segundo y el tercer periodo corresponden a las fiestas de Carnaval y Todos Santos. La mayoría de las familias tienden

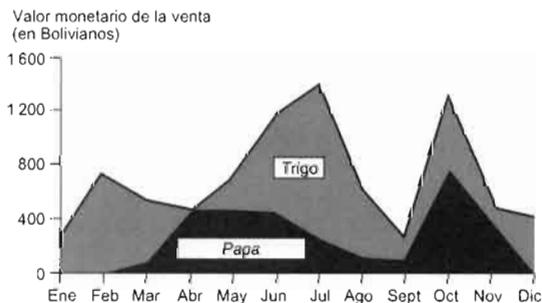
a regular sus ventas también en función de los precios en el mercado, los cuales suben de diciembre a abril por la disminución de la oferta. Pero esta estrategia no es posible en el caso de la papa, cuya producción no siempre cubre las necesidades alimentarias anuales de la familia. La venta se realiza solamente durante ocho meses del año, especialmente en los tres meses que siguen a la cosecha, y de octubre a noviembre.

Gráfico 36 – Utilización de la producción agrícola en Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento de los precios, 1992-1993

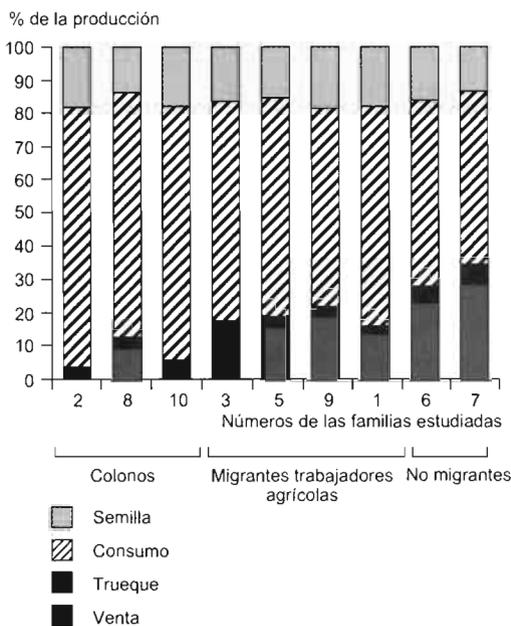
Gráfico 37 – Periodos de venta de los principales productos agrícolas en Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento anual de los ingresos, 1992-1993

Los modos de utilización de la producción agrícola difieren según los comportamientos migratorios, con una clara preferencia por el autoconsumo en las familias de migrantes (Gráfico 38).

Gráfico 38 – Migración y autoconsumo en Pampa Churigua (caso de la papa)



Fuente: Seguimiento de los predios, 1992-1993

Evidentemente, los colonos que apuestan fundamentalmente en el cultivo de la papa, dedican una parte importante de su producción al consumo familiar: en promedio, más del 70% está destinado a la alimentación. En cambio, el trueque y la venta conciernen a cantidades reducidas, tanto en valores relativos como absolutos (entre 200 y 440 kg por año). Para estas familias, la producción agrícola de Pampa Churigua aporta menos del 20% de los ingresos anuales. Una reducida cantidad de papas se intercambia: entre 9 y 40 kg por año.

Entre los migrantes trabajadores agrícolas, las cantidades vendidas aumentan en valor absoluto: entre 500 y 850 kg por año. Éstas representan también una parte relativa más im-

portante. La parte de la producción destinada al consumo familiar disminuye. Para estas familias, la comercialización de los productos agrícolas representa entre el 15 y el 35% de los ingresos anuales, mientras que la migración temporal hacia el Chapare aporta entre el 30 y el 50% de los recursos monetarios.

Finalmente, los no migrantes comercializan cantidades mucho mayores de papa, paralelamente al trigo: entre 800 y 2.200 kg por año. Un volumen más significativo es destinado al trueque (entre 80 y 245 kg). Para estas familias, la comercialización de la producción agrícola representa entre el 40 y el 60% de los ingresos. El resto proviene de la crianza y la artesanía.

Los diferentes destinos de la producción agrícola reflejan el papel fundamental del Chapare en las estrategias económicas campesinas: el acceso a las tierras bajas permite a las familias reducir los intercambios (venta y trueque) y dar preferencia al autoconsumo.

Una agricultura con diferentes ritmos en los valles

En los pueblos de valle, la transformación de los sistemas de producción agrícola tiene una dimensión totalmente distinta. La migración conduce a una profunda reorganización del manejo del tiempo, de las personas y del dinero. Dos elementos relacionados con la migración son el origen de los cambios: la llegada masiva de dinero y la ausencia prolongada de los hombres. Las consecuencias son múltiples: nueva configuración demográfica, especialmente la feminización del campo, reorganización social del trabajo, nuevas prioridades de producción, etc. Sin embargo, más importante aún es el hecho de que la migración provoca un cambio en los medios de producción. El capital humano es sustituido por el capital monetario.

Reorganización social del trabajo

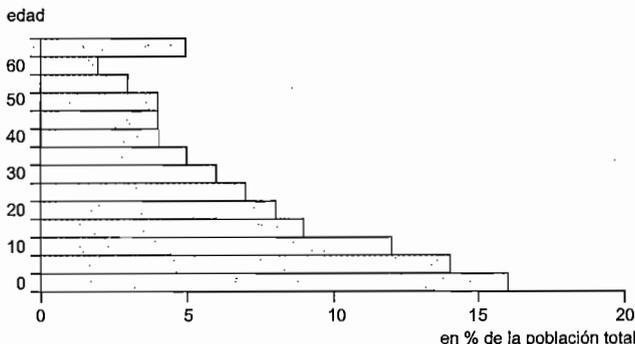
La migración internacional conduce a una reorganización social del trabajo agrícola que está relacionada en primer lugar con la modificación de la estructura demográfica.

Migración y estructura demográfica

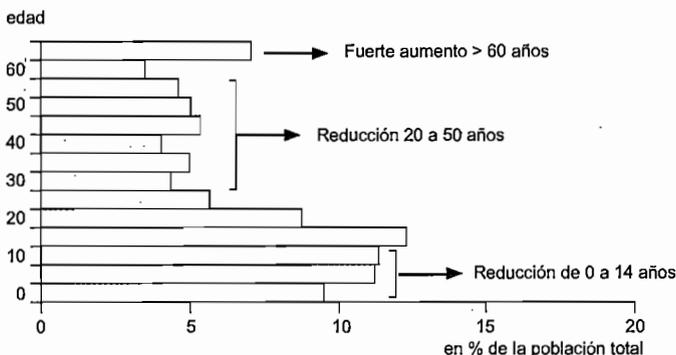
Los impactos de la migración internacional sobre la estructura demográfica de las zonas de salida han sido puestos de manifiesto en numerosos estudios. Generalmente se observan tres procesos conjuntos, de mayor o menor amplitud: feminización, envejecimiento de la población y, en algunos casos, disminución de la natalidad (Fieloux, 1985; Basset, 1991; Delauney, 1991). Las zonas del Valle Alto de Cochabamba, donde la emigración se lleva a una población generalmente masculina por largos periodos, no escapan a este esquema.

Los Gráficos 39 y 40 yuxtaponen la estructura de la población de las zonas rurales de Cochabamba y la de los pueblos del Valle Alto. Se produce una clara reducción en la pirámide a nivel de la población entre 0 y 14 años, fenómeno que podría explicarse por la emigración de los niños con sus padres o por la disminución de la natalidad (en los pueblos de Santa Rosa y de Arbieto, el fenómeno es todavía más marcado).

Gráfico 39 – Estructura de la población rural en el departamento de Cochabamba



Fuente: Censo INE, 1992

Gráfico 40 – Estructura de la población en los pueblos del Valle Alto

Fuente: DEHEZA, 1991 (CIDRE)

Considerando que la migración familiar no es muy frecuente, la segunda hipótesis es la más fundada. Esta disminución de la natalidad resulta de la generalización de la migración masculina, pero también de un cambio en las mentalidades campesinas. En las sociedades campesinas tradicionales, la alta tasa de natalidad constituye una estrategia económica.

“Una boca más para alimentar significa más brazos para el trabajo”, dicen los campesinos. En Santa Rosa y Arbieto, los niños siguen siendo mano de obra valiosa para mantener las actividades agrícolas, especialmente cuando la mujer está sola en el predio. Pero al mismo tiempo tiende a cambiar la manera de percibir los nacimientos. La monetarización de las economías familiares introduce la concepción según la cual un niño adicional significa también una carga financiera. Sin embargo, la transición entre estas dos concepciones es todavía lenta entre las personas de edad mayor, aunque todo hace pensar que la segunda dominará en los próximos años.

La marcada reducción de la población entre 20 y 50 años refleja claramente la disminución que ocasiona la migración en la población masculina.

Los grupos de edad menos numerosos reflejan los ciclos migratorios: el decrecimiento de la secuencia de 25 a 34 años correspon-

de al periodo de construcción de las bases económicas de la familia, mientras que la migración retoma entre los 40 y 44 años durante la consolidación o la transmisión de la migración a los hijos. Asimismo, las poblaciones mayores a los 60 años están más representadas que en el resto del departamento (7% contra 4%).

El envejecimiento de la población se debe seguramente a una compensación estadística. Pero también refleja los itinerarios de vida de los migrantes que después de haber pasado gran parte de su vida en el extranjero, vuelven a sus tierras de origen.

La mayor presencia femenina en las zonas rurales del Valle Alto es otra consecuencia de la emigración (Gráfico 41). Las provincias que indican una clara predominancia femenina corresponden a las zonas más afectadas por la emigración (provincia Esteban Arze, donde están localizados los pueblos de Santa Rosa y Arbieto, provincia Germán Jordán y Punata).

En estas provincias, las mujeres representan entre el 53 y el 54% de la población rural, mientras que la proporción a nivel del departamento es inferior al 50%. Un reciente estudio de las poblaciones rurales del departamento de Cochabamba muestra igualmente que el 15% de los hogares agrícolas son controlados por mujeres. La provincia de Punata, en la que existe una fuerte emigración, tiene el porcentaje más elevado (28%). Por el contrario, en las zonas de altura, donde la migración de larga duración es poco frecuente, son escasos los hogares rurales controlados por las mujeres (Caro *et al.*, 1992).

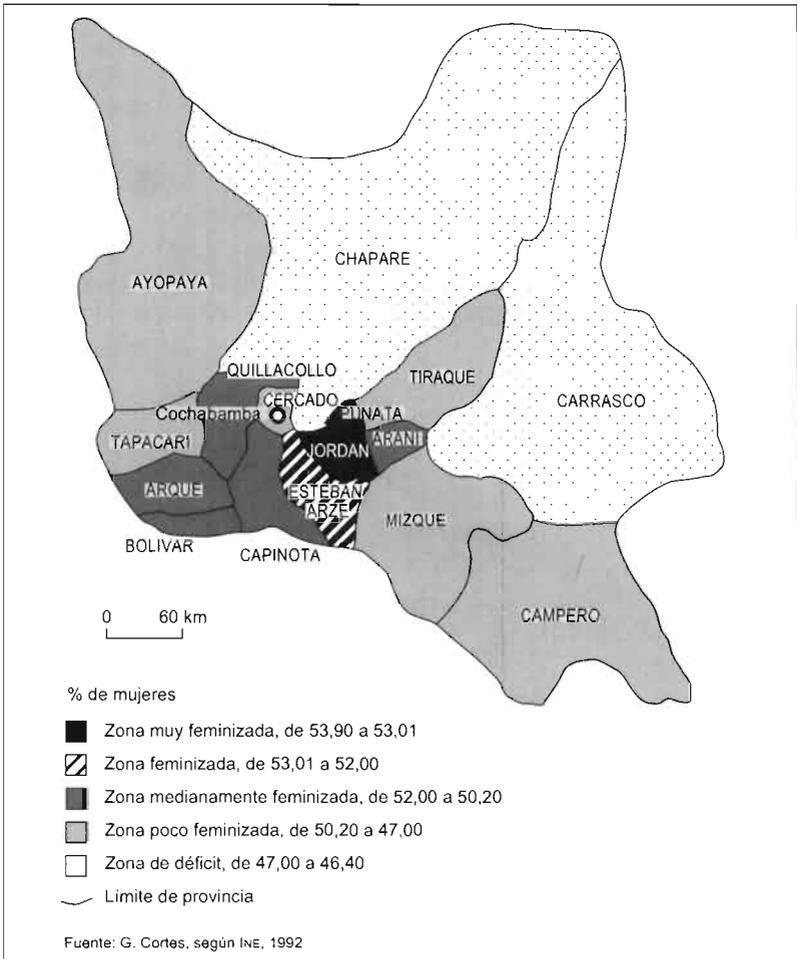
El destino de las mujeres de migrantes

La migración y la predominancia femenina en las zonas rurales tienen efectos importantes en la organización social del trabajo agrícola: en adelante, la mujer maneja sola el predio agrícola familiar.

En las sociedades campesinas andinas, las mujeres siempre han ocupado una función decisiva en la organización familiar, a múltiples niveles. Las relaciones hombres-mujeres se caracterizan por la interdependencia y la complementariedad de sus ro-

les respectivos (Lapiedra, 1985; Albó *et al.*, 1990). Tradicionalmente, las mujeres participan en las tomas de decisiones económicas y en la organización del trabajo. Supervisan el calendario agrícola, son responsables de las siembras, preparan las comidas, deciden sobre la utilización de la producción, participan activamente en los asuntos comunitarios, etc. La pluriactividad de las mujeres es un rasgo de la identidad andina.

Mapa 11 – Tasa de feminización de las zonas rurales de Cochabamba



En Santa Rosa y Arbieta, la emigración aumenta aún más la carga de trabajo de las mujeres. Durante la ausencia del marido, la esposa tiene que administrar por completo el predio agrícola, adicionalmente a sus demás actividades: ella decide, cultiva, vende, maneja el presupuesto familiar, dirige la mano de obra, cocina, lava, asiste a las reuniones, participa en los trabajos comunitarios, se ocupa de los hijos, etc. Esta nueva distribución del trabajo requiere no solamente la adopción de una nueva mentalidad y la adaptación física y psicológica, sino además un reajuste del empleo del tiempo. Así, las tareas cotidianas de una mujer de migrante difieren totalmente de las de la mujer de un no migrante.

El empleo del tiempo en una jornada tipo de la mujer de un migrante es el siguiente:

- 5.00: preparación de la primera comida familiar;
- 6.30: las mujeres se dirigen hacia sus parcelas de alfalfa, en la mayoría de los casos situadas a más de media hora de camino, acompañadas por uno de sus hijos;
- 9.30: retorno al predio. Alimentación del ganado, preparación de la comida familiar, limpieza de la casa;
- 11.30-12.00: segunda comida;
- 13.00: ordeño de las vacas;
- 14.00: elaboración de quesos, preparación de chicha; pastoreo del ganado; lavado de ropa; visita a parientes y amigos (en su casa o en la chichería);
- 17.00: preparación de la tercera comida.

Adicionalmente, las mujeres de migrantes tienen que cuidar los cultivos justo antes de las cosechas (duermen frecuentemente en las parcelas) y encargarse de los diversos trabajos agrícolas (riego, cuidado de los cultivos y cosechas). Enfrentan tres periodos de intensa actividad: enero (cosecha de la papa *mizka*, cosecha de los duraznos y preparación de los terrenos); mayo, durante el deshoje y el desgrane del maíz (preparación de las chalas de maíz) y diciembre, época de las siembras. Además, tienen que asegurar la comercialización de los productos, que en la mayoría de los casos llevan personalmente al mercado. Esta tarea les toma a ve-

ces varios días. La sobrecarga de trabajo de las mujeres en el predio agrícola perjudica a menudo la realización de las tareas domésticas que la hija mayor no siempre puede asumir sola.

En algunos casos, la migración es un factor que pone en peligro el equilibrio de la pareja y que puede dividir al núcleo familiar. El éxito de la migración de la familia depende de la capacidad de resistencia y de adaptación de las mujeres; algunas están más dispuestas que otras a asumir las nuevas responsabilidades que les corresponden. Dada la ausencia de un ingreso regular generado por la migración, frecuentemente las mujeres son abandonadas a su suerte. Gracias a la crianza, aseguran el mantenimiento económico –y a veces la supervivencia– de los hijos al precio del agotamiento físico y psíquico. En la percepción que tienen las mujeres unas de otras, surge un espíritu de competencia.



Mujer de un migrante en los Estados Unidos labrando la tierra antes del riego de sus huertos de durazno (Arbieto).

Algunas tienen la reputación de “mujer de carácter”, otras de ser “flojas” o “incapaces”. Cuando sucede un fracaso económico, la mujer es considerada responsable, lo que provoca frecuentemente graves conflictos conyugales al retorno del marido. En ausencia de éste, la mujer es “puesta bajo la vigilancia” de la familia del marido. No es raro que algunos migrantes que pasan mucho tiempo en el extranjero, abandonen progresivamente a su familia y se casen de nuevo en el país receptor. “Los hombres frecuentemente empiezan otra relación en Argentina, posibilidad que preocupa diariamente a las mujeres” (Balan, 1990: 289).

Frente a las condiciones de la migración, las mujeres de migrantes se organizan. Desarrollan una red de solidaridad y de ayuda mutua que actúa en varios niveles. Durante las reuniones semanales del "club de madres" realizan acciones de solidaridad a favor de las mujeres en dificultades (recolectan dinero, distribuyen alimentos, etc.). En periodos de sobreactividad comen juntas en la casa de una de ellas para reducir el tiempo de preparación. También es frecuente que una sola mujer se encargue de las compras de productos alimenticios, algunos de los cuales requieren el desplazamiento a Cochabamba. Asimismo, un sistema de turnos para el pastoreo del ganado perteneciente a varias familias permite aliviar el empleo del tiempo de las mujeres. En resumen, se instituye un sistema basado en la solidaridad femenina con el fin de ahorrar tiempo de trabajo.

El alivio de las cargas de trabajo se debe además a la participación activa de los hijos (ordeño de las vacas, preparación de las comidas, cuidado de las parcelas en épocas de cosecha, etc.). Desde muy pequeños, se transmiten al hijo las habilidades familiares según el principio de la pluriactividad. Sin embargo, los estudios de los hijos impiden a veces su participación en los trabajos agrícolas. Durante las cosechas, los hijos que asisten a la escuela en Tarata o Cochabamba, retornan al predio de acuerdo a su tiempo disponible.

Del ayni al salario

Cuando una mujer no logra asumir los trabajos agrícolas sola o con la ayuda de los hijos, se ve obligada a recurrir a mano de obra externa. La utilización de la mano de obra depende de varios factores: la duración de los periodos de presencia o ausencia del jefe de familia, la disponibilidad de los hijos, los tipos de producción elegidos y las superficies cultivadas. Se da prioridad a la utilización de la fuerza de trabajo familiar y a la práctica del *ayni*. Las familias tratan de limitar al máximo el empleo de mano de obra asalariada, cuyo costo es elevado. Por lo tanto, recurrir a trabajadores temporales para los trabajos agrícolas es más una

necesidad que una elección. Cuando el dinero generado por la migración supera las necesidades monetarias para el consumo corriente, permite pagar a los trabajadores agrícolas para el cultivo. Así, las mujeres de migrantes ricos reciben permanentemente la ayuda de un trabajador "de confianza" encargado del cuidado de los cultivos, las siembras, las cosechas y la siega y el transporte de la alfalfa para la alimentación del ganado.

No obstante, el empleo de mano de obra externa provoca ciertos problemas. En primer lugar, ¿dónde reclutar esta fuerza de trabajo? En los pueblos cercanos, las posibilidades son limitadas a causa de la generalización de la migración. La primera mano de obra disponible son los no migrantes del pueblo que poseen pocas tierras. Las comunidades vecinas del altiplano responden igualmente a una buena parte de la demanda. En el caso de los primeros, el pago se efectúa en dinero, mientras que los últimos son remunerados más bien con productos (según el principio de la *mink'a*). Esta divergencia refleja dos lógicas radicalmente distintas. Los campesinos de los valles están más interesados en una retribución monetaria, que les permite adquirir bienes de consumo en el mercado urbano. En cambio, los campesinos de altura tratan de aumentar sus reservas alimentarias para no tener que recurrir al mercado.

En la época de las cosechas, los campesinos del altiplano se desplazan desde el amanecer a los fondos de valle y se reúnen en la plaza del pueblo esperando ser reclutados. Sin embargo, no son competentes para todos los trabajos agrícolas. Algunos productos (cultivos frutales o de hortalizas) requieren técnicas de cultivo particulares que los campesinos del altiplano desconocen (aclareo de los árboles de durazno, fumigación, etc.). Por esta razón se los contrata principalmente para los cultivos de subsistencia y de legumbres (maíz, papa, trigo, habas, etc.). Por lo demás, las familias de estas comunidades, como es el caso de Pampa Churigua, prefieren salir a trabajar a las regiones tropicales, donde los salarios son más interesantes. Cuando se combinan todos los limitantes, la demanda de mano de obra resulta a menudo superior a la oferta.

La escasez de mano de obra conduce a un relativo aumento de los salarios, que permite a los campesinos más pobres diversificar sus fuentes de ingreso. En los pueblos, la venta de la fuerza de trabajo en los predios de los migrantes ricos es una estrategia de supervivencia para los no migrantes. La escasez de mano de obra produce de alguna manera un reequilibrio de los niveles de ingreso.

“Los trabajadores reclaman salarios cada vez más elevados. Antes, el jornal era de 5 a 8 Bolivianos. Ahora varía entre 8 y 15 Bolivianos, según el tipo de trabajo. Además, no sólo hay que alimentarlos, sino también darles chicha y coca” (Alicia S., mujer de un migrante de Arbieta).

Las mujeres tienen cierta dificultad de controlar la mano de obra externa. “No los puedo dejar solos en las tierras porque dejan de trabajar. Y de todas maneras no me escuchan. Es cada vez más difícil encontrar gente en los alrededores, los trabajadores lo saben y se aprovechan” (Benigna A., mujer de un migrante de Santa Rosa). Las mujeres, demasiado ocupadas, no pueden estar permanentemente en las parcelas durante los trabajos. Su falta de autoridad se debe a menudo a su posición sociocultural frente a los trabajadores. La mayoría de las mujeres hablan apenas el español. El bilingüismo es un indicador de pertenencia social. El mestizo de los valles, más instruido, generalmente más rico que el indígena del altiplano que trabaja para él, basa su autoridad en la práctica de una lengua que el otro apenas habla. Esta subordinación implícita del trabajador agrícola a su empleador es mucho menos efectiva cuando éste es una mujer que sólo habla quechua.

Cuando la migración no permite financiar mano de obra asalariada, las familias recurren al sistema de la “compañía”. Las que poseen una gran superficie de tierra confían algunas parcelas a un campesino no migrante del pueblo encargado de los trabajos agrícolas. El sistema presenta una gran ventaja para las dos familias. Permite a la que posee el capital en tierras

mantener su superficie cultivada y evitar pagar mano de obra externa. Por su lado, la familia activa puede completar su producción apoyándose únicamente en su trabajo.

El *ayni* puede ser otra solución para evitar el empleo de asalariados agrícolas. Sin embargo, el alejamiento de la población activa de las familias de migrantes tiende a hacer desaparecer esta práctica, por lo menos bajo sus formas tradicionales, es decir el intercambio recíproco de mano de obra entre dos familias. En efecto, el *ayni* supone que haya en ambos lados disponibilidad de mano de obra equivalente. Cuando existe una diferencia demasiado fuerte, es inoperante. Si un no migrante trabaja en *ayni* en las tierras de un migrante, éste no puede devolver el mismo servicio (por falta de tiempo y de fuerza de trabajo). Cuando el *ayni* es practicado, vincula a familias de la misma situación socioeconómica, por ejemplo a dos familias sedentarias.



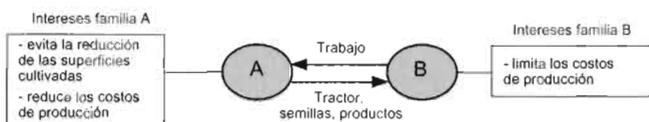
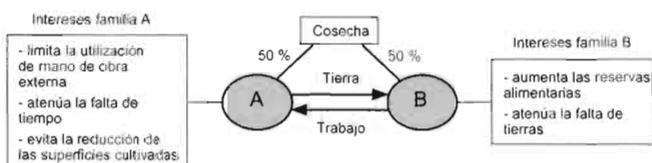
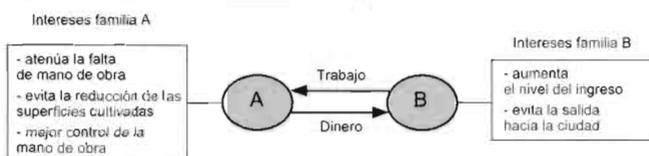
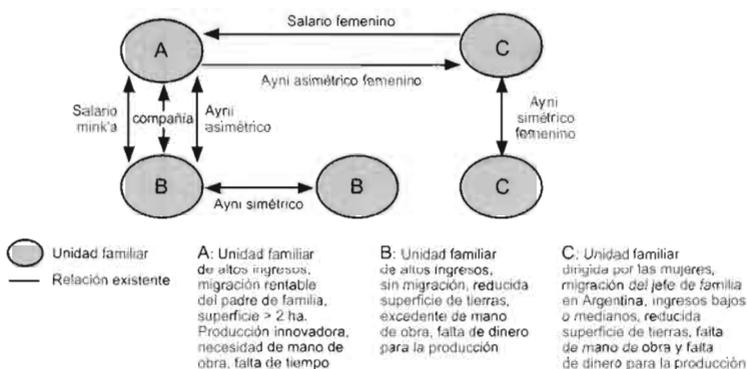
Mujeres de migrantes participando en los trabajos de cuidado de la plaza del pueblo (Arbieto). Las mujeres demasiado ocupadas y que tienen suficiente dinero prefieren pagar una multa o a personas de la comunidad para reemplazarlas.

En las relaciones de trabajo intervienen algunos otros factores. La generalización de la utilización del tractor en los valles conduce a una monetarización de los factores de producción

(en Arbieto, por ejemplo, queda una sola yunta). Cuando las familias tienen suficientes ingresos (generalmente los migrantes), utilizan el tractor de algunos miembros del pueblo. Las que no tienen los medios económicos, pero cuentan con un excedente en mano de obra (generalmente los no migrantes), pagan el tractor por horas de trabajo. De alguna manera, se trata de un *ayni* asimétrico. Las mujeres de migrantes que están en Argentina, están más afectadas por el sistema, ya que no solamente no tienen suficiente mano de obra para recurrir al *ayni* asimétrico, sino que tampoco tienen el dinero para financiar los costos de producción (mano de obra externa, tractor y semilla).

Así, la migración modifica la organización y la distribución social del trabajo a nivel de la unidad familiar como a nivel de la comunidad. La migración da lugar a un nuevo sistema relacional, que se traduce en una jerarquía intracomunitaria de intercambio de servicios entre tres grupos familiares: migrantes ricos, migrantes en Argentina y familias sedentarias (Gráfico 41). Este nuevo sistema basado en diferentes tipos de "contratos" de trabajo (*ayni*, *mink'a* o salario), refleja la diferenciación socioeconómica de los pueblos en los que, en adelante, sólo los ricos migrantes en los Estados Unidos, Israel o Japón tienen los medios para recurrir a mano de obra local para el aprovechamiento de sus tierras.

Esta jerarquía también es visible en las nuevas relaciones de trabajo que se establecen frente a las tradicionales faenas. Generalmente, las mujeres de migrantes están demasiado ocupadas para participar en las reuniones y realizar trabajos colectivos. No obstante, la participación en las faenas es una condición *sine qua non* de la pertenencia a la comunidad y del derecho de uso de las infraestructuras (riego, escuela, etc.) Consecuentemente, las mujeres prefieren pagar un impuesto comunal en vez de dedicar tiempo a una reunión o a la realización de los trabajos (frecuentemente, ciertas familias cuyos miembros se encuentran todos en el extranjero, envían su contribución a los dirigentes del pueblo). Otra solución consiste en confiar los cargos de las faenas a los que no migran.

Gráfico 41 - Relaciones de trabajo interfamiliares en Santa Rosa y Arbieta**1. AYNI asimétrico (trabajo/materiales o productos)****2. COMPAÑÍA (tierra/trabajo)****3. SALARIO (trabajo/salario)****4. JERARQUÍA RELACIONAL GLOBAL**

Mediante el salario reemplazan a los migrantes en los trabajos de mantenimiento de la infraestructura del pueblo (canales de riego, caminos, etc.).

El fenómeno migratorio conduce entonces a la derogación de las reglas comunitarias. En la medida en que un rompimiento

con el sistema de organización colectiva anula su estatus de comuneros y sus derechos de uso de la tierra, los migrantes están obligados a “comprar” su pertenencia a la comunidad y a contribuir al financiamiento de la infraestructura del pueblo. De esta manera se libran de su obligación, pero sin perder sus derechos.

Del abandono de la agricultura al desarrollo

La migración internacional tiene efectos diametralmente opuestos en los sistemas de producción agrícola. En determinados casos está acompañada de un verdadero abandono de la actividad agrícola y, en otros casos, de nuevas dinámicas de desarrollo.

Descanso forzado de la tierra y disminución de los rendimientos

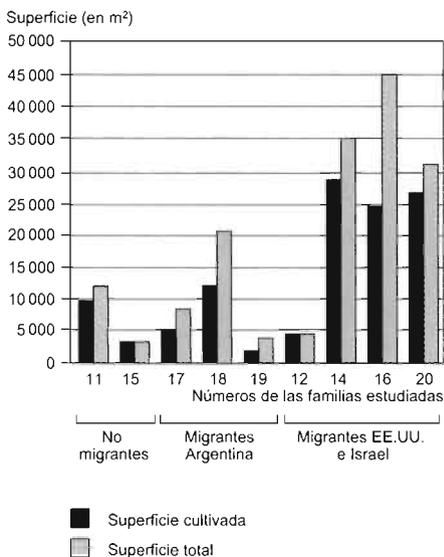
Al igual que en la comunidad de altura, la migración internacional conduce a ciertas familias a disminuir las superficies cultivadas y los rendimientos. Cuando la reorganización del trabajo no es una medida suficiente para compensar la ausencia de los migrantes y limitar los costos de producción, las familias están obligadas a reducir su superficie cultivada practicando una especie de descanso forzado de la tierra. Obviamente, el grado de uso de las tierras disponibles debería ser tanto más intensivo cuanto menor es la superficie. Inversamente, cuanto mayor es la extensión de las tierras, las familias pueden practicar más el descanso de la tierra. Sin embargo, el Gráfico 42 muestra una relación completamente diferente.

Las familias sedentarias que tienen pocas tierras, cultivan casi la totalidad de su superficie disponible (familias 11 y 15). En cambio, entre algunos migrantes que también tienen pocas tierras, el aprovechamiento es parcial (familias 17 y 19). Este esquema se confirma sobre todo cuando el padre de familia está ausente.

“Nunca he podido ocuparme de las tierras cuando mi marido estaba en Argentina. Cuando se iba, las tierras quedaban en des-

canso. Mis hijos estaban demasiado jóvenes para ayudarme. Yo sólo utilizaba las parcelas de alfalfa para alimentar mis vacas” (Anacleta M., mujer de un migrante de Arbiето).

Gráfico 42 – Migración y superficie cultivada en Arbiето y Santa Rosa



* No se tomaron en cuenta las tierras cultivadas en compañía

** Son considerados activos los miembros de la familia presentes en el predio agrícola que participan en los trabajos agrícolas (se excluyó a los niños que van a la escuela en Cochabamba)

Fuente: Seguimiento de los predios, 1992-1993

Durante la ausencia del marido, también algunas mujeres de migrantes ricos reducen el aprovechamiento de sus tierras. En el caso de la familia 16, el retorno del padre al predio ha permitido aumentar doblemente las superficies cultivadas en comparación con el año anterior.

“Estos dos últimos años, durante la ausencia de mi marido no he podido sembrar la totalidad de nuestras parcelas. He dejado una buena parte en descanso. Me costaba demasiado la mano de obra y no podía ocuparme yo misma por falta de tiempo. Este año, mi marido está aquí, él se puede ocupar” (Alicia S., Arbiето, familia 16).

Así, algunas familias están obligadas a modificar la rotación de los cultivos practicada habitualmente, prolongando los períodos de descanso (normalmente de un año, después de dos o tres años de aprovechamiento). Por la falta de dinero para pagar el tractor, semillas y mano de obra, la tierra puede quedarse 2 a 6 años sin cultivar. Sin embargo, la disminución de las superficies cultivadas incide en la producción agrícola, pero también en la crianza. En el caso del maíz, por ejemplo, los residuos de las mazorcas (*chalias*) o de la chicha son utilizados para la alimentación de los bovinos y porcinos.

¿La migración afecta también, como en Pampa Churigua, a los rendimientos agrícolas? En el Valle Alto, los agrónomos del CIDRE calculan un rendimiento promedio en condiciones óptimas de 2.990 kg/ha para el maíz, 7.480 kg/ha para la papa y 1.790 kg/ha para el trigo. Estos niveles de rendimiento son superiores a los del país (Deheza, 1991). Las familias de la muestra obtienen rendimientos muy inferiores para la papa (50% a 80% menores a las referencias) y para el maíz (40%). Los rendimientos dependen además de las cantidades de semilla utilizada, pero el seguimiento de los predios apenas muestra diferencias a este nivel. En cambio, la producción varía considerablemente en función de las capacidades de riego. La ubicación de las parcelas con relación a los canales y los riesgos climáticos afectan a la producción. Durante la campaña 1992-1993, las señales que anunciaron una fuerte sequía, han modificado las modalidades de aprovechamiento. Numerosos agricultores han renunciado a sembrar sus parcelas. Los que lo hicieron, han obtenido bajos rendimientos y algunos han perdido incluso la totalidad de sus cultivos. En cambio, el año siguiente las abundantes lluvias durante la preparación de los terrenos incitaron a las familias a aumentar sus superficies cultivadas.

Consecuentemente, no tiene mucho sentido relacionar los rendimientos con los comportamientos migratorios. Es muy probable, sin embargo, que las dificultades de las mujeres de migrantes para manejar solas el predio agrícola afecten a los rendimientos. Además, la importancia de los ingresos genera-

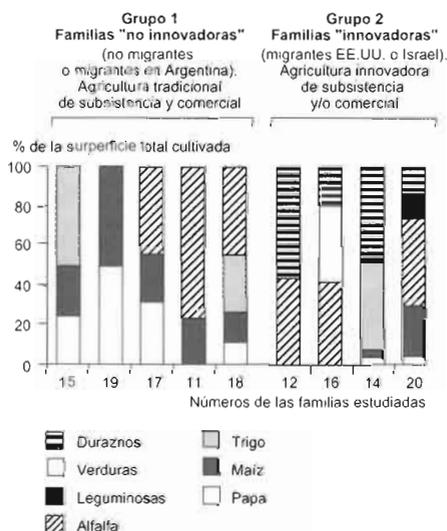
dos por la migración o por actividades anexas puede apartar a las mujeres del cuidado de los cultivos. El aprovechamiento de las tierras sólo es efectivo cuando las condiciones parecen óptimas. Dado que la producción ya no es solamente cuestión de un trabajo que realizar, sino también de dinero que gastar (pago de salarios, del tractor, etc.), en adelante los agricultores enfrentan el problema de la rentabilidad y del cálculo económico.

Nuevas dinámicas agrícolas: las condiciones de la transición

Los ciclos migratorios han puesto de manifiesto itinerarios familiares diferenciados. Gracias a los ingresos generados por la migración, algunas familias logran no solamente mejorar sus condiciones materiales, sino también invertir en la agricultura. Otras, en cambio, logran justo sobrevivir, a menudo por el precio de un fuerte endeudamiento.

Las decisiones sobre la producción agrícola reflejan esta oposición. Se distinguen dos grupos de familias (Gráfico 43):

Gráfico 43 – Las decisiones sobre la producción en Santa Rosa y Arbieta



- las que practican una agricultura de tipo tradicional, no innovadora, comercial o no. Se trata generalmente de las familias sedentarias o las que migran a Argentina, familias de ingresos bajos o con una economía "debilitada".

- las que están involucradas en un proceso de innovación agrícola gracias a los ingresos generados por la migración actual o pasada. Estas familias tienen generalmente buenos ingresos, con una "economía consolidada" o en vías de serlo.



Protección de una instalación eléctrica alimentando una bomba de agua y un pozo de riego en una huerta de duraznos, financiados por la migración internacional.

La innovación agrícola, aunque no involucre a la totalidad de las familias, es uno de los aspectos más interesantes de la migración internacional desde los valles. Las sociedades campesinas y sobre todo las andinas, generalmente son percibidas como particularmente cerradas a la introducción de nuevos cultivos y técnicas agrícolas. Según este enfoque, el tradicionalismo de las comunidades rurales, alimentado por el aislamiento geográfico, la aversión contra los riesgos y la inadecuación de la lógica capitalista a la lógica campesina limitarían la innovación agrícola. Raros son los estudios andinos que ponen en evidencia nuevas dinámicas productivas ligadas al fenómeno migratorio (Weisse, 1961).

Sin duda, la buena inserción de los campesinos del Valle Alto en la economía regional y el espacio urbano, y su larga experiencia migratoria, los han abierto para la innovación agrícola. La mecanización de la agricultura, primera manifestación del cambio, fue favorecida por los ingresos de la migración. La utilización del arado es mucho más frecuente en los pueblos cercanos a Tarata, donde la migración internacional es menos frecuente. Son escasos los agricultores de esta zona que poseen individualmente un tractor (Deheza, 1991).

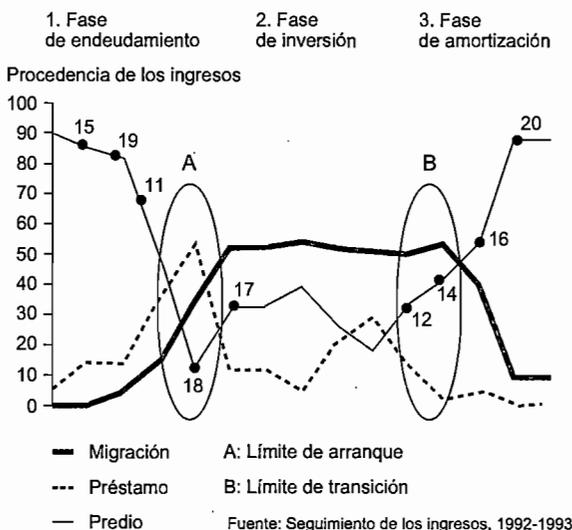
La introducción de duraznos, otra expresión del cambio, fue primero realizada bajo el impulso de organismos de desarrollo (IBTA de San Benito). Inicialmente, algunos agrónomos enseñaron los conocimientos técnicos a agricultores. Éstos se difundieron luego de forma espontánea en las comunidades. Sin embargo, únicamente los campesinos que no tienen suficientes tierras y medios financieros, introducen estos nuevos cultivos. Los experimentan primero en pequeñas parcelas para después introducirlos de manera duradera en su lógica de producción.

En estas familias innovadoras existen varios tipos de decisión sobre la producción (Gráfico 43). En algunos casos se preserva la diversidad de los cultivos. Paralelamente a la introducción de los cultivos frutales, la familia mantiene cultivos tradicionales de subsistencia (trigo, papa o maíz) destinados al consumo familiar (familias 14 y 20). Habitualmente, los cultivos de maíz y de papa se asocian con los cultivos frutales, con el fin de aprovechar las posibilidades de riego (pozos). En otros casos se observa una verdadera especialización en frutales y hortalizas, lo que implica el abandono gradual de los tradicionales productos de subsistencia. Las superficies se reparten entonces entre dos tipos de producción: cultivos tradicionales comerciales (alfalfa) y nuevos cultivos (duraznos) y/o cultivos de hortalizas (familias 16 y 12). Algunas familias "no innovadoras" también abandonan la diversificación de los cultivos especializándose en uno o dos productos (familias 11 y 19). No obstante, esta especialización es más una obligación que una libre elección. Dado que tienen pocas tierras, estas familias optan por los cultivos de subsistencia (familia 19) o por el cultivo de la alfalfa destinada a la crianza (familia 11).

En las familias innovadoras, la proporción de los ingresos generados por la agricultura y la crianza varía entre el 10 y el 55% del total anual, porcentajes muy superiores a los del segundo grupo de familias. Dicho de otra manera, la migración hacia los Esta-

dos Unidos o Israel permite que la agricultura reencuentre su sitio en las economías campesinas, gracias a las inversiones realizadas. Sin embargo, la economía de algunas familias innovadoras sigue siendo muy dependiente de la migración (representa a veces más del 50% de los ingresos). Estas diferencias en la procedencia de los ingresos reflejan diversos estadios de la transición de las economías familiares hacia la consolidación. En efecto, el paso hacia una agricultura innovadora comprende tres fases repartidas en un periodo de tiempo muy variable, según las familias (Gráfico 44).

Gráfico 44 – Transición hacia una agricultura innovadora



Las primeras experiencias migratorias siempre implican recurrir al préstamo. En el transcurso de la primera fase de endeudamiento, el jefe de familia y a veces uno de sus hijos migran a un país lejano (Estados Unidos o Israel), con proyectos de inversión más o menos claramente definidos. Esta etapa representa un obstáculo difícil de superar, ya que la salida de miembros activos de la familia frena la actividad agrícola que, sin embargo, es fundamental para el mantenimiento económico de la familia durante el periodo de devolución del préstamo. Es el umbral crítico A denominado de

“arranque”. Durante este periodo, los ingresos de la agricultura bajan en proporción relativa, los de la migración aumentan paulatinamente y la familia se endeuda (caso de la familia 18). Una vez que las deudas son reembolsadas, la familia puede iniciar una fase de acumulación propiamente dicha (caso de la familia 17). Los ingresos generados por la migración se reparten entonces entre el consumo corriente y el ahorro necesario para la inversión.

La segunda fase, denominada de inversión, corresponde a la transformación del sistema de producción (nuevos cultivos, construcción de pozos y utilización de mano de obra asalariada). Sin embargo, la producción de frutales no es inmediatamente rentable. Además, su cuidado representa un alto costo. Por esta razón, la migración no sólo se mantiene, sino que tiende a acentuarse. Durante este periodo, los ingresos agrícolas continúan disminuyendo (las plantaciones de duraznos reducen las superficies reservadas a otros cultivos). La crianza y los cultivos tradicionales son momentáneamente abandonados. Esta fase se traduce en una fuerte dependencia frente a los ingresos generados por la migración y el retorno al préstamo (caso de las familias 12 y 14). Es el segundo umbral crítico de transición (B) que para ser superado depende de la eficacia del control técnico de los nuevos cultivos y de la capacidad de manejo del predio agrícola. Esta última se basa en la mayoría de los casos en la capacidad de las mujeres.

Finalmente, la última etapa corresponde a la transición exitosa (o amortización). Los ingresos agrícolas aumentan proporcionalmente al comenzar la producción de los cultivos frutales. En el transcurso de este periodo, los jefes de familia retornan al pueblo, lo que conduce a la disminución de los ingresos generados por la migración y a la casi desaparición del préstamo (caso de las familias 20 y 16). Gracias a los ingresos generados por los cultivos frutales, el agricultor puede diversificar nuevamente la producción volviendo a la crianza y a los cultivos tradicionales de subsistencia. Por lo tanto, la consolidación del predio agrícola requiere pasar por una fase de

desequilibrio y de dependencia monetaria frente a la migración y al préstamo. A partir del momento en que los cultivos frutales son rentables (generalmente al cabo de cinco años), la agricultura ocupa nuevamente el lugar principal en términos de actividades y de ingresos. Para estas familias, el apartamiento de la actividad agrícola expresada en la reducción de las superficies y de las producciones alimentarias, constituye a menudo una situación transitoria.

La familia 20, que está más avanzada en el proceso de transición, obtiene el 50% de sus ingresos de la crianza y la agricultura (venta del durazno, elaboración de quesos y de chicha y crianza intensiva de porcinos y de aves de corral). La migración no representa más del 10% de los ingresos (el tiempo pasado en Argentina y después en Israel ha permitido la inversión en el predio). Los cultivos tradicionales (papa y maíz) se mantienen, pero son destinados únicamente a la alimentación familiar. De esta manera, la familia cultiva más del 80% de las superficies disponibles, es decir 2.6 ha. Se utiliza sistemáticamente mano de obra asalariada externa. El transporte proporciona un buen ingreso complementario, mientras que casi no se recurre al préstamo.

En cambio, las familias 12 y 14, que también han invertido en su predio agrícola, se sitúan en el nivel del segundo umbral crítico, que no han superado todavía. Mientras que no se realice la transición, concentran toda su energía (fuerza de trabajo, dinero y tiempo) en el desarrollo de los nuevos cultivos. Los costos de producción son financiados por la migración de uno o varios miembros de la familia.

Los límites de la innovación

Una vez que haya iniciado la innovación agrícola, el campesino se ve enfrentado con nuevos problemas. El cambio brusco realizado por ciertas familias revela las dificultades de la transición hacia los nuevos sistemas de producción. Las fuertes limitantes se deben a debilidades técnicas y a problemas de comercialización.

"Hace cuatro años he invertido grandes montos en la compra de un tractor y en la plantación de árboles de durazno. Me estoy dando cuenta que ni uno ni otro son rentables. El carburante del tractor y el conductor me cuestan mucho con relación a los ingresos que saco alquilándolo a la gente de la comunidad. La venta de duraznos no me hace ganar lo que había esperado y todavía menos de lo que me dijeron los ingenieros que me han vendido las plantas.

En total, he gastado mucho más en mano de obra, abono y en los costos de riego de lo que la venta me ha beneficiado. Y además, desde hace algunos años, todo el mundo planta árboles de durazno. Las frutas se venden a precio bajo, sin contar que la granizada ha estropeado una buena parte de la producción. Los ingenieros que vinieron al comienzo para indicarnos cómo plantar, no vuelven. Muchos árboles están enfermos.

Ahora, mi tercera hija va a estudiar en Cochabamba. Entonces voy a volver a Estados Unidos por algunos años más para pagar sus estudios, y cuando regrese, pienso que voy a arrancar los árboles de durazno y dedicarme de nuevo a la producción lechera o tal vez voy a comprar un vehículo y dedicarme al transporte" (Orlando S., Arbieta, familia 16).

Este testimonio ilustra los límites de la innovación. La coyuntura de los años noventa parece desfavorable a la producción de frutales. Según las estimaciones de A. Aramayo (1991), los huertos de durazno en el Valle Alto han aumentado en un 70% entre 1990 y 1991 y en un 66% el año siguiente. El incremento de la oferta y paralelamente la saturación de la demanda han provocado la caída de los precios. Además, los rendimientos están estancados, resultado de obstáculos técnicos y de una fuerte dependencia de los riesgos climáticos (granizada).

Finalmente se añade el problema de la variación estacional de los precios de venta, sobre los cuales los agricultores apenas tienen influencia por falta de medios de almacenamiento y de transformación. Aunque la producción de duraznos es más lucrativa que todos los demás tipos de producción, las condiciones de comercialización (caída de los precios y dependencia frente a los intermediarios) limitan fuertemente su extensión.

Se plantea otra pregunta: ¿los ingresos agrícolas generados por la producción de duraznos pueden realmente competir con los flujos monetarios producidos por la migración internacional?

Retomemos el ejemplo de la familia 20, cuya situación es óptima: los ingresos anuales obtenidos de la venta de duraznos (100 árboles en plena producción) se elevan a un monto bruto de 1.800 dólares. Sin embargo, la migración de una sola persona a los Estados Unidos genera un mínimo de 5.000 dólares anuales. Por lo tanto, se necesitarían 300 árboles en producción para igualar los beneficios de la migración. Aunque la intensificación de la crianza puede contribuir a complementar los recursos monetarios en el lugar, sería necesario que la superficie de tierras disponibles fuera lo suficientemente grande para aumentar las superficies de alfalfa. Por esta razón, a no ser que se reduzcan los niveles de ingreso y por lo tanto el consumo, las familias están obligadas a encontrar una actividad complementaria o a lanzarse nuevamente en el proceso de la migración. Así, el jefe de familia 20 prevé una nueva salida al Japón.

Aunque la migración puede sostener nuevas dinámicas de producción, sólo una minoría de familias realiza efectivamente la transición. Por otra parte, las capacidades campesinas de innovación y adaptación a nuevas condiciones de producción apenas encuentran apoyo por parte de los organismos de desarrollo. La falta de apoyo y de seguimiento técnico, paralelamente a los obstáculos en la comercialización, frena las nuevas dinámicas de producción. No pudiendo contar más que con ellos mismos, los agricultores buscan e implementan solos soluciones de desarrollo. Sin duda sería útil reflexionar sobre la necesidad de tomar en cuenta esta "fuerza creativa campesina" para aprovechar dinámicas y potenciales existentes.

La innovación imposible

La migración no siempre desemboca en un proceso de innovación agrícola. En Santa Rosa y Arbieto, numerosas familias quedan al margen de las dinámicas de desarrollo. Estas familias

se caracterizan generalmente por ingresos bajos o medianos, la ausencia de migración o una migración poco rentable (Argentina), y por una reducida superficie de tierras. Mayormente, los ingresos son obtenidos en el lugar. Para estas familias, las actividades adicionales, como el trabajo asalariado agrícola, la construcción o la venta de chicha, constituyen importantes fuentes de ingreso. En cambio, los ingresos generados por la agricultura son insignificantes. Únicamente la crianza sigue siendo una actividad relativamente importante, pero su aporte no excede el 15% de los ingresos anuales. Para algunas familias, el préstamo representa una gran parte de los recursos monetarios (a veces más del 40% de los ingresos anuales).

Las familias tienen la opción de elegir entre dos posibilidades de producción. La primera consiste en favorecer una producción que procure ingresos regulares. En este caso se da preferencia a la crianza y por lo tanto al cultivo de la alfalfa (familias 17, 11 y 18).

Sin embargo, el número de animales raras veces pasa de dos o tres vacas lecheras, ya que las tierras son insuficientes. Los cultivos alimenticios son secundarios; el maíz viene antes de la papa que sin embargo es fundamental en la alimentación campesina. Recordemos que el maíz permite la elaboración de chicha, bebida simbólica de la cultura campesina en esta región de Bolivia.

La segunda opción consiste en abandonar completamente la crianza bovina para dar prioridad a los productos tradicionales de subsistencia. Es el caso de las familias que tienen ingresos externos. La agricultura se convierte en una actividad de apoyo, a veces incluso de "descanso", que está orientada a complementar la alimentación familiar.

"Yo sólo siembro mis tierras cuando tengo tiempo y si tengo el dinero para comprar las semillas o pagar el tractor. Cuando he podido ahorrar un poco de plata de mi renta mensual de profesor jubilado y del transporte, o cuando mi hijo envía plata de Argentina, siembro papa y sobre todo maíz para hacer chicha.

Para mí, la agricultura es más bien un pasatiempo" (Domingo V., Arbieto).

El descanso "forzado" de la tierra caracteriza especialmente a estas familias. La falta de dinero para la compra de semillas, la sequía y la falta de mano de obra son las tres razones fundamentales de la desestructuración del sistema de producción. La reducción de las superficies cultivadas y los rendimientos irregulares plantean el problema de la utilización de la producción. Cuando ésta es insuficiente, la casi totalidad de la cosecha es destinada a la alimentación de la familia. La compra de semilla representa entre el 20 y el 55% del costo de producción anual. Paralelamente, el alquiler del tractor significa entre el 45 y el 70% de los gastos productivos. El balance de aprovechamiento muestra que en algunos casos el valor mercantil de la cosecha es inferior a los costos de producción. Dicho de otra forma, no es raro que la producción sea una pérdida neta.

Para estas familias, la monetarización de los medios de producción plantea por lo tanto el problema de la viabilidad del sistema de aprovechamiento. Aunque el uso del tractor disminuye el costo de trabajo (ganancia de tiempo y de esfuerzo), aumenta el costo monetario. Evidentemente, la utilización del tractor está perfectamente adaptada a una lógica de diversificación de las actividades. La ganancia de tiempo que proporciona, permite el desarrollo de actividades secundarias (trabajo asalariado en la construcción, transporte, elaboración de chicha, etc.). Pero la mecanización no viene acompañada necesariamente por el aumento de las superficies cultivadas, ni de los rendimientos. La utilización del tractor en superficies reducidas parece poco rentable pues la producción proporciona escasos excedentes. Más aún, en vez de conducir a un aumento de las superficies cultivadas, la utilización del tractor puede limitarlo, por lo menos cuando los recursos monetarios generados por otras actividades (particularmente por la migración) no alcanzan a financiar los costos de producción.

Por lo tanto, es lógico que algunas familias abandonen la agricultura, sobre todo si los ingresos generados por la migra-

ción son destinados al consumo corriente. En algunos casos se asiste a una verdadera desarticulación de las lógicas de producción, un "bricolaje" agrícola más cercano a la jardinería que a una agricultura intensiva y eficaz. Los campesinos pierden el control de su predio y a partir de este momento son incapaces de planificar una lógica coherente de producción. La monetarización de la agricultura y su mecanización tienen un costo que obliga, si no a abandonar, por lo menos a disminuir la actividad agrícola. Se trata entonces de una agricultura "de gota a gota" cuya conservación depende de la dinámica de las actividades secundarias.

¿Agriculturas en suspenso?

En el altiplano y en los valles, las transformaciones de los sistemas de producción agrícola bajo el efecto de la emigración no son las mismas. En la comunidad de altura, la migración hacia el Chapare perturba las lógicas de producción pero sin transformarlas radicalmente. La migración no conduce a la redistribución social del trabajo como en los pueblos de valle (a no ser que algunas mujeres participen en los trabajos agrícolas del Chapare). Tampoco resulta en la aparición de nuevos cultivos o de nuevas técnicas en el espacio de origen. Por otra parte, la migración hacia el Chapare no está acompañada de una nueva diferenciación socioeconómica al interior de la comunidad. Por el contrario, contribuye al reequilibrio de la disparidad de los recursos, sobre todo de tierras.

Evidentemente el Chapare puede convertirse en un espacio de competencia de la comunidad de origen. La movilidad conduce a veces a la negligencia en el control del predio, sobre todo por las jóvenes generaciones de migrantes. Afecta también al sistema comunitario de organización del trabajo (*ayni*) y provoca en algunos casos el relativo abandono de ciertos cultivos tradicionales y una menor eficacia del sistema de producción. Pero por el otro lado, la combinación de los espacios económicos permite

a los migrantes reorientar sus estrategias de rotación de cultivos para privilegiar la subsistencia de la familia, es decir el autoconsumo. Al adaptarse a las nuevas contrariedades de la movilidad espacial, los campesinos de Pampa Churigua tratan principalmente mantener o incluso reforzar sus lógicas tradicionales de producción.

En los valles, los sistemas de producción agrícola sufren transformaciones de una dimensión totalmente diferente. No se trata de simples reajustes, sino de cambios reales que afectan al mismo tiempo a los tipos de producción, los sistemas de cultivo, los modos de organización y al lugar que ocupa la agricultura en las economías familiares. Contrariamente a la comunidad de altura, la diferenciación de las lógicas de producción agrícola es el reflejo de la nueva jerarquía socioeconómica que produce la migración. Surge una agricultura de "doble velocidad". Por un lado, la monetarización de las economías familiares y la feminización de la agricultura provocan la reducción de las superficies cultivadas y de la producción, con el abandono paulatino de los cultivos alimenticios. Por otro lado, los ingresos de la migración contribuyen a la modernización de los sistemas de producción: innovación de cultivos, nuevo sistema de riego, mecanización, etc. Comportándose como verdaderos empresarios, los agricultores dedicados a la innovación agrícola enfrentan nuevos obstáculos los cuales no siempre pueden dominar, obstáculos ligados a condiciones al mismo tiempo externas (problemas de competencia, de comercialización y de mercado) e internas (técnicas de producción y administración). Por su parte, los campesinos sedentarios o los que no logran prosperar gracias a la migración, se quedan al margen de estas nuevas dinámicas agrícolas. Sin embargo, no escapan a la monetarización del sistema de producción y pierden paulatinamente el control sobre su predio. Por lo tanto, la actividad agrícola, convertida en una especie de epifenómeno, es difícilmente mantenida o depende de los ingresos generados por la migración y otras actividades.

Así, los cambios en los sistemas de producción agrícola que se efectúan en los valles y el altiplano adquieren caracte-

rísticas muy distintas. Sin embargo, tienen un punto en común: la agricultura, enteramente condicionada por las estrategias migratorias, hoy en día está "en suspenso". Pues sin los ingresos de la migración internacional o del Chapare, ¿qué sucedería de las economías agrícolas de esta región? ¿Qué pasaría si la migración, por la razón que sea, se volviera imposible? Evidentemente, aquí se plantea el problema del devenir de las sociedades campesinas.

Migración y seguridad alimentaria

En Bolivia, el problema de la seguridad alimentaria es fundamental, especialmente en las zonas rurales. La producción agrícola y los ingresos familiares son generalmente insuficientes para cubrir las necesidades alimentarias elementales. Consecuentemente, un gran número de familias recurre a la migración como una estrategia alimentaria. Sin embargo, se plantea la pregunta si la recomposición de las economías familiares campesinas inducida por la migración tiene efectos positivos en el consumo alimenticio y en la situación nutricional. ¿La migración no actúa más bien como un factor que desestructura el sistema alimentario familiar?

Éste se define como el conjunto de las lógicas familiares perceptibles en el tiempo y el espacio, que están orientadas a la obtención de alimentos y que permiten lograr cierto grado de satisfacción de las necesidades nutricionales. El sistema alimentario familiar es evaluado a partir de tres criterios: las estrategias de abastecimiento (compra, producción, intercambios, etc.), la composición del régimen alimenticio y el aporte nutricional.

Las estrategias de abastecimiento

Los modos de acceso a los alimentos son un importante indicador para medir el grado de seguridad o de vulnerabilidad

alimentaria de una población. Revelan al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del sistema alimentario.

Pampa Churigua: ¿el restablecimiento del “ideal vertical”?

En las sociedades andinas prehispánicas, la organización territorial estaba fundada en un modo de utilización del espacio correspondiente a una estrategia de control vertical de los diversos pisos ecológicos (puna, suni y quechua) que permitía al mismo tiempo la complementariedad de las producciones agrícolas y la dispersión de los riesgos (Bouysson-Cassagne, 1978; Fioravanti-Moliné, 1981; Harris, 1978; Saignes, 1978). Este sistema de “archipiélagos verticales” (Murra, 1972), que ha perdurado como fundamento de la organización social y económica del Imperio Inca, fue profundamente trastocado durante el periodo colonial por las políticas de reagrupamiento de la población.

Si en determinadas regiones andinas el modelo ha resistido hasta cierto punto (Albó *et al.*, 1982; Morlon, 1992b), los valles de Cochabamba han sufrido una profunda desestructuración (Platt, 1982). Sin embargo, el análisis de las lógicas de abastecimiento de la población de Pampa Churigua permite divisar cierta forma de resurgimiento de este modelo ancestral de utilización del espacio.

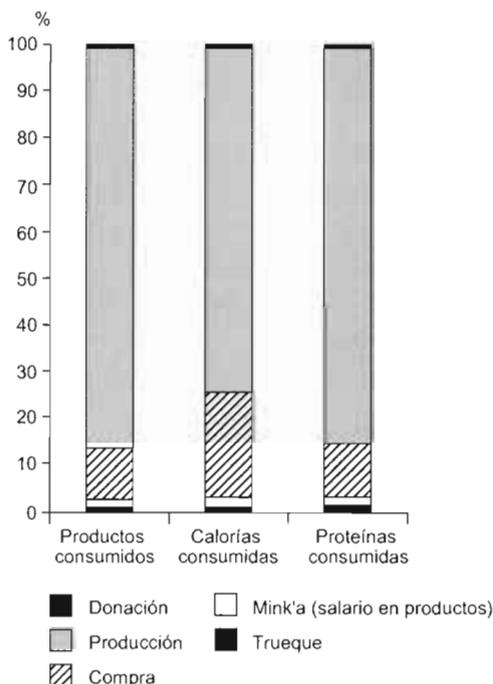
“Pisos alimentarios”

En Pampa Churigua, la ampliación del espacio socioeconómico familiar por medio de la migración hacia el Chapare, apunta a la diversificación de los lugares de abastecimiento. El registro mensual del consumo alimentario familiar ha permitido determinar la proveniencia de los alimentos consumidos en términos de cantidades de productos, de calorías y de proteínas. El Gráfico 45 muestra una síntesis de los resultados. En la totalidad de las familias, la producción es la primera forma de abastecimiento, tanto en las cantidades de los productos como en los

aportes nutricionales. El predio agrícola de origen permite la provisión de tres productos básicos (papa, trigo y maíz) y de tres productos secundarios (cebada, carne de cordero y huevos). Paralelamente a la producción, las familias desarrollan estrategias de abastecimiento complementarias que requieren relaciones de intercambio y el acceso a otros espacios.

Esta diversificación espacial, un proceso en parte relacionado con la migración hacia el Chapare, está ilustrada de manera simplificada en el Gráfico 46. Contando los predios de Pampa Churigua, siete unidades espaciales de abastecimiento están localizadas en un radio de aproximadamente 150 km, y se distribuyen en los pisos ecológicos de la región: fondos de valle, zona urbana de Cochabamba, montañas y planicies de transición hacia la Amazonia.

Gráfico 45 – Estrategias de abastecimiento alimentario en Pampa Churigua

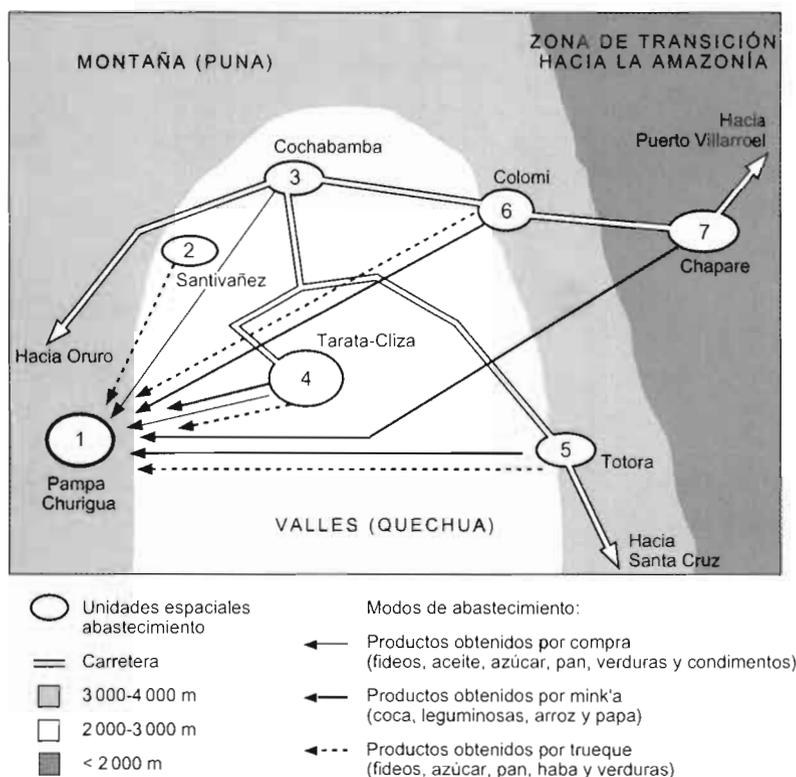


Fuente: Encuestas alimentarias mensuales, 1992-1993

En los valles de Tarata-Cliza y de Santibáñez, las familias recurren a todas las formas de abastecimiento complementario. Estas zonas aseguran un aporte en productos industriales y en verduras compradas en los mercados locales, así como en leguminosas, por medio del trueque o de la *mink'a* (habas y arvejas).

La ciudad de Cochabamba es el espacio de abastecimiento menos frecuentado. Los migrantes aprovechan su retorno periódico a la comunidad de origen para proveerse en el mercado de La Cancha. Para las demás familias, esta zona sigue siendo un lugar de abastecimiento puntual.

Gráfico 46 – Espacios y modos de abastecimiento alimentario (Pampa Churigua)





Familia de Pampa Churigua y su escasa cosecha de maíz. El jefe de familia sale cada año a trabajar en la región de Colomi para complementar su producción agrícola por medio de la *mink'a* (trabajo remunerado en productos).

Las montañas al Este (localidades de Colomi y Totora), antes del descenso hacia las llanuras del Chapare, aportan un complemento alimenticio en papa, *chuiño* y habas. Estos productos se obtienen igualmente mediante el trueque (especialmente por productos de artesanía) o mediante la *mink'a*.

El acceso al Chapare diversifica la alimentación con frutas (especialmente naranjas y plátanos), arroz y coca. Con excepción de las familias de colonos, estos productos son generalmente obtenidos por medio del trabajo asalariado (según el principio tradicional de la *mink'a*) o por el regalo entre familias.

Por lo tanto, en términos de seguridad alimentaria, la migración hacia el Chapare juega un papel fundamental pues permite la ampliación espacial del abastecimiento alimentario familiar y al mismo tiempo la diversificación de los modos de abastecimiento.

El trueque

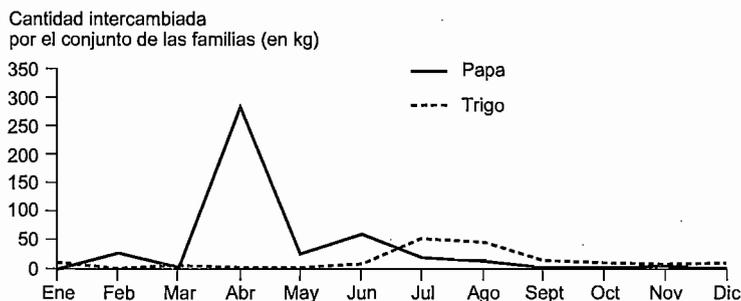
El seguimiento de la alimentación de las familias ha puesto de manifiesto la escasa importancia del trueque, a pesar de ser

una forma de abastecimiento tradicional en las sociedades campesinas bolivianas. El trueque provee apenas 1% de las calorías y proteínas consumidas. Solamente el 1.8% de la producción de papa y el 4.8% del trigo son intercambiados por otros productos.

Cabe preguntarse sobre el significado de estos resultados. Cuando se concede prioridad al autoconsumo, tendencia igualmente constatada por J. Laure (1987) en varias comunidades campesinas de Bolivia, no se favorece el trueque. ¿Esta situación es coyuntural (los volúmenes mediocres de producción por la sequía pueden explicar la escasa utilización del trueque) o expresa un cambio estructural real? Es probable que gracias a la diversificación espacial del abastecimiento, los campesinos de Pampa Churigua tengan menos necesidad de recurrir al trueque.

Las familias de Pampa Churigua intercambian sobre todo papa, trigo y sus productos artesanales, y, en menor grado, cebada y huevos. El periodo de trueque abarca siete a ocho meses por año (Gráfico 47). En el caso de la papa, el trueque empieza a finales de las cosechas, con un pico en abril. En el caso del trigo, el trueque tiene lugar uno o dos meses después de la cosecha, concentrándose en los meses de julio y agosto. Por lo tanto, la lógica temporal es la misma que para la comercialización de los productos agrícolas, sin los picos de octubre-noviembre (Gráfico 37).

¿Cuáles son las modalidades de estos intercambios? Desde sus orígenes, la práctica del trueque en las sociedades campesinas andinas está fundada en la complementariedad de los pisos ecológicos. En Pampa Churigua, este sistema se traduce en el intercambio del maíz y de las legumbres de los fondos de valle por la papa, la oca y la quinua del altiplano. Sin embargo, el abandono progresivo del cultivo de algunos productos andinos en Pampa Churigua (oca y quinua), la disminución relativa de los cultivos de subsistencia en los fondos de valle y la monetarización de las economías campesinas han contribuido a una redefinición de los intercambios entre los diferentes pisos.

Gráfico 47 – Periodo de trueque de papa y trigo en Pampa Churigua

Fuente: Seguimiento de los predios agrícolas, 1992-1993

Existen dos tipos de trueque con modalidades diferentes. En el primero, de carácter más tradicional, no interviene directamente el dinero. Se refiere al intercambio de los productos artesanales de Pampa Churigua por legumbres y chicha de los valles (Tarata, Cliza, Santibáñez y valle de Cochabamba). Los términos de intercambio se basan en el valor mercantil del artículo artesanal y de los productos alimenticios.

Otra forma antigua de trueque, correspondiente a las “caravanas de sal” descritas por P. Lecoq (1987) en la región de Potosí, llamadas también “llameros” por J. Albó *et al.* (1990) sigue vinculando el Altiplano con la región de Cochabamba. Los campesinos de las comunidades de altura de las regiones salíferas de Uyuni descienden hasta los valles para intercambiar sal por cereales. Antes, la sal se transportaba por llamas y el viaje duraba varios meses. Hoy en día, el camión ha sustituido a este animal. En la comunidad de Pampa Churigua, desde hace veinte años es la misma persona que al principio de las cosechas viene a intercambiar anualmente sal por trigo y papa. Este tipo de trueque se realiza en base a lazos privilegiados similares a una relación de compadrazgo, en la que el intercambio es personalizado. En el intercambio de productos, según el conocido sistema de la *yapa* (pequeña cantidad ofrecida como señal de favor), siempre se añade una pequeña parte del producto a manera de obsequio.

Estas formas tradicionales de trueque, muchas veces basadas en relaciones de parentesco o de amistad, coexisten con intercambios más anónimos y más modernos. Las familias de Pampa Churigua practican principalmente el trueque "semi monetarizado" con los campesinos de los valles, es decir un intercambio en el que el dinero interviene sólo indirectamente. Las mujeres "de abajo" suelen subir una vez al mes a Pampa Churigua a lomo de mula con una carga de productos industriales, verduras o frutas compradas en el mercado de Cliza o de Cochabamba. Estos productos, intercambiados por papa y trigo, sustituyen paulatinamente al maíz intercambiado en tiempos pasados.

Las mujeres de los valles sacan de cada transacción un margen de beneficio en cantidad de productos, establecido en función de su equivalente monetario (véase Anexo 2, Cuadro 9). En cada intercambio, la diferencia entre el valor monetario de los productos entregados y el de los productos recibidos es del orden de 1 a 2 Bolivianos. Las mujeres de los valles realizan varias transacciones diarias y así pueden duplicar o triplicar el monto invertido al inicio. En un día, una de ellas ha recibido 90 kg de papa equivalente a 150 Bolivianos, mientras que ha "dado" una cantidad de productos cuyo costo de compra es de 66 Bolivianos. Más allá del esfuerzo físico que tienen que realizar (tres horas de caminata), las mujeres de los valles tienen un interés en practicar este tipo de intercambio. En cuanto a las campesinas de Pampa Churigua, el beneficio que aceptan conscientemente ceder, es de todos modos inferior al que hubieran tenido que gastar al desplazarse hasta los mercados locales para abastecerse de los productos correspondientes.

Esta forma de intercambio es muy ambigua pues se sitúa entre el comercio y el trueque propiamente dicho. En la medida en que el dinero no interviene directamente en la transacción, las mujeres de los valles no pueden ser consideradas comerciantes. Sin embargo, no se trata de un verdadero trueque ya que compran los productos que intercambian. El trueque "semi monetarizado" responde en realidad a dos lógicas asimétricas: en las comunidades de altura, las mujeres quieren evitar al máximo la monetarización de

su aprovisionamiento; por falta de recursos monetarios, intercambian pero no comprarían los productos que aportan las mujeres de los valles. En cambio, las mujeres de los valles tienen ingresos pero su producción no es suficiente para cubrir las necesidades alimentarias de sus familias. Por lo tanto, su objetivo no es restringir la monetarización del aprovisionamiento, sino limitar sus costos o sacar beneficios de ésta.

Este sistema de trueque muestra hasta qué punto la economía campesina y la economía nacional se superponen. El intercambio está relacionado con la economía monetaria, sea por parte del salario que entra en el valor de los productos intercambiados, sea por los precios agrícolas que determinan las modalidades de las negociaciones.

La mink'a

La *mink'a* se distingue del salario agrícola pues consiste en la remuneración en especie de un trabajador temporal. Es una práctica muy antigua en las sociedades campesinas andinas que permite complementar el abastecimiento con alimentos no producidos en el predio agrícola familiar. No obstante, en la *mink'a*, una parte del salario puede pagarse en dinero.

En Pampa Churigua, esta forma de abastecimiento concierne esencialmente a tres tipos de productos. La papa, la haba y el arroz. Su función es al mismo tiempo la de paliar la insuficiencia de la producción y de limitar la compra en el mercado.

El abastecimiento de legumbres (habas y arvejas) por medio de la *mink'a* tiene lugar en el mes de noviembre, durante las cosechas en los valles. Uno o dos miembros de cada familia se quedan cuatro a seis días en los predios agrícolas de los valles, según sus necesidades y su disponibilidad. Reciben aproximadamente 1.5 arrobas (17 kg) de productos por día de trabajo. Las familias obtienen así entre 30 y 40 kg de productos por año, lo que permite complementar la alimentación durante varios meses. El arroz, alimento producido en el Chapare, se obtiene en los meses de febrero y marzo, durante las cosechas. La remuneración por

día es de 9 kg por persona. Generalmente, el periodo de migración temporal no es mayor de dos semanas por dos personas por familia. La cantidad final obtenida es de aproximadamente 90 kg, lo que permite cubrir de 40 a 60% de las necesidades anuales.

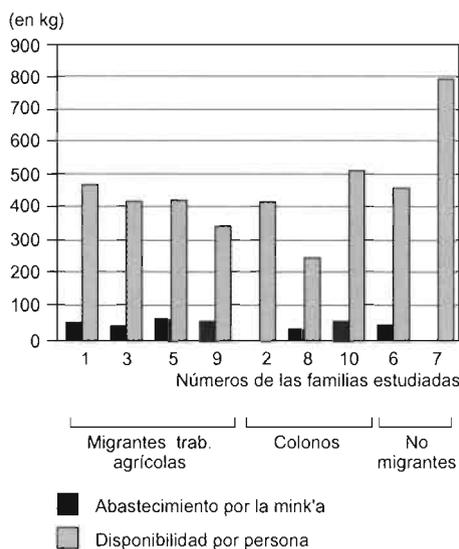
Los modos complementarios de abastecimiento de papa merecen un análisis más detallado por ser el producto básico de la alimentación (Gráfico 48). Además de producirla localmente, las familias frecuentan dos lugares de provisión: la zona de Colomi y la de Totorá. En estas regiones de montaña, especializadas en la producción de papa, la cosecha es más temprana que en Pampa Churigua. A partir del mes de febrero, uno o dos miembros de cada familia se desplazan a estos lugares para cosechar papa durante una o dos semanas y son remunerados según el principio de la *mink'a*.

Los términos del contrato son los siguientes: dos arrobas (aproximadamente 25 kg) por una jornada de trabajo. Las cantidades obtenidas (entre 200 y 400 kg) representan en promedio el 11% de la cantidad anual consumida. En la muestra, sólo dos hogares no recurren a la *mink'a*, sea por falta de mano de obra disponible en el momento de las cosechas, sea porque su producción fue suficiente. Para algunas familias, este modo de abastecimiento es primordial ya que proporciona un complemento de producción superior al 15%. Por lo tanto, aunque algunas familias están obligadas a comprar una cantidad complementaria de papa en el momento en que se terminan sus provisiones (diciembre y enero), la *mink'a* permite compensar las insuficiencias de la producción.

La utilización de diversas estrategias de compensación (*mink'a* y compra) se diferencia según las familias. La producción varía entre 200 y 800 kg anuales por persona. Sin embargo, gracias a las estrategias de compensación, la casi totalidad de los hogares dispone de una cantidad final de al menos 400 kg anuales por persona. Únicamente las familias 8 y 9 no logran esta cantidad. El ritmo migratorio, particularmente obligatorio, restringe la disponibilidad de mano de obra familiar para complementar su

escasa producción. En algunas familias, la compra de papas es paradójica: venden una parte de su producción y están obligadas a comprar papa nuevamente cuando sus reservas están agotadas (familias 1 y 6). En determinados periodos del año, las necesidades monetarias les obligan a vender este producto, con el riesgo de crear un desequilibrio en sus reservas alimenticias.

Gráfico 48 – Papel de la *mink'a* en el caso de la papa (Pampa Churigua)



Fuente: Seguimiento de los predios agrícolas, encuestas alimentarias 1992-1993

Los obsequios de alimentos

En la organización comunitaria andina, la redistribución de alimentos entre parientes o amigos es muy frecuente y va más allá de una simple solidaridad de subsistencia. Esta práctica constituye un verdadero lenguaje social y cultural, particularmente durante las fiestas. Sin embargo, según las encuestas sobre la alimentación, en Pampa Churigua esta forma de obsequio es poco practicada (proporciona menos de 1% de las calorías). Este resultado es subevaluado, en la medida en que la recolección de datos fue realizada fuera de los periodos de obsequios recíprocos de

alimentos. Además, se trata siempre de pequeñas cantidades de productos difíciles de medir y que la madre de familia no puede evaluar, ya que las mezcla enseguida con las reservas alimenticias.

Las donaciones externas de alimentos son más tangibles. Desde hace dieciocho años, la comunidad de Pampa Churigua se beneficia de los programas de ayuda alimentaria internacional, administrada y distribuida por la agencia de Caritas de Cochabamba. Las mujeres que animan el club de madres realizan una colecta de dinero de las socias que desean beneficiarse de la ayuda. El monto es a menudo simbólico. Generalmente, las mujeres que tienen hijos pequeños, tienen prioridad (esta regla no siempre se cumple). Con 26 Bolivianos, unas quince familias reciben una a dos veces por mes las siguientes cantidades: 32 kg de harina de trigo, 13 kg de harina de soya, 9 kg de harina de maíz y 6 kg de azúcar. La cantidad anual de harina de trigo recibida se estima en aproximadamente 250 kg por familia, lo que equivale al 25% de su producción promedio anual.

Los productos donados no siempre se consumen. Frecuentemente, las mujeres revenden la mayor parte con el fin de aumentar sus ingresos. Aparte de las relaciones de dependencia que inducen estas donaciones alimentarias, hay que preguntarse acerca de su eficacia en términos nutricionales. Sería interesante saber si estas donaciones no tienden a desalentar la producción local. ¿Los alimentos recibidos constituyen un real aporte complementario o conllevan una disminución de la producción?

Adicionalmente a estas donaciones concedidas a largo plazo, después de la sequía de 1992, todas las familias de la comunidad se han beneficiado de un programa de intervención de la Comunidad Europea "de carácter excepcional". Sustituyendo a las agencias Caritas, este modo de distribución de alimentos, denominado "alimentos por trabajo", está muy difundido en Bolivia. Los beneficiarios tienen que trabajar un determinado número de jornadas en una obra de carácter público (mantenimiento o construcción de una carretera, por ejemplo).

En Pampa Churigua, cada familia ha recibido la misma cantidad de alimentos mediante una jornada de trabajo en la construcción del embalse de Tarata: 20 kg de harina de trigo, 10 kg de fideos y 2 litros de aceite. El registro de los presupuestos familiares indica que estas donaciones han permitido reducir los gastos en alimentación, por lo menos durante el mes en que se realizó el seguimiento.

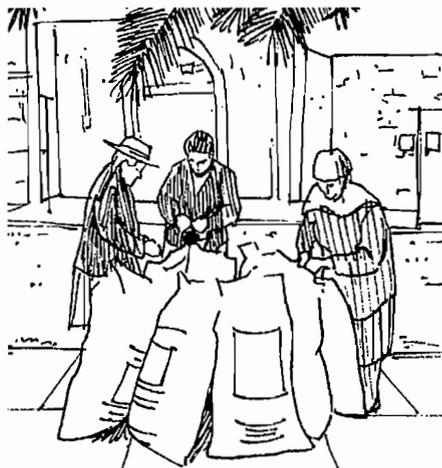
La compra de alimentos

En Pampa Churigua, la compra de productos alimenticios no constituye una importante estrategia de abastecimiento (Gráfico 45). Recordemos que la alimentación ocupa solamente el 17% del total de los gastos anuales y el 25% de los gastos corrientes.

El abastecimiento en el mercado está a cargo generalmente de los hombres o los hijos. Las mujeres, especialmente las mayores, raras veces salen de la comunidad para abastecerse. Estas costumbres, que difieren substancialmente de las de los pueblos de los fondos de valle, están directamente relacionadas con la migración de los hombres. Al retornar de su estadía en el Chapare, compran en los mercados urbanos los productos alimenticios que requiere la familia.

Los ritmos y los lugares de abastecimiento dependen de la estructura y del calendario de los mercados locales y regionales.

Las familias de Pampa Churigua prefieren abastecerse en el mercado de Cliza, donde se encuentra una gran diversidad de productos (el 62% de las compras de alimentos se realizan aquí). Además, los precios son más ventajosos que en Tarata, localidad

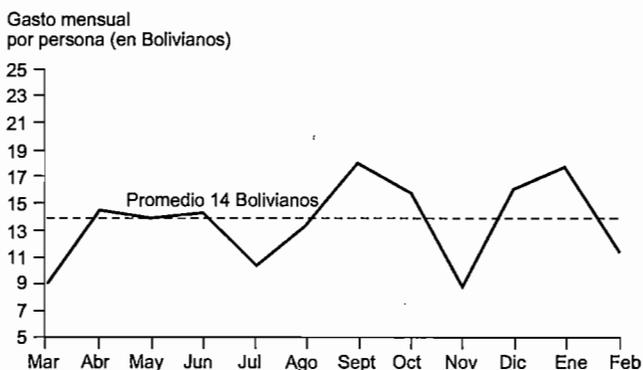


Donación de alimentos en Santa Rosa.
Llegada de las bolsas de harina provenientes de la Comunidad Europea, que el dirigente y las mujeres del club de madres repartirán entre las familias de la comunidad.

no obstante más cercana. Desde 1991, las familias pueden comprar sus productos también en el lugar, gracias a la apertura de una tienda comunal por la agencia regional de desarrollo de Tarata (CODERTA). La tienda comunal, administrada por turnos por los miembros de la comunidad, permite evitar el desplazamiento hasta los centros urbanos (las compras en la tienda comunal representan el 19% de las compras alimentarias). Sin embargo, es frecuentada muy puntualmente pues los precios son algo elevados.

El registro de los gastos alimentarios ha permitido inventariar la compra de 40 tipos de productos. Sin embargo, tan sólo tres de ellos suman cerca del 50% de los gastos en alimentación: los fideos, el azúcar y el aceite. Las verduras representan un poco más del 12% del presupuesto para alimentación, mientras que la papa, producto básico, constituye apenas el 3% de los gastos. La variación en los gastos alimentarios en el transcurso del año está relacionada con dos factores: el ciclo agrícola y el calendario festivo (Gráfico 49).

Gráfico 49 – Variación anual de los gastos alimentarios en Pampa Churigua



Fuente: Seguimiento mensual de los gastos, 1992-1993

De septiembre a enero, los gastos para alimentación aumentan paralelamente al agotamiento de las reservas alimenticias de la familia (periodo de transición), pero caen en noviembre. De febrero a agosto, periodo de cosecha, los gastos en alimentación tienden a estabilizarse o a disminuir.

La reducción de los gastos alimentarios en noviembre obedece a varios factores. Primero, los regalos de alimentos se realizan en esta época. Luego, el mes de noviembre corresponde al periodo de las siembras, durante el cual el intercambio de mano de obra para los trabajos agrícolas (*ayni*) implica un intercambio de productos alimenticios entre las familias. Finalmente, las fiestas de Todos Santos, así como las de febrero y julio (en este periodo también tiene lugar una baja en los gastos) son la ocasión de preparar platos tradicionales en base a productos del predio agrícola (harina de trigo, carne de cordero, etc.).

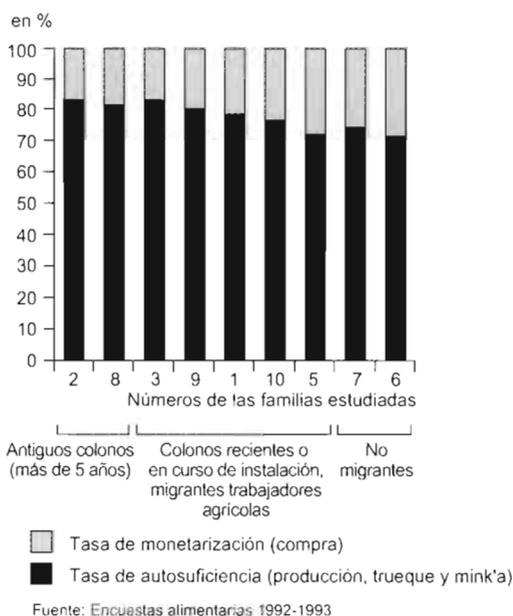
¿Hacia una mejor autosuficiencia alimentaria?

La autosuficiencia alimentaria de la familia está definida como la capacidad de satisfacer las necesidades alimentarias sin tener que recurrir al mercado. Por consiguiente, la proporción de la alimentación que proviene directamente de la producción, del trueque o de la *mink'a* es el indicador de la autosuficiencia alimentaria.

Parece que la diversificación de los espacios de abastecimiento proporciona una mejor autosuficiencia alimentaria a las familias de colonos (Gráfico 50). El abastecimiento interno (producción, trueque y *mink'a*) cubre más del 80% de las calorías consumidas, mientras que esta proporción alcanza un máximo de 75% entre los no migrantes.

No obstante, cuando la instalación del colono es relativamente reciente (familia 10), las tierras no son aprovechadas inmediatamente. La preparación de los terrenos (desmonte y quema) requiere de cierto tiempo. Por lo tanto, las parcelas en el espacio de origen son momentáneamente abandonadas, sobre todo si la familia no es suficientemente numerosa para los requerimientos en mano de obra. Esta fase se traduce en una mayor dependencia del mercado (caso de la familia 10), a no ser que la familia pueda compensarla mediante la *mink'a* (caso de la familia 3).

Gráfico 50 – Migración y estrategias de abastecimiento alimentario en Pampa Churigua (procedencia de las calorías consumidas)

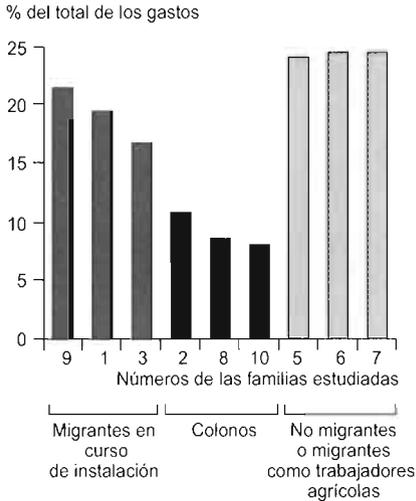


Mejores ingresos conllevan evidentemente proporciones menores de gastos alimentarios. Los migrantes al Chapare dedican un máximo de 10% de su presupuesto anual a la alimentación, en contraste con el 15% en las familias sedentarias (Gráfico 51). En cambio, el valor monetario de los gastos alimentarios varía poco entre las familias (entre 8 y 16 Bolivianos mensualmente por persona).

Esto se explica no solamente por la diversificación de las estrategias de abastecimiento, sino también por la escasa flexibilidad del presupuesto para alimentación. Además, los colonos reservan sus ingresos para otras necesidades (transporte, costos de instalación y de producción en el Chapare). Finalmente, la escasa variación de las cantidades compradas puede estar relacionada a cierto automatismo o un «reflejo cultural» que remite a las prácticas alimentarias: monotonía de las comidas y cantidades iguales de los ingredientes utilizados. La

madre de familia compra siempre las mismas cantidades semanales de productos base (aceite, azúcar y verduras) en función del presupuesto para alimentación que ella se ha fijado y que no varía.

Gráfico 51 – Migración y gastos alimentarios (Pampa Churigua)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

De esta forma, la migración hacia el Chapare ha introducido un nuevo modo de utilización del espacio que permite estrategias de abastecimiento alimentario diversificadas y complementarias. Aparte de la familiarización con otro espacio de producción en las tierras bajas, estas lógicas pasan por la construcción de una red social fundada en el parentesco y el compadrazgo como resultado de diez años de prácticas migratorias (los migrantes se dirigen siempre a sus familias cercanas o a los amigos para aprovisionarse mediante la *mink'a*, por ejemplo). Hoy en día, estas prácticas son de gran valor en términos de seguridad alimentaria. Se comprende por qué los campesinos en Pampa Churigua procuran invertir en tierras en el Chapare cuando la coyuntura es desfavorable a la economía de la coca.

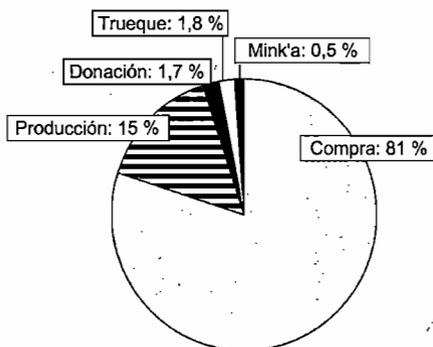
Modos de abastecimiento poco diversificados en los valles

La gran diversidad de los modos de abastecimiento de las poblaciones rurales bolivianas (Franqueville *et al.*, 1992) que se confirma en Pampa Churigua, no se aplica en los pueblos de valle. Los modos tradicionales de abastecimiento como el trueque, los regalos interfamiliares o la *mink'a* están escasamente representados. El sistema de abastecimiento se basa casi exclusivamente en la utilización del mercado urbano, consecuencia de la baja autosuficiencia alimentaria de la población.

Dependencia del mercado alimentario urbano

En los pueblos de valle, los productos agrícolas tradicionales (papa, maíz y trigo) están enteramente destinados al consumo familiar, pero están lejos de cubrir las necesidades anuales. El seguimiento de las familias muestra que el 77% de los productos consumidos se compran en el mercado. En términos de aporte calórico, esta proporción es todavía más alta (Gráfico 52).

Gráfico 52 – Procedencia de las calorías consumidas en Santa Rosa y Arbieta



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

A diferencia de Pampa Churigua, los regalos entre parientes alejados o compadres adquieren un carácter casi excepcional y se realizan sólo por motivo de fiestas o ceremonias familiares. En cambio, una forma de regalo de alimentos persiste en el círculo

culo familiar cercano cuyos beneficiarios son personas mayores de la comunidad. Algunas parejas aseguran la subsistencia de sus padres abasteciéndoles casi a diario, aunque vivan en una comunidad vecina.

Los modos de abastecimiento varían según el tipo de producto. Las leguminosas, los productos lecheros y aproximadamente el 80% del maíz consumido en el transcurso del año provienen de la producción familiar. En cambio, la producción de papa, producto base de la alimentación de las familias, cubre un máximo de tres meses del año. Este producto ocupa por lo tanto una parte importante de los gastos alimentarios (cerca del 14%).

De todos los alimentos comprados, la carne tiene el mayor peso en el presupuesto para alimentación (aproximadamente el 18%), lo que coincide con los resultados de un estudio reciente sobre el consumo alimentario en Bolivia, realizado a una escala mayor: la papa representa el 7% del presupuesto para la alimentación de la familia en el medio rural, ¡pero la carne ocupa el 22% de los gastos! (Franqueville *et al.*, *op. cit.*). En Arbieta y en Santa Rosa, el importante consumo de carne, pese a su alto costo, es una consecuencia de la migración internacional. Constituye una señal de prestigio mediante la cual se expresa el ascenso socioeconómico de la familia. El consumo de carne se convierte en una necesidad cotidiana, aunque sólo pequeñas cantidades forman parte de la comida. Así, los dos alimentos más caros para los campesinos de los valles son precisamente aquellos que pueden producir en su predio (papa y carne). En Pampa Churigua, por el contrario, los alimentos más caros son los productos industriales urbanos como los fideos, el azúcar y el aceite.

Las limitantes del abastecimiento

Contrariamente a lo que se practica en la comunidad de altura, son las mujeres las responsables de la compra de productos alimenticios y que administran íntegramente el presupuesto familiar. En función de los precios en los mercados, el abastecimiento alimentario se organiza según tres ritmos distintos, muy divergentes en términos de administración del tiempo. La carne se com-

pra en el mercado local de Arbiето, lo que implica el desplazamiento casi diario de las mujeres de Santa Rosa (tienen que caminar 3 km). Cada semana compran las frutas y verduras en el mercado regional de Cochabamba o en el mercado local de Cliza. En cambio, los productos industriales no perecederos, así como la papa, se compran en grandes cantidades cada quince días o cada mes en Cochabamba.

La creciente urbanización de los pueblos, particularmente de Arbiето, se ha traducido en el desarrollo reciente de un mercado semanal que las familias frecuentan cada vez más para abastecerse. Este mercado no solamente permite reducir los costos de transporte, sino que significa también ganar tiempo valioso para las mujeres: las familias compran más del 40% de los productos alimenticios en el pueblo. Existe además un mercado paralelo de tipo más informal entre las familias del pueblo que prefieren vender sus productos en su puerta que depender de los intermediarios urbanos. Los intercambios son principalmente de carne, huevos, queso y algunas verduras.

Diferenciación de los modos de abastecimiento

En los pueblos de valle, los modos de abastecimiento difieren de una familia a la otra. Evidentemente, cuanto mayores son los ingresos, menor es la proporción de la alimentación en el presupuesto familiar (esta relación se explica por la escasa flexibilidad del consumo alimenticio). Como hemos visto, los niveles de ingreso dependen de los comportamientos migratorios.

Para el conjunto de las familias, la alimentación ocupa en promedio el 21% de los gastos anuales; sin embargo, el porcentaje varía entre el 8 y el 48%, según los hogares. Las familias sedentarias con bajos ingresos dedican el 42% de su presupuesto anual a la compra de productos alimenticios. En las familias cuyos miembros migran hacia Argentina y que tienen ingresos medianos, esta proporción es del 18% y alcanza apenas el 13% en los migrantes ricos (Estados Unidos o Israel).

En términos de valor monetario, una paradójica merece ser subrayada: mientras que disponen de un ingreso muy inferior al de los migrantes hacia los Estados Unidos e Israel, las familias de migrantes hacia Argentina realizan gastos mayores en alimentación. Estos hogares, que son los más perjudicados por el cambio de los sistemas de producción (falta de recursos monetarios y de mano de obra para el aprovechamiento de las tierras), tienen una baja autosuficiencia alimentaria (88% de las calorías consumidas se compran). Por lo tanto, las mujeres están obligadas a compensar la falta de calorías abasteciéndose en mayor medida en el mercado.

En cambio, las familias de migrantes ricos que han invertido en su predio agrícola, al mismo tiempo que han conservado los cultivos tradicionales de subsistencia, logran una autosuficiencia del orden de 28%, lo que representa el 20% en términos de calorías. Esta proporción es muy superior a la de los otros dos grupos de familias (11 y 15%, respectivamente). Los hogares de migrantes a los Estados Unidos, Israel o Japón se distinguen igualmente por una proporción más alta del trueque. Aunque su participación sigue siendo mínima en relación con las compras, el trueque proporciona el 3.5% de las calorías consumidas, mientras que esta proporción no alcanza ni siquiera 1% en los otros hogares.

El ejemplo de la familia 20 es significativo: al final de varios ciclos de migración exitosa, ha diversificado al máximo sus actividades, al mismo tiempo que ha conservado sus cultivos de subsistencia. El seguimiento de la alimentación muestra que el 26% de las calorías consumidas proviene de su producción y el 7% del trueque. La familia 16, que tiene actualmente dos miembros en los Estados Unidos, presenta características similares: el 26% de las calorías totales proviene de la producción, mientras que el 5% es proporcionado por el trueque.

Gracias a los ingresos generados por la migración, las familias de migrantes ricos pueden compensar las deficiencias de la producción por el trueque «semi monetarizado» con las comunidades de altura. Tienen los medios para comprar una gran cantidad de productos en el mercado de Cliza o de Cochabamba para

intercambiarlos por trigo o papa. Asimismo, en la medida en que tienen mayores superficies de tierra, complementan su abastecimiento de papa intercambiándola por productos de su predio (chicha, legumbres y verduras). Intercambian estos productos durante sus cortas estadias en las regiones especializadas en el cultivo de papa (especialmente Colomi) donde mantienen buenas relaciones de compadrazgo con las familias de comunidades campesinas más tradicionales.

El consumo alimentario

Numerosos estudios sobre la cuestión alimentaria en Bolivia hacen hincapié en la modificación de las costumbres de consumo de la población no solamente urbana, sino también rural (Dandler *et al.*, 1987; Prudencio, 1986 y 1988; Franqueville y Villegas Maldonado, 1992).

Sin embargo, no es fácil captar los cambios en los modos de consumo. ¿Cuál es el modelo alimentario «tradicional» de la sociedad andina? La alimentación actual es el producto de siglos de cambios (influencias de los incas, los europeos, etc.). Es difícil establecer las características de esta constante transformación, que a veces conduce a un sincretismo en las prácticas.

Hoy en día, la introducción de nuevos productos en la alimentación campesina está relacionada con la monetarización de las economías familiares y la urbanización de las formas de vida. En esta perspectiva, el arroz, el azúcar y los fideos son productos «no tradicionales», mientras que la quinua, la oca, el maíz, la papa y el trigo son calificados como «tradicionales» (el trigo y la cebada fueron introducidos por los españoles, pero están totalmente integrados en las lógicas de producción).

Los componentes socioculturales de la alimentación: prácticas y representaciones

En las sociedades campesinas andinas, al igual que en otras sociedades, la alimentación no es solamente una necesidad bio-

lógica y fisiológica (satisfacción del hambre y gustos), sino también un modo de expresión, un lenguaje sociocultural. Algunos estudios sobre el sistema alimentario de los campesinos andinos insisten en la importancia de la dimensión sociocultural en la explicación de los modos alimentarios y de sus cambios (Franqueville, 1988; Franqueville *et al.*, 1992; Albó *et al.*, 1990; Delgado, 1991).

Tabúes, prohibiciones y rituales alimentarios

La cultura alimentaria puede ser el origen de un rechazo secular a consumir determinados tipos de alimentos o de una preferencia por otros. En el caso de las comunidades rurales estudiadas, múltiples prohibiciones alimentarias están relacionadas con creencias. Durante el embarazo, por ejemplo, algunos productos (lácteos y frutas) son aconsejados, otros se deben evitar (el trigo, el maíz y las grasas). Durante la lactancia no es recomendable consumir verduras frescas, cebolla y condimentos. El consumo de queso por los infantes puede retrasar la adquisición del lenguaje. La clara de huevo haría caer los dientes, las menudencias de cerdo volverían sordo, etc.

Por otro lado, en los Andes la alimentación tiene siempre una significación altamente simbólica (Albó *et al.*, 1990; Franqueville y Villegas Maldonado, 1992). Ésta constituye un verdadero lenguaje durante las fiestas, en particular en Todos Santos. En esta época, como en muchas otras regiones del país, los campesinos de Pampa Churigua y los de los pueblos de valle van a las tumbas de sus ancestros a rendirles homenaje llevándoles alimentos y bebidas. Muchas veces, los alimentos son enterrados en homenaje a la Pachamama. Estas prácticas apuntan a obtener los favores de las deidades para una mejor cosecha futura (ritual llamado *garangu*).

Los ritmos alimentarios

Más allá de la percepción cultural de los alimentos que da cuenta de la permanencia de ciertos hábitos de consumo, las

comidas se organizan según un ritmo particular íntimamente ligado a los modos de vida campesinos.

En Pampa Churigua, el día se organiza en torno a cuatro comidas: el desayuno (hacia las 5.00 de la mañana), el almuerzo (entre las 10.00 y 11.00), la *sama* (hacia las 15.00) y la cena (hacia las 18.00). Este ritmo puede variar en los periodos de trabajos agrícolas, y la tercera comida puede tomarse en el lugar de trabajo.

Las madres de familia alternan dos modos culinarios esenciales: lo líquido (sopa, caldo o *jagua* en quechua) y lo seco. La alimentación diaria se caracteriza por una gran monotonía de los platos consumidos y de los modos culinarios. Se utilizan algunos productos de base, como la papa, que no puede faltar. Puede cocinarse de muchas maneras, la más común siendo la papa cocida (papa *huaqco*), que se ingiere casi todos los días a la hora de la *sama*. También se prepara como sopa o cocida bajo la tierra (papa *watija*) o también en una salsa de ajís rojos (papa *uchu*). En las fiestas, los platos más comunes son la papa acompañada de salsa de maní y ensalada (papa a la huancayna). El desayuno está compuesto generalmente de agua de canela azucarada, de trigo o de maíz tostado y a veces de pan elaborado por las mujeres. El pan comprado en el mercado y el *api* (bebida dulce en base a harina de maíz) se consumen raramente.

La segunda comida es siempre una sopa en base a papa, fideos, harina de trigo, de maíz o de quinua (*ch'ague*). A veces, algunas verduras forman parte de la comida, así como algunas pequeñas porciones de charque (carne de cordero seca). La tercera comida se distingue por el consumo de alimentos «secos»: papa cocida, arroz, mote de maíz o habas. Esta comida siempre está acompañada de la tradicional *llajwa*, salsa picante consumida fría y compuesta de ají, tomate y cebolla. La última comida del día consiste nuevamente en una sopa, por lo general diferente a la de la mañana.

En los valles, la cultura alimentaria es la misma que en Pampa Churigua: los mismos platos tradicionales, alternancia de lo «seco» con lo «líquido», persistencia de ciertas creencias alimentarias, papel de la alimentación en las fiestas, etc. Sin embargo, algunas

prácticas cotidianas son distintas. La valorización del papel social de la mujer induce otra percepción de los modos culinarios y una modificación de los ritmos alimentarios. Dada la menor importancia de las actividades agropastoriles, el ritmo de las comidas depende de la disponibilidad de las madres de familia, que frecuentemente están sobrecargadas de trabajo. Por esta razón descuidan a menudo la comida familiar retrasando los momentos de preparación o delegando la tarea culinaria a las hijas. En vez de cuatro comidas por día, consumidas en horarios poco variables, las familias de los valles se contentan frecuentemente con tres comidas, con un ritmo irregular y heterogéneo. La *sama*, tercera comida del día, consistiendo normalmente en un plato «seco», es paulatinamente sustituida por agua de canela y pan, y en algunas familias está desapareciendo completamente. Sin embargo, en tiempos de cosecha, las prácticas alimentarias más tradicionales ligadas al ciclo agrícola surgen de nuevo (la *sama* se lleva a los campos de cultivo).



Mujer de Pampa Churigua cocinando en el tradicional fogón (la *choncha*, a la izquierda) la tercera comida del día (*sama*) que se lleva a los campos de cultivo.

Por esta razón descuidan a menudo la comida familiar retrasando los momentos de preparación o delegando la tarea culinaria a las hijas. En vez de cuatro comidas por día, consumidas en horarios poco variables, las familias de los valles se contentan frecuentemente con tres comidas, con un ritmo irregular y heterogéneo. La *sama*, tercera comida del día, consistiendo normalmente en un plato «seco», es paulatinamente sustituida por agua de canela y pan, y en algunas familias está desapareciendo completamente. Sin embargo, en tiempos de cosecha, las prácticas alimentarias más tradicionales ligadas al ciclo agrícola surgen de nuevo (la *sama* se lleva a los campos de cultivo).

Por lo demás, la monetarización de las economías familiares favorece el equipamiento de utensilios de cocina y aparatos domésticos, lo que modifica los modos y los tiempos de preparación de las comidas. La utilización de la cocina a gas, por ejemplo, aunque todavía poco común entre la mayoría de las mujeres, reemplaza paulatinamente la tradicional *choncha*, que requiere el abastecimiento diario de combustible (eucalipto y chala de maíz). Sin embargo, la mayoría de las mujeres prefieren cocinar según la tradición antigua, ya que los alimentos ahumados son más apreciados. A su retorno anual al hogar familiar, los hijos migrantes reprochan frecuentemente a la madre de familia por cocinar todavía de esta manera.

Los componentes del régimen alimenticio

Utilizando el método de las «rosas alimentarias» propuesto por R. Livet (1969), tres tipos de modelos alimentarios corresponden a grandes unidades geográficas de Bolivia: llanuras amazónicas, valles interandinos, Altiplano (Franqueville y Prudencio, 1988). El de los valles, es decir de la región de Cochabamba, sirve de referencia para analizar el consumo alimentario de las tres comunidades rurales estudiadas.



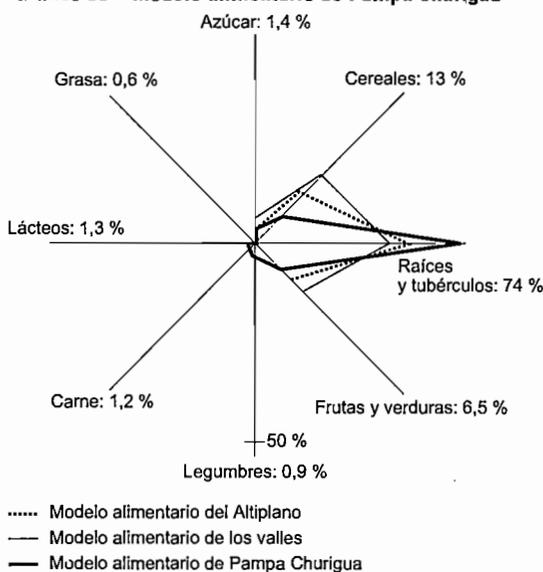
Espacio culinario de una familia de Pampa Churigua. Mujer preparando en un mortero la salsa tradicional en base a tomate y aji (*llajwa*) que acompaña el plato de papa, base de la alimentación.

Una alimentación escasamente diversificada en Pampa Churigua

El modelo alimentario de la comunidad de Pampa Churigua difiere considerablemente del modelo establecido para los valles. Dada la altura de la comunidad de Pampa Churigua (3.200 m), se podía suponer que su modelo alimentario es similar al del Altiplano. Sin embargo, esta hipótesis no se ha confirmado. La comunidad de Pampa Churigua se caracteriza por una alimentación fundamentalmente basada en la papa y escasamente diversificada en comparación con otras regiones del país (Gráfico 53).

El Gráfico 53 pone de manifiesto la mayor proporción de los tubérculos (74% contra 47%) y la menor importancia de los cereales (13% contra 25%), de las frutas y verduras (6.5% contra 13%), de los lácteos (1.3% contra 5%) y de la carne (1.3% contra 4%). Esta estructura del consumo alimentario se parece a la encontrada por R. Villegas en una comunidad campesina tradicional de la provincia de Carrasco situada en la zona subtropical al Este del departamento de Cochabamba. Los cereales representan el 17% de las cantidades consumidas, los tubérculos el 74% y las verduras solamente el 5% (Junac, 1987).

Gráfico 53 – Modelo alimentario de Pampa Churigua



Fuente: Encuestas alimentarias, 1992-1993; FRANQUEVILLE y ALURRALDE, 1988

En Pampa Churigua, los productos de origen industrial y urbano participan escasamente en el régimen alimenticio de las familias: el pan comprado en el mercado representa solamente el 0.3% de las cantidades consumidas. El consumo de pastas, otro indicador de la penetración de los modelos alimentarios urbanos en el medio rural, es igualmente bajo (1.3%). En total, los productos industriales derivados del trigo (pan y fideos) contribuyen únicamente con el 5.4% a las calorías consumidas (Gráfico 54). En cambio, el trigo proveniente de la producción familiar aporta más del 15% de las calorías finales.



Secado de carne de cordero (charque) en el patio interior de una casa de Pampa Churigua. El charque es una de las raras fuentes de proteínas de origen animal en la comunidad de altura, consumido principalmente en las fiestas.

La comunidad de Pampa Churigua se caracteriza además por un escaso consumo de productos de origen animal. Éstos proporcionan únicamente el 16% de las proteínas consumidas, principalmente en forma de charque de cordero (Gráfico 55).

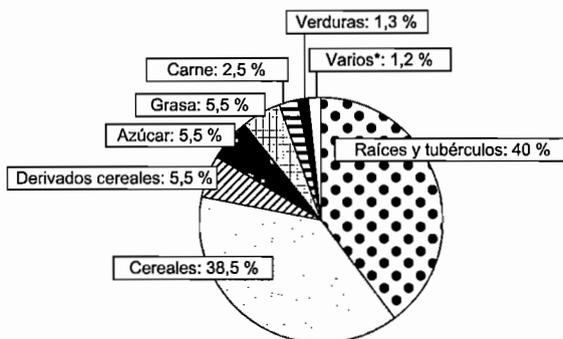
Solamente el trigo, el maíz y la papa aportan el 68% de las proteínas. Los productos tradicionales andinos como la quinua o el *chuño* entran escasamente en la composición del régimen alimenticio (menos de 1% de las calorías consumidas). El bajo consumo de quinua, producto de alto valor en calorías y proteínas, está relacionado con la migración hacia el Chapare que ha conducido al paulatino abandono de este tipo de cultivo en las parcelas de altura.

Además, algunos campesinos desprecian este alimento tradicional, ya que está asociado al «indio» y a los estratos sociales pobres (Pacheco, 1982; Prudencio, 1985; Dandler *et al.*, 1987; Laure, 1987).

Una alimentación diversificada y urbanizada en los valles

En los pueblos de valle, la proximidad de los principales centros urbanos del departamento, la relativa inserción de la población rural en la economía regional y su fuerte movilidad espacial favorecen la modificación del consumo alimentario campesino.

El modelo alimentario de Santa Rosa y de Arbieta es comparable al modelo de los valles, con un consumo ligeramente inferior en cereales (Gráfico 56). Al igual que en Pampa Churigua, la alimentación se basa fundamentalmente en el consumo de carbohidratos, es decir de cereales y tubérculos (67.8% de las cantidades consumidas), pero es mucho más diversificada.

Gráfico 54 – Aporte calórico de productos en Pampa Churigua

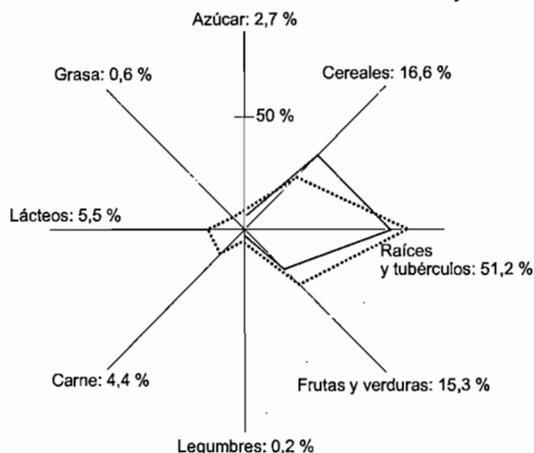
* Entre los cuales: huevos 0,3 %, leche y derivados 0,2 %, legumbres 0,1 %.

Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Gráfico 55 – Aporte proteico por grupo de productos en Pampa Churigua

Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

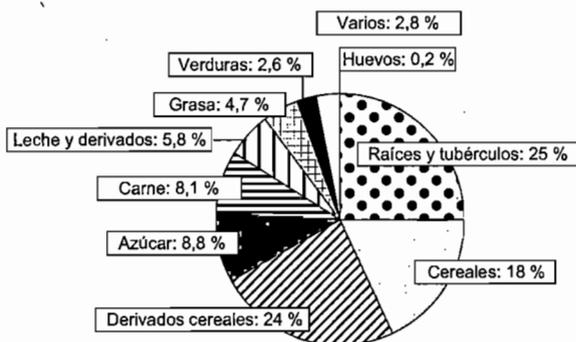
En la comunidad de altura, se consumen 40 alimentos diferentes, contra más de 70 en Santa Rosa y Arbieta. Los campesinos de los valles consumen más carne, verduras y lácteos. Asimismo, el consumo de productos industriales de origen urbano es más frecuente. Los fideos y el pan, por ejemplo, representan casi el 10% de las cantidades de productos consumidos, contra menos del 2% en Pampa Churigua.

Gráfico 56 – Modelo alimentario de Santa Rosa y Arbietao

..... Alimentación de Santa Rosa y de Arbietao
 — Modelo alimentario de los valles

Fuente: Encuestas alimentarias, 1992-1993;
 FRANQUEVILLE y ALURRALDE, 1988

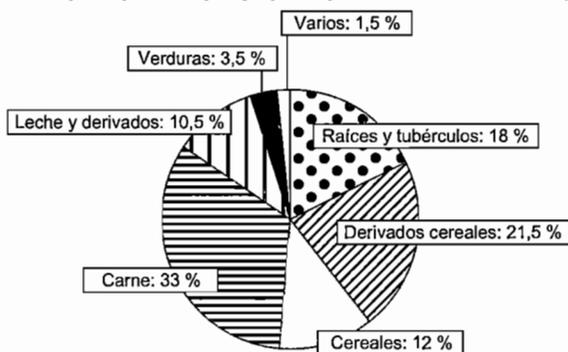
La estructura del consumo según el aporte nutricional confirma estas tendencias. Los cereales y los tubérculos siguen siendo las principales fuentes de calorías (67%), pero los productos de origen animal (leche, queso y carne) proporcionan una parte importante de las calorías consumidas, índice de la diversificación de la alimentación (Gráfico 57).

Gráfico 57 – Aporte calórico por grupo de productos en Santa Rosa y Arbietao

Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Solamente ocho productos aportan más del 80% de las calorías consumidas. Por orden de importancia, la papa proporciona el 24%, mientras que el pan viene en segundo lugar con una proporción igual al 15%. Asimismo, el 44% de las calorías y el 25% de las proteínas consumidas provienen de productos industriales de origen urbano. En total, aproximadamente el 30% de las calorías provienen de productos importados o de donaciones (fideos, pan y aceite), lo que revela la fuerte dependencia alimentaria de la población de Santa Rosa y Arbieta.

Gráfico 58 – Aporte proteico por grupo de productos en Santa Rosa y Arbieta



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Contrariamente a la situación general en el medio rural (Franqueville *et al.*, 1992), una parte importante de las proteínas proviene de productos de origen animal (Gráfico 58).

Tan sólo la carne proporciona cerca del 32% de las proteínas consumidas, la carne de res el 25%. Primera fuente de proteínas por orden de importancia, la carne se compra en el mercado local y sustituye progresivamente al charque; aunque en pequeñas cantidades, es consumida a diario y, en ocasiones, dos veces al día. Los productos lácteos, principalmente el queso fresco, proporcionan el 11% de las proteínas. La migración favorece indirectamente el aumento del consumo de lácteos, ya que los ingresos que genera permiten una mayor libertad en la utilización de los productos de la crianza. Las mujeres reservan sistemáticamente una cantidad de leche fresca o de queso para el consumo familiar.

En Bolivia, la urbanización y la diversificación de la alimentación campesina, tal y como se observa en los pueblos de valle, es un proceso que no es reciente. Un estudio realizado en 1967 por el Departamento Nacional de Nutrición, en un pueblo cercano al Valle Alto (San Benito), ofrece un elemento de comparación. El modelo alimentario es similar al modelo encontrado veinte años más tarde en los pueblos de Santa Rosa y de Arbieta. San Benito es un pueblo localizado en el eje carretero Cochabamba-Santa Cruz, vía de paso muy frecuentada. Por esta razón, la urbanización de la alimentación campesina fue más temprana.

La diferenciación de la alimentación familiar

La composición de la alimentación según el criterio de la migración ofrece un instrumento de análisis complementario para la comprensión del cambio de las costumbres alimentarias.

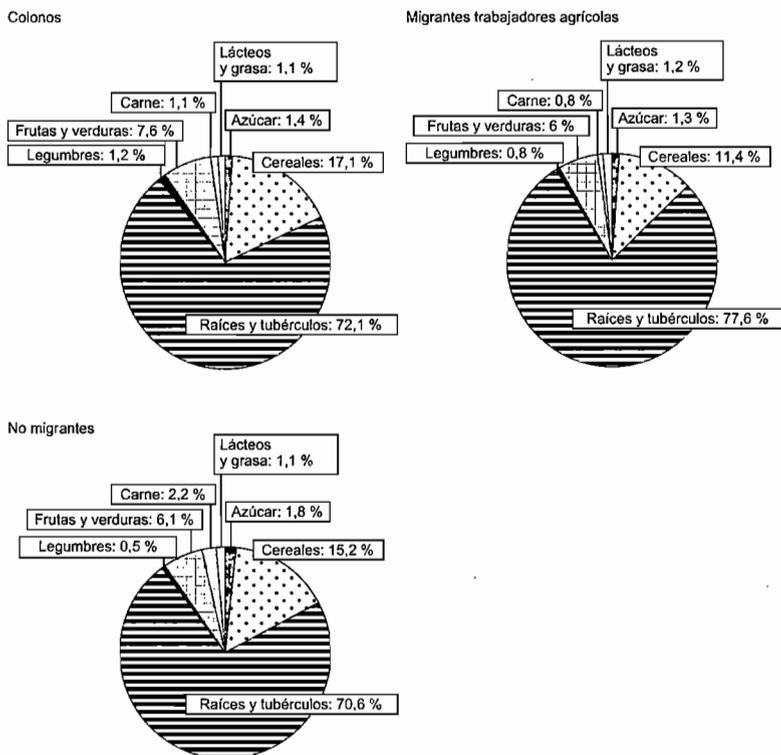
Una alimentación homogénea en Pampa Churigua

La comunidad de Pampa Churigua se caracteriza por un modelo de consumo notablemente homogéneo. Esta constatación no es sorprendente en una sociedad en la que la cohesión social y la identidad cultural son particularmente fuertes. La composición de la alimentación entre los migrantes y los no migrantes es prácticamente idéntica, sobre todo en el caso de las verduras, la grasa y los productos lácteos. El consumo de cereales y de tubérculos es menos homogéneo (Gráfico 59).

Las familias cuyos miembros migran como trabajadores agrícolas, consumen más papa y menos cereales, especialmente trigo. Esta diferencia se debe a la reorientación de las decisiones respecto a la producción en el predio agrícola de origen durante el proceso migratorio. Las familias en proceso de instalación en el Chapare están obligadas a abandonar el cultivo de trigo en Pampa Churigua o a vender su producción. En menor proporción, la disminución del consumo de trigo afecta también a las familias de colonos. Sin embargo, contrariamente a las familias anteriores, ellas compensan esta reducción por el arroz producido en el Chapare y por los fideos compra-

dos en el mercado. Estos dos productos contribuyen en aproximadamente el 5% al consumo de calorías, contra el 3.6% y el 3% en los dos otros grupos de familias. Inversamente, los no migrantes consumen una cantidad de trigo muy superior a la media. Este producto proporciona el 8.2% de las calorías. Finalmente, aunque la diferencia es baja, las familias sedentarias consumen más carne. Estos hogares se dedican en mayor medida a la crianza, mientras que los migrantes conceden preferencia a la venta del rebaño para comprar tierras.

Gráfico 59 – Diferenciación de la alimentación según el criterio de la migración en Pampa Churigua (en porcentajes de la cantidad de productos)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Con todo, las diferencias en la estructura de consumo son relativamente reducidas. Contrariamente a las suposiciones, la migración hacia el Chapare no conduce a una diferenciación de

la alimentación, ni siquiera a una diversificación. A nivel de la comunidad, se registran en promedio 37 productos consumidos durante el año. Se cuentan 34 entre los migrantes y 41 entre las familias sedentarias. Éstas consumen además quinua, cebada, avena y verduras que cultivan en pequeñas parcelas, y el queso de oveja que elaboran las mujeres.



Migrantes de Pampa Churigua colocando en el tradicional horno de adobe el pan que llevarán al Chapare

La inserción de los campesinos de Pampa Churigua en el Chapare implica el contacto con otra cultura alimentaria. Por lo tanto, se podría suponer que la migración temporal conduce a una «división» de los modos de consumo: el del Chapare se diferenciaría por el consumo acentuado de frutas (plátano y naranja), de yuca y de arroz sustituyendo a la tradicional papa, el trigo o el maíz. La mejor integración de los migrantes en el espacio regional debería igualmente favorecer el consumo de productos de origen urbano. Sin embargo, estas hipótesis no se han confirmado.

En cada salida hacia el Chapare, las familias llevan una reserva de alimentos provenientes de su predio agrícola (maíz, papa y trigo) en cantidades suficientes para su estadía. Las compras de productos alimenticios en el Chapare son mínimas. Por cuestiones de gusto y de desconocimiento de otros modos culinarios, la integración de los productos del Chapare en la alimentación diaria es marginal. Sólo el arroz participa realmente en el régimen alimenticio diario de las familias.

Para los colonos instalados desde hace mucho tiempo en las tierras bajas y cuya migración es definitiva, la modificación y el deterioro del consumo alimentario parecen más marcados. Según al-

gunos autores, su dependencia del mercado urbano y su vulnerabilidad alimentaria se incrementan considerablemente, en la medida en que dan prioridad a la producción de productos de exportación vendidos a precios bajos en el mercado, a costa de la agricultura de subsistencia (Urioste y Córdova, 1984; Reye, 1987). Según J. Blanes (1985: 9), el colono sufre de «una carencia de productos a los cuales está acostumbrado en sus tierras de origen, particularmente de papa». Además su dependencia del mercado urbano es considerable, en la medida en que todo el esfuerzo productivo está orientado hacia el cultivo de la coca y su venta.



Preparativos de salida hacia el Chapare. Los migrante emban una reserva de alimentos (maíz, trigo, papa, etc.) en previsión de una estadía de quince días en el Chapare.

Restricción monetaria y mimetismo alimentario en los valles

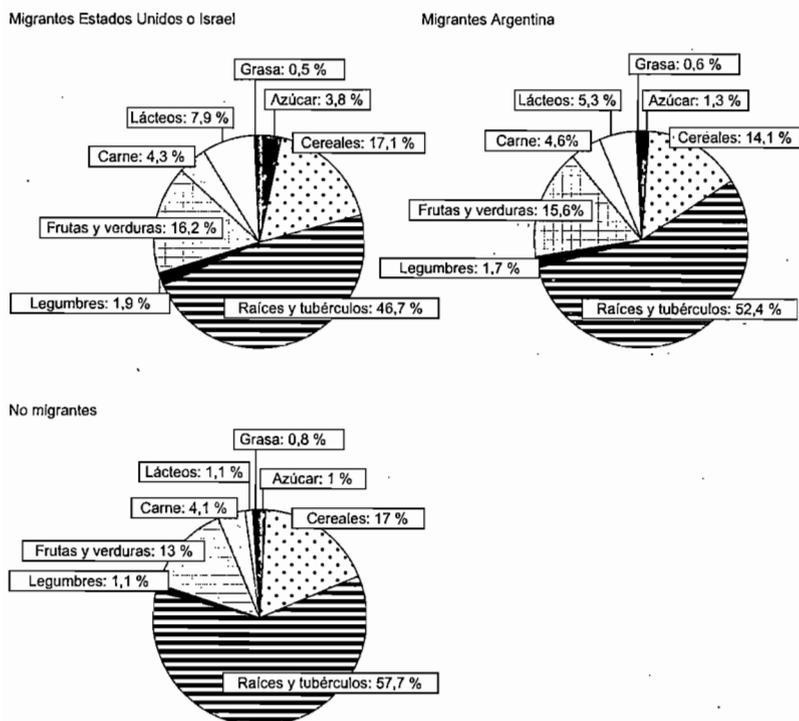
En oposición a la homogeneidad de las prácticas alimentarias campesinas en la comunidad de altura, en los valles existe una diferenciación de los modelos de consumo provenientes de la estratificación socioeconómica. La migración internacional constituye un vector de difusión de nuevos modelos alimentarios ligados no solamente a las condiciones económicas, sino también a cambios en las mentalidades y las prácticas.

El Gráfico 60 muestra una clasificación de los modelos alimentarios en función del criterio de migración.

Globalmente, la migración está acompañada de una disminución relativa del consumo de glúcidos lentos o hidratos de carbono (cereales y papas) a favor de las verduras, los lácteos y la carne. En efecto, el 74% de las calorías consumidas por las familias sedentarias provienen de los cereales y los tubérculos. Para las familias de migrantes, esta proporción es de aproximadamente el 65%.

La diferenciación socioeconómica relacionada con la migración internacional está acompañada además de una fuerte dependencia alimentaria del exterior (importaciones y donaciones de alimentos). Las familias sedentarias se caracterizan por un consumo más elevado de productos industriales de origen urbano, fabricados a partir del trigo importado.

Gráfico 60 – Diferenciación de la alimentación según el criterio de la migración en Santa Rosa y Arbieta



La proporción de las pastas en el consumo, por ejemplo, es más importante en este grupo de familias. Las compras siguen siendo inferiores en cantidades absolutas, pero su contribución al régimen alimenticio en términos de aportes calóricos es notable, alcanzando el 19%, contra el 9% y el 5% en las familias de migrantes. En cambio, el consumo de pan es mucho más importante entre los migrantes. Sin embargo, no está necesariamente ligado a mejores ingresos. La familia que consume mayores cantidades de pan en términos de aporte calórico (31%), tiene bajos ingresos y está fuertemente endeudada. Si se añade el aporte calórico del pan y de los fideos, la tasa de dependencia alcanza el 32.5% entre las familias cuyos miembros migran, mientras que es de aproximadamente el 20% en las familias de migrantes. A modo de ejemplo, una de las familias sedentarias con bajos ingresos encuentra el 37% de las calorías que consume en estos dos productos!

Las preferencias alimentarias están relacionadas con las disponibilidades monetarias de las familias. En periodo de restricción, los fideos y el pan son los productos menos costosos y al mismo tiempo presentan la ventaja de cortar el hambre. Sin embargo, su consumo proviene de nuevas prácticas alimentarias ligadas a la migración. Las mujeres que están muy ocupadas en las tareas del hogar, adoptan modos culinarios rápidos y prácticos.

El tiempo de cocción de los fideos, por ejemplo, es menos largo del del trigo o del maíz. Además, por comodidad y para ahorrar tiempo, el pan con agua de canela reemplaza a menudo a la *sama* o al tradicional maíz tostado de la primera comida del día. Esta práctica es frecuente cuando las madres de familia tienen a su cargo el predio agrícola.

La diferenciación de los modos alimentarios aparece también en el consumo de proteínas. En las familias sedentarias, el 31% de las proteínas consumidas son de origen animal, contra el 49% entre los migrantes. Esta diferencia tiene su explicación en un mayor consumo de carne de res y también de productos lácteos (principalmente quesos frescos). La leche y sus derivados proporcionan en promedio el 13% de las proteínas entre los migrantes

(proporción que puede alcanzar el 18% en ciertos hogares), pero solamente el 5.7% entre los no migrantes.

El consumo de productos lácteos no solamente está relacionado con el tamaño del rebaño, sino también con el lugar de la crianza en las estrategias económicas. Las mujeres que elaboran queso, pueden reducir la parte destinada a la venta y así favorecer el consumo familiar, cuando ellas reciben ingresos de la migración. Asimismo, las que paulatinamente han abandonado la crianza bovina para dedicarse al cultivo frutícola, compran regularmente quesos frescos o leche para su alimentación diaria. En cambio, las familias sedentarias para las cuales la crianza es una fuente de ingreso primordial e indispensable, venden la totalidad de sus productos.

El consumo de carne de res que proporciona lo esencial de las proteínas, no tiene relación con las prácticas de crianza. La totalidad de las cantidades consumidas se compran en el mercado.

En caso de pérdida de un animal, algunas pocas familias venden la carne en pequeñas cantidades a la gente de la comunidad (esta práctica es muy corriente en la comunidad de Pampa Churigua respecto a la carne ovina), pero, por razones económicas, la mayoría prefiere venderla en Cliza.

Las familias de migrantes consumen generalmente mayores cantidades de carne, que les proporciona aproximadamente el 32% de las proteínas, contra el 24% en las familias sedentarias. El detalle de las cantidades compradas confirma esta diferenciación. Las familias cuyos miembros no migran, compran 330 g de carne por mes y persona: esta cantidad varía entre 1.400 y 1.900 g en los otros hogares.

Las familias de migrantes en Argentina consumen más carne que las que tienen miembros en los Estados Unidos e Israel (1.830 g contra 1.430 g), mientras que sus ingresos son muy inferiores. ¿Es la influencia del modelo alimentario de Argentina, país en el que el asado es una tradición culinaria bien conocida? ¿O, por su posición socioeconómica intermedia al interior del pue-

blo, estas familias tratan de imitar a los migrantes ricos adoptando modos de consumo alimentario ostentosos? La segunda hipótesis es sin duda la más probable. La búsqueda de prestigio social conduce a una forma de mimetismo alimentario que significa, sin embargo, un considerable costo en familias ya vulnerables económicamente (en algunos hogares, más del 20% de los gastos alimentarios se destinan a la compra de carne).

Migración y nutrición

¿La migración tiene efectos directos sobre la situación nutricional de la población? La complejidad de las relaciones entre nutrición, alimentación y condiciones socioeconómicas hace que el enfoque nutricional sea especialmente problemático. De hecho, es difícil aislar las determinantes de los déficits nutricionales. Además, las posibilidades de generalización son relativamente limitadas en la medida en que las encuestas sobre la alimentación, que suelen utilizar una metodología muy pesada, son escasas. Sin embargo, no se puede negar que las deficiencias nutricionales constituyen un factor suplementario, útil en el análisis de los sistemas alimentarios campesinos.

Los déficits nutricionales

Las carencias de calorías

Los estudios del consumo alimentario realizados en las zonas rurales de Bolivia indican generalmente fuertes déficits nutricionales. La adecuación calórica promedio sería de aproximadamente el 80%. Sin embargo, la diversidad de las zonas rurales bolivianas hace que las situaciones nutricionales sean muy variables.

Una encuesta realizada en 23 familias en diversas comunidades rurales del país indica una adecuación calórica promedio de aproximadamente el 83%. Únicamente el 25% de los hogares sa-

tisfacen sus necesidades nutricionales (Franqueville *et al.*, 1992). El estudio de UNICEF realizado en 1985 en las regiones más pobres de Bolivia en base a una muestra mayor, indicaba una tasa de cobertura bastante inferior, con el 70% (Daza, 1986).

En Pampa Churigua, el conjunto de la muestra estudiada presenta una carencia nutricional relativamente alta. La cobertura promedio de calorías en las familias de Pampa Churigua es del 85%. Una sola familia alcanza un nivel de adecuación calórica suficiente (110%). Las otras satisfacen entre el 73% y el 90% de sus necesidades. En los valles, la situación nutricional es más favorable. Aunque deficitaria con relación a las recomendaciones teóricas, se cubre el 91% de las calorías necesarias. No obstante, los niveles de adecuación calórica en Santa Rosa y Arbieta varían entre el 67 y el 106%, según las familias. En el conjunto de la muestra, el 45% no logra satisfacer las necesidades calóricas.



Niños que quedaron solos en el predio agrícola durante la migración de sus padres hacia el Chapare. Los niños son las primeras víctimas de la desnutrición crónica que afecta a los campesinos de Pampa Churigua.

Por otro lado, el nivel más bajo de adecuación calórica encontrado en los valles es inferior al nivel observado en Pampa Churigua, comunidad, sin embargo, más pobre. En cambio, la mejor cobertura calórica de las familias de la comunidad de altura es superior a la de Santa Rosa y Arbieta. Dicho de otra forma, el sistema alimentario de las familias campesinas de los valles se caracteriza por una considerable disparidad entre familias y una fuerte vulnerabilidad de la población en riesgo. Esta heterogeneidad refleja la diferenciación socioeconómica y una debilitación del sistema de abastecimiento alimentario.

En cambio, el estado nutricional de la población boliviana se caracteriza por una relativa satisfacción de las necesidades proteicas.

Según los trabajos de A. Franqueville *et al.* (*op cit.*), el 50% de las familias rurales consiguen un nivel de adecuación proteica satisfactorio, con una adecuación promedio del 116%. Los resultados de UNICEF se sitúan en el mismo margen (entre el 90 y el 120%).

En Pampa Churigua, la cobertura promedio de proteínas para el conjunto de la muestra es del 92%, con diferencias desde el 72% hasta el 117%. En cambio, en los valles la cobertura proteica promedio indica un porcentaje de adecuación muy excedente (140%). Sólo una familia no logra satisfacer un nivel adecuado de proteínas (95%), ¡mientras que algunos hogares tienen coberturas superiores al 150%! El consumo excesivo de proteínas, que no significa necesariamente una mejor situación nutricional (en la medida en que su digestibilidad y su eficacia en el organismo disminuyen cuando las fuentes de calorías son insuficientes), es el resultado del cambio de los hábitos en el consumo alimentario.

El ciclo «agronutricional» de Pampa Churigua

La temporalidad de las lógicas de abastecimiento y de las deficiencias nutricionales denota las fallas del sistema alimentario familiar. La noción de «ciclo agronutricional» se basa en la correspondencia de la variación de tres indicadores en el transcurso del año: gastos alimentarios (mercado), autosuficiencia (proporción de las calorías producidas) y cobertura nutricional.

En Pampa Churigua, tres periodos «agronutricionales» se suceden en el transcurso del año (Gráfico 61). El periodo 1, denominado «fase de transición», corresponde a los tres meses que preceden las cosechas de maíz, papa y trigo. Tal y como lo indica el Gráfico 62, esta fase se caracteriza por la debilidad de la cobertura nutricional: las tasas de adecuación calórica están com-

prendidas entre el 60 y el 70%. También la cobertura proteica alcanza su nivel más bajo en enero: el 65%. Paralelamente, el periodo de transición se traduce no solamente en una disminución de la autosuficiencia alimentaria, sino también en una reducción de los gastos alimentarios.

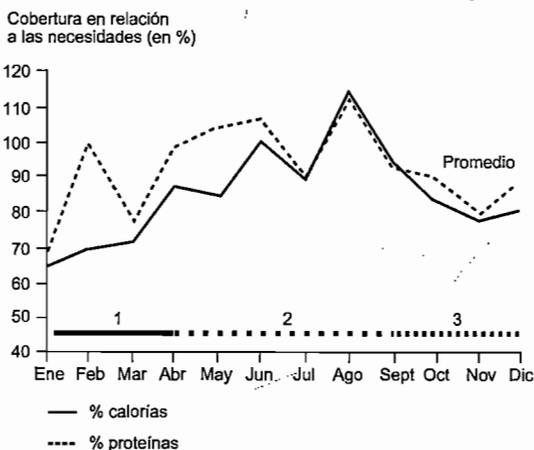
Gráfico 61 – Ciclo «agronutricional» en Pampa Churigua

Compras en el mercado	↑	↓	↓	→					↑	↑	↑	↑	↑
Niveles nutricionales	↓	↓	↓	→	↑	↑	↑	↑	↑	→			
Niveles de autosuficiencia	↓	→		↑	↑	↑	↑	↑	↓	↓	↓	↓	↓
Calendario agrícola				Cosecha					Siembra				
Periodos agronutricionales	Periodo 1 (transición)			Periodo 2 (abundancia)					Periodo 3 (estacionario)				
Mes	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sept	Oct	Nov	Dic	

- ↑ En aumento
 ↓ En disminución
 → Estacionario

Fuente: Encuestas alimentarias y seguimiento de los gastos, 1992-1993

Gráfico 62 – Variación de la cobertura nutricional en Pampa Churigua

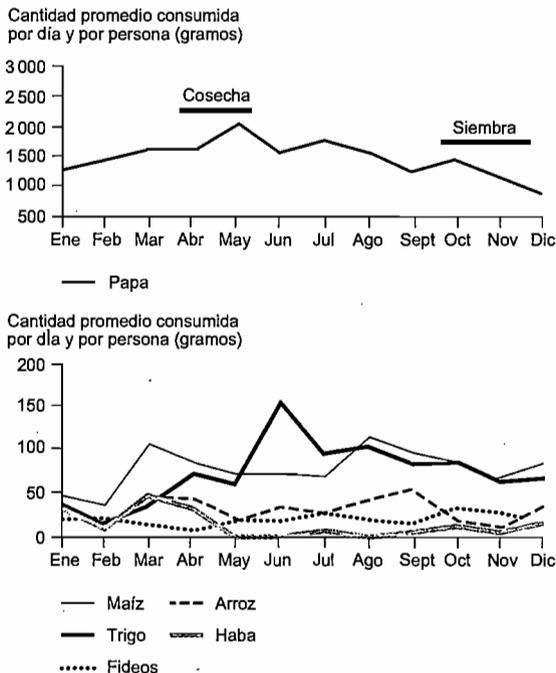


Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario mensual, 1992-1993

El periodo 2, de abril a julio, es el de la abundancia. Las cosechas permiten alcanzar un grado de autosuficiencia máxima y por lo tanto también una mejor cobertura calórica y proteica (entre el 95 y el 120%). Por su lado, los gastos alimentarios se estabilizan. El periodo 3, denominado «intermedio», dura cuatro meses (de septiembre a diciembre). Las tasas de adecuación calórica y proteica bajan progresivamente, mientras que las compras en el mercado aumentan a causa del agotamiento de las reservas. Éste se expresa en la disminución de la autosuficiencia alimentaria de las familias.

Los periodos agronutricionales se traducen en los cambios estacionales de la composición del consumo alimentario. Evidentemente, los periodos de déficit nutricional se explican por el racionamiento de las cantidades consumidas (Gráfico 63).

Gráfico 63 – Variación anual del consumo de los principales alimentos en Pampa Churigua



Fuente: Encuestas alimentarias mensuales, 1992-1993

En enero y febrero (periodo 1), el consumo de seis productos básicos sufre una importante baja. El periodo de transición se traduce igualmente en una menor diversificación de la alimentación: 45 productos son consumidos en este tiempo, mientras que 54 productos componen el régimen alimenticio familiar durante el periodo de abundancia.

El consumo de algunos alimentos en determinados épocas del año responde a una lógica de almacenamiento y de racionamiento que permite un mejor abastecimiento durante el periodo de transición. El ritmo de consumo de tres productos de base (la papa, el maíz y el trigo) obedece a las etapas del calendario agrícola. Otros productos tienen una función compensatoria: el arroz y las habas obtenidas por medio de las estrategias complementarias, así como los fideos comprados en el mercado.

El consumo de habas aumenta entre diciembre y marzo, periodo que no corresponde a las cosechas (octubre-noviembre). Dicho de otra forma, las familias almacenan algunos alimentos para consumirlos en periodos de escasez, cuando los productos básicos se agotan; con mejor razón se mide el papel que juegan las estrategias de abastecimiento complementario, los cuales dependen estrechamente de la movilidad espacial de la población.

El consumo de fideos aumenta entre octubre y diciembre (fase intermedia). Esta subida explica en parte el incremento de las compras realizadas en el mercado. Los fideos aportan entre el 4 y el 6% de las calorías consumidas en periodos críticos (periodo 1 y 3). En el periodo de abundancia alimentaria, sólo contribuyen con el 2% a la alimentación. En cambio, el aporte calórico de la papa y del maíz varía muy poco en el transcurso de los tres periodos agronutricionales (entre el 34 y el 39% para la papa y entre el 13 y el 15% para el maíz). En cuanto al trigo, el periodo de transición se caracteriza por una considerable disminución del consumo: su aporte calórico pasa del 17% durante las fases 2 y 3 al 8% en el periodo de escasez. Esto pone de manifiesto la importancia del trigo en el plano nutricional, mientras que la migración hacia el Chapare conduce a una reducción de las superficies cultivadas.

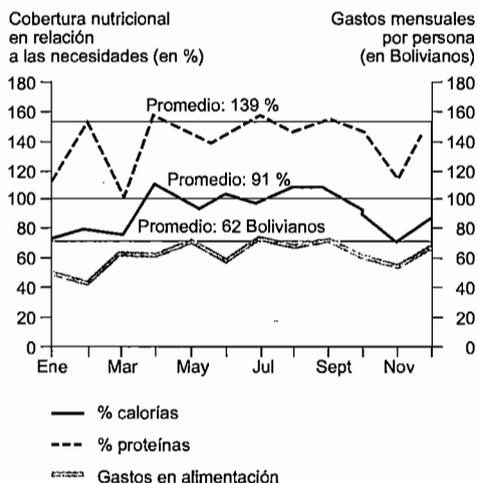
Las variaciones mensuales en el sistema alimentario demuestran que existe una administración apretada de las reservas de los alimentos disponibles, con el fin de limitar la vulnerabilidad de la familia frente a la insuficiencia de la producción y de los recursos monetarios. La mujer, responsable de la preparación de las comidas, de los modos de utilización de la producción agrícola (selección de las cantidades destinadas a la alimentación, a la siembra y al trueque) y de las compras de alimentos, ocupa una función fundamental en esta administración. Tiene que prever el periodo de transición y limitar sus efectos sobre el consumo de la familia. La ampliación del espacio campesino gracias a la migración hacia el Chapare se inscribe en esta lógica temporal. Aunque no permiten contrarrestar los riesgos respecto a la nutrición, algunos productos, como la haba y el arroz, por lo menos los reducen durante el periodo de transición.

Las variaciones estacionales del consumo alimentario de la población rural fueron objeto de estudio de algunas investigaciones en Bolivia. En la región de Chuquisaca, situada más al Sur, la administración de las reservas también apunta a reducir las carencias en periodo de escasez (Pacheco, 1982). De la misma manera, la medida estacional de la prevalencia de desnutrición en las regiones rurales del Altiplano indica riesgos de desnutrición que obedecen al calendario agrícola (Rocabado, 1989).

El ciclo «agronutricional» de los pueblos de valle

En los pueblos de valle, el ciclo «agronutricional» presenta características muy diferentes. En primer lugar, la variación estacional de los modos de abastecimiento y de la estructura del consumo es mucho menos marcada que en Pampa Churigua. Por otra parte, la variabilidad del sistema alimentario apenas depende del calendario agrícola. La fuerte monetarización de los sistemas de abastecimiento conduce a una casi adecuación entre la variación anual de los gastos en alimentación de las familias y de la de la cobertura nutricional (Gráfico 64). Dicho de otra forma, ésta depende de las posibilidades de acceso al mercado alimentario urbano.

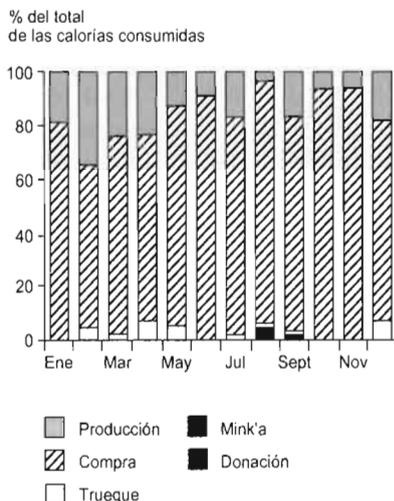
Gráfico 64 – Variación de la cobertura nutricional y de los gastos alimentarios (Santa Rosa y Arbieto)



Fuente: Seguimiento anual de los gastos y encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Cuando los gastos alimentarios disminuyen (en enero y febrero son de 50 Bolivianos mensuales por persona), la cobertura calórica alcanza niveles más bajos (menos del 80% de adecuación). Inversamente, cuando los gastos alimentarios aumentan entre abril y septiembre, la adecuación calórica es satisfactoria.

En oposición al esquema encontrado en Pampa Churigua, los periodos de mayor autosuficiencia o de menores compras en el mercado no coinciden con los de mayor satisfacción de las necesidades nutricionales (Gráfico 65). Mientras que la autosuficiencia alimentaria sube entre marzo y abril, durante las cosechas la cobertura calórica sigue siendo insuficiente. Por el contrario, cuando la autosuficiencia alimentaria alcanza su nivel más bajo (de mayo a noviembre), la adecuación calórica aumenta. La explicación puede ser la siguiente: las cosechas requieren a menudo que se recurra a mano de obra asalariada, lo que genera gastos suplementarios. Por esta razón, las familias restringen su presupuesto para alimentación en este periodo. Sin embargo, esta restricción no está compensada por la producción agrícola familiar.

Gráfico 65 - Variación anual de la autosuficiencia alimentaria (Santa Rosa y Arbieto)

Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

De estas variaciones resultan dos periodos «agronutricionales» (Gráfico 66).

El periodo 1, denominado «crítico» (pero no de real escasez como en Pampa Churigua), comprende seis meses del año, de octubre a marzo. Durante este periodo, la cobertura calórica indica un déficit superior al 10%. Empieza durante las siembras y termina justo antes de las primeras cosechas.

En un primer tiempo, la autosuficiencia alimentaria sufre una fuerte disminución (de octubre a enero). En un segundo tiempo (de febrero a marzo), aumenta a causa de las primeras cosechas de maíz y de papa (la parte de la alimentación que proviene de la producción alcanza el 40% en febrero, por ejemplo). Paralelamente, se observa la disminución de los gastos alimentarios. La transición entre estas dos fases se sitúa en el mes de enero, cuando la adecuación calórica y la autosuficiencia alimentaria disminuyen simultáneamente.

El periodo 2, denominado «favorable» o «de abundancia alimentaria», se caracteriza por una subida en la cobertura ca-

lórica, cuyos niveles de adecuación están comprendidos entre el 95 y el 110%. El considerable incremento de los gastos alimentarios explica en parte la mayor satisfacción de las necesidades nutricionales. La producción agrícola familiar, en cambio, permite limitar el consumo de productos del mercado solamente hasta el mes de mayo, es decir durante tres meses del año.

Gráfico 66 – Ciclo «agronutricional» en Santa Rosa y Arbieta

Compras en el mercado	↑	↑	→	↑	↑	↑	↑	↑	→			
Niveles nutricionales	↓	↓	↓	↑	↑	↑	↑	↑	↑	→		
Niveles de autosuficiencia	→	↑	↑	↑	↓	↓	↓	↓	↓	→		
Calendario agrícola	Cosecha						Siembra					
Periodos «agronutricionales»	Periodo 1			Periodo 2					Periodo 1			
Mes	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sept	Oct	Nov	Dic

- ↑ En aumento
 ↓ En disminución
 → Estacionario

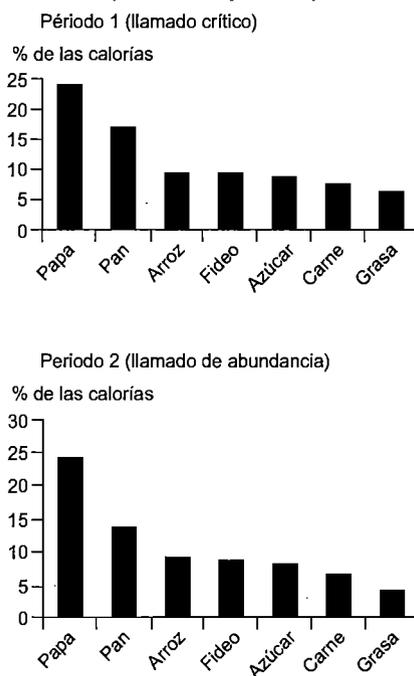
Fuente: Encuestas alimentarias y seguimiento de los gastos, 1992-1993

En oposición a Pampa Churigua, el ciclo «agronutricional» de Santa Rosa y Arbieta se caracteriza por una variación en el consumo alimentario relativamente poco marcada, por lo menos en términos estructurales (evidentemente, las cantidades consumidas varían). Si bien el periodo 1, denominado «crítico», corresponde a una alimentación menos diversificada, la estructura global del consumo alimentario sigue prácticamente sin cambios (Gráfico 67).

De noviembre a marzo, 57 productos componen el régimen alimenticio de las familias, contra 76 durante el periodo 2, denominado de abundancia. La papa, producto básico de la alimentación familiar, proporciona la misma cantidad de calorías durante los dos periodos (alrededor del 24%), y el pan sigue en segunda posición. En cambio, el arroz y el maíz están sometidos

a notables variaciones. Durante el periodo 2 (periodo de cosecha), el maíz aparece en el régimen alimenticio con un aporte calórico del 8%, mientras que es inferior al 2% en el periodo crítico. El arroz comprado en el mercado toma el relevo con un aporte de aproximadamente el 9%.

Gráfico 67 – Variación estacional de la composición del régimen alimenticio (Santa Rosa y Arbieta)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Así, el maíz es el único producto cuyo consumo está estrechamente relacionado con el calendario agrícola (cuando la producción de papa está agotada, la compran en el mercado urbano). Este cultivo tradicional, al tender a disminuir por la generalización de la migración, ¿desaparecerá del régimen alimenticio? ¿O el maíz será consumido solamente en forma de chicha, bebida alcohólica difícilmente sustituible por estar muy arraigada en las costumbres?

Según nuestras observaciones, cuando las familias de Santa Rosa y Arbieta obtienen una escasa producción de maíz, conceden preferencia a la elaboración de chicha o a la venta antes que al consumo alimentario familiar. Por otro lado, la fuerte escasez de chicha en la casi totalidad de los pueblos vecinos ha conducido a un incremento de los precios de venta de esta bebida alcohólica y de su materia prima, lo que ha obligado a las familias a aprovisionarse en Cliza o a restringir su consumo. El conjunto de familias ha manifestado fuertes reacciones frente a esta restricción forzada, lo que da cuenta del importante papel sociocultural de la chicha.

Los factores determinantes de la cobertura nutricional

No se trata de presentar un panorama exhaustivo de los factores de causalidad del estado nutricional de las familias estudiadas. Evidentemente, los determinantes médicos y fisiológicos (resistencia del organismo, condiciones de destete, enfermedades, etc.), así como las condiciones sanitarias e higiénicas en las que vive la población, juegan un papel importante en la explicación de su estado nutricional. Paralelamente a estos factores, las estrategias socioeconómicas familiares influyen, sin duda, en el estado nutricional de la población.

Migración, niveles de ingreso y cobertura nutricional

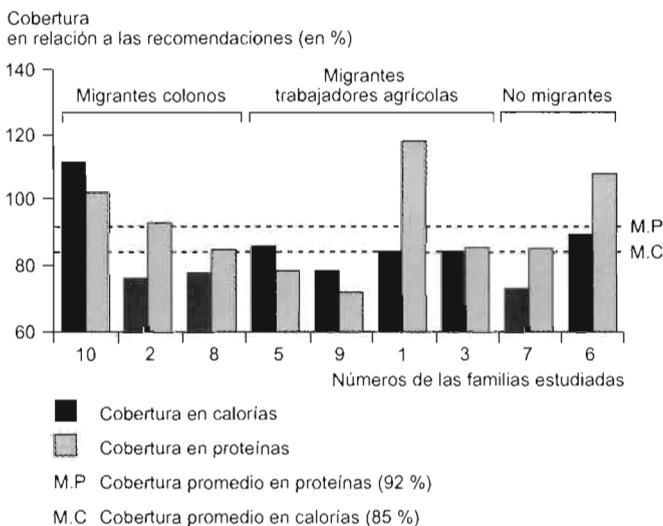
Numerosos estudios sobre el consumo alimentario en Bolivia muestran que los niveles nutricionales dependen directamente de los ingresos familiares (Villegas Maldonado, 1982; Franqueville, 1988; Prudencio y Velasco, 1988; Franqueville y Villegas Maldonado, 1992). ¿Cuál es la situación en las comunidades estudiadas?

En Pampa Churigua, esta correlación está lejos de ser generalizada (Gráfico 68). Entre las familias que tienen los mejores ingresos (los colonos), una sola satisface sus necesidades nutricionales (familia 10). Otra tiene el nivel nutricional más bajo (familia 2).

En cambio, en los pueblos de valle, la jerarquía socioeconómica relacionada con la migración internacional aparece nuevamente en las coberturas nutricionales de las familias (Gráfico 69). La migración internacional permite, globalmente, alcanzar una mayor satisfacción de las necesidades calóricas. Sin embargo, las familias que alcanzan los porcentajes más altos de adecuación son aquellas cuyos miembros migran hacia los Estados Unidos e Israel. Las familias cuyos miembros migran hacia Argentina presentan un déficit entre el 15 y el 25%.

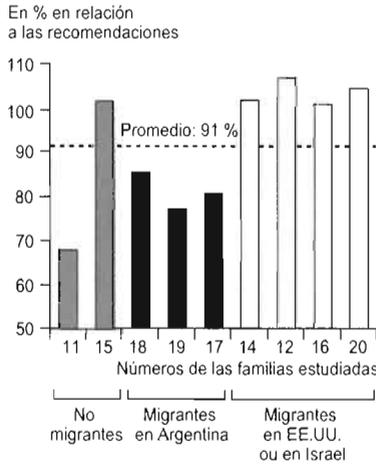
Se podría suponer que por sus bajos ingresos, las familias sedentarias tienen un nivel de cobertura calórica deficitaria. Sin embargo, aunque una de ellas tiene efectivamente el nivel más bajo (67%), la segunda (familia 15) alcanza un nivel de satisfacción superior al 100%. En esta familia, la hija mayor es responsable de las compras de alimentos y de la preparación de las comidas. Su nivel de instrucción, muy superior al promedio, favorece una mejor administración del presupuesto familiar y una optimización nutricional en la elección de los alimentos consumidos.

Gráfico 68 – Migración y coberturas nutricionales (Pampa Churigua)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

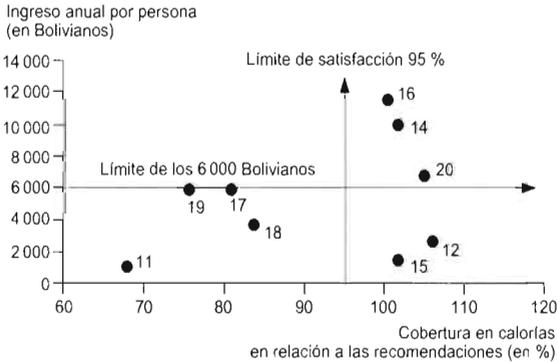
Gráfico 69 – Migración y coberturas calóricas (Santa Rosa y Arbieto)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

La paradoja aparece de forma todavía más evidente cuando se relacionan los ingresos de las familias con las coberturas calóricas Gráfico 70).

Gráfico 70 – Niveles de ingreso y coberturas calóricas (Santa Rosa y Arbieto)



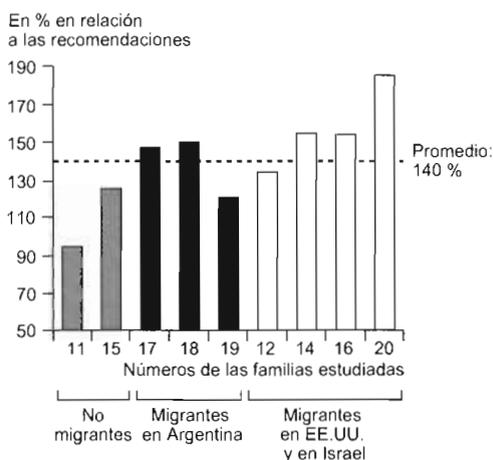
Fuente: Seguimiento anual de los ingresos y encuestas sobre el consumo alimentario

Las familias con buenos ingresos, es decir mayores a los 6.000 Bolivianos anuales por persona, tienen una cobertura calórica promedio del 102%. En cambio, las familias con ingresos media-

nos (entre 3.000 y 6.000 Bolivianos por miembro), es decir las familias de migrantes a Argentina, se caracterizan por una adecuación calórica muy inferior a la de las familias con ingresos bajos: 79% y 91%, respectivamente.

El impacto positivo de la migración internacional en la satisfacción de las necesidades proteicas es todavía más claro (Gráfico 71). Las familias con ingresos altos tienen una adecuación proteica promedio del 164%, porcentaje superior al de las familias con ingresos medianos (134%). Los hogares con ingresos bajos presentan una cobertura promedio en proteínas del 117%.

Gráfico 71 – Migración y coberturas proteicas (Santa Rosa y Arbieto)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Así, los resultados obtenidos en Pampa Churigua y en los pueblos de valle ponen nuevamente de manifiesto la complejidad de las relaciones entre recursos económicos y consumo alimentario. El aumento de los ingresos no implica necesariamente una mejora del régimen alimenticio: sea que su utilización no concede prioridad a la alimentación familiar, sea que los productos comprados aumentan en cantidad, pero disminuyen en calidad nutritiva. El nivel de educación de la madre de familia, el grado de persistencia de los hábitos de consumo y la percepción sociocul-

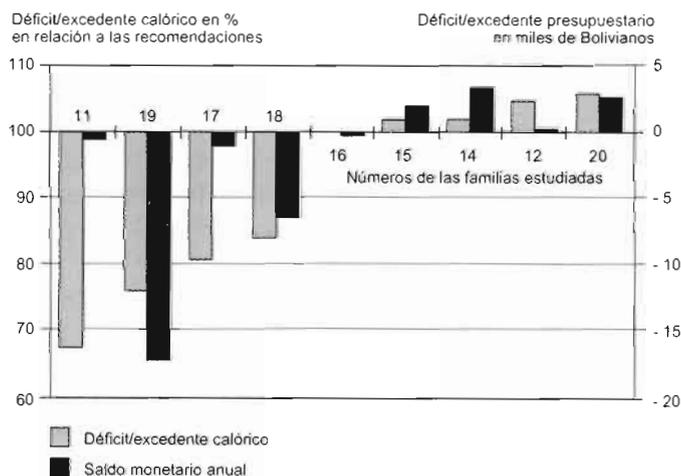
tural del papel de determinados alimentos condicionan igualmente los comportamientos alimentarios de las familias.

El endeudamiento, un factor de restricción alimentaria

Si bien los niveles de ingreso no siempre influyen en las situaciones nutricionales, el endeudamiento de las familias relacionado con la migración internacional tiene repercusiones directas. En los valles, los déficits calóricos caracterizan a las familias que no logran equilibrar su presupuesto, por lo menos fue así al final del año 1992-1993 (Gráfico 72). En cambio, las familias que no están endeudadas, presentan una cobertura satisfactoria hasta excedente.

Dicho de otra forma, el préstamo solicitado para una salida al extranjero provoca el racionamiento de los alimentos y una mayor vulnerabilidad nutricional de la población. El fenómeno migratorio en los pueblos del Valle Alto, por las condiciones relacionadas con éste (préstamos), y la mayor monetarización de las economías familiares que conlleva, constituye un factor de debilitamiento del sistema alimentario familiar.

Gráfico 72 – Endeudamiento y coberturas calóricas (Santa Rosa y Arbieta)



El papel de la composición familiar

¿La situación nutricional de la población está relacionada con la composición de la familia? En Bolivia, los datos sobre esta relación son contradictorios. Según algunos estudios, cuanto más grande es la familia, mayor es el déficit calórico (SVEN, 1987; Franqueville, 1998). Otros trabajos no muestran ninguna relación entre estos dos factores (Rocabado, 1989).

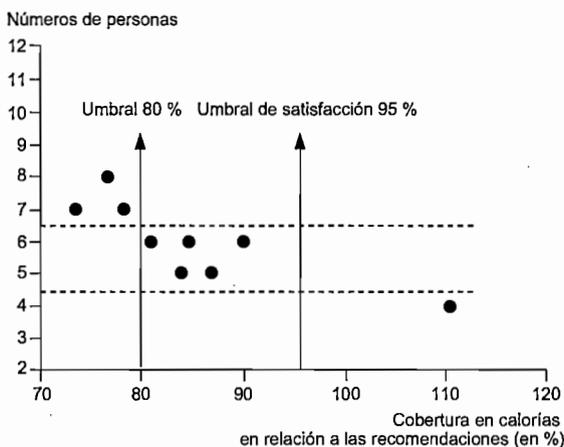
Para las zonas rurales de La Paz, A. Franqueville (*op. cit.*) calcula, por ejemplo, que el 12.2% de los hijos de familias de menos de 5 miembros sufren de desnutrición aguda. Esta proporción sube al 18% en las familias de 5 a 8 miembros y al 24.2% en los hogares compuestos por más de 8 miembros. Los autores encuentran la misma tipología respecto a la desnutrición crónica. En cambio, según un estudio realizado por F. Rocabado (*op. cit.*) en la región de Chuquisaca, los porcentajes de desnutrición son tan elevados en los hogares con un solo hijo (51.8%) como en las familias compuestas de más de 8 miembros (53.1%).

¿Cuál es la situación en los pueblos estudiados? En los valles no existe ninguna correlación. En cambio, en Pampa Churigua, cuanto más numerosa es la familia, mayor es el déficit calórico (Gráfico 73).

El papel de la composición familiar está relacionado con dos factores conjuntos: la disponibilidad de productos y las prácticas alimentarias. La variación de los volúmenes de consumo se debe en parte a la composición de las comidas. No obstante, las cantidades de ingredientes utilizadas no son proporcionales al número de consumidores presentes. Por lo demás, estos últimos son muy variables y poco previsibles de un día a otro, no solamente por la migración temporal, sino también por la costumbre de compartir la comida con una o varias personas que están de paso. Desde el amanecer, la mujer prepara las comidas, empezando por pelar las papas que serán consumidas en el transcurso del día. Con excepción de los periodos de siembra y cosecha, la cantidad preparada ape-

nas varía: una canasta más o menos llena. Por lo tanto, la ración alimenticia diaria establecida de antemano por las mujeres en función de la reserva disponible, apenas es extensible. El equipamiento doméstico interviene generalmente como un factor limitante. Cada familia dispone únicamente de una o dos *chonch'as* para la preparación de las comidas y utiliza pocos recipientes (la olla o *t'hurumanka*, en quechua), cuya capacidad limita el aumento de las cantidades.

Gráfico 73 – Composición familiar y coberturas calóricas (Pampa Churigua)



Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Entre el repliegue y la obligación de vender

En las economías campesinas, la venta de la producción agrícola obedece generalmente a la ley del excedente. Si la prioridad es la satisfacción de las necesidades alimentarias del grupo doméstico, los volúmenes comercializados dependen de la relación entre las necesidades de consumo y la producción. Dicho de otra manera, cuanto mayor es la producción por persona, menor es la proporción reservada al consumo y mayor la proporción destinada a la venta.

En Pampa Churigua, donde la papa es el alimento básico, sólo cinco familias obedecen a la ley del excedente. Pese a una

disponibilidad de papa superior al promedio, las otras familias han vendido cantidades reducidas. Es decir, lo que determina la comercialización de la producción no es necesariamente el número de personas a ser alimentadas.

Existen dos lógicas de administración de las reservas. La primera consiste en optar por la venta de la producción, con el riesgo de quitar cantidades útiles para la alimentación; eso por razones de necesidades monetarias. Las familias que tienen los ingresos más bajos (inferiores a 800 Bolivianos anuales por persona) adoptan esta lógica. La segunda actitud consiste en favorecer la alimentación familiar; esto concierne a las familias que tienen otras alternativas monetarias (sea la migración, la artesanía o la venta de trigo). Estas familias disponen generalmente de ingresos anuales superiores a 800 Bolivianos por persona.

Cuando las familias están obligadas a favorecer la venta a expensas del consumo, los productos que venden no siempre son compensados por los del mercado. Las familias conceden tal importancia a la reproducción de sus prácticas socioculturales (gastos, fiestas, casa, etc.) que los gastos no alimentarios son frecuentemente prioritarios. Sin embargo, la obligación de vender hipoteca la situación nutricional de estas familias, que tienen una cobertura calórica y proteica más deficitaria que las otras (la diferencia entre los dos grupos de familias es de aproximadamente el 10%).

En otros términos, los riesgos nutricionales de los campesinos de altura no están únicamente relacionados con la disponibilidad de alimentos (en cuyo caso sería suficiente aumentar la capacidad de producción). Dependen igualmente de los modos de utilización de la producción, que conllevan una multitud de factores: grado de diversificación de las actividades, condiciones de comercialización de la producción, forma en la cual la población percibe sus necesidades monetarias, etc. Estos elementos abren la vía a una reflexión más amplia sobre los riesgos de la creciente monetarización de las economías familiares campesinas en el conjunto de las sociedades rurales del Tercer Mundo.

¿La migración como estrategia alimentaria?

En las zonas de estudio, el fenómeno migratorio no tiene las mismas consecuencias en los diferentes sistemas alimentarios familiares. El análisis de la comunidad de altura ha echado luces sobre un hecho fundamental: dado que se basa en la división de los espacios de producción y la transferencia de la lógica familiar y comunitaria en el Chapare, la migración no conlleva una profunda desestructuración de la economía agrícola, sino más bien un reajuste de las lógicas de producción. El acceso al Chapare, que permite extender el espacio campesino a más de 150 km de la comunidad de origen, constituye una estrategia alimentaria de primera importancia para la población rural enfrentada a la falta de tierras y a condiciones desfavorables para la producción agrícola. La diversificación de los modos de abastecimiento fundada en la utilización combinada de los medios ecológicos, permite reforzar la autosuficiencia de las unidades domésticas y reducir considerablemente su dependencia frente al mercado alimentario urbano. Entre los modos de abastecimiento, la tradicional *mink'a* juega un papel esencial.

Evidentemente, la comunidad de Pampa Churigua no escapa a la desaparición de los productos denominados tradicionales o nativos, frente a los alimentos de menor calidad nutricional, y esta tendencia se encuentra sobre todo en las familias de migrantes. Éstas no tienen una alimentación más diversificada, ni siquiera más rica en elementos nutritivos, y su situación nutricional no siempre es mejor. Pero si bien la migración hacia el Chapare seguramente no resuelve la cuestión de la inseguridad alimentaria de la población campesina, por lo menos tiende a limitar su gravedad y a disminuir la vulnerabilidad de los más pobres en periodos de crisis.

Esta constatación invita a una interpretación de los flujos migratorios relacionados con la producción ilegal de coca que difiere de la de las instancias gubernamentales o internacionales comprometidas con la lucha antidroga.

Lejos de ser una fuente de enriquecimiento, la migración hacia el Chapare es una de las raras alternativas de superviven-

cia para los campesinos del Altiplano. Evidentemente, constituye una fuente de ingresos complementarios, pero sobre todo un medio para reducir la inseguridad alimentaria.

Los efectos de la migración internacional en el sistema alimentario familiar no son tan positivos como en Pampa Churigua. En los pueblos de valle, la migración conduce a una mejora segura de la alimentación campesina. Los ingresos que genera, permiten el incremento de las cantidades consumidas, así como la diversificación de la alimentación. Ésta se traduce en un mayor consumo de productos de alto valor proteico (carne y lácteos) y vitamínico (verduras). La diversificación del régimen alimenticio conduce así a una mejor satisfacción de las necesidades nutricionales.

Sin embargo, los efectos de la migración internacional en los sistemas alimentarios campesinos tienen un doble filo. Al reverso de la medalla, la migración acelera el proceso de monetarización de las economías familiares y la dependencia alimentaria de la población rural del mercado urbano. En adelante, sólo los ingresos monetarios regulan el sistema alimentario campesino. Este fenómeno está estrechamente relacionado con los cambios en los sistemas de producción agrícola. La disminución de los productos tradicionales de subsistencia limita la autosuficiencia alimentaria de las familias y su capacidad de diversificar sus estrategias de abastecimiento (reducción del trueque y desaparición de la *mink'a*). El consumo de productos de origen urbano, de baja calidad nutritiva en comparación con algunos productos tradicionales, se vuelve importante. Este consumo refleja la dependencia de la población boliviana frente a las importaciones y las donaciones de alimentos, fenómeno que se extiende progresivamente a las zonas rurales en vías de urbanización, más aún cuando están afectadas por el proceso migratorio. Añadamos, además, el papel que juega el endeudamiento de las familias. La inversión en una salida al extranjero obliga a las mujeres a sacrificar los ingresos familiares para devolver la deuda. Mientras que ésta no haya sido pagada, la alimentación pasa a un segundo plano. En este contexto, la población menos

dotada y más vulnerable está sometida a riesgos de escasez alimentaria y de desnutrición mucho más graves que la población de Pampa Churigua, pues en oposición a los campesinos de la altura, los de los valles tienen márgenes muy reducidos de maniobra para afrontar la inseguridad alimentaria.

Lo que significa partir

Conclusión general

Desde hace unos treinta años, el destino del campesino boliviano depende más que nunca de su movilidad espacial. La migración tiende a acentuarse y a generalizarse en las zonas rurales, independientemente de la dirección que toma, la ciudad, la llanura tropical o el extranjero. Sin embargo, aunque las actividades no agrícolas relacionadas a la migración adquieren un considerable peso en las economías familiares, la población rural muestra una enorme resistencia a abandonar definitivamente sus tierras. Una tal paradoja conduce a reconsiderar las modalidades de enfoque del espacio rural. Al integrar la migración en el análisis de dos economías campesinas muy diferentes, los contornos del espacio campesino se encuentran ampliados y la migración se convierte en un componente fundamental del devenir de las sociedades rurales bolivianas.

Abordada a nivel de los espacios de salida, la migración aparece como expresión de una dinámica de actores en búsqueda de alternativas de subsistencia o incluso de desarrollo. La correlación de los tres niveles de estudio –sistema de migración, sistema de producción, sistema de consumo– pone en evidencia la necesidad de una visión «sistémica» de la economía campesina. Asimismo, al reinsertar el análisis de las lógicas de movilidad y de las economías familiares en la esfera económica y política global, la migración refleja una dinámica

espacial en la cual el nivel local, regional, nacional y mundial están estrechamente superpuestos e interdependientes.

Las estrategias individuales, familiares y comunitarias a nivel local se adaptan permanentemente a los determinantes externos de la esfera nacional e internacional. Una dialéctica compleja entre estos múltiples niveles, indisociables unos de otros, es la fuente de los cambios en el espacio rural.

Partir, si se puede...

En Bolivia, al igual que en muchos otros países del Sur, la pobreza es un factor evidente de expulsión de las poblaciones rurales. En los valles de Cochabamba, región favorable al aprovechamiento agrícola, pero extremadamente sensible a los efectos coyunturales, los campesinos no pueden vivir sólo de la agricultura. Siendo demasiados para tan poca tierra, sometidos a los riesgos climáticos y a la falta de agua, no reciben prácticamente ningún apoyo de las políticas nacionales de desarrollo, particularmente desde los años noventa: insuficiencia de créditos y de apoyo técnico, de las infraestructuras de transporte y de almacenamiento, malas condiciones de producción y de comercialización, etc. Para cualquiera que tenga su lote de tierra en estas regiones, el «otro lugar» es una promesa de mejores ingresos, una perspectiva de reconocimiento y de ascensión social.

¿También se puede decir que los que se van son los más pobres? Evidentemente, la migración produce una selección no solamente a nivel de los individuos (no todos se van), sino también a nivel de las elecciones del destino (no todos van al mismo lugar). Los elementos externos (apertura de las fronteras, políticas de inmigración, mercado de trabajo, etc.) condicionan en buena parte los comportamientos migratorios. Sin embargo, la naturaleza del tejido económico y sociocultural de la cual depende la decisión de partir, también es una dimensión fundamental en el análisis del sistema de movilidad. La migración se comprende entonces en términos de predisposición y de viabi-

lidad: uno sólo se va si puede irse. La realización del proyecto migratorio y la elección del destino dependen del origen sociohistórico del campesino, de su nivel de instrucción, de su grado de inserción en el mundo urbano y de la extensión de su red social. Así, los migrantes no son necesariamente los que tienen menores recursos: en el caso de los pueblos de Arbieto y Santa Rosa, por ejemplo, los migrantes más perseverantes son los que tienen las mayores superficies de tierra.

Existe una geografía de los tipos de migración (y no de la migración propiamente dicha): las modalidades de desplazamiento y la elección del destino obedecen a las particularidades de los migrantes y de la sociedad a la que pertenecen. La migración hacia el Chapare es una estrategia que se articula en torno a las lógicas de subsistencia de un campesinado pobre y «tradicional». En cambio, la migración internacional supone capacidades económicas y socioculturales que sólo dominan los campesinos mestizos, bilingües, más urbanizados y mejor integrados en el espacio regional. La selección tiene lugar también al interior de las comunidades rurales. En Pampa Churigua, los que poseen menos tierras migran hacia el Chapare. En los pueblos de valle, la relación es inversa: el «rico» sale a los Estados Unidos, el menos rico opta por Argentina y el muy pobre no migra.

¿Partir para quedarse?

El análisis del sistema de movilidad familiar, dicho de otra forma, de la manera en que la población integra la migración en sus lógicas de vida, ha mostrado que los migrantes no tratan de desolidarizarse con su comunidad de origen. La movilidad permite, por el contrario, la articulación simultánea de varios espacios, de varios lugares, contribuyendo así a una ampliación de la esfera socioespacial de vida de los campesinos.

En la comunidad de altura de Pampa Churigua, la migración hacia el Chapare depende de los factores externos y, especialmente, de las políticas internacionales de lucha contra el

narcotráfico. Sin embargo, para el grupo familiar, la migración se inscribe sobre todo en una lógica de división de los lugares de producción: al mismo tiempo que tiene acceso a las tierras bajas de la región, el campesino de Pampa Churigua mantiene su residencia en las tierras de altura, las cuales sigue explotando. El migrante incluso transfiere el sistema socioeconómico y las prácticas socioculturales de la comunidad de origen al Chapare.

En el caso de la migración internacional, la movilidad de la población adquiere raras veces un carácter definitivo. Como lo ha demostrado el análisis diacrónico de la migración (itinerarios de vida y sucesión de los ciclos de migración), la salida, incluso por un tiempo largo, siempre es reversible (Domenach y Picouet, 1987). La división del espacio de la familia, cuya viabilidad pasa por la movilización de las estructuras comunitarias, obedece a un proyecto colectivo de reproducción socioeconómica. El sistema migratorio se basa frecuentemente en una multiplicación de los lugares de residencia (extranjero, ciudad y lugar de origen) y una diversificación de las actividades familiares, que hacen surgir nuevas relaciones de interdependencia entre ciudades y zonas rurales. Incluso cuando los hogares tienen un lugar de residencia en Cochabamba, mantienen su presencia en su comunidad de origen. Al desarrollar una doble residencia, la célula familiar campesina se comporta como una verdadera mini-empresa, combinando el pequeño comercio, la artesanía, el trabajo asalariado, el transporte y la agricultura (Casanovas y Pabón, 1983).

Así, esta práctica movediza del espacio regional, que fue observada en otras regiones del país (Albó *et al.*, 1983; Calderón, 1984; Franqueville y Aguilar, 1988; Michaud *et al.*, 1992), se superpone a una misma práctica respecto al espacio mundial. En estas regiones andinas, la migración nunca se vive en términos de ruptura. Partir no significa abandonar. En la mayoría de los casos, la migración remite a una lógica paradójica: al partir, el campesino trata de quedarse en las tierras ancestrales, en su comunidad, en su territorio de pertenencia. El recurrir a la migración permite al campesinado mantener

sus tierras de origen e impide el éxodo. En este sentido, la migración es una estrategia de reproducción del campesino como «ser territorial»: «A diferencia de otros países, lo que sorprende en Bolivia es precisamente lo contrario del éxodo rural, es decir, la manera en que la mayoría de los campesinos desarrollan estrategias económicas y sociales que los mantienen en el campo, a pesar de la falta de estimulantes de parte del Estado (créditos, precios, etc.) y a pesar de las reducidas bases materiales (tierras, falta de sistemas de riego, etc.) y la insuficiencia de la infraestructura» (Dandler y Medeiros, 1985: 62).

¿Partir para cultivar?

En los valles de Cochabamba, la migración proporciona los ingresos básicos de la población rural y, en algunos casos, la casi totalidad de los ingresos. En estas condiciones, ¿el campesino migrante es todavía agricultor?

Incluso en el caso de las migraciones internacionales de larga duración, no se abandona la actividad agrícola. El campesino que se va, no abandona sus tierras, por más reducidas y por poco productivas que sean. Sigue cultivándolas, sacralizándolas y a veces incluso comprando nuevas. En los tres lugares rurales de estudio, la migración se inscribe siempre en proyectos de ampliación del predio agrícola. Los migrantes dedican una parte de sus ahorros a la compra de tierras. Los que migran hacia el Chapare para trabajar en las plantaciones de coca, siempre tienen el proyecto, a un plazo más o menos largo, de tener sus propias tierras en esta región. En el caso de las migraciones internacionales, raros son los que gracias al dinero ganado en Argentina o los Estados Unidos no compran algunas parcelas en su pueblo, a pesar de que el precio de la tierra es muy elevado. La inversión en tierras es más paradójica aún considerando que las parcelas compradas se quedan a veces en descanso por falta de medios de producción. Sin duda, la posesión de tierras va más allá de la simple necesidad económica. Es una señal de prestigio social y un sím-

bolo de identidad. Al comprar tierras, el migrante se arraiga todavía más a esta tierra ancestral con la cual mantiene una relación mística y carnal.

Por lo tanto, el «campesino migrante», profundamente arraigado a su tierra, sigue siendo agricultor. Los sistemas de aprovechamiento agrícola se encuentran, sin embargo, fuertemente afectados por el proceso migratorio. En los dos ejemplos estudiados, las modalidades y los riesgos de estos cambios son múltiples. En el caso de los pueblos en los que predomina la migración internacional, la aparición de una agricultura a varias velocidades es la principal consecuencia de la movilidad espacial. Entre los migrantes que tienen un buen potencial de ahorro, los ingresos de la migración financian la agricultura y permiten redinamizarla. Por iniciativa de los migrantes más prósperos, la innovación de la agricultura ha transformado el paisaje agrícola de los valles: construcción de pozos, compra de tractores y nuevos cultivos. Estas innovaciones técnicas y económicas están acompañadas de un fuerte cambio social: ahora las mujeres tienen un papel decisivo en la administración de los predios agrícolas.

No obstante, estas dinámicas de desarrollo hasta ahora sólo conciernen a una minoría de la población pues suponen al mismo tiempo importantes superficies de tierra y una gran eficacia migratoria. En muchos casos, la administración de los predios realizada sólo por la mujer, así como la monetarización de los sistemas de producción (empleo de mano de obra asalariada y utilización del tractor) conllevan la desestructuración de las lógicas de producción. Entonces la actividad agrícola se mantiene difícilmente, a costa de los cultivos tradicionales de subsistencia.

En la comunidad de altura, los cambios en la agricultura son menos profundos. La migración hacia el Chapare no afecta los fundamentos mismos del sistema de producción y tampoco conduce a un proceso de modernización o de innovación en la comunidad de origen. Sin embargo, a veces las lógicas tradicionales de producción cambian. Al igual que en los pueblos de valle, la ausencia temporal de los hombres conlleva un

trabajo más intenso de las mujeres y los hijos. Algunos migrantes jóvenes, atraídos por los beneficios que genera el cultivo ilícito de la coca, abandonan el aprovechamiento de las tierras de Pampa Churigua. El resultado es el atraso en el calendario agrícola, así como la disminución de las superficies cultivadas y de los rendimientos. Asimismo, las parcelas de altura y algunos cultivos andinos (oca y quinua) son paulatinamente abandonados.

Sin embargo, estas restricciones son compensadas por el fortalecimiento de las lógicas tradicionales de autosubsistencia. Al encontrar ingresos complementarios en el Chapare, los migrantes pueden dar prioridad a la alimentación familiar en su comunidad de origen; favorecen los cultivos de subsistencia y de autoconsumo, reforzando de esta manera una lógica específicamente campesina.

¿Partir para alimentarse?

La alimentación de la población fue abordada relacionando los diferentes eslabones del sistema socioeconómico campesino. Las actividades desarrolladas por la población campesina, y entre éstas la migración, están vinculadas en varios niveles con el sistema alimentario familiar. En este sentido, la migración es también una estrategia de reproducción del campesino como «ser biológico».

¿La migración conduce entonces a una mejora de la seguridad alimentaria campesina? En los pueblos de valle, la reducción de la actividad agrícola de algunos, el paso a una agricultura comercial de otros, conllevan en todos los casos una monetarización y una dependencia de las estrategias de abastecimiento frente al mercado alimentario. En este contexto, los ingresos generados por la migración permiten un mejor acceso a los alimentos. Así, las familias de migrantes ricos presentan generalmente las mejores tasas de cobertura calórica y proteica. Asimismo, la migración permite la diversificación de la alimentación.

No obstante, el sistema alimentario de los campesinos de los valles se encuentra fuertemente debilitado ya que, por una parte, mejores ingresos no implican que se dé prioridad a la alimentación y, por otra, el endeudamiento de las familias conduce a veces a una severa restricción alimentaria. Es uno de los factores de explicación de la diferenciación nutricional en los pueblos del Valle Alto. La monetarización de las estrategias alimentarias va de par con la creciente urbanización de los modelos de consumo, en los cuales alimentos de menor calidad son sustituidos por productos locales más nutritivos. A esto se añade un consumo de tipo ostentoso que expresa la voluntad de identificación con modelos alimentarios externos. Incluso si los alimentos importados son reapropiados por los campesinos según sus hábitos culinarios tradicionales (Delgado, 1991), estos comportamientos reflejan una desestructuración cultural que perjudica el equilibrio monetario de la familia. Finalmente, los ritmos alimentarios están sometidos a cambios progresivos. La simplificación de las comidas (desaparición de una comida y preferencia por alimentos de cocción rápida) es una consecuencia directa de la movilidad espacial.

Contrariamente a las migraciones internacionales, los desplazamientos hacia el Chapare no trastornan el sistema alimentario de la población. Por el contrario, lo refuerzan. Este efecto no está directamente relacionado con el aumento de los ingresos monetarios, sino que se explica por la apertura de nuevos espacios de abastecimiento y la diversificación de los modos de abastecimiento no monetarizados que impiden la dependencia del mercado urbano. Los fuertes déficits nutricionales que caracterizan a la población de altura, se deben en gran medida a problemas de disponibilidad de alimentos. Sin embargo, estos productos cultivados en varios pisos ecológicos compensan la insuficiencia de la producción agrícola familiar y atenúan los riesgos nutricionales durante los periodos de escasez.

La migración hacia el Chapare se parece a un retorno al «ideal vertical andino», sistema de utilización del espacio propio de las sociedades preincaicas (Murra, 1972). Tradicionalmen-

te, la seguridad alimentaria de las poblaciones andinas se basa en la utilización simultánea de varios pisos ecológicos, a veces separados por varias centenas de kilómetros, con el fin de lograr un ideal de autosuficiencia alimentaria. Algunos autores han mostrado tanto la permanencia, como las transformaciones contemporáneas de este modelo de complementariedad vertical en los Andes centrales (Golte, 1987; Brougère, 1984). Para J. A. Aguilo, por ejemplo, la migración hacia el Chapare conduce al «desarraigo, la desintegración sociocultural, un cambio de las relaciones de trabajo y el surgimiento de la individualidad» (1987b: 4) que rompen el modelo de los pisos ecológicos de tradición andina debido a una producción exclusivamente orientada hacia la coca.

Sin embargo, para los campesinos de Pampa Churigua, el acceso al Chapare permite un nuevo tipo de interdependencia vertical del espacio pues los migrantes basan su lógica económica de subsistencia en la combinación de los pisos ecológicos. El sistema migratorio del Chapare perpetúa un modo ancestral de utilización del espacio que contribuye a reducir los riesgos de inseguridad alimentaria de la sociedad campesina boliviana.

Todas estas observaciones abren el camino a la pregunta sobre la orientación de las políticas de desarrollo en el medio rural. Suponiendo que el objetivo es reducir los riesgos nutricionales de la población, ¿cuáles pueden ser las perspectivas de intervención? ¿En estas regiones de emigración, el aumento de la producción agrícola, la introducción de cultivos a vocación comercial o la modernización de las estructuras de producción son alternativas susceptibles de mejorar la seguridad alimentaria campesina?

Primero: no es seguro que los esfuerzos financieros y técnicos realizados para desarrollar el sector agrícola puedan realmente competir con los ingresos generados por la migración. ¿El trigo, el café o la piña pueden sustituir a la coca? ¿El cultivo de duraznos puede competir con el salario percibido en la construcción en Miami? El futuro de la agricultura en estas

regiones de emigración dependerá en gran parte de la orientación de las políticas nacionales en materia de apoyo financiero y técnico a los pequeños productores, pero también de las políticas internacionales en el marco de las relaciones Norte-Sur, que determinan en gran medida los términos de intercambio y las condiciones del mercado agrícola mundial.

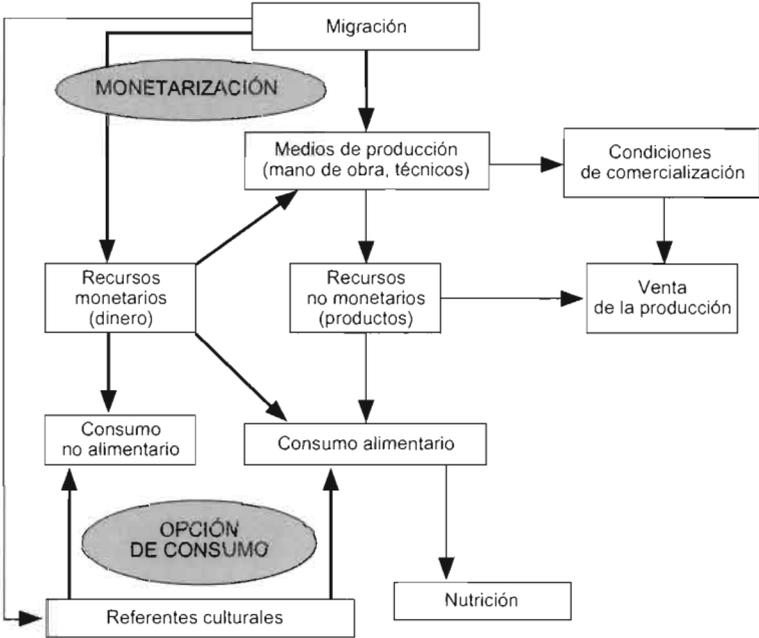
Después: es conveniente tener en cuenta la diversidad de las situaciones «agronutricionales» locales. Cuando se intenta aislar los factores de riesgos nutricionales en las economías familiares de los pueblos estudiados, los «diagnósticos» son divergentes (Gráficos 74 y 75).

En el caso de la migración internacional, estos riesgos están relacionados con la monetarización de las economías familiares y dependen de los modos de utilización de los recursos monetarios. Aquí, los referentes culturales y la identificación con modelos de consumo externos juegan un papel bastante importante. En el caso de Pampa Churigua (Gráfico 75), la disponibilidad de alimentos (relación entre las cantidades de productos disponibles y la composición de la familia), así como la oscilación entre una lógica de autoconsumo y de comercialización, son los principales determinantes de la situación nutricional de las familias.

Cualquiera que sea el caso de economía campesina considerado, el análisis del sistema alimentario y de su grado de eficacia nutricional ha mostrado la importancia que se debe conceder a la autosuficiencia de la familia (producción, trueque y productos obtenidos mediante la *mink'a*). Evidentemente, «ni la producción autoconsumida, ni el consumo autoproducido son indicadores confiables del grado de satisfacción de las necesidades nutricionales» (Sautier, 1991b: 182). Como lo recuerda el mismo autor, la distinción entre autoconsumo y autoproducción es fundamental, pues no siempre están relacionadas (*op. cit.*: 181). El hecho de que el campesino vende su producción, no significa que sea suficiente para cubrir las necesidades alimentarias anuales de la familia, y viceversa. Por ejemplo, las familias de Pampa Churigua venden una parte de su producción sustrayéndola de

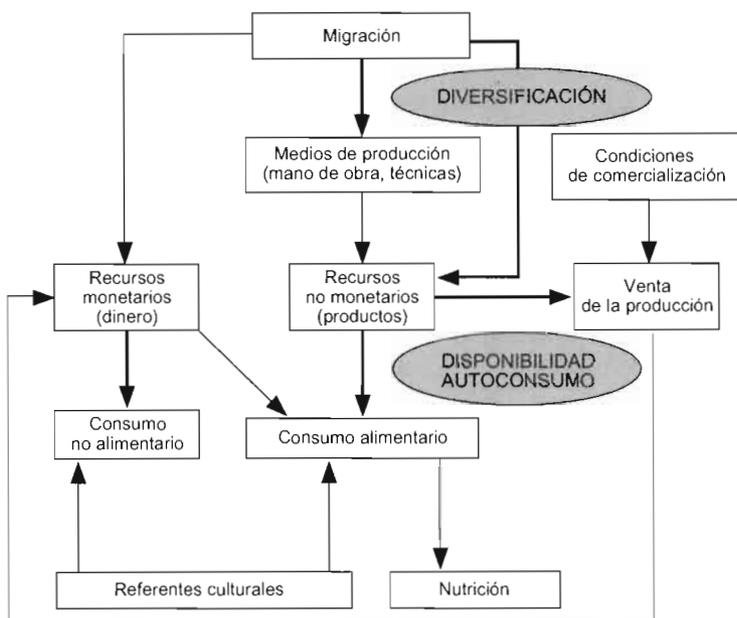
su reserva de alimentos. En los pueblos de valle, los campesinos conceden frecuentemente prioridad a las necesidades no elementales (casa, ropa, consumo ostentoso, etc.). Asimismo, cuando se favorece la producción comercial a costa de los cultivos de subsistencia, la disminución de la autoproducción no siempre es compensada por la compra de productos alimenticios, tanto en términos de cantidad como en calidad nutritiva. Entre los migrantes que optan por la innovación agrícola, los que logran preservar paralelamente los cultivos alimenticios están mejor dotados para enfrentar los riesgos coyunturales (climáticos o económicos).

Gráfico 74 – Impacto de la migración internacional en el sistema alimentario campesino



- Zona de conexión donde se concentran los factores determinantes de los riesgos nutricionales
- Relación determinante principal
- Relación determinante secundaria

Gráfico 75 – Impacto de la migración hacia el Chapare en el sistema alimentario campesino



○ Zona de conexión donde se concentran los factores determinantes de los riesgos nutricionales

→ Relación determinante principal

→ Relación determinante secundario

Estas consideraciones muestran que, para una mayor eficacia, la toma de decisiones y las acciones de desarrollo efectuadas en el medio rural, especialmente en zonas de fuerte emigración, requieren un detallado conocimiento de las estrategias alimentarias campesinas guiadas tanto por las necesidades biológicas y económicas como por las exigencias sociales y culturales.

¿Partir para existir?

La migración está incorporada en un tejido sociocultural propio de cada sociedad local. Por los contactos que crea con el «otro lugar», contribuye a modificar cierta forma de existencia,

cierto sistema de valores. También puede crear un nuevo proceso de identificación. ¿En la región de Cochabamba, la migración favorece una estrategia de reproducción de la identidad campesina o, por el contrario, contribuye a la desestructuración sociocultural del campesinado andino?

En vez de hablar de desestructuración, parece más pertinente hacer referencia a una oscilación entre dos dinámicas opuestas: permanencia y ruptura. Esta coexistencia dialéctica, como lo sugiere X. Izko (1986), es el motor para nuevos comportamientos. Es en las relaciones de los individuos con su comunidad de origen o, dicho de otra manera, en los modos de expresión de su identidad comunitaria, que han surgido las formas más significativas de cambios socioculturales.

Cuando el campesino quechua migra al extranjero, demuestra un considerable potencial de adaptación y una predisposición por la innovación que pueden parecer sorprendentes. Para asegurar su vida diaria, integra espacios lejanos en su modo de vida (Estados Unidos, Japón e Israel), al mismo tiempo que sigue «anclado» a su pueblo de origen. El migrante pasa alternativamente de un país a otro, de un mundo a otro, mientras que su comunidad sigue siendo el lugar de referencia social y cultural. No solamente mantiene lazos estrechos con sus parientes que permanecen en el pueblo, sino que trata de conservar su pertenencia a la comunidad financiando la infraestructura de su pueblo, pagando derechos de uso de los recursos colectivos, asistiendo a las fiestas locales, etc.

Sin embargo, surgen nuevos criterios y factores de diferenciación. El reconocimiento social al interior de la comunidad ya no se basa en el acceso a los recursos (superficie de tierras disponibles y tamaño de la familia), en la constitución de un capital en ganado (tamaño del rebaño) o también en la capacidad de asumir responsabilidades de interés colectivo (como los cargos cívicos). En adelante, el reconocimiento pasa por los gastos ostentosos que reflejan la ascensión socioeconómica.

Por lo demás, la migración es una fuente de conflictos interfamiliares. Algunos enfoques antropológicos recuerdan que el

conflicto es inherente a la organización social de la comunidad andina, en la cual coexisten intereses colectivos e individuales (Pratlong, 1989; Albó *et al.*, 1990). Consecuentemente, el conflicto interfamiliar al interior de la comunidad campesina no es una señal de desestructuración. Sin embargo, en lo sucesivo, en estas regiones los conflictos se inscriben en un contexto de diferenciación socioeconómica fuertemente marcada que trastorna las tradicionales reglas de solidaridad y de intercambio.

La creciente monetarización de las economías familiares pone en tela de juicio los fundamentos mismos del sistema comunitario. Como lo han puesto de manifiesto algunos autores para las regiones andinas (Rodas, 1985; Nelson, 1988), la compra del derecho comunitario respecto a las faenas de riego muestra a qué punto la relación entre los emigrantes y el resto de la comunidad tiene un doble filo. Si el migrante no quiere provocar la ruptura con su comunidad, está obligado a modificar algunas reglas comunitarias.

Los cambios socioculturales son mucho menos marcados en la comunidad de altura, en la cual predomina la migración hacia el Chapare. No obstante, éstos se manifiestan en las prácticas festivas comunitarias. Por ejemplo, los colonos que poseen un predio agrícola en el Chapare, reducen su contribución monetaria para las ceremonias colectivas de su comunidad de origen. La migración estimula igualmente un cambio en las identidades culturales relacionadas a las creencias religiosas. La penetración del evangelismo pone en duda la cohesión sociocultural de los grupos comunitarios, porque supone prohibiciones y la integración del individualismo.

Partir para existir, cierto, pero según nuevas formas. La comunidad campesina andina bajo el efecto de la migración perdura, al mismo tiempo que se recompone. Sigue siendo el lugar de referencia, lugar de identificación, lugar del aparentar, pero se vuelve al mismo tiempo lugar de nuevos desafíos y de nuevos comportamientos. ¿Esta fragmentación de la identidad que se expresa a nivel local, favorece a cambio un proceso de integración del campesinado en la sociedad global? El campesino

«emerge en la escena social, económica y política como un actor de importancia decisiva para cualquier tipo de gobierno. Estos procesos fueron precedidos y acompañados por un fuerte movimiento migratorio», escribe J. Blanes (1983a: 21). Evidentemente, al superar los límites del territorio regional y nacional, el campesino migrante se provee de un poder económico de acción y de una reivindicación política. En el contexto internacional de la lucha contra el narcotráfico, la migración hacia el Chapare es, en este sentido, demostrativa. Aunque sus márgenes de reivindicación siguen siendo reducidos, en adelante los campesinos «cocaleros» se imponen como actores en la vida económica y política del país.

A pesar de ello, la «fuerza viva campesina» (Linck, 1985) puede engañar. La migración constituye un medio de integración, aunque siempre selectivo. La capacidad de la población de desarrollar estrategias de movilidad porque tiene que encontrar alternativas viables para su devenir, no puede servir de pretexto para una política de la indiferencia, dejando actuar sólo el principio creativo de un estado de crisis. Los gobiernos y los poseedores del poder, más allá de cierta toma de conciencia, subestiman la dinámica migratoria, considerándola como puntual y controlable. Pues bien, en esta región de Bolivia, la migración prevalece sobre cualquier coyuntura. La migración es estructural de las economías campesinas y constituye una opción permanente, siempre disponible, frente a las fallas de un sistema. Las políticas restrictivas de la migración no pueden alcanzar sus objetivos si paralelamente no están acompañadas de verdaderas acciones de desarrollo económico y social. Pues la migración sigue siendo, sobre todo, una consecuencia de la ineficacia, para no decir de la ausencia, de una política agrícola que permita lograr una seguridad alimentaria real a nivel nacional.

¿Puede esperarse algún cambio? En el transcurso de los años noventa, la exclusión de los campesinos de la vida económica y social del país continúa inexorablemente. La oposición entre una agricultura a gran escala en las llanuras del Oriente, orientada

hacia la exportación, y una agricultura campesina tradicional andina, que resiste mal que bien, está lejos de desaparecer. Las políticas gubernamentales, lejos de apostar en el desarrollo de la agricultura campesina (la cual, ¿hay que recordarlo? proporciona el 70% de la producción interna del país), continúan impulsando el desarrollo del agrocapitalismo a cualquier precio. Además, con todo derecho se puede dudar de los efectos de la nueva Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) de octubre de 1996, que por medio de una serie de medidas que modifican la antigua legislación de 1953 (redefinición de los regímenes de la tierra, establecimiento de un catastro y del impuesto sobre la tierra, nuevas formas de distribución de la tierra, etc.), pretende «mejorar el acceso a la tierra, reducir la pobreza rural y crear las bases de un desarrollo sostenible» (Zoomers, 1998: 455). Sin embargo, fiel a los principios neoliberales vigentes en las esferas económicas internacionales (reforma impulsada y apoyada por el Banco Mundial), la ley permite sobre todo a los inversionistas privados comprar libremente tierras en Bolivia. Si bien es cierto que la ley reconoce el carácter inalienable de determinadas tierras como bienes de tipo comunitario, es poco probable que la reforma beneficie al campesinado tradicional de las regiones de altura, que son las más afectadas por la pobreza: «La Ley INRA contribuirá a la profundización de la brecha social existente, la privatización de las tierras en el Oriente abrirá nuevas oportunidades a los que tienen suficiente capital [...], pero no cambiará gran cosa para los campesinos de las tradicionales regiones de minifundio» (Zoomers, *op. cit.*: 470).

¿Cuál será en los próximos años el destino de más de tres millones de campesinos que viven en el país? Aunque la migración es una respuesta posible, no puede ser considerada como una solución duradera al devenir incierto de las sociedades campesinas, menos aún como una solución admisible por los poseedores del poder para satisfacer las necesidades de una economía «modernizante». A no ser que se acepten las consecuencias: la posible desaparición, a un plazo más o menos largo, de otra forma de existencia, de cultura, de creencias, de mane-

ras de pensar, es decir de una alternativa al modelo de desarrollo dominante.

Obligar a un grupo social a adaptarse, a integrarse a cualquier precio cuando su supervivencia está en juego, excluyéndolo de los centros de intereses colectivos o apartándolo de las políticas nacionales, es negar un derecho fundamental, el de integrarse al mismo tiempo que conservar su autonomía.

Epílogo

Allá, en Bolivia, la historia de los campesinos migrantes continúa. En esa parte del mundo, las mujeres están sin hombres, quizás al igual que en muchos otros lados. Pero escribo sobre las mujeres que se quedan solas, en el pueblo, mientras el hombre se va. A otro lugar, lejano o cercano, a veces por mucho tiempo. Los hombres buscan otros rumbos, dejando su lote de tierra demasiado pequeño para vivir de él, dejando a sus mujeres que tienen que quedarse para trabajar, dejando a sus hijos que deben crecer. Se van porque en esta parte del mundo –como en otros lugares, quizás– quedarse en el pueblo significa no vivir. La supervivencia está en otros lados. Y hay que buscarla. Queda la vida de estas mujeres que esperan.

Bajo la tímida luz de un pálido crepúsculo, mis pasos me llevan por un camino que me devuelve al «mundo de abajõ». Una mujer está sentada al borde del camino, una anciana vestida de negro. Me detengo y la saludo con mis pocas palabras quechuas. Ella levanta una mirada bañada de lágrimas en su rostro surcado de arrugas, suplicando y silenciosa, mostrándome con el dedo un rincón del cielo. Yo miro y sólo veo la estela de la luz de un sol en el ocaso diciéndome que debo acelerar el paso. La noche está cerca. Ella se mantiene ahí, apuntando con el dedo obstinadamente, y en un arranque de llanto que deforma su rostro empieza repentinamente a cantar un lamento en quechua. El canto

lastimero de sollozos se dirige al cielo. Discretamente me siento a su lado, guardando silencio. Escuchándola, miro el cielo, pero no veo nada. El lamento cesa, y la anciana se dirige hacia mí sonriendo tímidamente. Nuevamente me señala ese rincón del cielo: «Mi hijo está allá. Me ha dejado sola, aquí... sola». Silencio. «¿Quién me ayudará con las papas?... Lo han hechizado allá, en el Chapare, porque vendía coca, y ha muerto».

Tengo frío. Y además es de noche. Me voy, dejando atrás a la anciana y su lamento que empieza de nuevo, a ella y su historia de la cual apenas conozco unos fragmentos, a ella y su destino, humillante para el que sólo está de paso.

De puntillas, durante más de un año, entraba a este mundo mundo tan extraño de la familia campesina boliviana. Al comienzo hay que hacerse muy pequeña para escuchar y mirar. Luego, día a día, las cosas se vuelven más familiares, menos desconcertantes. Una se convierte en testigo y a veces en confidente. Comparte vidas y construye amistades. Entonces se empieza a comprender el porqué, cuando un niño muere la madre se retira sola al atardecer y sale a exorcizar el mal, llamando al espíritu de su hijo afiebrado. El porqué los campesinos rapan la cabeza de sus hijos a la edad de un año y queman los mechones para alejar la helada; por qué entierran alimentos; por qué mueren del cólera.

Y cuando al anochecer una baja otra vez al valle y vuelve al otro mundo, al de la gente urbana, al de los mestizos, a una modernidad incompleta y vacilante, las imágenes del día transcurrido, igual a muchos otros, retornan como si fueran un desfile de fantasmas: la meseta de color ocre aplastada por un sol frío, el indígena y sus creencias, sus temores y sus esperanzas... Pero es recién cuando una se ha ido con sus cifras, sus gráficos y curvas debajo del brazo, cuando la aventura de lo vivido regresa persistente a la memoria, que tomamos conciencia que ella está prendida, como ese sol a su meseta ocre, en un rincón del alma, definitivamente.

«No sé qué harás de todo eso, de todas estas preguntas que nos has hecho. Yo pronto terminaré mi vida y me iré allá

arriba antes que tú. Pero tú me seguirás más tarde. Entonces, si nos encontramos allí arriba, no te olvides de saludarme», me dijo un amigo campesino a manera de adiós.

Montpellier, mayo de 1993

Este día es inédito. Después de cuatro años de ausencia, retorno a la tierra de color ocre. La comunidad está desierta. Nada ha cambiado.

La puerta rechina, entro en el patio de Oswaldo, migrante en los Estados Unidos junto con sus hijos. Todo está en su lugar, intacto: la alfalfa en un rincón del patio, el maíz puesto a secar bajo el sol de plomo, la jarra de chicha abandonada en la mesa mitad vacía... Nada ha cambiado. Los recuerdos me colman ...

Ana, una de esas mujeres que se quedan solas, no está. Sus hijas me han reconocido y me acogen sin sorpresa, simplemente como si me hubiera ido ayer. Una se precipita, ofreciéndome un vaso de chicha, la tradición obliga. El sabor es desagradable, casi repugnante. El diálogo es difícil, tímido, entrecortado por silencios incómodos. Por qué estoy aquí, me preguntan. Por nada, para visitarlas. Me creen a medias, esbozando una sonrisa. Oswaldo se fue de nuevo a Estados Unidos, dice ella. La hija mayor prepara su inminente salida a Israel. Pasamos revista de la familia, los cultivos, la escuela, los vecinos, la fiesta del pueblo, etc. ¿Y Walter, el hermano mayor? ¿Dónde está? ¿Sigue en Miami?

La hija mayor, con gesto firme, me ofrece otro vaso. «Un día volvió con los brazos llenos de regalos, flaco y cansado. Dio 500 dólares a mis padres, sus últimos ahorros. Para pagar los estudios de mi hermana menor, Silvia, nos dijo. Estaba enfermo. De una enfermedad que llaman SIDA. Murió dos meses después».

Walter ya no estará atrapado por el exilio. Y Silvia va a la escuela.

En la tierra ocre nada cambia. O casi.

Montpellier, mayo de 1998

Bibliografía

- ABEGGLEN J., BELMONTE J., MANTILLA J.
1987 *Diferenciación de la pobreza y campesinado*. UNICEF, 163 p.
- ACUNA M. D.
1982 Estrategias de sobrevivencia y mercado de trabajo agrícola (Chile). En: *Boletín de estudios agrarios*, 9: 17-33
- AGUILO F.
1988 Movilidad espacial y movilidad social generadas por el narcotráfico. En: *Efectos del narcotráfico*, La Paz, Taller de Política Social de ILDIS, p. 53-81
- AGUILO J. A.
1987a Campesino, coca y agricultura. En: *Debate Agrario*, 10: 7-30
1987b *El complejo coca-cocaina*. La Paz, ILDIS, 174 p.
- ALBERTI G., MAYER E.
1974 *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*. Lima, IEP, Colección Perú Problema, 360 p.
- ALBO J.
1987 Culturas y cosmovisión andina. Centro de Estudios Teológicos de la Amazonia. Lima, *Shupilui*, 41: 9-28
- ALBO J., BERNADAS J.
1990 *La cara india y campesina de nuestra historia*. La Paz, Potosí, Artes gráficas, 235 p.
- ALBO J., GREAVES T., SANDOVAL G.
1983 *Chuquiwayu: la cara aymara de La Paz*. La Paz, CIPCA, 147 p.

ALBO J., LIBERMANN K., GODINEZ A., PIFARRE F.

1990 *Para comprender las culturas rurales en Bolivia*. La Paz, MEC/ CIPCA/ UNICEF, 298 p.

ALBO J., PLATT T., NECKER L.

1982 *De l'empreinte à l'emprise: identités andines et logiques paysannes*. Paris, PUF, 106 p.

ALFARO R.

1981 *Movilidad espacial de la fuerza de trabajo en el Valle Alto: 1971-1979*. Informe CERES, Cochabamba, 28 p.

ALTAMIRANO T.

1985 *Migración de retorno en los Andes*. Lima, PISPAL/ INANDEP, Cuadernos de investigación del INANDEP, 44 p.

1992 Migración y estrategias de supervivencia de origen rural entre los campesinos de la ciudad. En: Kingman Garcés E. (Ed.): *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea*. Quito, IFEA/ CIUDAD, p. 389-425

AMIN S.

1976 *L'impérialisme et le développement*. Paris, Éd. de Minuit, 195 p.

ANDERSON B.

1981 *Importancia de la migración temporal desde áreas rurales a las ciudades argentinas: un estudio de caso sobre el Valle de Cochabamba, Bolivia, y Buenos-Aires*. La Paz, CEDES/ CERES, 76 p.

ANDERSON B., DANDLER J.

1983 *Spatial mobility and peasant economy in Bolivia: the case of Cochabamba valley*. La Paz, CERES, 32 p.

ARAMAYO A.

1991 *Estudio de caso de productos agropecuarios potencialmente transformables en el área del proyecto múltiple de Laka Laka. El caso del durazno*. Informe CIDRE, Cochabamba, 35 p.

ARAMBURÚ C. E.

1986 La migración como estrategia del campesinado altiplánico. En: *Se fue a volver. Seminario sobre migraciones temporales en América Latina*. México, PISPAL/ CIUDAD/ CENEP, p. 111-137

ARAUJO R.

1991 Réseaux migratoires et groupes locaux sur la transamazonienne (Brésil)". En: *Migrations, changements sociaux et*

développement. 3e Journée démographique. Paris, 20-22 sept. 1988, ORSTOM coll. Colloques et Séminaires, p. 261-276

ARCE L.

1991 *Agropecuaria en Cochabamba. Debate Agrario, 159 p.*

ARDAYA G.

1978 *Las migraciones bolivianas hacia la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 186 p.*

ARGUELLO O.

1981 Estrategias de sobrevivencia: un concepto en busca de su contenido. En: *Demografía y economía, 15 (2): 5-51*

ARIZPE L.

1983 El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos. En: *Estudios sociológicos, 1 (1), 25 p.*

ARTEAGA HAYASHIDA F.

1986 Importancia de la pequeña producción y mercado dentro de la seguridad alimentaria. En: *Alimentos para todos. Propuestas para un sistema de seguridad alimentaria en Bolivia. UNICEF, p. 351-393*

AUBRÉE M.

1991 La pénétration du protestantisme évangéliste en Amérique latine. En: *Tiers monde, 32 (126): 439-449*

AVERANGA S.

1974 *Aspectos generales de la emigración boliviana. La Paz, La Juventud, 172 p.*

BALAN J.

1982 *Poblaciones en movimiento. Una perspectiva comparada de la dinámica de la migración interna. Buenos Aires, UNESCO, 371 p.* (Ed.)

1985 *Migraciones internacionales en el Cono Sur. CIM, Georgetown University, Center for Immigration Policy and Refugee Assistance, 76 p.*

1990 La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina. En: *Estudios migratorios latinoamericanos, 15-16: 269-293*

BALAN J., BROWNING H. L., JELIN E., LITZER L.

1969 A computerized approach to the processing and analysis of life histories obtained in sample surveys. En: *Behavioral science*, 14: 105-120

BARBARY O., DUREAU F.

1993 Des citoyens en mouvements. Analyses des pratiques résidentielles à Quito. En: *Cahiers des Sciences humaines*, 29 (2-3): 395-418

BARCELO R.

1983 Changements techniques et paupérisation dans les campagnes. Dix ans d'agriculture en Amérique latine. En: *Amérique latine*, 14: 14-20

BARNES DE MARSCHALL K., TORRICO A.

1973 *Cambios socio-económicos en el Valle Alto de Cochabamba desde 1952*. La Paz, Land Tenure Center, 31 p.

BASSET T. J.

1991 Migration et féminisation de l'agriculture dans le nord de la Côte-d'Ivoire. En: *Les spectres de Malthus. Déséquilibres alimentaires, déséquilibres démographiques*. Paris, Edi/ORSTOM/CEPED, p. 219-245

BENGOA J. M., TORUN B., BEHAR M., SCRIMSHAW N.

1988 Metas nutricionales y guías de alimentación para América latina. Bases para su desarrollo. En: *Archivos latinoamericanos de nutrición*, 38 (3): 12-32

BERNARD A. J. M., SALLES P., THOUVENOT C.

1980 Consommation alimentaire: une orientation interdisciplinaire. En: *Annales de géographie*, 493: 258-271

BETEILLE R.

1981 Une nouvelle approche géographique des faits migratoires: champs, relations, espaces relationnels. En: *Espace géographique*, 10 (3): 188-197

BEY M.

1994 *Le meilleur héritage. Stratégies paysannes dans une vallée andine du Pérou*. Paris, ORSTOM, Coll. À travers champs, 203 p.

BLANES J.

- 1983a Bolivia: consecuencias de los movimientos migratorios en el ámbito rural. En: *Congreso latinoamericano de población y de desarrollo*. México, 8-10 de noviembre, La Paz, CERES, p. 11-39.
- 1983b *De los valles al Chapare: estrategias familiares en un contexto de cambios*. La Paz, CERES, 236 p.
- 1984 Movilidad espacial en Bolivia: reflexiones sobre su carácter temporal. En: *Seminario sobre migraciones temporarias en América Latina*. Quito, 26-30 de noviembre, 35 p.
- 1985 Migraciones, colonización y narcotráfico en Bolivia. Réquiem para la inserción de la Amazonia en la economía nacional. En: *Problemas amazónicos*. Seminario CERES, Lima, 27-30 de mayo, La Paz, CERES, p. 11-34

BLANES J., FLORES G.

- 1983 *Campesino migrante y colonizador. Reproducción de la economía familiar en el Chaparé Tropical*. La Paz, CERES, Estudios regionales, 350 p.
- 1984 *¿Dónde va el Chaparé?* Cochabamba, CERES, 62 p.

BODY-GENDROT S.

- 1991 *Les États-Unis et leurs immigrants. Des modes d'insertion variés*. Paris, La Documentation française, 155 p.

BOHRT P. J.

- 1985 Crisis agraria y crisis nacional: el caso de la Bolivia. En: *Land, revista interamericana de planificación*, 19 (74), 23 p.

BOUYASSE-CASSAGNE T.

- 1978 L'espace aymara: urco et uma. En: *Anthropologie historique des sociétés andines*, N° spécial de *Annales* (Paris), 5-6: 1057-1080
- 1987 *La identidad aymara. Aproximación histórica (Siglo XV, Siglo XVI)*. La Paz, Hisbol, 443 p.

BRACKELAIRE V.

- 1988 Le développement en Bolivie: entre la coca et la cocaïne. En: *Echos du Cota*, 41 (4): 14-21
- 1992 Coca, développement et coopération internationale en Bolivie. En: *Tiers monde*, 131: 673-691

BREA A. J.

- 1991 Migration and circulation in Ecuador. En: *Tijdschrift voor economische en sociale Geografie*, 82 (3): 206-219

BROUGÈRE A. M.

- 1984 Stratégies d'échanges et relations de marché: le cas de Sibayo. En: *Bulletin de l'Institut français d'Études andines*, 13 (1-2): 63-79

- 1988 Transformaciones sociales y movilidad de las poblaciones en una comunidad del Nor-Yauyos (Perú). En: *Políticas agrarias y estrategias campesinas en la cuenca del Cañete*, Lima, UNA / IFEA: 133-158

- 1992 *Y por qué no quedarse en Laraos. Migración y retorno en una comunidad altoandina*. Lima, IFEA/INANDEP, 202 p.

BRUNSCHWING G.

- 1988 Sistemas de producción de laderas de altura. En: *Políticas agrarias y estrategias campesinas en la cuenca del Cañete*, Lima, UNA / IFEA, p. 27-52

BRUSCH S. B.

- 1976 Man's Use of an Andean Ecosystem. En: *Human Ecology*, 4: 147-166

CALDERON F.

- 1984 *Urbanización y etnicidad. El caso de La Paz*. La Paz, CERES, 196 p.

CALDERON F., DANDLER J. (ED.)

- 1986 *Bolivia: la fuerza histórica del campesino*. La Paz, UNSRID / CERES, 632 p.

CALDERON F., RIVERA A.

- 1984 *La cancha. Una gran feria campesina en la ciudad de Cochabamba*. Cochabamba, CERES, 207 p.

Calvo E.

- 1983 Des pratiques alimentaires. En: *Économie rurale*, 154: 44-48

Calvo E.

- 1992 Sciences sociales, alimentation et développement: images, métaphores et apories. En: *Tiers monde*, 33 (132): 727-742

Caro D., Riordan J., Cables M.

- 1992 *Encuesta de hogares rurales de Cochabamba: resultados preliminares*. USAID-Bolivia / OWD / AID, 15 p.

CARRASCO H. M.

1986 Migración temporal en la sierra: una estrategia de recam-pesinización. En: *Se Fue a Volver. Seminario sobre Migraciones temporales en América Latina*. México, PISPAL/CIUDAD/CENEP, p. 151-184

CARTER W. E., MAMANI M.

1986 *Coca en Bolivia*. La Paz, Juventud, 530 p.

CASANOVAS R., PABON S.

1980 *La situación socio-económica del trabajador temporal en la cosecha de algodón*. La Paz, Documento del Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral/OIT/UNFPA, 36 p.

CASANOVAS R., PABON S.

1983 *Los trabajadores por cuenta propia en la ciudad de Cochabamba: propuesta presentada al programa de investigaciones sobre población en América Latina*. La Paz, PISPAL/CERES, 86 p.

CASTELLU J. M., BACA TUPAYACHI E.

1994 Le marché dans les économies paysannes. Paris, En: *Cahiers des Sciences humaines*, 30 (1-2), 157-178

CEDIB

1989 *Coca-Cocaína*. N° especial de la Revista INEDER, 73 p.

CELTON D. E.

1995 Plus d'un siècle d'immigration internationale en Argentine. En: *Revue européenne des migrations internationales*, 11 (2): 145-165

CHAVEZ A.

1995 Migración de retorno y modernización. En: *Debate Agrario*, 21: 459-484

CHAYANOV A. V.

1966 *The theory of Peasant economy*. Illinois, The American economic association, 352 p.

Chayanov A. V.

1990 *L'organisation de la société paysanne*. Paris, Librairie du Regard, 344 p.

Chonchol J.

1984a La revalorisation de l'espace rural: un axe fondamental pour le développement de l'Amérique Latine. En: *Amérique latine*, 17: 3-13

- 1984b La pénétration du système alimentaire mondial dans les pays du Tiers Monde. En: *Problèmes économiques*, 1874: 3-8
- 1984c Pour une stratégie alimentaire centrée sur les paysans. En: *Amérique latine*, 19: 41-50
- 1991 Modernisation agricole et stratégies paysannes en Amérique latine. En: Baudot G. (éd.): *L'Amérique latine en mouvement. 25 ans de bouleversements, 1963-1988, actes du colloque international*. Toulouse, 22-24 nov. 1988. N° spécial de *Caravelle*, p. 61-75
- CHOURAK M.
- 1990 Le Japon entrouvre ses portes. En: *Hommes et migrations*, 1135: 39-42
- 1992 Japon: vers une nouvelle approche de l'émigration. En: *Hommes et migrations*, 1158: 45-48
- CID (Centro de información para el desarrollo)
- 1994 Bolivia. *Anuario Estadístico del sector rural*. La Paz, Grupo DRU, 331 p.
- CIDRE (Centro de información y de documentación para el desarrollo regional)
- 1988 *Estudio y planificación del desarrollo del trópico*. Informe interno, 85 p.
- CIDRE/USAID
- 1992 *Impactos de los proyectos de desarrollo alternativo en el departamento de Cochabamba*. Informe interno, 67 p.
- CLAWSON P., RENNELAER W.L.
- 1996 *The Andean cocaine industry*. New York, St Martin's Press, 276 p.
- CLARK S. R.
- 1973 *Reforma agraria y integración campesina en la economía campesina*. Universidad de Wisconsin, Estudios andinos, 18 p.
- COTLEAR D.
- 1989 *Desarrollo campesino en los Andes*. Lima, IEP, 325 p.
- COURADE G.
- 1992 Le fait alimentaire, territoire à conquérir de la géographie. En: *Tiers monde*, 33 (132): 743-762
- COURADE G., KERMEL-TORRES D., ROCA P. J.
- 1987 Réflexion sur le concept de stratégie alimentaire: les acteurs nationaux et internationaux face aux risques. En: *Terres, comptoirs*

- et silos. Des systèmes de production aux politiques alimentaires*, Paris, ORSTOM, Coll. Colloques et Séminaires: 15-32
- COURADE G., PELTRE-WURTZ J. (ÉD.)
1991 La sécurité alimentaire à l'heure du néo-libéralisme, N° spécial des *Cahiers des Sciences humaines*, 27 (1-2), 292 p.
- COURGEAU D.
1984 Relations entre cycles de vie et migrations. En: *Population*, 3: 483-512
- CRETON F.
1976 Working and living conditions of migrants workers in South American. En: *International labour review*, 114 (3): 16-29
- DANDLER J.
1984 El desarrollo de la agricultura, políticas estatales y el proceso de acumulación en Bolivia. En: *Estudios rurales latinoamericanos*, 7 (2): 81-149
1986 Campesinado y reforma agraria en Cochabamba (1952-53): dinámica de un movimiento campesino en Bolivia. En: *Bolivia, la fuerza histórica del campesinado*, La Paz, UNSRID/CERES, p. 205-243
- Dandler J., Anderson B., Leon R., Torrico J.
1982 *Economía campesina en los valles y serranías de Cochabamba: procesos de diversificación y trabajo*. Cochabamba, CERES, 133 p.
- Dandler J., Medeiros C.
1985 *Migración temporal de Cochabamba a la Argentina*. Cochabamba, CERES, 70 p.
- Dandler J., Munoz J.
1987 La problemática agroalimentaria en Bolivia. En: *Estudios rurales latinoamericanos*, 10 (3): 313-326
- DANDLER J., BLANES J., PRUDENCIO J., MUNOZ J. A.
1987 *El sistema agroalimentario en Bolivia*. Documento CERES, 210 p.
- DASGUPTA B.
1982 La migración rural-urbana y el desarrollo rural. En: Balan J., (Ed.): *Poblaciones en movimiento. Una perspectiva comparada de la dinámica de migración internacional*, UNESCO, 18 p.

DAZA G.

- 1986 *Aprovechamiento biológico de los alimentos en Bolivia. En: Alimentos para todos: propuestas par un sistema de seguridad alimentaria en Bolivia, La Paz, UNICEF, p. 579-611*

DEHEZA G.D.

- 1991 *Estudio socio-económico del área del proyecto Laka Laka. Cochabamba, CIDRE, 243 p.*

DELAINE B.

- 1979 *Community in Chapare. La Paz, CERES, 36 p.*

DELAUNAY D.

- 1991 *Les migrations dans l'espace démographique équatorien. En: Migrations, changements sociaux et développements, Paris, ORSTOM, Coll. Colloques et Séminaires, p. 145-159*

DELEIGNE O.

- 1994 *Étude sur les migrations dans la sierra équatorienne. Type, raisons, stratégies et perception du phénomène (L'exemple de la région de Bolívar). Maestría en Geografía Tropical, Univ. Bordeaux III, 134 p.*

DELGADO L.

- 1991 *Production alimentaire et reproduction sociale. L'alimentation dans le processus de transition des communautés paysannes péruviennes. Tesis de doctorado en sociología, IEDES, Univ. Paris I, 354 p.*

DELPEUCH B.

- 1992 *L'enjeu alimentaire Nord-Sud. Paris, Syros/ Alternatives, 144 p.*

DELTHEIL BELLOUR M.

- 1980 *L'occupation de l'Est bolivien: son impact sur la société nationale. Mémoire de DEA; Toulouse, 187 p.*

DEMELAS D.

- 1980 *Nationalisme sans nation: la Bolivie aux xixe et xxè siècles. Toulouse, CNRS, 227 p.*

DEPARTAMENTO NACIONAL DE NUTRICIÓN (DNN)

- 1967 *Resultados de las encuestas nutricionales realizadas en Santiago de Llallagua (región del Altiplano) y San Benito (región del Valle). La Paz, Ministerio de Salud Pública, 75 p.*

- 1981 *Hábitos alimentarios y algunos patrones culturales frente a la alimentación complementaria, lactancia materna, diarrea y bocio. Áreas rurales de Bolivia.* La Paz, Dirección de Planeamiento Social, 56 p.
- DESJARDINS A.
- 1987 *Coca in, Coca out in Bolivia.* En: *Cahiers des Amériques Latines*, 6: 13-31
- DOIG RODRIGUEZ E.
- 1994 *Entre el campo y la ciudad: estrategias migratorias frente a la crisis.* Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 147 p.
- DOLLFUS O.
- 1981 *Des paysanneries minoritaires.* En: *Études rurales*, 81-82: 7-24
- 1981 *El reto del espacio andino.* Lima, IEP, 141 p.
- DOMENACH H., PICOUET M.
- 1987 *Le caractère de réversibilité dans l'étude de la migration.* En: *Population*, 3: 469-484
- DREVON J. J., TRECHE S.
- 1976 *Développement du capitalisme agraire en Bolivie.* En: *Tiers monde*, 67: 699-720
- DUPONT V., DUREAU F.
- 1994 *Rôle des mobilités circulaires dans les dynamiques urbaines. Illustration à partir de l'Équateur et de l'Inde.* En: *Tiers monde*, 35 (140): 801-829
- DUPONT V., GUILMOTO C. Z.
- 1993 *Mobilités spatiales et urbanisation.* *Cahiers des Sciences humaines*, 29, (2-3): 279-296
- EASWOOD D. A., POLLARD H. J.
- 1987 *Lowland colonisation and coca control in Bolivia.* En: *Singapore journal of tropical geography*, 36: 15-25.
- ERESUE M., GASTELLU J. M., MALPARTIDA E., POUPON H.
- 1990 *Agricultura andina: unidad y sistema de producción.* Lima, Horizonte, 499 p.
- ESTELLANO W.
- 1988 *Bolivia: hacía una segunda reforma agraria.* En: *Nueva sociedad*, 93: 39-50

FARRELL G., PACHANO S., CARRASCO H.

1988 *Caminantes y retornos*. Quito, IEE, 141 p.

FIELOUX M.

1985 Développement, émigration masculine et travail féminin. Le cas des femmes Toucouleur de la région de Damga (Sénégal). En: *Femmes et politiques alimentaires. Actes du séminaire international. La place des femmes dans l'autosuffisance et les stratégies alimentaires*, 14-18 janvier 1985, ORSTOM, Coll. Colloques et Séminaires: 328-344.

FIGUEROA A.

1981 *La economía campesina en la sierra del Perú*. Lima, PUC, 268 p.

FIORAVANTI-MOLINIÉ A.

1975 Contribution à l'étude des sociétés étagées des Andes: la vallée de Yucay (Pérou). En: *Études rurales*, 57: 35-59

1978 La communauté aujourd'hui. En: *Annales* (Paris), 5-6: 182-195

1981 Variation sur un vieux thème andin: l'idéal vertical. En: *Études rurales*, 81-82: 89-107

FLORES G.

1986 Estado, políticas agrarias y luchas campesinas : revisión de una década en Bolivia. En: *Bolivia, fuerza histórica del campesinado*, La Paz, UNSRID/CERES, p. 443-543

FONSECA C., MAYER E.

1988 *Comunidad y producción en la agricultura andina*. Lima, Ed. Fomciencias, 212 p.

FONSECA G.

1992 Économie de la drogue: taille, caractéristiques et impacts économiques. En: *Tiers monde*, 131: 489-515

FOUCHER L. M.

1972 Le panorama démographique de l'Argentine. Doc. Univ. Buenos Aires, 36 p.

1987 Argentine: les migrations des pays limitrophes. En: *Tiers monde*, 18 (69): 136-148

FRANQUEVILLE A.,

1987a *Une Afrique entre le village et la ville. Les migrations dans le Sud-Cameroun*. Paris, ORSTOM, Coll. Mémoires, 646 p.

- 1987b Les stratégies alimentaires des acteurs locaux en Afrique et leurs conséquences sur la nutrition. En: *Terres, comptoirs et silos: des systèmes de production aux politiques alimentaires*. Paris, ORSTOM, série Colloques et Séminaires, p. 173-233.
- 1988 El consumo alimentario en Bolivia: elementos para una geografía de la alimentación. En: *Apuntes sobre el problema alimentario en Bolivia*. La Paz, Informe INAN/ORSTOM, p. 11-29
- 1995 L'espace andin préhispanique. En: Claval P. (éd.): *Ethnogéographies*, Paris, l'Harmattan, Coll. Géographie et Cultures, p. 77-92
- 1997 *La Bolivie. D'un pillage à l'autre*. Version provisoire d'un ouvrage à paraître en 2000, Presses universitaires du Mirail/IRD, coll. Hespérides, 297 p.
- 1998 Les paysans boliviens toujours menacés. En: *Agricultures* (Montrouge), 7: 55-62
- FRANQUEVILLE A., AGUILAR G.
- 1988 *El Alto de La Paz: migraciones y estrategias alimentarias en Bolivia*. La Paz, ORSTOM, 155 p.
- FRANQUEVILLE A., ALURRALDE R.
- 1988 El concepto de seguridad alimentaria y la realidad boliviana. En: *Informe N° 13 INAN/ORSTOM*, La Paz, p. 95-105
- FRANQUEVILLE A., LAURE J.
- 1988 Malnutrition et politique agro-alimentaire en Bolivie. En: *Cahiers des Sciences humaines*, 24 (2): 199-211
- FRANQUEVILLE A., PRUDENCIO J.
- 1988 ¿Seguridad o dependencia? Las importaciones en el sistema alimentario boliviano. *Informes N° 13 INAN/ORSTOM*, La Paz, p. 57-87
- FRANQUEVILLE A., LEON R., LA VEGA C., AGUERRE M.
- 1992 *El consumo alimentario en Bolivia*. Cochabamba, IDRC/CERES/ORSTOM, 222 p.
- FRANQUEVILLE A., VILLEGAS R.
- 1992 La consommation alimentaire dans les Andes de Bolivie: pratiques et représentations. En: *Tiers monde*, 33 (132): 849-859

GASTELLU J. M., TUPAYACHI E. B.

1994 Le marché dans les économies paysannes. En: *Cahiers des Sciences humaines*, 30 (1-2): 157-178.

GOLTE, J.

1987 *La racionalidad de la organización andina*. Lima, IEP, Colección Mínima, 124 p.

GONZALES DE OLARTE E.

1986 *Economía de la comunidad campesina*. Lima, IEP, 260 p.

GORDILLO J. M.

1988 El origen histórico del campesino en la región de Cochabamba. En: *Estructura económica regional y economía campesina*. Memoria de seminario, Cochabamba, p. 6-12

GREEN R.

1986 Modes de consommation et échanges alimentaires en Amérique latine. En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 81: 41-64

GURRIERI J.

1991 *Las migraciones desde los países limítrofes en Argentina*. Buenos Aires, OIM/OEA, Colección Curso interamericano sobre migraciones internacionales, 33 p.

GUTIÉRREZ H., HERNÁN F.

1981 Bolivie: graves problèmes socio-démographiques. En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 62: 21-37

HAERINGER P.

1968 L'étude des migrations par la biographie. En: *Cahiers des Sciences humaines*, 5 (2): 3-22

HARDINGHAUS N. H.

1989 Droga y crecimiento económico: el narcotráfico en las cuentas nacionales. En: *Nueva sociedad*, 102: 94-172

HARRIS O.

1978 El parentesco y la economía vertical en el ayllu Laymi (Norte Potosí). En: *Avances - Centro boliviano de estudios históricos y sociales*, 1: 51-64

HARRIS J., TODARO M. P.

1970 Migration, unemployment and development: a two sector analysis. En: *The American economic review*, March, p. 35-58

HATCH J. K.

- 1981 *Nuestros conocimientos: prácticas agropecuarias tradicionales en Bolivia. II - Región de los valles templados.* La Paz, MACA/AID/RDS, 450 p.

HAVET J.

- 1984 Formes directes et indirectes de domination paysanne: une étude de cas bolivienne. En: *Canadian journal of Latin American and Caribbean studies*, 7 (14): 35-56

HEALY K.

- 1988 Coca, the state and the peasantry in Bolivia: 1982-1988. En: *Journal of interamerican studies and world affairs*, 30 (2-3): 105-126

HEINIG K.

- 1982 Principales enfoques sobre la economía campesina. En: *Revista de la CEPAL*, Abril, p. 115-142

HUMAN RIGHTS WATCH/-AMERICAS

- 1996 *Bolivia under pressure. Human rights violations and coca eradication*, 8 (4), 36 p.

INDEC (INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS)

- 1997 *La migración internacional en la Argentina: sus características e impacto.* Buenos Aires, INDEC, Colección Estudios, 47 p.

INE (INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS)

- 1992 *Impacto de la hoja de coca y sus derivados en la economía boliviana.* La Paz, Departamento de cuentas nacionales, 26 p.

- 1993a *Censo 1992: resultados finales*, Cochabamba. La Paz, Ministerio de Planeamiento y Coordinación, Instituto Nacional de Estadística, 210 p.

- 1993b *Censo Nacional de Población y Vivienda, 1992. Resultados finales.* La Paz, Ministerio de Planeamiento y Coordinación, 180 p.

IZKO X.

- 1986 Comunidad andina: persistencia y cambio. En: *Revista andina*, 1: 59-95

JUNAC (JUNTA DEL ACUERDO DE CARTAGENA)

- 1987 *Tipología de la economía campesina en Bolivia.* La Paz, MACA, Colección Estudios rurales andinas, 245 p.

KOSTER G.

- 1981 *Räumliche Mobilität in Bolivien*. Aachener Geographische Arbeiten, 14, 51 p.

LABROUSSE A.

- 1985 *Le réveil indien en Amérique Latine*. Paris, Favre, 235 p.
- 1987 Drogue et politique internationale: le bouc émissaire bolivien. En: *La Revue Nouvelle*, 85 (1): 3-17
- 1988 *Économie politique de la coca-cocaïne*. Problèmes d'Amérique Latine, 62, 19 p.
- 1991a Vingt-cinq ans de montée en force de l'économie de la drogue en Amérique Latine. En: Baudot G., (éd.): *L'Amérique Latine, 25 ans de bouleversements. 1963-1988, actes du colloque international, 22-24 nov. 1988, N° spécial de Caravelle*, p. 46-65.
- 1991b *La drogue, l'argent et les armes*. Paris, Fayard, 477 p.

LA CADENA M. DE

- 1986 Cooperación y mercado en la organización comunal andina. En: *Revista andina*, 4 (1): 31-55

LANEUVILLE D.

- 1980 Economía del Valle Alto de Cochabamba y levantamiento campesino de 1974. En: *La problemática agraria en Bolivia y expansión del capitalismo*, Seminario. La Paz, 10-13 de junio, CERES, p. 12-54

LAPIEDRA A.

- 1985 *Roles y valores de la mujer andina*. Allpanchis, 21, 13 p.

LARIVIÈRE J. P.

- 1988 Une deuxième "nouvelle immigration" aux États-Unis. En: *Noréis*, 137: 5-18

LARSON B.

- 1984 *Explotación agraria y resistencia campesina*, Cochabamba, CERES, 213 p.
- 1992 *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia. Cochabamba, 1500- 1900*. La Paz, CERES/Hisbol, 435 p.

LASERNA R.

- 1982 *Constitución y desarrollo regional de Cochabamba*. Cochabamba, CERES, 159 p.

- 1983 Movimiento regional y estado (conflictos regionales en Cochabamba 1972-1982). En: *El poder de las regiones*, La Paz, CERES/CLACSO, p. 113-145
- 1984 *Espacio y sociedad regional*. La Paz, CERES, 187 p.
- 1995 Bolivia: l'économie de la drogue. En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 18: 83-99
- 1998 Bolivia: la politique antidrogue du gouvernement Sánchez de Lozada. En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 28: 85-107
- LASERNA R., FLORES G.
- 1985 Movimientos regionales en Bolivia. En: *Caravelle*, 44: 59-74.
- LATTES A.E., RECCHINI DE LATTES Z.
- 1991 *International migration in Latin America: patterns, determinants and policies*. Genève, ECE, UNFPA, 45 p.
- LAURE J.
- 1987 *Les paysans et la crise. Études des communautés rurales en Bolivie*. Paris, INAN/ORSTOM, 300 p.
- LE BOT Y.
- 1994 *Violence de la modernité en Amérique latine: indianité, société et pouvoir*. Paris, Karthala, Coll. Hommes et Sociétés, 291 p.
- LECOQ P.
- 1987 Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosi en Bolivie. En: *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 16 (3-4): 6-35
- LEDO G.C.
- 1991 *Urbanización y migración en la ciudad de Cochabamba*. Universidad Mayor de San Simón, Centro de Estudios de Población, OIT/PREALC/FNUAP, 2 vol. (278, 269 p.)
- LEDO G.C.
- 1985 *La migración internacional en Bolivia*. La Paz, Celade, 65 p.
- LEWIS W.A.
- 1954 *Economic Development with unlimited supplies of labour*. Manchester School of economic and social studies, 22 (2): 15-34
- LINCK T.
- 1985 *Le paysan dépossédé. Pouvoir et décision au Mexique*. Thèse doct. économie, Univ. Aix Marseille, 789 p.

LIVET R.

- 1969 *Géographie de l'alimentation*. Paris, les Éd. ouvrières, Coll. Développement et civilisations, 317 p.

LOCOH T.

- 1991 Structures familiales d'accueil et développement des structures familiales multipolaires en Afrique. En: *Migrations, changements sociaux et développements, 3e Journée démographique*, 20-22 sept. 1988. Paris, ORSTOM, Coll. Colloques et Séminaires, p. 279-295

MACHICADO F.

- 1986 Producción agrícola y consumo de alimentos. En: *Políticas de seguridad alimentaria, simposio internacional*, 13-14 de febrero de 1985, Ministerio de Planeamiento y Coordinación/ UNICEF, p. 118-137

MAC NEILL W. H., ADAMS R. S.

- 1978 *Human migrations: patterns and policies*. Indiana University Press, 442 p.

MAGUID A.

- 1995 L'immigration des pays limitrophes dans l'Argentine des années 80, mythes et réalité. En: *Revue européenne des migrations internationales*, 11 (2): 167-188

MALASSIS L., PADILLA M.

- 1982 *Typologie mondiale des modèles agro-nutritionnels*. Paris, INRA/ IAM, Coll. Études et Recherches, 86 p.

MALÈNGREAU J.

- 1995a *Sociétés des Andes. De l'empire aux voisinages*. Paris, Karthala, Coll. Hommes et Sociétés, 454 p.
- 1995b Migrations andines: ruptures et continuités sociales et ethniques. En: *Les Cahiers du CERCAL*, 17: 61-72

MALETTA H.

- 1980 *La fuerza de trabajo en Bolivia (1900-1976): análisis crítico de la información censal*. La Paz, Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral/OIT/UNFPA, 34 p.
- 1988 Agricultura y política económica en Bolivia: 1985-1987. En: *Debate Agrario*, 2: 87-130

MANSILLA F., TORANZA ROCA C.

1991 *Economía informal y narcotráfico*. La Paz, ILDIS, 113 p.

MARCO G. M. DE

1986 Extranjeros en la Argentina: cuantía y continuidad de los flujos inmigratorios limítrofes, 1970-1985. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 3: 323-350

MARCO G. M. DE, SASSONE S. M.

1994 *Extranjeros en la Argentina: pasado, presente, futuro*. Buenos Aires, Conicet-Priego, 568 p.

MARMORA L.

1992 Migraciones internacionales en la década del 90. Situación actual y perspectivas de políticas migratorias. En: *Seminario Migración internacional: su impacto en Centroamérica*. San José, 28-30 de mayo, Buenos Aires, OIM, 21 p.

MARTINEZ L.

1985 Migraciones y cambios en las comunidades indígenas de la Sierra. En: *Ecuador debate*, 8: 110-128

MEILLASSOUX C.

1975 *Femmes, greniers et capitaux*. Paris, Maspero, 251 p.

MERCADO B. D., DE LA FUENTE J. J., ROJAS V. L.

1990 *Producción y vida rural en las provincias Mizque y Campero (Bolivia)*. Cochabamba, CEFOIN/IESE, 253 p.

MICHAUD J., CARDENAS E., JORDAN W., HUANCA J., PEÑADERA C., PORTUGAL J.

1992 Migrantes "norpotosinos" en La Paz. En: *Textos antropológicos*, 3: 41-132

MILLER M.

1990 La politique de régularisation américaine (1986-1989): résultats et limites. En: *Revue européenne des migrations internationales*, 6 (1): 141-158

1991 La nouvelle loi américaine sur l'immigration: vers un modèle d'après-guerre froide? En: *Revue européenne des migrations internationales*, 7 (3): 31-37

MINISTERIO DE PLANEAMIENTO Y COORDINACIÓN BOLIVIANO

1992 *Proceso de urbanización en Bolivia como una expresión de la redistribución espacial de la población*. La Paz, 8 p.

MIRANDA I.

- 1988 Bolivia convertido en primer país experimental para sustituir cocales. En: *Hoy*, 6 de agosto: 7

MORALES J.

- 1991 Ajustes estructurales en la agricultura campesina boliviana. En: *Debate Agrario*, Julio-Sept.: 121-162

MORALES R.

- 1984 *Desarrollo y pobreza en Bolivia*. La Paz, UNICEF, 285 p.
1985 *Crisis económica en Bolivia*. La Paz, UNICEF, 122 p.

MORELLO G.

- 1987 *Migrations rurales vers les terres de colonisation en Bolivie*. Thèse doct., Paris III, 257 p.

MORLON P.

- 1992a Rendements obtenus par les paysans face à la recherche agronomique et à la vulgarisation. En: Morlon P. (éd.): *Comprendre l'agriculture paysanne dans les Andes centrales*, Pérou, Bolivie, Paris, INRA, 522 p.

MORLON P.

- 1992b Parcelaires familiaux et dispersion des risques: l'exemple de l'Altiplano. En: Morlon P. (éd.): *Comprendre l'agriculture paysanne dans les Andes centrales*, Pérou, Bolivie, Paris, INRA, 522 p.

MUGARZA S.

- 1985 Presencia y ausencia boliviana en la ciudad de Buenos Aires. En: *Estudios migratorios latinoamericanos*, 1 (1): 98-106

MUÑOZ G., ALURRALDE J. C., ANDIA M.

- 1991 *Explotación y manejo pecuario en el área del proyecto múltiple Laka Laka*. Cochabamba, CIDRE, 39 p.

MUÑOZ G., CONDORI A.

- 1991 *Agricultura en el área del proyecto múltiple de Laka Laka*. Cochabamba, CIDRE, 27 p.

Muñoz J. A., Dandler J.

- 1986 Importancia del campesino en los sistemas de comercialización de alimentos en Bolivia. En: *Alimentos para todos: propuestas para un sistema de seguridad alimentaria en Bolivia*. UNICEF, p. 551-577

MURRA J. V.

- 1972 El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En: Murra J. V. (éd.): *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562 por Iñigo Ortiz de Zuñiga, Huánuco*. Universidad nacional Hermilio Valdizán, t. II, p. 59-115

NCHS (NATIONAL CENTER FOR HEALTH STATISTICS)

- 1976 *Growth charts*. United States Department of Health, Education and Welfare, Public Health Service, Health Resources Administration, Rockville, HRA, 76-1120, 25 (3)

NELSON G.

- 1988 Migración y estructuras sociales en una comunidad campesina: Catahuasi. En: *Políticas agrarias y estrategias campesinas en la cuenca del Cañete*, UNA/IFEA, Lima, p. 159-175.

OECO/OCDE

- 1992 *Tendances des migrations internationales*. INFORME Somepi, 53 p.

ORELLANA A. C., ZANNIER J. C. C.

- 1983 *Bolivia: coca cocaína*. La Paz, Los Amigos del Libro, 480 p.

OROZCO J. L.

- 1990 *L'affaire des illégaux profite à qui? L'émigration des paysans de los altos de Jalisco (Mexique) vers les États-Unis. Causes et conséquences économiques*. Thèse doct., Études latino-américaines, Univ. Paris III, 2 vol., 837 p.

ORSATTI A.

- 1983 *Migraciones laborales en Argentina*. Washington, Secretaría general de la OEA, 59 p.

PACHANO S.

- 1985 Migración desde un pueblo serrano: Gaytacama. *Ecuador Debate*, 8: 110-128

PACHECO M.

- 1982 El área andina de Chuquisaca: un enfoque alimentario y nutricional de la población campesina. En: *Políticas agrarias y sobrevivencia campesina en ecosistemas de altura*. Seminario de Quito, 23-26 de marzo, CEPAL/PUNUMA: 3-100

PEEK P.

- 1982 La transformación agraria y la emigración rural. En: Balan G. (Ed.): *Población en movimiento, una perspectiva de la migración interna*. Buenos Aires, UNESCO, p. 64-77

PELLEGRINO A.

- 1992 La migración internacional de latinoamericanos en los censos de los 80. En: *Migración internacional: su impacto en Centroamérica*. Seminario, San José, 28-30 de mayo de 1992 Facultad de Ciencias Sociales de Montevideo, 47 p.

PEREZ C.

- 1992 Tendencias migratorias en las áreas de producción de coca en Cochabamba, Bolivia. En: *Drogas y Sociedad*. Síntesis del seminario sobre narcotráfico y sociedad. CLACOS/CERES, p. 11-19

PICQUET M.

- 1991 Transformación de la mobilité dans les années récentes: évolution des approches et méthodes. En: *Migrations, changements sociaux et développement. 3e Journée démographique*. Paris, 20-22 sept. 1988, ORSTOM, p. 13-22

PICOUET M., NIEDWORK N., PELLEGRINO A.

- 1989 *Movilidad internacional del Uruguay: ensayo metodológico y propuesta de un esquema general de observación*. Montevideo, dirección General de Estadísticas y Censos, 86. P

PILOU M., PONTIE M.

- 1991 Développement inégal et mobilités. En: *Migrations, changements sociaux et développement. 3e Journée démographique*. Paris, 20-22 sept. 1988, ORSTOM, p. 103-125

PIZARRO R. A.

- 1990 *Diagnostico socio-económico de la población del Chapare*. Cochabamba, Documento PDAR, 90 p.
- 1991 *¿Qué sabemos del Chapare?* Cochabamba, CERES/CLACSO, 61p.
- 1992 *Los terratenientes de Cochabamba*. Cochabamba, CERES/FACES, 135 p.

PLATT T.

- 1982 The role of Andean ayllu in the the reproduction of the petty commodity regime in nothern Potosí. En: Lehman T. (Ed.): *Ecology and exchange*, p. 27-69.

POINARD M.

- 1991 *Les portugais dans l'émigration: une géographie de l'absence*. Thèse doct., Univ. Toulouse Le Mirail, 630 p.

PRATLONG, G.

- 1989 Individualisme et échanges dans la culture andine traditionnelle. En: *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 18 (1): 15-46

Presencia del martes 9 de marzo de 1993 — *Campesinos bolivianos, los más pobres en el mundo*. La Paz, p.12

Preston D.A.

- 1980 Rural emigration and the future of agriculture in Ecuador. En: Preston, D. A. (Ed.): *Environment, society and rural change in Latin America*. Chichester – New York, J. Wiley, p. 195-208

PROGRAMME DES NATIONS UNIES POUR LE DÉVELOPPEMENT (PNUD)

- 1996 *Rapport mondial sur le développement humain*. Paris, *Economica*, 251 p.

PRUDENCIO J.

- 1986 La estructura del consumo de alimentos, En: *Debate Agrario* 6: 7-32

- 1988 *Alimentos donados*. *Debate Agrario* 12, 123 p.

PRUDENCIO J., VELASCO M.

- 1988 *La defensa del consumo: crisis de abastecimiento y estrategias de sobrevivencia*. La Paz, CERES, 271 p.

QUIROGA, J. A.

- 1985 Campesino, coca y agricultura. En: *Debate Agrario*, 10: 7-30

- 1989 Paradoja de una responsabilidad compartida. En: *Nueva Sociedad*, 102: 169-172

- 1990 *Coca/cocaína. Una visión boliviana*. La Paz, AIPE/PROCOM/CEDLA/CID, 129 p.

- 1990 *Seguimiento a la comercialización de productores agropecuarios en el área del proyecto múltiple de Laka Laka*. Cochabamba, Informe interno CIDRE, 30 p.

RAMOS O. J.

- 1993 Movilidad de la mano de obra en el Mercosur. En: *Contribuciones*, 2: 67-76

RAPADO J. R.

1982 Emigraciones internacionales de Bolivia. En: *Emigraciones laborales en el grupo andino-Haití*. Seminario 15-17 de febrero de 1981. OEA. p. 10-48

1989 Migraciones en Iberoamérica: limítrofes en Argentina y colombianos en Venezuela. En: *Estudios territoriales*, 30: 63-73

RAVENSTEIN, E.C.

1985 The laws of migration. En: *Journal of the Royal Statistical Society*, p. 167-235

REBORATI C.

1988 Migrations de travailleurs Andes-Piedmont et articulation de types agraires dans le nor-ouest e l' Argentine. En: *Revue de géographie alpine* 76: 75-81

REMENTEIRA I. DE

1981 *La economía campesina y el mercado agropecuario*. Estudios rurales latinoamericanos 4 (3), 32 p.

REYE U.

1987 *La colonización agrícola en el departamento de Santa Cruz: características, evaluación y perspectivas*. Debate Agrario 7, 102 p.

REY-GIRAUD G.

1987 *Agriculture paysanne et circuits commerciaux en Bolivie: la province de Cochabamba*. Thèse doct. Univ. Toulouse Le Miail, Institut de Géographie, 159 p.

RIVERA, A. R.

1988 Campesinado aldeano y parcelario: problemas conceptuales y de desarrollo rural. En: *Boletín de estudios latinoamericanos y del Caribe*, 45: 51-67

RIVERA R., MOLINA R.

1983 *Desarrollo campesino y estrategias de supervivencia*. Campesino y tecnología campesina. Primer seminario latinoamericano, Punto de Tralca, 16-20 de octubre, GIA-CLACOS, 18 p.

RIVIERE D'ARC H.

1991 Vingt-cinq ans de recherches sur les questions agraires et la colonisation agricole en Amérique Latine. En: Baudot G. (éd): *L'Amérique latine, 25 ans de bouleversement 1963-1988*, N° spécial de *Caravelle*, p. 77-90

RIVIERE G.

1981 Les zones de colonisation en Bolivie. En: *Problèmes d'Amérique Latine*, 62: 26-35

1986 *Cambios sociales y pentecostalismo en una comunidad aymara*. La Paz, Fe y Pueblo, 14: 24-30

ROCA P. J.

1987 Différentes approches es systèmes agraires. En: *Terres, comptoirs et silos: des systèmes e production aux politiques alimentaires*. Paris, ORSTOM, coll. Colloques et Séminaires, p. 75-94

ROCABADO F.

1989 *Bolivia: situación alimentaria y nutricional*. Cuadernos de vigilancia nutricional SVEN No. 7, Departamento de Vigilancia Epidemiológica Nutricional, dirección Nacional de Nutrición y alimentación, Ministerio de Previsión Social y Salud Pública, La Paz, 47 p.

RODAS H.

1985 Migración campesina en el Azuay (Ecuador). En: *Ecuador debate*, 8: 6-25

ROJAS R.

1991 *Diagnóstico de la elaboración artesanal de chicha en el área del proyecto múltiple de Laka Laka*. Cochabamba, Informe interno CIDRE, 52.p.

ROMERO R.

1990 *Pitaj kanman kaypy*. Trabajo de investigación colectivo. Facultad de Sociología de Cochabamba, 124 p.

RUDEL C.

1995 *La Bolivie*. Pais, Karthala, coll. Méridien, 224 p.

RUSSO R.

1993 Inmigración masiva a la argentina, El sueño del primer mundo. En: Suplemento Metrópolis de *Página 2*, viernes 5 de noviembre

SAENZ S, DI PAULA J.

1981 Precisiones teórico-metodológicas sobre la noción de estrategias de supervivencia. En: *Demografía y economía*, 15 (2): 10-56

- SAGE C.
1984 Intensification, commodity relations, agricultural specialization and differentiation in the Cochabamba serranía. En: *Bulletin of Latin American Research*, 3 (1): 81-97
- SAIGNES T.
1978 De la filiation à la résidence: les ethnies dans les vallées de Larecaja. En: *Anthropologie historique des sociétés andines. N° spécial de Annales* (Paris), 5-6: 1160-1177
- SAIGNES T.
1992 Boire dans les Andes. En: *Cahiers de sociologie économique et culturelle*, 18: 53-62
- SAIGNES T., BOURLIAUD J.
1992 La coca: entre la tradición y la actualidad. En: *Revista UNITAS*, 8: 31-41
- SÁNCHEZ-PARGA J.
s/f Estrategias de sobrevivencia. En: *Estrategias de sobrevivencia en la comunidad andina. N° especial de Cuaderno de discusión popular*, 8: 9-58
- SANTAMARÍA D.J.
1986 Migración laboral y conflicto interétnico. El caso de los migrantes indígenas temporarios a los ingenios azucareros saltojujeños. En: *Estudios migratorios latinoamericanos*, 3: 357-375
- SASSONE S. M.
1987 Migraciones ilegales y amnistías en la Argentina. En: *Estudios migratorios latinoamericanos*, 6-7: 249-289
- SAUTIER D.
1989 Risques agricoles et risques alimentaires: remarques sur un exemple andin. En: Eldin, Milleville P. (éd.): *Le risque en agriculture*. Paris, ORSTOM, coll. À travers champs, p. 395-405
- SAUTIER D.
1991a *Caractéristiques agricoles, alimentaires et nutritionnelles des populations andines de la haute vallée du Cañete (Pérou)*. Thèse doct. Univ. Paris VI, 215 p.
- SAUTIER D.
1991b Facteurs associés au retard de croissance dans una vallée andine. En: *Santé (Montrouge)*, 1 (5): 388-396

SAUTIER D., AMEMIYA I.

1988 Sistemas alimentarios y estado nutricional en comunidades campesinas de Yauyos. En: *Políticas agrarias y estrategias campesinas en la cuenca del Cañete*. Lima, UNA/IFEA, p. 99-132

SIMON P.

s/f *Migración desde un puerto serrano: Gaytacama*. (Ecuador). Ecuador debate, 8, 23 p.

SOUTH B. R.

1987 Coca in Bolivia. En: *Geographical Review*, 1 (77): 28-40

SPOERER S.

1986 Pentecôtisme et religiosité populaire au Chili. En: *Problème d'Amérique Latine*, 81: 97-109 *Statistical Abstract of Latin America*, 1992 - Vol. 29, part 1, University of California.

SVEN (SISTEMA DE VIGILANCIA EPIDEMIOLOGICA NUTRICIONAL)

1986 La Paz, Ministerio de Previsión Social y de Salud Pública. *Boletín del sistema de vigilancia epidemiológica nutricional*, 1 (1-4)

1987 La Paz, Ministerio de Previsión Social y de Salud Pública. *Boletín del sistema de vigilancia epidemiológica nutricional*, 2 (1-4)

TAJIMA H.

1995 El caso de los nikkeis dekaseguis brasileros, epruanos, bolivianos y paraguayas en Japón. En: *Estudios migratorios latinoamericanos*, 30: 403-429

TAPIA M.

1986 *Guía metodológica para la caracterización de la agricultura andina*. Lima, PISCA/ILCA/CIID, 115 p.

THUMERELL P. J.

1986 *Peuples en mouvements. La mobilité spatiale des populations*. Paris, SEDES, coll. Dossiers des images économiques du monde, 318 p.

TREMOLIERES J.

1959 Vues actuelles sur les standards nutritionnelles pour juger una ration alimentaire. En: *Revue européenne de nutrition et de diététique*, 1 (1): 4-26

URIOSTE M.

1992 *Fortalecer las comunidades. Una utopía subversiva, democrática... y posible*. La Paz, AIPE/PROCOM/TIERRA, 257 p.

URIOSTE M., CORDOVA F.

1984 *El estado campesino*. La Paz, CONCO/ILDIS, 312 p.

URQUIDI A.

1982 *Las comunidades indígenas en Bolivia*. La Paz, Juventud, 257 p.

VALDEZ E.

1994 *Santé et médecine populaire en Bolivie*. Paris, IUED-Karthala-Patiño, 308 p.

VERLARDE CHAVEZ J. F.

1986 Marco general para la discusión de una política de seguridad alimentaria en Bolivia. En: *Debate Agrario*, 6: 33-71

VELLARD J.,

1963 *L'expérience agraire de la Bolivie*. En: *Cahiers d'Outre-mer*, 62: 201-213

VILLEGAS-MALDONADO R.

1982 *Estudio comparativo de los alimentos consumidos en el hogar dentro de la estructura de la canasta familiar*. Tesis en carrera de nutrición y dietética. UMSA, La Paz, 148 p.

VILLEGAS-MALDONADO R.

1986 Estandarización de pesos y medidas de alimentos. En: *Alimentos para todos: propuestas para un sistema de seguridad alimentaria*. La Paz, UNICEF, p. 531-550

VIMARO P.

1991 Migrations et dynamique familiale: éthique du lieu social ou logique de fragmentation. En: *Migrations, changements sociaux et développements*. Paris, ORSTOM, coll. Colloques et Séminaires, p. 203-213

WACHTEL N.

1990 *Le retour des ancêtres. Les indiens Urus de Bolivie XXe-XXIe siècle. Essai d'histoire régressive*. Paris, Gallimard, 689 p.

WATERLOW J. C.

1977 The presentation and use of height and weight for comparing the nutritional status of groups of children under the age of 10 years. En: *Bulletin of the World Health Organization*, 55 (4): 489-498

WEIL C.

1983 Migration among landholdings by Bolivian campesinos. En: *Geographical Review*, 73 (2): 183-197

WEISSE J. S.

s/f La comunidad indígena de Pucana, Perú. En: *América indígena*, 21 (1): 14-37

Zeballos H., Mamani M., Paz D., Villegas R.

1987 *Tipología de la economía campesina en Bolivia*. La Paz, MACAJUNAC, Colección Estudios rurales andinos, 243 p.

ZELINSKY W.

1971 The hypothesis of the mobility transition. En: *Geographical Review*, 61 (2): 219-249

Zimmerer K. S., Muñoz G.

1991 *Características socio-económicas, uso de la tierra y erosión de suelos en las comunidades de la cuenca del río Calicanta*. Cochabamba, Informe CIDRE, 35 p.

ZOOMERS A.

1998 Titulando tierras en los Andes bolivianos: las implicaciones de la ley INRA en Chuquisaca y Potosí. En: Zoomers A. (Ed.): *Estrategias campesinas en el surnadino de Bolivia. Intervenciones y desarrollo rural en el Norte de Chuquisaca y Potosí*. La Paz, KIT/CEDLA/CID, p. 456-471

Anexo 1:

Métodos de investigación

La mayoría de los datos que forman el corpus del estudio, son el resultado de un seguimiento socioeconómico realizado durante un año en 18 familias que viven en las dos zonas de estudio (comunidad de altura y pueblos de valle).

Elección de la muestra de familias

En los pueblos de los fondos de valle (Santa Rosa y Arbieto), en los que predomina la migración internacional, me basé en una encuesta del CIDRE realizada en 1990 en 14 pueblos del Valle Alto (G. Deheza, 1991). Retomando los datos brutos de la encuesta, elaboré una tipología de familias a nivel de los dos pueblos elegidos. Utilizando tres criterios determinantes (la composición familiar, las superficies de tierra disponibles y la presencia o ausencia de migrantes en el hogar), distinguí entre tres grupos de los cuales fueron seleccionadas nueve familias. El siguiente cuadro indica las características de cada uno de los grupos.

Identificación de las familias de Santa Rosa y de Arbieto

Tipología	Nº y nombre del jefe de familia	Composición de la familia	Superficie de tierras	Migración
GRUPO I Superficie reducida, sin migración	Nº. 11 Ernan C. M. 40 años	7 miembros Madre: 45 años 4 hijos (14, 8, 8 y 3 años), 1 hija (5 años)	1.3 ha	Sin migración actual
	Nº. 15 Hilarion A. 63 años	9 miembros Madre: 63 años Hijo: 31 años Hija: 25 años Yerno: 42 años 2 nietos (15 y 9 años), 2 nietas (8 y 1 año)	0.3 ha	Sin migración actual
GRUPO II Superficie reducida o mediana, migración actual	Nº 12 Jorge L. 43 años	7 miembros Madre: 43 años 3 hijos (14, 10 y 7 años), 2 hijas (16 y 4 años)	0.6 ha	Migración del padre de familia hacia EE.UU.
	Nº 17 Rómulo C. 39 años	7 miembros Madre: 42 años 4 hijas (18, 14, 7 y 6 años), 1 hijo (8 años)	0.8 ha	Migración del padre de familia y de la hija mayor hacia Argentina
	Nº 19 Domingo V. 56 años	6 miembros Madre: 55 años 2 hijos (20 y 15 años), 2 hijas (19 y 16 años)	0.9 ha	Un hijo en Argentina
	Nº 18 Teófilo M. 52 años	6 miembros Madre: 48 años 3 hijos (18, 15 y 12 años), 1 hija (20 años)	2.2 ha	Una hija y un hijo en Argentina
GRUPO III Superficie extensa, migración actual	Nº 20 Tomás E. 46 años	7 miembros Madre: 44 años 2 hijos (15 y 4 años), 3 hijas (23, 15 y 13 años)	3 ha	Una hija en Argentina

Tipología	Nº y nombre del jefe de familia	Composición de la familia	Superficie de tierras	Migración
	Nº 16 Orlando S. 46 años	8 miembros Madre: 43 años 3 hijos (20, 18 y 15 años), 3 hijas (16, 12 y 8 años)	4.5 ha	Padre e hijo mayor en los EE.UU.
	No. 14 Ulises A. 62 años	8 miembros Madre: 42 años 5 hijas (16, 14, 14, 11 y 10 años), 1 hijo (18 años)	3.6 ha	Una hija y un hijo en Israel

Identificación de las familias de Pampa Churigua

Tipología	Nº y nombre del jefe de familia	Composición de la familia	Superficie de tierras	Migración
GRUPO I No migrantes	No. 7 Alejandro F. 45 años	8 miembros Madre: 40 años 4 hijos (15, 10, 4 y 2 años), 2 hijas (12 y 7 años)	7 ha	Sin migración
	Nº 6 Ponciano C. 34 años	7 miembros Madre: 32 años 3 hijos (11, 8 y 1 año), 2 hijas (13 y 12 años)	4.3 ha	Sin migración
GRUPO II Migrantes trabajadores agrícolas	No. 1 Juan M. 34 años	6 miembros Madre: 34 años 1 hijo (4 años), 3 hijas (12, 9 y 2 años)	3 ha	Migración del padre de familia
	No. 3 Fermín M. 42 años	8 miembros Madre: 40 años 5 hijos (19, 14, 12, 7 y 3 años), 1 hija (17 años)	5.5 ha	Migración del padre de familia y de los hijos mayores
	No. 5 Antonio C. 68 años	5 miembros Madre: 45 años 2 hijos (19 y 16 años), 1 hija (17 años)	8.5 ha	Migración de los hijos

Tipología	Nº y nombre del jefe de familia	Composición de la familia	Superficie de tierras	Migración
	No. 9 Santos M. 48 años	7 miembros Madre: 42 años 1 hijo (4 años), 4 hijas (14, 12, 8 y 6 años)	3 ha	Migración del padre de familia y de una hija mayor
GRUPO III Migrantes colonos	No. 2 Paulino C. 42 años	8 miembros Madre: 42 años 4 hijos (17, 13, 9 y 6 años), 2 hijas (15 y 11 años)	1.9 ha +10 ha en el Chapare	Migración de la familia
	Nº 8 Sinforoso M. 35 años	6 miembros Madre: 28 años 2 hijos (11 y 8 años), 2 hijas (13 y 5 años)	1.4 ha +10 ha en el Chapare	Migración de la familia
	No. 10 Ambrocio M.35 años	5 miembros Madre: 27 años 1 hijo (11 años), 1 hija (1 año) Hermana: 45 años	2.5 ha +5 ha en el Chapare	Migración del padre de familia y de un hijo

Los tamaños de las superficies de tierra son, evidentemente, relativos; fueron establecidos en función de la distribución de la propiedad promedio que existe en los pueblos. No he identificado familias que dispongan de una superficie extensa sin migración actual. Todas las familias seleccionadas están compuestas de un mínimo de cuatro miembros. Fueron seleccionadas además en función del destino de la migración (Argentina, Estados Unidos, Israel, etc.). En los pueblos de valle, la toma de contacto y el establecimiento de la confianza con los jefes de familia han sido menos problemáticos que en Pampa Churigua. Los dirigentes de los valles constituyeron lazos eficaces e indispensables para introducirme en las familias.

En la comunidad de altura (Pampa Churigua), en la que predomina la migración interna hacia el Chapare, la selección de las familias se efectuó a partir del censo previo que he realicé con un dirigente de la comunidad. Establecí una tipología en función del tipo de migración practicada (migrantes en ca-

lidad de colonos o de trabajadores agrícolas y no migrantes), que fue complementada por la variable propiedad de la tierra (tamaño del predio agrícola en Pampa Churigua). De una lista propuesta por los dirigentes de la comunidad, seleccioné a nueve familias correspondientes a tres grupos.

Desde los primeros contactos, la población manifestó una marcada desconfianza frente a mi trabajo de investigación. Algunas familias se negaron categóricamente a colaborar conmigo. En octubre de 1992, seis meses después del inicio del trabajo de investigación y momento en que se celebraban en Europa los 500 años del descubrimiento de América (para los campesinos sinónimo de la celebración de la esclavitud y del aniquilamiento de los pueblos indígenas), los dirigentes me negaron el acceso a la comunidad. En este periodo, las emisiones radiofónicas difundidas en quechua contribuyeron a sensibilizar y movilizar a las familias de la comunidad contra «*el retorno del patrón blanco que venía para recuperar sus tierras*». Es lo que motivó a una de las diez familias inicialmente seleccionadas a dejar de participar en mi trabajo de investigación. En el caso de las demás familias tuve que ganarme de nuevo su confianza (reunión de toda la comunidad y nuevamente explicación de las intenciones de la investigación).

Recolección de los datos

Identificación de las actividades, de la migración y de los flujos monetarios familiares

Encuestas cuantitativas

- Fuentes oficiales y censos propios

Los flujos migratorios en Bolivia y en la región de Cochabamba fueron evaluados a partir del censo nacional de población de junio de 1992 (INE). Paralelamente, realicé censos locales en los pueblos estudiados, con el fin de medir la amplitud o los factores de la selectividad de la migración.

- *Encuesta mensual*

Los datos respecto a los ingresos, gastos y ritmos migratorios de las familias fueron obtenidos por medio de una encuesta de 12 meses de duración (de marzo de 1992 a febrero de 1993) en las 18 familias seleccionadas, con el fin de conocer las variaciones estacionales de cada una de estas variables.

Utilicé cuestionarios llenados mensualmente, en la mayoría de los casos con las mujeres; estas entrevistas duraban entre una y dos horas. Este método de investigación requirió mucha paciencia y una gran disponibilidad de parte de las mujeres entrevistadas. Es por ello que sólo trabajé con las familias de las cuales sabía que podía terminar la encuesta anual. Fue necesario un largo periodo «de acercamiento y familiarización» con cada una de ellas (aproximadamente cuatro meses), lo que no impidió que dos familias me hayan «abandonado» en el transcurso de la investigación, mientras que había empezado el seguimiento con un total de veinte hogares. En un caso, se trata de una familia de Pampa Churigua (interrupción de las encuestas señalada más arriba). En el otro caso se trata de una familia de Santa Rosa que en el transcurso de la investigación se fue por varios meses a los Estados Unidos.

En cuanto a los ritmos migratorios de las familias de Pampa Churigua (migración temporal de los colonos o de los trabajadores agrícolas hacia el Chapare), entrevisté a los miembros presentes en el predio agrícola (madre de familia o hijos) acerca de las fechas de salida y de retorno de los miembros migrantes, su destino y el objetivo de la migración.

La evaluación de los niveles de ingreso fue una de las etapas más problemáticas de mi trabajo de campo. La desconfianza de la población frente a la solicitud de revelar su gestión monetaria me condujo a elaborar todo un conjunto de herramientas metodológicas ¡que a veces se asemejaban a una encuesta policíaca! Los montos de los ingresos monetarios, su procedencia, los miembros activos en la obtención de estos recursos y los lugares de venta de los productos del predio agrícola fueron anotados en cada viaje. Sin embargo, en la mayoría de los casos obtuve estos datos de manera mucho más

informal de lo que estaba previsto en el cuestionario inicial (durante una reunión familiar, una discusión «sin ton ni son», etc.).

En cuanto al registro de los gastos familiares, recurría a dos tipos de técnicas, según el nivel de educación de la madre de familia y su predisposición. Propuse a algunas un método participativo que consistió en anotar sistemáticamente todos sus gastos semanales, una tarea pesada generalmente asumida por la hija mayor que sabía escribir. Para las otras, tomando en cuenta las reducidas cantidades que suelen comprar, me basé sencillamente en la enumeración oral de los productos. El tipo de producto, las cantidades y el lugar de compra fueron entonces anotados sistemáticamente en cada relación mensual. Los precios de los productos comprados citados fueron verificados a intervalos regulares en los diferentes mercados frecuentados.

- La encuesta «en punteado»

Paralelamente al seguimiento mensual de estas 18 familias, que fue la principal fuente de información, presenté a los jefes de familia (en la mayoría mujeres) un cuestionario complementado progresivamente a lo largo del año. Este cuestionario permitió conocer las características socioculturales de la familia (composición y nivel de educación), el grado de equipamiento, la superficie de las tierras, el tipo y el tamaño del rebaño y el modo de control del predio agrícola familiar (tipos y sistemas de cultivo, mano de obra utilizada etc.). Las visitas a las parcelas con el jefe de familia y mi participación puntual en los trabajos agrícolas ayudaron a complementar o verificar los datos del seguimiento del predio (superficies cultivadas, volúmenes de producción etc.).

Métodos cualitativos

- Entrevistas e historias de vida

El método de entrevistas guiadas permitió obtener información respecto a las prácticas comunitarias sociales y cultura-

les (por ejemplo, entrevistas con dirigentes), por un lado, y a la biografía migratoria de las familias, por otro. Las entrevistas tenían una intensidad muy variable, según el grado de confianza establecido con la familia. La manera de elegir los temas abordados con cada una de ellas fue totalmente empírica, según el avance del trabajo de campo. Por el conocimiento progresivo del funcionamiento y de las lógicas familiares y comunitarias, que me hicieron tomar consciencia de la existencia de «realidades ocultas» (y poco accesibles cuantitativamente), procedí a una constante reorientación de las modalidades de investigación para obtener este tipo de información.

- Observación y participación

La simple observación fue indispensable no solamente para una mejor familiarización con la realidad «extranjera», sino también para verificar la información recogida (sobre todo respecto a los datos sobre el sistema de cultivo). La participación activa en la vida cotidiana familiar y comunitaria (trabajos agrícolas, ayuda en la preparación de las comidas, participación en las fiestas de la comunidad etc.) demostró ser de gran importancia para una mejor integración y la fiabilidad de las relaciones establecidas.

Encuestas sobre alimentación y nutrición

El consumo alimentario familiar también fue objeto de una relación detallada mensual (en total 12 días de consumo registrados en cada familia, es decir una por mes), según el método de regresión de las últimas 24 horas. Este método consiste en enumerar los tipos y las cantidades de los alimentos consumidos el día anterior, registrar el modo de obtención de cada uno, el número de consumidores presentes y su edad y sexo respectivos, con el fin de poder evaluar la ración alimentaria en los grupos de población considerados. Comparado con el método de pesar los alimentos de cada comida, una metodología más minuciosa y pesada, el método de 24 horas «tiende a sobresti-

mar los aportes escasos y de subestimar los aportes elevados, pero estos sesgos se compensan» (Sautier, 1991a: 48). La repetición de la encuesta, escalonada en el año, ha permitido obtener una evaluación más representativa del consumo alimentario familiar y captar su variación estacional.

Las cantidades de ingredientes que componen la comida, fueron proporcionadas según las medidas del lugar (tutuma, puñalada, canasta y casco), si no fueron indicadas directamente en peso por la madre de familia. Para obtener los equivalentes en gramos, pesé cierto número de productos utilizando una balanza de una precisión de un gramo. Para obtener los equivalentes en peso neto, me basé en los trabajos de R. Villegas Maldonado: *Factores de corrección y equivalencias de pesos y medidas de los alimentos crudos en Bolivia* (1986). Con el fin de afinar en la mayor medida posible mis resultados, tomé en cuenta los eventuales restos al final de cada comida, que generalmente se dan a los animales domésticos o que son consumidos más tarde en el día.

El tratamiento de los datos del consumo alimentario permitió calcular las cantidades netas consumidas, el valor nutricional de los alimentos consumidos, el número de raciones individuales requeridas en función de las características demográficas y los aportes nutricionales correspondientes.

El cálculo del equivalente en calorías y proteínas de los productos consumidos se realizó en base a un documento de síntesis de encuestas nacionales de seguimiento del consumo elaborado por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE): *Tabla de compilada de composición química de alimentos* (1992). Me limité a medir la adecuación calórica y proteica por la fuerte prevalencia de la desnutrición proteico-energética en Bolivia. El aporte nutricional se calcula en función del número de consumidores reales el día del registro, expresado en tasas de satisfacción en relación a las recomendaciones teóricas.

Aunque no existe seguridad respecto a las necesidades nutricionales del ser humano, en parte a causa de las condiciones de vida muy variables según las poblaciones consideradas (clima, altura, factores genéticos, etc.), me refiero a la tabla de

recomendaciones establecida por el Ministerio de Previsión Social y Salud Pública de Bolivia para la población boliviana. Elegí como indicador de referencia la cobertura nutricional de la unidad de consumo (la familia), antes que del individuo, ya que no se conocen los modos de distribución de los productos consumidos entre los miembros de la familia.

Los límites metodológicos

La ausencia de algunas familias o la falta de disponibilidad de las mujeres a veces hicieron imposible el registro sistemático mensual de los datos económicos. Esto fue especialmente el caso de los migrantes colonos de la comunidad de Pampa Churigua cuando se ausentaron durante un mes completo. Algunas informaciones (los ingresos y su procedencia y los periodos de migración) fueron registradas sin mayores dificultades durante mi siguiente estadía. En cambio, los otros datos de los meses que faltaban (gastos y consumo alimentario), fueron evaluados mediante la comparación con los promedios anuales.

La evaluación de los niveles de ingreso fue limitada por algunos obstáculos:

- el monto de los ingresos generados por la coca revendida a los traficantes presenta cierto grado de incertidumbre. Hubiera sido demasiado arriesgado verificar la exactitud de los datos directamente en el terreno, es decir en el Chapare, dada la violencia que experimenta esta región. Durante mis estadías en el Chapare, me limité a «explorar empíricamente» las actividades desarrolladas y los modos de vida de los colonos, lo que me permitió observar y comprender mejor las lógicas de los campesinos migrantes.

- respecto a la obtención de los ingresos monetarios productos de una lógica colectiva a nivel del núcleo familiar y a veces incluso a nivel del círculo de las familias extensas, fue difícil de evaluar los ingresos generados por la migración (especialmente los de los hijos). El seguimiento de los ingresos monetarios se basó en la buena voluntad de las madres de familia

para indicarme los montos de los que disponían en el transcurso del mes de la encuesta. En algunas familias de acceso más difícil, fue necesaria una reevaluación (basada en la observación y el conocimiento de las actividades y de los recursos de la familia, cruzando los datos con informantes más fiables, etc.). Los ingresos fueron además comparados con los gastos de las familias, un medio eficaz para detectar incoherencias en los resultados. En Pampa Churigua, el seguimiento de los ritmos migratorios mensuales de cada miembro de la familia y la duración de las estadias en el Chapare, permitió, tanto para los migrantes como para los trabajadores agrícolas, deducir el beneficio mínimo obtenido en función de los jornales comunes para los diferentes trabajos agrícolas.

En Santa Rosa y Arbieta, el menor «hermetismo» de las familias hizo que sea más fácil medir los niveles de ingreso. En cambio, yo no disponía de medios directos para verificar la veracidad de las declaraciones de las mujeres de migrantes que recibían el dinero de su marido. Por lo tanto, procedí simultáneamente a una investigación con informantes seguros, sabiendo que las lógicas migratorias son frecuentemente un «asunto público» en los pueblos y que la información especialmente respecto a los montos recibidos se difunde fácilmente.

También la medida de las coberturas nutricionales incluye cierto número de incertidumbres. Aunque traté de no falsificar los resultados, evitando realizar los registros de consumo en fechas no representativas de la vida cotidiana (días de fiesta, por ejemplo), puede suceder que uno o varios individuos hayan consumido uno o varios alimentos entre las comidas y fuera del círculo familiar, los cuales, por lo tanto, no fueron registrados. Por otra parte, la investigación del consumo alimentario según el método de la regresión de 24 horas no permite el mismo grado de precisión que la técnica del peso directo. Es muy difícil —o imposible— evaluar con exactitud la parte sobrante durante cada comida (las grasas de cocción, por ejemplo).

Asimismo, en mis cálculos no tomé en cuenta el consumo de chicha (que, sin embargo, es diario en los pueblos de valle),

cuyo aporte nutricional es indiscutible. Los individuos tienen mucha dificultad a evaluar su consumo diario. Además, éste concierne solamente a una o dos personas (el padre o la madre) y no puede ser traducido al conjunto de la familia.

Se debe señalar además otro punto: el consumo alimentario que medí, es el que calificamos como «diario» y que suponemos es representativo. Sin embargo, las fiestas comunitarias y familiares también son ocasiones para cambiar la alimentación cotidiana (consumo de carne, salsas, etc.) y pueden tener una función reguladora del aporte nutricional. No obstante, los momentos de fiesta, particularmente en las comunidades de valle, son extremadamente frecuentes. Por esta razón, las coberturas nutricionales pueden estar subestimadas.

Finalmente, he obviado generalmente el consumo de coca en forma de masticación. El estado actual de información no permite establecer con seguridad el aporte nutricional de este producto y conocer sus efectos sobre el organismo (Carter y Mamani, 1986). Teniendo en cuenta el conjunto de elementos, estimo que pueda haber un margen de incertidumbre del orden del 10%, límite que obliga a utilizar los presentes resultados con toda la prudencia requerida. El valor de las coberturas nutricionales es muy relativo y su utilización sólo es válida en términos de comparación entre las familias de la muestra.

Anexo 2:

Resultados de las encuestas

Cuadro 1 – Rotación de los cultivos en Pampa Churigua

Tipo de rotación	en % sobre el total de las parcelas observadas	Cultivos
1. Con descanso	81%	
Ciclo de tres años con un año de descanso	59%	33%: papa, trigo, descanso 14%: papa, maíz, descanso 8%: maíz, trigo, descanso 2%: alfalfa, arvejas, descanso 2%: trigo, trigo, descanso
Ciclo de cuatro años con un año de descanso	9%	Papa, maíz, trigo, descanso
Ciclo de cuatro años con dos años de descanso (seguidos o alternados)	11%	9%: trigo, descanso, trigo 2%: maíz, descanso, trigo, descanso
Descanso de larga duración (> 3 años)	3%	
2. Sin descanso	19%	
Ciclo anual	8%	3%: maíz 3%: trigo 2%: alfalfa
Ciclo de dos años	8%	3%: papa, maíz 3%: trigo, alfalfa 2%: arvejas, maíz
Ciclo de tres años	2%	2%: papa, maíz, trigo
Total	100%	97%

Fuente: Seguimiento de los predios agrícolas de Pampa Churigua (63 parcelas en total)

**Cuadro 2 – Tiempo de trabajo anual: maíz, trigo y papa
(para una arrobada de terreno, es decir 3.600m²)**

MAÍZ							
	Preparación	Siembra	Cuidado	Siega	Deshoje	Desgrane/ Almacenamiento	Tiempo total de trabajo
Santa Rosa/ Arbieto	4 h	5 h	45 h	32 h	80 h	32 h	198 h= 24.7 días
Pampa Churigua	6 h	15 h	55 h	32 h	80 h	32 h	220 h = 27.5 días
TRIGO							
	Preparación	Siembra	Cuidado	Siega	Deshoje	Desgrane/ Almacenamiento	Tiempo total de trabajo
Santa Rosa/ Arbieto	4 h	3 h	25 h	40 h	4 h	24 h	100 h= 12.5 días
Pampa Churigua	6 h	18 h	35 h	40 h	10 h	24 h	133 h= 16.6 días
PAPA							
	Preparación	Siembra	Cuidado	Cosecha	Tiempo total de trabajo		
Santa Rosa/ Arbieto	5 h	4 h	60 h	120 h	189 h = 23.6 días		
Pampa Churigua	24 h	16 h	60 h	120 h	220 h = 27.5 días		

Fuente: Seguimiento anual del predio agrícola

* Los datos indican tiempos promedio de trabajo calculados en base al conjunto de la muestra observada.

**Cuadro 3 – Tiempo de trabajo anual en las plantaciones de durazno
(superficie de 3.600 m², es decir 150 árboles)**

	Preparación	Cuidado	Cosecha	Tiempo anual total
Santa Rosa/Arbieto	48 h	152 h	640 h	840 h = 105 días

Fuente: Seguimiento anual del predio agrícola

Cuadro 4 – Ingresos anuales de las familias de Pampa Churigua y de Santa Rosa/Arbieto (en Bolivianos)

No. de familia	Trigo	Maíz	Papa	Durazno	Verduras	Animales	Queso	Artesanía	Transp.	Chicha	Migración	Trabajad.	Préstamo	Pensión o renta	Varios*	Total
1	645	0	0	0	0	445	0	210	0	0	1.117	0	680	0	930	4.027
2	385	0	433	0	0	395	0	0	0	0	4.895	225	0	0	0	6.283
3	987	0	60	0	0	160	0	860	0	0	1.290	0	780	0	2.190	6.327
4	Encuesta suspendida															
5	482	24	425	0	0	213	0	0	0	0	1.345	0	0	0	90	2.579
6	981	0	214	0	0	445	0	515	0	0	400	0	0	0	3.056	5.611
7	610	100	1.979	0	0	32	172	205	0	0	190	180	200	0	952	4.620
8	230	0	45	0	0	375	0	0	0	190	5.485	0	800	0	480	7.605
9	514	195	0	0	0	360	0	0	0	20	1.100	0	100	0	1.500	3.789
10	482	90	240	0	0	1.440	0	320	0	0	1.325	0	0	0	3.000	6.901
11	0	0	0	0	0	0	770	0	0	0	800	1.025	2.200	0	1.280	6.075
12	0	0	0	215	1.124	0	2.762	420	0	0	8.040	319	2.210	0	0	15.396
13	Encuesta suspendida															
14	0	0	0	10.500	0	1.670	2.712	0	0	0	31.265	0	790	0	16.000	62.937
15	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2.934	860	6.738	1.050	11.582
16	325	0	0	2.770	10	1.211	110	0	0	435	34.201	0	4.700	0	42.990	86.752
17	0	0	0	0	0	788	424	0	0	4.000	20.200	74	4.590	0	8.000	38.076
18	0	0	0	0	0	960	642	60	0	0	6.462	255	10.048	0	0	18.427
19	0	0	0	0	0	750	0	168	1.852	870	1.600	0	5.752	6.026	24.000	41.018
20	0	0	0	7.500	500	7.500	3.211	0	4.980	3.600	3.560	0	350	0	6.000	37.201

Fuente: Seguimiento anual de los ingresos.

* Los ingresos varios conciernen a los ingresos monetarios de diferente origen, de carácter a menudo excepcional (alquiler de un cuarto, venta de material, préstamo para financiar una salida, colecta monetaria para financiar una fiesta familiar, etc.).

Cuadro 5 – Gastos anuales de las familias de Pampa Churigua y de Santa Rosa/Arbieto (en Bolivianos)

No. de familia	Alimentación	Ropa	Estudios	Transporte	Salud	Devolución de préstamos	Medio de producción	Comunidad	Otros	Total
1	734	220	287	302	0	1.044	850	66	427	3.931
2	366	468	336	206	11	0	984	107	1.045	3.524
3	945	875	134	685	0	230	625	128	2.271	5.896
4	Encuesta suspendida									
5	551	663	0	276	0	50	125	167	469	2.302
6	934	607	62	158	0	0	1.792	19	260	3.832
7	1.055	1.131	224	241	184	400	767	80	252	4.336
8	648	686	151	480	3	760	3.905	18	920	7.572
9	796	754	127	206	65	45	1.115	64	592	3.766
10	489	155	48	455	40	30	4.731	49	113	6.111
11	2.634	731	78	194	14	0	1.245	55	489	5.442
12	2.947	774	1.747	313	15	7.710	1.270	90	772	15.642
13	Encuesta suspendida									
14	5.698	2.327	362	1.394	804	23.790	5.609	44	20.935	60.966
15	2.974	626	291	217	38	1.945	473	0	1.736	8.229
16	5.147	2.038	1.096	673	4.128	39.840	4.538	20	29.105	86.586
17	4.097	471	351	280	7.608	18.674	1.827	70	5.710	39.090
18	5.088	1.062	226	436	385	4.340	2.007	11	4.969	18.526
19	6.074	696	1.308	594	457	12.000	2.279	45	16.943	40.398
20	6.248	3.825	1.819	1.266	352	6.399	8.292	20	6.248	34.470

Fuente: Seguimiento anual de los gastos familiares

Cuadro 6 – Registro mensual de la cobertura nutricional por familia (Santa Rosa/Arbieto y Pampa Churigua)

No. de familia	Enero		Febrero		Marzo		Abril		Mayo		Junio		Julio		Agosto		Sept.		Oct.		Nov.		Dic.	
	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2	1	2
Familias de Pampa Churigua																								
1	69	72	89	110	87	151	86	92	94	113	96	76	118	132	102	142	50	60	70	107	75	102	71	253
2	46	98	87	115	*	*	116	148	90	102	68	52	79	66	78	67	63	62	*	*	*	*	66	126
3	92	87	57	60	58	48	109	83	101	96	131	150	69	76	*	*	106	99	84	104	49	52	72	85
4	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*
5	95	87	54	53	106	61	104	94	117	115	112	124	117	91	106	107	68	64	65	60	42	39	46	44
6	57	50	70	60	98	181	139	170	83	82	144	154	89	121	96	106	62	83	89	106	70	78	75	109
7	74	118	72	109	63	61	76	81	69	63	96	100	94	104	60	82	79	105	70	75	44	33	81	95
8	54	46	133	121	45	40	111	131	78	100	125	135	88	80	51	61	77	92	*	*	*	*	43	40
9	113	77	90	78	117	116	59	73	44	35	95	104	60	48	72	65	57	53	*	*	*	*	75	78
10	39	45	131	177	100	173	105	90	122	95	161	127	139	114	98	85	130	86	104	79	106	88	89	70
Familias de Santa Rosa y de Arbieto																								
11	74	129	44	54	73	107	77	104	113	148	55	81	*	*	62	80	46	56	65	96	*	*	*	*
12	114	109	120	84	124	175	132	124	81	95	97	91	123	203	87	119	70	108	68	79	114	185	141	218
13	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*
14	84	119	141	206	122	162	95	126	113	132	134	144	92	120	74	80	55	94	93	371	115	132	*	*
15	64	60	84	74	116	164	128	157	*	*	87	107	117	161	*	*	112	122	138	182	88	122	83	108
16	66	114	133	153	94	146	141	185	91	216	133	225	177	223	97	141	83	154	79	107	51	81	59	100
17	57	74	116	185	83	142	90	160	79	155	85	135	76	149	106	185	77	160	*	*	40	73	*	*
18	68	60	111	200	85	131	102	145	93	133	104	154	98	170	79	227	59	102	85	142	56	109	64	161
19	91	153	98	147	76	144	66	158	91	156	50	72	78	93	75	108	55	99	102	130	64	100	60	75
20	*	*	138	315	85	130	82	107	113	233	211	302	90	119	143	222	77	133	86	132	60	101	68	242

1 = Cobertura calórica en relación a las recomendaciones

2 = Cobertura proteica en relación a las recomendaciones

**Cuadro 7 – Procedencia de los ingresos de las familias innovadoras
(Santa Rosa y Arbieto)**

Procedencia de los ingresos*	20	16	12	14
Venta de:				
Trigo	0%	1%	0%	0%
Leguminosas	2%	0%	0%	0%
Verduras	0%	0%	7%	0%
Duraznos	22%	5%	2%	22%
Otros productos	0%	0%	2%	0%
Animales	21%	3%	0%	3%
Queso	9%	1%	18%	6%
Ingresos generados en el predio	54%	10%	29%	31%
Chicha	10%	1%	0%	0%
Artesanía	0%	0%	3%	0%
Salario agrícola	0%	0%	2%	0%
Transporte	14%	0%	0%	0%
Préstamo*	1%	10%	14%	2%
Otros	11%	4%	0%	0%
Migración	10%	75%	52%	67%
Ingresos generados fuera del predio	46%	90%	71%	69%

**Cuadro 8 – Procedencia de los ingresos de las familias no innovadoras
(Santa Rosa y Arbieto)**

Procedencia de los ingresos*	11	17	18	19	15
Animales	0%	3%	5%	5%	0%
Queso	16%	2%	4%	0%	0%
Ingresos generados fuera del predio	16%	5%	9%	5%	0%
Chicha	0%	13%	0%	5%	0%
Artesanía	0%	0%	0%	1%	0%
Salario agrícola	21%	0%	1%	0%	25%
Transporte	0%	0%	0%	11%	0%
Pensión o renta	0%	0%	0%	35%	58%
Préstamo	46%	15%	54%	34%	8%
Otros	0%	0%	0%	0%	9%
Migración	17%	67%	36%	9%	0%
Ingresos generados fuera del predio	84%	95%	91%	95%	100%

Cuadro 9 – Ejemplos de trueque semi monetarizado

Productos intercambiados por las mujeres de Pampa Churigua	Valor monetario (en Bolivianos)	Productos recibidos por las mujeres de Pampa Churigua	Valor monetario (en Bolivianos)
9 kg de papa	12	5 litros de chicha 1 kg de azúcar quesos pan	5 2 2.4 0,5 Total 10
3 kg de papa	3.5	4 panes 500 gr de azúcar	0.5 1 Total 1.5
11 kg de papa	13	8 panes 1kg de fideos 8 plátanos un recipiente de metal	1 2 0.5 8 Total 11.5

Cuadro 10 – Estructura de la canasta alimentaria

Pampa Churigua		Santa Rosa y Arbieto	
Productos	Proporción en el presupuesto alimentario (en %)	Productos*	Proporción en el presupuesto alimentario (en %)
1 Fideos	19.6	1 Carne de res	17.8
2 Azúcar	15.5	2 Papa	13.7
3 Aceite	14	3 Pan	8.2
4 Arroz	7.7	4 Fideos	8
5 Pan	5.6	5 Azúcar	7.6
6 Carne de res	4.3	6 Arroz	6.7
7 Grasa	4	7 Aceite	5
8 Papa	3.2	8 Carne de pollo	2.7
9 Cebollas	3.1	9 Tomate	2.4
10 Zanahoria	2.8	10 Chicha	2.3
11 Ají	2.7	11 Cebolla	1.9
12 Tomate	2.7	12 Chuño	1.9
13 Plátano	2.4	13 Zanahoria	1.6
14 Canela	1	14 Maíz wilcaparu	1.2
		15 Carne de cordero	1.2
		16 Ají	1
		17 Arvejas	1

Fuente: Seguimiento anual de los gastos alimentarios, 1992-1993

*Se toman en cuenta los productos que captan mínimamente 1% de los gastos alimentarios.

Cuadro 11 – Migración y diferenciación del consumo de cereales en Pampa Churigua

Migración	Arroz y fideos consumidos por persona (en gramos/día)	Aporte calórico del arroz y los fideos (en %)	Trigo consumido por persona (en gramos/día)	Aporte calórico del trigo (en %)
Colonos	74	5.3	77	5.1
Migrantes trabajadores agrícolas	51	3.6	60	4
No migrantes	50	3	137	8.5

Fuente: Encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

Cuadro 12 – Venta de papa y niveles nutricionales en Pampa Churigua

Clasificación	No. de familia	Ingreso anual por persona (en Bolivianos)	Consumo diario de papa por persona (en gr)	Cobertura calórica (en %)	Cobertura proteica (en %)
Grupo 1: Prioriza la venta	7	660	1.360	73.4	85.6
	5	520	1.300	86.7	78.4
	2	790	1.420	76.9	92.9
	9	540	1.240	78.2	72.8
Grupo 2: Prioriza el consumo	8	1.270	1.020	80.6	84.2
	3	910	1.740	84.6	85.4
	6	940	1.400	89.3	108.4
	1	800	1.650	83.8	117.6
	10	1.730	1.730	110.4	102.5

Fuente: Seguimiento anual de los ingresos y encuestas sobre el consumo alimentario, 1992-1993

**Cuadro 13 – Migración y autosuficiencia alimentaria en Santa Rosa y Arbiato
(procedencia de los productos y de las calorías consumidas)**

Procedencia de los productos consumidos					
	Compra	Producción	Obsequio	Mink'a	Trueque
No migrantes	83%	15.5%	1.5%	0%	0%
Migrantes Argentina	88%	10.5%	1%	0.1%	0.4%
Migrantes EE.UU./Israel	66.5%	28.5%	0.5%	0%	4.5%
Procedencia de las calorías consumidas					
	Compra	Producción	Obsequio	Mink'a	Trueque
No migrantes	80%	15%	5%	0%	0%
Migrantes Argentina	88%	11.4%	0.5%	0.1%	0%
Migrantes EE.UU./Israel	76%	20%	0.5%	0%	3.5%

Fuente: Encuesta sobre el consumo alimentario, 1992-1993

**Cuadro 14 – Estructura de la alimentación según el criterio de la migración
(en calorías y proteínas consumidas)**

Tipo de migración	No migrantes	Migrantes Argentina	Migrantes EE.UU./Israel	No migrantes	Migrantes Argentina	Migrantes EE.UU./Israel
Productos	% Proteínas			% Calorías		
Cereales	43.5	33.3	33.7	45.7	41.6	40.4
Arroz	1.8	2.6	5.8	2.9	4	10.7
Pan	13.7	14.4	16	12.8	15.9	16.1
Fideos	19	7.7	4.3	19	9.2	5
Maíz	4.4	6.4	4.6	8.2	8.9	6.4
Tubérculos	24.1	18.5	16.5	28.3	26.1	23.4
Verduras	1	2.3	2.1	2.8	3.4	4.6
Leche	5.2	10.5	13.7	1.6	5.8	7.1
Carnes	24.3	32.8	32.7	5.9	9	8
Grasas	-	-	-	5.5	5.2	4
% importado*	32.4%	22	20.2	37	30	25

* Fideos, pan y aceite

Cuadro 15 – Migración y estructura de la canasta alimentaria de Santa Rosa y Arbieta

Productos*	Variable	Nº migrantes	Migrantes en Argentina	Migrantes hacia los EE.UU. e Israel
Arroz	gr/mes/persona	620	1.470	1.830
	% en el presupuesto	6	6	7
Fideos	gr/mes/persona	1.150	3.380	3.260
	% en el presupuesto	11.5	8	7.5
Papa	gr/mes/persona	9.210	10.020	11.850
	% en el presupuesto	20	12	14
Carnes	gr/mes/persona	330	1.830	1.430
	% en el presupuesto	9	18	17
Pan	gr/mes/persona	1.660	2.620	3.520
	% en el presupuesto	9	7	11
Aceite	gr/mes/persona	710	790	840
	% en el presupuesto	8	4	5

Fuente: Encuesta sobre el consumo alimentario, 1992-1993

*Los seis productos considerados son los que captan los gastos alimentarios más importantes.

Anexo 3:

Dossiers complementarios

Dossier 1. La pobreza rural en Bolivia

Bolivia es el país más pobre de América Latina, después de Haití. R. Morales (1984), por ejemplo, calculó que en los años 1980, el 80% de la población boliviana podía ser considerada como pobre; de ésta, el 60% eran indigentes y el 20% indigentes extremos, estos últimos representados por la población rural del país. En 1990, se estimaba el porcentaje de familias «pobres» en 71% y en 80% en el medio rural (Franqueville, 1997). Un informe del Banco Mundial de 1991 sobre la pobreza rural en el mundo confirmó el empeoramiento de las condiciones de vida de los campesinos bolivianos «pese a la aplicación del programa de ajuste estructural» (Urioste, 1992: 127-133).

En el censo de 1992, la mortalidad infantil fue del 75°/°° para el conjunto del país, pero del 58°/°° en los centros urbanos y del 94°/°° en el campo (INE, 1993b). En 1994, la tasa de desnutrición en el medio rural (relación peso/edad) fue del 20% en los niños de menos de cinco años, contra el 12% en la ciudad (Franqueville, 1998). Únicamente el 40% de la población boliviana tiene acceso a los servicios de salud, pero el déficit afecta todavía más a los medios rurales, donde se encuentra un médico para 10.000 habitantes, contra 2.564 para el conjunto del país (Franqueville, 1997).

Dossier 2. Ruralidad y migración en Bolivia

Bolivia sigue siendo un país eminentemente rural. De una población total de 6.344.400 personas en 1992, 2.684.000 vivían en el campo, es decir el 48% (INE, 1993b). A manera de comparación, recordemos que en Guatemala la población rural alcanza actualmente el 61%, el 44% en Ecuador, el 30% en Colombia y Perú, y el 27% en México.

El medio rural concentra una importante población indígena, que se caracteriza por practicar lenguas autóctonas todavía vivas: el aymara en el Altiplano, el quechua en los valles y el guaraní en las tierras bajas. En 1992, en el departamento de Cochabamba, el 74% de la población hablaba el quechua, contra el 84% en 1976. Paralelamente, el español está en fuerte expansión: en 1976, la proporción de «hispanizantes» fue del 68%. Actualmente, el 80.8% de los cochabambinos hablan español (también el aymara se está difundiendo: del 4.3% al 6.4%). Señalemos finalmente que el 18% de la población departamental no habla el quechua.

A partir de los años sesenta, la Bolivia rural vive profundas transformaciones. La urbanización del país, tardía en comparación con otros países de América Latina, ha conducido a un éxodo hacia las ciudades, sin que por ello se haya vaciado el campo. Entre 1976 y 1992, el crecimiento de la población urbana fue del 4.2% anual, mientras que el porcentaje de la población rural quedó estable con una tasa de crecimiento del 0.09%. Este proceso de urbanización, que se tradujo en el aumento del número de ciudades (49 en 1950; 99 en 1976 y 123 en 1992), concierne especialmente a Santa Cruz (6.4% de crecimiento anual), El Alto de La Paz (9.2%) y algunas ciudades de los valles, como Tarija. Asimismo, los centros urbanos de tamaño medio, es decir de menos de 20.000 habitantes, experimentaron un claro aumento. A nivel nacional, la tasa de crecimiento promedio de la población urbana entre 1976 y 1992 fue del 4.1%. La tasa de crecimiento en los departamentos de Santa Cruz y Cochabamba fue del 6.1 y del 4.6%, respectivamente, mientras que la de La Paz fue del 3.3% (INE, 1993b).

En cuanto a la ciudad de Cochabamba, la llegada de inmigrantes se aceleró a partir de los años ochenta, para alcanzar un pico en 1986. El peso demográfico de los migrantes pasó del 41% en 1976 al 49% en 1988 (Ledo, 1991). Sin embargo, en el censo de junio de 1992, esta proporción fue del 37%. Dicho de otra forma, la migración hacia la ciudad de Cochabamba ha disminuido.

A nivel nacional, es el Altiplano que ha sufrido el mayor éxodo (especialmente las regiones de Oruro y Potosí). El departamento de Cochabamba, en cambio, sigue siendo una de las pocas regiones atractivas del país, fenómeno debido en parte al boom de la coca en las zonas tropicales. Según el censo de 1992 (INE), la migración representa el 21% del crecimiento demográfico de este departamento, mientras que los nuevos residentes representan el 8% de la población total. La mayoría de los inmigrantes del departamento de Cochabamba provienen de Potosí, Oruro y La Paz. No obstante, el departamento de Santa Cruz sigue siendo el más atractivo del país. Los inmigrantes han contribuido al 38% de su crecimiento demográfico, representando el 18% de la población.

Al interior del departamento de Cochabamba, las zonas de altura (provincias Ayopaya, Tapacarí, Arque y Campero) experimentan una disminución de su población en valores absolutos. Las zonas intermediarias de los valles indican una población estable o un leve aumento. En cambio, las provincias tropicales del Chapare y de Carrasco muestran un fuerte crecimiento, con una tasa anual superior al 2%. Por lo tanto, hubo una transferencia de población de las zonas de altura y de los valles hacia las zonas tropicales.

Actualmente, la provincia del Chapare agrupa al 15% de la población rural del departamento, es decir a la proporción más importante. En 1990, el 82% de los residentes del Chapare eran originarios del departamento de Cochabamba, con una fuerte proporción proveniente de los valles (51.2%) y, en particular, del Valle Alto (17%) (Pizarro, 1991). Sin embargo, las regiones del Altiplano afectadas por la crisis económica y las fuertes sequías de los años ochenta, y en especial por el cierre de las minas del

Altiplano en 1986, no han escapado a la emigración hacia las zonas de coca. Entre 1975 y 1987, 25.000 familias de las regiones de La Paz, Oruro y Potosí abandonaron sus pueblos, lo que corresponde al 42% de los inmigrantes del Chapare (Aguilo, 1987b: 55-56).

Dossier 3. Un viejo debate: ¿el fin del campesinado?

Este estudio se inscribe en un debate teórico, ya antiguo, sobre el devenir de las sociedades campesinas en el contexto de la industrialización, la modernización y actualmente de la globalización de las sociedades contemporáneas. Desde el principio de los años sesenta existe abundante literatura sobre este tema. Esquemáticamente, se oponen dos tipos de interpretación:

Según la teoría marxista, el campesino es percibido como una categoría «residual» cuya expulsión es una condición del desarrollo del capitalismo. La generalización de la migración temporal, y especialmente la migración definitiva, es sólo la expresión de este proceso sociohistórico (Heynig, 1982). En los enfoques de filiación marxista (teorías de la dependencia y del desarrollo desigual), la migración es la expresión de la desestructuración –aunque no de la desaparición– del campesinado, que es mantenido «útilmente» en un estado de pobreza, de dominación y de subdesarrollo (Meillassoux, 1975; Amin, 1976). Así, según un estudio de 1987 (JUNAC), el 65% de las familias campesinas del país viven en condiciones de infrasubsistencia. Según la clasificación de P. Schejman, el 75% de la economía campesina boliviana estaría en «descomposición» (el umbral de «descomposición» está definido por la importancia de los ingresos extra agrícolas y especialmente de los ingresos generados por la emigración: cuando éstos representan un mínimo de 50% de los ingresos familiares, la unidad agrícola es considerada en «descomposición»).

Según las teorías «neoclásicas» de los años cincuenta y sesenta, como por ejemplo el modelo gravitatorio de E. C. Ravenstein

(1985) o el modelo «transicional o difusionista» de W. Zelinski (1971), los desequilibrios económicos y demográficos que marcan la organización del espacio, son factores determinantes de la migración. Ésta sería una consecuencia de la presión demográfica (Mac Neill y Adams, 1978) o también de las diferencias de los salarios entre zonas de un nivel de desarrollo desigual (Harris y Todaro, 1970). La emigración rural sería un mecanismo de equilibrio favorable al desarrollo del «sector moderno urbanizado e industrializado», el cual, al captar el excedente de mano de obra del campo, conduciría al mismo tiempo a una modernización e intensificación de los sistemas productivos agrícolas (Lewis, 1954).

Dossier 4. La cuestión agraria en la región de Cochabamba

En la región de Cochabamba, la cuestión agraria muestra características específicas en relación con el resto del país. La configuración de los espacios rurales de esta región fue particularmente afectada por la Reforma Agraria de 1953. En realidad, el desmantelamiento de las haciendas tuvo lugar mucho antes de la implementación de la reforma, dando lugar al surgimiento de un sector campesino independiente (los «piqueros»). G. Rey Giraud, retomando un estudio realizado en esta zona en 1948, subraya, por ejemplo, que la hacienda Chullpas situada en el Valle Alto y que contó con una superficie inicial de 1.200 ha, fue dividida en 260 predios agrícolas en menos de un siglo y medio. Justo antes de la Reforma Agraria, el 76% de estos predios pertenecían a pequeños propietarios campesinos, algunos también aparceros. El tamaño promedio de la pequeña propiedad familiar era muy reducido: el 86% de las familias cultivaban menos de 3 ha (Rey Giraud, 1987: 52).

Como herederos de una vieja tradición de lucha por la tierra, los campesinos de los valles de Cochabamba fueron los iniciadores de la revolución agraria de 1953. El primer sindica-

to agrario del país fue obra de los colonos de una hacienda del Valle Alto (la de Santa Clara), los cuales con la ayuda del Partido Político Revolucionario y profesores de la zona, obtuvieron mediante un decreto presidencial no solamente el derecho de organizarse en sindicatos, sino también el de alquilar las tierras de la hacienda y, posteriormente, de comprarlas. La Reforma Agraria fue declarada y celebrada en uno de los pueblos del Valle Alto (Ucureña), situado a 25 km de los pueblos de Santa Rosa y Arbieto (Barnes de Marschall y Torrico, 1973; Dandler, 1986).

La estructura agraria de la región sufre todavía hoy en día una desigual distribución de las tierras, con el fraccionamiento de la propiedad de la tierra en las montañas y los valles, así como predios agrícolas de tamaño medio o grande en el Altiplano (en promedio 20 ha). En la región tropical del Chapare, a partir de los años sesenta las tierras fueron distribuidas por el Consejo Nacional de Colonización (CNC) en el marco de las políticas de colonización del Oriente. Aunque una pequeña parte de estas tierras fueron distribuidas con motivo de la colonización dirigida, colonos provenientes de las tierras altas se apropiaron de la mayor parte de manera espontánea mediante el pago posterior de una cuota mensual (Rivière, 1981; Reye, 1987). Una parte de estos colonos se dedica actualmente al cultivo de la coca.

En Bolivia, la cuestión agraria tiene más que nunca actualidad. Con la Ley INRA de 1996, de acuerdo a los principios de la liberalización del mercado de la tierra, ésta se convierte en un bien alienable (excepto en el caso de determinadas tierras colectivas). Estas nuevas disposiciones no carecen de problemas en términos de derecho territorial. Por ejemplo, el «Proyecto Tierras Bajas del Este», financiado parcialmente por el Banco Mundial a partir de 1992, ha previsto en el plazo de cinco años el aprovechamiento de más de 300.000 ha de soya y trigo en el Oriente, en tierras ocupadas por comunidades indígenas (Franqueville, 1997). Desde su implementación, la Ley INRA es objeto de fuertes críticas por parte de los diferentes actores involucrados y particularmente por los sindicatos. En

octubre de 1996, 40.000 campesinos iniciaron una marcha de 30 días, reivindicando, entre otros, el rechazo a la libre venta de las tierras.

Dossier 5. Coca, cocaína y lucha antidroga en Bolivia

En América Latina, Bolivia no es el único país productor de hojas de coca y de pasta base de cocaína (ésta es el resultado de la primera fase de elaboración del clorhidrato de cocaína, cuyo principio consiste en pisar las hojas de coca secadas y mezcladas con diversos productos químicos). Con aproximadamente 70.000 ha de coca destinada al narcotráfico, Bolivia se encuentra en segundo lugar después de Perú, donde según las estimaciones existen 120.000 ha sembradas, 80.000 ha sólo en el Alto Huallaga. Las superficies pasaron de 75.000 ha en 1979 a 220.000 en 1989 (Labrousse, 1991b). Desde los años noventa, Colombia emerge igualmente como país productor de hojas de coca, tratando de asegurar la autonomía de abastecimiento en materia prima de la cocaína. Las plantaciones de coca están situadas en el Este del país, especialmente en la región de la Marraceña.

Desde los años ochenta, el cultivo de la coca destinada al narcotráfico, así como todas las actividades inducidas de transformación (transporte, «pisa», etc.), constituyen un medio de supervivencia para un gran número de bolivianos, especialmente en las zonas rurales. Estas actividades se han desarrollado en el Chapare, a donde llegan trabajadores temporales en los periodos de cosecha. A la fecha de nuestra investigación, los jornales usuales en el Chapare eran los siguientes: desmonte, quema y siembra (8 a 10 Bolivianos por día), cosecha de arroz (en productos, en dinero o una combinación de los dos), cosecha de coca (el pago, que depende del número de surcos cosechados por el trabajador agrícola, fluctúa entre 8 y 12 Bolivianos por día) y pisa de coca (entre 20 y 20 Bolivianos por noche).

La lucha contra la droga desencadenada a partir de 1985 por las instancias internacionales, Estados Unidos y los gobier-

nos de los países productores, plantea la pregunta por la legitimidad de la intervención y de la erradicación frente a un producto como la coca, que durante mucho tiempo era percibida como una droga. Los efectos de la coca sobre el organismo siempre han sido objeto de múltiples debates. Su masticación provocaría una reducción de la sensación de hambre y acentuaría la vulnerabilidad de la población frente a la desnutrición. Un médico italiano precursor en la materia, P. Mantegazza, publicó en 1859 *Sobre las virtudes higiénicas y medicinales de la coca* (Saignes *et al.*, 1992). En 1975, el antropólogo R. Burchard demuestra igualmente la gran riqueza nutricional de la hoja de coca en elementos vitamínicos (calcio, fósforo, hierro, etc.) y la importancia de 13 alcaloides, entre los cuales uno favorece la asimilación de los carbohidratos, que constituyen la base del régimen alimenticio andino (Saignes *et al.*, *op. cit.*). Sin embargo, no existe ningún estudio reciente que haga consenso sobre la cuestión de los aportes nutricionales de la coca (Carter y Mamani, 1986; Quiroga, 1990). Sin embargo, aparte de los indiscutibles efectos sobre el organismo (aumento de la capacidad de resistencia, regulación del ritmo cardiaco, corta el hambre, etc.), la coca no puede ser considerada como una droga. En este sentido, es muy parecida a plantas como el café o el té. La cocaína, en cambio, es el resultado de un largo proceso químico de transformación que libera y aísla los alcaloides de la hoja de coca. Sus efectos sobre el organismo, y la dependencia que conlleva, la convierten en droga propiamente dicha.

En los años ochenta, se implementaron acciones de lucha contra la extensión del cultivo de la coca en la región del Chapare. Los primeros acuerdos de cooperación entre los Estados Unidos y Bolivia estaban relacionados con la reducción de las plantaciones de coca, que datan de 1975. Un primer proyecto piloto fue lanzado en 1974 y prolongado en 1980. De éste nació el Proyecto de Desarrollo Chapare-Yungas (PRODES), agencia interministerial creada para la sustitución de los cultivos de coca, con asistencia técnica y financiera de USAID (Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional). La legislación

fue revisada en 1976, estableciendo un «Plan de Desarrollo Integral» para el Chapare, que fue interrumpido por el golpe de Estado de García Meza en julio de 1980. Bajo el gobierno de V. Paz Estenssoro se llevaron a cabo las primeras verdaderas negociaciones entre los Estados Unidos y Bolivia, que después fueron relanzadas por J. Paz Zamora.

Paralelamente a las acciones de erradicación de la coca fueron implementados programas de desarrollo alternativo, cuyo financiamiento proviene principalmente de USAID. Estos programas apuntan al mismo tiempo al desarrollo y a la reconversión agrícola de la región del Chapare (con la búsqueda de cultivos «alternativos»), pero también a una mejora de los equipamientos y de la infraestructura regional (agua, electricidad, escuelas, hospitales, caminos, etc.).

Dossier 6. La migración internacional de los bolivianos

La migración internacional de los cochabambinos se inscribe en una vieja tradición regional que se remonta a principios del siglo XX, con la atracción, en primer lugar, de Chile. Las salidas de los campesinos de los valles hacia este país y después de regiones mineras del Altiplano, supuestamente originaron el pacto campesino-minero que permitió la movilización de la población durante la Revolución Nacional de 1953. Los «campesinos-mineros» nunca habrían cortado los lazos con sus parientes cercanos o alejados de las zonas rurales de los valles. Por esta razón, los rumores y testimonios respecto a las condiciones de trabajo extremadamente difíciles en las minas, las masacres de mineros y sus intentos de sublevación, habrían contribuido a la sensibilización de la población de los valles, la cual algunos años más tarde se movilizó para la Revolución Nacional y la Reforma Agraria de 1953 (Larson, 1992: 382-383).

A partir de los años 1920-50, Argentina se convirtió en el país más atractivo para los bolivianos. Numerosos estudios tratan de la inmigración de poblaciones originarias de los países

límites a Argentina (Alfaro, 1981; Balan, 1985; De Marco, 1986; De Marco y Sassone, 1994; Foucher, 1972 y 1977; Gurrieri, 1991; Ramos, 1993; Rapado, 1982 y 1989; Maud, 1995).

La migración de bolivianos hacia Argentina ha sido objeto de sucesivos intentos de evaluación. Según los datos del Ministerio del Interior argentino, en 1895 ya se contaba con 7.400 bolivianos en territorio argentino, el 90% en la región de Salta y Jujuy. En los años cincuenta, las diferentes fuentes convergieron hacia un total de aproximadamente 50.000 bolivianos en Argentina (Reborrati, 1988; Celton, 1995), la mayoría encontrándose en la región de Salta. Según C. Reborrati (*op. cit.*), el 30% de los migrantes temporales agrícolas que salen a trabajar en esta región, se quedan en el país.

En los años setenta, la estimación de la población boliviana residente en Argentina varía por el factor cinco, según el origen de las fuentes disponibles, es decir entre 98.000 y 600.000 personas (De Marco, 1986; Dandler y Medeiros, 1985; Foucher, 1972 y 1977; Celton, 1995). En 1975, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) indicó estimaciones mucho más elevadas: 715.000 bolivianos migraron hacia países de América del Sur, el 69% hacia Argentina (Creton, 1976).

En los años ochenta se censaron oficialmente 120.000 residentes bolivianos en Argentina (Celton, *op. cit.*). Cruzando múltiples fuentes, G. M. De Marco llega a una estimación similar, es decir a 134.000 personas. Según los datos proporcionados por la Dirección Nacional de Migración argentina, de 430.000 permisos de residencia permanente extendidos entre 1980 y 1990, el 86% fueron otorgados a migrantes originarios de países limítrofes (Russo, 1993). Las estimaciones del censo argentino de 1991 muestran que los movimientos migratorios de bolivianos hacia Argentina se mantienen a un ritmo sostenido. En 1991, están registrados aproximadamente 144.000 inmigrantes nacidos en Bolivia (contra 118.000 en 1980), es decir, casi el 9% del total de la población no originaria de Argentina (INDEC, 1997). Hay que reiterar que estos datos no tienen en cuenta a los migrantes ilegales que, según las estimaciones de

los diversos organismos consulares argentinos, oscilan entre 500.000 y 700.000 personas.

Los flujos migratorios de bolivianos hacia los Estados Unidos son más difíciles de evaluar por ser más recientes. Bolivia no escapa al fenómeno de atracción de los Estados Unidos que se está difundiendo en el conjunto del continente sudamericano. Según los censos norteamericanos de 1970 y 1980, el número de inmigrantes de países de América del Sur se duplicó en el lapso de diez años. Durante el decenio siguiente, los flujos no dejaron de crecer: el número de migrantes permanentes de origen sudamericano se multiplicó por 1.2 entre 1980 y 1990, y el de los trabajadores temporales por 3 (OECD/OCDE, 1992). Las políticas de inmigración de los Estados Unidos han contribuido fuertemente a este incremento. Como consecuencia de la enmienda sobre migración de 1986 que favorece el acercamiento familiar, los flujos de inmigrantes han superado ampliamente las previsiones de la administración norteamericana: 90.000 personas, entre las cuales numerosos sudamericanos, han entrado en el territorio en el transcurso de la década siguiente, en vez de las 45.000 personas anunciadas (Body-Gendrot, 1991).

Lista de siglas

- CEDIB - Centro de Documentación e Información sobre Bolivia
CERES - Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social
CIDRE - Centro de Investigación y de Desarrollo Regional
CNC - Consejo Nacional de Reforma Agraria
COB - Central Obrera Boliviana
CODERTA - Coordinación para el Desarrollo Regional de Tarata
DEA - Drug Enforcement Agency
DIRECO - Dirección nacional de Reconversión agrícola
FELCN - Fuerzas Especiales de Lucha Contra el Narcotráfico
FMI - Fondo Monetario Internacional
FNULAD - Fondo de las Naciones Unidas de Lucha contra el
Abuso de las Drogas
FONADAL - Fondo Nacional para el Desarrollo Alternativo
IBTA - Instituto Boliviano de Técnicas Agrarias
INC - Instituto Nacional e Colonización
INE - Instituto Nacional de Estadística
INRA - Instituto Nacional de Reforma Agraria
MACA - Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios
OCDE - Organización de Cooperación y de Desarrollo Económico
OIT - Organización Internacional del Trabajo
ONDCP - White House Office of National Drug Control Policy
ORSTOM - Instituto francés de investigación científica para el
desarrollo en cooperación, a partir de 1998
IRD, Instituto de Investigación para el Desarrollo

PDAR - Programa de Desarrollo Alternativo Regional

PRODES - Programa de Desarrollo Chapare/Yungas

PYDIS - Plan Integral de Desarrollo y de Sustitución del cultivo de coca

SVEN - Sistema de Vigilancia Epidemiológica Nutricional

SUBDESAL - Subsecretaría de Desarrollo Alternativo de Bolivia

UMOPAR - Unidades Móviles de Patrullaje Rural

UNDCP - United Nations Drug Control Program (Programa de las Naciones Unidas para el Control de las Drogas)

USAID - United States Agency for International Development (Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional)

Índice de ilustraciones

Mapas

Mapa 1 – Zonas ecológicas de Bolivia y localización de la región de Cochabamba

Mapa 2 – La región de Cochabamba

Mapa 3 – Producción agrícola en la región de Cochabamba

Mapa 4 – Saldo migratorio (1976-1992) y redistribución espacial de la población boliviana, por departamento (1950-1992)

Mapa 5 – Evolución de la población rural en Bolivia (1976-1992)

Mapa 6 – Tasa de crecimiento de la población rural del departamento de Cochabamba entre 1976 y 1992

Mapa 7 – Localización de los poblados rurales estudiadas

Mapa 8 – Ocupación del espacio y zonificación de los cultivos en los poblados estudiados

Mapa 9 – Red de riego en Santa Rosa y Arbieto

Mapa 10 – Extensión espacial de los pueblos de Santa Rosa y Arbieto (1961-1983)

Mapa 11 – Tasa de feminización de las zonas rurales de Cochabamba

Gráficos

Gráfico 1 – Distribución de las tierras en la región de Cochabamba

Gráfico 2 – Ingresos no agrícolas de los hogares rurales de Cochabamba.

Gráfico 3 – Distribución de las tierras en Pampa Churigua

Gráfico 4 – Distribución de las tierras en Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 5 – Calendario agrícola en Arbieta y en Santa Rosa

Gráfico 6 – Calendario agrícola en Pampa Churigua

Gráfico 7 – Lugares y formas de comercialización de los productos agrícolas y pecuarios (Santa Rosa, Arbieta y Pampa Churigua)

Gráfico 8 – Evolución de los cultivos de coca, 1970-1992

Gráfico 9 – Actividades de la población implicada en el tráfico de cocaína

Gráfico 10 – Precio de venta de la coca entre 1987 y 1992

Gráfico 11 – Evolución de los cultivos de coca en Bolivia, 1989-1996

Gráfico 12 – Evolución de la población del Chapare (1975-1992)

Gráfico 13 – Destino de los migrantes de Santa Rosa y Arbieta (del total de migrantes hacia el extranjero)

Gráfico 14 – Migración de los bolivianos hacia Argentina entre 1970 y 1985

Gráfico 15 – Calendario agrícola en el Chapare

Gráfico 16 – Movilidad de una familia de migrantes trabajadores agrícolas

Gráfico 17 – Movilidad de una familia de colonos (Pampa Churigua)

Gráfico 18 – Red socioespacial de la migración internacional (Santa Rosa y Arbieta)

Gráfico 19 – Tiempo de migración y recurso tierra

Gráfico 20 – Procedencia de los ingresos en Pampa Churigua

Gráfico 21 – Procedencia de los ingresos en Arbieta y Santa Rosa

Gráfico 22 – Niveles de ingreso en Pampa Churigua

Gráfico 23 – Niveles de ingreso en Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 24 – Balance monetario de las familias de Pampa Churigua

- Gráfico 25 – Balance monetario en Arbiето y Santa Rosa
- Gráfico 26 – Utilización de los ingresos en Santa Rosa y Arbiето (en porcentaje de los gastos anuales)
- Gráfico 27 – Gastos familiares en Santa Rosa y Arbiето
- Gráfico 28 – Utilización de los ingresos en Pampa Churigua (en porcentaje de los ingresos anuales)
- Gráfico 29 – Variación anual de los ingresos y gastos en Pampa Churigua
- Gráfico 30 – Niveles de ingresos y gastos en fiestas (Santa Rosa y Arbiето)
- Gráfico 32 – Migración y uso de la tierra en Pampa Churigua
- Gráfico 33 – Migración y opciones de productos agrícolas en Pampa Churigua
- Gráfico 34 – Diferenciación de los rendimientos agrícolas en Pampa Churigua
- Gráfico 35 – Tiempo de migración de la familia y rendimientos de la papa en Pampa Churigua
- Gráfico 36 – Utilización de la producción agrícola en Pampa Churigua
- Gráfico 37 – Periodos de venta de los principales productos agrícolas en Pampa Churigua
- Gráfico 38 – Migración y autoconsumo en Pampa Churigua (caso de la papa)
- Gráfico 39 – Estructura de la población rural en el departamento de Cochabamba
- Gráfico 40 – Estructura de la población en los pueblos del Valle Alto
- Gráfico 41 – Relaciones de trabajo interfamiliares en Santa Rosa y Arbiето
- Gráfico 42 – Migración y superficie cultivada en Arbiето y Santa Rosa
- Gráfico 43— Las decisiones sobre la producción en Santa Rosa y Arbiето
- Gráfico 44 – Transición hacia una agricultura innovadora

Gráfico 45 – Estrategias de abastecimiento alimentario en Pampa Churigua

Gráfico 46 – Espacios y modos de abastecimiento alimentario (Pampa Churigua)

Gráfico 47 – Periodo de trueque de papa y trigo en Pampa Churigua

Gráfico 48 – Papel de la *mink'a* en el caso de la papa (Pampa Churigua)

Gráfico 49 – Variación anual de los gastos alimentarios en Pampa Churigua

Gráfico 50 – Migración y estrategias de abastecimiento alimentario en Pampa Churigua (procedencia de las calorías consumidas)

Gráfico 51 – Migración y gastos alimentarios (Pampa Churigua)

Gráfico 52 – Procedencia de las calorías consumidas en Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 53 – Modelo alimentario de Pampa Churigua

Gráfico 54 – Aporte calórico de productos en Pampa Churigua

Gráfico 55 – Aporte proteico por grupo de productos en Pampa Churigua

Gráfico 56 – Modelo alimentario de Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 57 – Aporte calórico por grupo de productos en Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 58 – Aporte proteico por grupo de productos en Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 59 – Diferenciación de la alimentación según el criterio de la migración en Pampa Churigua (en porcentajes de la cantidad de productos)

Gráfico 60 – Diferenciación de la alimentación según el criterio de la migración en Santa Rosa y Arbieta

Gráfico 61 – Ciclo «agronutricional» en Pampa Churigua

Gráfico 62 – Variación de la cobertura nutricional en Pampa Churigua

Gráfico 63 – Variación anual del consumo de los principales alimentos en Pampa Churigua

Gráfico 64 – Variación de la cobertura nutricional y de los gastos alimentarios (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 65 - Variación anual de la autosuficiencia alimentaria (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 66 – Ciclo «agronutricional» en Santa Rosa y Arbieto

Gráfico 67 – Variación estacional de la composición del régimen alimenticio (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 68 – Migración y coberturas nutricionales (Pampa Churigua)

Gráfico 69 – Migración y coberturas calóricas (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 70 – Niveles de ingreso y coberturas calóricas (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 71 – Migración y coberturas proteicas (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 72 – Endeudamiento y coberturas calóricas (Santa Rosa y Arbieto)

Gráfico 74 – Impacto de la migración internacional en el sistema alimentario campesino.

Gráfico 75 - Impacto de la migración hacia el Chapare en el sistema alimentario campesino.

Cuadros

Cuadro 1 – Producción agrícola en el Chapare (ejemplo de algunos productos)

Cuadro 2 – Los migrantes de Pampa Churigua en el Chapare

Cuadro 3 – Presión sobre la tierra y migración hacia el Chapare

Cuadro 4 – Ejemplos de la inversión en tierras en el Chapare

Cuadro 5 – Costo de la migración internacional para la primera salida (en US\$)

Cuadro 6— Inversiones realizadas en el predio agrícola gracias a la migración internacional (Orlando S., Arbieto)

Cuadro 7— Rendimientos agrícolas en Pampa Churigua (en kg/ha)

Fotos

– Vista general de Cochabamba, tercera ciudad del país, situada en la región central de los valles interandinos de Bolivia.

– Plaza del pueblo de Arbieto con la alcaldía (en primer plano) y la iglesia (en segundo plano). La arquitectura colonial es la huella que dejó la presencia española en estos centros urbanos del fondo del valle.

– Vista general de Pampa Churigua, una comunidad tradicional localizada en el altiplano (3.200 m) donde domina una fuerte aridez y un paisaje de viviendas dispersas. En la época de la colonización española, las tierras de Pampa Churigua estaban ocupadas por un hacendado.

– Casa tradicional en Pampa Churigua, hecha de adobe. La primera habitación (a la izquierda), lugar en el que vive la familia, está prolongada por una segunda habitación que sirve de almacén de los productos y de las herramientas agrícolas. En el patio interior, abierto hacia las parcelas agrícolas, se encuentra la cocina, que está cubierta (a la izquierda), así como los utensilios de cocina (vasijas hechas de barro, fogón, caldera etc.).

– Casa de Santa Rosa, pueblo de hábitat agrupado. La casa está compuesta por varias construcciones dispuestas alrededor de un patio cerrado que a menudo sirve de cerco para las aves de corral y los conejos (jaulas en el segundo plano).

– Uno de los principales canales de riego que alimenta las parcelas agrícolas de Arbieto en la época de lluvias (canal Zapata).

– Utilización del tractor en Santa Rosa para la preparación de la tierra.

– Utilización de la yunta en Pampa Churigua para la preparación de la tierra.

– Familia de Pampa Churigua sembrando papa. Después de cavar los surcos con la yunta (al fondo), la mujer deposita las semillas de papa (segundo plano) que el hijo cubre con estiércol (primer plano).

– Cosecha de la alfalfa destinada a los bovinos (Santa Rosa). Cada día al amanecer, las mujeres se desplazan a sus parcelas de alfalfa que a veces están situadas a más de una hora de camino, en los sectores húmedos de la laguna Angostura.

– Patio interior de una casa de Santa Rosa donde se preparará chicha justo antes de la cosecha de maíz. En el primer plano se encuentra el recipiente de metal para la ebullición de la chicha, en segundo plano la provisión de leña y los residuos del maíz que se acaba de cosechar.

– Mujer de Pampa Churigua hilando. La artesanía textil es una importante actividad comercial de las mujeres (confección de *aguayos*, gorros, mantas etc.)

– Letrero señalando la implementación de un programa de desarrollo alternativo y de sustitución de la coca en el marco de la lucha antidroga (Villa Tunari, Chapare).

– Sede de la FIDEBOL (Federación Integrada de Entidades Bolivianas), una de las dos federaciones de migrantes bolivianos en Buenos Aires, localizada en el barrio de Nueva Pompeya en el Sur de la ciudad.

– Mercado semanal en uno de los barrios bolivianos más antiguos de Buenos Aires, La Carrúa, un enclave residencial de una antigua «villa de emergencia» consolidada en los años sesenta, donde viven actualmente más de 300 familias bolivianas.

– Calle Suárez en el barrio Liniers de Buenos Aires donde se concentran restaurantes, tiendas y servicios bolivianos (en primer plano, letrero de un restaurante boliviano).

– Mesa ritual de homenaje a los difuntos en la fiesta de Todos Santos en una familia de Arbieto. En esta ocasión, las mujeres preparan pan en forma de personas o de animales (*urpu*), que se coloca en la mesa y luego se lleva y se come en la tumba de los muertos.

– Casa en construcción de un migrante rico hacia los Estados Unidos e Israel (Arbieto). La antigua casa de adobe (en primer plano) es paulatinamente suplantada por la nueva que en 1992 estaba en construcción desde hacía cinco años.

– Casa de un antiguo migrante en Argentina (Arbieto)

– Hijos de 10 y 13 años trabajando en los huertos de durazno de un migrante que se encuentra en Estados Unidos, después de un día en la escuela.

– Mujer de un migrante en los Estados Unidos labrando la tierra antes del riego de sus huertos de durazno (Arbieto).

– Mujeres de migrantes participando en los trabajos de cuidado de la plaza del pueblo (Arbieto). Las mujeres demasiado ocupadas y que tienen suficiente dinero prefieren pagar una multa o a personas de la comunidad para reemplazarlas.

– Protección de una instalación eléctrica alimentando una bomba de agua y un pozo de riego en una huerta de duraznos, financiados por la migración internacional.

– Familia de Pampa Churigua y su escasa cosecha de maíz. El jefe de familia sale cada año a trabajar en la región de Colomi para complementar su producción agrícola por medio de la *mink'a* (trabajo remunerado en productos).

– Espacio culinario de una familia de Pampa Churigua. Mujer preparando en un mortero la salsa tradicional en base a tomate y ají (*llajwa*) que acompaña el plato de papa, base de la alimentación.

– Migrantes de Pampa Churigua colocando en el tradicional horno de adobe el pan que llevarán al Chapare

– Preparativos de salida hacia el Chapare. Los migrante embalan una reserva de alimentos (maíz, trigo, papa etc.) en previsión de una estadía de quince días en el Chapare.

– Niños que quedaron solos en el predio agrícola durante la migración de sus padres hacia el Chapare. Los niños son las primeras víctimas de la desnutrición crónica que afecta a los campesinos de Pampa Churigua.

Dibujos

– Mujer mestiza quechua de Santa Rosa llevando la vestimenta tradicional andina (pollera y *aguayo*) y el sombrero blanco, rígido y de forma alta, que es típico de los valles de Cochabamba.

– Mujer indígena quechua de Pampa Churigua amamantando a su hijo. El sombrero redondo hecho de tela es característico de los campesinos indígenas más pobres de las alturas.

– Campesino de Pampa Churigua (Antonio C., 70 años) y su nieta. En 1954, justo después de la revolución agraria, Antonio fue uno de los iniciadores de la rebelión campesina de Pampa Churigua contra el patrón de la hacienda.

– Campesino de Pampa Churigua tocando el toque de cuerno para la reunión mensual de la comunidad, a la cual todas las familias deben asistir. En ella se debaten temas de interés colectivo.

– Mujer de Arbieto sembrando papa en sus parcelas. Con la generalización de la migración de los hombres al extranjero, frecuentemente las mujeres tienen que asumir solas las tareas agrícolas.

– Mujer de Santa Rosa preparándose a transportar un saco de alfalfa a su domicilio. Cuando se trata de grandes cantidades, el transporte se hace también a lomo de mula.

– Mujer de Pampa Churigua tejiendo una manta de lana de oveja (*phullu*) para ser vendida en el mercado de Cochabamba.

– Campesino de Pampa Churigua masticando hojas de coca antes de empezar con sus trabajos agrícolas.

– Predio agrícola de un migrante en el Chapare. En el fondo, la casa de madera sobre pilares y el camión, y, en segundo plano, el secado de las hojas de coca después de la cosecha. A la izquierda, una parcela en la que está asociado el cultivo de maíz con el de la yuca (Villa Tunari, Chapare).

– Consumo de chicha entre vecinos en casa de una familia de Arbieto. Después de su elaboración, la chicha es almacenada.

da en grandes cántaros que se guardan en los patios de las casas (segundo plano, en el suelo).

– Donación de alimentos en Santa Rosa. Llegada de las bolsas de harina provenientes de la Comunidad Europea, que el dirigente y las mujeres del club de madres repartirán entre las familias de la comunidad.

– Mujer de Pampa Churigua cocinando en el tradicional fogón (la *chonch'a*, a la izquierda) la tercera comida del día (*sama*) que se lleva a los campos de cultivo.

– Secado de carne de cordero (charque) en el patio interior de una casa de Pampa Churigua. El charque es una de las raras fuentes de proteínas de origen animal en la comunidad de altura, consumido principalmente en las fiestas.

Índice de Anexos

Anexo 1: Métodos de investigación

Anexo 2: Resultados de las encuestas

Partir para quedarse... la paradoja resume la situación de muchos campesinos de los Andes bolivianos, confrontados a una creciente pobreza. El jefe de familia y muchas veces sus hijos van a trabajar en las planicies amazónicas, a la Argentina o a un país rico del norte. Su propósito es ganar suficiente dinero que les permita al resto de la familia vivir en el lugar de origen e independizarse después.

Las olas migratorias son abordadas en un cuadro de un estudio comparativo de las sociedades campesinas de dos pisos agroecológicos: los valles y el altiplano. Los campesinos de estos dos tipos de comunidades ponen en ejecución estrategias originales de acceso a la migración y de ampliación de sus espacios de vida. Unos se dirigen a la producción de coca en la Amazonia y otros al trabajo asalariado en el exterior. El incremento y las diferencias en los ingresos económicos, significan una reorganización o mutación de las agriculturas locales y nuevos roles para las mujeres: el hecho migratorio ha llegado a ser un elemento estructural de las economías campesinas. El mejoramiento o la debilidad de los sistemas alimentarios, en términos de autosuficiencia y de cobertura nutricional, manifiestan los efectos ambivalentes de las migraciones. Los múltiples aspectos de las dinámicas migratorias observadas en esta región andina nos conducen a la cuestión esencial del mantenimiento de la agricultura y de la ruralidad en varios países del sur del continente.

Geneviève Cortes es doctora en Geografía y maestra de Conferencias en la Universidad Paul-Valéry de Montpellier desde 1997 y prosigue sus investigaciones en el ámbito del GRAL (Grupo de Investigación sobre América Latina) de la Universidad de Toulouse, abocada a cuestiones de desarrollo rural y dinámicas migratorias.

ISBN 99905-63-08-X

